PALOMA CAÍDA



DANI FRANCIS

LA ESPERADA CONTINUACIÓN DE
ÉLITE PLATEADA

Dani Francis

PALOMA CAÍDA

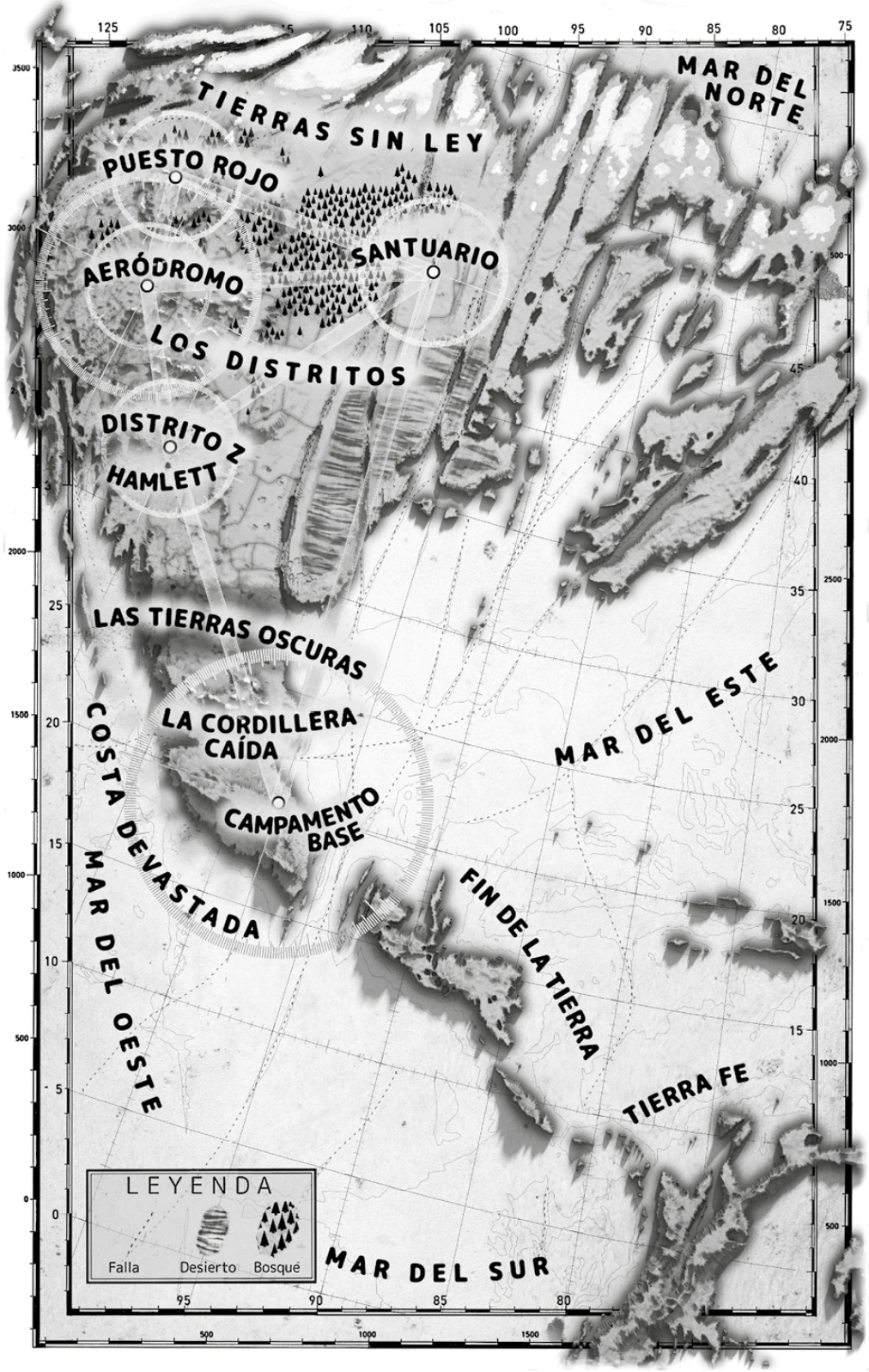


Traducido del inglés por Cristina Zuil González

FAERIS

Para mi familia.

EL CONTINENTE



CROSS

PRÓLOGO



Todo en esta celda es justo como lo pedí. Los tubos fluorescentes cubren el techo, zumbando y parpadeando cada dos o tres minutos. La tubería oxidada de la esquina tiene de forma deliberada una fuga para llenar el silencio con un goteo constante. El aire es lo bastante frío como para que te penetre en los huesos. Las viejas manchas de sangre en el suelo de cemento sirven de recordatorio: «Nadie antes que tú ha vivido una experiencia agradable en esta celda y no serás la excepción; ya puedes empezar a hablar».

Como capitán de la sección Plata, sé lo fácil que es que alguien se desmorone. Que la herramienta más eficaz en un interrogatorio es la repetición. Haz algo muchas veces y la otra persona se volverá loca. Pronto ese goteo se transformará en un grito ensordecedor en tu cabeza. Las luces parpadeantes harán que quieras arrancarte los ojos. El frío te impedirá ordenar las ideas.

Quizá tardes horas, días o tal vez semanas, pero, al final, a medida que el tiempo avance, arrastrándose con una lentitud insoportable, esos molestos elementos implacables y metódicos comenzarán a minar tu cordura y empezarás a cuestionarte la realidad.

Por un lado, me alegra saber que la cámara de tortura que diseñé para encerrar a los prisioneros del Comando es tal y como la pedí, hasta el mínimo detalle.

Por otro lado…, ahora el prisionero soy yo, y es una puta locura.

Tengo las manos unidas por grilletes. Esos cabrones me han esposado.

La exasperación me constriñe la garganta mientras pruebo la resistencia de las cadenas de hierro de las que cuelgo y descubro que da igual lo mucho que me sacuda y tire de las muñecas unidas: no voy a ir a ninguna parte. Las cadenas tintinean con cada movimiento que hago, tensándome los brazos. Joder, los hombros me están matando.

No tengo ni idea de cuánto tiempo tienen pensado mis hermanos dejarme aquí. El mayor, Travis, es pragmático; da igual lo cabreado que esté conmigo, sabe que le seré más útil sobre el terreno que en una celda. Pero Roe, con sus dieciocho años, tiene la mecha tan corta que apenas se ve, además de problemas con la autoridad y aires de grandeza. Dale una pizca de poder a ese crío y se vendrá arriba.

No me puedo ni imaginar el subidón que debe de estar sintiendo ahora mismo. Durante años, lo mantenía a raya su necesidad patológica de ganarse la aprobación de nuestro padre. Roe estaba desesperado por conseguirla, por aceptar las migajas de atención que el general lanzara en su camino.

Pero nuestro padre ya no está. Sus enemigos le han destrozado la mente, convirtiendo al formidable Merrick Redden en un vegetal de carne y hueso. Y ahora que el nuevo general del Continente es Travis, Roe tiene por fin la oportunidad de escapar de la sombra de nuestro padre y demostrar que no es un pedazo de mierda malcriado con unos celos terribles a sus hermanos mayores.

Estoy tirando de las cadenas de nuevo cuando se oye un pitido penetrante procedente de la puerta de acero. Se abre y entra mi hermano pequeño. Roe curva los labios en una sonrisa de satisfacción cuando asimila la escena: estoy colgado del techo como el cadáver de un animal en el matadero.

—Buenos días, hermano —dice, arrastrando las palabras—. ¿Qué tal has dormido?

Se acerca a mí, recorriendo con largas y rápidas zancadas la distancia que nos separa. Al igual que Travis y yo, supera la altura media, pero no es tan fornido como nosotros. Aun así, todavía es joven; esa figura tan desgarbada tal vez ensanche.

Como no respondo, Roe entorna sus oscuros y penetrantes ojos en señal de desaprobación. Su parecido con nuestro padre siempre me ha puesto los nervios de punta. Cada vez que veo sus facciones afiladas, deseo por instinto alejarme de él.

—¿De verdad? ¿Me estás castigando con tu silencio? —se burla—. Ay, ¿alguien está de mal humor porque la ha cagado?

Arqueo una ceja.

—¿Qué esperas conseguir viniendo aquí, hermano? —pregunto con retintín—. ¿Buscas una disculpa? ¿Que suplique por mi vida? Porque ambos sabemos que no va a pasar.

Roe aprieta los puños. Odia que le hable así. Con lentitud, de forma pausada, como si me estuviera riendo de un crío. Quizá sería menos cabrón con él si no fuera un niñato inmaduro que se ha pasado la mitad de su vida odiándome y la otra mitad queriendo ser como yo.

—No, el todopoderoso Cross Redden nunca suplicaría —replica Roe—. El hijo favorito, el puto don Perfecto, nunca comete errores, ¿verdad? ¿Por qué iba a responsabilizarse de sus actos?

Sus quejas infantiles me provocan una carcajada que solo consigue enfurecerlo aún más. Quiere que ataque, que me defienda. Le molesta que logre mantener la compostura en cualquier situación. Siempre ha sido así. La mayor debilidad de Roe es que él no lo consigue. Nunca. Por eso no quería que formara parte de la sección Plata. Solo aprobé su entrada en el programa de formación porque nuestro padre no me dio otra opción.

—Bueno, ¿sabes qué, don Perfecto? —continúa cuando me quedo en silencio—. Sí que cometiste un error. —Ahora sonríe, satisfecho y engreído—. Metiste la polla en una infecta, y sus amigos Aberrantes y ella han volado tu querida base del Comando.

Mantengo la expresión impasible, pero por dentro hiervo de rabia. Si no estuviera encadenado ahora mismo, le arrancaría la garganta con mis propias manos por despreciar así a Wren. Mi chica no es defectuosa. Nunca lo ha sido y nunca lo será.

—Y soy yo quien pilló a esa zorra —se vanagloria—. Por eso tú estás aquí y es a mí a quien han ascendido.

—Me alegro —digo, cortés—. ¿A qué puesto te hemos ascendido, hermanito?

Cruza los brazos sobre su pecho delgado, orgulloso de sí mismo.

—A primer teniente.

No reacciono y sé que eso lo destroza por dentro. Roe se acerca, aunque mantiene una distancia de seguridad. El niño no es tonto. Sabe que, si se aproxima lo suficiente, puedo rodearlo con las piernas y partirle ese cuello enclenque por la mitad. No necesito las manos para hacerle daño.

—Ahora todos ven lo que eres. El capitán Cross, invencible e infalible, degradado por culpa de una mujer. Y no una cualquiera, sino una maldita Sangre Plateada.

No lo niego. Antes de que me detuvieran, decidí que admitiría algunas cosas. Negar todos los crímenes solo conseguiría que mi hermano mayor se enfadara más. Travis necesita sentir que ha ganado, aunque sea en parte.

—Darlington me engañó —le reconozco—. Le puede pasar a cualquiera.

—A mí no —alardea Roe, desterrando todas las posibilidades de haber madurado desde ayer.

—Vaya, deberían darte un ascenso. —Un relámpago le cruza los ojos y no puedo evitar reírme de nuevo—. ¿Qué quieres de mí, Roe? ¿Que te nombre el mejor soldado del mundo? ¿Que te declare una especie de superdetector de Sangre Plateada?

«Porque tus habilidades de detección son una mierda», quiero espetarle, reprimiendo otra carcajada. Poseo el poder de la telepatía desde que tenía ocho años. Es útil que mis venas no me delaten como les ocurre a otros Modos, que no pueden usar sus dones sin que parezca que las venas se les inundan de plata líquida. Pero Roe nunca ha sospechado que soy uno de ellos. Nadie lo ha hecho.

—Eres la hostia, Cross. —Roe niega con la cabeza, incrédulo, porque alguien con una fuerza de voluntad tan débil como la suya es incapaz de imaginarse que una persona en mi posición no suplique piedad—. Incluso ahora crees que tienes el control. Piensas que llevas la voz cantante, pero no es así. Ahora Travis es el general. La Compañía está bajo su control —continúa, enfatizando el «su»— y

no va a ceder ante ti como solía hacerlo papá. Con él podías ser todo lo indulgente que quisieras con los Aberrantes. Por eso bajaste la guardia y dejaste que el enemigo se uniera a nuestras filas. —Luego, farfulla en voz baja, enfadado—: Le diste un puesto en la Élite Plateada.

Ah, así que ese es el palo por el culo que le está molestando. Una sonrisa me curva las comisuras de la boca.

—¿Por qué me miras así? —musita.

—Lamento desilusionarte, pero, aunque Darlington no hubiera estado en el programa, el puesto en la Élite no habría sido tuyo. Nunca formaste parte de mi lista.

Se estremece como si le hubiera abofeteado y el cuerpo entero le tiembla de rabia. Ese es el problema de Roe. Su incompetencia autopercibida siempre le nubla el juicio, haciendo que ataque y cometa errores en su intento continuo por demostrar lo que vale.

Muevo los hombros para estirarlos, ignorando la punzada resultante de dolor. Llevo casi un día entero colgado de estas cadenas.

—Eso está fuera de tu alcance, Roe —digo con brusquedad—. Por mi parte, Travis puede ascenderte a coronel, pero eso no cambia el hecho de que no tengas ni la formación ni la experiencia suficientes para llevar a cabo operaciones en los distritos.

—No se necesita mucha experiencia para reunir a todos los Aberrantes y darles una patada en el culo para que entren en los campos de trabajos forzados —responde, despectivo. Hace una ligera pausa antes de continuar—. Aunque ahí es donde nuestro hermano y yo chocamos. Me importan una mierda si son esclavos o leales. La única solución es ponerlos en fila ante el pelotón de fusilamiento. —Roe me dedica una sonrisa maliciosa—. Empezando por tu novia.

Me encojo de hombros y una nueva punzada de dolor me recorre los hombros.

—No es mi novia.

«Solo es la razón de mi existencia». Casi nada.

—No, ¿eh? —Ensancha aún más su sonrisa—. Entonces, ¿por qué la ayudaste a escapar?

Mantengo una expresión neutra. Que Wren pudiera escapar es la razón de que esté aquí, pero sé que Travis no está del todo convencido de que yo haya traicionado a la Compañía, algo de lo que Roe no tardó en acusarme. De hecho, se deleitó con la idea.

—No tuve nada que ver con ese tema —digo—. Xavier actuó en solitario.

—Ambos sabemos que Ford no se hace ni una paja sin pedirte permiso primero. No desertaría por esa zorra. No a menos que tú se lo pidieras.

Le sostengo la mirada, ocultando mi irritación.

—¿Cuánto tiempo pretende Travis tenerme aquí?

Roe no se ha mostrado más satisfecho en la vida.

—Durante todo el tiempo que estimemos necesario.

«Estimemos». Intento no reírme, sobre todo porque empiezo a sentirme mal por el pobre crío y no quiero seguir burlándome de él. Pero venga ya, Travis no es idiota. No va a dejar que Roe tome ninguna decisión. Al menos, no las relevantes.

—Creo que una semana, tal vez dos, deberían ser suficientes para que te aclares las ideas —dice Roe, aún sonriente, mientras se dirige a la puerta—. Para que recuerdes a quiénes debes ser leal.

Sale y cierra con llave, condenándome otra vez a sufrir la luz esporádica y el goteo continuo de la tubería. No sé cuánto tiempo pasa, pero se me está empezando a entumecer toda la parte superior de la espalda cuando noto una presión familiar en la nuca.

Wren.

El alivio me recorre el cuerpo. De inmediato, acepto el vínculo telepático.

¿Todo bien?, le pregunto.

Sí. Ya hemos llegado.

Su voz me inunda los oídos, desprendiendo una descarga de emoción que me empujaría a caer de rodillas si no estuviera colgado del techo. Han logrado cruzar las Tierras Oscuras. La verdad es que no lo he dudado en ningún momento: Xavier sabía qué ocurriría si permitía que Wren sufriera daño alguno.

Durante un segundo, me planteo contarle que estoy encerrado en una prisión militar, con los brazos por encima de la cabeza, pero ya

está lidiando con suficientes follones ahora mismo. Conociendo a Wren, abandonaría su plan de unirse a la Revolución e irrumpiría en Santuario como un maldito huracán solo para rescatarme.

Y yo no necesito que me rescate. Mis hermanos no van a matarme. Aún les soy de utilidad. Además, me tienen aprecio. A su modo. Travis, sin duda. Roe… Supongo que depende de lo celoso que esté ese día en concreto.

No puedo hablar, continúa, *solo quería decirte que…* Se produce una pausa. *Decirte que te quiero*.

Con esas dos palabras el corazón se me hace tres veces más grande. Wren no tiene ni idea de lo que significan para mí, de la emoción profunda y pura que me atenaza la garganta al saber que me quiere.

Una puta maravilla, ¿verdad? Me he pasado años huyendo de cualquiera que se acercara siquiera a darle voz a esa emoción. Cada vez que notaba que una mujer estaba desarrollando sentimientos profundos por mí, desaparecía. Chao. No lo permitía porque sabía que no había ni una remota posibilidad de que yo pudiera devolverle ese amor. No cuando mi corazón ya pertenecía a otra persona.

Esta es una de las razones por las que no me negué a acostarme con Wren antes de saber quién era en realidad, al menos después de superar el hecho de que fuera mi subordinada. Estaba tan cerrada en sí misma y tan poco disponible emocionalmente (para mí y para cualquiera) que no temí ni por un segundo que fuera a enamorarse.

Sin embargo, era yo quien estaba desconcertado; aquella mujer se había colado bajo cada poro de mi piel y me molestaba enormemente que no me dejara entrar en su mundo. Aquello solo hacía que me sintiera más decidido a romper su coraza. En retrospectiva, sospecho que una parte de mi ser debió sentir, en el subconsciente, que se trataba de Margarita, la chica con la que llevaba vinculado telepáticamente toda la vida.

Yo también te quiero, palomita, digo, y estoy a punto de echarme a reír porque eso es un puto eufemismo. Esas palabras tan sencillas y humildes no se acercan siquiera a describir la profundidad de lo que siento. Mis sentimientos por ella son una fuerza de la

naturaleza. A su lado, me cuesta respirar y se me hace imposible controlarme.

Esa mujer es mi puta dueña.

Siempre he sido un maestro del control. Mi padre y yo éramos parecidos en ese sentido. Pero, en cuanto conocí a Wren, desató el caos en mi interior. Joder, nadie en este mundo me ha hecho sentir tan indefenso y tan vivo al mismo tiempo. Me robó el corazón cuando éramos unos críos, y será suyo hasta el día en que me muera.

Ya hablaremos cuando puedas, añado, y, aunque no hay nada que desee más que oír su voz en mi cabeza durante todo el tiempo posible, no la detengo cuando interrumpe la conexión telepática.

Si siguiéramos hablando, seguro que intuiría que algo va mal. Margarita siempre sabía cuándo no insistir con algún tema, pero estoy descubriendo que Wren… no tanto. Wren Darlington es demasiado cabezota y astuta.

Aún estoy intentando reconciliar las dos partes que forman la complicada mujer a la que quiero. Por un lado, está Margarita, mi mejor amiga y confidente desde la infancia, a cuya mente me conecté hace muchos años, la chica que me mostró sus vulnerabilidades y descubrió todas las mías. Y por otro está Wren, que es fuego y pasión, la mujer que, en cuanto nos vimos, me atrajo de una manera que no tiene ni un ápice de sentido.

Cuando una oleada de agotamiento me recorre el cuerpo, cierro los ojos y apoyo la cara en el bíceps, que me tiembla por el esfuerzo de permanecer por encima de mi cabeza durante horas.

Espero que Wren esté bien. Confío plenamente en que Xavier la mantendrá a salvo, sé que recibiría un balazo por mí o cualquiera que me importe, y que yo haría lo mismo por él sin dudarlo. Pero cada fibra de mi cuerpo me grita que proteja a Wren, y la idea de delegar esa tarea en otra persona, aunque sea mi mejor amigo, hace que quiera golpear una pared con el puño.

Me costó mucho no irme con ellos después de que consiguiéramos sacar a Wren de la ciudad, pero aquí me esperan asuntos urgentes. Mi madre. Mis hermanos y sus ansias de poder. Y

el hecho de que todavía no sabemos el alcance del daño que le han provocado a mi padre en el cerebro.

Xavier mantendrá a Wren con vida mientras pongo orden en mi mundo. Pero como le toquen un pelo de la cabeza, reduciré a cenizas el Continente entero.

ALERTA ROJA

NOMBRE: Wren Darlington
RANGO: Soldado raso
DISTRITO: Z
ESTATUS: Aberrante
ÚLTIMA UBICACIÓN CONOCIDA: Santuario

SE BUSCA POR:
<Delitos graves> Traición, encubrimiento
<Delitos menores> Destrucción de la propiedad

DETALLES ADICIONALES:
AÑO DE NACIMIENTO: 5 E. N.
EDAD: 20
RASGOS DISTINTIVOS: Marca de sangre, muslo izquierdo

ATENCIÓN:
La sospechosa es una francotiradora con gran experiencia. Antigua agente de la Élite Plateada. Habilidades de Aberrante desconocidas, pero la presencia de la marca de sangre indica que quizá sea muy poderosa. Proceder con mucha precaución.

ACCIÓN:
Matar en el acto.

WREN

CAPÍTULO 1



«Te llamas Stella Hess. Stella Hess».

Mi mente no deja de darles vueltas a esas palabras, más rápido que la hélice del helicóptero que gira sobre nuestras cabezas. «Stella Hess».

El nombre no me resulta familiar. Me parece inadecuado, como una prenda que no reconozco pero que los demás insisten en que me pertenece. La talla es la correcta, me queda bien, pero sigo sintiendo que llevo la ropa de otra persona. No recuerdo ser Stella, pero no es inconcebible que lo fuera. Debía de llamarme de alguna manera antes de que Jim Darlington me sacara de Santuario ante la insistencia de mi madre, quien le confió mi protección a su mejor amigo en cuanto empecé a manifestar los poderes psíquicos exclusivos de las personas Modificadas.

Mi madre, cuyo nombre también he averiguado: Marina Serrano. Una mujer que creía que era valiente, que se infiltró en el Comando con la única intención de arrasar con toda la institución desde dentro. Con la ayuda de mi padre, dedicó su vida a salvar a los Modos en el Continente. Juntos estaban dispuestos a correr todos los riesgos necesarios para alcanzar ese objetivo.

Y yo soy el producto de su amor inspirador, la heredera de su lealtad constante a la causa.

Ah, un segundo. Todo eso son gilipolleces.

Porque ¿todo lo que creía que sabía de mis padres? Es mentira. Una invención. Lo peor es que he descubierto la verdad a través de la carta de un hombre muerto, una carta que quizá nunca habría

encontrado si no me hubiera visto obligada a huir de la ciudad por segunda vez en mi vida.

Todas las palabras que el tío Jim garabateó en la hoja se me han grabado en el cerebro como si fueran el hierro con el que marcábamos al ganado en el distrito Z.

«En la Revolución, los conocen como los "Traidores de la sección Estaño". Son responsables de la muerte de incontables Modificados. Tu madre traicionó a su gente y tu padre la ayudó a hacerlo».

«¿Una carta?», quiero gritarle al tío Jim. «¿Tenías que dejarme esta información en una puta carta?».

Supongo que tenía alguna buena razón para escribirla, creería que alguna vez me serviría de algo, pero solo ha conseguido dejarme con más preguntas que respuestas. Si mi madre estaba ayudando a la Compañía, ¿por qué la ejecutaron?

Mis padres ayudaron a coordinar un ataque, el trágico bombardeo que acabó con una comunidad entera de Modificados… ¿Por qué? ¿Por qué harían algo así?

¿Y qué diablos voy a hacer para ocultarles todo esto a las personas cuya confianza debo ganarme? Escapé de la ciudad pensando que iba a un lugar seguro, a un paraíso donde por fin pudiera dejar de ocultar quién soy. Sin embargo, he vuelto a la casilla de salida, joder, y tengo que volver a esconderme.

Con este secreto inmenso cerniéndose sobre mi cabeza, me siento como si entrara en la boca del lobo. O, mejor dicho, como si volara hasta ella en un helicóptero pilotado por otro hombre muerto, ni más ni menos. Alguien que pensaba que había perdido hace meses en una devastadora explosión.

Sentado a mi lado, Xavier Ford apoya las muñecas conectadas por las esposas sobre el regazo y aprieta los dientes como si tratara de convertirlos en polvo. Está enfadado. No le culpo. Se ha pasado tres días cruzando las Tierras Oscuras, el lugar donde habitan las pesadillas, para acabar arrestado a manos de los miembros de la Revolución, a quienes al parecer lidera mi viejo amigo Kaine Sutler, que ha resucitado de entre los muertos.

También conocido como Grayson Blake. Un cabrón astuto.

Ya bastante malo es que no muriera en una feroz explosión (¡le organizamos un funeral!), pero ¿descubrir que es el piloto más habilidoso de la Revolución y una absoluta leyenda entre los Modos? Increíble. Me ha engañado pero bien.

—Voy a romperle el cuello a ese capullo en cuanto aterricemos —me gruñe Xavier al oído—. Tyler murió por su culpa.

Ese recordatorio me entristece. Tyler Struck era una de mis instructoras en el programa, el curso de formación que deben pasar todos los soldados del Comando para unirse al ejército del Continente. No la conocía bien, pero Xavier y ella estaban juntos. No sé si tenían algo serio, pero sí lo suficiente como para que su muerte lo afectara.

Kaine, bueno, Grayson la guio hasta una trampa, sabiendo que el edificio iba a explotar, sabiendo que Tyler y nuestro compañero Noah Jones no iban a salir vivos de allí. Todo eso solo para que la Revolución pudiera robar un avión.

Grayson me ha preguntado antes de subirme al helicóptero si estaba preparada para la guerra. Hasta hace unos días, creía que sí. Estoy aquí porque quiero apoyar la causa. Nuestra causa. Cuando empecé a trabajar para la red con el fin de sabotear al Comando, me pasé meses en esa base escuchando cómo hablan de los Modos, viendo la manera en la que nos desprecian y temen.

Merecemos un lugar en la sociedad, como iguales, y estoy dispuesta a luchar por eso. Estoy más que preparada para colaborar con la Revolución y procurarnos una vida mejor. Pero… no sé si podría guiar a dos personas a su muerte como hizo Grayson.

Se está volviendo evidente que no es el mismo chico que conocí en el programa, siempre con una respuesta rápida, un comentario coqueto o una sonrisa traviesa. Ahora es un agente letal de la red con una facilidad asombrosa para llevarse por delante dos vidas. Quizá no con sus propias manos, pero sí con sus acciones.

No obstante, cuando se gira en el asiento del piloto, con una sonrisa de superioridad en los labios, y nuestras miradas se encuentran, atisbo un brillo familiar en sus ojos verdes. Tardaré un tiempo en acostumbrarme a que es Grayson Blake, pero debo creer que mi amigo Kaine sigue ahí, en alguna parte.

—Hazme un favor, ¿quieres? —dice Grayson, arrastrando las palabras—. No vomites en mi pajarito.

—¿Por qué iba a…? —pregunto con el ceño fruncido, pero entonces el helicóptero se inclina sin previo aviso y el estómago me da un vuelco.

Las náuseas me suben por la garganta y debo tragar saliva a toda prisa para contenerlas. ¿Por qué estamos volando así? El helicóptero está casi ladeado. Entonces, Grayson vuelve a girar los mandos y el estómago se me revuelve de nuevo.

Desde el aire, las Tierras Oscuras son una gruesa cúpula de niebla negra que se retuerce y ondula como si fuera una masa de nubes que se mueve por el cielo. Cuando vivíamos allí, al tío Jim solía preocuparle que un avión pudiera vernos en nuestro pequeño claro, pero ahora me doy cuenta de que no tenía nada que temer: es imposible ver a través de esa ominosa oscuridad.

El escenario al otro lado de las ventanas cambia de forma abrupta cuando el helicóptero irrumpe en un valle de montaña. Fogonazos verdes y marrones me inundan la visión. Prados exuberantes. Un río estrecho y zigzagueante. Nos estamos moviendo tan rápido que apenas puedo centrarme en algo antes de que desaparezca de mi vista. No sé cómo Grayson es capaz de hacer maniobras tan precisas; es como si el helicóptero fuera una extensión de su cuerpo. No negaré que estoy impresionada.

Por fin, el helicóptero se endereza y el estómago se me asienta, al mismo tiempo que adoptamos una velocidad normal.

Frente a Xavier y a mí, dos hombres con expresión impasible permanecen atados a sus asientos. Son los que han esposado a Xavier y lo han arrastrado hacia el helicóptero en el momento en el que la Revolución ha venido a buscarnos al salir de las Tierras Oscuras. No han dicho ni una palabra desde que empezó el vuelo. Tampoco lo ha hecho la copiloto de Grayson, una joven con el pelo castaño recogido en una larga coleta y expresión reservada.

Ya he abierto una vía mental para probar sus escudos, para comprobar si puedo leer sus pensamientos, pero sus mentes son cámaras acorazadas. Tardaría bastante en buscar alguna debilidad y

el tiempo es un lujo que no poseo ahora mismo. De todas maneras, no necesito habilidades psíquicas para saber lo que están pensando.

¿Estos dos hombres? Se están preparando para matar a Xavier en cuanto este pestañee de una manera que no les guste.

¿La copiloto? No si fía ni un poquito de mí.

Paseo los ojos por la ventana y me sobresalto al encontrarme observando la ladera de la montaña. ¡Vaya! No tenía ni idea de que estuviéramos tan cerca.

El helicóptero vuelve a inclinarse. Picos irregulares, acantilados escarpados y un denso bosque pasan ante mis ojos. Entonces, de repente, me encuentro contemplando un muro imponente de piedra. Estamos volando directamente hacia la montaña.

El corazón me sube a la garganta. Me preparo para el impacto, pero me asombra descubrir que la montaña se abre ante nosotros. Advierto entonces que es una fachada de roca falsa. Una entrada secreta camuflada entre las piedras. Dos enormes puertas se deslizan hacia cada lado para revelar una oscura abertura tras ellas.

Tras dejar la luz del día a nuestras espaldas, entramos en lo que parece un hangar cavernoso y, a medida que las puertas se cierran, la luz natural da paso a la artificial. El helicóptero aterriza con un golpe suave en el asfalto negro y la hélice sisea aún durante unos segundos a un ritmo constante antes de frenar hasta quedar en silencio.

—¿Estamos dentro de una puta montaña? —pregunta Xavier.

Grayson se echa a reír desde el asiento del piloto mientras se desabrocha el arnés.

—Bienvenidos a la base de la Daga Azul —nos informa—. También conocida simplemente como «la Daga».

Un millón de preguntas me bullen en la mente. ¿Por qué se llama la base de la Daga Azul? ¿Cuántas personas viven aquí? ¿Cómo han conseguido que no los detecten durante tanto tiempo? Preguntaría, pero tengo la sensación de que nadie me va a contestar mientras Xavier siga a mi lado.

—Sal —me ladra uno de los hombres con el ceño fruncido, y yo le devuelvo el gesto mientras me quito el cinturón.

El otro hombre arrastra a Xavier por la puerta lateral. Salto tras ellos y mis botas aterrizan sobre el cemento con un golpe seco.

Examino el entorno, esperando encontrar una flota entera de aviones, quizá el bombardero B-8 que Grayson le robó al Comando, pero, salvo algunos descapotables, varias motocicletas y este helicóptero, el hangar está vacío.

Recorro con la mirada la corta pasarela hasta la gigantesca pared de metal en un extremo. Atisbo los escáneres situados a cada lado y las luces rojas parpadeantes de las cámaras del techo. Seguro que el hangar principal está detrás de esa pared y que este solo se usa para los despegues y aterrizajes.

—¿Dónde estamos? —musita Xavier, dedicándole una mirada sombría a Grayson.

—Son instalaciones abandonadas de la Última Guerra. —Grayson cierra con fuerza la puerta del helicóptero y mete la mano en el bolsillo. Saca un aparato elegante y comprueba la pantalla.

Es más pequeño que los intercomunicadores de la Compañía y de color plateado, en lugar de negro. Adrienne llevaba uno parecido la primera vez que me reuní con ella para una cita secreta en la base del Comando. El hecho de que, probablemente, la Revolución cuente con su propia tecnología alimenta mi curiosidad.

—¿Cómo lo encontrasteis?

Grayson está a punto de responder, pero cuando la copiloto le dedica un ceño fruncido se gira hacia los dos hombres y dice:

—Llevadlo a la prisión.

El pánico borbotea en mi interior cuando se acercan a Xavier.

—Esperad —protesto—. Parad. Os lo he dicho, me ayudó a escapar.

—Y yo te he dicho que no me importa —contesta Grayson. Pone los ojos en blanco cuando Xavier adopta una postura ofensiva, preparado para resistirse—. No te esfuerces, Ford. Tendrás oportunidad de defenderte, pero por el momento solo te complicarás la vida.

Poso los ojos en los de Xavier e intercambiamos palabras en silencio. Quizá no sea telépata como yo, pero mi mirada es capaz de transmitir el mensaje a la perfección, alto y claro.

«Nos encontraremos más tarde y tramaremos un plan».

Xavier baja la cabeza con un rápido asentimiento. Quizá sea un pesado, pero no es estúpido. Por algo es teniente en el Comando y lo seleccionaron para la Élite, la unidad más codiciada de la sección Plata.

Con una expresión hosca, deja que se lo lleven hasta una puerta cercana. No tiene pomo, solo una superficie lisa de metal y un escáner en la pared para el que se necesita una huella. La puerta se desliza para abrirse y los hombres empujan a Xavier a través de ella. Al oír el suave siseo de la plancha metálica al cerrarse, me doy cuenta de que es una cámara de descompresión.

Una vez se han marchado, la copiloto me mira sin molestarse en ocultarme su desconfianza.

—¿Te ocupas de esto? —le pregunta a Grayson.

Él asiente, y ella desaparece por la cámara de descompresión sin decir ni una palabra más. Por fin solos, los dos nos contemplamos.

No sé qué hacer con este nuevo Kaine, este Grayson Blake. Estudio su atuendo: una camisa de algodón gris que lleva remangada y unos pantalones negros que le cubren por completo las largas piernas. La última vez que lo vi vestía el uniforme azul marino del Comando que yo llevo puesto ahora.

—Ford no se merece estar en una celda —digo, sombría—. Me ayudó a escapar de Santuario. No habría logrado cruzar las Tierras Oscuras sin su apoyo.

—Como ya te he dicho, la Autoridad decidirá qué hacer con él. —Al notar mi frustración, Grayson suaviza el tono—. No vamos a darle a un teniente de la sección Plata vía libre para que se pasee por nuestra base. Seguirá detenido hasta nuevo aviso.

—¿Quieres decir hasta que decidáis si vais a matarlo o no?

—Más o menos.

Niego con la cabeza.

—No eras tan cruel en la base del Comando.

—Sí —responde—, lo era. —Entonces, le brillan los ojos—. Pero también era encantador, cariñoso, divertido…

Recito mi propia lista:

—Engreído, detestable…

Me guiña un ojo.

—Soy un hombre con múltiples talentos, Darlington. Ya deberías haberte dado cuenta.

—Lo único de lo que me he dado cuenta es de que lloré en tu funeral. Te guardé el luto.

El brillo pícaro desaparece de su expresión.

—Lo sé y lo siento, de verdad. Pero tenía que cumplir una misión. Tú deberías entenderlo mejor que nadie. También tenías una misión después de que te reclutáramos.

—«Reclutáramos» —repito. Aún estoy intentando procesarlo—. No me puedo creer que fueras un Modo en todo momento.

Aunque lo fulmino con una mirada recriminatoria, no puedo evitar abrir una vía y acceder a la frecuencia para establecer la telepatía. Cuando te conectas con alguien, debes pedir permiso. Es una suave presión, una manera cortés de acceder a su mente, en lugar de optar por la frecuencia con la que se lee la mente, que te permite abrirte paso a la fuerza por su interior. Por suerte, todos los Modos tienen un sistema interno de alerta diseñado para combatir esta intrusión indeseada. Si alguien traspasa tu escudo, recibes una descarga eléctrica en la nuca que te avisa del peligro.

Además, los Modos poseen sus propias firmas energéticas únicas. Reconoces esa energía cuando te vinculas telepáticamente y, si alguien muere, la energía desaparece.

Grayson no tiene firma telepática. El descubrimiento me desconcierta. Percibo su escudo, uno muy fuerte, lo que significa que leerle la mente es una posibilidad. ¿Pero energía telepática? Ninguna.

—¿Por qué no me puedo conectar contigo? —Lo contemplo y la desconfianza me atenaza el estómago—. ¿Qué tipo de Modo eres?

—De los que no tienen telepatía.

La sospecha da paso a la sorpresa.

—¡Qué gilipollez!

—Es cierto. —Se encoge de hombros—. No somos muy comunes.

—Pero ¿eres Modificado?

—Sí.

—Entonces, ¿qué puedes hacer?

Esa pregunta le hace reír.

—Lo siento, vaquera. Eres de las que necesita saberlo todo al momento, pero hasta que no te presentes ante la Autoridad no te voy a dar ninguna respuesta más.

—Vale. ¿Dónde está esa Autoridad? ¿Y Adrienne?

—Te convocarán pronto para una sesión informativa.

Le vibra el intercomunicador que tiene en la mano y vuelve a mirar la pantalla antes de suspirar.

—¿Son ellos?

—No.

Se mete el aparato en el bolsillo, se aleja y me hace un gesto para que lo siga.

Me esfuerzo por adaptarme a sus largas zancadas, tratando de absorber cada detalle que percibo. A la mente me viene la compleja estructura de la base del Comando. La Daga es una red extensa de túneles y pasillos bañados por luz artificial. Hay cámaras por todas partes y casi en todas las puertas se requiere una huella dactilar u ocular para poder pasar.

—¿Es un fuerte o una prisión? —pregunto, asombrada por los protocolos de seguridad.

—Un poco de ambos —responde Grayson sin ralentizar el paso.

—No me puedo creer que estemos dentro de una montaña.

—Una puta pasada, ¿eh?

Un par de puertas automáticas se abren cuando nos acercamos y nos encaminamos por un largo pasillo hacia un ascensor.

—¿Cuántas plantas tiene este sitio?

—Tres. Esta es la de Operaciones, que cuenta con el centro de control, las instalaciones de entrenamiento, la armería y las intercomunicaciones. La segunda es la de «II». —Ante mi expresión confusa, aclara—: Investigación e Inteligencia. Es donde encontrarás la enfermería, los laboratorios…, esas cosas. Y la superior es la de Personal.

Cogemos el ascensor hasta el tercer piso y, una vez arriba, Grayson señala varias instalaciones a lo largo de nuestra rápida caminata. Áreas comunes, comedor, cocina… Pasamos junto a un puñado de personas en nuestro trayecto laberíntico. Todos llevan

ropas de civiles y, aunque varían en el tono de la piel y el pelo, la curiosidad que sienten al verme es la misma.

—Saben que soy un Modo, ¿no? —musito cuando uno de esos civiles me dedica una mirada de soslayo.

Grayson asiente.

—Solo los Modos pueden entrar en la Daga. Otra de las razones por las que Ford no es bienvenido. De verdad, me hubiera gustado que se lo comentaras a Adrienne antes de arrastrarlo por las Tierras Oscuras.

—Bueno, creo que es demasiado tarde. Ya está aquí. —Le dedico una mirada—. ¿Por qué lo llamáis la Daga?

—Porque esta montaña está llena de una piedra llamada daguita. Cuando los fundadores de la Revolución se toparon con este sitio tras el golpe de Estado del general Redden, adoptaron un enfoque bastante literal al elegir el nombre. —En sus ojos brilla la diversión.

Su mención al golpe de Estado es un recordatorio deprimente de que la Revolución lleva operativa veinticinco años. Veinticinco años luchando contra un régimen que quiere matar a los Modos o convertirnos en ciudadanos de segunda clase. El Aniversario de Plata del general Redden fue hace solo unos días, la celebración que marcaba el cuarto de siglo de su reinado, y yo estaba justo ahí, en la pista de baile, cuando ese reinado sufrió una devastadora derrota después de que Adrienne le corrompiera el cerebro a ese hombre. Permanecí ahí, de pie, totalmente incrédula, mientras reducía al general a un estado vegetativo ante mis propios ojos.

Tras ese recordatorio, obligo a Grayson a detenerse, agarrándolo por el brazo.

—¿Sabías lo que iba a hacerle Adrienne al general Redden en el Aniversario?

—Sí —responde enseguida, sin remordimientos.

—¿Y se lo permitiste sin más? ¡Le ha frito el cerebro!

—No puedo decir que me entristezca. Ese hombre ha matado a decenas de miles de Modos. Era el enemigo y nos enfrentábamos a él en una batalla.

Sé que tiene razón, pero… ¿no debería haber reglas en este conflicto? ¿Honor en la guerra?

«¿Honor?», se burla mi voz interior. «Incitaste a una mujer a pegarse un tiro en la cabeza».

El recuerdo me provoca una oleada de náuseas. Me tiemblan un poco las manos, de modo que las crispo sobre los costados mientras sigo a Grayson por el pasillo.

Incluso días después de aquello, no logro liberarme del horror de lo que hice. Le robé la voluntad a alguien. Es una idea nauseabunda que me hace sentir como uno de esos dioses vengativos sobre los que leí en la escuela, los que creaban mortales para luego jugar con ellos, engañarlos, seducirlos y atormentarlos a su antojo. Pero enseguida me recuerdo a mí misma que la mayoría de esos mortales eran inocentes. Jayde Valence, la mujer a la que maté, se alejaba de serlo. Era la mano derecha del general y lo ayudaba a matar y esclavizar a su gente. El mundo es un lugar mejor sin ella. Pero ¿no lo es también sin el general? Quizá destruir a un enemigo de su magnitud justifica lo que hizo Adrienne. Y lo que hice yo. Al menos eso es lo que no paro de repetirme.

Por fin llegamos a los alojamientos de la base. Grayson se detiene ante una puerta al final del pasillo y presiona el pulgar contra el escáner. El seguro se abre y entramos en lo que parece un pequeño apartamento.

El suyo, intuyo, porque su aroma a cítricos y pino flota en el aire. Tiene una chaqueta de aviador colgada de un alto taburete en la encimera de la cocina. El salón cuenta con un sofá, dos sillones y una mesa, sobre la que hay una taza de café a medio terminar y un montón de tabletas. Una puerta ancha en la pared de enfrente lleva a lo que supongo que serán el dormitorio y el baño.

—¿Vives aquí?

Asiente.

—¿Qué hago en tu apartamento, Kaine?

—Grayson —me corrige—. Pero puedes llamarme Gray. Es lo que hace la mayoría de la gente.

—¿Qué hago en tu apartamento, capullo?

Curva los labios.

—Aún no te han asignado ninguna habitación. —Se acerca a un sillón—. Tengo algo de ropa limpia que me ha dado Luisa.

—¿Luisa?

—La has conocido en el helicóptero. Mi copiloto. Tenéis más o menos la misma constitución. —Coge un puñado de prendas del sillón y me las tiende antes de señalarme con la cabeza la puerta a mis espaldas—. El baño está por ahí. Estás cubierta de barro y hueles a hoguera. ¿Por qué no te das una ducha? Creo que, para cuando hayas acabado, la Autoridad estará lista para recibirte.

Asiento, agradecida. Me siento sucia y necesito con desesperación una ducha tras pasarme varios días en las Tierras Oscuras. Además, no me vendría mal un momento a solas.

El cubículo de la ducha es pequeño, diseñado para acoger a una sola persona. Abro el grifo y me pregunto de dónde procederá el agua, cómo llenará estas tuberías. ¿Un depósito subterráneo, tal vez? ¿Cómo filtran el aire al estar a esta profundidad dentro de la montaña? ¿Cómo controlan la temperatura? Esta base me provoca tanta curiosidad…

Me paso una pastilla de jabón por todo el cuerpo y me deshago del polvo del camino, observando cómo se arremolina a mis pies antes de colarse por el desagüe. Me lavo el pelo, que me ha crecido más de lo habitual y me cae más abajo del pecho. El champú huele a cítricos y me froto el cuero cabelludo tres veces porque todas esas hormigas amarillas de las Tierras Oscuras han encontrado la manera de colarse en mi pelo y mi ropa.

Cuando siento que ya no tengo ningún insecto arrastrándose por mi piel, abro el grifo y cierro los ojos. Mientras el agua me empapa la cara, por fin me permito hacer lo que llevo todo el día evitando.

Contacto con mi mejor amigo. Con Lobo. Con Cross.

Me lo imagino atareado en la ciudad, limpiando el desastre que he provocado, recogiendo los pedazos del ataque de los Modos que destruyó un hangar del Comando y se llevó una buena parte de su flota. Sin duda su hermano no debe de estar muy contento con él. Aunque nuestra relación nunca salió a la luz, Travis, el hermano mayor de Cross, sospechaba que estábamos juntos. Que lo hayan elegido como nuevo general solo complica la situación. Ahora lo controla todo. Tiene poder para castigar a Cross por cualquier presunto crimen, si es lo que quiere.

Una oleada de emoción me inunda cuando oigo su conocida voz en la cabeza.

¿Estás bien, palomita?

«Palomita».

Lo que empezó siendo una burla ha acabado convirtiéndose en un apodo cariñoso, y ahora me derrito cada vez que lo escucho. Lo prefiero antes que «princesa» o «cariño», aunque tampoco me importaría que esas palabras se escaparan de esa boca tan sexi. Joder, Cross hace que todo suene sexi. Podría recitar las páginas de un manual y seguiría poniéndome cachonda.

Me imagino su rostro perfecto, esos ojos azules de color cobalto, el hoyuelo burlón, la sonrisa traviesa… Pienso en su cuerpo alto y ancho, en sus manos grandes y hábiles. Un estremecimiento abrasador lleno de tensión me recorre la columna vertebral, pero no tiene nada que ver con el agua caliente que me golpea la piel.

Estoy bien. Hemos llegado a la base de la Revolución, le digo.

Me alegro.

Algo en su voz hace que me detenga.

¿Tú estás bien? Pareces disgustado.

Tarda un segundo en contestar.

No he podido dormir mucho desde que te fuiste.

¿Dónde estás? ¿En la sede?

Otra pausa.

Sí.

¿Qué pasa?, lo presiono.

Esto es un follón, dice al final. *Toda la situación*.

Aquí igual. Han detenido a Xavier.

Ya me imaginaba que pasaría algo así.

Esperaba que se los hubiera ganado al ayudarme, pero no confían en él. Voy a hacer todo lo posible para liberarlo de la celda, pero quizá necesitemos encontrar una manera de sacarlo de aquí.

En cuanto la sugerencia sale de mis labios, entiendo que es imposible. Sacarlo de la Daga supondría revelar la ubicación de la misma y no puedo hacer algo así, ni siquiera por Cross. Estaría poniendo en peligro a todas estas personas.

No creo que sea factible, dice. *Me están vigilando con ojos de halcón*.

¿Travis sospecha que me ayudaste a huir?

Le he dicho que me engañaste y sedujiste a Xavier para que te ayudara, pero no sé si se lo ha creído. De todas maneras, no le gustó que te dejara formar parte de la Élite Plateada. Cree que comprometí la información del servicio de inteligencia del Comando.

Sitúo la cara bajo el chorro de la ducha para fingir que lo que me recorre las mejillas es agua, en vez de lágrimas. Odio pensar que Cross está solo en la ciudad sin nadie que lo respalde.

No estoy segura de si debo contárselo todo, pero me siento mal al guardar el secreto que acabo de descubrir.

Kaine está vivo, confieso.

¿Estás de puta coña?

No. Estaba trabajando para la Revolución durante todo el tiempo que formó parte de la sección Plata. Los ayudó la noche en la que robaron el B-8.

Lo dejo ahí porque, aunque confío en Cross, también siento una extraña lealtad hacia Grayson. Gray. Como coño se llame.

A menos que Cross se una a nosotros y trabaje para la red, no necesita saber que Kaine es Grayson Blake, el piloto sobre el que la Élite Plateada lleva tiempo intentando recopilar información.

¿Ese capullo nos estuvo engañando durante todo el tiempo?

Oye, yo también estaba allí de incógnito, le recuerdo. *Si no te enfadas conmigo, no puedes enfadarte con él.*

¡Los cojones! Claro que puedo.

Su gruñido de indignación me provoca una sonrisa. Es una locura lo mucho que lo echo de menos y solo llevamos separados unos días. Mis labios anhelan los suyos y me cosquillean las manos por la necesidad de pasarlas por sus músculos esculpidos, sus tatuajes, la fuerte línea de la mandíbula.

Entonces, ¿Kaine es un Modificado?, pregunta Cross, y casi puedo ver cómo su astuto cerebro militar repasa todas las implicaciones.

Sí, pero no sé qué habilidades tiene.

La piel se me está tornando roja por el calor, por lo que apago el grifo, abro la puerta de cristal y doy un paso hacia la alfombrilla

negra de goma. Junto al lavabo encuentro una toalla con la que me envuelvo antes de limpiar el vapor del espejo. Gray también me ha dejado un cepillo para el pelo, otro para los dientes y más artículos de aseo personal. Mi querido amigo es un caballero.

El silencio se dilata entre nosotros. Contemplo mi reflejo en el espejo y encuentro un par de ojos color miel que me devuelven la mirada, agotados.

¿Por qué no viniste conmigo?, pregunto sin poder contenerme.

Ya sabes por qué. Debo proteger a mi madre. Y alguien tiene que mantener a raya a mis hermanos. Travis acaba de declarar una guerra.

Sí, y ahora luchamos en bandos opuestos cuando deberíamos estar en el mismo lado, digo, frustrada.

No podría haberme ido contigo aunque hubiera querido, contesta, igual de frustrado. *La Revolución me mataría en el acto. Soy el hijo del general Redden. Nunca confiarán en mí.*

¿Y si les ofrecieras información a cambio de asilo político? Dijiste que Travis estaba reuniendo a todos los Modos que conocía en los distritos. ¿Los va a matar?

Creo que por el momento está mandando a la mayoría a campos de trabajos forzados. Y ninguna información será suficiente para que me gane su confianza.

Pero ¿y si supieran que eres un Modificado?

¿Les has hablado de mí?

Su pregunta me produce un sobresalto, me deja conmocionada.

Claro que no. Nunca haría algo así. Pero creo que si lo supieran…

Solo conseguiría enfadarlos aún más, concluye. *No solo sería el enemigo, me considerarían un traidor. No sería mejor que Jayde Valence o cualquiera de los otros Modos leales al sistema.*

Pero tú no eres leal, protesto. *¿Qué, se supone que tú solo debías derrocar un régimen que impregna todos los aspectos de la sociedad? Estás haciendo lo que puedes para cambiar las cosas desde dentro. Salvas todas las vidas posibles.*

Wren, farfulla, *¿de verdad crees que la Revolución lo vería así? Porque ambos sabemos que dirían que no estoy haciendo suficiente. Y luego… me matarían*, insiste.

No quiero darle la razón, pero me temo que la tiene.

Una cosa más… Antes de seguir, trato de desenmarañar el nudo inexplicable de vergüenza que siento de repente. *Cuando Xavier y yo estábamos en las Tierras Oscuras, encontré una carta de mi tío en nuestra vieja cabaña. Según él, mis padres traicionaron a la Revolución. Parece ser que por su culpa mataron a cientos de Modos*.

Joder. ¿Se lo has contado a alguien más?

No.

Bien, no lo hagas. El tono de Cross es brusco, rotundo. *No puedes decir ni una palabra. Si se enteraran, tu vida podría correr peligro.*

Lo sé.

Me aparto el pelo húmedo de la frente y cojo una toalla más pequeña con la que secármelo. Cross se queda callado de nuevo. Pasan unos segundos antes de que su voz ronca se propague por mi mente.

Margarita.

¿Sí?

Te quiero.

El corazón se me constriñe.

Y yo a ti.

Hablamos luego.

Desaparece antes de que pueda contestar, interrumpiendo el vínculo, y mi mente ya echa de menos su presencia. Me seco el pelo con la toalla y me lo recojo en una coleta. Luego, me pongo la ropa que me ha dado Gray. Las mallas negras son elásticas, por lo que se me ajustan a la perfección, pero la camiseta es demasiado pequeña porque tengo más pecho que Luisa.

Cuando salgo al salón, Gray está hablando por el intercomunicador. Parece molesto y, al percatarse de mi presencia, se apresura a cortar la llamada.

—Ya hablaremos después —musita antes de meterse el aparato en el bolsillo.

—Gracias por la ropa —digo.

Me recorre con los ojos, que le brillan al reparar en mis pies desnudos.

—Cálzate. La Autoridad te está esperando.

—¡Bien! Qué honor. —Encuentro un par de calcetines y unas botas limpias en el sillón—. ¿Esta Autoridad —digo mientras me ato los cordones de la bota izquierda— es como el consejo directivo o algo así? ¿Cuántas personas lo componen?

—Cinco.

—Incluida Adrienne.

—Sí.

—¿Y tú?

—También.

Arqueo una ceja.

—Vaya puesto de poder tienes aquí, Grayson.

—No te equivocas, Wren.

Nos dedicamos una sonrisa y, por un momento, siento que hemos vuelto a la base del Comando. Está bien, quizá lo echaba de menos. A él, a sus carcajadas, a sus comentarios provocativos y a sus bromas arrogantes. Supongo que no me molesta del todo que siga vivo.

—¿Quiénes son los otros tres? —pregunto, incorporándome.

—Ahora los conocerás.

Nos dirigimos al ascensor y subimos a la planta de Operaciones. Gray señala una puerta doble al final del pasillo y me dice que esa es la zona de entrenamiento.

—Te va a encantar el campo de tiro —dice—. Sé lo mucho que te gustan las armas.

—No creo que puedas seguir burlándote de mi amor por las armas cuando acabo de descubrir lo mucho que te ponen los aviones.

Llegamos a una enorme puerta doble de metal con otro escáner de seguridad.

—Esta es la sala de guerra. —Gray está a punto de acercar el pulgar cuando se detiene—. Oye…, prepárate.

Hago una mueca.

—¿Para qué?

—Eh… —Cierra la boca. La vuelve a abrir. Entonces, deja escapar un suspiro—. A la mierda. Ahora lo verás —dice, y escanea su

huella.

Al otro lado de la puerta, iluminada con fluorescentes desnudos, hay una amplia habitación en cuyo centro descansa una larga mesa. El techo presenta un laberinto de tuberías y conductos de ventilación, y el suelo está cubierto de oscuras baldosas pulidas que hacen que nuestros pasos reverberen. Las paredes están cubiertas de pantallas holográficas y de monitores de la época pasada, de los que necesitan un enchufe. Supongo que se trata de un sistema de emergencia.

Hay otra pantalla holográfica en el centro de la mesa. Dos mujeres están sentadas frente a ella, observando las partículas verdes y blancas que proyectan una imagen que no logro distinguir. Entonces, capto un retazo de pelo rojo y dirijo la vista a una cara conocida. Ojos grandes, boca sensual, barbilla estrecha. Adrienne tiene la clase de facciones que, juntas, no crean una cara bonita, pero sí atractiva.

A su lado hay una mujer mayor con la piel pálida y el pelo rubio corto salpicado de vetas plateadas. En la cabecera de la mesa, dos hombres están de pie, de espaldas a nosotros. Uno de ellos es un joven de unos veintitantos años, con la tez leonada y el pelo rapado, que nos dedica una mirada cuando entramos.

El segundo hombre se gira al oír nuestros pasos y la conmoción me recorre el cuerpo. Durante un segundo, no logro respirar. Los pulmones se me constriñen. La garganta se me cierra. Me quedo paralizada en el acto, totalmente sorprendida por lo que estoy viendo. Es el tío Jim.

CAPÍTULO 2



La última vez que vi al tío Jim, él estaba en una plataforma de ejecución, con el pecho agujereado por las balas y su sangre derramada por el suelo de madera. Oí su voz en la cabeza: «Adiós, pajarito». Sentí que su energía me abandonaba cuando exhaló su último aliento. Cuando murió. Joder, ¡murió!

Ahora está de pie ante mí. Sin ninguna herida de bala. Sin sangre. Con la espalda recta. No parece herido ni cambiado más allá del pelo rubio oscuro, que lo lleva más corto y le clarea en las sienes, como si hubiera envejecido una década en vez de seis meses desde el momento en el que le dispararon.

Las lágrimas me nublan la visión, avergonzándome. Pestañeo rápido para intentar alejarlas, pero es demasiado tarde. Dos riachuelos me recorren las mejillas y, de repente, comienzo a andar hacia él a trompicones, como si fuera uno de los terneros tambaleantes de nuestro rancho que estuviera aprendiendo a andar. Estoy a un metro de distancia cuando nuestros ojos se encuentran y un escalofrío me recorre el cuerpo, paralizándome en el sitio.

—No eres Jim —lo acuso.

Aunque sus ojos marrones son idénticos a los del tío Jim, incluso las motas doradas en torno a sus pupilas, este no es el hombre que me quiso y protegió durante quince años.

—No —contesta con brusquedad y, maldita sea, su voz tampoco se parece. ¿Cómo es posible?—. Soy el hermano de Julian, Kallister.

La respiración se me bloquea en la garganta y los pulmones me gritan para que les proporcione el oxígeno del que los estoy

privando. Me obligo a respirar hondo, intentando ralentizar el latido de mi corazón.

Sabía que el tío Jim tenía un hermano, pero muy pocas veces hablaba de él, casi nunca, y jamás se le ocurrió mencionar que eran gemelos. Gemelos idénticos. Si estuvieran uno al lado del otro con los ojos cerrados, no sabría diferenciarlos. Sin embargo, esos ojos… Este hombre tiene una mirada severa y calculadora. Jim era un hombre complicado, sí, pero, cuando me miraba, se le suavizaba la expresión.

—Eres igual que él. —Me tiembla la voz, así que carraspeo antes de volver a hablar—. Perdón, ¿cómo has dicho que te llamabas?

—Kallister. —Extiende la mano.

La contemplo durante un segundo. Bajo las uñas no tiene barro. Tampoco rasguños o cortes por arreglar las vallas o guiar al ganado. El tío Jim tenía manos de ganadero. Estas son pulcras y elegantes, como si no hubiera hecho demasiado trabajo manual en su vida.

Al recordar mis modales, me inclino para cogerlo por la muñeca a modo de saludo.

—¿Formas parte de este consejo?

Miro a mi alrededor. Adrienne y la otra mujer nos están observando sin tratar de ocultarlo. Gray, mientras tanto, se ha acercado al hombre más joven y se están riendo de algo.

—Sí, soy uno de los miembros de la Autoridad. —Me estudia con tanto interés como yo a él—. Los cinco somos responsables de cada decisión operativa que se toma en la Daga.

Sé que es de mala educación, pero no puedo dejar de mirarlo. Sus similitudes con el tío Jim son inquietantes y tengo mil preguntas que quiero hacerle. Entonces, lo siento, esa ligera presión en la nuca. Sospecho que es Kallister. No reconozco su firma energética, pero no es la de Jim, lo que me informa que, aunque los gemelos compartan un ADN idéntico, no se extiende a la energía que les corre por las venas como Modificados.

Sé que tienes preguntas, dice Kallister tras establecer conmigo una conexión mental. *Hablaremos después de la reunión, ¿vale?*

Asiento débilmente. Me da unos golpecitos en el brazo, se gira y aparta una silla para que me siente. Mientras todos ocupan su sitio,

Adrienne se inclina hacia delante con las manos unidas y una ceja arqueada.

—Estoy impresionada —confiesa—. Nadie que haya intentado cruzar las Tierras Oscuras a pie ha sobrevivido.

—No ha sido fácil —contesto, sin darle más detalles. Estas personas siguen siendo extraños. No puedo contarles que el tío Jim y yo vivimos en ese bosque de pesadilla durante tres años. A menos que ya lo sepan…

La idea hace que me detenga. Asumía que el tío Jim les habría ocultado mi verdadero pasado, pero Kallister es su gemelo. Tal vez mantuvieron un contacto constante durante todos estos años, y no tan esporádico como me hizo creer Jim.

De repente, advierto que he entrado en esta habitación a ciegas y, por primera vez desde que llegué a la Daga, siento un terror genuino. Solo una punzada, como el goteo de un grifo con una fuga que me quemara la piel con cada gota.

—¿Cómo lo has conseguido? —pregunta la mujer de pelo corto con tono severo.

La ignoro.

—¿Esto es un interrogatorio? —digo con cautela.

Kallister se echa a reír.

—Para nada. Es más… un foro abierto.

Adrienne señala a la mujer a su lado.

—Wren, esta es Fiona. —Luego, hace un gesto hacia el hombre junto a Gray—. Y este, Teriq. Y ya conoces a Gray y a Kallister. Gracias a nosotros, estás aquí, en la Daga. Sometimos tu entrada a votación y debes saber que fue unánime.

—No siempre lo es —comenta Gray con una sonrisa burlona.

Paseo la mirada entre los cinco mientras trato de entender la dinámica de poder. No parece que haya un líder en el grupo, aunque hasta el momento los que más han hablado han sido Adrienne y Kallister.

—Hiciste un trabajo excelente en el Aniversario —prosigue Adrienne, enfatizando su aprobación con un asentimiento—. Cuando colocaste los explosivos.

—No quiero hablar de eso. Lo que me interesa es lo que le hiciste al general Redden.

Ni siquiera pestañea.

—Cada cosa a su tiempo. Ahora mismo, centrémonos en ti. Si vas a quedarte…

—¿«Si»? —la interrumpo—. No sabía que mi invitación tenía condiciones.

—Siempre hay condiciones. Y estas se aplican a todos los Modos que viven en la base. Si decides que no estás dispuesta a cumplirlas, te devolveremos a los distritos en cuanto reanudemos el transporte habitual.

—Entonces, ¿debo seguir aceptando órdenes a ciegas?

Cuando me metieron en la prisión militar del Comando, esa fue la razón que ella me dio para justificar que la red no me rescatara.

—De momento, sí —me confirma.

—No lo pillo. ¿Por qué los atacáis y os retiráis de inmediato?

—No es una retirada —intervino Kallister—. Dimos el primer golpe. Era nuestra declaración de guerra, por así decirlo. Pero quedan muchas batallas por luchar.

Entrelazo los dedos, sintiendo náuseas de nuevo.

—¿Cuáles son las condiciones que debo aceptar?

—Para empezar, la revelación —contesta Adrienne—. La haremos mañana a primera hora.

Frunzo el ceño.

—¿Revelación de qué?

—De tus habilidades.

El tipo al que han llamado Teriq me dedica una mirada severa.

—Ellis dijo que tenías una marca de sangre. ¿Es cierto?

Titubeo. Ellis es un sanador del Comando que, según descubrí hace poco, también trabajaba de incógnito para la Revolución. Me curó la cicatriz de la cadera izquierda y el muslo superior, la que llevaba años ocultando una marca roja que informa a todo el mundo de que soy más poderosa de lo que he dejado entrever.

—Eh… Sí —admito al final—. Así es.

Adrienne niega con la cabeza.

—¿Te importaría explicarnos por qué le pediste a Ellis que te curara las cicatrices? Una marca de sangre no es algo que se quiera anunciar a bombo y platillo.

La reprimenda escuece, aunque soy muy consciente de que aquella fue una decisión estúpida. A decir verdad, ni lo pensé. Es tan sencillo como eso. Me curé las cicatrices para mostrarle a Cross lo abierta y vulnerable que estaba dispuesta a ser con él, para que confiara en mí. Pero con ese impulso también deshice las capas de tejido protector bajo el que el tío Jim había enterrado mi marca de sangre cuando me quemó la piel.

Por otro lado, supongo que ya no importa. De momento, no creo que vaya a participar en ninguna misión encubierta en el Comando. Ahora estoy en la Daga, rodeada de personas como yo. Personas que no me dispararán en el acto por tener una marca de sangre.

—Estaba cansada de ocultarla —miento, aparentando una confianza que ahora mismo no siento—. Me ponía enferma fingir que era uno de los suyos, una Primaria en la sección Plata. Ese no era mi sitio y supongo que necesitaba recordarlo.

—¿Estás diciendo que ibas a desertar del Comando? —pregunta Teriq, escéptico.

Asiento.

—¿Y a la mierda nuestro reclutamiento? —Gray parece divertido.

—Oye, perdí a mi único aliado después de que murieras —contraataco—. Y, dado que Jayde Valence me estaba vigilando como un halcón, era cuestión de tiempo que me pillaran.

—Cuando te reclutamos, se te olvidó mencionar lo poderosa que eras —dice Adrienne con sequedad.

Me encojo de hombros.

—Le prometí a Jim que nunca lo revelaría.

—Puto Julian —musita—. Ese hombre no ha hecho más que darme dolores de cabeza desde el día en que lo conocí.

—Era una niña cuando me apareció la marca. Mi tío no quería que nadie me usara como peón.

—¿Por eso te llevó con él? —pregunta Gray—. ¿Vio la marca y quiso protegerte?

—No lo sé. Quizá.

Fiona me dedica un pequeño ceño fruncido.

—Según nuestros informes, Julian te encontró en una cuneta cuando tenías ocho años.

El alivio me recorre el cuerpo al saber que el tío Jim no llegó a revelarles mi pasado a estas personas. No saben que me llevó con él cuando yo tenía cinco años, no ocho, lo que significa que no tienen ni idea del tiempo que pasamos en las Tierras Oscuras. Y, sobre todo, no se imaginan quiénes son mis padres. Los traidores.

Joder, ¿cómo voy a superar esta tormenta en la que me encuentro? Siento que estoy nadando a contracorriente en el océano. Si me despisto un segundo, me ahogaré en todos los secretos que estoy intentando mantener a flote.

—Sí, tenía ocho años —digo, repitiendo la mentira—. No sé de dónde vengo, pero Jim sospechaba que a mi familia la había matado el Comando y que yo había logrado huir. Y fue él quien me quemó la marca de sangre.

Teriq saca una tableta y pasa el dedo por la pantalla. Al verlo con el ceño fruncido por la concentración, me invade una sensación de familiaridad. Siento que lo he visto en alguna parte, pero no sé dónde exactamente.

—Mantenemos un registro de casi todos los Modos del Continente —dice, comprobando la pantalla—. Ash informó de tus habilidades: la telepatía y la lectura de mentes.

Fiona habla de nuevo y su tono se vuelve más gélido con cada segundo que pasa.

—Nunca hemos conocido a nadie con una marca de sangre que tenga menos de tres habilidades. ¿Son las únicas que posees?

—Tengo más de dos —admito, tras dudar un instante.

La intriga baila por sus rostros.

—Como he dicho antes, necesitaremos una revelación total —dice Adrienne—. Será confidencial. Solo la Autoridad tiene acceso a los archivos personales. Tus habilidades seguirán siendo privadas a menos que las compartas con otras personas por elección propia. Pero podemos encargarnos de este tema mañana.

Asiento, aliviada porque no vayan a obligarme a hacer nada ahora mismo.

—¿Cuáles son las demás condiciones?

—Una vez hayas revelado todas tus habilidades, tendrás que comprometerte a hacer un programa obligatorio de formación.

—Ya soy una experta en todo. —Más o menos. Si voy a confesarles que sé incitar, no tardarán en descubrir lo poco experta que soy en eso.

—Entonces no necesitarás muchas sesiones —responde Adrienne—, pero tendrás que asistir al menos a una.

—Me parece bien.

—También requerimos la participación en al menos un entrenamiento práctico y, si no quieres ser un agente de campo, te daremos una tarea administrativa en la base. Por último, la condición más importante: nunca podrás proyectarle a nadie la ubicación de la Daga —concluye Adrienne, con una mirada que dice: «No estoy de cachondeo»—. Proyectar nuestra ubicación conlleva una sentencia de muerte automática.

—Sin presiones, ¿no? —bromeo.

Pero nadie esboza una sonrisa. Ni siquiera Gray.

—Todos los Modos de esta base cuentan con nosotros —dice Kallister con un tono más tranquilo—. Nos tomamos en serio su seguridad.

—¿Cuántas personas viven aquí?

—Bastantes —contesta sin dar más detalles.

—¿Y sus familias? —insisto—. ¿Sus hijos?

—Deja las preguntas para después de la revelación.

—Vale —respondo al entender que no lo voy a convencer—. Sigamos. Quiero hablar sobre Xavier.

Kallister suelta una carcajada.

—Os dije que era una mandona —interviene Gray. Me dedica una sonrisa—. En esta reunión informativa mandamos nosotros, Darlington.

—No hasta que hablemos de Xavier —digo, terca—. ¿Qué planeáis hacer con él?

—¿Con el teniente? —Adrienne frunce el ceño, como si mi pregunta fuera absurda—. Lo ejecutaremos o lo usaremos como rehén.

El horror me constriñe la garganta.

—No, no podéis hacer eso. Por favor, respondo por él.

Arquea una ceja.

—Es el enemigo.

—No lo es. Desertó cuando me sacó a hurtadillas de la base del Comando —insisto—. Y me ha ayudado a cruzar las Tierras Oscuras.

En realidad, ha sido al revés. Xavier gritaba como una niña cada vez que oía incluso el mínimo crujido en la oscuridad. En todo caso, ha sido una piedra en el zapato. Pero no tienen por qué saberlo.

—Estaría muerta si no fuera por él. —Paseo la mirada por la mesa—. Por favor. No merece morir. Está dispuesto a unirse a nuestra causa. Creedme, nos resultará mucho más útil como aliado. Tiene una gran formación, es casi tan bueno como yo disparando… —Gray suelta una risita—. Y me es leal.

—¿Sí? ¿Por qué? —me desafía Adrienne—. ¿Por qué ha arriesgado su vida por ti?

No me esperaba esa pregunta, por lo que debo pensar rápido para encontrar una respuesta adecuada.

—Hubo una misión de la Élite Plateada en el distrito C… —Me giro hacia Gray para que me apoye—. ¿Te acuerdas del hospital con los Modos fragmentados?

—Sí, una puta barbaridad. Pero a Ford no pareció importarle demasiado.

—Sí que le importó. Cuando hablamos más adelante sobre ello, Xavier dijo que había estado investigando y que no le había gustado lo que había descubierto. Sospechamos que la Compañía está experimentando con Modos cuyas mentes están fragmentadas. También estaban todos esos viales de sangre en la sala del hospital… —Niego con la cabeza, enfadada—. Da igual, la cuestión es que a Xavier no le gustó. Eso, unido a la muerte de su novia —añado, y le lanzo una mirada mordaz a Gray y esta vez tiene la decencia de parecer arrepentido—, lo llevó a darse cuenta de que no le quedaba nada en el Comando.

Rezo para que pueda ver a Xavier antes de que lo interroguen porque, si no corrobora esta locura, sabrán que les he mentido. Pero es lo único que tengo ahora mismo.

—Nos hicimos amigos —admito—. Cuando me sentenciaron a muerte tras el Aniversario, Xavier se negó a permitir que ocurriera. No iba a dejar que sus superiores me asesinaran solo por ser Modificada. Tiene sus principios.

—Aún no he conocido a un Primario con principios —se queja Teriq, desdeñoso.

—Hay muchos —contraataco—. Colaboramos con ellos, no me jodas.

—Ahí tiene razón —interviene Gray, pero Teriq no se lo traga y niega con la cabeza, molesto.

—Me importa una mierda. No voy a dejar que un Primario campe a sus anchas por nuestra base, recopilando información que pueda proporcionarles a sus compañeros si logra escapar.

—Entonces, mantenedlo en una celda hasta que demuestre su lealtad —les suplico—. No lo matéis.

Se produce un breve instante de silencio.

—Reflexionaremos sobre tu petición —dice Kallister.

—¿Hay algo más de lo que te gustaría hablar? —pregunta Adrienne, cortés, y Gray se muerde el labio, como si intentara reprimir una carcajada.

—No, eso es todo. —Espero haber hecho lo suficiente para salvar a Xavier.

—Bien —contesta, poniendo los ojos en blanco—. Entonces, pasemos al siguiente punto.

El resto de la reunión se centra en el Aniversario de Plata y sus efectos colaterales, incluido cómo se destapó mi tapadera. Me arde la sangre al contarles que Lyddie de Velde, mi mejor amiga en el programa, me vendió, pero nadie pestañea al oírlo, como si la traición fuera algo habitual en su día a día.

No revelo lo que le hice a Jayde Valence. Si la Autoridad no está dispuesta a compartir sus secretos conmigo, les daré el mismo trato, capullos.

Tras la reunión, Kallister me lleva a un lado como me prometió y dice:

—Quédate. Tenemos que hablar. —Mira a Fiona, quien está guardando la tableta y el intercomunicador—. Fi, ¿podrías pedirle a alguien que le trajera la cena a Wren a la sala de guerra?

Asiente, pero no paso por alto la línea tensa que forma con los labios. Su desconfianza es palpable. Gray, cerca de la puerta, parece dudar también y pasa la mirada entre Kallister y yo, pero al final baja la cabeza a modo de despedida y se marcha de la estancia. Cuando todos se han ido, Kallister arrastra su silla para sentarse a mi lado.

—Estabas allí la mañana en que murió mi hermano —dice sin utilizar eufemismos.

Un abrasador fogonazo de agonía me traspasa el pecho.

—Sí, así es.

El dolor en su rostro imita el mío.

—¿Sufrió?

—No, fue rápido.

Kallister se pasa los dedos por el pelo. Es evidente que está inquieto.

—Quería producir una distracción. Podríamos haberlo rescatado.

Centro los ojos, llenos de sorpresa, en los suyos.

—Mi contacto en Santuario me dijo que las altas esferas se habían negado a arriesgarse por él. ¿No fue decisión de la Autoridad no rescatarlo?

—Ese fue el resultado de la votación, sí. —Oigo la amargura en su voz—. Me ganaron cuatro a uno.

—¿Grayson también votó en contra? —pregunto, indignada.

—Todos. Entiendo por qué. Un rescate a plena luz del día habría sido demasiado peligroso y no podíamos arriesgarnos a que a Gray le pasara algo. Es el único piloto con habilidad suficiente para volar por el espacio aéreo de la Compañía sin que lo detecten y acercarse lo suficiente para lanzar un ataque contra su base. La parte lógica de mi cerebro es consciente de eso, pero… —Se interrumpe y deja escapar un largo suspiro—. ¿Cuánto te contó Jim sobre mí?

—No mucho. Sabía que tenía un hermano, pero no que fuerais gemelos. Dijo que no hablabais desde que se unió al Comando.

—No mucho, no. —Kallister posa una mano en la mesa y recorre el borde de acero con los dedos—. Pensé que estaba cometiendo una locura cuando se alistó. Julian se unió a ellos justo después de la escuela superior. Estaba decidido a trabajar de incógnito para la Revolución y ayudarlos a sabotear a la Compañía. Yo no estaba interesado en esas gilipolleces encubiertas. Se me da mejor estar en el centro de control, tomando decisiones tácticas. Pero Julian quería estar en el meollo de la acción. Le dije que era demasiado arriesgado, pero mi hermano nunca se acobardó ante el peligro.

—¿Por qué no volvisteis a conectar cuando desertó del Comando y se instaló en el distrito Z como Jim Darlington?

—Lo hicimos. De vez en cuando. Pero nuestras vidas eran muy diferentes. Yo estaba aquí, en la Daga, y él pocas veces salía del rancho porque lo buscaban por desertor y ya no podía llevar a cabo ninguna operación. Bueno, y porque ya sabes lo cabezota que era. Chocábamos cada vez que hablábamos. Para él, su manera de ver las situaciones era siempre la correcta.

Suelto una carcajada.

—Así era, sí.

—Al final, nos distanciamos. Casi no hablábamos. Y, cuando lo hacíamos, discutíamos. —La tristeza le impregna la expresión—. Ahora me arrepiento. Ojalá me hubiera esforzado más por mantener el contacto. Cuando descubrí que lo habían capturado y que el Tribunal lo había sentenciado, pedí una votación de inmediato, pero los demás rechazaron ayudarle y mi hermano ya no está. —Kallister me estudia durante un momento—. ¿Estuviste en la ejecución? ¿La presenciaste?

Trago el nudo de dolor en la garganta.

—Sí.

—Nuestro servicio de inteligencia dice que había un incitador en el público. Alguien estuvo a punto de conseguir que el escuadrón entero se disparara. No sabrás nada sobre el tema, ¿verdad?

El nudo en la garganta se vuelve más grande a medida que se me constriñe el pecho por la culpa. No pude salvarlo. Lo intenté. Lo intenté con todas mis fuerzas, joder. Pero lo único que conseguí fue quedarme ahí y ver cómo moría.

Me muerdo el labio inferior para evitar que me tiemble.

—¿Por qué no me lo preguntas mañana durante la revelación? —digo al final. Porque ahora no es el momento de revivir ese trauma concreto. O de confesar ese secreto en particular.

Mi petición recibe como respuesta una suave carcajada.

—Me parece justo.

—¿Y tú? —No puedo evitar indagar—. Jim era un poderoso lector de mentes. ¿Compartíais habilidad?

—No puedo leer la mente, no. A decir verdad, lo prefiero. Debe de ser un don muy ruidoso. —Entonces, me sorprende con su revelación—. Soy un premonitorio.

—Ah, ¡vaya! —Le dedico una sonrisa burlona—. ¿Eso significa que sabías que iba a venir a la Daga?

—No, créeme, niña —dice, recorriéndome con la mirada—, no lo vi venir.

Nos interrumpe la llegada de una chica que entra en la sala de guerra con una bandeja de metal. Tiene los ojos azules y el pelo rubio recogido en dos trenzas. No debe de tener más de quince años.

—La cena —dice.

Kallister se acerca a ella para cogerle la bandeja.

—Gracias, Poppy.

Sigo a la chica con la mirada cuando se marcha.

—¿Cuántos años tiene? —pregunto cuando la puerta doble se cierra a sus espaldas—. No debe de ser lo bastante mayor para ser agente de campo.

—Acaba de cumplir dieciséis años. Es hija de Fiona. Y está aquí para ayudar a su madre. Por lo general, no dejamos que los civiles vivan en la base —explica—. Hay una comunidad entera en el valle, a los pies de la montaña. Allí están las familias de nuestros agentes, así como otros Modos o incluso Primarios que hemos sacado de la ciudad.

Suena prometedor. Si hay Primarios, quizá Xavier pueda quedarse. Si deciden no pegarle un tiro en la cabeza, claro.

—¿Cómo conseguís que los aviones del Comando no detecten a estos civiles? —pregunto por curiosidad.

—Saturamos su radar si se acercan demasiado, pero la Compañía rara vez viene tan al sur. No solo por las Tierras Oscuras y la falta de visibilidad, sino porque la montaña está demasiado cerca del espacio aéreo de Tierra Fe. Los Terrarios son despiadados cuando a alguien se le ocurre romper el pacto relacionado con el espacio aéreo.

Kallister me coloca la cena delante. Me deleito al ver un apetecible y completo estofado que huele de maravilla, un bollo esponjoso de pan y un pequeño bol con queso rallado.

—¿Es queso de verdad? —exclamo.

—Así es. Aquí encontrarás pocos alimentos sintéticos. Tenemos una granja enorme en el valle y la mayoría de los ingredientes los traemos de contrabando de la ciudad o nos los importan de Tierra Fe, lo que también significa que tenemos café de verdad. Y whisky. —Me guiña un ojo.

—La primera vez que bebí whisky de verdad estaba en una misión encubierta en Santuario —confieso—. Una puta pasada.

Kallister se echa a reír, un sonido extraño al proceder de una boca tan parecida a la de Jim. Mi tío no era muy propenso a las carcajadas, pero cuando lo hacía parecía que tuviera esquirlas de cristal recorriéndole la tráquea. Era un áspero ladrido humorístico. La risa de Kallister proviene de las profundidades de su garganta. Es un sonido suave, casi reconfortante. Me gusta.

—No hay nada mejor que lo natural. —Señala la bandeja con la mano—. Venga, come.

Es raro cenar delante de alguien que te está observando, pero no puedo evitar engullir el estofado. No me había dado cuenta del hambre que tenía. Xavier y yo no comimos mucho en las Tierras Oscuras. Es difícil bajar la guardia y disfrutar de los alimentos mientras te rodea la oscuridad más pura.

Me trago un pedazo de pan antes de implorarle a Kallister con la mirada.

—¿Podré visitar a Xavier? Sé que lo más probable es que no queráis que deambule por la base hasta que decidáis de manera oficial si puedo quedarme, pero, si fuera posible, me encantaría verlo.

—Estás muy unida al teniente —observa, con un brillo de curiosidad en los ojos—. ¿Tenéis una relación romántica?

Me echo a reír.

—Para nada. Pero lo considero mi amigo. Arriesgó su vida por mí y siento que le debo una.

—No le debes nada a nadie —dice Kallister sin rastro de empatía y, por un instante, habla igual que Jim. Mi tío me recomendó que nunca me jugara el cuello por otra persona, ni siquiera por él. «No le debes lealtad a nadie, excepto a ti misma, pajarito».

Pero yo no estoy de acuerdo. Creo que Xavier se merece mi lealtad, no solo porque me ayudó a escapar, sino porque es el mejor amigo de Cross. Y, bueno, Cross sin duda se ha ganado mi lealtad.

—Sé que es así —contesto—. Pero ¿qué puedo decir? Le he cogido cariño a ese cabrón.

—Muy bien. Termínate la cena y te llevaré a su celda.

ALERTA ROJA

NOMBRE: Xavier Ford
RANGO: Teniente
DISTRITO: Santuario
ESTATUS: Primario
ÚLTIMA UBICACIÓN CONOCIDA: Santuario

SE BUSCA POR:
<Delitos graves> Traición, deserción
<Delitos menores> Ayuda y complicidad con una Aberrante

DETALLES ADICIONALES:
AÑO DE NACIMIENTO: 3 E. N.
EDAD: 22

ATENCIÓN:
El sospechoso es un oficial altamente capacitado. Antiguo agente de la Élite Plateada.

ACCIÓN:
Matar en el acto.

CAPÍTULO 3



La prisión militar del Comando ocupaba un ala entera de su base, compuesta por docenas de celdas. Según me ha dicho Kallister, en la Daga solo hay tres porque la Revolución aplica la política de tolerancia cero. Los delitos menores como el hurto, la subordinación o las disputas continuas conllevan el exilio a los distritos. Pero ningún Modo quiere arriesgarse a que lo dejen allí afuera, así que estos crímenes no son muy habituales.

Sin embargo, los más graves son aquellos para los que no hay vuelta atrás. Asesinato. Violación. Traición. Como cometas uno de esos, estarás renunciando a algo más que tu lugar en la red. Estarás renunciado a tu vida.

—¿Hacéis algún juicio al menos? —pregunto con el ceño fruncido—. ¿Dais alguna oportunidad de explicar las circunstancias atenuantes?

—Claro, pero si se decide que eres culpable, mueres.

Me estremezco.

—¿No es un poco extremo?

—No podemos gastar nuestros recursos en asesinos y violadores. —Me dedica una mirada de soslayo—. Además, sé sincera: ¿te gustaría seguir viviendo en una montaña aislada con la persona que te violó? ¿O con alguien que haya matado a un ser querido?

Analizo la idea y niego despacio con la cabeza.

—No, es verdad.

Me guía por un pasillo que parece adentrarse cada vez más en la montaña. Pasamos junto a una cabina pequeña, con mucha iluminación, donde una guardia de pelo oscuro permanece sentada

tras el escritorio. Su presencia es el único rastro de vida en este lugar que está, por lo demás, en silencio. Kallister la saluda con un gesto de la cabeza y escanea la huella en la puerta de metal junto al mostrador.

—Las celdas están por aquí —me informa.

Al otro lado del umbral, la luz se vuelve más tenue. Los apliques de hierro titilan débilmente desde las paredes, creando sombras irregulares sobre las superficies ásperas. Tres celdas flanquean el corto pasillo, cada una con el suelo de tierra compacta y barrotes de hierro encastrados en la roca y las paredes de cemento. Dos están vacías, pero la tercera revela la figura solitaria de un hombre que, en lugar de en la cama o el banco junto a la pared, ha decidido sentarse en el suelo. Tiene las largas piernas estiradas ante él y la cabeza inclinada entre los hombros. Levanta la cabeza al oír nuestras pisadas, pero permanece sentado.

No paso por alto el alivio que inunda la mirada de Xavier al toparse con la mía. Temía que me hubieran hecho algo. Me produce cierta ternura que se preocupe por eso. Es como si, en vez de considerarme simplemente la novia de su mejor amigo, ahora también me considerara amiga suya.

Cuando posa los ojos de color marrón oscuro en Kallister, su comportamiento cambia. Se tensa.

—¿Quién cojones eres tú?

Kallister se muestra impasible por esa acogida tan desagradable.

—Kallister Ash. Dirijo la base.

—Enhorabuena, capullo. ¿Cuánto tiempo planeáis mantenerme aquí encerrado?

—Bueno, estaba a punto de dejarte salir, pero como acabas de llamarme «capullo», supongo que… indefinidamente.

Reprimo una sonrisa.

—¿Podemos quedarnos un momento a solas?

Kallister da un paso atrás.

—Vale. Avisa a Neema cuando quieras marcharte.

—¿Puedo entrar en la celda? No quiero hablar con él a través de los barrotes. Te prometo que no va a hacerme daño.

—O puede que sí —escupe Xavier.

—Cállate —lo amonesto.

Kallister se lo piensa unos segundos antes de encogerse de hombros.

—Muy bien, pero no me hago responsable si te estrangula.

—A decir verdad, a veces soy un poco plasta. Si me mata, asume que me lo merecía.

La risita de Xavier reverbera en la celda. Dado que Kallister es miembro de la Autoridad, me imagino que con su huella puede acceder a cualquier lugar de la base y recibo la confirmación cuando acerca el pulgar al escáner y los barrotes se abren.

Entro en la celda. La puerta se cierra y se bloquea a mis espaldas. Cuando Kallister ha desaparecido, Xavier se pone en pie y se pasa las dos manos por el corto pelo moreno. Antes de que pueda hablar, hace un gesto hacia una esquina de la celda para indicarme que hay una cámara. Le devuelvo el gesto. Tenía claro que nos estaban grabando, lo que nos impide tener una conversación de verdad.

—Ojalá tuvieras telepatía —comento.

—Ahora mismo, nos vendría genial —concuerda.

—¿Te encuentras bien?

Se encoge de hombros, indiferente.

—Siempre lo estoy…

Se interrumpe cuando, sin previo aviso, le doy un abrazo, pillándolo con la guardia baja. Solo lo hago para poder acercar los labios a su oído y musitar:

—No puede sacarte de aquí.

Xavier sabe lo que quiero decir. Me dedica un rápido apretón antes de dar un paso atrás, resignado. Asiente, como si dijera: «Me lo imaginaba».

Mi cerebro funciona a toda velocidad, tratando de encontrar la manera de hablar con él a las claras. Debe de haber un inhibidor en algún lugar de la base, algo con lo que bloquear las cámaras y el resto de los aparatos de grabación. Hasta que pueda ponerle las manos encima a uno, no puedo arriesgarme.

—¿Te han hecho daño? —pregunto, estudiándolo.

Sigue llevando los pantalones negros y la camiseta de manga larga que vestía en las Tierras Oscuras y la barba le cubre ahora la

mandíbula. Se la rasca, ausente, mientras se dirige a la cama individual y se deja caer en el borde del duro colchón.

—Estoy bien. Me han lanzado aquí y se han ido. Joder, incluso me han traído la cena. Estoy bastante seguro de que era carne auténtica —murmura, asombrado—. Una puta delicia.

—Sí, ¿verdad? —Le dedico una sonrisa—. Creo que, cuando te saquen de la celda, te va a gustar este sitio.

—Lo dudo. Son unos cabrones. —Mira al techo y alza la voz—. Sí, me has oído —le dice a la cámara.

Me siento a su lado y le doy un suave codazo.

—Para, no cabrees a nadie más.

—¿Qué más da? Nunca me van a dejar salir de aquí. Al menos, no con vida.

—No lo sabes.

—Vamos, Wren —farfulla—. No digas tonterías. Sabía lo que ocurriría por ayudarte a escapar. Nunca esperé que la Revolución tuviera piedad conmigo.

—Entonces, ¿cuál era tu plan? —pregunto, consternada—. ¿Dejar que te mataran sin más?

Xavier se encoge de hombros.

—Pensé que al final encontraría una salida, o que podría desaparecer en los distritos. —Estudia las paredes de piedra de la celda, maldiciendo entre dientes—. Pero no me esperaba que la sede estuviera dentro de una puta montaña, lo que complica notablemente mis planes de huida.

—¿Tú crees? —bromeo, pero mi buen humor desaparece enseguida—. Acabo de salir de una reunión informativa con la Autoridad. Les he hablado de ti. Espero que lo tengan en cuenta. Les he contado la misión en el distrito C, donde encontramos a esos Modos fragmentados, lo mucho que te afectó lo que les estaba haciendo la Compañía.

Dado que me está rozando el brazo, noto cómo se tensa. Bien. Lo ha pillado.

—Quizá no crean que estás dispuesto a ayudarnos, pero sé que hablabas en serio cuando me dijiste que debemos castigar a la Compañía por experimentar con ciudadanos inocentes.

De reojo, capto un retazo imperceptible de sonrisa.

—Pero lo más importante es que arriesgaste tu vida por mí, una Modo. Nunca lo olvidaré. Pase lo que pase, haré lo que esté en mi mano para devolverte el favor, ¿entendido?

Un segundo después, Xavier asiente y yo le aprieto la mano.

—Me volveré a reunir con ellos mañana a primera hora. ¿Me esperarás aquí hasta entonces?

Resopla.

—¿Qué más puedo hacer?

—Intentaré conseguirte una tableta o algo así.

—Darlington, no me van a dar acceso a su tecnología. Pero bueno… —Se gira para dedicarle una sonrisa maliciosa al techo—. Planeo cascármela todo el rato que pase aquí —le dice a la cámara—. De nada.

No tiene remedio. Con una carcajada, le doy otro codazo.

—Sé que no me crees, pero te prometo que haré todo lo posible para sacarte de aquí.

Me quedo a su lado un poco más, pero la conversación es banal. No mencionamos a Cross ni revelamos nada que no queramos que sepa la Revolución. No hasta que me acerco a la puerta de la celda, preparada para avisar a la guardia. Entonces, Xavier se me aproxima y me susurra al oído con aspereza:

—Wren…, ¿confías en esta gente?

Inclino la cabeza para sostenerle la adusta mirada.

—Te contestaré a eso más tarde.

Gray es quien viene a buscarme a la prisión para llevarme de nuevo a su apartamento. Supongo que no me asignarán ninguno hasta que no pase por el proceso de revelación.

—¿Hoy me toca dormir en tu sofá?

Lo ha convertido en una cama improvisada, con sábanas, una almohada y una delgada manta gris.

—No, yo duermo en el sofá. —Suspira—. Tú, Darlington, serás una de las pocas mujeres que tendrán el honor de disfrutar de mi

cama.

—No me parece mal compartirla, si quieres.

—No, no creo que a mi novia le hiciera gracia.

Levanto una ceja, divertida.

—¿Tienes novia?

—¿Por qué te asombras?

—Eh… Porque hace unos meses te estabas acostando con toda la base del Comando.

—Es que entonces no era mi novia —contesta, encogiéndose de hombros—. Aunque, dicho esto, tienes una imaginación muy vívida. No toqué a una sola persona en esa base. Bueno, excepto a ti —se corrige.

Frunzo el ceño cuando pienso en la época que pasamos juntos en la sección Plata. Sin duda, dejó caer que estaba follándose a todo lo que se movía y no negó ni una vez la reputación de mujeriego que tenía en la base.

—¿Tu novia lo sabe? —Apoyo la cadera en la encimera que separa la cocina del comedor—. Lo nuestro.

—No.

—¿Debería asumir que quieres que lo mantenga en secreto?

—Lo más probable es que sea buena idea. —Se dirige a la cocina—. No porque me sienta culpable, ya te he dicho que en esa época no estábamos juntos… —Mira hacia atrás con un toque de sarcasmo en la expresión—. Pero Karra tiene bastante genio, así que… si quieres contárselo, será por tu cuenta y riesgo.

—No me corresponde a mí decir ni mu —respondo.

—No tengo más ropa —comenta, cambiando de tema, a la vez que abre el armario—. Te he dejado una de mis camisetas en la cama. Espero que puedas dormir con eso.

—Gracias. ¿Qué hora es?

—Casi las nueve.

—¿En serio? Joder, tengo la sensación de que ya es de madrugada.

—A ver, han pasado muchas cosas hoy. Has sobrevivido a una excursión por las Tierras Oscuras. Te has encontrado con tu persona

favorita. Me refiero a mí, claro. Has conocido al hermano gemelo de tu tío fallecido. Demasiados acontecimientos.

—Bastantes —concuerdo.

—¿Quieres tomar algo? Hay un hombre en el valle que hace un vino muy potente. —Levanta una botella oscura.

—¿Vino? —repito, sorprendida. El vino es un lujo poco extendido por los distritos. He oído que a los científicos de la Compañía les cuesta producir la versión sintética sin que tenga un sabor amargo—. Me encantaría.

—Ve a cambiarte mientras lo sirvo.

Me cuelo en su habitación, donde encuentro una camiseta blanca, doblada con pulcritud, en el borde de la cama. Me quito la ropa y la dejo en una silla cercana. Su camiseta me llega hasta las rodillas, cubriendo por suerte la marca de sangre que ya no está oculta tras las cicatrices. Me he pasado muchos años sintiéndome mal por las quemaduras y ahora las echo de menos.

Cuando vuelvo, Gray pasea los ojos verdes por mis piernas desnudas y lo primero que pienso es que dudo que a Cross le gustara esto. No, se convertiría en un cavernícola gruñón. Querría arrancarle los ojos de las cuencas por atreverse a mirarme.

No estoy segura de en qué lugar me deja, pero me encanta ese lado dominante y posesivo. Antes de él, nadie había gruñido por mí.

Gray aún no ha apartado los ojos e intuyo la pregunta que encierran.

—¿Qué? —digo, removiéndome incómoda.

—¿Puedo verla? La marca de sangre.

Titubeo un segundo antes de levantarme el dobladillo de la camiseta para revelar el muslo izquierdo. Da un paso hacia mí, estudiando el círculo rojo y perfecto que descansa bajo mi cadera.

Suelta un suave silbido.

—Es grande.

—No tanto —protesto.

—¿Has visto la de Ellis?

—Sí. —El sanador la tiene en el centro de la mano y debe medir unos tres centímetros de diámetro.

—Es uno de los sanadores más poderosos del Continente y tu marca es el doble de grande que la suya. Joder, tanto como la de Jayde Valence. —Gray hace una pausa—. He oído que se mató después de que Travis Redden comenzara a reunir a los Modos leales.

Me tiende una copa de vino tinto mientras lo dice y me pilla tan desprevenida que a punto está de resbalárseme de los dedos. No pasa por alto mi reacción, así que entorna los ojos con desconfianza.

—¿Sabes algo del tema, vaquera?

Crispo los dedos sobre la copa y me dirijo al sofá. Estoy muy cansada tras tantos días caminando, así que me siento, levanto las rodillas y me las cubro con la camiseta, al mismo tiempo que decido hasta dónde revelar.

Al entender que voy a tener que contárselo todo mañana, suspiro y opto por la verdad.

—No fue elección suya.

—Según nos dijeron, se disparó en la cabeza. ¿Cómo no va a ser elección suya?

Me muerdo el labio.

—Darlington.

—La incité para que lo hiciera —suelto.

Sisea entre dientes.

—¿Eres una incitadora?

—Por desgracia.

—Joder —musita—. Esperaba que leyeras mentes. O que fueras una poderosa empática. Es evidente que eres un alma caritativa. Pero ¿una incitadora? ¿Lo sabe la Compañía?

—Nadie lo sabe. —Excepto Cross. Eso no se lo cuento, lo añado al montón creciente de secretos y mentiras que estoy recopilando.

Gray niega con la cabeza antes de beberse la mitad del vino. Yo le doy el primer sorbo y su exquisito sabor me acaricia la lengua. Es increíble. Embriagador. Con la cantidad adecuada de dulzura.

Nos quedamos un segundo en silencio, observándonos.

—Te he echado mucho de menos —admito.

Una sonrisa torcida le curva la comisura de la boca.

—Yo también a ti. Eres la única persona que he conocido que es más imprudente que yo.

—No creo que eso sea bueno —contesto con una carcajada.

—Lo es. Te vuelve impredecible.

—Repito: ¿eso es bueno?

—La vida es demasiado aburrida cuando es predecible. Tú le aportas el toque necesario de emoción.

Deja caer su cuerpo alto y ancho en el sillón y se le flexionan los músculos del brazo bajo la camiseta cuando se pasa la copa de vino a la otra mano.

—Ojalá me hubieras contado que eras un Modo cuando estábamos en la Élite Plateada —me quejo—. ¿Sabías quién era yo en todo momento?

—Claro. Formo parte de la Autoridad. Lo sé todo.

—¿Vas a restregarme lo de la Autoridad todo el rato, capullo engreído? «Ay, soy de la Autoridad» —lo imito—. No entiendo cómo te permiten ser uno de sus miembros. Solo tienes un par de años más que yo.

—No hay límite de edad para entrar en el consejo. Aquí solo importan la competencia y las habilidades de liderazgo. —Hace una pausa—. ¿Adrienne sabe que te estabas follando a Redden?

Lo fulmino con la mirada.

—¿Qué? ¿Vas a intentar negarlo? Porque lo vi escabullirse de tu habitación en más de una ocasión. —Con una carcajada, levanta la copa y le da un buen sorbo.

Observo cómo se le desplaza la nuez por la garganta al tragar, preguntándome hasta dónde debería admitir. Entonces, recuerdo algo que me contó Cross cuando nos despedimos.

—Nos vendiste —le digo con tono acusatorio.

Gray se encoge de hombros, nada arrepentido.

—¿Y?

—¿Por qué querías meterme en problemas? Éramos amigos.

—Justo por eso. Éramos amigos. Estaba intentando protegerte el cuello. ¿En qué demonios pensabas al acostarte con él? Es el hijo del general.

—No era nada serio.

La mentira me arde en la lengua, como si fuera una traición a Cross. Más que eso, a Lobo, a mi mejor amigo desde la infancia. Sigo sorprendida por ese giro del destino en el que Lobo y Cross son la misma persona. Sin embargo, ese es otro secreto que me llevaré a la tumba.

—A ver, ya suponía que no era algo serio —dice Gray—. El capitán es un cabronazo sin corazón. Ese tío no tiene emociones. Aun así, seguro que echa unos polvos de la hostia.

Madre mía, no tiene ni idea. Me encojo de hombros como respuesta y él deja escapar una carcajada.

—Eso significa que sí. No has respondido a mi pregunta. ¿Alguien más sabe lo tuyo con Redden?

—Solo Xavier. —La amargura me recorre el cuerpo—. ¿Por qué? ¿También necesito revelar ese dato mañana?

—No, tu vida personal no les interesa. Pero no estaba seguro de si Ade lo sabría o no. —Gray le da un sorbo al vino y me observa por encima del borde de la copa—. ¿Estuvo implicado en tu huida?

—No —miento.

Arquea las cejas, desafiante.

—¿No le ordenó a Ford que te sacara de la base?

—No, Cross nunca renunciaría a su mejor teniente. Xavier actuó por cuenta propia.

Gray asiente. No sé si me cree, pero tampoco voy a quedarme aquí sentada, intentando convencerlo. Estoy demasiado cansada.

—Aún no me puedo creer que Lyddie te vendiera —musita—. A ver, sabía que era leal al régimen hasta la médula, pero te quería.

—Al parecer, no. Después de que me viera la marca de sangre, intenté contarle una historia sobre que la Compañía ya lo sabía, que estaba en una operación encubierta, que era tan leal como ella. Por un segundo, pensé que me había creído. Me prometió que no diría nada. Luego, se dio media vuelta y me denunció por encubrimiento.

—Menuda hija de puta.

La tristeza me inunda, aovillándose en ese hueco en el pecho que llenaba la que creía que era una amiga de verdad.

—La han programado para odiar a personas como nosotros. Lo pillo. Es lo que ocurre cuando te pasas la vida tragándote la

propaganda de la Compañía. Se sintió traicionada.

—Y te traicionó a ti.

—Supongo que fue algo mutuo. —Agotada, me pongo en pie—. Necesito irme a la cama. Nos vemos por la mañana.

Dejo la copa en la encimera y me dirijo al dormitorio, sintiendo cómo una pesada sensación se apodera de mí.

—Wren.

Su voz me detiene antes de que pueda cerrar la puerta. Me giro para mirarlo.

—¿Sí?

—Mañana no mientas, durante la revelación —me recomienda—. Sé sincera.

—Lo seré —le aseguro, aunque planeo mentir sobre muchas cosas.

Parada en el umbral, dudo un segundo; no logro descifrar su expresión, saber si es una advertencia o si está preocupado. Sin embargo, percibo cierta dulzura, algo familiar que me recuerda a la estrecha amistad que compartíamos en la base del Comando.

—Grayson…, ¿confías en esta gente?

—Sí, claro. Y tú también puedes hacerlo.

—Kallister me contó que votó a favor de rescatar a Jim en la ejecución. ¿Es cierto?

—Sí. Aquí gana lo que elija la mayoría.

Doy otro paso, pero me detiene de nuevo.

—Darlington, no quiero votar para que te devuelvan a los distritos. Hazme un favor y no les des razones para proponer algo así.

CAPÍTULO 4



—¿Preparada para empezar? —pregunta Adrienne a la mañana siguiente. Estoy sentada en un extremo de la mesa en la sala de guerra con cinco pares de ojos fijos en mí.

Trago saliva y me seco las manos húmedas en los pantalones. Me da la impresión de estar de nuevo en la escuela. Y yo odiaba la escuela. Era la peor estudiante, la que nunca podía quedarse quieta. Desde que empezaba la primera clase hasta el momento en el que se acababa la jornada, mantenía los ojos fijos en la ventana, desesperada por salir de allí para ir a montar a caballo o a disparar el fusil.

—¿Debería enfrentarme a esto como si fuera un examen? —pregunto, inquieta.

—Aquí no hay aprobado ni suspenso. Solo estamos analizando tus habilidades —me tranquiliza Kallister.

Recuerdo entonces el primer día en la sección Plata, cuando nos sorprendieron con una prueba aleatoria de observación. Aquella mañana no estaba segura de si debía destacar, fundirme con el grupo o, directamente, fallar por completo. Ahora estoy sopesando las mismas opciones, considerando cuánto debería revelar. Pero de repente comprendo que no puedo permitirme esconderles nada a estas personas.

Antes de que Cross y Xavier me sacaran de la ciudad, una sentencia de muerte pendía sobre mi cabeza. Si no soy sincera con la Revolución sobre mis habilidades, me devolverán a los distritos, donde me arriesgo a que me detenga una patrulla del Comando, a que salte una alarma en una cámara de reconocimiento facial o a

que capte la atención de un dron de vigilancia. Vaya adonde vaya, me estaré arriesgando a que me pillen y a que me envíen a Plaza Sur para enfrentarme a un pelotón de fusilamiento, como le pasó al tío Jim.

Necesito convencer a la Revolución para que me deje quedarme. Me pasé muchos años suplicándole a Jim que me permitiera llevar a cabo misiones con la red: recogida de suministros, entregas…, cualquier cosa con la que pudiera demostrar que sería una buena agente. Ahora por fin tengo una oportunidad real de ayudarles a desmantelar la Compañía, y me niego a desaprovecharla.

Adrienne une las manos sobre la mesa.

—Muy bien, empecemos con la telepatía.

Frente a mí, Kallister y Teriq tienen una tableta en la mano, preparados para registrar lo que consideren oportuno.

—Abre una vía y vincúlate con Fiona. —Adrienne hace un gesto hacia la mujer de pelo corto que no me ha sonreído ni una vez desde que llegué a la Daga.

La miro, tratando de ignorar mi nerviosismo. Cuando empecé a formarme siendo una niña, el tío Jim me explicó que es la energía lo que mueve a los Modos, y que nuestros cerebros, dado que son incapaces de verla, crean imágenes para representarla. Me dijo que me imaginara la mente como un enorme espacio en penumbra. Para vaciarla, debía reducirla a nada más que oscuridad. Luego, tenía que visualizar una cuerda plateada que se extendiera ante mí. Esta llevaba a una luz plateada en la distancia.

«Agáchate y coge la cuerda», me pedía. «Esa es la vía, ¿vale? Desde la cuerda hasta la luz. Tienes que seguir ese camino».

Abrir una vía me salía natural, incluso después de descubrir lo que pasaba al entrar en la cabeza de alguien. La presión puede ser sofocante, asfixiante, porque todas las mentes poseen una barrera natural o están reforzadas con un escudo fortalecido a través de la práctica. Existe un instinto primitivo en todo ser humano de proteger la mente de la infiltración mental.

Jim me explicó que las mentes de los Modificados tienen dos frecuencias que se unen a través de ondas. Una de ellas desprende energía positiva y la otra, negativa. La lectura de mentes se basa en

la segunda. Me dijo que me imaginara esa frecuencia como una puerta. Al otro lado, unas olas negras intentarían repelerme, empujarme. Recuerdo lo orgullosa que me sentí la primera vez que me abrí paso con éxito entre esas olas y oí los pensamientos de Jim.

La telepatía es como un pasillo acogedor al otro lado de la puerta. La frecuencia positiva te permite reconocer la firma energética única de una persona y vincularte con ella. Una vez se establece esa conexión, puede usarse para hablar y proyectar imágenes en la mente del otro individuo.

Eso es lo que hago al colarme en la mente de Fiona, siguiendo el conocido camino hasta sentir su energía telepática. Abre un segundo los ojos y su voz me inunda la cabeza cuando nos vinculamos. Lleva una camiseta sin mangas que le deja los brazos al descubierto, revelando el fogonazo plateado en sus venas.

Bien hecho, me alaba, reticente, como si le costara concedérmelo.

Fiona le dedica un asentimiento a Teriq, quien garabatea algo en la tableta. Adrienne arquea una ceja.

—¿Siempre has sido capaz de abrir vías a esa velocidad o lo has perfeccionado con los años?

—No lo sé. Jim es quien me enseñó a usar la telepatía. No recuerdo si me costó mucho o poco al principio.

—¿Con qué edad te empezó a formar?

—Con ocho años. —Tenía cinco, pero me ceñiré a la historia que he contado toda la vida.

—¿Fuiste capaz de vincularte con él en el primer intento?

—Sí.

—¿Y cuándo te apareció la marca de sangre?

—Con siete.

Entonces me piden que me vincule también con Teriq. Por supuesto, no me piden que lo haga con Gray. Me sigue sorprendiendo porque nunca había conocido a un Modo que no fuera telépata, lo que me lleva a preguntarme cuáles serán sus habilidades.

—No se te tiñen de plata las venas —observa Fiona con un profundo ceño fruncido.

Un segundo después, se cuela en mi mente: *¿Por qué se te mantienen inactivas las venas cuando usas tus dones?*

No lo sé.

—¿Nunca te ha ocurrido? —pregunta ahora en voz alta—. ¿Ni siquiera una vez?

—Nunca —respondo.

—Fascinante —musita Kallister—. ¿Con eso son… tres? —Se gira hacia Teriq para confirmarlo, y el joven asiente.

—¿Tres, qué? —pregunto.

—Hasta que llegaste, solo conocíamos a otros dos Modos cuyas venas no reaccionaban a sus habilidades —me explica—. Ahora sois tres.

«Cuatro», quiero corregirle, pero nunca traicionaría a Cross.

—¿Habéis averiguado por qué? —pregunto con curiosidad—. ¿Por qué las venas de algunas personas permanecen… eh… inactivas, quiero decir?

Niega con la cabeza.

—Otro misterio. Ningún estudio nos ha llevado a dar con una respuesta concreta.

—¿Qué tal se te da la lectura de mentes? —pregunta Fiona, con tono clínico. Me recuerda a cuando la doctora del pueblo en el que crecí repasaba una lista de síntomas siempre que acudía a ella con fiebre.

—Si la mente no está sellada, me resulta fácil.

—¿Y los filtros? —dice Kallister—. ¿También?

—Sí.

El malestar me atenaza el estómago al recordar que algunos Modos no logran filtrar lo que oyen, de ahí que la lectura de mentes se vuelva imposible. Pero al menos esas personas pueden protegerse del ruido mientras que los Modos fragmentados son incapaces de mantener un escudo o cortar un vínculo como se debe. Cuando han estado en la mente de otra persona, sufren una avalancha. Los pensamientos externos no paran de adentrarse en sus cabezas, ahogando todo sentido y orden, hasta que sus cerebros se convierten en una cacofonía de voces. Un auténtico caos, suficiente para volver loco a cualquiera, para perder por completo la

cordura, como le pasó a aquella mujer que vi en el distrito C que se mecía en la cama del hospital gimiendo, cubriéndose las orejas con las manos mientras repetía la misma palabra una y otra vez: «Cállate. Cállate. Cállate. Cállate».

Ni siquiera puedo imaginarme lo que se debe sentir si tu mente nunca está en silencio.

—Si la mente tiene un escudo, ¿cuánto tiempo tardas en cruzarlo? —pregunta Kallister.

Lo pienso durante un tiempo.

—Depende. No siempre es fácil.

—¿Alguna vez te has encontrado con un escudo que no pudieras traspasar?

—No.

La sorpresa le crea una arruga en la frente.

—¿Ni siquiera el de mi hermano? ¿Lograste penetrar en el escudo de Julian?

Asiento.

—¿Con qué edad?

—Nueve años.

Adrienne suelta una suave carcajada. Cuando frunzo el ceño, dice:

—Es impresionante. Nunca comprobé el escudo de Julian, pero si se parecía al de Kallister…

—Pero lo conseguí tras infinitas horas de entrenamiento —protesto.

No me gusta todo este espectáculo en torno a mis habilidades. Todavía no hemos llegado siquiera a la incitación. Nunca pensé que les impresionaría tanto mi lectura de mentes y mis trucos para abrir vías con facilidad.

Kallister toma nota en su tableta.

—Me gustaría que practicaras conmigo, que intentaras superar mi escudo.

—¿Ahora?

—No, pero será parte de tu formación obligatoria.

—Pasemos a la siguiente habilidad —interviene Fiona—. Dijiste que tenías más de dos, ¿no?

—Tengo cuatro —contesto, cohibida.

Adrienne entorna los ojos.

—¿Qué más puedes hacer?

—Proyectar.

Teriq pasa el dedo por la tableta y envía una imagen digital a la pantalla holográfica del centro de la mesa. Es un mapa del Continente. Me pide que se lo proyecte a Adrienne.

—¿Es lo único que puedes proyectar? —interviene esta última cuando termino.

La pregunta me confunde.

—¿Qué quieres decir? ¿Debería intentar proyectar algo más?

—No, me refiero a si puedes proyectar solo aquello que tienes delante.

—¿En oposición a qué?

—A algo que hayas visto.

La arruga en mi mente se vuelve más profunda.

—¿Es posible?

Nunca he conocido a nadie que pudiera proyectar algo que hubiera visto en el pasado. Me enseñaron que la proyección estaba conectada con el nervio óptico, es decir, solo se puede trasmitir lo que se está viendo en ese momento. En lugar de profundizar en el tema, Adrienne pasa a la siguiente cuestión.

—¿Y tu cuarta habilidad?

Poso los ojos en Gray, quien inclina la cabeza con un suave asentimiento. «No les des razones para que te echen».

Casi puedo oír su voz en mi cabeza, suplicándome que sea sincera, aunque le prometí al tío Jim hace mucho tiempo que nunca revelaría ese poder. Dejo escapar el aliento.

—Puedo incitar.

Una corriente de asombro cruza la sala de guerra.

—¿Eres una incitadora? —pregunta Adrienne, antes de dedicarle una mirada fulminante a Kallister—. El cabrón de tu hermano nunca nos lo contó, Kal.

—Julian —responde él con calma— consideraba a Wren como su hija. Supongo que intentaba protegerla.

—¿De qué? —lo reto—. ¿De vosotros?

Kallister se encoge de hombros.

—Debió suponer que querríamos reclutarte.

«Usarme, mejor dicho».

—Fuiste la incitadora que estaba entre el público en la ejecución de Julian —reflexiona Adrienne—. Según los informes, los ocho miembros del pelotón de fusilamiento respondieron a la orden de un incitador.

De reojo, veo cómo Fiona me crea un agujero en la cara con su mirada de desconfianza. Teriq y Gray parecen impresionados mientras que Kallister niega con la cabeza, asombrado.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunta—. ¿Desde hace cuánto puedes incitar a gran escala?

—Eh… Que conste que no sé nada sobre cómo se usa la incitación. —Espero que adviertan lo sincera que estoy siendo ahora mismo—. Jim intentó formarme, pero no tenía experiencia. Ninguno sabía cómo usar esa habilidad y pocas veces funcionó cuando la practicamos. Suele suceder de manera espontánea.

—¿De manera espontánea incitaste a ocho mentes? —Teriq parece dudarlo.

—No sé cómo lo hice. A decir verdad, creo que fue una respuesta emocional. Me carcomían el pánico, la desesperación y el terror, y estaba gritándoles en mi mente, pidiéndoles que bajaran las armas, y, de repente, me estaban… obedeciendo.

Teriq sigue sin estar convencido.

—¿Has experimentado otros momentos de incitación espontánea?

—Cuando era adolescente incité a Jim por accidente mientras conducía. Estaba muy enfadada con él porque me había avergonzado delante de mis amigos. Estaba hecha una furia y lo veía todo negro. Le grité que diera la vuelta al coche y lo hizo. —Una punzada de vergüenza me atraviesa el estómago—. Estuvimos a punto de morir.

—¿Ves negro cuando ocurre? —pregunta Adrienne.

—¿Eh?

—No me refiero en sentido figurado. ¿Ves el color negro?

Frunzo el ceño.

—No.

—¿Y otros colores? —insiste.

Kallister le dedica una mirada.

—Podemos dejarlo para la formación. Pasemos al siguiente punto.

—Espera —intervengo—, ¿se supone que debo ver colores al incitar?

De repente, recuerdo esas motas doradas que flotaban por mi mente la mañana de la ejecución del tío Jim. También las veía de pequeña cuando practicábamos la incitación. Decía que era «purpurina dorada». Jim siempre desestimó mis preguntas. Sospecho que creía que me estaba imaginando el polvo dorado.

—Las habilidades de manipulación aprovechan una fuente de energía distinta… —empieza a explicarme Adrienne, pero Fiona la interrumpe.

—Nos estamos yendo por las ramas —dice la mujer mayor, molesta—. No estamos aquí para formarla. Es su revelación.

—¿Alguna vez has incitado adrede? —me pregunta Teriq—. No de forma espontánea, quiero decir.

—En el Aniversario de Plata, la semana pasada.

La expresión de todos se torna seria.

—Jayde Valence me pilló intentando colocar los explosivos. Era una premonitoria y tuvo una visión sobre mí. Nos enfrentamos en mitad de la misión. Que me delatara lo arruinaría todo y acabaría con mi tapadera, así que sabía que debía detenerla. —Trago saliva—. Necesité mucha energía. Ni siquiera sé cómo lo hice. De nuevo, me inundaba una emoción muy intensa, pero… eh… la incité a que se disparara en la cabeza.

El silencio inunda la sala de guerra.

—No me gusta esta habilidad —musito cuando nadie dice nada—. De verdad. Y no tengo intención de usar ese poder, mucho menos abusar de él. Por eso, si me vais a echar, debéis saber que…

—No te vamos a echar —me interrumpe Adrienne.

Percibo una pizca de esperanza.

—¿Puedo quedarme?

Adrienne alza la barbilla ante Kallister y después se gira hacia los demás.

—A menos que alguien tenga alguna objeción, no creo que necesitemos siquiera una votación.

—Ninguna objeción por mi parte —dice Kallister, y los otros dos hombres musitan su beneplácito.

Solo Fiona se resiste y las dudas le nublan la expresión.

—¿Fi? —la anima Kallister.

Por fin, asiente, con el rostro tenso y la mandíbula apretada.

Puedo quedarme. Un apretado nudo de alivio se me crea en la garganta, pero desaparece cuando Adrienne vuelve a hablar.

—La Daga es tu nuevo hogar, Darlington. No podemos tener a una incitadora deambulando por los distritos.

Y no parece una invitación, sino una amenaza.

CAPÍTULO 5



—Lo has hecho bien —dice Gray de camino al comedor para desayunar. Sospecho que le han pedido que se pegue a mí como una lapa.

—¿En serio? Porque a mí me parece que me acaban de amenazar.

Sonríe.

—Vale, te seguiré el juego. ¿Cómo te han amenazado?

—Solo me dejan quedarme para mantenerme vigilada —farfullo—. Y básicamente han dicho que no dejarán que vaya a los distritos. ¿Eso en qué me convierte? ¿En una prisionera?

—No era una amenaza —me tranquiliza—. Y tienes suerte de estar aquí. En los distritos han activado la alerta roja, piden tu cabeza. Te han sentenciado a muerte. —Resopla—. Qué majo tu novio, que lo ha permitido.

—Cross no ha tenido nada que ver con eso. Travis es el que está ahora al mando.

—Ajá. Seguro que el capitán de la sección Plata no tiene ninguna influencia sobre su hermano mayor.

Al entrar en el comedor, me topo con largas filas de mesas de acero que brillan por la radiante luz sobre nuestras cabezas, flanqueadas por sillas de metal con los respaldos bajos. Gray dijo que el desayuno se servía entre las siete y las nueve. Casi son las nueve, por lo que la sala está prácticamente vacía, pero varias personas permanecen sentadas delante de sus bandejas, charlando. Aunque algunas hablan en voz alta, a muchas le brillan las venas, revelando las conversaciones telepáticas que están manteniendo a mi alrededor.

—Quiero hacerte un *tour* por la Daga —dice Gray—. Pero quizá tengamos que esperar a mañana. Necesito entregar algunos suministros en el valle.

—¿Cómo os repartís las tareas? —pregunto, curiosa.

Nos acercamos a una larga encimera cargada de bandejas de metal tapadas y cubiertos con los que servir la comida. Mientras llenamos nuestros platos con lo que hay en cada una, Gray me hace un resumen de cómo funciona todo por aquí.

De las tareas domésticas, como la cocina, la colada o el mantenimiento, se encargan los civiles que vuelan hasta la Daga y regresan al valle al final de sus turnos. Los agentes que viven en la base se encargan de los trabajos tácticos, ya sean de inteligencia, comunicación, tecnología o investigación. Los agentes de campo, cuando no están en una misión en los distritos, deben entrenar o ayudar a entrenar a otros.

—Voy a intentar que te asignen el campo de tiro —dice Gray mientras se sirve un montón de huevos revueltos en el plato.

Observo la selección de ensaladas. Todas las verduras parecen muy frescas: los tomates, las zanahorias, los pepinos e incluso las espinacas. De hecho, todo lo que hay bajo las tapas de las bandejas tiene un aspecto increíble.

—Vivís rodeados de lujos —digo en tono acusatorio—. ¿No os avergüenza disfrutarlos mientras muchos Modos malviven en los distritos, escondiéndose?

—Hacemos lo que podemos por ellos. Y no tienen por qué quedarse en los distritos. Todos pueden elegir.

—Jim y yo no tuvimos elección.

—Claro que sí. Kallister le ofreció a su hermano un puesto aquí. Julian Ash decidió asentarse en Z. Dijo que quería que lo dejaran en paz.

Comprendo entonces que el tío Jim lo hizo para protegerme. Él sabía lo que ocurriría si me traía a la Daga, si la Autoridad se enteraba de que era una incitadora.

—Cualquier Modo puede hacer una petición de reubicación —continúa Gray—. Ya sea en la Daga o en la base de la Zarzamora en H.

—¿Hay una base de Modos en el distrito H? —pregunto, sorprendida.

—¿Cómo crees que entramos en Santuario sin que nos pillen? No podemos volar hasta allí y aterrizar sin más en una pista del Comando.

—Pensaba que teníais vuestros propios aeródromos, pero no sabía que había una base entera en un distrito. ¿Allí son todo agentes o también hay civiles?

—Es una mezcla. —Se encoge de hombros—. A veces me quedo allí cuando llevo a cabo una misión larga. Es más fácil.

—¿Cómo funcionan las operaciones? ¿Cómo consigues que te asignen una?

—Nadie te asigna una misión. Basta con que te presentes voluntaria.

—¿De verdad?

—Sí. Cuando debemos dirigir una operación, la Autoridad se la da a un líder de misión. Este hace una reunión informativa y nos cuenta de qué tipo de operación se trata: reconocimiento, transporte, lo que sea. El líder solo recluta a agentes específicos si se necesitan unas habilidades concretas, como un francotirador o un piloto que sepa volar uno de los bombarderos. Pero no se fuerza a nadie a hacer nada que no quiera. No estás obligada a aceptar una misión.

—¿Alguien se ha negado a formar parte de una?

—No es habitual —admite—. Todos en la Daga quieren estar aquí y acabar con la Compañía.

—¿Eres un líder de misión?

Gray vuelve a esbozar una sonrisa engreída.

—Por supuesto.

—¿Cuántos hay?

—Ahora mismo, creo que quince. Los agentes pueden pedir que se considere su nombre, pero la Autoridad es quien tiene la última palabra.

Llegamos a la zona de bebidas, desde donde me llega un rico aroma a café que se me cuela por la nariz. Joder, huele a gloria.

—Kallister dijo que teníais granos de café de verdad —digo, esperanzada.

—Vaya que sí.

Al lado de las máquinas de café hay una enorme bandeja con dulces horneados como pastas, magdalenas y lo que parece pan de plátano. Elijo uno de los hojaldres. Estoy a punto de preguntar por el acuerdo de comercio que la Daga mantiene con Tierra Fe cuando una voz femenina nos interrumpe.

—Aquí estás, amor.

Se une a nosotros una chica preciosa con el pelo largo, negro azabache, y unos ojos oscuros rodeados por unas pestañas muy gruesas. Lleva unos vaqueros y un top blanco, y las curvas que le faltan las compensa con la sensualidad que irradia de ella.

Se pone de puntillas y le da a Gray un beso en los labios que se alarga demasiado. Es intencionado y muy innecesario.

—Llevabais en la sala de guerra una eternidad —observa cuando separa la boca de la de su novio.

Me dedica una mirada llena de curiosidad. Gray no tarda en presentarnos.

—Wren Darlington, Karra Colfer.

—He oído hablar mucho de ti —dice Karra, que no deja de analizarme.

No tengo ropa propia todavía, así que sigo llevando las mallas de Luisa y su camiseta, demasiado ajustadas, así como las botas de combate. La novia de Gray no parece muy impresionada cuando por fin cesa su escrutinio.

—Solo cosas buenas, espero. —Me paso la bandeja a la mano izquierda para coger una taza de estaño vacía.

—Gray dice que eres francotiradora.

—En realidad, no. A ver, tengo buena puntería, pero la mayoría de las veces la he utilizado para matar coyotes blancos en mi rancho.

Gray baja la cabeza para darle un beso rápido a Karra.

—¿Por qué no vas cogiendo sitio, KC? No tardaremos. ¿Quieres café?

—No, gracias, amor.

Karra se aleja de nosotros. Ahora que ha marcado su territorio, supongo que se siente cómoda dejándonos a solas. Debo esforzarme para no poner los ojos en blanco.

—Es preciosa —digo mientras Gray sirve el café.

—Cierto —concuerda.

Con las bandejas en la mano, nos dirigimos a una mesa cerca de la pared del fondo, donde está sentado un pequeño grupo que se queda callado al percatarse de nuestra presencia. No puedo evitar sentirme cohibida cuando centran su atención en mí.

—Chicos, esta es Wren —dice Gray, ocupando la silla al lado de Karra.

Vaya tela, parece que he vuelto al primer día de clase. Titubeo un segundo antes de sentarme al lado de un joven con el pelo negro y los brazos cubiertos de tatuajes. Tiene la constitución de una montaña, con un amplio pecho musculoso, los hombros anchos y la envergadura de un cóndor salvaje. Sus piernas son tan largas que debe medir más de metro ochenta.

Le dedico una sonrisa dubitativa y me responde con otra, mostrando todos los dientes, lo que atenúa parte de mi nerviosismo. Nunca me ha importado encajar o ganarme la aprobación de los demás, pero me sorprende el deseo apremiante que siento por gustarles a estas personas.

No tenía un gran círculo social en Hamlett, mi pueblo en el distrito Z. Tana era mi única amiga, pero sé que la culpable era yo. Nunca hice un esfuerzo genuino por desarrollar otras amistades y alimentarlas.

Uf, ¿por qué me cuesta tanto? ¿No podría ser un poco más… abierta?

Supongo que se me pegó de Julian Ash. Quizá no compartiéramos ninguna relación de consanguineidad, pero sin duda heredé su frialdad exterior. Fue mi único modelo a seguir cuando era pequeña y la calidez no era su fuerte. El tío Jim seguía una filosofía estricta: nunca muestres afecto, emociones ni vulnerabilidad. Punto. Enterraba sus sentimientos en las profundidades de su ser y era casi imposible sacarlas a la superficie.

No se me da tan mal como a él, pero soy consciente de que también tiendo a ponerme una coraza. Y no me gusta; quiero cambiar, ablandarme, dejar que otra gente me conozca, más allá de Lobo y Tana.

Mientras Gray me presenta a los demás, me esfuerzo por quedarme con toda la información. Descubro que Luisa es una piloto de transporte, es decir, que solo conduce helicópteros, aerodeslizadores y aviones de carga.

Karra se encarga de las comunicaciones cuando está en la base y de misiones de reconocimiento en los distritos.

Neema, una chica pequeña con la piel unos tonos más oscura y bronceada que la mía, trabaja en seguridad; no se molesta en ocultar su desconfianza mientras me estudia con la mirada.

Henley, de pelo dorado y ojos azules, es otro piloto. Es guapo y lo sabe, de ahí que me dedique una sonrisa radiante que me deja sin aliento, aunque ni siquiera me atrae.

La montaña a mi lado se llama Mako, cuya expresión se ilumina cuando dice:

—¡Otra francotiradora! Deberíamos ir juntos al campo de tiro. Te encantará el que tenemos fuera, Wrenny. ¿Puedo llamarte Wrenny?

—Por supuesto que no —contesto, y Gray suelta una risita.

Todos tienen más o menos mi edad, excepto Evlynne, quien completa el grupo. Tiene veinticinco años y, al parecer, muchos talentos, ya que es piloto de combate y francotiradora. Además, es bastante intimidante, con su piel pálida, su pelo moreno a la altura de la barbilla y los ojos grises que desprenden astucia mientras me analiza como si fuera un espécimen en un laboratorio.

—He oído que te estás tirando a un teniente del Comando —dice de repente.

Tardo un segundo en darme cuenta de que ha dicho «teniente» y no «capitán». Xavier. Se refiere a Xavier. Durante un instante, pensé que sabía lo de Cross.

—Solo es un amigo —respondo antes de tomar un bocado de los huevos.

—No sabía que confraternizábamos con el enemigo —suelta, arrastrando las palabras.

Reprimo un suspiro.

—No sé si lo seguiría llamando enemigo. El teniente Ford no tenía por qué poner en riesgo su vida para ayudarme a escapar.

Tanto Evlynne como Neema me contemplan, incrédulas. Por suerte, nos interrumpe la llegada de otro chico que se hunde en una silla junto a la de Neema, con una taza de café entre sus largos dedos. Lleva el pelo oscuro muy corto y tiene unos profundos ojos verdes que me recuerdan al bosque durante el crepúsculo. No sonríe. No habla. Pero algo en su presencia capta la atención sin que diga ni una palabra.

—Este es Saint —me dice Gray, señalando al atractivo recién llegado—. Saint, Wren.

Asiente a modo de saludo. Me recorre con la mirada, con una expresión ilegible.

—Bienvenida a la Daga —dice. Su voz es justo como me la había imaginado, grave y contenida.

—¿Te lo vas a acabar? —le pregunta Mako a Evlynne, y le arrebata la taza de café de las manos antes de que pueda responder.

—Capullo —musita.

Mako está a punto de darle un sorbo cuando se queda paralizado. Entorna los ojos.

—Vaya, mírala, comiéndose un dulce con su pelo rosa como una puta engreída.

Confusa, sigo su mirada, llena de indignación, hasta una mesa al otro lado de la sala, donde una mujer con cara de duende y el pelo rosa está sentada con otros dos Modos, charlando mientras corta un trozo del pan de plátano con el tenedor.

—No lo entiendo. —Me giro hacia Gray en busca de ayuda—. ¿Odiamos el pelo rosa o el dulce?

Mi amigo me dedica una mirada de advertencia.

—Olvídalo. Cuando empieza…

—Te pongo en situación, chica nueva —anuncia Mako, y varios gruñidos cruzan la mesa.

—Por favor, para —le suplica Henley.

—Es el cumpleaños de un hombre —comienza a decir, como si estuviera interpretando una lectura dramatizada—. Un hombre guapo y fornido que está a punto de celebrar sus veintidós años de existencia. Y este cumpleaños en particular es especial, Wrenny…

—Ni se te ocurra repetirlo —le aviso.

—… porque coincide con la llegada de un nuevo cargamento de esos cabezas de chorlito de Tierra Fe, que no poseen nada de valor excepto un solo producto: chocolate dorado.

—¿Chocolate dorado? —repito—. ¿Eso existe?

—Ah, claro que sí —confirma Mako.

—Es un grano de cacao poco común —me explica Luisa—. Solo crece una vez al año, en la provincia de Dey.

Tierra Fe está dividida en cuatro provincias y, por lo que recuerdo de mis clases de geografía, la provincia de Dey es la que se encuentra más al norte del continente.

—¿Y los granos son de verdad dorados? —pregunto.

Luisa asiente.

—Creo que los llaman algo así como «granos de sol». Los Terrarios aún usan algunas expresiones de su antiguo idioma.

—Vi un vídeo sobre cómo es el proceso de cultivo —interviene Karra. Ahora prácticamente está subida al regazo de Gray y tiene la barbilla apoyada en su hombro—. Cuando se abren las vainas por primera vez, los granos parecen pepitas de oro. Es muy guay.

—¿Habéis terminado ya de robarme el protagonismo? —pregunta Mako con cortesía.

Gray trata de disuadirlo.

—¿Qué tal si dejamos tu historia para otro momento…?

—Imagínatelo, chica nueva —lo interrumpe Mako—. Una tarta de cumpleaños con granos de sol. Era lo más glorioso que hubiera visto nunca. Lu la había horneado para mí.

—Era una tarta normal y corriente —me susurra Luisa—. Nada del otro mundo.

—Era maravillosa —insiste Mako—. Y claro, la compartí con mis amigos…

—Dejó que entre los ocho nos comiéramos un trozo —dice Henley con un bufido.

—… porque soy así de generoso —continúa Mako, como si nadie excepto él estuviera hablando—. La cuestión es que esa noche solo quedaba un trozo de tarta. Uno perfecto, mi premio por haber sobrevivido otro año en este mundo oscuro y cruel.

Paseo la mirada por los demás.

—¿Siempre es tan dramático?

—Sí —me aseguran todos.

Mako los ignora.

—Metí ese último cacho en un táper y lo dejé en una de las neveras para poder tomármelo de postre al día siguiente. ¿Y sabes qué ocurrió al día siguiente? —pregunta con los ojos como platos—. Abrí la nevera, el lugar en el que estaban guardados mis sueños… —Saint suelta una suave carcajada—. ¡Y el puto trozo de tarta había desaparecido! Alguien se lo había comido. ¿Qué clase de cabronazo enfermo hace algo así?

—A lo mejor no sabía que era tuyo —propongo.

—Claro que sí. Todo el mundo lo sabía. —Mako gesticula como un loco y, dado su tamaño, toda la mesa empieza a temblar, haciendo que tintineen las tazas—. Como es obvio, me apresuré a investigarlo de inmediato.

—¿Sabes? Si canalizaras la energía que pasas obsesionado con tonterías y la redirigieras a echar polvos, estarías mucho más relajado —dice Henley, solícito.

—Además, ¿no hay cámaras de seguridad en toda la base? —pregunto—. ¿No podrías haberlo resuelto en cinco segundos al ver las grabaciones?

Gray curva los labios, divertido.

—Ojalá.

—Las cámaras en la sala de Personal estaban apagadas por mantenimiento ese día —explica Mako, totalmente fuera de sí—. Qué casualidad, ¿verdad, Wrenny?

—Por favor, no me llames así.

—Hacemos una comprobación del sistema al mes y, de todos los días posibles, la fijaron el día en el que me traicionaron. Además, esas comprobaciones duran dos minutos. Dos minutos, y mi vida se fue a la mierda.

Gray suspira.

—Por eso, tras terminar con los interrogatorios…

No puedo evitar echarme a reír, aunque a decir verdad la historia me tiene cautivada.

—¿De verdad le preguntaste a la gente por la tarta?

—¿Qué más iba a hacer si no? ¿Quedarme de brazos cruzados mientras una mente criminal deambulaba por la Daga?

—¿Y crees que esa mujer de ahí es la culpable?

Me dedica un asentimiento desdeñoso.

—Reduje los sospechosos a uno. Una persona a quien habían visto en la cocina justo antes del mantenimiento del sistema. ¿Cómo se llamaba? Raven Persimmons.

Me giro para examinar de nuevo a Pelo Rosa. Sigue comiéndose el dulce, ajena al relato de traición y caos que se está desarrollando en nuestra mesa.

—Lo negó, por supuesto —dice Mako, poniendo los ojos en blanco de forma exagerada—. Pero soy un detector de mentiras humano. Y hasta que no pague la deuda que me debe, no habrá paz.

—¿Para ti o para ella?

—Para nosotros —musita Evlynne.

Esta ridícula conversación llega a su fin de forma abrupta cuando los altavoces del techo emiten un estrepitoso ruido blanco. Un segundo después, la megafonía cobra vida.

—Atención a todo el personal de la base.

A continuación, se produce un silencio tenso mientras todos esperan el anuncio.

—Por favor, preparaos para un comunicado del general Travis Redden.

CAPÍTULO 6



Una oleada de rabia recorre el comedor. Las sillas chirrían sobre el suelo y se produce un revuelo de telas cuando los presentes se mueven para poder ver la pared más alejada, que de repente se enciende con la luz de una pantalla holográfica.

Se me tensan los hombros. No quiero saber siquiera lo que tiene que decir el hermano de Cross, recién nombrado general del Continente. Sea lo que sea, seguro que provoca ira, represalias o ambas.

Con un suave zumbido y un parpadeo verdoso y blanquecino, la imagen de Travis aparece en la pantalla holográfica. Está de pie ante las escaleras del Capitol. Me sobresalto durante un segundo porque su parecido con Cross es estremecedor. Ambos comparten los mismos rasgos atractivos, la mandíbula cincelada y los insondables ojos azules. Pero, mientras que Cross me acelera el pulso, Travis me produce tal inquietud que me da un vuelco el corazón.

La última vez que lo vi, iba vestido con prendas de civil. Los oficiales del servicio de inteligencia pocas veces llevan la indumentaria del Comando, aunque en teoría sirven en la sección Plata.

Hoy, el nuevo general Redden se ha enfundado el uniforme azul marino que solía vestir su padre, con la misma estrella colgada en la parte izquierda del pecho.

Con un semblante frío e inquebrantable, mira directamente a la cámara.

—Me gustaría empezar este comunicado con un mensaje lúgubre. Supongo que ya os habréis enterado de la noticia: mi padre, el

general Merrick Redden, un hombre con un honor e integridad firmes, el líder que ha guiado el timón del barco de este Continente durante los últimos veinticinco años, un cuarto de siglo durante el que nuestra sociedad ha prosperado…

Alguien suelta un resoplido.

—Sí, ¿no? —bromea Henley, y yo sonrío a pesar de la tensión que me recorre el cuerpo.

—… sufrió un trágico atentado la semana pasada por parte de miembros de la Revolución Aberrante. Durante el ataque, el enemigo reveló un poder del que no éramos conscientes: la habilidad de corromper mentes, de destruirlas, como si nuestros cerebros no fueran más que una serie de cables de los que tirar o arrancar a su antojo. Esa noche entendimos que nos enfrentábamos a un peligro como ningún otro. Los Aberrantes destruyeron la mente de mi padre y ahora intentarán hacerlo con los demás. Estas personas, estos seres antinaturales… deben neutralizarse, rápidamente y con decisión.

Siento que el calor de la ira de todos los aquí reunidos flota por la sala en forma de ondas palpables. No puedo evitar ponerme en los zapatos de un ciudadano Primario que esté viendo el anuncio, a quien le están hablando de la amenaza de que le frían el cerebro. Cualquier terror que esté experimentando ahora mismo será justificable. El hermano de Cross está intentando acrecentar la división entre Primarios y Modificados, y sospecho que funcionará. Muchos Primarios ya nos temen, nos odian; este comunicado solo conseguirá aumentar aún más dicho odio.

Mientras tanto, el propio hermano de Travis es un Modo, uno de esos «seres antinaturales» que el nuevo general tanto desprecia. ¿Mataría a Cross si supiera la verdad?

El estómago se me revuelve al pensarlo. Joder, odio esta sensación desesperada e indefensa que se me clava en el pecho. Cross no deja de asegurarme de que no está en peligro, pero ¿cómo no va a estarlo? Su mundo entero está a un desliz de venirse abajo.

Pero, a la vez, tiene razón. ¿Estaría más seguro si se encontrara aquí, conmigo? Metieron a Xavier en una celda nada más verlo. No quiero siquiera pensar en lo que harían con Cross.

—Mi mensaje es para los Aberrantes —continúa Travis—, para los Sangre Plateada que ocultáis las venas bajo la ropa mientras planeáis esos pequeños ataques contra la Compañía y sus ciudadanos: vuestras acciones no quedarán impunes. Si queréis guerra, la tendréis.

—Adelante —dice Evlynne, burlándose de la pantalla.

—Y para todos los Primarios del Continente: no es momento de titubeos ni inacción. La guerra no deja margen para las dudas. En la guerra se deben tomar decisiones. Quiero que os preguntéis: ¿de qué lado queréis luchar, del lado correcto de la historia, o preferís mirar atrás el día de mañana y desear haber seguido el camino ético? Los Aberrantes no solo son peligrosos, sino totalmente faltos de principios morales. Son el enemigo. —Su expresión se torna aún más fría antes de continuar—. Y no cometáis errores. Cualquier Primario al que se descubra ayudando al enemigo sufrirá las mismas consecuencias que dicho enemigo: se le llevará a un campo de trabajos forzados o se enfrentará al pelotón de fusilamiento.

Es inteligente, lo reconozco. Ese discurso desapasionado, esos frentes de batalla diferenciados. Sembrar el miedo para poder controlar a las masas. Hacer preguntas sobre si quieren estar en el bando correcto porque nadie quiere sentirse como el villano de su propia historia. Como mis padres.

La vergüenza me arde en la garganta al darme cuenta de que todas las personas de esta sala considerarían a mis padres como los malos. Marina Serrano y Jake Hess se posicionaron del lado de las personas a las que los habitantes de la Daga aborrecen. Trabajaron con la Compañía para asesinar a todo un pueblo de Modos.

Pero yo no soy como ellos. El recordatorio me tensa la mandíbula. Ahora que soy un miembro oficial de la Revolución, planeo hacer todo lo que esté en mi mano para derrotar a personas como Travis Redden. No trabajaré para ellas.

—Castigaremos a los Aberrantes por lo que le hicieron a mi padre, a nuestro líder. Os prometo, como nuevo general del Continente, que estoy decidido a erradicar la epidemia de los Aberrantes en nuestra sociedad. Prometo acabar con la Revolución Aberrante, miembro a

miembro si hace falta. Y es vuestro deber como Primarios y como ciudadanos ayudarme a conseguirlo.

El comunicado se interrumpe de repente. La pantalla holográfica parpadea antes de cerrarse y desaparecer de nuestra vista. El comedor permanece en un silencio sepulcral durante unos segundos.

—Cabronazo —musita al final Evlynne, y toda la estancia parece empezar a hablar a la vez.

Oigo unas carcajadas incrédulas en otra mesa. Algunos bufidos. La voz de un hombre diciendo:

—A alguien se le ha subido el poder a la cabeza.

La cabeza me da tantas vueltas que no presto mucha atención a ninguna de las reacciones. Travis ha dado el comunicado solo. ¿Dónde está Cross? ¿O Roe? ¿Cuál es el papel de sus hermanos en todo esto? ¿Por qué no me avisó Cross de que su hermano estaba planeando anunciar una declaración de guerra esta mañana?

—¿Estás bien? —La voz de Gray se filtra en mis pensamientos.

—Ah, sí, muy bien —digo, fingiendo que el comunicado no me ha dejado conmocionada. Nadie parece demasiado preocupado por las fuertes amenazas de Travis.

—¿Estás segura, vaquera?

—¿Vaquera? —La expresión constreñida de Karra contradice su tono despreocupado.

No la culpo. Si Cross tuviera un apodo para otra mujer, le arrancaría la lengua. Dado que no soy una zorra, decido ayudar a Gray.

—Era mi apodo en la base del Comando —le digo a su novia—. Todos me llamaban «vaquera» porque crecí en un rancho en Z.

Ese mote solo lo usaba Grayson Blake, pero ella no tiene por qué saberlo. No paso por alto la llamarada rápida de gratitud que cruza los ojos de mi amigo.

—Lo siento, todos los apodos del Comando se me han quedado grabados en la cabeza. Supongo que debería quitarme la costumbre.

—Ah, no, creo que es muy *mono* —canturrea Karra, aunque su sonrisa tensa revela que «mono» no es la palabra exacta que le gustaría usar.

Por suerte, me están dando un respiro cuando noto que Adrienne intenta vincularse conmigo.

¿Sigues con Gray?, pregunta.

Sí, ¿por qué?

Pídele que te traiga a mi apartamento. Tenemos que hablar.

El apartamento de Adrienne es más grande que el de Gray, aunque no más lujoso. Dentro, encuentro pocos muebles y ningún adorno. Parece que nadie vive por encima de sus posibilidades en la base.

—El teniente amigo tuyo es un plasta insufrible —me dice Adrienne cuando entramos en el salón. No me ofrece una copa y va directa al grano. Me da la impresión de que esta mujer tiene siempre puesto el chip profesional.

Me muerdo el labio, divertida.

—A Xavier se le coge cariño con el tiempo.

Arquea una ceja.

—¿Seguro que quieres seguir defendiéndolo?

—Si así se salva de la ejecución, sí.

—Bueno, se niega a cooperar, por lo que la ejecución parece la opción más probable. Se lo devolveríamos a la Compañía, pero allí tampoco lo quieren. Han activado una alerta roja contra él. —Hace un gesto hacia el pequeño sofá—. Siéntate.

—¿Me van a dar mi propio apartamento?

—Te hemos asignado una habitación en la misma área que a Gray. Estamos reubicando al inquilino actual. Deben de estar limpiándola. Estará lista pronto.

—¿Habéis echado a alguien de su apartamento por mi culpa?

Desestima mi consternación con un gesto de la mano.

—Díselo a Gray. Fue él quien lo pidió.

No sé si sentirme conmovida o molesta porque Gray me quiera tan cerca. Supongo que depende de su motivación. Si es porque echa de menos mi maravillosa amistad, se lo dejaré pasar. Pero si cree que no puedo cuidarme solita, ya debería conocerme mejor.

Adrienne se sienta en un sillón y cruza las piernas antes de apoyar las manos en los muslos.

—Hablemos de tus objetivos, Wren.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando trabajabas de incógnito en el Comando, me dijiste que deseabas hacer todo lo posible para acabar con el general.

—Sí, pero entonces llegaste tú y te encargaste por tu cuenta —digo con una pizca de sarcasmo en la voz.

—Acabé con el hombre, no con el sistema.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Podemos hablar ya de cómo le corrompiste la mente o vamos a seguir dando vueltas alrededor del tema?

Se encoge de hombros, con lo que uno de los mechones pelirrojos se desliza sobre su pecho.

—¿Qué quieres saber?

—¿Que qué quiero saber? Por ejemplo, ¿cómo coño es posible?

—Lo es; confía en mí —responde con sequedad.

—¿Cuántos otros corruptores existen?

—Que yo sepa, solo yo.

—¿En todo el Continente? —pregunto, sorprendida.

—Por lo que sabemos, sí.

—¿Tienes una marca de sangre?

Sin un ápice de vergüenza, se sube el dobladillo de la camiseta y me enseña el círculo rojo sobre el ombligo. Es tan grande como el mío.

—Me apareció con once años —dice—, pero no descubrí que tenía el poder de corromper mentes hasta un año después. Joder, no sabía cómo usar ninguno de mis poderes hasta que mi padre y yo nos unimos a la Revolución. Él era un Primario que trabajaba en una mina de carbón en las instalaciones de Spearhead en D. Cuando me apareció la marca de sangre, encontró la manera de contactar con la red y me entregó a sus miembros.

Frunzo el ceño.

—¿Te entregó?

—Es lo normal. Los padres Primarios con hijos Modos solo tienen tres opciones, Darlington: denunciarlos a la Compañía y dejar que

los Primarios los usen como peones o esclavos, ocultar sus habilidades y arriesgarse a que los ejecuten por traición y encubrimiento si salen a la luz o pedirle protección a la Revolución. Mi padre eligió esta última. Me quería y, si hubiera sabido cómo controlar mis poderes, creo que se habría quedado conmigo y le habría escondido mis habilidades a la Compañía. Pero aquella situación se escapaba de su alcance. Sabía que la red podría ayudarme más que él.

Es lo mismo que hizo mi madre. O, al menos, es lo que solía pensar. Antes de leer la carta de Jim, creía que me entregó a Julian Ash para protegerme, no solo de la Compañía, sino también de la Revolución. Temía que ambos bandos quisieran usarme en el futuro.

Pero ya no le encuentro sentido a ninguno de sus motivos. Si estaba trabajando contra las personas que eran como ella, ¿por qué no me denunció a la Compañía y permitió que me usaran? Quizá temía que la Compañía me considerara un peligro demasiado grande y me matara. La incitación por lo general suele conllevar una sentencia de muerte, pero solo era una niña. No sé si el general Redden habría sido tan cruel como para ejecutar a una cría.

—Empecé a formarme cuando llegué a la Daga. —La voz de Adrienne me devuelve al presente—. Hasta entonces, no sabía cómo usar la telepatía, mucho menos la corrupción. Y fue solo durante mi formación cuando comprendí que no todos veían los hilos de pensamiento.

—¿Hilos de pensamiento?

—Cuando lees una mente, ¿cómo absorbes los pensamientos de otra persona?

La confusión me empuja a arquear una ceja.

—¿A qué te refieres con absorber? Solo los… oigo. Sus pensamientos son como voces que oigo en mi cabeza.

—¿No los ves?

—No, ¿tú sí?

Asiente.

—Cuando estoy en la mente de alguien, sus pensamientos son hilos individuales. Cientos y miles de ellos, que dan vueltas como un caleidoscopio de oro. Puedo verlos y oírlos al mismo tiempo.

—La noche del Aniversario —digo con lentitud—, tras corromperle la mente al general, lo llamaste «rebobinar». ¿Esos hilos dorados son como una bobina?

—Exacto. La primera vez que lo hice, fue un accidente. Supongo que me pasó igual que a ti con la incitación. Tenía doce años. Khem y yo estábamos practicando la lectura de mentes. Khem formaba parte de la Autoridad. Era un poderoso lector. —El arrepentimiento le cruza la expresión—. Lo perdimos hace unos años. Teriq lo reemplazó.

Me siento fascinada. No sabía que existía todo un sistema político de Modificados operando ante las narices de la Compañía.

—Estaba rodeada de todos esos hilos dorados en la cabeza de Khem y, de repente, me visualicé pasando los dedos por ellos. No sé por qué, supongo que por instinto, pero, cuando lo hice, me di cuenta de que podía tocarlos, lo que me provocó todavía más curiosidad. —Deja escapar un largo suspiro—. Tiré de uno de los hilos.

Inhalo con brusquedad.

—¿Y qué pasó?

—Al principio, nada. Estaba tirando de un pensamiento sobre la esposa de Khem, Milla. Lo retorcí un poco. Luego, me puse creativa y lo envolví alrededor de otro pensamiento sobre que necesitaba ir a ver a Fiona para un reconocimiento médico. No ocurrió nada, la sesión terminó y… —Adrienne desvía la mirada—. Más tarde, todos estaban en el comedor cenando. Khem entró en la sala, le dio un beso en los labios a Fiona y se sentó a su lado, en lugar de en su mesa de siempre, con Milla. —Hace una pausa y la culpa le inunda la mirada—. Pensaba que Fiona era su mujer.

—Vaya.

—La situación se complicó más. No lograba recordar que estaba casado con Milla. Sabía quién era, que se habían conocido en la escuela superior, el distrito en el que vivían, que se habían unido juntos a la Revolución, pero nada sobre su matrimonio. Un matrimonio entero, desaparecido. Por suerte, la confusión sobre Fiona no duró mucho. Aún le quedaban suficientes recuerdos sobre ella para entender que no era su esposa, sino que estaba casado

con otro miembro de la Autoridad. Pero no recordaba que era Milla. —Adrienne se frota el rostro con ambas manos—. Borré a su mujer de su cabeza.

No puedo ni imaginarme lo que está diciendo. La contemplo, conmocionada, intentando asimilarlo.

—¿La corrupción borra los recuerdos de las personas?

—A veces. Otras, lo confunde todo. Khem sabía que tenía esposa, pero pensaba que dicha esposa era Fiona. No puedo explicar exactamente cómo funciona la corrupción. Por lo que intuimos, esos hilos de pensamiento son más que fragmentos de lo que alguien tiene en la cabeza en ese momento, están conectados a la memoria a corto y largo plazo. Tirar y retorcer suficientes hilos lleva al caos total. Al final, la bobina se deshilacha por completo. El cerebro deja de funcionar.

—¿Khem sabía lo que habías hecho?

—Sí, le confesé que tiré de los hilos. Me dijo que me perdonaba, pero nunca volvió a mirarme igual. Y Milla no me dirigió la palabra de nuevo. Abandonó la Daga y se fue a vivir a la base de la Zarzamora. Ahora es una civil. Se niega a participar en operaciones. Creo que le molesta tener que recibir órdenes mías.

No puedo ocultar mi incredulidad.

—¿Y seguiste usando esa habilidad? ¿Volviste a corromper la mente de alguien después de eso? —Ni por todos los créditos de lujo del Continente usaría un poder como la corrupción.

—No lo hice durante algunos años. Pero, cuando cumplí catorce, quise volver a intentarlo. Kallister acababa de unirse a la Autoridad. Tenía diez años más que yo, era como un hermano mayor. Un día estábamos hablando y se ofreció a ayudarme a practicar. Ambos queríamos comprobar qué más podía hacer, si podía invertirse. —Me sostiene la mirada—. Me trajo a un sujeto de estudio, un Primario de los distritos al que habían sentenciado a muerte.

Una sensación nauseabunda me inunda el estómago.

—¿Te obligó a corromperle la mente a alguien a propósito?

—No me obligó a nada. Yo quería hacerlo. Era una adolescente estúpida y me sentía genial al poseer tanto poder, especialmente sobre un Primario. Me pasé toda la infancia escuchando a los amigos

de mi padre hablar de los Modos como si fuéramos escoria, aberraciones.

—¿Qué le hiciste a ese Primario?

No interrumpe el contacto visual.

—Entré en su mente y no solo tiré de un hilo. Tiré de todos. Los retorcí e hice una maraña con ellos. Luego los rompí.

—Hostia puta, Adrienne. —Desvío los ojos de los suyos, frotándome las sienes como si fuera mi mente la que hubiera dañado.

—Lo sé —musita—. Le destrocé el cerebro.

—¿Qué le pasó?

—Se sumió en un estado vegetativo y le dispararon más tarde ese mismo día.

—¿Cómo pudiste hacer algo así?

Me levanto del sofá, incapaz de quedarme quieta. Sus palabras son demasiado inquietantes para mí. Adrienne permanece sentada en el sillón, impasible ante lo que me está contando.

—Iban a ejecutarlo de todas formas. Kallister y yo tomamos la decisión de no desperdiciar a la rata de laboratorio perfecta.

—Lo torturaste.

—La corrupción no causa dolor físico, solo confusión.

—La angustia mental sigue siendo una puta tortura, Adrienne.

Noto una llamarada de enfado ruborizándome las mejillas. O quizá sea asco. No me puedo creer lo indiferente que se muestra ante lo que hizo. El arrepentimiento por lo que le hizo a Khem era real. Entonces, ¿por qué piensa que el Primario solo era una rata de laboratorio?

—¿Les corrompiste la mente a todas esas personas del distrito C? —La pregunta se me escapa de entre los labios antes de que pueda detenerla—. ¿Los que están en el hospital?

—No, en eso no te mentí. Los incidentes que te estoy contando ocurrieron hace dos décadas. La corrupción no es algo que me tome a la ligera ahora mismo, sobre todo cuando se trata de civiles inocentes, y no se puede hacer a gran escala.

Parece sincera. Aun así, pertenece a la Revolución; estas personas están formadas para participar en operaciones encubiertas, para

engañar. Quizá Adrienne solo me esté contando lo que quiero oír.

O es una actriz maravillosa o la voz se le quiebra de verdad cuando añade:

—Cada mente que corrompo me arrebata un pedacito del alma. Créeme cuando te digo que, si hubiera dependido de mí, no es la habilidad que hubiera escogido.

—¿Le corrompiste la mente a la mujer del general?

Aunque la pregunta la sorprende, su expresión no cambia.

—La vi. A Vinessa Redden —le aclaro—. Cuando fui a la mansión del general con el capitán Redden. Intentó convencerme de que era esquizofrénica, pero es evidente que había algo más. Al principio, creí que era una Modo fragmentada, pero tampoco encajaba. —Levanto la barbilla, desafiante—. ¿Fuiste tú?

—Sí. —Ni siquiera intenta negarlo.

Siento náuseas. Cross no me acompañó para asegurarse de que su madre recibía los cuidados necesarios, ¿y ahora descubro que la culpable de la incapacitación de Vinessa es Adrienne?

—No me mires así. —Suelta una áspera carcajada—. Estamos en guerra, Darlington. Sacrificar una o dos mentes es un coste necesario.

—Acabas de decir que no estás de acuerdo con corromper a civiles inocentes.

Mi reproche la mantiene impasible.

—Se atacó a la mujer del general justo por eso: era la mujer del general. Nuestro objetivo es desestabilizar a todo el régimen. Para conseguirlo, debemos tomar decisiones difíciles. Elegir blancos estratégicos.

—Sin embargo, tuvieron que pasar muchos años antes de que se le corrompiera la mente por completo —digo, recelosa—. El capitán Redden me contó que empezó con síntomas similares a la esquizofrenia y que estos duraron años.

—Cuando lo hice, solo tenía dieciocho años; aún no había perfeccionado el proceso. —Al ver mi expresión, Adrienne pone los ojos en blanco—. Incitaste a una mujer para que se suicidara, Wren. ¿Por qué eso es mejor que lo que le hice a la mujer del general?

Se me cierra la garganta.

—Cuando incitaste a Valence, hiciste lo necesario para sobrevivir —continúa—. Así es como actuamos. Nuestro objetivo es la supervivencia. Por eso, podemos sentarnos a juzgarnos entre nosotros por nuestras acciones o podemos luchar una guerra contra las personas que quieren destruirnos.

—No todas quieren destruirnos —protesto, pero mis palabras apenas tienen fuerza.

—La mayoría, sí —insiste—. Era la intención de Merrick Redden, deshumanizarnos a ojos de los Primarios. Todos esos soldados, pilotos y tropas que arrasaron con la cordillera Valterra no consideraban personas a esos Modos.

Sé que tiene razón. Las tácticas del general siempre me han resultado transparentes: deshumanizar para erradicar. Ya que, si no ves a tu enemigo como un ser humano, ¿por qué iba a importarte que muera? Pero no todos estaban de acuerdo con el padre de Cross.

—Muchos sí que nos ven —le contradigo—. Personas como Griff, el padre de mi amiga Tana, u otros aliados Primarios de la red. No quieren que muramos.

—Y si podemos protegerlos, lo haremos. Reducir el número de víctimas y los daños colaterales es una prioridad, pero también entiendo que es imposible salvarlos a todos. Así funciona el mundo y no tenemos el lujo de poder debatir qué está bien y qué está mal cuando nuestra supervivencia pende de un hilo. Si vas a quedarte, necesitas plantearte qué estás dispuesta a hacer o hasta dónde quieres llegar. —Arquea una ceja, desafiante—. Dime, Darlington, ¿estás preparada para luchar en esta guerra conmigo?

CAPÍTULO 7



Gray lleva todo el día haciendo vuelos de transporte a ese misterioso valle del que todos hablan y, dado que no me siento lo bastante segura para explorar la Daga por mi cuenta, me retiro a mi apartamento.

Me han dado una habitación a tres puertas del suyo, donde he encontrado un intercomunicador plateado en la mesilla de noche, una pulcra pila de ropa en la cama y todo tipo de productos de aseo en el pequeño baño privado. Me doy una ducha rápida y me enfundo unas mallas y una camiseta nuevas, ambas con olor a detergente. Luego, me tumbo en la cama individual y configuro el intercomunicador mientras sigo dándole vueltas a la pregunta de Adrienne. ¿Estoy dispuesta a luchar en esta guerra con ella?

Supongo que ya he aceptado al estar aquí, pero eso no significa que esté dispuesta a disparar a todos los Primarios que se crucen en mi camino.

Mis padres no tenían escrúpulos en lo que a daños colaterales se refiere. No les importaba cuántos civiles quedaran atrapados en el fuego cruzado siempre y cuando cumplieran los planes de la Compañía. Decidieron que podían vivir con ese peso encima, pero yo… no sé si podría. Mientras estaba en el Comando, los límites se desdibujaron ante mis ojos y empecé a considerar amigas a algunas de esas personas, lo que me afectó psicológicamente. Por mucho que desee luchar con Adrienne y la Revolución, temo no tener estómago suficiente para ir tan lejos como ellos.

Además, me horroriza que puedan descubrir quiénes eran mis padres y no tenga oportunidad de demostrar mi valor. Me aterra

pensar en Cross, solo en la ciudad, sin ningún aliado de verdad. Me da miedo… todo. Y odio esta puta sensación.

El aparato entre mis dedos vibra para indicarme que ha terminado de actualizarse, rescatándome de mis pensamientos turbulentos. Necesita mi huella para reiniciarse y, unos instantes después, tengo un intercomunicador funcionando entre las manos, con un alegre mensaje en pantalla:

BIENVENIDA, WREN DARLINGTON.

Me muevo por el menú y encuentro un centro de servicios de mensajería, una biblioteca digital y aplicaciones prácticas como la cámara, la linterna, la brújula y pantallas de navegación. Me percato de que no tengo acceso a Nexo, la red en línea del Continente, lo que no me sorprende, pero sí que doy con la versión de la Revolución, una aplicación llamada ARAÑA que parece operar a través de señales de satélite.

Estoy revisando la biblioteca digital en busca de algo para leer cuando noto la energía de Kallister en mi mente.

Empezaremos mañana con la formación, me dice. *Te buscaré después del desayuno*.

Formación. Me pregunto qué implicará. Incitación, supongo, lo que hace que me sienta incómoda porque es la única habilidad que no he sido capaz de dominar y la que más me aterra. La idea de robarle a alguien su voluntad nunca dejará de provocarme un nudo en el estómago.

Pienso de nuevo en el comunicado de Travis, las tácticas basadas en el miedo que está empleando para asustar a los Primarios y que piensen que todos los Modos tenemos malas intenciones, que deseamos corromperles la mente. Mientras tanto, yo daría lo que fuera por no poder incitar.

Me tumbo sobre el costado y contacto con Cross porque el sonido de su voz siempre me calma.

¿Estás bien, palomita?

Como era de esperar, de inmediato me baña una sensación de paz.

Todo bien. Solo necesitaba escuchar tu voz. Dudo. *Ojalá me hubieras avisado del gran discurso de tu hermano.*

¿Qué discurso?

¿Del comunicado melodramático de esta mañana? ¿Todas esas tonterías sobre estar en el bando correcto y destruir a la Revolución miembro a miembro? ¿Lo de hacer que todos se caguen encima por lo que le pasó a tu padre?

Ah, sí. Lo siento. Ahora mismo tengo la cabeza en otra parte.

¿Estabas en el Capitol con él?

No, en la base.

No me gusta que estés ahí sin ningún apoyo, digo, desesperada. *Ojalá Xavier se hubiera quedado contigo. ¿Y si Travis se entera de que eres un Modo?*

Llevo toda la vida ocultándoselo a mi familia, me recuerda. *Si se me iluminaran las venas, ¿quién sabe?, lo mismo mi padre ya me habría pegado un tiro en la cabeza. Pero, por suerte, no es así. Nadie ha sospechado nunca de mí.*

Ahí no estás a salvo, le insisto.

Lo estoy. Te lo prometo.

Se queda callado unos instantes. Luego, suelta una maldición que suena demasiado profunda y atormentada, muy diferente al Cross de siempre.

Ojalá estuvieras aquí. Pienso en ti cada segundo del día, joder. La nostalgia le impregna la voz. *Ayúdame a que el tiempo pase*.

Frunzo el ceño, aunque no puede verme.

Pensaba que tu hermano te mantenía ocupado.

Una nueva pausa.

Así es. Desearía que estuvieras aquí, eso es todo.

¿Y qué harías si estuviera ahí?

No pretendía sonar lujuriosa, pero, en cuanto la pregunta abandona mis labios, me doy cuenta de lo sugerente que parece. Un grave gruñido me inunda la mente, haciendo que me estremezca.

Te besaría hasta que se te amorataran los labios. Te follaría hasta que se te debilitaran las piernas.

Me muerdo el labio mientras una descarga de excitación me recorre las entrañas.

Parece peligroso.

Cross gruñe de nuevo y el sonido ahogado encierra el mismo deseo que me inunda la sangre.

Maldita sea, Margarita, nunca he deseado tanto a nadie como a ti.

Sé exactamente lo que siente.

A mí también me gustaría estar ahí, digo con suavidad.

No responde.

¿Lobo?, pregunto, luchando contra una punzada de pánico.

Tengo que irme. Acaba de llegar Roe.

Avísame cuando…

Pero ya se ha ido.

Cuando llega la noche, no logro quedarme dormida. Mi cerebro no deja de dar vueltas, reproduciendo una y otra vez mis conversaciones con Adrienne, Cross, Gray y sus amigos. Resisto la necesidad de contactar con Cross de nuevo porque es tarde y sé que apenas duerme. Cuando éramos críos, dos extraños que hablaban en secreto en sus cabezas, me contó que tenía una pesadilla recurrente en la que se ahogaba en una cueva subterránea, un sueño que lo inundaba de un miedo paralizante cada vez que lo asaltaba. Si ha logrado caer en un apacible duermevela esta noche, lo último que deseo es arrebatárselo.

Me remuevo bajo la manta, incapaz de encontrar una posición cómoda, y me encuentro pensando en mi madre, deseando tener recuerdos de ella. Buenos, malos…, lo que sea. Pero ni siquiera visualizo su cara. Cuando lo intento, solo percibo una forma difuminada, una imagen borrosa.

De repente, mientras sigo tumbada contemplando el techo, mi mente vuelve a las Tierras Oscuras, a una fría tarde de primavera cuando tenía seis años. El tío Jim solía dejarme sola en nuestro claro mientras iba de caza o a por agua, pero ese día, cuando regresó del riachuelo, de inmediato me percaté de que tenía los ojos rojos y una actitud sombría.

—Estás raro —le acusé, con la franqueza con la que suelen comunicarse los niños—. Y tienes los ojos hinchados.

Se encogió de hombros y dijo que se había lavado la cara en el río. En ese momento, no entendí que era una respuesta estúpida. Con seis años, no me lo cuestioné. Sin embargo, años más tarde conecté los ojos rojos con que había estado llorando.

Unos días después, se sentó a mi lado en la hierba con expresión seria.

—Necesito contarte algo, pajarito —dijo con la voz ronca—. He recibido noticias de tu madre.

—¿Mamá? —Se me iluminó la cara—. Echo de menos a mamá. ¿Va a venir?

—Yo también la echo de menos. Pero no, no volveremos a verla.

—Pero quiero verla. ¿Por qué no puedo?

—Porque ha muerto.

Pestañeé, confundida. Entendía el concepto de la muerte porque mi padre había muerto el año anterior, pero la idea de que también mi madre se hubiera ido… no era capaz de asimilarla. Nadie a mi alrededor tenía dos padres muertos. Por alguna razón, era inconcebible para mi cerebro infantil.

—Tu madre ha muerto —repitió el tío Jim—. ¿Entiendes lo que quiero decir? No volverás a verla porque está muerta.

Recuerdo quedarme ahí sentada, en silencio, no sé durante cuánto tiempo. No lloré. Ni me puse histérica. Me quedé sentada sin hacer ruido hasta que, por fin, me puse de pie y fui a ayudar al tío Jim a avivar el fuego.

Ahora me maldigo por no haberle hecho más preguntas ese día. Años más tarde, Jim me reveló que a mi madre la había ejecutado el Comando, aunque omitió que hubiera sido leal a la Compañía, en lugar de a la Revolución.

«Tu madre era Marina Serrano».

Sí, gracias, Jim. ¿No podía haberme dado más detalles? ¿Un ápice de contexto? ¿Quién era esa tal Marina Serrano, la mujer que pensaba que estaba en el bando de los buenos? ¿Y quién coño son los buenos? Porque hoy he estado con Adrienne, escuchando cómo ha estado tirando y cortando los hilos de la mente de otras personas

hasta provocarles la muerte cerebral. ¿Se supone que eso debe garantizarme que estoy luchando en el bando correcto? ¿Quién cojones decide qué está bien y qué está mal?

Gruñendo contra la almohada, doy una vuelta en la cama por centésima vez. Ojalá pudiera hablar con alguien de esto, alguien que me ayudara a darle sentido al caos de mi cabeza. Por lo general, esa persona solía ser Lobo. O Tana.

El dolor se me extiende por el pecho al pensar en mi mejor amiga. Tana y yo solíamos hablar todos los días. Ahora pueden pasar días o incluso semanas sin que contactemos. Sospecho que, si yo no hiciera el esfuerzo de comunicarme, ella se contentaría con que no volviéramos a hablar nunca más.

Tana me culpa por lo que les pasó a Griff y a ella. Sé que es así. Pero no me arrepiento de haber llegado a un acuerdo con Cross, de haberlo convencido para que los mandara a un campo de trabajos forzados en lugar de colocarlos antes el pelotón de fusilamiento. Puede odiarme todo lo que quiera, pero no iba a dejar que mi mejor amiga muriera.

Aun así, su silencio continuado ha dejado un vacío en mi vida. Hemos sido amigas desde los ocho años. Siento su ausencia como si fuera una bola de demolición visceral contra mi alma que hace que desee llorar cada vez que la recuerdo.

Antes de poder detenerme, abro una vía y ejerzo presión en su mente. Con ella suele ser prueba y error, pero esta noche me sorprende vinculándose.

Hola. Sé que es tarde, pero quería saber cómo te encontrabas. Oigo la incomodidad en mi voz. Seguro que ella también. *¿Cómo estás?*

Bien, responde, escueta.

«Bien». Estoy tan cansada de esa palabra. Cada vez que hablamos, la repite, pero ambas sabemos que es una gilipollez. Por lo general, le sigo el rollo, tan deseosa de conectar con ella que estoy dispuesta a fingir que no se está muriendo por dentro, pero ahora mismo estoy demasiado agotada como para disimular.

Tana, digo, y me estremezco por la chispa de desesperación en mi voz, la súplica silenciosa para que recuperemos nuestra relación de

siempre. *¿Cómo puedo arreglarlo?*

No responde.

Me trago el pánico que noto en la garganta.

Sé que estás enfadada conmigo por dejar que os mandaran a un campo de trabajos forzados.

Sigue sin responder. La culpa y el arrepentimiento batallan en mi interior, pero ambos acaban por disolverse y son reemplazados por un vacío profundo en el pecho.

No tenía otra opción, Tan.

Por fin, recibo una contestación.

Sí, la tenías. Podrías haber dejado que me ejecutaran.

Rechino los dientes, crispando los dedos sobre el borde de la manta.

No, no podía.

¿Qué preferirías, Wren?, dice con tono apagado. *¿Estar muerta o esto?*

Un fogonazo de dolor me atraviesa tras los párpados cerrados cuando proyecta una imagen en mi mente sin previo aviso. Veo piel morena. Una banda negra. Y otra roja. Tardo un segundo en entender que son sus muñecas. La bilis me burbujea en la garganta, quemándome la tráquea. La han marcado.

Después del golpe de Estado del general Redden contra el presidente Severn, Redden empezó a tatuar bandas negras en las muñecas de todos los Modos conocidos en el Continente. A los que se resistían y no le juraban lealtad los marcaba con una segunda, roja, para indicar su estatus como prisionero.

Siento náuseas, el estómago se me retuerce y se me contorsiona. Aunque la proyección desaparece, no puedo borrar de mi mente la imagen de esos tatuajes, y de repente me traspasa un fogonazo de claridad que deshace cualquier duda que haya podido estar teniendo sobre formar parte de esta guerra.

¿Cómo sé que estoy luchando en el bando correcto? Por esto. Por Tana, atrapada en ese campo de trabajos forzados. Lo que nos hace la Compañía está mal. Es una puta barbarie, y no voy a lavarme las manos y dejar que las personas a las que quiero vivan como esclavos.

Voy a sacarte de ahí, digo con firmeza. *Te lo prometo*.

No hagas promesas de mierda que no puedes cumplir, Wren.

Siento la abrupta respuesta como un puñetazo en el estómago.

Tana…

Interrumpe la conexión bruscamente, dejándome a solas en la oscuridad de mi nuevo y desconocido dormitorio, reprimiendo las lágrimas.

CAPÍTULO 8



A la mañana siguiente me despierto de un duermevela intermitente con un mensaje de Gray en el nuevo intercomunicador, en el que me pide que me reúna con él en el comedor para hacer el *tour* por la Daga. Después de una ducha, me visto, me hago una coleta baja y me dirijo a la puerta. Salgo de la habitación justo al mismo tiempo que otra puerta del pasillo se abre con un zumbido.

Tras ella surgen unos pies desnudos, seguidos de unas piernas bronceadas y, por fin, la propietaria de esas piernas. Es una preciosa mujer morena con el pelo alborotado y un vestido corto; lleva los zapatos en la mano. Una vez en el pasillo, corre como si no quisiera que la vieran. La puerta está a punto de cerrarse cuando un par de ojos verdes se topan con los míos.

Es ese chico, Saint, que esboza una sonrisa de superioridad cuando me ve. Vuelve a colarse en su apartamento y yo oculto mi diversión al pasar junto a su puerta.

Es mi primera vez tratando de abrirme paso por la Daga sin un guía, por lo que me agrada descubrir que logro volver al comedor sin tener que comprobar el mapa del intercomunicador ni una sola vez. Al girar la esquina, el sonido de voces agitadas hace que me detenga de golpe.

En la puerta del comedor, Gray y Karra están teniendo una discusión acalorada. Me apresuro a dar un paso atrás para eludir los ojos de la chica. Si Gray repara en mí, no lo deja entrever. Cada vez que Karra habla, él tensa la mandíbula, una respuesta enfadada que hace que la chica se cruce de brazos. Alza la voz y, cuando le echo

un vistazo a su perfil, veo que tiene las mejillas sonrosadas por la ira. Por fin, se echa el pelo negro sobre los hombros y se aleja con largas zancadas en dirección contraria a donde estoy yo. Espero unos segundos antes de dar un paso al frente, esbozando una sonrisa casual al acercarme.

—Siento llegar tarde.

—No has llegado tarde. Estabas merodeando por el extremo del pasillo, fingiendo que no veías cómo Karra me echaba la bronca.

No puedo evitar reírme.

—No quería interrumpir.

—Sabia decisión. Lo más probable es que Karra te hubiera arrancado la cabeza.

—Oye —protesto—, ¿qué tengo que ver yo en esto?

—En teoría, nada. —Se pasa una mano por el pelo rubio y deja escapar un largo suspiro—. Pero es posible que sea… consecuencia de lo de anoche.

—¿Por qué? ¿Qué pasó anoche?

—Descubrió que tú y yo nos liamos en la sección Plata.

Titubeo. Mierda. Esperaba hacer amigos por aquí.

—¿Cómo lo descubrió? —pregunto, desconfiada.

—Bueno —dice, abriendo la puerta doble—, me preguntó si nos habíamos liado y le dije que sí.

Me quedo boquiabierta.

—¿Por qué?

—¿Por qué le iba a mentir? —Se encoge de hombros—. Mira, KC suele saltar a la mínima, pero no tienes que preocuparte por ella. Echará humo y azufre durante un par de días y luego llegará a la muy sensata conclusión de que no es dueña de mi polla. Sobre todo, cuando estoy soltero.

En el comedor, la mayoría nos recibe con expresiones amistosas, aunque siento un cambio extraño en algunas personas que ayer me sonreían abiertamente. Una de las pilotos que me presentó Gray, Lexi, no me sostiene la mirada y su amiga, cuyo nombre no recuerdo, me observa con evidente hostilidad.

Cuando pasamos junto a ambas mujeres en la sección de los cafés, sus venas se iluminan de inmediato mientras centran los ojos

en mí.

—Por cierto —dice Gray como quien no quiere la cosa—, supongo que debería avisarte de otra cosa.

No logro contener el sarcasmo.

—¿Tiene que ver con el motivo por el que esa piloto amiga tuya me está mirando como si hubiera envenenado los huevos?

Parece reacio a responder, pero al final dice:

—Se ha corrido el rumor de que puedes incitar.

—¿Qué? ¿Cómo?

Encontramos dos asientos al fondo de la estancia, un lugar tranquilo sin nadie a nuestro alrededor. Pincho el tenedor en los huevos revueltos con un poco más de fuerza de la necesaria.

—Si debo culpar a alguien —comenta—, diría que ha sido Fiona.

—Se me prometió que la revelación sería confidencial. —El estómago me da un vuelco—. ¿Por qué haría algo así?

El arrepentimiento le invade las facciones.

—Fi sirvió con el presidente Severn antes del golpe de Estado. No es muy fan de esa habilidad en concreto.

No, supongo que no. No es ningún secreto que el antiguo líder del Continente usaba sus habilidades con libertad. Severn no tenía reparos a la hora de incitar a cualquiera que se cruzara en su camino, incluso a sus aliados Modificados.

—Entonces, ¿ahora le está recomendando a todo el mundo que no se acerquen a mí, que me tengan miedo? —Me arden los ojos, pero me niego a llorar. Crispo los dedos sobre la mesa para distraerme y los nudillos se me tornan blancos por la fuerza—. Aquí nunca incitaría a nadie.

—Lo sé, y te prometo que a la mayoría le da igual que seas una incitadora. En el mejor de los casos, estarán impresionados. En el peor, les incomodará que utilices tu poder contra el enemigo. —Luego, añade con un tono afable—: Sé que querías mantenerlo en secreto, pero ¿quieres saber mi opinión? Es mejor que lo sepan. Muchas personas de la Daga deciden revelar sus habilidades, sobre todo los agentes de campo.

—¿En serio?

Asiente.

—Así se crea un ambiente de confianza. No te sentirías cómoda trabajando con alguien que te oculta algo, ¿no?

Quizá tenga razón. Pero me siento desnuda. Me he pasado toda la vida ocultando que puedo incitar y ahora todos estos extraños lo saben, lo que me causa una sensación de desesperanza. Parpadeo rápido para reprimir las lágrimas. No sé qué me pasa ni de dónde procede este aluvión de emociones, pero no me gusta. Ojalá Cross estuviera aquí, abrazándome y protegiéndome de los ojos de todos. Me encantaría oír la voz de Lobo en mi cabeza, recordándome que soy Wren Darlington, la puta ama, la persona más fuerte que conoce.

—Wren, oye. —Gray estira el brazo por la mesa y me toca la mano para destensarme con suavidad los dedos del borde, obligándome a relajarlos. Es un gesto tranquilizador y mi nerviosismo empieza a disolverse poco a poco—. Mira, algunas personas quizá estén recelosas, pero dales tiempo —me aconseja—. Se les pasará.

—Es peor que Kess y Anson —digo, refiriéndome a los reclutas de la sección Plata que se dedicaban a acosar a todo el mundo.

—Confía en mí, no es peor que esos dos psicópatas sin corazón.

Advierto la conversación telepática que está teniendo lugar al otro lado de la sala y aprieto la mandíbula.

—Quizá no sean psicópatas, pero son unos maleducados del copón. Están hablando de mí a mis espaldas ante mis propios ojos.

—O… —dice Gray, y hace una pausa, tanteándome— están hablando de otra cosa que no tiene nada que ver contigo.

—¿Por qué no les lees la mente y me lo dices? —lo desafío.

Todavía no me ha revelado sus habilidades y no hay nada más insoportable que no poder saciar mi curiosidad.

—No soy un lector de mentes —responde con un guiño.

—Entonces, ¿qué haces? —insisto cuando no me da ninguna explicación más.

—No te gustaría saberlo.

—Sí, ¡claro que sí!

—Una pena.

—¿Qué pasa con lo de promover la confianza?

—Ya tengo tu confianza.

—Si lo adivinara, ¿me lo dirías?

—Claro, pero todavía no lo has hecho.

—Te odio.

Impasible ante mi ataque, Gray se mete un pedazo de beicon en la boca y echa la silla hacia atrás.

—Voy a por café. Termina y te enseño todo esto.

Comenzamos por la planta superior de la Daga y vamos bajando. Ya estoy familiarizada con la mayor parte del tercer piso, pero damos una vuelta rápida por las instalaciones que aún no había visto, como aquellas donde se prepara la comida. La cocina es enorme, aunque supongo que es normal si debe alimentar a toda la base. Gray me cuenta que hay casi mil personas viviendo en la Daga.

Mientras pasamos a las salas comunes, señala otro pasillo.

—Si lo sigues hasta el final, encontrarás la salida a la cornisa. Es donde va la gente a fumar, relajarse o lo que sea. Desde ahí se obtiene una panorámica fantástica de la montaña. Te llevaría, pero está lloviendo.

—¿Y no quieres que se te estropee el pelo? —bromeo.

—Claro que no —responde, serio—. Se necesita mucho trabajo para dejarlo perfecto.

—Ajá, seguro.

Luego pasamos a la segunda planta: Investigación e Inteligencia. Echamos un vistazo a la enfermería, pero no entramos, lo que me parece bien, ya que me han dicho que Fiona pasa ahí casi todo su tiempo. Resulta que, aparte de ser una chivata, también es la sanadora interna de la Daga.

Gray me muestra la biblioteca digital; para entrar hace falta un permiso de huella dactilar. Me explica que hay varios niveles de autorización, dependiendo del documento o texto al que se esté intentando acceder, y no cualquiera puede entrar en todos los puestos de trabajo.

—Los laboratorios están en esta área —dice cuando recorremos otro pasillo interminable—. Pero también tenemos uno externo en la parte norte de la montaña, donde se hacen pruebas.

—¿Qué probáis? ¿Más bombas de azúcar? —lo provoco.

Cuando estábamos en la Élite Plateada, Cross nos dio una charla informativa sobre un artilugio incendiario que estaba utilizando la Revolución. El Comando lo llamaba bomba de azúcar porque los científicos de la Compañía que lo habían desarrollado habían descubierto una manera de extraer y refinar el azúcar natural en un compuesto que provocaba una explosión similar a las bombas atómicas de la antigüedad.

—Entre otras cosas —dice Gray.

—¿Sabes? Mi querido amigo Kaine Sutler murió en un ataque con una bomba de azúcar.

—Joder, debiste quedar destrozada.

—Con el corazón roto —le confirmo, seria—. Me pasé meses llorándole antes de dormir.

Con una carcajada, me guía hasta una puerta de seguridad en el extremo del pasillo.

—Aquí está el servicio de inteligencia —dice.

La puerta corredera se abre y me encuentro ante un gran pabellón de cubículos y pantallas holográficas en todas las superficies. Hay personas sentadas ante los distintos escritorios, pasando la mano por el aire o escribiendo en las tabletas. También percibo un sorprendente número de cuadernos y otros artículos de papel. La escasez de árboles que ha habido en el Continente durante décadas convierte al papel en un lujo poco habitual.

Cuando doy un paso al frente, Gray tira de mí.

—No puedes entrar. No tienes permiso. Vamos, estamos llegando a la zona más divertida.

Subimos en ascensor a la planta de Operaciones, que rebosa actividad.

—El centro de control está por aquí. —Señala algún punto detrás del ascensor—. Es desde donde monitoreamos los satélites, intercomunicadores, señales, drones…, básicamente todo lo que nos mantiene un paso por delante de la Compañía.

Se encamina en dirección contraria mientras yo acelero el paso para seguirle el ritmo.

—Este es el gimnasio de entrenamiento.

La siguiente puerta se abre a un inmenso polideportivo lleno de tapetes negros y sacos de boxeo. Veo a Evlynne al otro lado de la nave, con los puños en el aire, golpeando a un tipo que es el doble de grande que ella.

—Las salas de equipación y pesas —dice Gray, señalando con la cabeza hacia una amplia entrada.

Al lado del gimnasio también hay un campo de tiro con arco al que le dedico solo un rápido vistazo, puesto que es una modalidad que nunca me ha interesado. Sin embargo, el entusiasmo hace su aparición cuando llegamos a un campo de tiro interior.

Gray advierte la manera en la que se me iluminan los ojos.

—Tú y tus armas.

Le dedico una sonrisa.

—Por cierto, no se me ha olvidado cómo actuaba la señorita Incompetente en la sección Plata —farfulla—. «¿Cómo se sujeta el fusil? ¿Qué le pasa a mi postura?». —Suspira—. ¿Recuerdas el día en que te enseñé a utilizarlo? Seguro que luego te echaste unas buenas risas.

—Más o menos, pero me pareció bonito que intentaras ayudarme —digo, dándole unos golpecitos en el brazo.

—Bueno, ahora puedes devolverme el favor. Intentaré conseguirte un puesto aquí, pero, por supuesto, necesitaré que los demás lo aprueben.

Se acerca a un puesto de tiro y coge una pistola del estante. Comprueba que tenga munición antes de colocar el peine en su sitio y levanta el arma con una mano, con aspecto despreocupado. No llevamos protección para los oídos ni gafas, pero no parece importarle. Dispara y alcanza al objetivo en el pecho. Justo en el blanco.

—¡Toma ya! —exclamo.

Me guiña un ojo antes de tenderme el arma por la empuñadura. Con una sonrisa, doy un paso al frente e imito su postura, la misma

pose relajada, sujetando la pistola con una mano. Mi bala también da justo en el blanco. Entre los ojos.

—Creída —me insulta.

Me echo a reír y dejo el arma en el estante.

—Tenemos algunos reclutas nuevos en la Daga con los que me encantaría que trabajaras —dice Gray mientras nos dirigimos a la salida del campo de tiro.

—¿Cómo funciona? Lo del reclutamiento, quiero decir. ¿Recibís a muchos nuevos?

—A algunos. Tenemos ojos y oídos en todos los distritos, por lo que siempre estamos al tanto si alguien quiere trabajar para la Revolución. Así es como entraste en nuestro radar. Recibimos el rumor de que Tana Archer decía que su amiga y ella querían ayudar.

Lo fulmino con la mirada.

—Ya, y lo único que hicisteis fue encargarnos misiones sin importancia para entregar suministros.

—Oye, a mí no me mires. En ese entonces, no formaba parte de la Autoridad. Me uní hace solo dos años. El culpable fue Julian Ash. Ese hombre hizo todo lo posible para mantenerte alejada de nosotros.

No me sorprende.

—Pero hay padres que están deseando que sus hijos se unan a la Revolución —continúa explicándome Gray—. La edad mínima son dieciséis años, por lo que nos llegan muchos adolescentes a la Daga o a la base de la Zarzamora para que los formemos. En otros casos, escuchamos que alguien en los distritos tiene una habilidad que podemos utilizar; por ejemplo, que es un as de la tecnología, un gran piloto, un experto en explosivos…, lo que sea. No siempre son Modos. Si oímos hablar de una persona a la que nos gustaría reclutar, utilizamos la red para ver si le interesa.

—¿De verdad no hay ningún Primario en la Daga?

—No. Algunos viven en el valle; la mayoría de ellos son padres que no quieren separarse de sus hijos, pero la Daga es solo para Modos. No nos negamos a colaborar con agentes Primarios en los distritos, pero aquí no. Esta base es demasiado importante para que caiga en manos enemigas.

—Por eso no dejáis que Xavier salga de la celda.

—Es un enorme riesgo para la seguridad. Si lograra escapar…

—¿Cómo iba a hacerlo? —le contradigo—. No es un Modificado, no puede contactar con nadie a través de la telepatía. Aquí está básicamente aislado del resto del mundo. Además, supón que logra salir de la celda. Luego, ¿qué? ¿Escaparía de la montaña pegando tiros a diestro y siniestro? Es más, si lo consiguiera, tendría que encontrar el camino de vuelta por las Tierras Oscuras, conseguir sobrevivir y encontrar un refugio en los distritos porque le han puesto precio a su cabeza. Créeme: no quiere huir.

Gray se encoge de hombros.

—Entonces puede empezar cooperando durante los interrogatorios. Hasta ese momento, seguirá siendo un prisionero.

—Hablando de prisioneros… —Dudo un segundo—. ¿Por qué no se intenta rescatar a los Modos de los campos de trabajos forzados?

—Porque no es tan fácil como parece.

—Anoche me vinculé con Tana —admito—, mi mejor amiga en Z. La han marcado, Gray.

Su expresión se torna sombría.

—Los marcan a todos.

—¿Por qué dejamos que ocurra? —Su falta de indignación me molesta—. Me subí a un helicóptero contigo porque dijiste que íbamos a la guerra, que íbamos a luchar. En lugar de eso, lo único que hacéis es entrenar dentro de una montaña y entrar de incógnito en los distritos. ¡Eso no es luchar!

—Siento que esta guerra no esté yendo tan rápido como te gustaría, vaquera —dice con sequedad. Al notar mi frustración, suaviza el tono—. No dejamos de hacer planes. Ahora mismo todo parece haberse paralizado, pero te prometo que, en cuanto el proceso se ponga en marcha, echarás de menos estos días de tranquilidad.

—Quizá —digo, poco convencida. La falta de acción me resulta insoportable.

Seguimos con el *tour.* Me muestra la armería, las cabinas de seguridad y el ala de comunicaciones. Nuestra última parada es en el departamento de tecnología, y esta vez no merodeamos por el

umbral, sino que entramos en una enorme sala llena de equipos. Tabletas, radios, auriculares y una amplia gama de aparatos. Una larga mesa blanca se extiende por el centro de la sala, salpicada de cachivaches. Sin embargo, hay un dispositivo que capta mi atención. Es negro, estrecho y cilíndrico. De inmediato, sé lo que es: un inhibidor de señal.

Es casi idéntico a los que usan en el Comando y, aparte de mi fusil, lo considero una de las herramientas más útiles de un arsenal. Entre otras funciones, detiene la grabación de las cámaras, confunde señales, paraliza sistemas críticos o, según su fuerza, cierra redes enteras. En otras palabras, te vuelve invisible.

Aventurándome en el interior de la sala, me acerco a una vitrina que muestra varios auriculares.

—¿Cómo funciona? ¿Qué pasa si necesito algún aparato tecnológico?

—Cada vez que alguien coge o deja algo, se registra, pero tú no tendrás acceso a todo lo que hay aquí. Los permisos dependen de varios factores. Los miembros de la Autoridad podemos usar lo que queramos y los líderes de misión, casi todo. El personal de niveles inferiores suele sacar solo intercomunicadores y tabletas sin información clasificada, a menos que pidan acceso a otros aparatos.

¿Solo podré sacar intercomunicadores? Nah, me parece a mí que no.

—¿Qué clase de auricular es este? —pregunto, señalando la vitrina—. ¿Puedo verlo?

—Claro.

Gray se acerca al mueble para abrirlo. En cuanto se da la vuelta y sé que no me está viendo, me apoyo en el borde de la mesa y cubro el inhibidor con una mano, notando la superficie mate fría bajo la piel. Con un movimiento fluido, me lo meto en el bolsillo trasero y, cuando Gray se gira, descanso el peso del cuerpo en el otro pie como si estuviera reajustando mi postura de manera casual.

Me tiende el auricular para que lo examine.

—Es parecido al que usan los soldados de la sección Plata, pero funciona por satélite.

—¿A pesar de ser un auricular? —pregunto, sorprendida.

—Sí, así es imposible detectar la señal o que lo intercepten. Contamos solo con un puñado, por lo que los reservamos para las misiones de alto riesgo. Tenemos cuidado con nuestros satélites.

—Vaya, ¡qué guay!

Arquea una ceja.

—¿Qué? —pregunto con expresión impasible.

—No soy un recluta del Comando. No me vengas con esas mierdas.

—¿Qué mierdas?

—Lo de robar aparatos tecnológicos.

Joder. Gray me dedica una sonrisa.

—¿Sabes? Podrías habérmelo pedido.

—Claro —digo, desafiante—. ¿Me dejas sacar un inhibidor de esta sala?

—Depende de para qué lo quieras…

Dudo. Luego opto por la sinceridad porque no tengo nada que perder y así quizá gane puntos.

—Quiero hablar con Xavier con total libertad.

Tensa la mandíbula ligeramente.

—¿Sobre el capitán?

Asiento, cohibida. Se queda callado a medida que pasan los segundos. Luego, me sorprende diciendo:

—Quédatelo.

—¿Seguro?

—No pasa nada. Lo sacaré con mi identificación. —Se oye una vibración y saca del bolsillo el intercomunicador para mirar la pantalla—. Kallister dice que es hora de empezar tu formación.

CAPÍTULO 9



Kallister me espera en el ascensor, cerca de la pasarela de aterrizaje. Me saluda con una sonrisa cálida y estira la mano para darme un ligero apretón en el brazo.

—¿Qué tal te estás adaptando? —pregunta.

No me molesto en mentir.

—Esta mañana no me he encontrado con demasiadas caras amables.

Se le suaviza la expresión.

—Ah, lo siento, pero te criaste con Julian, por lo que deberías saber que los Modos no siempre reciben con cordialidad a los extraños. Te acabarán cogiendo cariño.

—Quizá tendría más oportunidades si Fiona no hubiera decidido contarles a todos que soy una incitadora.

Un brillo cruza la mirada de Kallister.

—No sabía que había hecho algo así.

—No lo sé con seguridad, pero es lo que piensa Gray.

—Hablaré con ella —dice, tenso.

Presiona un botón en el panel y me sorprende darme cuenta de que este ascensor tiene más de tres opciones. 1, 2, 3 y PB. Planta baja, supongo.

—Creía que en la Daga solo había tres plantas —digo cuando presiona el último botón.

—Así es.

Sin embargo, bajamos un piso más. Cuando las puertas se abren, veo un pasillo iluminado por una fantasmagórica luz azul. Tardo un

segundo en entender que no es un pasillo ni tampoco luz. Estamos en una cueva de daguita.

Reprimiendo un grito de sorpresa, salgo del ascensor y estudio el entorno. Un largo y estrecho pasadizo con paredes irregulares de piedra se extiende ante nosotros y, sobre nuestras cabezas, el techo entero está cubierto de daguita. Daguita azul.

Ahora tiene mucho más sentido el nombre de esta montaña. La base de la Daga Azul. Apenas puedo contener mi asombro. Hasta ahora, solo había visto daguita blanca. Me dijeron que existía esta variedad, pero es más impresionante de lo que había imaginado. Estalactitas retorcidas y nudosas de la piedra preciosa cuelgan del techo como carámbanos brillantes y titilantes, tan deslumbrantes que iluminan el camino. Las gemas de azul más oscuro, menos comunes, reflejan su luz que baña las paredes y baila por ellas, latiendo y vibrando a medida que avanzamos por la cueva. Aquí abajo fluye la energía, una cantidad inmensa, tanta que se me eriza el vello de todo el cuerpo.

De repente, vuelvo a la cueva que me enseñó Cross en los distritos. Llena de daguita blanca y un mar infinito de flores de colores que crecían en cada grieta y recoveco de las paredes, prosperando en la oscuridad. Cada centímetro de esta cueva desprende energía, como si la tierra poseyera un corazón palpitante.

El recuerdo trae consigo un profundo anhelo. Debería estar aquí, maldita sea. Y sí, entiendo lo egoísta que es pensar algo así porque eso supondría abandonar a su madre, que está frágil e indefensa con la mente corrompida. Y, aunque sé que Cross hará lo que sea para protegerla, no puedo evitar desear que esté aquí a mi lado.

—¿Qué es este sitio?

Kallister sonríe al ver mi reacción.

—Lo llamamos el Templo.

El suelo es irregular, pero solo hasta que entramos en la sala principal. Ahí me recibe otra sorpresa.

—Vaya —musito.

Estamos de pie en un círculo perfecto, sobre un suelo liso rodeado de columnas blancas y gruesas con extrañas marcas grabadas en la piedra. Quizá en el pasado los símbolos estaban

pintados de colores vivos, pero ahora están desvaídos y muestran tonos apagados de azules, rojos y morados.

—¿Es mármol? —pregunto.

—Lo es —me confirma Kallister.

No es normal ver un material de construcción tan caro en el Continente; solo las élites, los capitalistas que trabajan de cerca con la Compañía y reciben las recompensas que conlleva su complicidad, pueden permitirse construir con él. He oído hablar de un hotel en Santuario que contiene kilómetros de mármol. Pero encontrar esto aquí, en las profundidades subterráneas, es increíble.

Las paredes de la cámara están cubiertas con más daguita y, entre cada conjunto de columnas, percibo lo que parecen recovecos de roca natural bañada con luz azul. Advierto que no estamos solos cuando intuyo a dos figuras en sombras en uno de esos huecos, sentadas con las piernas cruzadas, una frente a la otra.

—¿Esto lo ha construido la Revolución? —le pregunto a Kallister.

—No, lo encontramos así. Supongo que quien diseñara las instalaciones descubrió la cueva de daguita al cavar y decidió usarlo como lugar religioso. —Da un paso al frente y señala el centro de la estancia—. ¿Ves este símbolo en el medio?

Estudio la marca, que parece una «t» minúscula.

—Es un crucifijo —me explica—, un símbolo de la religión antigua. Y, si crees que el suelo es impresionante, levanta la mirada.

Inclino la cabeza hacia atrás y dejo escapar un grito de sorpresa. El techo está tallado, formando una cúpula, cubierto con un mural sobrecogedor que no necesita explicación. Veo ángeles por todas partes: elegantes féminas, sinuosos varones y regordetes querubines. Con los brazos estirados señalan al centro de la cúpula, el punto más alto en el techo. Los ángeles están en la lista de imágenes prohibidas de la Compañía, de ahí que su presencia sobrecogedora en esta cueva parezca un satisfactorio «¡que os follen!» para nuestros opresores.

—Se supone que anima a mirar hacia arriba —me explica Kallister—. Al cielo.

Lo contemplo de soslayo.

—¿Crees en el cielo? —le pregunto.

—No.

—Yo tampoco —admito, aunque no compartir las creencias religiosas del pintor no resta valor a esta hazaña artística y artesanal extraordinaria—. ¿Alguien aquí es practicante?

Se echa a reír.

—No, esas tonterías no nos interesan. Solo estamos aquí por la daguita. Hemos descubierto que afianza nuestras habilidades. Cuando usamos los dones en el Templo, todo se refuerza: los escudos se vuelven más resistentes, las proyecciones más vívidas y los pensamientos más claros.

—¿Por qué?

—Si supiera el porqué de la mitad de los misterios que rodean a los Modos, sería el hombre más listo de la Tierra.

Advierto movimiento al otro lado de la sala. Las dos figuras del recoveco entran en el círculo de mármol. Aún no conozco a la mujer mayor, pero sí recuerdo a la rubia que la acompaña: Poppy, la adolescente que me trajo la cena la otra noche.

Murmuran un saludo antes de salir de la caverna y yo las estudio con la mirada mientras se alejan.

—¿Todas las personas de la Daga deben venir aquí abajo a practicar?

—No es obligatorio para todos, no, pero muchos decidimos hacerlo. Algunos solo bajan para meditar porque la daguita los relaja, pero cualquiera con una marca de sangre debe recibir formación.

—¿Tienes una marca de sangre? —pregunto, curiosa.

Kallister se sube la manga izquierda para mostrar el círculo rojo en el antebrazo.

—Jim no tenía ninguna —comento.

—No, pero debería haberla tenido. Julian era un poderoso lector de mentes, por no mencionar que era un maestro blindando su cerebro. —El orgullo en su voz me hace sentir un poco más conectada a Kallister, sabiendo que ambos queríamos a Jim.

Me guía hasta uno de los pequeños recovecos. El techo no es muy alto, pero hay suficiente espacio para que permanezca de pie

sin tener que agacharse. Hace un gesto hacia los dos cojines planos que hay en el suelo.

—Siéntate.

Cuando nos situamos uno frente al otro, con las piernas cruzadas, una sensación inquietante me recorre el cuerpo. Me recuerda a las prácticas que hacía con el tío Jim en las Tierras Oscuras, su brusquedad al pedirme que me centrara, que lo intentara con más ganas. No puedo mirar a Kallister sin ver a Jim.

—Me gustaría que intentaras superar mi escudo —dice, relajando la postura, con las dos manos sobre los muslos.

—Vale.

Me limpio el sudor de las palmas en los pantalones y crispo los dedos sobre el regazo. Luego, cierro los ojos e inhalo despacio.

En cuanto abro una vía hacia su mente, siento la presión. Por lo general, suele ser débil, pero en la cabeza de Kallister es asfixiante. Su escudo es increíblemente resistente y me repele con firmeza. Me siento como si me encontrara en una habitación con muchas personas en la que intento abrirme paso atrapada entre muchos cuerpos.

Por fin, logro ver el escudo. Es impresionante. No tiene ninguna grieta, ni una sola rendija. Me imagino de pie ante él, pasando las manos por la suave superficie. Jim llamó a este proceso «investigación», y en él se estudia el escudo con los dedos, explorando cada centímetro hasta encontrar el talón de Aquiles.

Kallister no tiene ninguno. Ninguna debilidad. Nada.

Arrastro la uña por el escudo. A veces, el mínimo rasguño aparece y, si lo hace, basta con agrandarlo con el dedo. Tras ejercer presión, se puede clavar la uña y la grieta se ensancha hasta lograr pasar por ella. Pero esta vez no ocurre. Kallister Ash es un muro de disciplina mental y su cerebro no deja de eludirme.

Me palpitan las sienes y el malestar me atenaza la nuca. Intentar infiltrarme en su escudo supone gastar mucha energía. No recuerdo que el del tío Jim fuera así de impenetrable.

—Vale, ya basta —me ordena.

Pestañeo y un suspiro irregular se me escapa de entre los labios. Me doy cuenta de que estoy sudando. Si me mirara en un espejo,

seguro que vería que me habría desaparecido el color de la cara. Siento lo mismo que la mañana que incité al pelotón de fusilamiento. Debilidad. Vértigo.

—Podemos probar más tarde —dice Kallister.

—No —protesto—. Deja que vuelva a intentarlo ahora mismo.

—No puedo hacerlo. Se requiere un periodo obligatorio de descanso tras un esfuerzo mental que dure más de una hora.

¿Llevamos aquí sentados más de una hora? No tenía ni idea. El tiempo se ha ralentizado hasta casi detenerse mientras investigaba.

—¿Has estado aquí sentado durante una hora en silencio total?

—Estoy acostumbrado. —Con una sonrisa, se pone en pie. Advierto que se le iluminan las venas, lo que me indica que está usando los poderes. Entonces, dice—: Espera aquí. Quiero presentarte a alguien.

Mientras se aleja, me levanto y me reajusto la parte frontal de la camiseta. Tras oír las pisadas que retumban por la cámara principal, Kallister vuelve con un joven larguirucho que debe de tener mi edad. Lo más probable es que fuera mono si no tuviera ese aspecto esquelético que le hace parecer un pájaro. El ceño fruncido tampoco ayuda.

—Wren, me gustaría presentarte a Hawkins Jost, el único incitador que conocemos en el Continente, aparte de ti.

Contemplo al chico, conmocionada. Nunca había conocido a otro incitador, lo que supongo que tiene sentido si solo somos dos.

—Hawkins podrá ayudarte a aprovechar el oro —añade Kallister.

Mi conmoción se convierte en confusión.

—No lo entiendo.

—Me lo imaginaba. Julian siempre pensaba que era la persona más lista del mundo —dice Kallister—. Seguro que creyó que podría enseñártelo todo, ¿no? Bueno, había algunas cosas que mi hermano no sabía. Es difícil saber cómo usar el oro para aquellos que no tienen.

—Sigo sin pillarlo —insisto—. ¿Qué es el oro?

—Es una frecuencia que solo poseen algunos Modos —me explica Kallister—. Se asocia con los poderes de manipulación.

Al advertir mi desconcierto creciente, Hawkins curva los labios en una mueca de desprecio.

—¿Sabes algo?

Al parecer, no. Kallister le dedica al chico un ceño fruncido y una mirada recriminatoria.

—Sé amable. No ha recibido la formación adecuada.

Sus palabras me molestan porque… ¡y una mierda! Jim sí que me formó como debía. ¿Y qué si no sabía cómo aprovechar ese estúpido poder misterioso que no tiene la mayoría de los Modos?

—Las habilidades de los Modificados se dividen en varias categorías —dice Kallister, paciente, tras girarse hacia mí—. Las llamamos las tres familias de poderes: fundacional, emocional y manipulativa. La primera hace referencia a los dones básicos, como la lectura de mentes, la telepatía, la premonición, la proyección, etc.

—¿La emocional se corresponde con las habilidades de los empáticos? —pregunto.

—Correcto. Los poderes manipulativos incluyen incitación, corrupción, persuasión…

—¿Persuasión?

Asiente.

—Un persuasor es capaz de introducir ideas en la cabeza de otra persona. Es parecido a la incitación, pero la mente objetivo no suele darse cuenta de que se ha plantado una semilla en su cerebro. Si un persuasor tiene habilidad suficiente, la otra mente pensará que la idea ha surgido de forma orgánica.

Arqueo las cejas. No tenía ni idea de que existiera esa habilidad.

—Antes había una Modo en la base que lo sabía hacer, Siggie. —Suspira, arrepentido—. La perdimos en una emboscada en un distrito hace unos años. Pero me estoy desviando del tema. Los poderes de manipulación dependen de una frecuencia poco habitual —continúa. Hawkins permanece de pie a su lado, en silencio, con los brazos cruzados—. La llamamos oro porque los manipuladores dicen que se manifiesta como el color dorado en su mente.

Me muerdo el interior de la mejilla, pensando en las motas doradas que flotaban tras mis párpados cuando incité al pelotón de fusilamiento en la ejecución del tío Jim.

—La frecuencia de oro es indetectable en la mente receptora. Si se usa con otro Modo, el objetivo no recibirá una descarga eléctrica. El sistema de alerta interno no se activa y la mayoría de las veces la otra mente no es consciente de la intromisión. Un incitador poderoso, como el presidente Severn, logra forzar la voluntad de otra persona, secuestrar su sistema motor, sin que esta sepa siquiera que está ocurriendo.

Vaya, no me extraña que se temiera tanto a Tack Severn. Cada vez que he incitado, la otra mente se ha resistido con mucha fuerza.

—Pero, si tienen un escudo muy fuerte… —empiezo a decir.

—No funcionan —me interrumpe Hawkins.

—¿Qué no funcionan?

—Los escudos —dice, cortante—. Nadie puede protegerse contra una actividad que utilice el oro.

Hostia puta.

—¿Tú ves oro al incitar? —me pregunta Kallister.

—Sí.

—Y, cuando lo atraes hacia ti…

—¿Qué quieres decir con atraerlo hacia mí? —Arrugo la frente—. No atraigo nada hacia mí. Solo… repito la orden una y otra vez.

Hawkins suelta una carcajada brusca.

—¿Y qué tal te está yendo?

Frunzo el ceño ante su sarcasmo.

—Pues…

Me interrumpe de nuevo, girándose hacia Kallister.

—No sabe incitar.

—Es lo que he intentado decirle a todo el mundo —musito, y se me eriza la piel por la ofensa—. No sé cómo hacerlo. Ocurre de forma espontánea.

Hawkins sigue centrado en Kallister.

—Tiene acceso al oro, pero no lo aprovecha.

—Entonces, enséñale a aprovecharlo —replica Kallister, quien parece molesto.

—¿Y qué consigo a cambio?

—¿Qué quieres?

¿En serio están negociando?

—Tabaco sintético la próxima vez que Reed vuelva tras una operación —dice Hawkins después de pensarlo un momento.

—Vale, pero enséñale.

—Necesitaré una rata.

—Gray se ha presentado voluntario.

Paseo la mirada de un hombre a otro mientras trato de encontrarle algún sentido a lo que están diciendo, pero su intercambio veloz acaba con Hawkins saliendo de forma abrupta del recoveco.

—Empezaremos mañana —suelta sin girarse, dejándome con la duda de qué cojones acaba de pasar.

La vida en la Daga es parecida a la de la base del Comando. Todos tienen una tarea asignada. Todos entrenan. Todos se mantienen ocupados. Gray me dijo que quizá conseguiría un puesto en el campo de tiro, pero nadie ha dicho nada al respecto aún y mi intercomunicador guarda un silencio deprimente el resto del día mientras me muero de aburrimiento en mi habitación.

Después de terminar en el Templo esta mañana, Kallister dijo que tenía que asistir a una reunión y desapareció. Intenté explorar por mi cuenta la planta de Operaciones, pero descubrí que era incapaz de activar la mayoría de los escáneres de retina y pulgar. No me dejan acceder todavía a muchas de las áreas y, cuando he intentado volver al Templo, el ascensor no me ha permitido llegar a la PB.

Para empeorar la situación, echo de menos a Cross. Añoro el calor de sus besos recorriéndome el cuello, sus manos fuertes y hábiles cogiéndome de la cintura o enredadas en mi pelo.

Necesito oír su voz, así que contacto con él casi sin quererlo.

¿Estás bien, palomita?

Sonrío. Ahora todas nuestras conversaciones empiezan así.

Todo bien.

¿Qué pasa? Me conoce demasiado.

Nada, bueno, algo hay, pero no es importante. Se ha corrido la noticia de que puedo incitar y ahora algunas personas me tienen

miedo.

Bueno, das un miedo de la hostia, la verdad.

¡No es cierto!, protesto.

A mí sí. Ya no está de broma y la emoción le ha agravado la voz.

¿Por qué te doy miedo?

Porque haría lo que fuera para mantenerte a salvo.

Una descarga de calidez me recorre el cuerpo. Sé exactamente a qué se refiere.

¿Qué has estado haciendo hoy?, pregunta, cambiando de tema.

He practicado con Kallister.

¿Uno de los líderes?

Sí. Hago una pausa. *No te lo he contado porque sigo haciéndome a la idea, pero… es el hermano de Jim. ¡Su hermano gemelo!*

Joder, eso debe dar yuyu.

La verdad es que sí.

¿Qué habéis estado practicando?

Quieren que domine la incitación.

El silencio me inunda la mente.

¿Lobo?

¿Es lo que quieres?, pregunta al final. No parece una reprimenda, solo curiosidad. *¿Dominarla? Porque me dijiste que es un poder que no deseabas usar.*

Y no quiero, pero lo más probable es que deba aprender a controlarla para que deje de ocurrir de manera espontánea. Al menos, si consigo dominarla de forma consciente, podré elegir cuándo usarla. Dudo. *¿Tú la usarías? Si pudieras, ¿incitarías a alguien a que hiciera lo que tú quieres?*

A diferencia de mí, no titubea.

Si mi vida estuviera en peligro, sí, usaría la incitación. Como lo que hiciste con Jayde. Matar o morir, ¿no?

Me… siento un poco hipócrita. La confesión se me escapa antes de que pueda reprimirla. *Siempre hablo de lo importante que es la voluntad propia, de lo malo que es incitar a otra persona, pero ni siquiera dudé cuando incité a Jayde para que se disparara a sí misma.*

Se te activó el instinto de supervivencia, dice con brusquedad. *Es una reacción innata para permanecer con vida. La mayoría de las personas no lo reprime.*

Lo sé, pero eso es lo peor. En ese momento tenía justificación, pero después he seguido sintiéndome como un monstruo porque, aunque fuera una cuestión de vida o muerte, sigue siendo como una violación. No quiero ser la persona que es capaz de hacer algo así. Odio la manera en la que se me quiebra la voz. *Nunca pensé que sería capaz de cruzar esa línea*.

¿Habrías preferido que te matara ella a ti? Porque seguro que la respuesta es no. Cruza todas las líneas que creas necesarias. No me importa lo que tengas que hacer, pero quédate en este puto mundo conmigo, Margarita.

Pero es que no estamos juntos, replico. *Yo estoy aquí, sola, preocupándome por si uno de tus hermanos te mata, deseando que estuvieras a mi lado cada segundo del día*. Suelto un gruñido. *La ciudad es demasiado peligrosa para mí y la Revolución, para ti. ¿Cómo cojones vamos a hacerlo?*

Podríamos huir, me sugiere. *Dejarlo todo atrás.*

La idea me hace reír.

Creo que no es una opción.

Podría serlo.

Algo en su tono hace que me detenga.

¿De verdad? ¿Huirías? ¿Dejarías atrás a tu madre? ¿A tu unidad? ¿Permitirías que tus hermanos ganaran la guerra y redujeran el mundo a cenizas?

En una guerra no hay ganadores, palomita. Todos pierden a lo grande. Es lo que ocurre cuando a todo el puto mundo le faltan principios morales.

No creo que nunca lo haya visto con una actitud tan cínica. Ambos nos quedamos en silencio un momento, pero soy incapaz de ignorar la punzada de preocupación que me carcome las entrañas.

¿Estás bien?, pregunto porque no me ha parecido que lo esté desde que me fui.

Sí, me tranquiliza.

¿Dónde te encuentras?

En la base. Mirando a la pared. Echándote de menos.

Yo también te echo de menos.

El dolor me vuelve a atravesar el pecho. Cross y yo nos encontramos, comprendimos que éramos Lobo y Margarita y, justo después, me vi obligada a huir de la ciudad y dejarlo atrás. Bueno, él decidió quedarse atrás.

Me trago el nudo que se me forma en la garganta porque se parece demasiado al rencor. No estoy molesta con Cross. Ni enfadada. De verdad. Sin embargo, quizá una pequeña parte de mi ser, una parte diminuta y herida, no pueda olvidar que tuvo la oportunidad de venir conmigo y prefirió quedarse.

CAPÍTULO 10



Me quedo en mi habitación hasta que me ruge tanto el estómago que no puedo ignorarlo, por lo que bajo al comedor para tomar el almuerzo. Cuando entro, encuentro la sala abarrotada, regada por el tintineo de cubiertos y las conversaciones en voz alta. Están sirviendo arroz salvaje y pollo asado, todo acompañado de un pan recién hecho. Nunca me acostumbraré a lo buena que está aquí la comida.

Dudo con la bandeja en las manos, estudiando las filas de mesas. Percibo a Neema y Evlynne cerca de mí. Hay algunos asientos libres a su lado, pero no me invitan a unirme a ellas. Cuando los ojos de la segunda se encuentran con los míos, frunce los labios y me da la espalda.

Vale, bien. Supongo que es una de las personas a las que Fiona ha envenenado con su miedo a la incitación, aunque quizá no sea eso, dado que Evlynne nunca se ha mostrado demasiado agradable. Sigue intimidándome con su mera presencia.

Siento que me contempla cuando me abro paso entre las filas hacia la pared más alejada, donde me instalo en una mesa vacía.

—¿Puedo acompañarte?

Una oleada vergonzosa de gratitud me baña cuando Teriq se acerca.

—Claro —digo.

—En realidad, me alegra haberte pillado a solas —dice, sentándose ante mí—. Quería hablar contigo de una cosa.

Le doy un mordisco al pollo y mastico con lentitud.

—Vale…

—Conociste a mi hermana.

—¿Sí?

Arqueo las cejas y dejo el tenedor sobre el plato. Recuerdo pensar que Teriq me resultaba familiar, pero sigo sin ubicarlo.

Al notar mi perplejidad, me aclara:

—Betima.

—¿Eres el hermano de Betima? —pregunto, sorprendida, pero, ahora que lo dice, veo con claridad el parecido. La misma boca ancha, el pelo negro, la piel oscura y los hoyuelos.

—Era mi hermana pequeña. Tres años menor que yo —dice con una sonrisa cálida—. A veces era una mimada.

—¿Betima se llamaba así de verdad o era un apodo, como tenía Grayson?

—No, era Betima. No necesitaba una tapadera. Gray sí porque el año pasado se filtró su nombre real. —Teriq forma una fina línea con los labios—. Uno de los nuestros nos traicionó. Un topo.

—Joder, ¿y lo pillasteis?

—Sí, tapamos ese agujero muy rápido.

Por un momento, me distraigo cuando los amigos de Gray pasan por nuestra mesa. Saint y Henley, con paso confiado, y Mako, como un muro tras ellos. Los tres chicos nos saludan con un movimiento de cabeza y el último me dedica una sonrisa radiante.

—Chica nueva —canturrea mientras se dirigen a otra mesa.

—¿Sufrió?

La pregunta de Teriq me sobresalta y vuelvo a la conversación.

—No —le tranquilizo mientras la tristeza me inunda el pecho—. Ni siquiera tuvo tiempo de sentir nada. —Trago saliva—. Creía que me iba a disparar a mí. Me refiero a Roe Dunbar, el hijo más joven del general.

—Gray dijo que descubrió que era una Modificada.

—Sí. Cometió un error, apenas unas horas antes. Uno de los chicos se cayó de un tejado y Betima lo abrazó mientras moría.

Teriq inspira hondo al entender lo que eso implica. Betima era una empática, lo que significa que podía sentir las emociones de los demás. Sintió cómo moría el chico. No puedo ni imaginarme lo horrible que debió ser.

—Tuvo que ser atroz —musita.

—Lo fue. Y, supongo que cuando murió, las venas se le tiñeron de plata y Roe lo vio. Se presentó ante nosotras más tarde, nos acorraló y dijo que sabía que había una puta Aberrante entre nosotros. Entré en pánico. Pensaba que hablaba de mí. No tenía ni idea de que se refería a Betima. —Se me rompe la voz—. Le disparó en la cabeza. Ocurrió tan rápido que no podría haberle detenido ni aunque lo hubiera intentado.

Se me ha quitado el hambre. Cojo el vaso de agua y lo vacío de un trago.

—Nadie te culpa por su muerte —dice Teriq, que crispa los dedos sobre la taza de café—. En todo caso, sería culpa mía.

Lo contemplo, confusa.

—¿Qué? Claro que no es culpa tuya.

—Yo aprobé su misión. —La culpabilidad le relampaguea en los ojos—. Mi voto fue el decisivo.

Dudo. Quiero reconocer su dolor, preguntarle si se culpa por su muerte, pero no quiero que se sienta incómodo. Quizá es como yo y odia mostrarse vulnerable delante de extraños.

Decido centrarme en los asuntos más prácticos.

—Aún no entiendo cómo funcionan las votaciones. ¿La Autoridad hace votaciones formales para todo?

—Para todo, no, pero sí para las misiones de alto riesgo. Enviar a alguien a la base del Comando es casi una misión suicida. Nunca nos habríamos arriesgado con Gray si alguien más hubiera sabido pilotar ese avión, pero la tecnología del B-8 es demasiado novedosa. Nadie podía hacerlo excepto él. Aun así, no estábamos cómodos con que fuera solo, por lo que le enviamos una persona de apoyo.

Niego con la cabeza. Entonces, ¿Betima y «Kaine» se conocían en todo momento? No sospeché que fueran nada más que extraños cuando se vieron por primera vez. Me pregunto si alguna vez seré la mitad de buena que ellos como agente.

—Adrienne y Gray no querían que fuera —dice Teriq, y traga saliva con fuerza—. Creen que los empáticos no son de fiar. Pero yo sí confiaba en mi hermana. Tenía muy buena puntería y era rápida bajo presión. Si alguien podía respaldar a Gray, esa era Betima. Y

creí que tenía un escudo fuerte. Siempre había sido capaz de controlar por completo sus tendencias empáticas.

—Seguro que, en circunstancias normales, así era. No podías saber que alguien moriría en sus brazos.

Teriq centra los ojos en el café.

—Debí votar en contra. Habríamos enviado a otra persona. Por… —Traga saliva—. Por mi culpa, murió.

Esta vez, no puedo ignorar el dolor.

—Lo entiendo. Por mi culpa, pillaron a Jim… Julian —me corrijo—. Capté la atención de un soldado del Comando en mi pueblo, así que aparecieron en el rancho. Uno de los agentes lo reconoció. —Me muerdo el labio por dentro—. Por mi culpa, lo arrestaron, por lo que…, sí…, sé lo que se siente al pensar que has provocado la muerte de un ser querido.

Ambos nos quedamos en silencio durante un momento. Al final, se aclara la garganta.

—Bueno, te dejo tranquila.

Estoy a punto de suplicarle que se quede, pero ya está echando la silla hacia atrás, dejándome a solas para que me termine el resto de la comida.

ACUDE AL TEMPLO A LAS 09:00

La alerta me da los buenos días cuando me despierto a la mañana siguiente, produciéndome una punzada de nerviosismo. Supongo que hoy me toca practicar con Hawkins y…, bueno, me da miedo.

Alguien llama a mi puerta cuando estoy terminando de prepararme. Me hago un moño en la coronilla y me dispongo a abrir. Ante mí encuentro a Gray, bastante guapo con el uniforme gris de piloto.

—No me odies —dice.

—¿Qué? ¿Vas a fingir tu muerte de nuevo?

Le brillan los ojos.

—No, pero no volveré a la base hasta mañana.

—Creía que ibais a mantener un perfil bajo durante un tiempo.

—Así es, pero Adrienne tiene que ir a la ciudad y necesita que alguien la lleve.

—Por favor, deja que vaya con vosotros —le suplico.

Se echa a reír.

—No.

—¿Qué voy a hacer aquí yo sola? Aún no me han asignado ningún puesto.

—En realidad, empiezas esta tarde. Deberías recibir dentro de poco los detalles en el intercomunicador.

—¿Podré ver a Xavier hoy? —Empiezo a estar preocupada por él. Por lo poco que sé, quizá esté en una cámara de tortura, con la piel hecha jirones y las uñas arrancadas.

—Propónselo a Kallister, pero dudo que lo recompensen con una visita cuando lleva días negándose a hablar.

—¿Hablar de qué? —pregunto, molesta—. No va a soltaros todos los secretos del Comando, si es lo que pretendéis. Pero al menos dadle una oportunidad de demostrar que os es leal.

—Puede mostrar su lealtad vendiendo a la gente con la que colaboraba antes —responde Gray y, aunque lo entiendo, también sé que Xavier nunca revelaría nada que pudiera poner en peligro a Cross. Yo tampoco—. Como he dicho, habla con Kallister. Ade y yo estaremos desaparecidos hasta mañana.

—¿Desayunamos juntos antes de que te marches? —pregunto, esperanzada.

Parece que está intentando reprimir una carcajada.

—Lo siento, vaquera. Hoy no puedo cogerte de la mano.

En cuanto se va, vuelvo a entrar en mi apartamento para ponerme los zapatos y cojo el intercomunicador, que me guardo en el bolsillo. Cuando salgo al pasillo, creo que mi cerebro está sufriendo un cortocircuito hasta que entiendo que sí, que hay una chica, una distinta, saliendo a hurtadillas de la habitación de Saint por segunda mañana consecutiva. De nuevo, sus adormilados ojos verdes se topan con los míos y me dedica una sonrisa de superioridad antes de cerrar la puerta.

En el comedor, cojo un bol de avena con canela y un café. No veo ninguna cara conocida, por lo que me siento a solas en un rincón de la sala.

Apenas he dado el primer bocado cuando aparece Karra. Se queda de pie ante mí, con los brazos cruzados. Su expresión no denota enemistad, pero tampoco es agradable.

—Buenos días —digo, cortés.

No me responde enseguida. Me observa mientras mastico la avena. Luego, se deja caer en la silla que hay frente a mí, con una pose demasiado casual.

—Es gracioso cómo los secretos salen a la luz, ¿no? —señala la novia de Gray.

Arqueo una ceja.

—¿Quién tiene secretos, Karra?

—Tú, tonta. Nuestra nueva agente. —Sonríe—. Vaya vida emocionante has llevado ahí fuera, vaquera. Incitando a gente. Besándola.

—Creo que debes haberme confundido con otra. Nunca he besado a nadie a quien haya incitado.

Un brillo le relampaguea en los ojos.

—No me vengas con esas. Gray me dijo que os liasteis en el Comando.

—Una vez —digo y, satisfecha porque no estemos teniendo una pelea a puñetazo limpio, continúo con el desayuno.

—No me importa cuántas veces fueran —dice, encogiéndose de hombros—. Y me da igual lo que pasara. Gray y yo tenemos una… relación complicada. No estábamos juntos cuando os enrollasteis. Pero ahora sí, por lo que, si vas detrás de él, voy a tener que pararte los pies. Ya.

Me encojo de hombros.

—Gray es mi amigo. Y seguirá siéndolo.

—¿He dicho que no podáis?

—Me daría igual si así fuera.

Aquello parece divertirla.

—Sé amiga de quien te dé la gana, Darlington. —Se pone en pie y se echa el pelo negro azabache sobre el hombro—. Pero, si lo tocas

mientras está conmigo, te arrancaré la puta garganta.

Tras eso, me guiña un ojo y se aleja. Sus botas de combate retumban con fuerza sobre el suelo.

Buena charla. Tras el desayuno, me dirijo a la planta de Operaciones, ya que en ella se encuentra el único ascensor que ofrece acceso al Templo. Alguien debe de haberme dado nuevos permisos porque ahora me funciona el escáner de la huella dactilar y la puerta doble se abre sin demora.

Aunque solo he estado aquí dos veces, no sé si en algún momento me acostumbraré a entrar en el Templo, a esta sensación fantasmagórica de que me envuelva una energía pura. La inquietante luz azul me guía hacia el círculo de mármol y el altar donde las personas de la era pasada alababan a su dios. Si hubiera vivido entonces, me habría cabreado descubrir que, mientras el mundo entero ardía, mis líderes se escondían en este búnker en la montaña. Presidentes, políticos, personas lo bastante adineradas para comprarse un sitio en este lugar. Se ocultaban como ratas al mismo tiempo que su gente moría en la Última Guerra.

Al entrar en la sala principal, vuelvo a ver a Poppy, que medita en un amplio banco de piedra situado entre dos pilares blancos de mármol. Está sola, con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. Los abre al oír el sonido de mis pisadas.

—Perdona —le digo—, no pretendía asustarte.

—No pasa nada. Solo estaba fortaleciendo mi escudo. —Por primera vez, no desvía la mirada, sino que la centra en la mía, firme y segura. Es alentador.

—Eres Poppy, ¿verdad? Soy Wren.

—Sé quién eres. —No percibo hostilidad en su tono.

Quiero hacerle cientos de preguntas, pero de repente se tensa. Miro hacia atrás y veo que Hawkins se está acercando a nosotras. Sin prestarle atención a la chica rubia, me dedica un brusco asentimiento.

—¿Preparada?

Poppy se escabulle antes de que pueda despedirme. No debe de ser muy fan de Hawkins, por lo que parece. En lugar de dirigirnos a uno de los recovecos, Hawkins se encamina hacia el banco que

había ocupado Poppy, se sienta y apoya los antebrazos en los muslos. Me siento e imito su pose.

Va directo al grano, lo que no me sorprende. No parece ser del tipo de personas que disfruta con las charlas triviales. O con las charlas en general.

—Kallister me contó que incitaste a una mujer para que se suicidara.

Ah, vale. Supongo que toca ser directos. Me trago la vergüenza que me inunda la garganta.

—Sí, así es.

—¿Se resistió?

—Sí. Bueno, en realidad, no. Al principio no se dio cuenta de que me había colado en su mente, lo que supongo que, ahora que sé que un Modo no puede detectar a un manipulador porque no recibe una descarga eléctrica, tiene sentido. —Hago una pausa, tratando de volver al tema principal—. Solo se dio cuenta de lo que estaba haciendo cuando su mano empezó a moverse sola. Ahí fue cuando su mente empezó a resistirse. Podía notar cómo intentaba librarse de mí, evitar cumplir la orden.

—Suelen rebelarse con intensidad —concuerda—. Es el instinto de supervivencia.

—Me lo imagino. Me sorprende que hayas aceptado dejarme practicar contigo.

—No lo he hecho. Te voy a ayudar a aprovechar el oro, pero no voy a dejar que me incites. —Hawkins suelta un bufido—. Lo siento, pero no te conozco todavía y no me fío una mierda de ti.

—Entonces, ¿cómo se supone que voy a practicar?

—Tienes suerte —contesta, rezumando sarcasmo—. Una rata de laboratorio se ha presentado voluntaria.

Entiendo entonces que se refiere a Gray. Kallister utilizó la misma frase ayer, se refirió a Gray como «rata». No sé si debería sentirme agradecida o llamarle idiota por permitir que practique la incitación con él. Gray sabe que no lo controlo.

—Pero la rata no te servirá de nada si no puedes aprovechar el oro —dice Hawkins—. Dime qué haces cuando ves el polvo dorado.

Aprieto los labios antes de hablar.

—Cuando incité al pelotón de fusilamiento en la ejecución de mi tío, el oro revoloteaba por mi cabeza y me distraía. Estaba intentando mantener el control sobre sus mentes, pero el polvo no dejaba de nublarme la visión. Intenté despejarlo…

—Ahí está el problema. No debes alejarlo, sino juntarlo. ¿Cómo fue la pérdida de energía?

—No te entiendo.

—¿Tu mente se estaba resistiendo tanto como la suya? —me aclara Hawkins—. ¿Estabas cansada? ¿Débil? ¿Te dolía la cabeza? ¿Te sentías mareada?

—Todas las anteriores —respondo, sarcástica.

—Es lo que ocurre cuando no aprovechas el oro como debes. O cuando posees una habilidad que requiere una cantidad enorme de energía. Por ejemplo, la corrupción. Adrienne tiene un dominio perfecto sobre ella, es más que capaz de aprovecharlo, pero da igual lo habilidosa que sea, corromper una mente sigue agotándola.

Asiento, despacio.

—La noche que lo hizo con la mente del general, apenas podía caminar después. Casi tuve que sujetarla yo. Ni siquiera pudo usar la telepatía durante las siguientes veinticuatro horas.

—Porque desgasta también sus otras habilidades. Se necesita tiempo de recarga.

—¿Por qué no ocurre lo mismo con la incitación?

—No tengo ni idea. Lo único que hemos logrado entender es que la corrupción es el poder manipulativo más extenuante. Bueno, parece que, cada vez que has intentado incitar, has tratado de alejar ese oro, ¿no?

—Supongo.

—Por eso te cuesta. Necesitas el oro. Cuando sepas cómo aprovecharlo, podrás incitar a tu antojo.

—¿Tú puedes hacerlo?

—Sí, es fácil —contesta, aunque suena indiferente, no engreído—. No es difícil hacerlo y mantenerlo.

—¿Qué quieres decir con «mantenerlo»?

Hawkins se aparta un mechón de pelo oscuro de la frente. Desde que nos conocemos, nunca lo he visto tan emocionado.

—Imagínate que quiero incitarte para que salgas del Templo y me traigas un café del comedor.

—Espera, ¿qué? ¿Puedes incitarme sin que esté siquiera en la misma sala que tú?

Ahora sí que se muestra engreído.

—Como he dicho, es fácil, parecido a la telepatía. La primera vez que estableces el vínculo, necesitáis compartir el mismo espacio, ¿no? Pero después, puedes acceder a dicho vínculo desde cualquier parte. Imagínate que la incitación es… una correa. Necesitas estar en el mismo lugar para abrir una vía, aprovechar el oro e invadir la mente de alguien. Una vez hecho ese paso, habrás creado una correa desde tu mente a la de la otra persona y, mientras puedas sujetarla, podrás seguir incitándola, aunque no la veas.

—¿Y qué pasa si se me escapa la correa?

—Entonces, se acabó. Su mente volverá a ser suya. Y no podrás incitarla de forma remota. La incitación siempre comienza compartiendo el mismo espacio de energía. —Hace una pausa y cuadra los hombros, como si se estuviera preparando para una pelea—. Basta de cháchara. Vamos a aprovechar el oro. Entra en mi mente.

Cierro los ojos, centrándome en mí misma. Luego, abro una vía y la sigo hasta su mente.

—¿Qué ves? —pregunta Hawkins.

Tras mis párpados, advierto su escudo, la frecuencia negativa que protege su mente de cualquier intrusión. Fuera de mi campo de visión, intuyo lo que el tío Jim llamaba el pasillo, la frecuencia positiva que se sigue para establecer un vínculo telepático.

—Presta atención a la energía que te envuelve. Ignora las ondas positivas y negativas. ¿Qué te queda? ¿Qué ves?

Fuerzo la mente para tratar de hacer lo que me pide. Lo único que veo es oscuridad. Sin embargo, oigo un zumbido. Hay algo más. Lo siento…

—Lo tengo —musito—. El polvo dorado.

Es muy suave, apenas perceptible. Titila, apareciendo y desapareciendo de mi visión. Son chispas diminutas, delicadas.

—Visualízate acumulándolas. Cuando las utilizo, me imagino que formo una bola pequeña, casi diminuta, hasta que se convierte en algo que puedo sujetar en las manos.

Hago lo que me pide, me preparo para recoger el oro, pero este no deja de eludirme. No logro atraparlo. Cada vez que mis dedos rozan un hilo dorado, flota lejos, como si tirara de él una cuerda invisible.

La frustración me inunda.

—No funciona.

—Prueba de nuevo.

Necesito varios intentos más antes de acercarme siquiera a tocarlo. Entonces, por fin, lo rozo con las yemas. Emocionada, lo rodeo con los dedos, tratando de atrapar el oro con el puño, pero, en cuanto lo hago, un estremecimiento inquietante me recorre el brazo y la columna vertebral. Abro la mano y el polvo dorado se aleja.

—Lo he cogido durante un segundo, pero se me ha escapado —me quejo.

—Prueba de nuevo.

Es lo único que oigo durante la hora siguiente.

«Prueba de nuevo. Prueba de nuevo. Prueba de nuevo».

Me frustro cada vez más con cada intento fallido. Muchas veces estoy a punto de atrapar el oro resbaladizo. En ocasiones, soy capaz de mantenerlo entre las manos durante unos segundos hasta que ese extraño escalofrío me sobreviene y me quedo paralizada.

—No dejas de soltarlo demasiado rápido —dice Hawkins con brusquedad—. Te da miedo la sensación, pero no debe dártela. Deja que te recorra.

—No me hace sentir… bien. —Es la única manera de describirlo. Me siento incómoda cuando la energía flota por mi cuerpo.

—Si no estuvieras destinada a usar este don, no tendrías el poder para hacerlo. Prueba de nuevo.

Aplacando mi frustración, lo intento una vez más. En esta ocasión, logro progresar. Centrando toda mi atención en la tarea, comienzo a recopilar el oro, mota a mota. La emoción me cosquillea el estómago a medida que, con lentitud, este comienza a formar un montón cada

vez más grande. Aprieto el puño alrededor, decidida a no dejarlo escapar. Noto las palmas ardiendo, cosquilleantes.

—No aprietes los puños.

La voz de Hawkins me distrae. Abro los párpados, perdiendo el control del oro de nuevo. Desaparece como el humo entre los dedos.

—Estaba a punto de conseguirlo —gruño.

—No, era evidente que no. Estás demasiado tensa. Restringes el oro a un único punto. Por eso no puedes controlarlo. Necesitas dejar que te fluya por todo el cuerpo. Mira.

Hawkins abre una vía hasta mi mente. Sé que no intenta cruzar mi escudo porque, si lo hiciera, sentiría una descarga en la nuca, pero está haciendo algo. Lo observo, fascinada. Frunce un poco el ceño, dejando entrever el esfuerzo mental tras sus ojos. Comienzan a brillarle las venas y la plata líquida le corre por los brazos. Pero no solo por los brazos, también por las manos, la garganta y la clavícula. Sospecho que también le brillan las piernas y el pecho bajo la ropa.

Por fin, la plata comienza a menguar y abre los ojos.

—¿Lo ves? Debe consumir cada centímetro de tu ser. Gastas menos energía de esa manera. Cuando tengas el oro entre las manos, deja que te recorra todo el cuerpo. Cuando lo relegas a un único punto, como los puños, acabas luchando por mantenerlo en su sitio. No lo aprovechas al máximo. —Me fulmina con los ojos oscuros mientras dice mi nueva frase más odiada—. Prueba de nuevo.

CAPÍTULO 11



Me dirijo al campo de tiro interior tras salir del Templo y, en cuanto entro, me siento como en casa. Inspiro el conocido aroma del metal y la pólvora, y no puedo evitar sonreír.

Me acerco al enorme almacén de armas en la entrada, donde me recibe un hombre mayor con vaqueros oscuros y una camiseta gris sin mangas. Sus complejos tatuajes negros zigzaguean desde sus muñecas hasta la base del cuello.

—Debes de ser Darlington. —Me dedica una sonrisa cálida—. Soy Zak, el encargado de este sitio.

—Encantada de conocerte —digo.

—Ven, te voy a enseñar todo esto. —Se adentra en el almacén, donde se apresura a explicarme el protocolo—. Guardamos aquí todo tipo de armas de fuego. Cuando se acaba de usar una, hay que volver a dejarla en la taquilla para que tú u otra persona pueda sacarla. Este espacio debe estar siempre cerrado. Si quieres un arma que no tengamos aquí, le envías un mensaje a la armería y ellos te la traerán.

Parece sencillo. Le sigo hacia el exterior y me muestra dónde encontrar los protectores para los oídos, las gafas de seguridad y el resto del equipo. Zak es agradable y resulta fácil hablar con él, así que no tardo en relajarme en su presencia. Cuando admito que prefiero las armas de largo alcance, me habla de un fusil de la era pasada que tienen en la armería y me deleita con un relato sobre los francotiradores, enfatizándolo con gestos exagerados con las manos y mucho entusiasmo.

Al final, se aleja para formar a un chico de pelo oscuro que, según me ha dicho, es un nuevo operativo en la Daga. A mí me han asignado a un adolescente que acaba de salir de la escuela superior. Se llama Wells y lo han reclutado hace poco. Entra en el campo de tiro con una camiseta holgada y unos vaqueros desgastados, paseando la mirada por todas partes, nervioso.

—¿Es la primera vez que disparas un arma? —le pregunto.

Con una sonrisa tímida, Wells asiente.

—Sí, nunca he tenido una pistola en las manos.

—No te preocupes. Te explicaré cómo hacerlo.

Voy al almacén y cojo una nueve milímetros, más ligera que la que elegiría para mí. Nos colocamos el resto del equipo y nos dirigimos al primer puesto de tiro, donde le muestro cómo sujetarla y adoptar la postura correcta.

—Mantén los brazos un poco doblados —le recomiendo, ajustando su pose—. Imita mi postura. Tienes que separar un poco más los pies.

Me copia, aunque parece incómodo.

—Muy bien, alinéate con el objetivo. —Me echo a reír cuando cierra un ojo—. No, deja los dos abiertos. Asegúrate de mantener el dedo lejos del gatillo hasta que estés preparado para disparar.

Le enseño cómo apuntar. Luego, doy un paso atrás mientras el chaval de dieciocho años se dispone a disparar por primera vez en su vida. Yo lo hice con cinco años. El tío Jim no perdió el tiempo antes de enseñarme a usar una pistola.

—Respira hondo —digo mientras me mira, buscando mi confirmación—. Exhala y dispara.

Con una exhalación lenta, Wells aprieta el gatillo y se sobresalta por el retroceso. El disparo retumba y sonrío con orgullo cuando veo que ha alcanzado el objetivo. Justo al límite, apenas un rasguño, pero me sirve.

Me devuelve la sonrisa con el rostro iluminado.

—¡Le he dado!

—Lo has clavado —le alabo—. Hazlo otra vez.

Me paso las siguientes horas en el campo de tiro, que solo dejo para comer antes de volver para centrarme en mi propio

entrenamiento. Zak y yo hacemos una competición improvisada y, cuando le gano, parece más divertido que enfadado. Es reconfortante. Cuando era pequeña, cada vez que ganaba a los chicos de mi pueblo, se quejaban y protestaban; les había herido en su pequeño y triste ego.

Al regresar a mi habitación, estoy de tan buen humor que me vinculo con Cross para contarle cómo me va. Por primera vez desde que llegué, siento que tengo algo que ofrecerle a la Revolución, que puedo serles de utilidad.

Me acurruco en un sillón acolchado frente a la cama, deseosa de oír la voz de Cross, pero, cuando responde, noto al instante que algo va mal.

Pareces distraído, digo. *¿Qué pasa?*

Nada.

Estás mintiendo. ¿Qué te ocurre?

Se produce una larga pausa. Sin embargo, no ha interrumpido la conexión. Sigo sintiéndolo en mi cabeza. También noto su resistencia. Ha ocurrido algo y no quiere contármelo.

Cross, no me hagas ir a buscarte, le advierto.

¿Qué vas a hacer? ¿Azotarme?

El tono grave que le infiere a la burla me empuja a apretar los muslos. Capullo. Sabía exactamente lo que sucedería al decir algo así; estoy cachonda a más no poder ahora mismo.

Deja de distraerme diciendo guarradas.

Bueno, pero no te enfades, ¿vale?

No voy a prometerte nada de eso.

Casi lo siento sonreír.

No te lo he contado porque no quería que te preocuparas, pero, bueno… La realidad es que me he pasado la última semana encadenado en una celda.

Pestañeo, conmocionada, a medida que asimilo sus palabras.

Perdona… ¿Qué?

Repite la confesión. Reacio.

Estaba en una celda. Cortesía de mis hermanos.

¿Estabas en una celda? No me importa siquiera estar gritándole en la mente. *¿Te han encadenado? ¿Qué cojones, Cross?*

¿Ves? Por eso no quería contártelo. Sabía que reaccionarías así.

La rabia sigue recorriéndome por dentro. Cross y yo hemos mantenido un contacto constante desde que entré en la Daga, ¿y no ha sentido la necesidad de contarme que estaba hablando conmigo desde una celda? ¿Cómo voy a tomármelo con calma? ¿Qué más me está ocultando mientras le hago actualizaciones banales sobre mi día a día?

Me has mentido, digo con voz monótona.

No te he mentido, solo te he ocultado algunos detalles.

Aprieto los puños y los presiono contra los muslos.

No me vengas con esas gilipolleces sobre que lo has omitido, Lobo. Prometimos que nunca nos mentiríamos.

Joder. Ahora percibo su remordimiento. *Tienes razón. Lo siento, debería habértelo dicho.*

¿Fue por mi culpa?

La culpa me crea un agujero en el pecho cuando dice: *Sí. Roe ha estado intentando convencer a Travis de que te ayudé a escapar, así que me detuvieron con la esperanza de que confesara.*

Voy a matarlos, gruño.

Su suave carcajada me cosquillea el oído.

No ha estado tan mal, lo prometo. Solo me colgaron del techo y enviaron a Roe varias veces al día para discutir conmigo y molestarme.

Genial, mataré primero a Roe.

No malgastes energías con él. Con ninguno. Travis solo intentaba darme una lección.

¿Qué lección?

Creo que quería que entendiera que no era invencible y que incluso el todopoderoso Cross puede cometer errores.

¿Y aceptaste algo así?, pregunto divertida.

¡Y una mierda!

Claro que no, porque el todopoderoso Cross nunca comete errores.

¿Qué quieres que te diga? ¿Que me arrepiento de ayudarte escapar? No es así. Salvarte la vida no fue ni nunca será un error.

Siento cómo mi rabia remite un poco.

Deberías haberme dicho que te estaban torturando.

No me estaban torturando.

Tener que escuchar a Roe soltar gilipolleces todos los días puede considerarse una tortura.

Ya tenías bastante con lo tuyo. No quería que te preocuparas.

Quiero que me preocupes. Necesito saber este tipo de cosas, Cross. La frustración se derrama sobre mis palabras. *Se supone que somos un equipo.*

Lo somos.

Bueno, eso significa que ya no tienes que guardártelo todo para ti. Puedes apoyarte en mí. Podemos hablar. Y necesito que me lo digas si estás colgado en una puta celda en algún sitio. Prométemelo.

Palomita…

Prométemelo.

Te lo prometo, farfulla.

Pero no puedo evitar sentir que me está mintiendo de nuevo.

A pesar de los intentos de Cross por tranquilizarme, sigo enfadada tras nuestra conversación. Lo último que quiero es ir a cenar yo sola, pero Gray no está y me ruge el estómago, así que me obligo a dirigirme hasta la puerta. Ojalá pudiera presionar un botón y que me trajeran la comida, pero estas personas no son mis sirvientes. Tendré que soportar la incomodidad de estar en el comedor.

En un intento de parecer lo más inofensiva posible, me enfundo un par de vaqueros y la única prenda de color que encuentro en el armario, una camiseta holgada de color lila. Me gustan los tonos oscuros, así que llevar algo así no me resulta cómodo. Pero Tana siempre decía que los colores vivos hacen que el resto se sienta a gusto. Hagamos que estos cabrones se sientan a gusto.

Al girar la esquina, me topo de frente con Evlynne. Chocamos con fuerza, por lo que un relámpago de descontento le cruza la mirada.

—Mira por dónde vas —escupe, alejándose con largas zancadas antes de que pueda disculparme.

No parece muy a gusto. Sigo andando. Esta noche, el menú, compuesto de filete y puré de patatas, huele de fábula. Me sirvo un plato y, una vez estoy en el final de la cola, miro a mi alrededor. Advierto que Mako está con un grupo de hombres que vi hace unas horas en el campo de tiro. Me planteo unirme a ellos hasta que veo que Evlynne se está acercando a su mesa. Aj. Paso.

Teriq está cruzando la sala, pero lo acompaña Fiona, que presenta un ceño fruncido perpetuo, por lo que descarto también esa posibilidad. Por último, veo a Hawkins comiendo solo en una esquina.

Con ciertas reticencias, me dirijo hacia él. Al dejar la bandeja en la mesa, me parece oír un susurro colectivo que cruza el comedor. Hawkins levanta la mirada de su plato y en la frente le aparece un ligero ceño fruncido.

—No quieres sentarte aquí.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero que te sientes aquí.

—Ah. —La vergüenza me cosquillea la garganta—. Lo siento. Debería habértelo preguntado.

Ahora soy yo la que no está a gusto. Con las mejillas sonrojadas, cojo la bandeja y paseo la mirada por la sala hasta que advierto que Saint me está observando desde una mesa cercana con Henley y dos jóvenes que no reconozco. Cuando me invita con un gesto de cabeza, el alivio me recorre el cuerpo. Me uno a su grupo y me dejo caer, encantada, en una silla.

—¿Estabas tratando de sentarte con Hawkins? —Henley me observa, divertido.

—Sí. —Suspiro—. Básicamente me ha dicho que me vaya a la mierda.

Las dos chicas se echan a reír.

—Confía en mí —dice la morena—, es mejor que te alejes de él. Es un psicópata.

Se presentan como Vikka y Darlie, y proceden a hablarme de la vida en la Daga. A pesar de su amabilidad, me siento fuera de lugar, una sensación que siempre me empuja a estar alerta, más distante. Demasiado nerviosa para participar en la conversación, como en

silencio y rápidamente, antes de despedirme de ellos y apresurarme a salir del comedor. A veces desearía que el tío Jim me hubiera animado a socializar con seres humanos, en lugar de con los caballos y el rebaño. Pero ese hombre era tan antisocial como yo.

Tras salir del comedor, contacto con Kallister de manera telepática.

Me gustaría ver a Xavier. Gray dijo que hablara contigo.

Se produce una breve pausa.

Muy bien. Se lo comentaré a la guardia.

Genial. Gracias. Esperaba mucha más resistencia.

Quizá cuando hables con él puedas convencer a tu amigo de que se muestre más cooperativo. De que nos dé… una prueba de fe, si quieres llamarlo así.

Haré lo que pueda.

Ignorando la punzada de culpa por estar traicionando la confianza de Kallister, paso por mi apartamento para coger el inhibidor de señal que Gray tuvo la amabilidad de dejarme robar. Luego, voy hasta la planta de Operaciones en ascensor.

Al entrar en la sala de espera, me encuentro detrás del mostrador a Neema, la mejor amiga de Evlynne.

Reprimo un suspiro.

—¡Hola! He venido a ver al teniente Ford. Kallister me ha dado autorización.

Me dedica una sonrisa altiva.

—No hay tenientes en esta base.

—Sabes a qué me refiero, Neema —digo, luchando contra mi impaciencia—. ¿Puedo verlo, por favor?

Nos miramos la una a la otra durante un momento. Tensa la mandíbula. Mis reservas de paciencia comienzan a menguar. Entonces, sin mediar palabra, pasa la mano por la pantalla holográfica del escritorio y la puerta a sus espaldas se abre.

—Gracias —musito.

Cuando llego a su celda, encuentro a Xavier tumbado en la cama, contemplando el techo. Gruñe en cuanto me ve.

—He cambiado de opinión, Darlington. Necesito que me consigas una tableta o algo. Esto es un coñazo.

Me acerco a los barrotes.

—Veré qué puedo hacer. —Mientras poso la mirada en el escáner, me apresuro a contactar con Kallister de nuevo. *¿Puedo entrar en la celda con él?*

Supongo que ha contactado con Neema porque, un momento después, la cerradura emite un zumbido.

Ten cuidado, me advierte Kallister.

No me va a hacer nada.

Entro en la celda y la puerta se cierra a mis espaldas.

—Apártate —le digo a Xavier.

—¿No tienes nada mejor que hacer? —pregunta mientras se incorpora. Se pasa una mano por el pelo oscuro antes de rascarse la nuca.

—En realidad, no. Se me da fatal hacer amigos.

Se echa a reír.

—¿Por qué no me sorprende?

Me meto una mano en el bolsillo trasero y activo el inhibidor. Solo bloqueo la señal de audio. Con suerte, Neema se conformará con vernos en la pantalla holográfica y no intentará acceder al canal de sonido.

Me dejo caer junto a Xavier en el catre, apoyo la cabeza en la fría pared de piedra y acerco las rodillas al pecho. El chico me imita, levantando también las piernas. Un segundo después, me sorprendo posando la cabeza en su hombro. No pasa desapercibido.

—¿Te estás apoyando en mí? —pregunta.

—Sí, y no me gusta, así que cállate la boca.

—Vaya, sí que debes estar pasándolo mal ahí fuera.

—No tanto. La mayoría de la gente es maja.

Al enderezarme, Xavier de repente me coge de la barbilla y me acerca la cara a la suya. Durante un momento indignante, creo que me va a besar, pero solo me acerca los labios a la oreja y me susurra:

—¿Has hablado con él?

Le aparto la mano y me echo hacia atrás con una sonrisa.

—Sí, y no necesitas ponerte tan sexi susurrándome al oído. Estoy inhibiendo el audio de la celda.

Parece impresionado.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Tengo mis trucos. Necesitas dejar de dudar sobre mis habilidades de encubrimiento. —Frunzo el ceño—. He oído que no estás cooperando.

—¿Con esos capullos infectos? ¿Por qué iba a hacerlo?

Estiro el brazo y le doy una bofetada en la mejilla. No con demasiada fuerza, pero sí la suficiente para que se la tome en serio.

—Oye —protesta—. ¿A qué ha venido eso?

—Me has llamado infecta.

—A ti no, a tus amigos.

—Tengo las mismas habilidades que ellos. Por eso, si no crees que yo soy defectuosa, necesitas dejar de llamarlos así.

—Lo tendré en cuenta —dice, tan burlón como siempre.

—¿Te interrogan aquí o te llevan a algún sitio?

—Me llevan a la sala de mando. —Xavier esboza una mueca—. Suele ser esa zorra pelirroja la que me interroga.

—Adrienne —digo con una risita.

—Sí, esa. Otras veces es el hermano de Julian Ash o ese otro gilipollas que se sienta enfurruñado y que no deja de quejase por estar perdiendo el tiempo y que vota por ejecutarme.

—Ese debe de ser Teriq. —Dudo—. Oye, no te va a gustar, pero… creo que es hora de que empieces a hablar, de que intentes llegar a algún tipo de acuerdo.

Se queda boquiabierto.

—¡Los cojones!

—¿Qué esperas de esta situación, Ford? ¿Que Cross te saque de aquí? Porque no lo hará. No puede. —Una descarga de rabia me vuelve a invadir—. Se ha pasado una semana encadenado en una celda y no ha creído necesario contármelo hasta hoy.

Xavier suelta un bufido entre dientes.

—¿Te sorprende?

—Sí —replico—. Lleva omitiendo la verdad durante días, actuando como si estuviera en la base en lugar de en una prisión militar.

—En teoría, la prisión militar está en la base.

—No lo defiendas.

Se echa a reír.

—¿Qué esperabas, Darlington? Es Cross Redden, una fortaleza impenetrable. Prefiere guardárselo todo dentro, aunque eso signifique apartar a las personas que le importan. Siempre ha sido así. Debes aceptarlo.

Cross Redden quizá sea una fortaleza impenetrable, pero sé de su existencia desde mucho antes de que nos viéramos en persona. Lo conocí como Lobo, alguien que era capaz de mostrarse vulnerable conmigo. Me hablaba de sus pesadillas. De sus esperanzas. De sus peores miedos. A veces siento que Cross se ha olvidado de que he sido testigo de esas partes de su ser.

—Dijo que solo han estado «discutiendo» con él. —Vuelvo a apoyarme en Xavier y suelto un suave gruñido contra su hombro—. Espero que no lo haya suavizado y que esté bien.

—Si por algo conozco a ese capullo es por suavizar las situaciones —dice el mejor amigo de Cross, revolviéndome el pelo—. Un verano, cuando éramos críos…, debíamos de tener doce o trece años, fuimos de excursión al distrito E, a las afueras de Santuario. Bueno, antes de irnos, saqueamos el mueble bar del general y le robamos un poco de *grange*…

—No, de ninguna manera vas a convencerme de que el general Redden bebía *grange*.

Ese alcohol se encuentra casi de forma exclusiva en los distritos menos prósperos. Es lo que beben los mineros en D, los trabajadores de las fábricas en B o los albañiles en K. Solo lo he probado una vez porque el tío Jim no podía soportarlo y recuerdo que sabía a una fusión de caramelo quemado y pino amargo, lo que supongo que tiene sentido, dado que era el derivado sintético de una mezcla de whisky y ginebra, una combinación horrible de dos licores mucho más exquisitos. Un hombre con la posición del general Redden, sin embargo, podría permitirse algo mucho mejor.

—Lo digo en serio. El general siempre tenía una botella en casa —insiste Xavier—. La cuestión es que fuimos al bosque, nos pusimos hasta el culo de alcohol y, de repente, decidimos escalar lo que básicamente era una pared vertical. En plena noche cerrada.

—¿Por qué?

—Porque éramos así de tontos. —Se echa a reír, divertido por el recuerdo—. Cross iba a medio camino cuando no logró apoyar bien el pie y se resbaló. El imbécil cayó desde cuatro metros y medio de altura y aterrizó sobre el brazo izquierdo. Según él, estaba bien. Insistió: «Intentémoslo de nuevo», y escalamos la pared hasta llegar a la cima. Solo cuando volvimos a Santuario, dijo: «Ah, por cierto, creo que deberíamos pasarnos por el hospital».

Suspiro.

—¿Fue muy grave?

—Se había roto el brazo por cuatro partes. Subió la pared con el brazo roto y siguió de senderismo durante dos horas sin soltar ni un gemido de dolor. Se tuvo que pasar más de una hora en la cámara de regeneración cuando lo normal es que se tarde como máximo diez minutos en arreglar una fractura.

—No me puedo creer que no dijera nada.

—Yo sí. Así es Cross. No quiere que nadie lo considere débil. Nunca pedirá ayuda y por nada en el mundo dejará que alguien se preocupe por él.

Se me constriñe el corazón. Lo entiendo más de lo que Xavier imagina. No quiero que nadie se preocupe por mí tampoco.

Antes de responder, siento la presión de Kallister en mi mente.

Se acabó el tiempo, dice, y la puerta de la celda vuelve a vibrar. *Te estoy esperando en el pasillo. Necesito enseñarte una cosa.*

—Tengo que irme. —Al ponerme en pie, me meto la mano en el bolsillo y desactivo el inhibidor—. Vendré mañana a verte si me dejan.

Xavier esboza una mueca.

—Consígueme una tableta si puedes. Llénala de libros.

—¿Desde cuándo sabes leer?

—Que te follen.

Regreso a la sala de espera, donde me recibe una nueva mirada fulminante de Neema. No me molesto en despedirme.

En el pasillo me encuentro a Kallister, que está escribiendo algo en su intercomunicador. Levanta la cabeza al oír mis pasos.

—¿Qué tal está nuestro prisionero? —pregunta con sequedad.

—Aburrido. Me ha pedido algo para leer.

—Esos capullos arrogantes del Comando no cambiarán nunca. Vamos, ven conmigo.

Se apresura a alejarse y adopto su ritmo, muerta de curiosidad por saber adónde vamos. Cuando llegamos a la cámara de descompresión y entiendo que vamos a salir de la base, la desconfianza me asciende por la garganta.

Fuera de la Daga, el sol hace tiempo que se ha puesto, pero la luna se alza sobre nuestras cabezas, iluminando el camino. La topografía de esta base en la montaña es de otro mundo. Sigo a Kallister por una escalera tallada en la piedra que serpentea hasta la parte superior.

—¿Adónde vamos?

No contesta, lo que aumenta mi inquietud. Algo no va bien. Me siendo desnuda sin un arma.

—Por aquí —dice a medida que el camino se vuelve más escarpado.

Lo sigo sin mediar palabra. Anda igual que el tío Jim. Con zancadas seguras y un toque de impaciencia en la posición de los hombros. Cada vez que Jim se movía, lo hacía con brusquedad y decisión, aunque se estuviera levantando del sillón para servirse una copa de whisky de la alacena de la cocina. Se desplazaba con firmeza. Kallister hace lo mismo.

El camino termina en un risco que ofrece una vista de las copas oscuras de los árboles y los picos irregulares en la distancia. Kallister se dirige hacia una cavidad en penumbra dentro de la roca.

—Es aquí.

Dudo, pero mi curiosidad innata me empuja hacia delante hasta que estoy dentro de la pequeña cueva, contemplando algo que parece haber salido de una de esas viejas novelas de ciencia ficción de la biblioteca digital. Recortado en la oscuridad total hay un agujero irregular en la pared de la roca, un hueco que brilla y emite una suave luz blanca. Aunque mide casi dos metros de alto, apenas llega al medio metro de ancho. La abertura no parece lo bastante grande para que pueda entrar alguien, por lo que me sobresalto cuando, de repente, Kallister contorsiona el cuerpo y camina de lado

por el agujero iridiscente. Portales. Así es como se llama en los libros.

—Vamos —dice sin mirarme—. Quiero enseñarte una cosa.

Vale, suena prometedor. No se ha desvanecido en una nube de sangre y moléculas, así que supongo que no es un portal sobrenatural a otra dimensión. Aun así, la aprensión me cierra la garganta al acercarme a la abertura. Paso los dedos por la luz resplandeciente y me preparo. Cuando no ocurre nada, me echo a reír, sintiéndome tonta.

La cruzo de lado y suelto un jadeo cuando me veo en la entrada de otra cueva. Pequeña y circular, con las paredes cubiertas de daguita blanca y una fuente natural burbujeante en el centro. El agua se derrama por una grieta de la roca y forma un estanque cristalino poco profundo lleno de remolinos y suaves ondas. Es como un santuario mágico que evoca una sensación de serenidad.

Kallister se acerca a un banco de piedra erosionada al borde de la fuente y se deja caer en él antes de hacerme un gesto para que me acerque. Las radiantes paredes blancas me guían y, al sentarme, me maravilla la belleza que nos rodea.

—¿Toda la montaña está llena de cuevas de daguita? —pregunto.

—Increíble, ¿verdad? La naturaleza nunca deja de sorprenderme. Ninguna de estas cosas existía antes de la Última Guerra, antes de las bombas, la radiación y las toxinas que se desprendieron por el aire. Intentamos matarla, pero no nos lo permitió.

—¿Matarla? ¿A quién te refieres?

—En los libros antiguos la llaman «madre naturaleza». —Sonríe—. Creo que le pega. Mira lo que ha gestado. —Hace un gesto hacia la extraña piedra preciosa que no existía hasta hace un siglo—. Daguita. Osos con cuernos. Una niebla negra que surge de las montañas. Es como si intentara decirnos algo.

—¿Qué?

—Que si tratamos de destruir sus creaciones con bombas y toxinas, creará cosas aún más bonitas y misteriosas.

Esta cueva es bonita y misteriosa, es cierto.

—¿Me has traído aquí para practicar? —pregunto al recordar que dijo que la daguita potencia los poderes.

—No, aquí no podemos practicar. La daguita blanca inhibe las habilidades.

Titubeo.

—Pero dijiste…

—La daguita azul las refuerza, las potencia. La blanca impide que funcionen.

Movida por la curiosidad de probar esa teoría, intento vincularme con él. Una fina línea me mancilla los labios.

—No puedo abrir una vía.

Se echa a reír.

—Te lo he dicho. Alguna de las propiedades de la daguita blanca debe de bloquear el flujo de energía.

—Entonces, ¿por qué me has traído aquí? —Me levanto del banco y la ansiedad vuelve a invadirme al verme esposada telepáticamente—. ¿Me vas a matar?

Kallister responde con una carcajada profunda y potente.

—Claro que no. Solo quería que habláramos en privado. —Su humor se desvanece e inclina la cabeza para estudiarme—. Es sorprendente —dice.

A pesar de que ha asegurado que no quiere asesinarme, noto el corazón en la garganta. Después de que Roe disparara a Betima en la cabeza ante mí, juré que nunca me pillarían con la guardia baja, pero ahora mismo temo haber caído en una trampa. Mi mente no deja de buscar una salida mientras arrastro los pies, centímetro a centímetro, lejos de la fuente.

—¿Qué es sorprendente? —Sigo retrocediendo.

—El parecido con tu madre. Tienes sus ojos.

La conmoción me paraliza. Pero no tardo en recuperarme y me aclaro la garganta antes de mostrarme indiferente.

—Nunca conocí a mi madre.

—Yo sí conocía a Marina. La conocía muy bien.

Se me debilita el cuerpo. Sabe cómo se llamaba. Joder, ¡lo sabe!

Sin apartar los ojos de mí, prosigue:

—Julian intentó que me tragara una historia sobre que te había encontrado huérfana en una cuneta, pero mi hermano debería haberme conocido mejor. Entendí la verdad en cuanto subieron una

fotografía tuya a la base de datos de la Compañía. Sé quién eres, Wren. —Arquea una ceja—. ¿O prefieres que te llame Stella?

CAPÍTULO 12



No tengo recuerdos de mis padres, por lo que, cuando era pequeña, solía inventármelos. Fantaseaba sobre quiénes eran, creando escenas cálidas y borrosas que nunca ocurrieron. Mi recuerdo falso favorito era que mi padre me ayudaba con los deberes en la mesa de la cocina. Tenía mucha paciencia conmigo, aunque no pudiera concentrarme y mantuviera los ojos fijos en la ventana, nostálgica. Sonreía y decía que, si terminaba los deberes de matemáticas, me ayudaría a columpiarme antes de cenar.

En mi recuerdo falso, vivíamos en el rancho de Z, donde había un neumático que hacía las veces de columpio, colgado de un antiguo roble. Ahí es donde nos encontraba mi madre más tarde, cuando se acercaba a nosotros y abrazaba a mi padre desde atrás antes de esconder la cara en su cuello. El sol se estaba poniendo y bañaba el rancho de un brillo dorado, y yo disfrutaba de la manera en la que se miraban el uno al otro, de las leves sonrisas que intercambiaban, de la adoración en el rostro de mi padre. Su amor me envolvía como una manta reconfortante y, en ese momento perfecto, todo parecía ir bien.

Sin embargo, nada de eso es real. Nunca sucedió.

Mi padre nunca me ayudó con los deberes porque estaba muerto. Mi madre nunca vino a buscarnos al columpio porque estaba demasiado ocupada participando en un bombardeo que mató a cientos de Modos. No tengo ningún recuerdo de ellos, solo secretos.

Secretos que, al parecer, Kallister conoce.

—No pasa nada —dice con voz suave, reconfortante, cuando advierte mi expresión aterrada.

—¿No? —le contradigo, retrocediendo otro paso más. Joder, ojalá tuviera un fusil.

—Nadie más en la Daga conocía a tu madre, así que no verán el parecido; pero yo nunca me olvidaré de esos ojos.

Mis ojos. Claro. Un puto rasgo que siempre ha sido como un tiro en el pie. De un meloso y profundo color marrón, con motas doradas alrededor de las pupilas. A veces, con cierta luz, se ven amarillos.

—No lo entiendo. ¿Has sabido quién era en todo momento, desde el segundo en el que puse un pie en esta base?

—Sí.

—Entonces, ¿estabas jugando conmigo? —La amargura me acaricia la garganta—. ¿Fingiendo que confiabas en mí?

—No, estaba esperando a que llegara el momento adecuado para hablarlo.

Se remueve en el banco, inclinando el cuerpo para poder mirarme desde una perspectiva mejor. Sé que no está pasando por alto la manera en la que me estoy escabullendo. No estoy retrocediendo de una forma especialmente sutil.

—Primero quería hacerme una idea de ti, saber cómo eras sin meter a tus padres en el ajo. Me preocupaba que te mantuvieras alerta si te enterabas de que yo conocía tu pasado, que te cerraras ante mí antes de darme la oportunidad de conocerte.

Tiene razón. Eso es justo lo que habría sucedido.

—Pero lo sabías. Has sabido todos estos años que Jim estaba criando a la hija de Marina.

—Lo sospeché cuando volvió después de desertar del Comando, cuando apareció de repente con una niña, una que tenía la misma edad que la hija que Marina perdió de forma trágica en un incendio.

Frunzo el ceño.

—¿Hubo un incendio?

Ignora la pregunta.

—Mis sospechas se confirmaron cuando vi la foto.

—Si sabías que Jim estaba cuidando a la hija de una traidora, ¿por qué no dijiste nada?

—Porque era mi hermano, sangre de mi sangre. Y era evidente lo mucho que significabas para él, a juzgar por lo lejos que llegaba

para protegerte. —Kallister hace una pausa—. Amaba a tu madre, ¿lo sabías?

La sinceridad de ese comentario trae consigo una serie de preguntas que se me agolpan en la lengua. Pero solo una se escapa antes de que pueda detenerla.

—¿Jim era mi padre?

—No —responde Kallister—. Jake Hess era tu padre, te lo puedo asegurar.

—¿Cómo?

—Comparé tu muestra de ADN de la Compañía con la de Julian. No coincidían.

Me quedo boquiabierta.

—¿Hiciste una prueba de paternidad sin decírselo?

—Necesitaba estar seguro. —No parece arrepentido.

—¿Le has dicho a alguien quién soy?

—Si lo hubiera hecho, no te habrían permitido quedarte en la Daga.

—Porque mis padres os traicionaron.

Curva los labios ligeramente y noto su desdén.

—Sí.

A medida que crece mi ansiedad, comienzo a caminar de un lado a otro por el pequeño espacio hasta que entiendo que no hay sitio suficiente para hacer algo así. Por eso, me apoyo en la pared y me dejo caer hasta que aterrizo con el culo, hecha un ovillo, sobre el suelo de gravilla. Me acerco las rodillas al pecho y las rodeo con los brazos.

—Lo he descubierto hace poco —digo, inclinando la cabeza—. Jim nunca me dijo quiénes eran.

—¿No los recuerdas?

—No mucho. Mi padre murió cuando tenía cuatro años y mi madre me entregó a Jim con cinco. La mayoría de mis recuerdos son imágenes borrosas. —El dolor me atraviesa el pecho—. Ni siquiera sé cómo eran físicamente. No hay fotos de ninguno de ellos en la base de datos pública de la Compañía ni en Nexo.

—Los servicios de inteligencia los habrán censurado por razones de seguridad.

—Jim me contó que mi madre me mandó lejos porque la incité. Se dio cuenta de lo peligroso que era que siguiera en la ciudad, así que le pidió que me protegiera.

Kallister suelta un bufido antes de desviar la mirada.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada. No quiero interrumpirte.

—No, por favor, dilo.

Hace una larga pausa. Luego por fin dice:

—No creo que tu madre protegiera nunca a nadie que no fuera a ella misma.

Sus duras palabras se me clavan en el corazón. De alguna manera, logro mantener una expresión valiente, pero Kallister acaba de dar voz al miedo contra el que llevo luchando desde que leí la carta del tío Jim: el hecho de que las acciones de mi madre no tuvieran que ver con mi seguridad, sino con algún motivo perverso y desconocido para mí.

Ahora me lo estoy cuestionando todo. Cada puto detalle. Y lo odio. Siento que mi propia mente me ha tendido una trampa y he sido tan tonta como para caer en ella. Me permití elaborar una historia heroica sobre mis padres, basada en los pocos datos que me procuró el tío Jim a lo largo de los años.

Dijo que mi madre tenía valor, por lo que mi mente le dio el papel de una valiente guerrera. Dijo que mis padres se querían mucho y me imaginé a una pareja cuyo extraordinario amor les ayudó a luchar uno junto al otro contra la opresión.

Oír a Kallister llamarla egoísta es como si me hubieran quitado una alfombra bajo los pies. En mi cabeza, mi madre era altruista, intrépida, astuta. Poseía una fuerza inquebrantable y ninguna debilidad. Era perfecta.

Supongo que es lo que ocurre cuando colocas a alguien en un pedestal, donde no hace nada malo. Cuando no le dejas tener defectos, contradicciones y profundas inseguridades. Ahora que estoy descubriendo todos estos detalles nuevos, la imagen perfecta que creé se está desvaneciendo con cada segundo que pasa. Estaba destinada a ser un fracaso en cuanto la idealicé.

—Me contó la verdad en una carta —digo, destrozada, frotándome el puente de la nariz—. Una de esas cartas que se leen cuando ha muerto quien las ha escrito. Ahí es donde me reveló sus verdaderos nombres. Y el mío. Dijo que fueron responsables del bombardeo de la cordillera Valterra.

—Sí, así es.

—Pero ¿por qué? Mi madre era una Modo.

—Marina era… una mujer complicada. Pero ahora quizá no sea el momento de entrar en detalles.

Me muerdo el interior de la mejilla con fuerza.

—¿Le vas a contar a los demás quién soy?

—No.

Me clavo los dientes aún más.

—¿Porque me odiarán si descubren la verdad?

—A la mayoría de las personas en la Daga no le afectó a nivel personal lo que ocurrió en Valterra, pero algunos en el valle lo recuerdan. Lo sufrieron. Me gustaría pensar que son lo bastante avispados como para no culpar a una niña de los pecados de sus padres, pero fue un día lúgubre en nuestra historia y… sí, me preocupa que algunos la tomen contigo —farfulla.

Sin duda fue un día lúgubre en nuestra historia. Por lo que recuerdo, más de mil cuatrocientas personas murieron en ese ataque, entre ellas cientos de niños. Me pone enferma pensar que mis padres fueron los responsables.

Siento que toda mi identidad está patas arriba. Me moría de ganas de unirme a la Revolución para poder seguir sus pasos, pero resulta que todo eso no eran más que fantasías infantiles.

—¿Por qué? —pregunto, obligando a las palabras a cruzar el nudo en la garganta—. ¿Por qué traicionaron a los suyos?

—Había muchos Modos en contra del régimen del presidente Severn. Tu madre era una de ellas.

—¿Y se puso del lado del general? —El asco me asciende por la garganta—. ¿Le ayudó con el golpe de Estado, con la Purga de los Sangre Plateada?

—Imagino que, en su mente, Merrick Redden era un mal menor.

Aprieto los dientes para tratar de controlar la ira.

—Yo nunca habría hecho algo así.

Kallister se pone en pie, se quita el polvo de las perneras del pantalón y se deja caer a mi lado antes de extender las piernas. Resulta extraño porque no parece de la clase de personas que se sientan en el suelo. El tío Jim sí encaja en mi cabeza como alguien a quien no le importa ensuciarse, pues lo recuerdo encargándose de tareas difíciles en el rancho, retirando el estiércol de los establos; pero Kallister me parece demasiado escrupuloso como para ensuciarse.

—¿Te habrías puesto a favor de Severn? —pregunta.

No contesto enseguida mientras se me retuerce el estómago. Según se cuenta, el presidente Severn causó mucho dolor. Incitaba sin remordimiento y trataba a los Primarios como seres inferiores, despreciando su sangre.

Aun así, no hay un capítulo en nuestra historia que se llame la Purga de los Primarios. El general Redden mató a decenas de miles de Modos en esa purga. Severn, a pesar de todos sus defectos, nunca llegó tan lejos.

—Sí —digo al final—. Quizá no fuera el mejor líder de todos, tal vez sus principios morales no fueran maravillosos, pero seguía siendo un Modo. No habría traicionado a los nuestros.

—Me alegra oír eso. Porque volvemos a estar en guerra y necesito saber que, a diferencia de tus padres, vas a luchar en el bando correcto.

—No soy como ellos —replico con los dientes apretados—. Nunca traicionaría a las personas que cuentan conmigo.

Kallister me da un golpecito en la rodilla antes de presionármela rápidamente de forma reconfortante.

—Sé que no. Mi hermano también lo sabía. No se la habría jugado para protegerte ni te habría mantenido a salvo todos estos años si pensara que no eras leal a la causa.

—Y, en concreto, ¿cuál es la causa?

—Crear un mundo en el que vivamos con libertad —contesta.

—¿A expensas de los Primarios?

—Solo si deciden ser prescindibles. No tienen por qué serlo. —Se encoge de hombros—. Hay una forma de que vivamos todos juntos,

pero no podemos dejarlos al mando. Cada vez que ocupan el poder, nos convertimos en ciudadanos de segunda, y no vamos a seguir viviendo así.

—Cuando el presidente Severn estaba al mando, ellos eran los ciudadanos de segunda.

—Severn no tenía a la Autoridad ni un consejo que votara sobre los temas importantes. Se encargaba de tomar él solo todas las decisiones, lo apoyaran los demás o no. Así no es como funcionamos. Nos importan vuestras opiniones y queremos satisfacer a la mayoría. Lo único que necesitamos a cambio es confianza y lealtad.

—No necesitas cuestionarte mi lealtad.

—No lo hago. —Kallister se pone en pie de un salto y me tiende la mano—. Si Julian confiaba en ti, yo también lo haré.

CAPÍTULO 13



El tiempo avanza. Me paso casi todo el día en el campo de tiro o en mi habitación, a pesar de que Gray me anima a que socialice con sus amigos. Mientras tanto, él se pasa la mitad del tiempo fuera. Resulta que Grayson Blake es un adicto al trabajo. Está constantemente en los hangares, formando a nuevos pilotos, volando aviones de transporte e incluso trabajando como mecánico cuando hace falta. En la cena de anoche estaba leyendo un manual de vuelo en la tableta e ignorando a todo el mundo, lo que molestó a Karra porque era una de las olvidadas. Los oí discutir después. Sin duda, la chica de Gray tiene mal genio.

Cross tampoco contacta demasiado conmigo. Supongo que ahora que no está encadenado en una celda, no tiene tanto tiempo libre, pero me gustaría que habláramos más a menudo y me contara lo que está pasando en los distritos, lo que está planeando su hermano.

Si mi intuición está en lo cierto, la Revolución tiene sus propios planes. Quizá mantenga un perfil bajo, pero estoy convencida de que algo mantiene nerviosa a toda la Daga o, al menos, a la Autoridad. Gray desaparece en la sala de guerra cada mañana y cada vez que le pregunto de qué hablan, no da muchos detalles.

Una tarde me dirijo al campo de tiro que hay en el exterior para probar el fusil de la era antigua del que Zak no para de hablar. Me sorprende el peso de la funda del fusil cuando lo saco de la armería, lo que no es de mucha ayuda en el complicado camino de bajada de diez minutos por la montaña.

Cuando llego al campo de tiro, encuentro a otros practicantes que ya se están instalando, incluidos Mako, Evlynne y un hombre mayor llamado Orin, cuya puntería no dejan de alabar.

El campo de tiro es una zona llana al aire libre, una amplia explanada cubierta de césped con planchas de metal para colocar los objetivos a distintas distancias y múltiples líneas de tiro. Al otro lado, Evlynne está trabajando con Wells, el adolescente al que he estado ayudando en el campo de tiro interior. Está tumbado sobre el estómago, con el ojo fijo en la mira, mientras ella lo instruye. Evlynne pasea la mirada hasta mí, pero no me ofrece un «hola» ni ningún otro saludo. Ni siquiera una sonrisa o un movimiento de cabeza.

Pues vale. No he venido al campo de tiro para ganarme a Evlynne. Estoy aquí por los fusiles. Por este fusil en concreto, el TAC-50, una reliquia de la era pasada. Según Zak, este fusil de cerrojo para francotiradores se usaba en casi todos los ejércitos del mundo y pone la mano en el fuego por su precisión y su largo alcance. Pero necesito verlo con mis propios ojos para creerlo.

Encuentro una línea de tiro vacía y me sitúo en ella a medida que noto la ligera brisa que cruza el aire, impregnada del olor a pólvora. Tras sacar el fusil de la funda, admiro su resistente cañón. Zak dijo que estaba diseñado para aguantar el retroceso de un calibre.50.

Cuando lo cojo, me vuelve a sorprender su peso. Esta cosa debe de pesar fácilmente unos siete kilos.

De reojo, veo que Mako se acerca a mí.

—Más pesado de lo que creías, ¿eh? —comenta, sofocando una risita.

—Vaya que sí, no me lo esperaba.

—El peso ayuda a estabilizarlo cuando disparas y controla el retroceso. Déjame adivinar: Zak te ha dicho que debes probarlo.

—Sí, está obsesionado.

Mako se deja caer en la hierba a unos metros de distancia para observar cómo monto el TAC-50. Es un chico muy grande, con una estatura inmensa a la altura de su personalidad. Cada vez que lo veo, se está riendo por algo o esbozando una sonrisa llena de dientes.

—¿Estás seguro de que quieres hablar conmigo delante de tu amiga Evlynne? —pregunto, desafiante, arqueando una ceja. Noto la mirada de la chica fija en nosotros.

—Ya se le pasará. Ev y Neema tienen una especie de trauma con los incitadores. Sufrieron una mala experiencia en una ocasión.

—¿De verdad quieres arriesgarte a soportar su ira? Parece que son de las que guardan rencor. No me molestaría si te fueras.

—¿Me vas a incitar?

—No.

—Entonces, ¿por qué iba a irme?

Apoya su peso sobre los codos. Con la camiseta tensa sobre el amplio pecho y los hombros, parece que sus músculos están intentando escapar.

Reprimo una sonrisa antes de colocar el fusil para apuntar a la fila de objetivos más cercana. No sé si estoy preparada para ir a por todas nada más empezar.

—¿Alguna vez has disparado este fusil? —le pregunto a Mako.

—Los he disparado todos. En cuanto a los de la era pasada, el TAC es uno de mis favoritos. Sólido, poderoso. Parece hecho para durar una eternidad.

—Bueno, más o menos así ha sido.

—Pero ¿sabes cuál es el que más me gusta? El M82. Cada vez que lo disparo, siento que el universo se está comunicando conmigo.

Suelto una carcajada.

—Ajá. ¿En serio?

—Sí, sí, Wrenny. El retroceso es brutal, pero merece la pena cada uno de los moratones que me deja en el hombro.

Con mi primer disparo, confirmo que es probable que un efecto secundario de la sesión de hoy vaya a ser un moratón. El retroceso es intenso, hace que me castañeen los dientes y me vibren el hombro y el brazo con los que sujeto el arma.

Mako y yo nos pasamos la siguiente hora disparando y charlando. Estamos saliendo del campo de tiro algo más tarde cuando me anuncia que esta noche hay una fiesta y me pide que vaya.

—Puede —digo sin comprometerme, pero procede a acosarme durante todo el camino de vuelta a la Daga hasta que por fin accedo

a ir.

Unas horas después de la cena, Gray llama a mi puerta para llevarme a la fiesta.

Salgo al pasillo en el que está mi apartamento y me lo encuentro tan guapo como siempre, con aspecto relajado gracias a los vaqueros desvaídos que le envuelven las largas piernas, las botas marrones de senderismo y una camisa de un profundo verde que le resalta los ojos.

Cuando cierro la puerta, el enorme cuello de mi jersey fino negro me cae por un hombro y revela la tira del sujetador, lo que capta la atención de Gray. Me recorre con la mirada antes de chasquear la lengua.

—Es un desperdicio que estés con el capitán, vaquera.

—No creo que a tu novia le haga gracia que me piropees así.

—No estoy ligando contigo. Solo digo la verdad. Estás muy buena. Demasiado para un capullo sin corazón como Redden; ese tío no sabe pasárselo bien.

—Confía en mí, sí que sabe. —Reprimo una carcajada—. Aunque quizá no tanto como tú.

—Nadie sabe divertirse tanto como yo. —Me pasa un brazo por los hombros—. Vamos, ¡a beber!

No hemos avanzado ni metro y medio por el pasillo cuando se detiene porque se le ha olvidado algo. Vuelve a su apartamento y regresa un momento después con un fusil. Arqueo las cejas.

—¿Por qué necesitamos un fusil en una fiesta?

—Hay muchos coyotes blancos en estas colinas —me explica—. Y aulladores. Es mejor prevenir que curar.

—Sabes que tengo mucha mejor puntería que tú, ¿no?

—Bien visto. —Se desliza la correa de la funda por el brazo y me tiende el arma.

—¿Me estás dando un fusil? —No puedo evitar esbozar una sonrisa radiante. Aparte de las del campo de tiro, que devuelvo antes de cerrar el almacén cuando termino de usarlas, esta es la

primera vez que tengo entre las manos un arma desde que llegué a la Daga—. ¿Aunque nadie confíe en mí?

—Eh, no digas gilipolleces. Les encantas a todos. Mako habla tanto de ti que parece un disco rayado y Lu se muere por ser tu amiga. Lo sabrías si no fueras tan antisocial. Pero, bueno, ¿qué más da lo que piensen los demás? —Gray me guiña un ojo—. Soy el único que importa y yo sí confío en ti.

«Confío en ti». Esas tres sencillas palabras me emocionan más de lo que él se imagina. Nadie excepto Kallister sabe quiénes eran mis padres, pero sigo sintiendo que camino a la sombra de sus acciones, intentando expiar pecados que nunca he cometido.

Saber que cuento con la confianza de Gray atenúa la vergüenza y el miedo que me invaden el pecho, desprendiéndome de su peso.

Salimos de la base por la cámara de descompresión y nos encaminamos por la senda que usó Kallister cuando me enseñó la cueva de daguita blanca en la pared escarpada. El recuerdo me produce una punzada de ansiedad. Odio confiar en personas que no conozco y, si no fuera el gemelo del tío Jim, me daría mucho más miedo que Kallister sepa mi secreto.

Antes, cuando le he contado a Cross la emboscada de Kallister en la cueva, me ha dejado claro lo mucho que confía en él. Es decir, ni un poquito. Cross me ha advertido que me mantenga alerta y guarde las distancias. Sin embargo, solo me queda esperar que Kallister cumpla su promesa de silencio. De repente, me cosquillea la nuca. Hablando de Cross.

Dado que odio ignorarlo, acepto a toda prisa el vínculo, solo para decirle:

Oye, no puedo hablar.

¿Por qué no?, pregunta con desconfianza.

Estoy con Kaine. Vamos…

No hagas que mate a ese cabrón, palomita.

Me muerdo el labio para reprimir una carcajada.

Para. Es mi amigo.

Sí, bueno, va a ser un amigo muerto si intenta algo contigo.

¿Podemos vincularnos más tarde?, le pregunto. *¿O es importante?*

Se produce una pausa.

Puede esperar.

¿Seguro?

Sí. Hablamos después. Te quiero.

Yo también te quiero.

Termino la conversación, pero una parte de mí se pregunta si debería haberle pedido a Gray que siguiera adelante mientras yo buscaba un lugar privado para hablar con Cross. No obstante, ¿cómo iba a explicarlo? Gray no sabe que Cross es un Modo y no es algo que esté dispuesta a compartir.

El camino se vuelve cada vez más estrecho a medida que el sendero asciende, serpenteante, por la montaña y me quedo sin respiración cuando advierto la panorámica más allá de la cordillera. La luna se cierne, perfecta, entre los dos picos, y su luz pálida y etérea se derrama por el terreno irregular. Es precioso.

—¿Ahí es donde está el valle? —pregunto, tratando de adoptar una perspectiva mejor. No logro ver nada en la oscuridad.

—No, el valle está al este, rodeado de montañas por tres lados. No puedes verlo a menos que lo sobrevueles.

—Parece una gran ubicación para un escondite.

—Lo es.

De repente, sobre nosotros capto el sonido de unas voces que nos llegan desde el final del camino.

—Ya casi estamos —dice Gray, haciendo un gesto con la cabeza.

Advierto luces que titilan entre los árboles como luciérnagas, desprendiendo un brillo anaranjado sobre el oscuro bosque. Oigo también música electrónica y una oleada de risas que flota hasta nosotros, acompañada del olor acre de una hoguera.

Mientras Gray se relaja a medida que nos acercamos al claro, la presión crece en mi interior. Sus hombros abandonan su rigidez. Los míos se tensan. Una llamarada de calor del fuego me alcanza cuando emergemos del sendero. Alguien lo está avivando con un palo largo y las llamas crecen, crepitando, escupiendo y expulsando chispas de color amarillo anaranjado que ascienden hasta el cielo.

Al notar mi ansiedad, Gray deja de caminar y me dedica una mirada llena de determinación.

—Deja de acobardarte. Eres Wren Darlington. No te importa lo que otros piensan de ti.

Tiene razón. Me suelo mostrar impasible ante los juicios y las críticas, pero… Me muerdo el labio.

—¿Y si ahora me importa?

Extiende el brazo para cogerme de la mano con delicadeza.

—Las únicas opiniones que importan son las de aquellas personas que significan algo para ti, ¿vale?

Mis labios liberan una pequeña sonrisa. Noto cómo me cosquillean los nervios.

—Vale.

—Bien, veamos qué manjares nos esperan en la fiesta de esta noche.

No tardamos en descubrir que los manjares de esta noche son *grange* y estimulantes. No soy fan de ninguno de los dos, sobre todo de los últimos. No critico a los que deciden usar drogas recreativas, pero no son para mí. En su lugar, acepto la pequeña botella marrón que me tiende Gray y le doy un rápido sorbo antes de esbozar una mueca por el sabor, una mezcla entre dulce y amargo.

El claro está lleno de personas, algunas reunidas en grupos y otras bailando a la luz de la hoguera. Advierto que Henley está abrazado a una morena con un vestido corto, tomándose demasiadas libertades mientras cuela las manos por el dobladillo. El resto de la pandilla habitual de Gray está cerca, riéndose de algo. Nos unimos a los demás y Gray tira de Karra para darle un beso en los labios que ella le devuelve con fervor, rodeándolo con los brazos.

Sonrío a los demás y recibo sonrisas recíprocas de parte de Luisa y Mako. Saint asiente, observándome desde el otro lado de una botella de *grange*. Evlynne y Neema me dedican sus habituales miradas fulminantes y siguen con su conversación como si no estuviera allí.

—Mi parte favorita es cuando Luisa respondió: «Ah, hola» —dice Evlynne, poniendo una voz aguda mientras la aludida se sonroja.

Gray rompe el beso en el que lo tenía encerrado Karra y suelta una carcajada.

—¿Estamos hablando del primer vuelo en solitario de Lu?

—Sí —confirma Mako con una sonrisa.

—Fue un accidente —protesta Luisa—. No estaba prestando atención porque estaba demasiado centrada en los mandos. Gray me asustó esa mañana cuando me habló de que el medidor de velocidad se bloqueaba.

Gray me explica el contexto.

—Voló directa al espacio aéreo de Tierra Fe sin darse cuenta. Ni siquiera sabía que la seguían dos aviones de combate enemigos hasta que hablaron con ella por la radio.

Mako se echa a reír.

—Tienes que oír esa grabación, Wrenny. Creo que aún la tienen guardada en la biblioteca de los intercomunicadores.

—Uno de los pilotos Terrarios le ordenó que diera media vuelta o dispararían —continúa Gray—. Y va ella y contesta: «Ah, hola. No os había visto».

—¿Estáis hablando de la aventura de Lu en Tierra Fe? —Henley se une a nosotros, trayendo de la mano a la chica con la que estaba bailando—. Joder, fue épico.

—Pero hacéis intercambios con ellos, ¿no? —pregunto—. Recuerdo que Kallister me contó algo así.

—Tenemos un acuerdo —me explica Gray—. Nos llegan envíos cada pocos meses.

—Entiendo por qué nos interesan sus productos —digo. El tío Jim me dijo que todo el continente de Tierra Fe tiene gran cantidad de recursos—. Pero ¿qué sacan ellos de nosotros?

Gray se encoge de hombros.

—Material médico. Tecnología.

Karra levanta la botella y la mueve por el aire.

—Cajas y cajas de *grange*. Allí no pueden hacerlo.

—A cambio, nos dan licor del valle —dice Henley con una enorme sonrisa.

Lo miro, sorprendida.

—¿Nos dan licor del valle?

—Ah, sí —responde—. Del puro, además. No del sintetizado en un laboratorio.

No soy una gran bebedora, pero siempre acepto si me ofrecen licor del valle. Como el *grange*, es un derivado del whisky, pero esta versión sabe de maravilla y pasa por la garganta como si fuera mantequilla.

Henley me guiña un ojo al verme la cara y me tiende una lata.

—Compruébalo tú misma.

Le doy un largo sorbo. En cuanto el líquido ámbar me roza la lengua, dejo escapar un gemido de satisfacción. Hostia puta, es licor del valle de verdad.

—Está bueno, ¿eh? —insiste.

—Buenísimo —digo, devolviéndole la botella.

De repente, a Mako se le tensan los hombros y su expresión se torna sombría cuando llama a alguien al otro lado del fuego.

—Oye, Raven, ¿estás disfrutando de la fiesta?

La respuesta amortiguada de la mujer con el pelo rosa flota hasta nosotros.

—No me comí tu tarta.

—¿Creéis que alguna vez se cansará de mentir? —le pregunta Mako al grupo.

Para ocultar una sonrisa, le doy un sorbo al *grange* que, después del licor del valle, me sabe terrible, amargo y abrasador. Me arde en la garganta, y no en el buen sentido.

Alguien añade más leña al fuego y las brasas anaranjadas explotan por el aire antes de flotar por la brisa nocturna. Escucho el crepitar del fuego y levanto la mirada al cielo. Las estrellas brillan con fuerza esta noche.

Mientras la compañera de Henley se aleja, el chico se pasa una mano por la media melena rubia y centra los ojos en mí con curiosidad.

—¿Tienes novio, Darlington? —pregunta, arrastrando las palabras.

Me pilla desprevenida, pero decido ser sincera.

—Más o menos.

—¿Dónde está? ¿En Santuario?

Me encojo de hombros, lo que le provoca una tenue sonrisa. Advierto que Gray está pendiente de nuestra conversación y no creo que sea el único. De reojo, veo que a Evlynne le empiezan a brillar

las venas, lo que indica que está usando sus poderes. Las de Neema también se tiñen de plata.

—Venga, venga, chicas —las regaña Henley—. No seáis maleducadas.

Ninguna parece lamentarlo. Es más, Neema me dedica una expresión engreída. Sí, estaban hablando de mí, sin duda.

Desvío la mirada y capto un movimiento cerca del fuego. Fiona está tratando de llevarse a Poppy, pero la adolescente no parece contenta.

—No son ni las diez. —La queja de la niña flota hasta nosotros cuando las dos pasan a nuestro lado—. ¿Por qué tengo que irme yo si eres tú la que está cansada?

—Ya basta —oigo que la regaña Fiona.

Cuando se han alejado lo suficiente como para que no puedan escucharnos, Luisa niega con la cabeza.

—Fiona la sobreprotege. Me volvería loca si mi madre me tratara así.

—Bienvenida a mi vida —digo con sequedad—. Mi tío perdía los papeles cada vez que me alejaba del rancho.

Se echa a reír.

—Mi peor pesadilla.

—No era divertido —concuerdo, y Henley suelta una carcajada.

El ruido del roce de hojas hace eco entre la maleza, desviando mi atención de nuevo. Saint levanta el fusil y, por instinto, yo también. Un trío de jóvenes entra en el claro y me relajo, bajando el arma.

—Ten cuidado —me provoca Evlynne—. Está todo muy oscuro. No vayas a disparar por accidente a uno de los nuestros.

La contemplo, divertida.

—Nunca he disparado por accidente, fuera de día o de noche. Cuando utilizo un arma, lo hago con total seguridad.

Me dedica una risita burlona y le brillan los ojos bajo la luz de la hoguera.

—Ah, ¿sí? Haznos una demostración.

—¿Qué estaría demostrando? Ya me has visto disparar en el campo de tiro.

—Tienes razón, disparar de noche no es para todos —dice, chasqueando la lengua.

Aplaco mi irritación.

—Si estás intentando provocarme…

—¿Quién te está provocando? —interviene con una dulzura exagerada—. Te he pedido una demostración. Te has negado. No hace falta que te avergüences.

De puta madre. Acaba de activar mi mayor defecto. A lo único a lo que nunca he logrado resistirme es a un desafío.

—Muy bien —digo con la misma voz empalagosa—. Me encantaría hacer una demostración, pero ¿y si la convertimos en una competición a la vieja usanza? ¿Qué tal suena eso, Evlynne?

Se le tensan los músculos de la mandíbula. No le ha gustado el tono cortante con el que he dicho su nombre. Bueno, a mí no me gusta que me hable como si fuera una mierda.

—Vaya, parece que esta noche toca disparar —canturrea Karra, y la travesura le baila en los ojos oscuros—. ¡Qué divertido!

CAPÍTULO 14



Una sensación de expectación inunda el aire cuando nos alejamos del fuego hacia una sección desierta del claro, pero la emoción se está convirtiendo en algo más afilado, algo con un ápice de hostilidad. No me cae bien Evlynne y es recíproco, lo que quizá no sea la mejor situación para una competición de tiro. En una fiesta. De noche. Mientras el *grange* nos hace efecto.

—Muy bien —anuncia Mako—, ya estamos lo bastante lejos, chicos y chicas. Elijamos los objetivos. —Se ha nombrado a sí mismo árbitro o supervisor o lo que coño sea mientras cruza los enormes brazos y examina el área en busca de blancos adecuados.

No me da miedo disparar en la oscuridad, pero sí hacerlo en una fiesta. Cualquiera podría salir del bosque ahora mismo, de camino a la hoguera.

—No, los objetivos estáticos son muy aburridos —digo—. Mejor blancos aéreos.

Evlynne titubea un segundo antes de endurecer la expresión.

—Una idea excelente.

Mako frunce los labios, pensativo.

—Bueno, no veo ningún plato por aquí, así que… —Recorre la zona con los ojos—. Supongo que tendremos que conformarnos con unas piedras de toda la vida.

Se agacha y recoge un puñado de rocas suaves y redondas del tamaño del puño de un niño. Ensancha la sonrisa.

—¿En serio? Esas son enormes —dice Evlynne, aburrida—. Será fácil.

—¿Quién empieza? —pregunta Henley con la postura relajada mientras se mete las manos en los bolsillos.

—Yo misma. —Evlynne le da un golpecito, desdeñosa, a la coleta y extiende la mano, expectante, hacia Saint, quien le entrega el fusil.

Mako levanta la roca, provocativo.

—¿Preparada?

—Adelante —dice.

Sin previo aviso, el chico la lanza por el aire. La roca gira mientras asciende, convirtiéndose en el objetivo perfecto. Evlynne presiona el gatillo y… ¡bam! El disparo hace eco en la noche y la piedra se hace añicos que vuelan en todas direcciones. Pequeños fragmentos nos llueven antes de tocar el suelo.

Se gira hacia mí con una sonrisa de satisfacción. Me encojo de hombros y levanto el fusil cuando Mako lanza otro objetivo por el cielo. Apunto y disparo. La roca explota en el aire. Me alegra ver que se rompe en trozos más pequeños, diminutos, lo que indica que la he alcanzado en el centro. Evlynne también se percata porque se le tensan las comisuras de los labios.

—¡Toma ya! —exclama Mako.

Evlynne lo fulmina con la mirada, como si dijera: «¿Cómo te atreves a felicitarla?».

—Lanza otra —musita.

Un segundo después, un nuevo disparo reverbera por el claro. Es evidente que esta vez solo ha rozado la piedra y sé que este ángulo para nada perfecto le carcome las entrañas.

Cuando me toca, vuelvo a alcanzar de lleno el objetivo. Las esquirlas blancas se vuelven visibles durante unos segundos bajo la luz de la luna antes de que la oscuridad invada de nuevo la noche. Por la manera en la que me dedica un gesto con la cabeza, Saint parece impresionado.

Neema, por supuesto, frunce el ceño como si la hubiera ofendido personalmente. Luego trata de pillarme con la guardia baja lanzando una piedra por el aire antes incluso de decir mi nombre. Impasible, apoyo el fusil en el hombro y aniquilo el objetivo.

Evlynne clava el siguiente disparo, lo que le permite sentirse superior de nuevo.

Luego, hago lo mismo con el mío.

Vuelve a acertar de pleno.

Seguimos una y otra vez hasta que Gray interviene al final con una sonrisa.

—Creo que deberíamos dejarlo en tablas y volver a ponernos hasta el culo de alcohol. Porque sé por experiencia que Darlington podría seguir a tope toda la noche. —Un relámpago cruza los ojos de Karra y se da cuenta en el último segundo de lo mal que ha sonado, por lo que la tranquiliza rectificando—: Disparando, quiero decir. Hicimos muchos simulacros en el programa. Solían llevarnos al desierto, donde nos obligaban a pegar tiros durante horas.

La expresión de su novia se vuelve sombría cuando dice:

—¿Podemos hablar a solas?

Y Mako comenta, con voz cantarina:

—Vaya, parece que alguien se ha metido en un lío.

—Cállate la boca —escupe Karra. Sin embargo, cuando trata de alejar a su novio del grupo, este frunce el ceño y clava los talones en el suelo.

Tras tenderle el fusil a Saint, Evlynne cruza los brazos sobre el pecho y se centra en mí.

—Todos sabíamos que eras buena disparando, Darlington. Nadie lo había puesto en duda.

Sí, claro, esta pequeña competición de mierda era solo por diversión, ¿no? No es ningún secreto que Evlynne se considera una de las mejores francotiradoras de la Daga. Estaba intentando superarme esta noche, pero no ha salido como esperaba.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —pregunto con frialdad.

—El problema es que ya bastante malo era tener en esta base a un puto incitador en el que no podemos confiar y ahora tenemos que aguantar a dos. —Me señala con el dedo—. Aléjate de mi cabeza.

—No tengo intención de entrar en ella. —Me siento tan frustrada que podría gritar. Miro a los demás con una súplica en los ojos—. Igual que en la de los demás. Lo entiendo, ¿vale? No podéis protegeros de mí, pero os prometo que no os voy a incitar. Nunca. Y, si lo hago, os doy permiso para que me matéis.

Evelynne me dedica una mueca de desdén.

—Perdóname si no me lo trago.

Reprimo un suspiro. Es inútil, sobre todo sabiendo que los escudos no protegen contra la incitación. Es normal que no se fíen.

—Quizá impresiones a algunos con tus poderes, pero a nosotros no —se entromete Neema porque ¿cómo no iba a hacerlo?

—No intento impresionaros —digo, dándole la espalda.

Me sobresalto cuando Evlynne me coge del brazo.

—Oye, no hemos terminado.

A mí me parece que sí.

—No me toques —le advierto, desprendiéndome de su mano.

La sangre me hierve en las venas y aprieto los puños de forma involuntaria. Estoy a segundos de distancia de patearles el culo a Neema y a ella.

Como si lo presintiera, Saint se acerca, preparado para intervenir si fuera necesario. Nuestros ojos se encuentran durante un momento. Noto que Gray me está observando también. Estoy segura de que los dos ven que estoy temblando de rabia.

«Déjalo pasar». Cedo ante este pensamiento al entender que si estoy intentando ganarme la confianza de estas chicas, sería una idea terrible pelearme con ellas. Exhalando con lentitud, abro los puños y retrocedo un paso.

—Creo que voy a dar por terminada la noche.

—¿Qué? ¿No te apetece seguir hablando? —se burla Evlynne.

—Ay, cállate —oigo que suspira Luisa.

Estoy a medio camino, bajando por la ladera, cuando advierto unas pisadas a mis espaldas y los guijarros caen a mi alrededor antes de que Gray por fin me alcance.

—Wren, espera. ¿Te encuentras bien?

Me encojo de hombros.

—Estoy bien.

Se coloca a mi lado.

—Me sorprende que te hayas alejado sin más. No es un movimiento propio de Darlington.

Esbozo una sonrisa, reticente.

—¿Cuál habría sido un movimiento propio de Darlington?

—¿Recuerdas cuando le diste una paliza a Kess en la sección Plata después de que se burlara de tu tío? —Me sonríe—. Ese sí que fue un movimiento propio de Darlington.

—Quizá esté madurando.

—Pues qué aburrido.

Seguimos avanzando por el sendero, guiados por la luz de la luna. No logro desprenderme del peso que noto en los hombros, de la comprensión deprimente de que quizá nunca consiga ganarme a todos aquí.

—Por cierto, no es mentira lo que he dicho antes —comento, rehuyendo su mirada—. No planeo incitar a nadie, al menos no lo haré si puedo evitarlo.

—Por eso necesitas controlar tu habilidad. Si no, es peligrosa.

Soy la hostia de consciente, gracias. Mi capacidad de incitar siempre acecha bajo la superficie como una amenaza silenciosa, como un animal salvaje que pudiera liberarse ante la mínima provocación. ¿Por qué no tengo cualquier otro poder? Incluso preferiría ser una empática. Y eso que odio que me afecten las emociones de los demás.

Pero esto… Esto es mucho peor. La incitación me convierte en una marginada.

—No sé si Kallister te lo ha contado —dice Gray—, pero me presenté voluntario para ser tu rata de laboratorio con la que practicar la incitación.

—Algo he oído. ¿Estás seguro de que quieres arriesgarte?

—No me habría ofrecido si no fuera así.

—¿Cuándo quieres empezar?

Mira hacia atrás y se encoge de hombros.

—¿Qué tal ahora?

Vamos a su apartamento porque hay más espacio y nos sentamos en extremos opuestos del sofá. Cruzo las piernas y me paso las manos por el pelo para sacármelo de detrás de las orejas.

—¿Por qué me dejas hacerte esto? —pregunto, desconfiada.

Se sube las mangas de la camisa para ponerse cómodo.

—Porque necesitas practicar y no puedes hacerlo sin alguien con quien trabajar.

—Hawkins dijo que nadie quiere practicar con él. —El ambiente se torna lúgubre—. Y veo la manera en la que todos le miran. Nadie quiere acercarse a él en el comedor.

—Bueno, Hawkins es un caso diferente. Incitó a alguien hace un par de años y con eso se ganó una gran desconfianza.

Pestañeo, sorprendida.

—¿A quién incitó?

—A su novia. —Gray hace una pausa, como si estuviera decidiendo si debe continuar o no—. La incitó para que saltara de un acantilado. Y murió.

El aire me abandona los pulmones cuando suelto una brusca exhalación. Busco algún indicio de que esté de broma, pero no podría mostrarse más serio.

—¿A propósito? —pregunto, aún aturdida.

—Según Hawkins, fue un accidente, pero casi nadie lo cree. Ev y Neema, en concreto. No se tragan la historia. Pero Zoe era su mejor amiga, así que quizá eso les nuble el juicio.

—¿Qué dice Hawkins que pasó?

—Que Zoe y él estaban discutiendo. Ella le soltó que no soportaba mirarlo a la cara o algo así. Al parecer, él perdió los nervios y dijo: «Muy bien, salta por ese puto acantilado si quieres dejar de verme». Entonces… —Gray se interrumpe—. Era una caída de diez metros. Zoe no sobrevivió. —Hace otra pausa—. Es difícil imaginar que la animara a saltar por un precipicio «por accidente».

—La incitación puede suceder por accidente —le aseguro, pero Gray no parece convencido.

De repente, siento una extraña conexión con Hawkins porque puedo entender que la muerte de su novia fuera resultado de una incitación espontánea, si es que de verdad fue así.

—Bueno —digo, cambiando de tema—, ¿empezamos?

Espero algún comentario divertido, un guiño, pero solo se torna aún más serio.

—Antes, necesito que me prometas algo.

—¿Qué?

—Quiero que practiques conmigo porque confío en ti, pero debes prometerme que nunca me incitarás sin mi consentimiento. Es mi único requisito.

Me quedo boquiabierta.

—Claro que sí. Nunca te haría algo así.

—Bien, entonces, empecemos. Necesitamos decidir una orden. ¿Qué tal…? —Me dedica una sonrisa engreída—. Puedes incitarme a que me baje los pantalones.

—No voy a incitarte para que hagas eso.

—Vale, lo haré por voluntad propia.

Suelto una risita.

—No creo que a Karra le entusiasmara la idea.

En ese instante, a Gray le pita el intercomunicador y no tengo ninguna duda de que es ella quien le está escribiendo. Se inclina hacia delante para ver la pantalla y envía una respuesta rápida.

—Perdona —dice.

—¿Qué tal…? —Examino la mesa—. ¿Qué tal si te ordeno que cojas el vaso de agua?

—Aburrida.

—¿Y que te lo eches por la cabeza?

—Ahora sí que tienes toda mi atención.

Sonrío. Es tan fácil estar con él. Es divertido.

—Vale. —Apoyo las manos en el regazo y respiro hondo para tranquilizarme—. Deja que despeje mi mente y reúna el oro. Quizá tarde un segundo.

Las mentes son un coñazo complicado porque no son solo una maraña de pensamientos. Encierran ecos del pasado y muestran miedos sobre el futuro. La mente nunca está en silencio. Incluso al meditar, el cerebro está trabajando, estableciendo conexiones de aquí para allá mientras estás sentado con los ojos cerrados, sumido en la ilusión de que tu mente está totalmente en calma.

Inhalo con lentitud y trato de hacer lo que me enseña Hawkins en el Templo: aclararla. Deshacerme de todo menos del polvo dorado. No me resulta natural. Estoy acostumbrada a apartarlo hacia el oscuro vacío y abrir una vía mientras la frecuencia negativa de la

mente objetivo trata de repelerme. Y si intento acceder a la frecuencia positiva, el mecanismo es incluso más sencillo. Me dan la bienvenida y me invitan a vincularme.

Con esta nueva frecuencia, no me está resultando fácil. Se trata de concentrarme y aprovechar una energía que no sabía que existía.

—Tómate tu tiempo —musita Gray.

Como la última vez, no logro atrapar a la primera todas esas motas doradas. Necesito un nuevo enfoque. Cambio la visualización y me imagino una pelota.

—Una pelota de pegamento —susurro.

—¿Debería preguntar?

Centro los ojos en los suyos y en ellos encuentro diversión.

—Calla, me estás distrayendo.

Me imagino una pelota en las manos, cubierta de una sustancia pegajosa. Atraigo el polvo dorado y experimento una oleada de emoción cuando se pega a ella. ¡Sí!

Con lentitud, empiezo a recopilar cada vez más partículas diminutas, envolviendo con ellas mi pelota. Se está haciendo más grande. Mucho más grande. Ahora solo necesito entender cómo extraer la energía de la bola dorada y permitir que me recorra el cuerpo.

Inspiro y me abro a la sensación, pero el estremecimiento resultante es tan fuerte que se me escapa de las manos, la bola explota y el polvo se dispersa en todas direcciones.

—¡Maldita sea!

Intento recuperarme, pero la sala no deja de dar vueltas.

—No pasa nada —me anima Gray—. Prueba otra vez.

Apoyo las manos en los muslos y cierro los ojos, aunque no lo necesito para visualizarlo. Aun así, no parece que logre aprovechar el oro. O bien lo presiono con demasiada fuerza y reprimo su energía o soy incapaz de acumularlo en un primer momento y se me escapa entre los dedos.

—Respira —oigo que dice Gray.

—¿Qué?

—No estás respirando. Veo que contienes el aliento.

—¿Cómo sabes que respirar me va a ayudar?

—Siempre ayuda. No puedes centrarte si tus pulmones no reciben lo que necesitan.

Tiene sentido. Cierro los ojos y me concentro en respirar hasta que, de manera natural, lo hago con lentitud, de forma meditativa. Las motas de oro flotan tras mis párpados y esta vez sé cómo aprovecharlas. Noto las manos calientes. Cosquilleantes. A continuación, esa sensación pasa a mis brazos y, aunque las venas no se me tiñen de plata como a Hawkins, siento cómo la energía las recorre. Estoy pendiente de mis manos, obligándome a mantenerlas abiertas. Necesito darle espacio al oro. Y ahí está. Se está extendiendo. Lo noto.

Abro los ojos y me encuentro con Gray, que me observa.

«Coge el vaso».

Lanzo la orden hasta su mente, pero no se mueve.

«Coge el vaso».

«Coge el vaso».

«Vamos, capullo».

«Coge el vaso».

Noto que cada músculo de mi cuerpo está en tensión y, sin previo aviso, la energía titila y se apaga. Cuando miro hacia abajo, me doy cuenta de que he apretado los puños.

—Joder, ¿por qué me pasa siempre? —musito.

—¿Qué?

—Lo de apretar los puños. Hawkins dijo que debería relajarme, pero me tenso de manera natural.

—Porque nunca lo has practicado. —Niega con la cabeza, desaprobatorio—. Julian debería haberte traído con nosotros. Podríamos haberte ayudado con este tema hace mucho tiempo.

No, no culpo al tío Jim por no decir nada. Me estaba protegiendo y se lo agradezco. El intercomunicador de Gray vuelve a pitar.

—Tu novia está enfadada —digo, divertida.

Comprueba la pantalla y sonríe.

—No, solo quiere echar un polvo.

Fallo mío.

—Dile que hemos terminado —comento, levantándome del sofá—. Es tarde y creo que estoy demasiado cansada para concentrarme

como es debido.

Estoy casi en la puerta cuando Gray dice:

—Entonces, ¿es tu novio?

Lo miro.

—¿Quién?

—El capitán. Le has dicho a Henley que tienes novio.

Gray nunca le llama Cross, aunque supongo que es normal. En la base del Comando, todos nos referíamos a él como «capitán» o «señor».

No sé cómo responder, cómo quiere que responda, por lo que no digo nada. No obstante, la mención a Cross me produce una descarga de anhelo. Daría lo que fuera por verlo ahora mismo, por asegurarme de que está bien y de que no me está contando gilipolleces sobre lo que le han hecho sus hermanos, lo que quizá sigan haciéndole. Pero no hay nada que pueda hacer cuando estoy en estas montañas y él, en la ciudad. De repente, se me ocurre una idea.

—Viajaste con Adrienne a la ciudad esta semana.

Gray pestañea, sorprendido por el cambio de tema.

—Fue por un asunto de la Autoridad. Necesitaba un escolta.

Inspiro con lentitud, dubitativa.

—¿Y si yo necesito uno?

—¿Qué me estás pidiendo, vaquera?

Dejo escapar todo el aire de golpe.

—¿Me llevarías a ver a Cross?

CAPÍTULO 15



No hay ni una estrella en el cielo. ¿Es normal? Me parece que debería haber al menos una. Sin embargo, estamos en un agujero negro, un vacío tenebroso que se extiende hasta el infinito en todas direcciones.

He tardado tres días en convencer a Gray de que me hiciera este favor y ahora que lo está llevando a cabo, una parte de mí desearía que volviéramos a la Daga. Le he dicho que le envié un mensaje a Cross a través de una conocida en Santuario, una Modo que está liada con un soldado del Comando. Supongo que Gray me ha creído porque no me ha acusado de nada ni me ha preguntado si Cross Redden es también un Modificado. Aun así, sé que no le entusiasma mi propuesta.

Lanzo una mirada hacia el asiento del piloto.

—¿Seguro que no te meterás en líos por esto?

—Ya te lo he dicho: necesito ir a la ciudad de todas maneras. Les he contado a los demás que te venías conmigo porque tenías un amigo en la ciudad al que debías ver con urgencia. —Al observar mi recelo, pone los ojos en blanco—. No te preocupes, no les he dicho qué amigo. —Hace una pausa—. No les haría ninguna gracia que te estés enrollando con el enemigo.

—No es… —me interrumpo. He estado a punto de decir «el enemigo», pero, a ojos de la Revolución, no hay mayor villano que alguien cuyo apellido sea Redden— tan malo —concluyo, incómoda—. Sé que me juzgas por lo que estoy haciendo…

—No es verdad —interviene Gray y, cuando me giro hacia él, sorprendida, parece sincero—. He estado de incógnito en los

distritos el tiempo suficiente para saber el lío que se puede montar en tu puta cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Los Primarios, los Modos leales al régimen… Quieres verlos como el enemigo, como un caso perdido. Pero a veces te muestran una parte de su ser que es difícil encajar con esa visión.

Me inclino hacia él para presionarle con suavidad el brazo.

—Gracias por llevarme.

—¿Y tú estás segura de lo que vas a hacer? —contraataca—. Porque te estás poniendo en grave peligro por ese capullo.

—Estoy segura —digo, aunque sin darle muchos detalles—. Tenemos asuntos pendientes.

—Bueno, me debes una —es lo único que contesta mientras mantiene los ojos fijos en la oscuridad ante nosotros.

No suelo ponerme nerviosa al empezar una misión peligrosa, pero siento que estamos volando al centro de un abismo. No tengo ninguna consciencia espacial ahora mismo, ni un solo punto con el que orientarme sobre dónde estamos. Maldita sea, ni siquiera entiendo el avión en el que viajamos.

En el hangar, Gray se ha referido a él como «híbrido» porque el diseño es una mezcla de caza y helicóptero de combate. Me ha explicado que la forma aerodinámica combinada con las alas seminclinadas optimizan su rendimiento tanto a alta como a baja velocidad, procurándole un apoyo aéreo superior y un ataque terrestre preciso. Luego, ha seguido hablando sobre el modo estacionario, el empuje vectorial vertical y el sistema armamentístico más complicado del mundo y he desconectado. Resulta que a Grayson Blake se le pone dura con la aviación.

Busco en la oscuridad alguna manera de orientarme, pero sigo perdida.

—En serio, ¿qué tenemos en contra de las luces? —pregunto, jugueteando con el cinturón del asiento del copiloto.

—Están controlando el espacio aéreo —dice—. No podemos arriesgarnos a que nos aviste un avión de la Compañía. La falta de luces es la menor de nuestras preocupaciones. Solo reza para que nuestro inhibidor de radares siga activo hasta que aterricemos.

—¿Vamos a aterrizar sin luces? —grazno, consternada—. ¿Sin faros? ¿Cómo vas a ver la pasarela?

—Relájate, vaquera. Lo he hecho cientos de veces.

—¿En la oscuridad?

—Sí.

—¿Sin luces?

—Es lo que significa «en la oscuridad».

—Deja de burlarte de mí.

—No puedo evitarlo. No sueles ser tan gallina.

Me molesta lo calmado que parece. En la cabina apenas hay luz, solo un par de indicadores iluminados, pero, cada vez que capto un retazo de su expresión, rebosa confianza. Presiona un botón y otro de los controles se apaga.

—¿Cómo es posible que no te desconcierte? ¿No te importa no ver?

Parece divertido por la nota de pánico que ambos percibimos en mi voz.

—No me desconcierta porque es algo instintivo y no necesito los ojos cuando tengo sensaciones e instrumentos con los que guiarme. Confío en mi intuición, confío en el avión. Esta chica me avisará de todo lo que necesito saber.

—¿Esta chica? Ay, madre, estás fatal de la cabeza.

Se echa a reír y el avión se inclina un poco cuando mueve la columna de control. Todos sus movimientos son medidos y conscientes, sin titubeo alguno. De repente, oigo un chirrido mecánico y entiendo que está bajando el tren de aterrizaje.

—¿Dónde aprendiste a pilotar?

—Mi padre —dice con la vista fija al frente. Su voz está desprovista de emoción, pero no sé si eso significa algo—. Era piloto. Me solía llevar con él cuando era más joven y se convirtió en una obsesión.

La oscuridad parece presionarse contra nosotros, reforzada por la sensación de soledad, como si estuviéramos flotando a la deriva por el cielo.

—Relájate. —Ajusta el acelerador y el avión desciende más rápido.

No veo el suelo. No veo nada. No sé si estamos a tres metros o a mil. Pero Gray no está nervioso. Se humedece la comisura de la boca y vuelve a mover la columna de control.

—Vamos, cariño.

Durante un segundo, creo que está hablando conmigo, pero su tono refleja demasiado respeto y tiene los ojos fijos en el avión.

—Ya casi estamos —musita entre dientes.

Me tenso mientras espero a que las ruedas golpeen una pasarela que no puedo ver. Los motores emiten un zumbido y después rechinan. Hay una fuerte sacudida. Sin embargo, los neumáticos tocan el suelo como quien da el más suave de los besos. Una caricia. Me sorprende lo poco que le ha costado esa maniobra a Gray, que ahora reduce la velocidad mientras el avión se tambalea ligeramente.

—Ha sido increíble —le digo.

Me guiña un ojo.

—Lo sé. Tampoco hace falta que parezcas tan aliviada.

—Estoy más que aliviada. Acabas de aterrizar un avión sin faros en una pasarela sin luces. Casi me hago pis encima.

Con una risita, apaga el motor y salimos del híbrido antes de dejarnos caer en el asfalto. Percibo el aroma a pino y tierra mojada mientras me giro para estudiar el entorno. No hay ningún aeropuerto, hangar o dependencia externa. Más allá de la pasarela en sombras se encuentra una pequeña zona arbolada hacia la que se dirige Gray.

—Por aquí —dice, mirando hacia atrás para hablarme.

No avanzamos mucho, apenas unos metros por el bosque, antes de toparnos con un pequeño aparcamiento al aire libre. Casi lo paso por alto, ya que está muy bien escondido. Si Gray no se hubiera encaminado hacia él, habría pensado que era maleza descontrolada y gruesos troncos de árboles antiguos. Las ramas y el musgo rodean la estructura, mezclándose a la perfección con el terreno.

Echa a un lado un arbusto y revela una lona verde oscuro. La aparta también y percibo el ligero olor a aceite de motor y tubo de escape. Dentro hay un vehículo negro que parece fuera de lugar en este aparcamiento abandonado. Brilla. Como si estuviera nuevo.

—Es un vehículo registrado por una sección —dice.

Me alivia oír eso. Un vehículo registrado por una sección significa que pertenece a alguien que sirve en una de las cuatro secciones del Comando, por lo general un oficial de alto rango. Es poco probable que nos paren. Además, el aeródromo está en el distrito E, a poca distancia en coche de Santuario.

Cuando me coloco en el asiento del acompañante, me vinculo con Cross, que no tarda en responder. Es evidente que me estaba esperando.

Acabamos de aterrizar, digo. *Vamos de camino al punto de encuentro.*

Entendido. Yo ya estoy aquí.

Se me acelera el pulso al saber que voy a verlo pronto. Me sigue sorprendiendo que haya aceptado, aunque, a decir verdad, tuve que utilizar técnicas agresivas de coacción. Cross cree que este encuentro es demasiado arriesgado, pero una vez que se me mete algo en la cabeza es imposible que me convenzan de lo contrario.

Gray se coloca tras el volante y dirige el coche por una estrecha carretera sin luz en dirección a Santuario. Las ventanas del vehículo están prácticamente blindadas. Veo lo que está pasando fuera, pero nadie puede ver lo que hay en el interior. Si nos detienen, estamos jodidos o, al menos, yo lo estoy, ya que le han puesto precio a mi cabeza.

Todos los ciudadanos se registran en la base de datos de la Compañía con un número de identificación único, pero Gray me ha asegurado que nuestros contactos en el servicio de inteligencia de la Compañía han borrado mis huellas del sistema. La última vez que me colé en Santuario, lograron sacarme de forma temporal de la lista de personas en busca y captura con un falso fallo en el sistema que duró seis horas. Esta vez, Gray me ha dicho que solo tengo dos.

—¿Dos horas? —repito, insegura. No parece mucho.

—Tienes suerte de que te hayan dado tanto tiempo. Durante las próximas dos horas, tus huellas y escáner de retina estarán vinculados a Mary Bowers. Y, si no estás en el punto de encuentro dentro de dos horas exactas, querida Mary, me iré sin ti.

—¿Qué vas a hacer mientras tanto?

—Tengo asuntos de los que encargarme —dice sin dar más detalles.

Cruzamos el puesto de control perimetral de la ciudad, donde las cámaras de entrada escanean el coche de forma automática.

—Ah —añade—, y han aumentado la seguridad en Santuario. Ahora hay puestos de control en cada zona.

—Joder, ¿desde cuándo?

La ciudad está dividida en cinco zonas, algunas de las cuales están restringidas al público general. Por ejemplo, en la zona 1 están el Capitol y los edificios oficiales de la Compañía, a los que solo pueden acceder ciudadanos con autorización. Pero Cross y yo nos reuniremos en el distrito de ocio, la zona 5. Nunca he oído hablar de un puesto de control en la zona 5.

—Desde que el hermano de tu novio está al mando —dice Gray, sarcástico.

Unos minutos después, aparca en un callejón sin pavimentar y la gravilla cruje bajo los neumáticos. Detiene el coche, pero deja el motor en marcha antes de dedicarme una mirada severa.

—Ya no puedo llevarte más lejos. Tendrás que llegar al punto de control a pie. Este será también el punto de recogida. Como he dicho, tienes dos horas. Deja tiempo suficiente para volver.

—¿Estás seguro de que mi falsa identidad funcionará?

—Debería hacerlo, pero no teníamos tiempo de sincronizar una biografía con tu intercomunicador, por lo que, si te detienen, no dejes que te interroguen. Sal de ahí cagando leches.

—Maravilloso.

—Oye, has sido tú quien ha querido arriesgarse. —Utiliza un tono mordaz—. Supongo que ahora descubriremos si el capitán merece tanto la pena.

«Arriesgarme por Cross siempre merecerá la pena», pienso. Salgo del coche y aterrizo con las botas en el suelo. Compruebo el bolsillo de mi ajustada chaqueta de cuero para asegurarme de que sigo teniendo el intercomunicador. Todos los ciudadanos deben llevar el suyo encima. Por otro lado, también llevo en la muñeca el reloj que me ha conseguido Gray en la sala de tecnología. Tiene una función

de inhibidor de señal con el que conseguiré que se congele cualquier cámara a la que me acerque.

Al emerger del callejón, al instante tengo la sensación de que me están observando. Santuario es una ciudad bajo vigilancia, lo que significa que se percibe el pestañeo de las cámaras en cada edificio y farola, además de que se oye el zumbido de los pequeños drones grises en el aire, cuyos ojos metálicos examinan las aceras en busca de actividad sospechosa. Me muevo con paso enérgico, pero no lo bastante rápido como para llamar la atención.

Al final de la manzana, vislumbro el punto de control. Una línea de ciudadanos impacientes espera para entrar mientras, en la puerta, los soldados de la sección Cobre los guían hacia el escáner de huellas.

El corazón me palpita en los oídos mientras trato de respirar de forma uniforme y calmada. Mierda, me sudan las manos, pero no quiero secármelas en los pantalones. No puedo parecer nerviosa.

Al unirme a la fila, el sonido firme del arrastrar de botas se une al ronroneo opresivo de los drones de vigilancia, con sus inquietantes alas metalizadas que zumban como moscardones. Algunas personas charlan entre sí, pero la mayoría se mantiene en silencio. Saben lo que deben hacer. No mirar a los drones. No contemplarse los pies. No llamar la atención. Mirar al frente e intentar no hacerles gestos de burla a los soldados hasta que estés fuera de su vista.

Noto los nervios a flor de piel a medida que avanza la fila. ¿Y si Gray se equivoca y no han modificado mi identidad?

—Vaya coñazo —musita una mujer detrás de mí.

—Ni que lo digas —susurra su acompañante—. La última vez tuve que esperar una hora. Llegué tarde a mi asignación laboral y me multaron con cincuenta créditos.

—Este nuevo protocolo es de puta coña —concuerda la primera mujer, cambiando el peso de un pie a otro, impaciente—. Solo quiero ir a trabajar. Actúan como si todos tuviéramos algo que ocultar.

«Algunos sí».

Recorro con la mirada la parte frontal de la fila, donde uno de los soldados de la sección Cobre está estudiando a la multitud. La ansiedad se me dispara en el pecho y me seca la garganta. ¿Me está

mirando? Trato de actuar con la máxima indiferencia posible, pero juro que noto sus ojos gélidos fijos en mí.

La fila sigue avanzando, arrastrándome más cerca de la puerta. Maldita sea. Quizá haya sido una idea terrible. Me muero por ver a Cross, pero esto me está sacando de quicio. La red de seguridad de Travis Redden es muy tupida y lo último que quiero es quedar atrapada en ella.

Me inclino hacia delante. Tengo solo a cinco personas ante mí. Joder. ¡Joder! Ahora sí que pienso que ha sido mala idea. Pero ya es demasiado tarde. Si salgo de repente de la fila, el guardia con el pelo rapado y la mirada fría se dará cuenta. Sigo fingiendo indiferencia, añadiendo una pizca de impaciencia también, pero por dentro la preocupación me carcome las entrañas como el ácido.

Tres personas más.

El corazón me retumba contra las costillas.

Ha. Sido. Una. Idea. Terrible.

Dos personas más.

—¡Siguiente! —ladra el soldado.

El hombre ante mí da un paso hacia el escáner. Un segundo después, pita y lo dejan pasar.

—Siguiente.

Respiro hondo y avanzo. El soldado me dedica un rápido vistazo. Frío y expectante. Presiono la huella contra el escáner, esperando que nadie se dé cuenta del ligero temblor que se ha apoderado de mi mano. «Por favor, funciona. Joder, funciona».

Parece que pasa una eternidad hasta que lo oigo. ¡Piii!

El escáner emite una luz verde y la puerta se abre. Ay, gracias al cielo. El alivio que me inunda el cuerpo es tan inmenso que estoy a punto de desmayarme. Me obligo a no echar a correr, a actuar de forma casual mientras cruzo la puerta. Cuando se cierra a mis espaldas, me siento más ligera. Camino por la calle, paseando la mirada por mi alrededor para saber dónde estoy. Paraíso está a dos manzanas. Dos manzanas y me fusionaré con la ciudad, ocultándome entre la multitud.

—Deténgase.

Me quedo paralizada al oír esa orden tan brusca. ¡Hostia puta! El corazón me da un vuelco. Me obligo a girarme, débil por la ansiedad. Sin embargo, descubro que uno de los soldados tiene la mano extendida hacia la mujer que hay detrás de mí. Le está dando un guante de lana negra que agita en el aire.

—Se le ha caído esto, señora —dice y, mientras la mujer va a recuperar el guante, me sobreviene una nueva oleada de alivio.

No malgasto más el tiempo. Me apresuro a avanzar por la acera sin levantar la cabeza, apartando los ojos de las cámaras y los drones. Mierda, qué cerca ha estado. Bueno, en realidad no, pero así lo he sentido yo. Y aún no he llegado siquiera a Paraíso. No me gusta estar aquí. La ciudad parece demasiado peligrosa y se asemeja mucho a una trampa.

Camino con pasos rápidos mientras me vinculo con Cross.

Estoy llegando.

CAPÍTULO 16



La última vez que visité Paraíso, un pub que sirve de tapadera para un burdel, estaba en una operación de entrenamiento con el Comando. Cross, tan capullo y vengativo como siempre, me asignó el papel de aspirante a puta para que entrara allí de incógnito. En los distritos, la prostitución no es ilegal siempre y cuando se lleve a cabo a través de los canales adecuados de Servicios Humanos, pero las operaciones en Paraíso están, sin duda, fuera de la ley.

He sido yo quien ha pedido que nos encontremos aquí, dado que es una ubicación que ya conozco, pero Gray hizo los arreglos necesarios a través de la red y me sorprendió cuando me contó que la camarera es una de las nuestras. Se llama Pasha. Se supone que me va a dejar entrar a través del callejón tras Paraíso, pero cuando llego al edificio de ladrillo, dudo sobre lo que tengo que hacer. Por eso, me toco una vez el auricular.

—Grayson —musito por el intercomunicador—, ¿estás seguro de que puedo fiarme de ella?

—Sí, Pasha es leal.

Tras pegarme a la pared, me deslizo hacia la parte trasera. Soy consciente de la cámara que enfoca la puerta, lo que me hace sentir incómoda, pero estoy a unos metros de distancia cuando se abre y una mano me indica que me acerque al umbral en sombras.

Al colarme dentro, me encuentro cara a cara con la camarera que conocí cuando fui allí de incógnito. Lleva una camisa de manga corta y los brazos le brillan cuando intenta vincularse conmigo.

Si alguien te para, me dice por telepatía, *eres mi hermana Mary*.

Entendido.

Sin mediar palabra, audible al menos, Pasha me guía por un pasillo apenas iluminado hacia una escalera trasera donde se detiene de repente, y allí me estudia.

Te conozco, me acusa.

Estuve aquí hace unos meses. Me serviste whisky puro por mi cumpleaños. Le dedico una sonrisa tímida. *Sin embargo, no era mi cumpleaños*.

La comprensión le cruza la expresión y me devuelve la sonrisa.

No voy a preguntarte siquiera en qué consistía esa misión, pero caí en la trampa. Pasha se da media vuelta y sube las escaleras. *Ven*.

Subo el primer escalón y hago una mueca cuando el peldaño de metal cruje bajo mis botas. Emergemos por una puerta en un pasillo de la segunda planta. Este está más iluminado y bizqueo ante el resplandor repentino. Me siento desnuda.

Pasha me entrega una tarjeta. *Última puerta a la izquierda. Tu invitado ya te está esperando. Si estás aquí para matarlo, busca un método limpio. No quiero tener que frotar la madera después para eliminar la sangre*.

Matarlo es lo último que pretendo hacer. Bueno, a no ser que me toque las narices. El corazón se me acelera por las expectativas cuando me aproximo al final del pasillo. Acerco la tarjeta a la puerta y el cerrojo emite un suave pitido. Al cruzar el umbral, me preparo porque si es una trampa…

Alguien me presiona contra una pared antes de que pueda pestañear. Unas manos ásperas me empujan contra ella y, de repente, un cuerpo duro y cálido se abalanza sobre el mío. Me recuerda al día en que nos conocimos en la posada de Hamlett, cuando me colé en su habitación sin previo aviso mientras trataba de huir de otro pretendiente.

Me roza el hombro con la barbilla al acercar los labios a mi oreja.

—Te suena, ¿verdad?

Esa voz grave y sexi. Joder, ¡cómo la he echado de menos! Cross presiona la ingle contra mi culo, haciéndome sentir cada milímetro de su ser, y un suave sonido de desesperación se me escapa de la

garganta. Se ríe y su aliento me cosquillea el cuello. Entonces, me da la vuelta y mis ojos se topan con su hermoso rostro.

Cross Redden es el hombre más impactante que he conocido en mi vida. Su mirada es de un intenso tono azul oscuro y profundo que no he visto en ningún otro ser humano. Sus facciones son perfectas, como si las hubieran tallado en piedra. Su sonrisa es de otro mundo. Esos labios impecables se curvan cuando me ve y ahí está, el hoyuelo esquivo que tan pocas veces hace su aparición.

Pestañeo y estoy en sus brazos, aferrada a él mientras me estrecha con fuerza contra su cuerpo. No esperaba recibir la descarga de emociones que me recorre de inmediato. No me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos la sensación de su pecho musculoso, su aroma especiado, sus labios moviéndose por mi mandíbula. Las semanas que hemos pasado separados se desvanecen.

—Joder. —Cross esconde la cara en mi pelo—. Ha sido una estupidez que vinieras.

—Pero estás aquí, ¿no? —lo provoco.

—Claro que sí. No te habrán hecho venir sola, ¿no? —La idea no parece gustarle.

—No, Gra… —Me corrijo enseguida—. Kaine me ha acompañado. Se tenía que ocupar de un asunto.

Cross tensa la boca en una mueca.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Sutler te ha acompañado?

—Más o menos. Tenía una misión supersecreta y me recogerá dentro de dos horas.

—Ah, te recogerá, ¿verdad?

Se le hinchan las fosas nasales y trato de reprimir una sonrisa.

—Estás celoso —lo acuso, incapaz de ocultar mi deleite.

—Sí. —Pasea la mirada por mi cuerpo con una intensidad abrasadora que me acelera el corazón.

—Si sirve de algo, tiene novia en la base.

—¿Y? Muchos hombres engañan a sus chicas.

Arqueo una ceja.

—¿Tú me pondrías los cuernos?

—Nunca. —En su voz se refleja una certeza inquebrantable—. ¿No lo pillas?

—¿Qué? —Trago saliva para alejar la repentina sequedad de la garganta.

—Soy tuyo, palomita. Mi cuerpo, mi alma, mi corazón. Todo tuyo. No podría haber nadie más. Ni en un millón de putas eternidades.

Durante un momento, me quedo sin aliento y el tiempo se detiene. Todo el mundo se paraliza a nuestro alrededor. Cross no suele mostrarse romántico, pero ahora mismo, no solo por cómo me mira, sino por el hecho de que está rodeando mi rostro y acariciándome la mandíbula con los pulgares, me empuja a caer cada vez a mayor profundidad, hasta que no puedo mirar a ningún otro sitio que no sea a sus ojos azules e insondables.

—Dicho esto… —Baja la voz una octava, convirtiéndola en un gruñido sexi y posesivo—. Me perteneces y no te voy a compartir con nadie. Ni ahora ni nunca.

Ahí está el Cross que conozco y quiero. Jugueteo con la tela de su camiseta y mi tono se inunda de travesura.

—¿Qué vas a hacer? ¿Marcarme como si fuera tu territorio?

Con una mano fuerte, me toma por la cintura y me atrae hacia él.

—Eres mi territorio.

—Ah, ¿en serio?

—Oh, ya lo creo. Y si hay algún gilipollas que no lo sepa aún, estaré encantado de hacérselo entender.

—Te pones muy mono cuando estás celoso.

—No me pongas a prueba, palomita.

Me estremezco ante su actitud imponente. Estoy obsesionada con esta parte de su ser. La intensidad, la necesidad pura que le ilumina la cara cuando me mira, la manera posesiva en la que crispa los dedos sobre mi cintura. La punzada afilada de deseo que me provoca es más que bienvenida. Las semanas separados han conseguido que casi me olvide de la forma en la que su presencia se apodera de la estancia en la que está, impregnándola de sexo y magnetismo. No me acordaba del vértigo que me produce.

No ha venido vestido con el uniforme ni con las estrellas de capitán en la manga, pero su conjunto totalmente negro solo lo

vuelve más imponente.

—Te he echado de menos —jadea Cross, apartándome un mechón de pelo de la frente. Su roce es suave, pero el fuego contenido en sus ojos me informa de que apenas puede mantener el control—. No tienes idea de cuánto.

Acerca los labios a los míos sin llegar a rozarlos, un gesto provocativo que dura un segundo y que me acelera el corazón antes de que, por fin, presione su boca contra la mía en un beso tan intenso que se me debilita todo el cuerpo por su ardor. El calor familiar, su sabor, la invasión ávida de su lengua. Es como volver a casa.

—Se me había olvidado —gruño contra sus labios.

—¿El qué? —musita entre besos lujuriosos y embriagadores.

—Lo mucho que te deseo.

—A mí no se me había olvidado.

Me desliza las manos por el cuerpo hasta colocármelas sobre los glúteos y presionármelos antes de levantarme en sus brazos mientras me devora con los labios. Es más que un beso, es un recordatorio de lo mucho que le pertenezco y de la ferocidad con la que es mío.

Tenemos mucho que hablar, lo sabemos, pero besarlo me parece esencial ahora mismo, en el sentido de que me moriría si parara. Captar su olor es bueno, pero poder tocarlo es increíble.

Lo siguiente que sé es que me lleva a la cama. Tiro de él para que me bese y esboza una mueca antes de ocultar su reacción. Sin embargo, no es lo bastante rápido.

—¿Qué pasa? —pregunto de inmediato.

—Nada. Solo estoy un poco dolorido. —Pero, cuando gira la cabeza y se recoloca el cuello de la ajustada camiseta negra, atisbo un retazo de color.

Tiro de la tela y descubro un moratón que le mancilla la piel. De un púrpura desvaído. Paseo los dedos con suavidad por su clavícula, acariciándole la piel bajo la marca. Una alarma se enciende en mi interior.

—¿Qué cojones, Cross?

—Estoy bien —insiste, pero ya le estoy subiendo la camisa, ignorando su mueca de inquietud, porque sé que, si no lo veo por mí misma, le quitará importancia a lo que sea que se encuentra debajo. Y lo que encuentro debajo son más moratones. Por todas partes. Le han dado una paliza.

Paso los dedos por su piel cálida, encontrando más marcas en distintas fases de sanación. Moradas en las costillas. Amarillas alrededor del estómago. Una verde azulada en el hombro.

—Dijiste que Roe solo te había estado molestando —lo acuso—. Cariño, esto tiene mala pinta.

Sonríe.

—¿Qué?

—¿Me acabas de llamar «cariño»?

—Ay, mierda, es verdad.

Una carcajada le produce un estremecimiento antes de quedarse paralizado y decir con voz ronca:

—Me ha gustado. —Me acaricia el cuello, atrayéndome hacia él, y pasea el pulgar por la mandíbula—. Estoy bien, Margarita. Soy un adulto funcional. Unos moratones y algunas costillas rotas no van a acabar conmigo.

—¿Ese cabrón te ha roto las costillas? Voy a matarlo.

—No te preocupes. Así Roe se sintió mejor consigo mismo. Déjalo que lo disfrute.

—Me importa una mierda si así se siente mejor. Quiero que sufra. —Sigo pasándole las manos por la piel, examinándolo en busca de alguna lesión más—. ¿Te ha pegado en algún otro sitio?

Cross me dedica una sonrisa descarada.

—Bueno, ahí no —dice, arrastrando las palabras, y me doy cuenta de que he posado las manos en el botón de sus pantalones—. Pero, por favor, sigue. Quítamelos.

El deseo me recorre el cuerpo cuando advierto lo duro que está, el grueso bulto de excitación que se presiona contra la bragueta. La lujuria me sobreviene con total intensidad y me olvido de sus moratones porque, si no le molestan, no voy a preocuparme por él. Nos besamos de nuevo y solo nos separamos para quitarle la camiseta. Me pasa las manos por la espalda para desatarme el

sujetador y, cuando mi pecho queda al descubierto, la satisfacción le arde en los ojos azules. Cross tira de mí para acercarme a su ávida boca. Saca la lengua para lamerme un pezón y un gemido se me escapa entre los labios.

—Echaba de menos ese sonido —dice, y suelta un suspiro de complacencia antes de rodearme el mismo pezón con los labios y chuparlo.

Desvía la atención hacia mi otro pecho y, al soltarlo, me empuja para que me tumbe. Me quito las botas de una patada. No tarda en deshacerse de mis pantalones y de mi ropa interior. Lo siguiente es su calzoncillo y, una vez está fuera, le rodeo, lujuriosa, la polla con los dedos; caliente, gruesa y preparada para mí. Solo necesita una caricia, una suave presión, antes de que Cross me aparte la mano y recorra con los labios cada milímetro de mi cuerpo. Absorbiendo, saboreando y provocándome hasta que por fin se cuela, beso a beso, entre mis piernas.

—¿Me has echado de menos? —pregunta con voz grave y un toque burlón.

—Mmm. —Ese sonido débil y suplicante es lo único que logro emitir.

—¿Qué es lo que más has echado de menos?

Ay, madre mía, ha decidido torturarme.

—Todo —musito.

—¿Has echado de menos mi boca?

Me acaricia el interior del muslo con los labios y me estremezco, expectante.

—Contéstame. —Cross alza la cabeza con una sonrisa perversa en la cara.

—Sí —digo con un graznido ahogado—. He echado de menos tu boca.

—¿Y qué más? —Me besa peligrosamente cerca de donde más lo deseo—. ¿Qué hay de mi lengua? ¿La has echado de menos?

Cuando asiento sin palabras, me humedece la parte interna del muslo con un cálido rastro de saliva y alzo las caderas, preparada. Con una carcajada, gira la cara y me empieza a besar el otro muslo.

La provocación se está volviendo insoportable. El corazón me palpita tan deprisa que acalla todo lo demás, incluso la voz áspera de Cross y las palabras sexis que sigue susurrando.

Cuando aterriza con la lengua en mi punto anhelante, gruñe «¡Sí!» y, joder, eso sí que lo oigo.

Le paso los dedos por el pelo para que no se mueva antes de que intente escapar. Su risa como respuesta me vibra por todo el cuerpo.

—No te preocupes, no voy a ir a ninguna parte —me promete antes de utilizar la lengua hasta que me sumo en el éxtasis más puro.

Cada caricia de su lengua me acerca un poco más al precipicio, y me he convertido en un cúmulo irracional de necesidad y desesperación cuando se coloca sobre mí y me penetra. Ambos gruñimos, desenfrenados. Cross me coloca una pierna sobre su cadera para poder adentrarse a mayor profundidad, follándome con tanta fuerza que me corta el aliento. No he venido por esto, pero no me voy a quejar.

¿A quién quiero engañar? Claro que he venido por esto. Lo echaba de menos. Estoy loca por él.

Sus embestidas se vuelven rápidas, profundas, implacables. Con nuestros labios unidos en el beso más intenso que he experimentado nunca, me mezo para acoger cada movimiento deliberado de su cadera. Este ángulo es increíble porque así me roza con su cuerpo el clítoris hinchado, haciendo que mi deseo crezca hasta que me cosquillean los dedos de las manos y los pies…, pero lucho contra él; quiero prolongar la sensación todo lo posible.

Mientras trato de alejarme del clímax, clavo los dientes en el labio inferior de Cross hasta casi hacerle una herida. Su voz me inunda la cabeza.

Vamos, palomita, déjate llevar.

Me desplomo, jadeante, mientras las oleadas de placer me recorren el cuerpo.

—Mierda, me voy a correr —gruñe él en voz alta, y no hay nada más sexi que ver a Cross Redden ceder ante el orgasmo. Se estremece al liberarse y se adentra aún más en mi interior.

Los dos jadeamos mientras nos recuperamos. Después, Cross se tumba boca arriba y tira de mí para colocarme sobre su cuerpo cálido y tembloroso, antes de rodearme con fuerza con sus brazos y besarme el hombro.

—Nunca me canso de ti —dice.

Sé exactamente cómo se siente. Su presencia, su voz y la manera en la que se ríe me consumen. Cada vez que estamos juntos, siento que pierdo el control. Esta conexión entre los dos es demasiado poderosa. Demasiado peligrosa. Nadie debería desear tanto a otra persona como yo deseo a Cross.

Volvemos a hacerlo. Una y otra vez. Es gracioso porque solo han pasado unas semanas desde la última vez y, antes de eso, estuvimos casi toda la vida sin follar, pero ahora que nos hemos visto desnudos es como si se hubiera roto el dique de la sexualidad.

Tras la tercera vez, se deja caer de espaldas y gruñe:

—Hostia puta.

Me apoyo en el codo y lo miro, sonriendo ante la capa de sudor que le cubre el pecho y los perfectos abdominales. Joder, ¡qué sexi es!

Mi sonrisa de satisfacción se desvanece al oír el pitido de mi reloj. He puesto una alarma para que me avisara cuando se fuera a acabar el tiempo. Mierda, tengo que reunirme con Gray dentro de treinta minutos, y Cross y yo no hemos hablado de nada.

Mientras él permanece ahí tumbado, recuperando el aliento, recojo la ropa y empiezo a vestirme.

—¿Ya está? —pregunta, divertido—. ¿Hemos terminado?

—Hemos terminado con eso —contesto—. Es hora de que hablemos.

—Supongo que tienes razón. He tenido que eludir a tres personas para poder llegar. No sé cuándo podremos volver a hablar cara a cara.

—¿A qué tres personas? —pregunto, desconfiada.

Cross resopla entre dientes.

—Travis cree que no me he dado cuenta de que me tiene bajo vigilancia, pero no soy un puto principiante.

—Te están vigilando. —La cautela me recorre la piel—. ¿Y si te han seguido?

—Cariño —me imita—, ¿de verdad crees que he dejado que alguien me siguiera esta noche? No sé si debería ofenderme por esa pregunta.

—¿Cómo los has eludido?

—¿Qué más da mientras lo haya hecho?

Reprimo un gemido.

—Madre mía, ¿por qué me pones tanto?

Me dedica una sonrisa.

—No vamos a echar otro polvo. Querías hablar.

Me acerco al pequeño espejo sobre el aparador y me recoloco el pelo, completamente revuelto después de que Cross pasara los dedos por él. Se levanta de la cama y se pone la ropa interior, enfundándose la tela negra sobre su terso culo antes de estirar la mano hacia los pantalones.

Cuando se incorpora con el pecho descubierto, no logro apartar los ojos del colorido caleidoscopio de moratones que le mancilla la piel.

—No me puedo creer que te hayan dado una paliza. ¿Por qué no te defendiste?

Flexiona los bíceps para coger la camiseta del suelo.

—Debía dejarles tener la sensación de que me estaban castigando.

—¿Y ya está? ¿Con una semana encadenado volviste a formar parte de su círculo de confianza?

—No del todo.

Entorno los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Que ya no dirijo la Élite.

La confesión flota entre los dos mientras lo contemplo, boquiabierta. Cross, mientras tanto, se muestra tranquilo y se desliza la camisa por la cabeza como si no acabara de revelarme que lo han relevado de su cargo.

—¿Y quién está al mando ahora? —pregunto.

—Radek —dice, refiriéndose al capitán administrativo de la sección Plata.

—¿Por qué coño no me lo has contado antes?

—Lo intenté. —Me dedica una mirada mordaz—. Cada vez que he tratado de hablar contigo estos últimos días, no podías.

La culpa me atenaza el estómago. Tiene razón. Sí que ha contactado conmigo. He estado tan centrada en mi vida en la Daga que no he estado presente en la suya. Me siento como una puta gilipollas.

—Perdona —musito—. Si hubiera sabido que era tan importante, no habría…

—No lo es —me asegura.

—Cross —lo miro—, la Élite Plateada es tu unidad. No creo que te haya sentado bien perderla.

—Nada de lo que está pasando en el mundo ahora mismo me sienta bien —farfulla.

Acabo con la distancia entre ambos y le rodeo los hombros con los brazos antes de pasarle los dedos por el pelo corto.

—Habla conmigo. Cuéntame qué pasó después de que tus hermanos te liberaran. ¿Qué están planeando?

—Travis se está tomando muy en serio su nuevo papel como general. Está puesto hasta las cejas de poder. Y Roe está explotando al máximo su puesto como teniente. Travis le va a dejar crear su propia unidad dentro de la sección Plata. Roe la llama su «equipo de caza».

Me tenso.

—¿Y qué van a cazar?

—¿Qué va a ser? Modos y Fieles.

Su frivolidad me exaspera.

—¿Y… te parece bien?

—Claro que no, pero dudo que la unidad llegue a ningún sitio. Roe no tiene madera de líder. Nadie lo va a apoyar.

—Entonces, ¿por qué le han dado su propia unidad?

—Creo que Travis quiere quitarse a ese crío de encima, así que lo mantiene distraído. Como cuando le das un juguete a un niño para

que permanezca lejos de aquello que desea en realidad. En el caso de Roe, es el control total sobre los distritos y una matanza sistemática de cualquiera que se oponga a la Compañía.

—¿Y qué quiere Travis?

—Ahora mismo, aplastar la Revolución Aberrante.

—¿Aberrante? —repito, frunciendo el ceño.

—Modos. Sangre Plateada. Ya sabes lo que quiero decir, Wren. —Parece agotado—. Travis todavía no es tan sanguinario como Roe cuando se trata de los Modos, pero me temo que llegará a ese punto. He estado insistiéndole en que los necesitamos como mano de obra.

Niego con la cabeza con amargura.

—Como esclavos.

—Pueden ser esclavos o morir. ¿Qué prefieres?

—¿Y qué hacemos? ¿Cómo detenemos a tus hermanos?

—Yo no estoy en posición de detener a nadie. No solo he perdido a la Élite, sino toda mi capacidad para mantener a raya esta situación de mierda. Sigo conservando mi cargo, pero solo el nombre. Travis no me deja asistir a las reuniones informativas del servicio de inteligencia. Lo único que sé es lo que me cuentan, que no es mucho.

—Eras el capitán de la Élite Plateada —le recuerdo—. Sabes cómo recopilar datos. No necesitas que Travis ni el puto Roe, de entre todas las personas, te dejen las migajas.

No responde, y yo intento descifrar su expresión, pero es ilegible, imposible de decodificar. De repente, me pregunto si estaremos en el mismo bando… porque ahora mismo no lo parece.

—¿Qué pretendes? —pregunto, despacio—. ¿Cómo crees que va a acabar esto?

Se le oscurecen los iris azules.

—¿Te refieres a nosotros?

—No, claro que no. A la guerra. Porque va a acabar en algún momento. Y, cuando eso ocurra, lo normal es que haya un bando que pierda.

—Llevo en el ejército toda mi vida. Sé cómo funciona la guerra. —Se le tensan los hombros cuando se aleja de mí.

—Entonces, ¿en qué bando te gustaría estar cuando se produzca? —insisto.

—¿En qué bando quieres estar tú?

—Yo ya he elegido. Los Modificados. La red. Ahí es donde necesito estar. Ahí es donde deberías estar tú también. —Lo cojo de la mano y le obligo a entrelazar los dedos con los míos—. No puedes estar de acuerdo con lo que hizo tu padre: la Purga de los Sangre Plateada, la esclavitud de los Modos, la matanza. Y ahora tu hermano está haciendo lo mismo.

—No estoy de acuerdo —dice con voz ronca—. Pero ¿me puedes asegurar que la Revolución será mejor que sus enemigos? Porque una de las personas con las que trabajas le destruyó la mente a un hombre sin despeinarse. —Retira la mano y el corazón se me constriñe cuando me rechaza—. ¿Qué cojones se supone que debo hacer? Es mi padre. Y ahora parece un vegetal. Por culpa de tu nueva amiga, Adrienne.

—Odiabas a tu padre.

—Eso sería simplificar demasiado la situación. Y mis sentimientos por él no tienen nada que ver con que la Revolución le haya corrompido la mente. ¿Te das cuenta de lo terrible que es?

—¿Y lo que les están haciendo los Primarios a los Modos es menos terrible? A mi mejor amiga le han tatuado las muñecas, marcándola como esclava —replico, enfadada—. Está encerrada en una puta mina de sal. Adrienne actuó para salvar a personas como Tana de tu padre.

—Lo pillo, ¿vale? Y no soy gilipollas, sé que puse a tu amiga en esa situación. —Se pasa las manos por el pelo oscuro, alterado—. La salvé del pelotón de fusilamiento, sí, pero ¿crees que no desearía haber podido hacer más? Ahora no puedo hacer eso siquiera. No sé cuánto tiempo tardaré en convencer a Travis de que se fíe de mí de nuevo. Lo único que sé… —Se interrumpe con un gruñido.

—¿Qué es lo único que sabes?

En esta ocasión, en lugar de alejarme, da un paso hacia mí y me rodea la cintura con sus fuertes manos. Me aparta el pelo de la cara y me coloca un mechón tras la oreja. Su tacto vuelve a ser suave.

—Sé que quiero protegerte. Y no puedo hacerlo mientras siga aquí y tú, allí.

Se me corta la respiración.

—¿Me estás pidiendo que me quede?

Si es así, no sé si estoy dispuesta a aceptar.

—No. Te buscan por traición y encubrimiento. Si te pillan, han dado la orden de que te maten en el acto, y yo no podré evitarlo. —Deja escapar un suspiro irregular—. Pero tampoco me fío de las personas con las que estás.

—Bueno, yo sí. Me han acogido entre sus filas, me han dado un lugar en el que vivir y formarme. Pronto me incluirán en sus misiones. Podré rescatar a Tana, a su padre y a cualquiera de los que la Compañía mantiene en los campos de trabajos forzados.

—¿Y si descubren lo de tus padres? —pregunta con voz monótona—. ¿Qué ocurrirá entonces?

Titubeo.

—Espero… Espero que, si sucede, haya tenido tiempo de demostrarles mi lealtad.

—¿Estás dispuesta a arriesgar tu vida?

—¿Estaré más segura en los distritos? No, esa idea la hemos descartado ya. Por eso, solo espero poder ganarme su confianza. —Se me forma un nudo en la garganta—. Ven conmigo. Por favor.

—No puedo.

—Pero…

—Vamos, Wren. Si no me matan, me meterán en una celda al lado de Xavier. —Inclina la cabeza—. A menos que hayan decidido mostrar piedad con él.

—No, todavía no. —Me muerdo el labio—. Está en esa celda por mi culpa.

Cross me acaricia la mandíbula y me roza el labio con el pulgar, liberándolo de mis dientes.

—Oye, para. No es culpa tuya. Él decidió ayudarnos. Nadie lo obligó. Ford es demasiado leal. Y ahora estaría jodido si pusiera un pie en Santuario. También piden su cabeza. —Cross suspira—. No puede volver; espero que lo tenga claro.

Se produce otro momento de silencio. Aún no hemos llegado a un acuerdo ni hemos formulado un plan, pero el reloj avanza con lentitud y ya ha empezado la cuenta atrás para nuestra despedida.

—Tengo que irme —le digo—. Si no llego al punto de encuentro, me quedaré aquí atrapada.

Cross tira de mí y nuestros labios se encuentran en un beso fugaz antes de cogerme de la mano y llevársela al corazón. El latido constante retumba contra mi palma.

—¿Lo sientes? —pregunta.

Asiento.

—Unos cuantos golpes y moratones no sirven de una mierda, palomita. Mientras siga latiendo, estaré vivo. Y bien. No tienes que arriesgarte a venir hasta aquí. —Estoy a punto de protestar cuando concluye la frase—: Pero me alegra que lo hicieras.

CAPÍTULO 17



Visito a Xavier a primera hora de la mañana, dándole prioridad por encima del desayuno a pesar de que mi estómago vacío me grita para que le dé comida. Cuando lo vi la última vez, había conseguido una tableta, pero estaba convencido de que trataban de lavarle el cerebro porque solo le habían subido un libro llamado *Una historia viva: el pueblo Modificado*. Cuando le pregunté si había aprendido algo interesante, dijo: «Sí, que la humanidad está jodida».

Le dedico un rápido vistazo cuando me acerco a los barrotes. Tras dos semanas aquí, tiene la cara cincelada cubierta de una barba abundante y el pelo oscuro más largo. Sin embargo, está ileso, soportando un cautiverio mucho más laxo que Cross, cuyo cuerpo entero está cubierto de moratones.

Es suficiente para entender de qué lado debo estar. Xavier trabajaba para el Comando, nuestro enemigo. La Revolución podría haberlo matado si hubiera querido. En lugar de eso, lo han metido en una celda y le han procurado lecturas mientras que a Cross sus propios hermanos lo encadenaron y le dieron una paliza.

No pido siquiera que me dejen entrar en la celda y no me ando con rodeos cuando digo:

—Se te busca en la ciudad por traición. Se ha dado la orden de que nos maten nada más vernos, tanto a ti como a mí.

—Ay, por fin tenemos algo en común.

Suspiro.

—Mira, estoy dispuesta a jugarme el cuello por ti. Voy a pedirle una reunión a la Autoridad y a intentar convencerles de que te

suelten. Pero vas a tener que colaborar con nosotros.

Xavier frunce el ceño.

—¿Para hacer qué? ¿Matar a los míos?

—Ya no son los tuyos. Te matarán si te encuentran. Y nadie va a venir a rescatarte. Esta es tu nueva vida —le sostengo la mirada a través de los barrotes—, si quieres.

Se le tensan las facciones.

—No me van a acoger con los brazos abiertos.

—Quizá sí, si les demuestras tu lealtad.

Xavier suelta un bufido.

—Genial, bueno, no creo que salga de aquí en la vida. Porque nunca les seré leal. Solo soy leal a dos personas. —Supongo que Cross es una de ellas, pero me sorprende cuando añade—: A mí mismo y a ti.

Lo pienso un segundo.

—¿Y si demostrar tu lealtad se basara solo en no matar a nadie de por aquí? ¿En quedarte a mi lado sin causar problemas?

—Me lo pensaría.

Le sonrío.

—Vale, ten paciencia. Veré qué puedo hacer.

De camino a la salida de la prisión, me vinculo con Kallister, cuya voz en mi cabeza suena parecida a la del tío Jim, lo que es inquietante.

¿Cómo pido una reunión con la Autoridad?, le pregunto.

Acabas de hacerlo. Ven a la sala de guerra después de comer.

¿Así sin más?

¿Por qué pareces tan sorprendida? Nuestro papel es representar a nuestra gente, no mantener las distancias.

Ajá. Es un cambio innovador, comparado con los métodos del general, que siempre imponía una barrera entre la ciudadanía y él. Gobernaba desde su despacho mientras los coroneles y capitanes se enfrentaban a todos sus súbditos.

Me dirijo al comedor porque me muero de hambre. Busco a Gray, a quien encuentro sentado junto a Karra. Hoy están solos, con el cuerpo inclinado el uno hacia el otro. Mi amigo lleva el pelo rubio

revuelto y su novia se inclina hacia él para apartárselo de la cara antes de besarlo. Gray esboza una sonrisa al separarse.

Es la primera que le veo una expresión así desde que nos subimos al avión anoche. En el viaje de vuelta tras el encuentro con Cross, apenas me miró y mucho menos me sonrió. ¿Pensará que me estoy aprovechando de nuestra amistad para pedirle favores? Espero que no. Yo haría lo mismo por él y no me supondría ninguna molestia.

—Wrenny —canturrea Mako, quien me saluda con la mano. Está sentado con Henley, Saint y Evlynne, quien no esconde su desdén.

Aun así, desayunar junto a esa zorra sarcástica es mejor que comer sola, por lo que me acerco con la bandeja y me dejo caer al lado de Saint.

—Buenos días. —Hago un gesto con la cabeza hacia Gray y Karra—. ¿Cómo es que los tortolitos se han sentado solos?

Mako suelta un bufido.

—Karra ha decidido que necesitaban desayunar en pareja esta semana para fortalecer su relación.

—¿Te refieres a la relación que ella misma terminará dentro de unos meses? —interviene Saint.

—¿Para volver arrastrándose justo después? —concluye Henley.

Evlynne le da un puñetazo en el brazo.

—Oye, no seas capullo. Quizá dure. Por una vez —se corrige, lo que les produce una carcajada estrepitosa a Mako y a Henley y una risita a Saint.

Luisa y Neema se unen a nosotros minutos después, sentándose con sus bandejas. Cuando Luisa recorre con los ojos a Saint, se le escapa una sonrisa de satisfacción.

—¿Eso es un chupetón? —pregunta.

El chico solo esboza una mueca de satisfacción. Tiene una manera de desprender sensualidad sin decir una palabra…

—¿Quién te ha estado mordisqueando el cuello, Saint? —lo provoca Neema.

Henley sonríe.

—¿Quién no?

—¿En serio? —suelta Evlynne—. Tú eres incluso peor, Hen.

—¿Y tú eres una monjita? Porque me parece que, en toda tu vida, le has hecho bastantes chupetones a Saint.

No parece arrepentida.

—Bueno, míralo. —Hace un gesto hacia Saint, quien está dándole sorbos al café de forma casual, impávido ante la atención—. ¿Quién no querría mordisquearle el cuello?

—¿Has acabado de cosificarnos? —pregunta Mako con un gesto burlón.

—Ay, cielo, no creo que formes parte de la conversación —dice Luisa, quien estira la mano para darle golpecitos en el brazo.

Su amigo gruñe, molesto, y una nueva oleada de carcajadas cruza la mesa.

Me paso el resto de la mañana en el campo de tiro, trabajando con Wells y una recluta llamada Uma. Después de comer con Zak, me dirijo a la sala de guerra para mi reunión y me relajo en cuanto advierto la sonrisa de Gray. Quizá no esté enfadado por lo de anoche.

—Vaquera —dice a modo de saludo.

Hoy Adrienne está sentada a la cabecera de la mesa, con Kallister y Fiona a su derecha y Gray y Teriq a su izquierda. En lugar de procurarme una silla, me dejan de pie, lo que me hace sentir como una colegiala a punto de hacer una presentación.

—¿Qué pasa, Darlington? —pregunta Adrienne.

Carraspeo para aplacar el nerviosismo.

—Se trata del teniente Ford.

Teriq me interrumpe, con el fastidio latente en las facciones:

—No nos ha dado ni un solo dato útil en estas dos semanas.

—Y no va a hacerlo —respondo, encogiéndome de hombros—. Al menos, todavía no.

Kallister se echa a reír.

—No estás dándonos argumentos demasiado convincentes a su favor.

—Mirad, no puede volver a la ciudad. Ni quiere.

—Tampoco quiere quedarse aquí —observa Gray—. Intentará escapar en cuanto lo soltemos.

—Te equivocas. No huirá, siempre y cuando yo siga en la Daga. —Les dedico una sonrisa modesta—. Por alguna razón, ha decidido considerarse mi guardaespaldas.

Gray suelta una carcajada.

—¿No sabe que no necesitas ninguno?

—Es consciente, pero… —Paseo la mirada por la mesa—. Ford y yo nos hicimos amigos en la base. Será un buen aliado…, si le dais una oportunidad.

—Nunca nos será leal —dice Adrienne.

—A mí sí. Y, si yo soy leal a vosotros, acabará cediendo. Xavier quiere seguir con vida. Sabe lo que le pasará si lo soltáis en los distritos.

—¿Quién ha dicho que esa fuera una opción? —Teriq pone los ojos en blanco—. Porque, por mi parte, tenéis mi voto a favor de matarlo y acabar con el tema.

El miedo me eriza la piel.

—Si lo hacéis, me iré.

—Vete —dice Teriq.

Es desgarrador oír esas palabras frías y apáticas de parte del hermano de Betima, quien se sentó conmigo en el comedor y compartió su dolor sobre su pérdida.

—Ter —le advierte Gray.

—¿Qué? Dejad que se marche. Aún no nos ha demostrado nada.

Centro la atención en Adrienne y Kallister, que son los que más poder parecen tener en esta sala. Fiona nunca dice demasiado, solo capta cada pequeño detalle, absorbiéndolo. A no ser, claro, que se le suelte la lengua sobre mi condición como incitadora.

—No os estoy pidiendo que le deis un puesto de poder —digo—. Ni que lo mandéis a una misión. Lo único que quiero es que salga de esa celda. Quizá podríais llevarlo al valle.

—Por supuesto que no —replica Fiona—. Demasiadas personas han sufrido encontronazos traumáticos con el Comando. No lo autorizaré.

—Entonces, permitid que se quede aquí. Liberadlo y dejadlo a mi cargo —les suplico—. Yo responderé por él. Me responsabilizaré de todo lo que haga en la Daga. Pero os lo prometo, es un as en la manga. Se le da genial la formación con armas. Tiene muchas habilidades técnicas. Incluso es un mecánico decente. Lo recuerdo por el tiempo que pasé en la base del Comando.

—No le confiaría ninguno de nuestros planes —dice Gray.

—Entonces, la producción de comida.

—¿Y si nos envenena? —me contradice Teriq.

Reprimo un suspiro de exasperación.

—Es un Primario, sí, pero no odia a los Modos. Ni quiere matarnos. Si lo hiciera, no estaría aquí. No me habría salvado la vida. Dadle una oportunidad.

A Adrienne empiezan a brillarle los brazos. Igual que a Kallister. No sé si se están comunicando, pero un momento después la primera dice:

—Danos un minuto, Darlington. —Y hace un gesto hacia la puerta con la cabeza.

Me marcho y la puerta se cierra a mis espaldas con un brusco zumbido. Ojalá pudiera oír la conversación, pero es de acero puro, con un grosor de varios centímetros, por lo que permanezco en el pasillo, con las manos en los bolsillos, luchando contra mi impaciencia.

Unos diez minutos después, unos pasos reverberan por el pasillo. Alzo la mirada ante el sonido y me sorprende toparme con Xavier. Va flanqueado por dos hombres. A uno no lo reconozco, pero el otro es Henley, quien arquea una ceja cuando me encuentra apoyada en la pared.

—¿De qué va esto? —gruñe Xavier.

—Esta es mi manera de jugarme el cuello por ti —le digo—, así que muestra un poco de gratitud, capullo.

Henley se ríe entre dientes. La puerta doble se abre y Adrienne nos llama desde la sala de guerra.

—Darlington, Ford, pasad.

Entramos en la estancia y permanecemos de pie, en un extremo de la mesa. Xavier se muestra desafiante ante las miradas severas

de los miembros de la Autoridad, por lo que le doy un codazo, pidiéndole mentalmente que se comporte.

El silencio se alarga, cargado de tensión. Incluso yo empiezo a ponerme nerviosa bajo el peso de su escrutinio.

—Cuando queráis —bromea Xavier.

La cólera ilumina los ojos de Adrienne.

—Cállate, Ford. Y quizá deberías darle las gracias a la mujer que tienes al lado. Es la única razón por la que nos estamos planteando algo así.

—¿Plantearos el qué? ¿Qué has acordado, Darlington?

—Wren cree que tu lealtad hacia ella reemplaza tus antiguos lazos con la Compañía —dice Adrienne—. Hemos decidido que estamos dispuestos a darte una oportunidad de extender tu lealtad a los demás.

Xavier se lleva las manos engrilletadas a la cara y se rasca la barba.

—No voy a vender a mis compañeros.

—No estás en posición de negociar —dice Teriq con frialdad.

—Tengo amigos en el Comando, personas a las que no traicionaré. —Hace una pausa—. Puedo ofrecer información, pero hasta cierto punto.

Le miro. Suena… prometedor. Esa opción no era siquiera una posibilidad cuando hemos hablado esta mañana.

—Puedo daros algunos datos —continúa—, pero no todos. ¿Lo tomáis o lo dejáis?

Fiona niega con la cabeza, enfadada.

—¿Por qué estamos perdiendo el tiempo con él?

—Porque le debo la vida —contesto.

—Os puedo dar parte de la información o nada de nada —insiste Xavier—. Vosotros veréis.

Kallister y Adrienne intercambian una mirada, pero creo que ya habían decidido qué iban a hacer antes de traerlo hasta aquí, porque nadie nos pide que salgamos de la sala para poder hablar.

—Te liberaremos y quedarás a cargo de Wren con efecto inmediato —anuncia Kallister con un brillo gélido en los ojos—. Un desliz y te colgamos.

Adrienne se gira para dirigirse a mí.

—Ahora mismo es tu responsabilidad, Darlington.

Titubeo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Significa que, si la caga, se os castigará a los dos. Si hace algo que conlleve su muerte, tú también perderás la vida.

—Joder —dice Xavier, sarcástico—. A la mierda mi plan para volar por los aires esta base secreta en la montaña.

—Xavier —le advierto. Me giro para contestar a los demás—: Lo mantendré a raya. Lo prometo.

—Me gustaría ver cómo lo intentas —bromea Xavier.

Se me escapa un suspiro. ¿En qué marrón acabo de meterme?

CAPÍTULO 18



Le han colocado un localizador a Xavier, una fina banda de metal que Teriq le ha ajustado en torno a la muñeca con gran satisfacción y más fuerza de la necesaria. No puede quitársela sin un código de seguridad que solo sabe la Autoridad. Supongo que no confían en que no vaya a liberar a mi nuevo compañero de aventuras. Bueno, en realidad, de habitación porque, en contra de mis enérgicas protestas, ahora comparto apartamento con Xavier Ford.

Insistí en que era del todo capaz de mantenerlo vigilado si éramos vecinos, pero sospecho que es la manera que tiene la Autoridad de castigarme por salir en su defensa. No creen que un teniente del Comando se merezca mi lealtad y han decidido dejarlo claro intercambiando el pequeño sofá frente a mi cama por un catre para Xavier.

—¿De verdad es necesario? —se queja, levantando la muñeca.

—Créeme, a mí tampoco me entusiasma la idea de compartir baño contigo.

—Estaba hablando del puto localizador, pero tienes razón. Lo del baño es igual de absurdo. ¿Y si me la quiero machacar en la ducha?

—Podría servirte de público —digo, solícita—. Darte ánimos.

Xavier se inclina un poco hacia delante antes de decir:

—Ah, de puta madre.

Con una carcajada, coloco la sábana sobre su colchón y la fijo en su sitio. Xavier me observa mientras le hago la cama y la risa se convierte en un suspiro irregular.

—Eres idiota —comenta—. No deberías haberme defendido.

—¿Preferirías estar en una celda?

—¿Cuál es la diferencia? —Mueve la muñeca—. Sigo siendo un prisionero.

—Sí, pero ahora eres un prisionero al que debo llevar pegado como una lapa todo el tiempo.

—Yuju, estoy deseándolo.

—Ale, ya está —digo, ahuecando la almohada antes de acercarme a mi propia cama y dejarme caer en ella.

—¿Seguro que podemos hablar con libertad? —Pasea los ojos por la sala como si alguien fuera a salir de las paredes en cualquier segundo.

—No te preocupes, inhibo la señal cada vez que estoy aquí.

Le sostengo la mirada.

—¿Has hablado con Cross?

—Desde anoche, no. Nos reunimos en la ciudad. —Hago una pausa—. En Paraíso.

—Vaya, Darlington. ¿Yo he estado llorando en una celda noche tras noche hasta quedarme dormido y tú has estado tirándote a mi mejor amigo en un burdel?

—No has llorado.

—Veo que no niegas lo del folleteo.

El calor me abrasa las mejillas.

—Omitiré los detalles, excepto que me mintió. Estaba cubierto de moratones. Le dieron una paliza mucho peor de lo que me dijo.

—¿Travis?

—Roe. Lo castigaron por su estupidez. Ya sabes, por haber permitido entrar sin querer en la Élite a una horrible mujer Aberrante.

—Pero no saben que es… —se interrumpe.

Yo tampoco lo diría en voz alta, por lo que niego con la cabeza.

—Lo han retirado de su puesto —le confieso.

—No me jodas. ¿En serio?

—Sí. Ahora Radek es el encargado de la Élite Plateada. Al menos hasta que Cross recupere la confianza de Travis.

—Cross debe tener un cabreo de la hostia.

Me sobreviene una oleada de incomodidad.

—Esa es la cuestión, que solo parece… resignado.

—¿Resignado por qué?

—No lo sé, pero habla como si no hubiera una salida para esta situación de mierda, como si la sociedad estuviera condenada e intentar arreglarla fuera inútil.

—Quizá sea así —comenta Xavier, lúgubre. Mira a su alrededor de nuevo: las paredes grises y el escaso mobiliario—. ¿Y qué? ¿Ahora esta es nuestra nueva vida?

—Por el momento, sí —digo.

—No me fío de esta gente.

—¿Te fías entonces del Comando, de las personas que quieren eliminarte? ¿Te fías de Travis?

—No, de ninguno de ellos.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre. En el único en el que he confiado alguna vez es en Cross, incluso por encima de mi propia familia. Y, si soy sincero, cualquier confianza que pudiera albergar por Travis y los demás superiores se fue al traste tras el Aniversario, cuando nos pidieron que reuniéramos a los Sangre Plateada, incluidos los que llevaban décadas siendo leales a la Compañía. No me gusta matar a inocentes.

—¿Y a culpables?

Me mira durante un segundo.

—No disfruto matando, sea a quien sea.

—Entonces, ¿por qué te uniste al Comando?

—Porque lo hizo Cross. ¿Qué iba a hacer si no? No se me da bien nada, Darlington. —Suelta una carcajada—. Me gusta luchar. Y mancharme las manos. Y disparar armas y explotar cosas. ¿En qué otro sitio me hubieran dejado hacer algo así?

—Aquí —observo—, si demuestras tu lealtad.

—Ya te lo he dicho, no les soy leal. Solo a ti, a mí y a él.

Su apasionada respuesta hace que me detenga. Por un momento, no puedo evitar pensar que quizá siente algo por Cross. Y, aunque no es un Modo, se le da muy bien leerme la mente.

—No en ese sentido —dice Xavier, poniendo los ojos en blanco.

—¿No? —Arqueo una ceja.

—No, nos conocemos desde la escuela primaria. No quiero follármelo.

—Yo sí —replico, y suelta una risita.

—Vale, genial. Adelante, hazlo. Mientras, me quedaré aquí y me aseguraré de que no te maten. Pero, en serio, ¿cuál es el plan? ¿Vas a colaborar con ellos?

—Lo voy a hacer, sí. Necesitamos acabar con la Compañía. Nunca estaré a salvo en este Continente a menos que haya un nuevo gobierno. Las personas como yo necesitamos a la Revolución.

—Ya, pero ¿qué planean hacer con personas como yo?

—Según Adrienne y Kallister, quieren que todos vivamos como iguales, pero que sean los Modos quienes ocupen puestos de liderazgo.

—¡Qué gilipollez! Nadie quiere a iguales, sino a subordinados.

Me froto las sienes al notar un dolor de cabeza incipiente. Odio la política. Odio toda esta mierda. Lo único que quiero es vivir mi vida sin miedo a que alguien intente matarme por tener poderes mentales. A decir verdad, no creo que sea mucho pedir.

De repente, una voz retumba desde el sistema de megafonía.

—El comedor está abierto para el servicio de cenas.

Miro a Xavier.

—¿Preparado para presentarte en sociedad?

Quiero hacerle a Xavier un *tour* rápido por la Daga antes de cenar, pero pronto descubrimos que su huella dactilar solo le da acceso a la planta de Personal. No puede coger ni un solo ascensor a menos que utilice yo el escáner primero y, cuando trato de ir más allá de la cámara de descompresión, el localizador de la pulsera emite una luz roja que sin duda debe alertar a seguridad.

Tiene razón: quizá ya no esté en una celda, pero sigue siendo un prisionero.

Al entrar en el comedor, todos los ojos se centran en nosotros. La tensión es abrumadora cuando nos acercamos a la fila para coger la

comida. Xavier no levanta la cabeza, pero sé que es consciente de todo lo que le rodea.

Le toco el brazo.

—Relájate. Nos irá bien.

—¿Sí?

—¿Puede?

Suelta una risita. Nadie nos ofrece un asiento a su lado. Ni siquiera Mako me sonríe o me saluda con la mano, y veo cómo todo el progreso que había hecho se me escapa entre los dedos como granos de arena. Pero no me arrepiento de haber luchado por Xavier. Dejó atrás toda su vida por mí. Por Cross. Lo mínimo que puedo hacer es devolverle ese favor con mi amistad.

Encontramos una mesa vacía y nos sentamos en ella. Veo a Hawkins comiendo solo cerca de nosotros, pero no lo invito a acompañarnos. Aún sigo traumatizada por aquel día en que pensé que podría ser mi amigo.

Comemos al margen de todo y de todos. Aunque el volumen de las conversaciones vuelve a aumentar, estoy segura de que la mayoría está hablando de nosotros. La incitadora y el teniente de la sección Plata. Somos el acto de apertura de esta noche.

No logro ocultar mi sorpresa cuando Gray se acerca y se deja caer en una silla a mi lado.

—Hola. —Pasea la mirada hasta Xavier—. Ford —dice con cautela.

—Que te jodan.

—Xavier. —Reprimo un suspiro.

El aludido me fulmina con la mirada.

—Mató a Tyler.

—¿Y tú? —contraataca Gray—. ¿A cuántos de los míos has matado?

Con eso logra callarle la boca. Mientras tanto, los susurros que nos rodean no cesan. También veo muchas venas plateadas de personas que han optado por planear nuestra muerte a través de la telepatía.

—Supongo que deberías comer con los demás —aviso a Gray, haciendo un gesto con la cabeza hacia la mesa desde donde sus

amigos lo miran con desaprobación—. No te estás haciendo ningún favor ahora mismo.

—No, creo que será más seguro para todos si me siento hoy aquí.

—¿Te lo ha pedido la Autoridad?

—No, es sentido común.

—Gray —dice una voz tensa, y Karra aparece ante él, con el pelo negro sobre un hombro, lanzándole dagas con la mirada—. No seas idiota.

Mi amigo arquea una ceja, pero parece más divertido que ofendido porque lo haya llamado idiota.

—No le des tanta importancia, KC.

Dirige su mirada de enfado en mi dirección antes de centrarla de nuevo en él.

—¿Qué? ¿Ha vuelto a incitarte?

Se me tensan los hombros, formando una línea recta. Estoy a punto de preguntarle qué demonios quiere decir con eso, pero ya se está alejando.

Xavier no se esfuerza en ocultar que le está mirando el culo.

—¿Te estás tirando a esa tía, Sutler? —pregunta.

—Blake —lo corrijo, ausente. Mi mirada de inquietud se topa con la de Gray—. ¿Qué ha querido decir con eso?

Un rápido relámpago cruza los ojos de Gray. Arrepentimiento, quizá.

—Evlynne piensa que incitaste a la Autoridad para que liberaran a Ford.

El descontento me constriñe el pecho.

—No he hecho nada de eso.

—Lo sé. Ni siquiera estabas en la sala cuando votamos. Pero… —Se encoge de hombros—. Ya sabes cómo son los rumores.

Las lágrimas me arden en los ojos y los centro en la cena, negándome a revelar lo mucho que duele.

—Bueno —comenta Xavier—, ¡qué divertido!

Más tarde, mientras Xavier ronca en su cama, emitiendo un suave zumbido constante, yo permanezco tumbada en la mía, contemplando el techo.

No son los ronquidos los que me mantienen despierta. Pienso en Cross y en todas las veces que he deseado que estuviera aquí conmigo. Pero hoy he visto el odio que provoca Xavier en esta base, lo mucho que detestan su presencia. No puedo ni imaginarme el tipo de acogida que recibiría el hijo del general Merrick Redden. O cómo me acogerían a mí si se enteraran de que estoy enamorada de él.

«¿Incluso aunque supieran que es un Modo?».

Quiero deshacerme de esa idea, pero no me abandona. Si lo supieran… Con eso recorreríamos la mitad del camino a la hora de ganarnos su confianza y conseguir la benevolencia de la Revolución. Quizá lo acusarían de ser un Modo leal al régimen, pero mejor que un Primario de la Compañía. Cross podría contarles todas las maneras en las que intentó proteger a los Modos mientras trabajaba en la sección Plata, todas las vidas que logró salvar cuando su padre quería acabar con ellas.

Pero para eso tendría que tomar la decisión de salir de la ciudad y abandonar a su madre. Y no está dispuesto a hacerlo.

Ignoro la sensación en la garganta, el nudo creciente, porque se parece demasiado al resentimiento y no quiero guardarle rencor a Cross. Lo quiero. No puedo culparlo por no desear posicionarse del lado de la Revolución. Y, aunque su condición de Modo lo respaldaría, Cross no quiere que nadie se entere de eso, y yo nunca traicionaría su confianza.

Al final, dejo de intentar dormir. Me pongo unas mallas y un grueso cárdigan de lana que sospecho que pertenecía a Gray porque sigue desprendiendo un suave toque cítrico.

Los fluorescentes de la base tienen un horario fijo, de ahí que lo único que guíe mi camino sea una larga tira de tenues luces en el suelo. Aún no he salido a la cornisa (hasta ahora, me había olvidado de su existencia) y, aunque es tarde, decido echarle una ojeada. Sigo el pasillo que me indicó Gray cuando me enseñó la base que me lleva hasta una puerta doble de acero.

Dado que no tengo todos los permisos, nunca sé qué puertas se abrirán ante mí y cuáles permanecerán cerradas, pero tengo suerte y esta se abre. Me encuentro en otra cámara de descompresión, y las puertas se cierran a mis espaldas con un siseo mientras la presión de aire se iguala.

El aire fresco me inunda las fosas nasales. Es invierno, pero, según los libros de Historia, el Continente hace un siglo que no vive uno de verdad. Nunca he experimentado al frío intenso del que he leído, y tampoco he visto la nieve, a excepción de en las fotografías.

Una vez leí una obra sobre una montaña famosa en los Continentes Perdidos, uno de los picos más altos del antiguo mundo, pero, cuando traté de buscarlo días después, el libro había desaparecido. El Comité de Comunicación hace ese tipo de cosas a menudo, prohiben títulos sin ton ni son. Se esfuman del catálogo digital de la Compañía, sobre todo aquellos relacionados con la era pasada que el padre de Cross desprecia.

Pero juro que ese libro existía, el que trataba sobre una montaña nevada majestuosa y un trayecto agotador en el que se embarcaron muchas personas para alcanzar su famosa cima. Me habría encantado verla.

Esta noche, el aire trae consigo un toque de frialdad que me empuja a ceñirme el cárdigan. En la cornisa no hay barandilla y me recuerda a lo que me contó Gray sobre que Hawkins había empujado a su novia a la muerte. ¿Será aquí donde cayó?

Camino por el saliente, que se estrecha y curva antes de abrirse a un patio grande y natural. Cerca del borde, echo un vistazo para ver la caída de diez metros hacia lo que parece un camino.

Me gustaría explorar esta montaña, esos senderos. Ahora que Xavier está libre, quizá le permitan acompañarme. Sería algo con lo que entretenernos hasta que la Revolución nos considerara útiles.

Me deslizo hasta el suelo y dejo los pies colgando sobre la cornisa, contemplando las copas de los árboles y el cielo oscuro. La miríada de estrellas me recuerda a los campos de fuerza alrededor de la base del Comando.

Mientras estoy admirando la vista, siento que Kallister trata de vincularse conmigo.

No quiero asustarte, pero voy a salir.

Oigo cómo se abre la cámara de descompresión y cómo, después, se cierra con un zumbido parecido a una succión. Las pisadas reverberan al otro lado de la esquina antes de que Kallister aparezca con una sonrisa de arrepentimiento.

—La gente se suele sobresaltar por los ruidos si están sentados en la cornisa —dice en voz alta—. Creí que lo mejor era avisarte. ¿Te importa si te acompaño?

—Claro.

En lugar de sentarse, permanece de pie a unos metros de distancia, con las manos en los bolsillos de los pantalones negros.

—¿Cómo sabías que estaba aquí fuera? —le pregunto.

—Ha saltado una alerta en el departamento de seguridad. Nadie suele abrir la cámara de descompresión tan tarde.

—¿La alarma saltaría para cualquiera o solo para mí?

—Cualquiera. —Suelta una carcajada—. Por desgracia, no eres especial, Wren. Sufrimos un accidente una vez y, desde entonces, el departamento se mantiene alerta.

Su respuesta confirma mis sospechas: aquí debió ser donde murió la novia de Hawkins.

—¿No puedes dormir? —dice.

—No.

—Sé que te debe estar resultando difícil acostumbrarte. Vivimos en un mundo que fomenta la desconfianza, pero en general aquí la gente es… buena. Siempre te vas a encontrar a personas como Evlynne o Fiona, que temerán tus habilidades. Pero lo único que quieren todos, incluidas ellas dos, es que sus familiares, amigos y ellos mismos puedan vivir en paz. Cuando se den cuenta de que no eres una amenaza para ellos, empezarán a confiar en ti.

Desvío la mirada hacia el paisaje en penumbra.

—Echo de menos a Jim. Era la única familia que tenía.

«Te quiero como si fueras mi propia hija». El corazón se me constriñe al recordar su carta, esas palabras inesperadas que me dedicó.

No recuerdo a mi padre. Murió cuando apenas tenía cuatro años. Jim Darlington es el único padre que he conocido. Pienso en él como

el tío Jim, pero ahora entiendo lo injusto que era ese apodo. No era mi tío; para todo lo importante se comportó como un padre.

La voz de Kallister se vuelve ronca cuando dice:

—Julian y yo nos quedamos huérfanos muy pronto y no teníamos más familiares que nuestros padres, por lo que, después de su muerte, estábamos solos. Él también era mi única familia.

—¿Tienes mujer? ¿O novia? —pregunto, curiosa.

—No, no desde hace mucho.

—Pero ¿estuviste casado?

—Casi. Me dejó tras averiguar que era un Modo.

Se me corta la respiración.

—¿Se lo contaste o lo descubrió?

—Lo descubrió. En ese momento, estaba en Santuario, trabajando en el departamento de comunicaciones. Vivimos en apartamentos separados durante la mayor parte de la relación, pero insistió en que solicitáramos una vivienda conjunta. Sabía que era mala idea. Maldita sea, es mala idea incluso liarse con una Primaria. Pero la quería. Nos aprobaron la convivencia y todo fue perfecto durante casi un año. Entonces, una noche, cuando estaba dormida, usé la telepatía para hablar con mi supervisor en la Revolución.

—Pero no estaba dormida.

—No. Me vio las venas y supo lo que ocurría. Me dijo que era un monstruo y me abandonó.

—¿Te denunció?

—No le di oportunidad. Estaba en peligro, por lo que la red me sacó de allí y me trajo a la Daga. Tenía veinticinco años.

—¿Qué pasó con ella?

—Se casó con otra persona. —Me dedica una sonrisa cómplice—. Y, antes de que preguntes, sí, le he seguido la pista, y, sí, supongo que no es lo más sano.

—No te juzgo. Yo habría hecho lo mismo, sobre todo si estuviera enamorada.

—La quería mucho. —En su voz se intuye el arrepentimiento.

Tras unos segundos de silencio, me pongo en pie con cautela.

—Creo que debería intentar dormir un poco. Mañana me toca trabajar en el campo de tiro.

Antes de que pueda llegar a la cámara de descompresión, Kallister me detiene, cogiéndome del brazo.

—Ven por la mañana a mi apartamento. Tengo algo que me gustaría que vieras.

Caigo en un duermevela irregular. Cuando me despierto, las sábanas se han convertido en un lío enmarañado y no tengo la impresión de que haya descansado lo más mínimo. Es más, me siento agotada.

—¿Hoy iremos al campo de tiro? —pregunta Xavier, adormilado. Con el pecho al descubierto, se estira y bosteza antes de incorporarse.

—Sí, pero necesito ir primero a hablar con Kallister.

—Ah, nuestro nuevo dueño.

Ante este comentario, suelto un suspiro.

El apartamento de Kallister está en la misma sección que el de Adrienne. Me recibe con un café, que acepto encantada. El líquido abrasador me calienta la garganta y me activa el cerebro.

—Lo que te voy a enseñar no puede salir de esta habitación —dice, directo al grano.

Su apartamento se compone de distintas salas y la curiosidad me cosquillea las entrañas cuando me guía hasta su despacho. Es pequeño y no contiene nada más que un escritorio, una silla acolchada, una pantalla holográfica y una caja fuerte encastrada en la pared.

Kallister se acerca a esta última y activa el escáner de retina, que desprende una luz verde. Cuando el candado se desbloquea, emite un zumbido. La puerta de metal se abre y, cuando introduce la mano en su interior, vislumbro lo que parece un puñado de tabletas. Coge una y hace un gesto hacia la silla.

—Siéntate.

Obedezco, observando cómo desbloquea la tableta. No puedo ver la pantalla aún, pero, cuando por fin se acerca y me la tiende, me quedo en *shock*. Es un documento digital.

Asunto: Marina Serrano

A juzgar por el índice, el archivo es un tesoro repleto de información. La emoción me cosquillea el estómago mientras ojeo los distintos encabezados. Biografías. Registros de misiones. Transcripciones de interrogatorios. El árbol genealógico de los Serrano y los Hess. Certificados de matrimonio. Certificados de defunción. Hay incluso un directorio sobre la cordillera Valterra y el bombardeo en el Puesto Soleado, incluidos enlaces a libros y documentos sobre el tema.

—La mayoría de nuestra información se comparte con libertad dentro de la Daga —me explica Kallister—. No solemos tener secretos para nuestros agentes. Pero algunos temas son demasiado sensibles para el público y no están disponibles en nuestra base de datos general.

Levanto los ojos de la pantalla.

—¿Quién tiene acceso a este archivo?

—La Autoridad. Y ahora tú. Pero solo puedo dejar que lo leas aquí. La tableta no puede salir de mi apartamento.

Se me acelera el pulso.

—¿Por qué lo haces?

—Anoche dijiste que no tienes familia, pero, por suerte o por desgracia, no es así. —Se le suaviza la mirada—. Pensé que te gustaría conocerla.

NÚMERO DE CERTIFICADO: 289BL44
CATEGORÍA: Niña menor de 12 años



FALLECIDA
Nombre completo: Stella Hess
Año de nacimiento: 5 E. N.
Sexo: F
Distrito: Santuario

PADRE/MADRE/TUTOR
Nombre completo de la madre: Marina Serrano
Año de nacimiento: 2130 E. A.
Nombre completo del padre: Jakob Hess
Año de nacimiento: 2129 E. A.

FECHA Y HORA DE LA MUERTE: 22/04/10 E. N. 04:45 AM
LUGAR DE LA MUERTE: Lugar de residencia, Santuario

CAUSA DE LA MUERTE
Causa inmediata: Inhalación de humo, quemaduras provocadas por un incendio en la estructura
Factores contribuyentes: No aplica
Motivo de la muerte: Accidental

NOTAS DEL MÉDICO FORENSE
Fallecida encontrada muerta en la escena. Los primeros agentes en llegar al lugar del incendio no lograron recuperar el cuerpo hasta después de su calcinación. Los restos se identificaron a través de una prueba de ADN. No hay signos de acto criminal o condiciones médicas preexistentes. Los informes toxicológicos no muestran el uso de sustancias ilegales. Al parecer, el fuego fue un accidente que se originó por un fallo eléctrico.

MÉDICO CERTIFICANTE
Nombre del médico: Doctor Macon Driscoll
Firma: *Dr. Macon Driscoll*
Fecha: 23/04/10 N. E.

CAPÍTULO 19



Aunque me encantaría pasarme todo el día devorando los documentos sobre mi madre, siento que la hospitalidad de Kallister está llegando a su fin. Es evidente que no quiere dejarme a solas en su apartamento, pero que es demasiado cortés como para echarme. Cuando pasa junto al umbral por tercera vez, me obligo a cerrar el archivo. Apenas he avanzado, pero con suerte me dejará seguir leyendo más tarde. A decir verdad, quizá no me vendría mal dedicar un poco de tiempo a asimilar lo que he leído. No todos los días se encuentra el certificado de muerte de uno mismo.

—¿Por qué no fijamos un día para juntarnos? —me sugiere—. ¿Qué te parece cenar aquí, en mi apartamento, una vez a la semana? Así tendrás tiempo de leer el documento y no tendré que meterte prisa para que te vayas.

—Suena genial. Gracias. —Me detengo en el umbral y lo tomo de la mano, algo incómoda, antes de regalarle una ligera presión—. Te lo agradezco mucho. No sabes lo que significa para mí.

—Creo que me hago una idea.

Se supone que debo llevar a Xavier al campo de tiro, pero me siento demasiado distraída ahora mismo como para manejar armas de fuego, así que me dirijo al comedor. Me sirvo un café y me siento a solas en una esquina, delineando ausente el borde de la taza con el índice. No sabía lo lejos que habían llegado Jim y mi madre para sacarme a hurtadillas de la ciudad. ¿Un certificado de muerte falso? ¿Un cuerpo en el escenario del incendio? ¿Eso también era falso?

Inquieta, contacto con Cross. En mi opinión, mi auténtico superpoder es la capacidad de pasar desapercibida al usar mis

poderes. Mis venas nunca me traicionan.

No has vuelto a la celda, ¿no?, le pregunto, sorprendida cuando se vincula conmigo. Últimamente es difícil dar con él.

Parece agotado cuando responde: *No, acabo de terminar una reunión con el departamento de inteligencia*.

Creía que Travis te había apartado.

Y lo había hecho. Esta ha sido la primera reunión desde hace semanas. No deja de enviarme encargos de mierda en los distritos para que demuestre mi lealtad. Detalles sobre la seguridad, no me jodas. La otra noche me mandó seguir a uno de sus amigotes capitalistas por Santuario.

¿De qué iba la reunión?

Cómo dar con el resto de los Modos leales al régimen que se escondieron después del Aniversario. Hay cientos de ellos de los que no sabemos su paradero. Hace una pausa. *Lyddie estaba en la reunión*.

Al pensar en ella, aprieto los dientes. No quiero a esa zorra traidora en el mismo planeta que Cross, y mucho menos en la misma habitación.

¿Y qué ha dicho mi querida amiga?, pregunto, tensa.

No gran cosa. Está demasiado ocupada lamiéndole el culo a mi hermano. Creo que está pillada por Travis.

Rechino los dientes con más fuerza. Recuerdo todas las veces que Lyddie habló de lo atractivo que es Cross, cómo se ruborizaba cuando yo le tomaba el pelo porque le gustaba.

«Vaya, una pena, Lydia. No eres su tipo y ya está ocupado, joder».

Ah, vale. Ha sonado mal. Lo reconozco. Aunque Cross no me ve, siente mi cambio de humor.

Estás enfadada.

Bueno, acabas de estar en la misma habitación con personas que quieren matar a los míos y con la chica responsable de que hayan emitido una sentencia de muerte contra mí mientras tú te dedicabas a no hacer nada al respecto. ¿Por qué iba a enfadarme? Mis palabras rebosan sarcasmo.

¿Qué quieres que haga?, pregunta sin alzar la voz. *¿Matarlos a todos y salir de Santuario a punta de pistola? ¿Cruzar las Tierras Oscuras hasta vuestra base para que me reciban con un disparo en la cabeza?*

¿Y qué tal si no pasas tiempo con Lyddie? Sería un buen comienzo, hostia.

El silencio me inunda la mente, pero sé que sigue ahí. Está esperando a que me calme, a que recupere el aliento. Lo hago, permitiendo que la rabia fluya por mi cuerpo hasta disiparse. Sin embargo, el descontento sigue presente. Entiendo que está en una situación imposible, pero… ¿Lyddie? ¿Ser majo con Lyddie?

Margarita, pregunta con voz ronca. *¿Estamos bien?*

Suelto el aire con lentitud.

Sí. Dudo un segundo. *Kallister me ha dado acceso a los informes sobre mi madre esta mañana. He encontrado mi propio certificado de defunción.*

¿En serio?

Sí. Resulta que mi madre y Jim fingieron mi muerte en un incendio. Y se descubrieron mis supuestos restos entre las llamas. ¿Crees que mataron a un niño?

Lo dudo. Todos están registrados en el sistema. Si uno se perdiera, saltaría la alarma.

Entonces, ¿de dónde salieron los huesos humanos? El médico forense les hizo una prueba y el ADN coincidía con el mío. Supongo que habrán modificado esos informes, pero ¿cómo explicas lo del cuerpo?

Mi teoría es que accedieron a la morgue de Santuario. Lo más probable es que cogieran un cadáver antes de que lo incineraran.

Un estremecimiento me recorre el cuerpo. Esa idea es horripilante, pero no me parecería tan raro del tío Jim. Lo veo haciendo algo así, sobre todo si quería a mi madre tanto como asegura Kallister. No, tanto como asegura él mismo. ¿Qué fue lo que escribió en la carta? «La quise con toda mi alma, a pesar de lo que hizo».

¿La quería como amiga o estaba enamorado? En cualquier caso, es deprimente. Quería a Marina hasta tal punto de aceptar alejarse

de ella y ocuparse de su única hija. Y, según sus propias palabras, siguió queriéndola incluso después de que se descubriera que era una traidora.

¿Podría yo hacer algo así? ¿Seguiría queriendo a Cross si me traicionara?

Me muerdo el labio inferior al darme cuenta de que… sí, lo haría.

Supongo que el tío Jim y yo tenemos eso en común.

Entro en mi cuarto justo cuando Xavier está saliendo del baño con una toalla en torno a la cintura y el pecho desnudo cubierto de pequeñas gotas que le caen del pelo húmedo. Centro la mirada en los tatuajes del costado izquierdo: rosas negras que se entrelazan con enredaderas llenas de espinas.

—Lo siento —digo al cerrar la puerta—. No esperaba encontrarte medio desnudo.

—No pasa nada. Alégrate la vista, Darlington. No me importa.

Suelto una risita y me dirijo al armario, donde cojo una sudadera gris.

—Bonito tatu. Es como un jardín que da yuyu.

—A las mujeres parece gustarles. Y a los hombres. —Se detiene—. Ahora que lo pienso… soy irresistible para todos.

—Créeme, para mí no —digo, enfundándome la sudadera—. Voy a dar un paseo y despejarme antes de reunirme con Hawkins. Podemos ir al campo de tiro tras mi formación.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. ¿Te importaría quedarte solo un tiempo?

—¿Tengo otra opción? —Pasa a mi lado con pesadez y se deja caer en la cama, aún con la toalla puesta.

Abro el cajón superior de la mesilla y saco la tableta de entretenimiento que me dio Gray el otro día.

—Toma —digo, tendiéndosela a Xavier—. Ahí tienes una filmoteca entera. Volveré pronto.

Aunque sé que no estoy obligada, aviso a Adrienne de que voy a salir de la Daga. Me recomienda que me lleve un arma, por lo que

me paso primero por la armería para sacar una. Supongo que Gray no bromeaba sobre las manadas de coyotes blancos. Adrienne me confirma que son más violentos que los que merodean por los alrededores de los pueblos de los distritos.

Cuando salgo al exterior, el sol matutino está cruzando el cielo. Pronto, no tarda en alzarse sobre mi cabeza y tengo tanto calor que me quito la sudadera y me la ato a la cintura.

Sigo un camino por la ladera de la montaña en una dirección que no he explorado aún. Me sorprende ver flores en pleno apogeo por todo el sendero, vívidos cúmulos de morados y azules. Debería ser demasiado tarde para los acianos y, o bien me lo estoy imaginando, o las moradas son campanillas violetas. Nunca las he visto más allá de las Tierras Oscuras y las evito porque no estoy de humor para sufrir una parálisis temporal ahora mismo.

Aquí no se oye nada. Ni el canto de los pájaros ni el zumbido de los insectos. Una sensación de paz me inunda cuando llego a una pequeña arboleda con una alta vegetación y un océano infinito de flores silvestres, pero la serenidad se convierte en cautela al advertir un crujido entre la hierba. Una cabellera rubia aparece ante mí cuando la chica que había estado agachada entre el césped se incorpora. Es Poppy. Se da media vuelta y se sobresalta al verme.

—Perdona —digo—. No pretendía asustarte.

—No me has asustado. —Emerge de entre la hierba con un puñado de acianos.

—¿Estás cogiendo flores? —comento antes de avergonzarme por haber preguntado algo tan obvio.

—Estoy haciéndole un ramo a mi madre. —Poppy se encoge de hombros—. Le encantan las flores.

—¿Por eso te llamó así? «Poppy» es amapola, ¿no?

—Sí, son sus flores favoritas. Dice que me puso ese nombre para no olvidarse de ellas cuando dejaron de crecer.

Asiento, comprensiva. Muchas especies de plantas murieron tras la Última Guerra, algunas por la radiación y otras sin ninguna razón aparente. Las amapolas siguieron ese camino, aunque duraron mucho después de la guerra antes de desaparecer de repente.

La adolescente se acerca a un arbusto no demasiado alto y se arrodilla para coger una larga flor con los pétalos de color lila.

—Yo que tú no haría eso —le aconsejo.

Se tensa y frunce los labios.

—¿Por qué no?

—Es una campanilla violeta. —Me acerco y le dedico una sonrisa titubeante antes de contemplar el arbusto—. Sí, sin duda es una campanilla.

—Nunca las había visto.

—La campanilla violeta es una mutación. Solo florece una vez cada tres años. Su pariente más cercano en el mundo de las plantas sería… —Me paro a pensar—. Quizá la cicuta. Las campanillas no suelen ser mortales, pero la sabia causa parálisis. Basta con tocar una gota para que te pases horas tirada en el suelo, inmóvil. Además, actúa rápido, en pocos minutos.

La alerta cruza los ojos azules de Poppy. Se aleja, arrastrando los pies, como si los pétalos morados fueran a saltar del arbusto y atacarla.

—¿Cómo lo sabes? —Inclina la cabeza, curiosa y bastante impresionada.

—Mi tío sabía de todo sobre plantas, en especial de mutaciones e híbridos que surgieron tras la radiación de la Última Guerra. Me enseñó cuáles debía evitar.

—Ah, vaya. Gracias. —Mira las flores con un respeto renovado—. ¿Por qué las más bonitas son siempre las más peligrosas?

Sonrío. Eso también podría aplicarse a los hombres.

—Aún necesito algunas hojas para el ramo —dice, haciendo un mohín. Mira a su alrededor, contemplando cada planta como si encerrara un secreto letal—. ¿Hay alguna más que pueda paralizarme?

—Paralizarte no, pero ¿ves esa roja? —Me acerco a otro arbusto y cojo una flor de color carmesí—. Es cazuta. Si extraes la raíz, la hierves y te la bebes, tendrás el peor dolor de estómago de tu vida. —Tiro los pétalos al suelo y contemplo los otros arbustos—. Creo que las demás son seguras.

—Bueno, quédate por aquí cerca, por si acaso —me pide con timidez.

—Claro, será un placer.

—Iba a visitar también el aviario, por si quieres venir.

—¿Hay un aviario?

A Poppy se le ilumina la expresión.

—¡Sí! Es mi lugar favorito de toda la montaña.

Continuamos por el camino unos metros antes de que se detenga para coger unas gruesas hojas verdes.

—Con esto debería bastar. —Mete el ramo en la bolsa de tela marrón que lleva colgada al hombro y que se balancea mientras camina.

—Bueno, cuéntame cotilleos —le suplico—. Seguro que sabes todo lo que ocurre en la Daga. En plan… ¿Quién le robó el chocolate dorado a Mako? ¿Crees que fue Raven?

Su risa parece oxidada, como si no estuviera acostumbrada a emitir un sonido así.

—No tengo ni idea, pero me encanta la dedicación que le está poniendo a resolver el misterio.

—Me pasa igual. Vale, ¿qué más? —Rebusco en mi cerebro—. ¿Evlynne siempre es un grano en el culo?

Poppy suelta otra carcajada.

—Entiendo por qué piensas algo así. Evlynne es dura, pero creo que es lo normal cuando te quedas embarazada tan joven.

Me quedo boquiabierta.

—¿Evlynne tiene un hijo? —Es la primera vez que oigo algo así.

—Sí, vive en el valle. Se llama Fisher y lo tuvo con diecinueve años. Creo que el padre la abandonó. ¿O lo dejó ella? No debería contártelo. En realidad, no sé qué ocurrió.

—Entonces, ¿el padre no está aquí?

Poppy niega con la cabeza.

—Creo que está en los distritos.

Me guardo el dato.

—¿Y tú? ¿Conociste a Gray en la base del Comando? —me pregunta—. Se lo oí decir a alguien.

—Sí, nos hicimos amigos, pero no tenía ni idea de que era un Modo hasta que llegué aquí. Maldita sea, ni siquiera sabía que seguía vivo porque el capullo fingió su propia muerte. Organizamos un funeral en su honor y todo.

Poppy abre la boca como si fuera a decir algo, pero luego las mejillas se le tornan rojas y desvía la mirada hacia el camino ante nosotras.

—¿Qué pasa? —la presiono.

—Nada. Es solo… —Se encoge de hombros—. Si te gusta, espera un poco.

—¿Que espere a qué?

—A nada. No debería decir nada.

—No, dímelo.

—Karra siempre le pone los cuernos.

Vaya. Vale, no esperaba algo así.

—¿Y Gray lo sabe? —pregunto con el ceño fruncido.

—Creo que sí. Llevan saliendo y cortando años. Tampoco creo que esté demasiado implicado en la relación. Ni Saint ni él tienen madera de novio.

Parece ser así, a juzgar por todas las mujeres que veo saliendo a hurtadillas de la habitación de Saint cada mañana.

—¿Por qué has metido a Saint en la conversación? —la provoco, y Poppy agacha la cabeza para que no vea cómo se ruboriza. Es imposible no hacerlo. Su cara se ha tornado tan carmesí como la cazuta—. Vaya, parece que alguien está enamorado de Saint.

—No estoy enamorada. Solo creo que es mono, ya está. —Suelta un gruñido—. Bueno, ven por aquí. Ahí está el aviario.

Dejo el tema porque me gustaría ser amiga de esta chica y no quiero que piense que soy de esa gente pelma que no deja de provocar a los demás con sus flechazos.

Abro mucho los ojos cuando Poppy empuja la valla, porque lo que aparece ante mí es lo último que esperaba encontrar en la montaña. El aviario es un enorme recinto en medio de una densa arboleda cuya malla de alambre se camufla entre las enredaderas y el follaje. Los árboles proporcionan sombra a los pájaros, que vuelan de una

rama a otra. Hay incluso un pequeño estanque de piedra que se encuentra en el centro del recinto, con agua cristalina y rocas lisas.

—Vaya —musito, maravillada—. ¿Sabes? Nunca había visto un aviario.

—Es más un santuario. Cuidamos de los pájaros heridos y… bueno, yo no tanto —se corrige, y se vuelve a ruborizar—. Scarlett hace todo el trabajo, pero me deja ayudarla a veces.

Entramos y me invade una sensación de serenidad al estar rodeada del roce de las hojas y el tenue susurro de la brisa. Oigo el suave canto de los pájaros y las distintas melodías que me hacen sonreír. Me recuerda a nuestro claro en las Tierras Oscuras, donde pasamos tres años. Los pájaros solían reunirse en él porque era uno de los pocos lugares soleados de todo el bosque. Se posaban en las ramas y se deleitaban con la débil luz que penetraba en la densa niebla negra.

En el centro del aviario hay una estructura de madera, una especie de cabaña. Los tablones se han combado y se han tornado grises, maltratados por el clima durante años, y la mitad de la pared está cubierta de enredaderas.

—¿Qué es eso?

Poppy se dirige hacia la puerta abierta.

—Ven y verás.

Dentro, el aire aumenta al menos siete grados y la humedad se multiplica por cien. Inspiro el aroma a madera y paja, así como el olor terroso de las aves. Alrededor de una docena de pájaros se ha instalado dentro de la cabaña.

—Este es el refugio para los pájaros a los que no les apetece volar. Suelen venir aquí y esconderse —me explica Poppy.

Veo gorriones y arrendajos, incluso un chochín; el pequeño pájaro marrón está posado en un saliente de la pared.

Paseo la mirada hasta las vigas y arqueo una ceja.

—¿Eso es un búho?

Asiente.

—Scarlett lo encontró el mes pasado con un ala rota.

Me he topado con muchas criaturas salvajes en mi vida, tanto en las Tierras Oscuras como durante la década que pasamos en el

rancho, pero es inquietante ver a todos estos pájaros en el mismo sitio, encantados de estar a cubierto.

Un yal azul revolotea sobre nuestras cabezas y se posa en la repisa al otro lado de la habitación.—¿Los liberáis después de que hayan sanado?

—A la mayoría, sí, a menos que Scarlett piense que no podrán sobrevivir ahí fuera. Y algunos son demasiado tercos como para marcharse. Como Buttercup. —Poppy le dedica una sonrisa a un periquito amarillo y gordo—. Cada vez que intentamos liberarla, vuelve. Es muy cabezota. Todos tienen su propia personalidad. —Se le vuelven a ruborizar las mejillas, esta vez de emoción—. ¿Ves esa urraca sobre la puerta? Es Didi. Es una alborotadora. No deja de acosar a los demás.

Suelto un bufido.

—Y el gorrión cerca de la ventana es Markin. Cree que este lugar es suyo. Es muy mandón.

Sin previo aviso, el silencioso chochín alza el vuelo desde el saliente y se dirige directo a mi mano. Lo contemplo mientras se posa en mi dedo.

Me giro a Poppy, sorprendida.

—¿Crees que sabe que mi nombre significa chochín?

La adolescente me contempla durante un segundo. Luego, se dobla por la mitad, muerta de risa.

—Claro que no —balbucea—. Es un pájaro.

De repente, yo también estoy llorando de la risa porque… sí…, es verdad, ha sido una pregunta estúpida. Es la primera vez desde que llegué a la Daga que me siento lo bastante relajada como para bajar la guardia y estallar en carcajadas, y ambas estamos jadeando cuando se nos pasa el ataque de risa.

—Olvídalo —le digo—. Finjamos que no acabo de mostrarte lo ingenua que puedo llegar a ser.

Esa urraca malvada, Didi, ahora está graznando y agitando las alas ante el gorrión, Marvin. Tiene una actitud demasiado rebelde para ser un pájaro. Es impresionante.

Extiendo la mano.

—¿Quieres cogerlo?

La sonrisa de Poppy se desvanece. Niega con la cabeza.

—No podemos tocarlos. Son las reglas de Scarlett.

—Mierda, ¿por qué no me lo has dicho? —Muevo el dedo y el pequeño chochín se aleja para posarse en el poyete de la ventana.

Permanecemos allí un momento, escuchando la suave canción de las aves y su reconfortante aleteo. A pesar de que están aquí encerrados, me da la sensación de que estos pájaros heridos, que vuelan de un lado a otro, incluido el búho que se mueve por la viga de madera del techo, son libres. Que están libres de toda carga. No recuerdo la última vez que yo me sentí libre de toda carga.

—¿Vienes aquí todos los días? —le pregunto a Poppy.

—No todos, pero muchos. —Se da la vuelta y sigo su mirada más allá de la ventana, hacia los picos de las montañas que se yerguen en la distancia, de color marrón oscuro sobre el cielo azul claro—. Es apacible. Aquí puedo pensar. Igual que cuando recojo flores. La calma me ayuda a despejarme.

Duda y sé que quiere seguir hablando, por lo que la animo con una sonrisa.

—Mi madre es muy sobreprotectora —dice al final.

—Ya me he fijado.

—A veces, demasiado. —Se le tensa la expresión—. No puedo salir de la base durante una hora sin que se vincule conmigo para ver si estoy bien.

Sí, de eso también me he dado cuenta. Sus venas no han dejado de iluminarse desde que nos marchamos del claro. Suponía que estaba utilizando la telepatía, pero sus palabras me lo están confirmando.

—Y los abrazos constantes y los «te quiero». —Suelta un gemido—. Es asfixiante… —Se detiene, silenciada por la culpa—. No se lo cuentes a nadie.

—No lo haré. Y lo entiendo. Seguro que es un coñazo. —Me sorprendo extendiendo la mano para darle un pequeño apretón en los dedos—. Y, bueno, no quiero invalidar tus sentimientos porque son normales, pero…, si te sirve de algo…, mataría por tener una madre, o un padre, que se preocupara tanto por mí.

Poppy frunce el ceño.

—¿No tienes padres?

—Me crio mi tío. Y créeme, nunca me abrazaba. Me decía que me quería, pero tampoco demasiado a menudo. —Me encojo de hombros—. La cuestión es que, a veces, poner un asunto en perspectiva es útil. Un día quizá deje de atosigarte y entonces la echarás de menos, seguro. —Paseo de nuevo la mirada por la cabaña llena de pájaros y respiro hondo—. Entiendo por qué te gusta tanto estar aquí. Hay mucha paz. Y es una especie de recordatorio.

—¿De qué?

Hago un gesto hacia los yales, que pían alegres el uno al otro como si tuvieran una conversación de verdad.

—Si estas criaturas pueden ser felices con las alas rotas u otras heridas, si pueden seguir cantando, nosotros también podemos. Nos recuerdan que no debemos renunciar a la felicidad.

Una suave sonrisa le curva los labios.

—Me gusta.

La serenidad de nuestra excursión al aviario me acompaña durante todo el camino de vuelta a la Daga. Sin embargo, en cuanto nos acercamos a la cámara de descompresión, una brusca voz femenina cruza el aire.

—Poppy.

Mi buen humor se desvanece. Es Fiona.

—Ven —le ordena la mujer, haciéndole un gesto a su hija con rigidez.

La postura de Poppy cambia y curva ligeramente los hombros. No paso por alto la manera en la que le brillan los brazos desnudos bajo la luz del sol. Se están comunicando por telepatía. Supongo que Fiona tiene mucho que decir tras vernos juntas.

Por supuesto, la mirada de Poppy se torna fría cuando se gira de nuevo hacia mí.

—Gracias por las lecciones sobre plantas.

Desaparece antes de que pueda despedirme.

Hawkins me está esperando en el Templo, donde nos pasamos una hora aprovechando el oro. Estoy progresando y ganando confianza con cada sesión práctica. Mientras permanecemos sentados bajo el brillo etéreo de un recoveco cubierto de daguita, noto cómo la energía me recorre el cuerpo como una corriente silenciosa que se desliza bajo mi piel. Estoy aprendiendo a no forzarla, a recopilar con lentitud el polvo dorado. A rodearlo con los dedos. A dejar que crezca, mota a mota. A permitir que aumente de tamaño.

Hoy incluso lo noto vibrar en mi torso, no solo en las manos y los brazos. Sigo respirando con lentitud, de manera constante, al mismo tiempo que la energía me recorre las venas. Por un momento, me siento tentada a incitar a Hawkins. Seguro que podría si lo intentara, a juzgar por lo poderosa que es ahora mismo la energía. Pero no me ha dado su permiso, así que resisto el deseo de cruzar ese límite.

Después, cuando me anuncia que se ha acabado la sesión, no me levanto. Me retuerzo las manos sobre el regazo, a la vez que me muerdo el labio, angustiada.

—¿Alguna vez te molesta? —le pregunto antes de que se vaya.

—¿Qué?

—El miedo que tienen los demás a que los incites.

Se encoge de hombros.

—Te acostumbrarás.

—Antes de reunirme contigo, estaba dando un paseo con Poppy. Cuando hemos vuelto, Fiona casi la ha arrastrado lejos de mí igual que si sufriera una plaga como las de la era pasada. Entiendo que Fiona odie a los incitadores, pero… no sé, me duele que algunas personas no se fíen de mí.

—Claro que no se fían. No pueden protegerse.

—No tienen que hacerlo —protesto.

—En mi opinión, deberías dejar de intentar gustarles a todos. Búscate una puta afición o algo.

—¿Eso es lo que haces? ¿Distraerte con una afición?

No se me ha escapado que se pasa todas las comidas solo, excepto las veces en las que Kallister come en el comedor. Sospecho que este se siente mal por el chico y lo invita a acompañarlo. Cada vez que veo cómo le brillan las venas por la conversación telepática

que deben estar manteniendo, me pregunto de qué diablos estarán hablando. Hawkins es la persona menos afable que conozco.

—Supongo —contesta—. Hago senderismo. O vuelo.

—¿Con un avión?

Me dedica una mirada que dice: «¿Eres retrasada?».

—Perdona, pregunta tonta. —Joder, este tío me pone de los nervios—. No sabía que fueras piloto.

—No es nada oficial —musita—. Ninguno de los líderes de misión me dejaría unirme a ellos.

—Vaya. —Noto una punzada de compasión.

—Pero lo disfruto. A veces Kallister me da un permiso especial para que me suba a una aeronave si no la están usando.

Durante un momento, las dudas me silencian hasta que no puedo reprimir la curiosidad.

—He oído el rumor de que incitaste a alguien por accidente.

Su expresión se convierte en piedra, pero ya he abierto esa puerta. Debo continuar.

—Tu novia… Zoe, ¿no?

Sigue mirándome.

—¿Se cayó por la cornisa?

Me dedica un rápido asentimiento.

—¿Estabais discutiendo cuando ocurrió? Me pasó una vez —confieso—. Con mi tío. Estaba cabreada con él por sacarme de una fiesta con mis amigos, por lo que le grité que diera la vuelta al coche y lo incité sin querer. Estuvimos a punto de morir. —Se me escapa un suspiro irregular de la garganta—. Eso es lo que me da miedo.

—¿El qué? —musita.

—Tener este poder que no puedo controlar. Saber que mis emociones pueden empujarme a incitar a alguien para que haga algo peligroso, algo que les haga daño o, peor, que los mate.

—Entonces, aprende a dominarlo.

—¿Es posible controlarlo del todo?

Antes de que pueda responder, mi intercomunicador emite un pitido. Lo saco y me topo con un mensaje de Gray.

«¿Te apetece dar una vuelta por las nubes?».

CAPÍTULO 20



Encuentro a Gray en el hangar de salidas, junto al helicóptero gris al que siempre se refiere como «su pajarito». Va vestido de manera informal con unos pantalones de camuflaje, una camiseta blanca y unas botas marrones. El conjunto le queda bien.

Le brillan los ojos verdes cuando me acerco a él.

—Oye, tengo un par de horas libres y voy a volar a mi pajarito. He pensado que quizá te gustaría acompañarme.

—¿Vas a algún sitio en concreto?

Se encoge de hombros.

—Solo a dar una vuelta por el cielo.

No puedo evitar echarme a reír.

—Iba a llevar a Xavier al campo de tiro para presentarle a Zak.

—El campo de tiro seguirá ahí cuando vuelvas. El sol, no.

—Bien visto. —Aunque me siento mal por abandonar a Xavier, la oferta es demasiado irresistible como para dejarla pasar.

Un minuto después, estamos sentados en la cabina de mando. Me tiende unos auriculares de diadema antes de activar algunos controles de vuelo y la hélice empieza a sisear en el espacio cavernoso. Aunque ya lo he visto, sigue sorprendiéndome que la montaña parezca abrirse ante nosotros. Totalmente cómodo en el asiento del piloto, Gray nos guía hacia el exterior del hangar, rodeando con los dedos largos la columna de control, adoptando una expresión de concentración que le adorna el atractivo perfil.

Todo parece mucho más ruidoso en la cabina de mando: el zumbido de la hélice, el viento que silba al pasar a nuestro lado, la vibración del motor que me recorre el cuerpo… Llevamos auriculares

para poder hablar entre nosotros, lo que solo me sirve como recordatorio de que no puede comunicarse por telepatía. Es extraño que a un Modo le falte una habilidad tan básica. Para la mayoría es su único poder, como le ocurre a Cross.

Miro el valle a través del parabrisas: es un mosaico de prados, bosques y tejados de varias estructuras demasiado diminutas para saber qué son desde el aire.

—¿Estás bien? —La voz de Gray me retumba en los oídos por encima del ronroneo de la hélice.

—Sí.

Mientras contemplo el extenso paisaje ante nosotros, algo brillante parpadea y capta mi atención. Estiro el cuello para verlo mejor.

—¿Eso es un campo solar? —pregunto.

—Sí.

—¿Ya estaba ahí cuando encontrasteis esta base o lo ha instalado la red?

—Un poco de ambas. Era mucho más pequeño cuando llegamos, pero lo hemos reforzado, añadiendo más paneles.

El helicóptero se inclina y el estómago me da un vuelco. A Gray no parece afectarle. Es como si él perteneciera a la máquina o como si esta fuera una parte de él. Me giro para sonreírle.

—Te encanta volar, ¿eh?

Asiente, pensativo.

—Así es. La vida es mucho más sencilla aquí arriba.

—Ya veo. Ahí abajo siempre hay mucho ruido.

—Un ruido de la hostia. Volar me permite descansar de todo eso. No sé cómo describirlo. Es como… —Se calla durante un segundo—. Como si el tiempo se ralentizara cuando estoy aquí. El cielo es el único lugar en el que puedo pensar con claridad.

—Así me siento cuando disparo. Mientras estoy apuntando a un objetivo, tengo que olvidarme de todo, excepto del viento, el alcance y el blanco. La vida se vuelve mucho más silenciosa en esos momentos.

—Son los mejores.

—¿Podemos acercarnos al valle?

Lo único que veo desde aquí arriba son tejados dispersos y lo que parecen distintos caminos de gravilla que serpentean por el asentamiento. He oído hablar mucho del valle, pero todavía no lo he visitado y me intriga que justo al lado de la Daga haya una comunidad entera de personas a las que aún no he conocido.

Gray me dedica una de sus sonrisas casuales.

—Te propongo algo que te gustará más: hagamos una visita.

De repente, los nervios y la expectación me revolotean en el estómago. A juzgar por la acogida con la que me recibieron en la Daga, me imagino que la bienvenida al valle será igual de fría, pero siento demasiada curiosidad como para rechazar la oferta.

Ajusta los controles y el helicóptero responde, ladeándose con suavidad hacia la derecha. Rodeamos la periferia del valle, lo que me proporciona una mejor perspectiva del asentamiento. Veo pequeñas casas repartidas por la colina, con largas zonas verdes que se extienden por todo el paisaje. La mayoría de las casas parecen construidas en madera, pero percibo un par con el exterior de piedra.

Dibujamos un amplio arco por el cielo antes de empezar a descender y pasamos por lo que parece un patio circular limitado por una baja valla de piedra. Con una precisión impecable, Gray dirige el helicóptero hasta la pasarela plana de cemento rodeada de un extenso prado y la brisa que crea la hélice levanta la gravilla del suelo. El viento desaparece cuando las palas dejan de moverse.

Me quito el arnés y salgo de un salto, encantada de que mis pies toquen tierra firme. No me da miedo volar ni me pone nerviosa estar en el aire, pero me siento más cómoda cuando noto un terreno sólido bajo las botas.

Gray también baja del helicóptero y se coloca a mi lado.

—Tenemos que caminar un poco desde aquí. Hay un aeródromo más cerca, al otro lado del valle, pero me he imaginado que querrías ver todo lo posible.

Tiene razón. Andamos por la hierba hacia un camino de tierra mientras admiro el entorno. El valle está rodeado de enormes montañas con picos y riscos irregulares que se recortan sobre el cielo.

—Hay más paz de la que esperaba —observo.

—Sí, esto no es un campamento de Fe donde todos viven apiñados. Es como una de esas viejas comunidades de las que se aprende en la escuela. ¿Cómo se llamaban?

—¿Comunas? —propongo.

—Sí, comunas. La mayoría de los residentes del valle vienen de Santuario, por lo que muchos están acostumbrados a vivir escondidos en la ciudad, intentando mantener sus habilidades a raya. Creo que han traído aquí esa mentalidad. Disfrutan de vidas apacibles y prefieren quedarse en casa. —Me sonríe—. No me malinterpretes, organizan unas fiestas de la hostia, pero, en general, valoran la privacidad.

Aquí huele distinto que en la montaña. El aire en la Daga se filtra, por lo que siempre desprende un ligero hedor a cerrado. Eso o huele a combustible y tubo de escape. Aquí es más fresco, cargado con el aroma a pino, flores y al humo que surge de las chimeneas en la distancia.

Nos acercamos a un enorme prado y el corazón me da un vuelco de felicidad cuando veo los caballos. Hay tres y están pastando cerca de una valla de dos niveles. Un suave relincho flota por la brisa, provocándome una sonrisa que me hace añorar a mi dulce yegua, Kelly. Mi rancho fue reasignado tras nuestra marcha y no tengo ni idea de quién estará viviendo ahí ahora. Sea quien sea, espero que la trate bien.

—¿Son caballos de carga o de montar? —le pregunto a Gray.

—Sirven para las dos cosas. Los agricultores los usan para sembrar, arrastrar la madera para el fuego y otras tareas de la granja. Pero los demás se los llevan a cabalgar porque los caballos necesitan ejercicio.

—¿Montas?

—No —contesta, alegre—. No tengo ningún deseo de morir bajo las pezuñas de una bestia enorme que podría pisotearme.

—Dice el hombre que pilota aviones de guerra.

—Los aviones son mucho más seguros que los caballos.

—No creo que sea verdad.

Mientras seguimos caminando, señala varios campos de cultivo y unos viñedos en la distancia.

—Los huertos están por ahí. —Me muestra una loma distante en la periferia del pueblo—. Y por ahí, el campo solar que has visto antes. Da energía a todo el valle. Tenemos generadores de emergencia también, pero intentamos aprovechar el sol todo lo posible.

Asiento, impresionada por lo que han construido. La comunidad se autogestiona por completo.

Pasamos junto a un corral de madera y un recinto para cabras antes de girar una esquina y toparnos con un puñado de cabañas separadas entre sí. Advierto que Gray acelera el paso, pero su actitud relajada no cambia, al menos no hasta que la puerta principal de una de las casas se abre.

Una mujer de mediana edad con el pelo rubio aparece en el umbral y nos saluda con la mano.

—¡Grayson! —exclama.

Veo cómo a él se le contraen todos los músculos. Cuando centra los ojos en la mujer, es casi como si cambiara el ambiente. La tensión. Su buen humor se desvanece como si hubieran apagado un interruptor.

—¿Quién es? —musito.

—Mi tía.

La mujer se apresura a recorrer el camino que nos separa de la casa. Cuando llega a nosotros, parece que esté a punto de abrazar a Gray, pues levanta un poco los brazos, pero sea lo que sea lo que ve en su cara la empuja a bajarlos.

—No esperaba verte hoy por aquí —dice, incómoda.

—Solo estábamos dando una vuelta —contesta Gray también con frialdad, de manera distante. No creo que lo haya escuchado nunca hablar así—. Wren es nueva en la Daga. Le estoy enseñando el valle.

Doy un paso al frente con la mano estirada.

—Hola. Encantada de conocerla.

Me da un apretón brusco en la muñeca. Noto sus dedos fríos al tacto y ásperos por las durezas.

—Lo mismo digo. Soy Jenni, la tía de Grayson.

—Deberíamos ir tirando —dice su sobrino de repente—. Aún tengo mucho que enseñarle a Wren.

Paseo la mirada entre ambos. Capto un ápice de desesperación en los ojos de Jenni, como si quisiera negarse, suplicarle que se quedara. Pero la postura de Gray sigue siendo rígida, con todos los músculos contraídos. Es obvio que preferiría estar en cualquier otra parte que hablando con esta mujer. Sea cual sea su historia, no debe de ser una agradable de escuchar.

—Muy bien. No os entretendré más —dice Jenni, y la derrota se le instala en el rostro. Da un paso atrás—. Déjate ver más por aquí.

Gray ni siquiera se despide de ella cuando me coge del brazo y me guía por la senda polvorienta. En cuanto perdemos a su tía de vista, deja escapar un suspiro irregular, cerrando y abriendo los dedos, como si intentara no formar un puño con ellos.

—Oye… —No quiero cotillear, pero no puedo evitarlo—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Sí. No nos llevamos demasiado bien, eso es todo.

Es evidente. En lugar de presionarlo, asiento y sigo caminando. Sin embargo, guardo el encuentro entre mis recuerdos; es la primera vez que he visto cómo se resquebrajaba su máscara despreocupada y traviesa.

Continuamos por la senda mientras Gray me sigue explicando aspectos de la vida en el valle.

—Nuestro principal servicio de lavandería está en la Daga. Pero algunos prefieren lavar su ropa aquí. —Señala una arboleda—. Hay un bonito riachuelo cristalino que zigzaguea entre los árboles.

Pasamos junto a varios graneros, almacenes y una escuela. Poca gente pasea por el exterior, pero aquellos con los que nos cruzamos nos dedican sonrisas o nos saludan con la mano. Todo parece moverse a un ritmo más lento, sin las prisas y la tensión de la vida en la base militar.

Más allá de la escuela hay un campo de deportes cubierto de hierba, donde percibo a un grupo de niños que le dan patadas a una pelota. Un crío de unos cinco o seis años nos localiza y se aleja del grupo.

—¡Grayson! —grita, corriendo hacia nosotros.

Gray esboza una sonrisa y percibo que la tensión abandona su cuerpo. Se agacha y coge en brazos al chico, balanceándolo mientras el pequeño chilla de entusiasmo.

—¿Cuándo has llegado? ¿Podemos subir en el avión? ¡Porfa! —Deja escapar las palabras con una oleada de emoción.

—Ah, lo siento, chaval. Hoy no puedo. Le estoy enseñando a Wren todo esto.

—Pero me prometiste que me llevarías la próxima vez que vinieras.

Gray le despeina el pelo oscuro.

—Lo sé, pero hoy no tengo tiempo.

Advierto la camaradería y buena relación que comparten. No me gustan los niños, pero no me sorprende que Gray sepa hacerse un hueco en su corazón. En realidad, la mayor parte del tiempo él mismo es un crío mayor.

El niño me mira.

—¿Tú también eres piloto? ¿Pilotas mejor que Grayson? Porque él vuela mejor que un pájaro.

—Algo he oído —contesto con una sonrisa—. Pero no, no soy piloto, por desgracia.

—Esta es Wren —le dice Gray al chico—. Acaba de llegar. Wren, este futuro piloto es Fisher.

Fisher… ¿No es así como dijo Poppy que se llamaba el hijo de Evlynne?

—¿Sabías que —dice Fisher, centrando sus enormes ojos solemnes en mí— a los pilotos que son muy muy buenos se les conoce como ases? —Extiende los brazos e imita a un avión volando por el aire—. Los ases son los mejores pilotos del mundo. Hacen bucles y vuelan boca abajo.

—¿Boca abajo? —repito, fingiendo entusiasmo—. ¡No me digas!

—Es verdad. —Asiente con seriedad—. Mi madre es piloto y me lo ha contado. Es un as porque es la mejor.

—Creía que el mejor era yo —se queja Gray.

—No, es mamá.

—Jope, supongo que tendré que retirarme y dedicarme a ser granjero.

Le doy un golpecito en el brazo a mi amigo.

—No pasa nada, as. No tienes que avergonzarte de ser el segundo mejor.

—¡Fisher! —grita uno de los chicos en el campo con la protesta latente en la voz—. ¡Vuelve al partido!

—Ay, no, se me había olvidado —exclama Fisher con una adorable sonrisa cohibida—. Tengo que irme.

Cuando pestañeo, ya ha desaparecido, y lo veo corriendo de vuelta con sus amigos. Me giro hacia Gray.

—¿Es el hijo de Evlynne?

—Sí, es un crío fantástico.

—¿Cómo ha conseguido Evlynne tener un hijo así?

Suelta un bufido.

—Ev no es tan mala. Solo tiene problemas de confianza. —Con una mirada penetrante, añade—: Como quien yo me sé.

—¿Me estás comparando con Evlynne? No, retíralo.

—No —me imita—. Las dos tenéis más en común de lo que creéis.

Por fin llegamos al patio cubierto que he visto desde el aire. Advierto que es un lugar de reunión, un pabellón redondo con mesas y asientos repartidos, cocinas de leña e incluso un pequeño escenario.

—Este es el cuadrado —anuncia Gray.

—Pero es un círculo.

—Bueno, lo llamamos el cuadrado. No sé por qué, así que no me toques los cojones.

Reprimo una carcajada mientras lo sigo hacia el hervidero de actividad. Hoy el cuadrado está ocupado por más de veinte personas. Algunas están de pie, fumando y charlando. Otras permanecen sentadas, comiendo algún tipo de carne ahumada que huele de muerte.

Cerca, un trío de hombres juega a los dados, aunque no sé exactamente a qué, mientras al otro lado del pabellón veo que se están llevando a cabo varias partidas de cartas. Y una de ajedrez. Aj, odio el ajedrez. El tío Jim intentó enseñarme a jugar, pero se me da fatal planear tantos movimientos con antelación. Siempre acababa

haciendo algo por impulso y me daba una paliza cada vez que jugábamos.

Recuerdo que en la escuela descubrí que era un juego que tiene más de mil quinientos años, pero, a decir verdad…, me habría encantado que se quedara en la era pasada.

Cuando entramos en el cuadrado, que es en realidad un círculo, los presentes me dedican múltiples miradas de desconfianza, y Gray me habla con delicadeza cuando se inclina sobre mi oído para susurrarme:

—No te lo tomes como algo personal. De todas las personas que conozco, tú eres la que mejor sabe lo cautelosos que se muestran los Modos con los desconocidos.

—No pasa nada. Nunca he encajado, ni con los Primarios ni con los Modos.

Es lo que ocurre cuando tienes tantos secretos, cuando no dejas de tejer una red de mentiras con demasiados hilos como para seguirles el rastro. Oculté cosas a Jim, a Lobo, a Tana… Cuando siempre estás escondiendo algo, es difícil abrirte totalmente con alguien.

Pensé que eso cambiaría cuando descubrí que Lobo era la misma persona que Cross. Creí que por fin tendría a alguien con quien compartir cada pedazo de mi ser; pero incluso ahora tengo secretos que no le cuento a Cross.

—¡Gray!

La mujer con el pelo castaño que se acerca a nosotros con una sonrisa radiante en el rostro me saca de mis pensamientos. Lleva unas sandalias marrones y un vestido de lino monocromático en un apagado tono azulado. En el Continente es difícil encontrar colores vivos o patrones a no ser que pertenezcas a las altas esferas.

—¡Qué agradable sorpresa! No nos habías avisado de que venías —dice, abrazando a Gray con calidez.

—Hola, Bea. —Tras separarse, nos presenta—. Esta es Wren Darlington, recién llegada a la Daga.

Desvía la sonrisa hacia mí antes de inclinarse para estrecharme la muñeca.

—Bienvenida, Wren.

—Beatriz es la madre de Luisa —me explica Gray.

—¿Habéis comido? —pregunta—. Seth acaba de avisarme de que el almuerzo ya está listo.

—Ah, no sé si… —empieza a decir Gray.

—Vais a comer con nosotros —lo interrumpe con firmeza—. Sobre todo, tú, Gray, necesitas compensar todos los almuerzos que te has perdido por estar en la ciudad.

Mi amigo me mira.

—¿Tienes hambre?

Seguimos a Beatriz hasta una cabaña pequeña y agradable en la periferia del pueblo. Una cuidada zona de césped y macetas con flores flanquean el camino de entrada. En cuanto cruzamos el umbral, nos recibe el aroma de la comida y el olor a pan recién horneado y a ajo.

En la sala principal, un hombre de pelo castaño está sentado ante una chimenea encendida. Se levanta para saludarnos, apoyado en un bastón de madera. Sus movimientos son rígidos cuando se acerca a Gray para darle un rápido abrazo.

—Ya era hora de que vinieras a visitarnos. Lu dice que estás siempre muy ocupado.

Gray me lo presenta como Seth, el padre de Luisa. Es menos afable conmigo que su mujer, pero sospecho que es su personalidad. El agotamiento le marca las facciones, como si hubiera sufrido varias adversidades, y, por la manera en la que se mueve, creo que está lidiando con un dolor crónico. Las quemaduras que veo en su rostro cuando gira la cabeza me lo confirman.

Hago todo lo posible para no mirar, pero es difícil. La piel rosada le cubre la mejilla izquierda, baja por el cuello y desaparece bajo la camisa gris. Me pregunto hasta dónde le llegarán. Como yo también he sufrido quemaduras a lo largo de mi vida, sé lo dolorosas que pueden llegar a ser.

—Vamos a comer conejo —anuncia Seth—. Por fin han dado sus frutos las trampas de Bea.

—¡Por fin! —repite Beatriz cuando se acerca a la cocina a echarle un vistazo a la comida—. Por lo general, esos malditos coyotes blancos me ganan antes de que pueda recoger mi presa.

—Ah, sí. Adrienne me ha dicho que dan bastantes problemas en la montaña —comento.

—Una enorme manada se ha pasado los últimos dos años merodeando por aquí —responde Beatriz—. Debieron de tener una buena camada porque, durante un tiempo, bajaban incluso desde la montaña para cazar por los alrededores del valle. Algunos se atrevieron a aparecer en el asentamiento.

—¿Alguna vez habéis tratado de domesticarlos? —pregunto con curiosidad.

—Demasiado esfuerzo y poca recompensa —se queja Seth—. Los coyotes blancos son difíciles de dominar. Tienen la cabeza dura como el cemento.

Nos sentamos en torno a la mesa para comer y, después de que Gray los deleite con historias sobre nuestra época en el programa, parece que le caigo mejor a Seth.

—Antes de que reclutáramos a Wren —anuncia—, estaba tan desesperada por salir de la base que dejó que otra chica le rompiera la muñeca mientras entrenábamos.

La madre de Luisa niega con la cabeza, desaprobatoria.

—Ay, cariño. Debió de dolerte mucho.

—Una agonía —admito.

—Y ni siquiera le funciono. —Gray suelta un bufido—. Hicieron traer a un sanador para que la curara. Ellis.

Seth arquea una gruesa ceja.

—Debías de ser muy importante para ellos.

No quiero que nadie piense que en la Compañía me consideraban un activo valioso, por lo que esbozo una sonrisa triste y digo:

—Creo que mi superior estaba enamorado de mí.

Gray suelta otro bufido.

Tras la cena, me ofrezco a recoger, pero Beatriz obliga a Gray a hacerlo. Mientras lavan los platos en el fregadero, acompaño a Seth al salón, cerca de la chimenea, pues ha aproximado aún más su silla a las llamas.

Cuando me pilla mirándolo, dice:

—Suelo quedarme frío. —Luego, se echa a reír—. Y sí, entiendo que es irónico si pensamos que se me ha derretido la mitad de la cara. Pensabas que pasaría calor a todas horas, ¿eh?

Dado que ha sido él quien ha sacado el tema, esta vez no me siento incómoda cuando les echo un vistazo de cerca a sus heridas. Son mucho peores que las mías, ya que estas fueron el resultado de una olla de agua hirviendo que Jim me vertió encima de niña, por lo que, al crecer, la piel poco a poco se fue estirando y aclarando. Las de Seth no parecen recientes, pero es evidente que ha sufrido un daño mayor que el que yo sufrí. Tiene la piel de un rojo intenso, profundo e irregular.

—¿Qué ocurrió? —pregunto, porque la curiosidad es mi talón de Aquiles.

Una nube oscura le nubla la mirada. Joder, no debería haber abierto el pico. Sin embargo, me sorprende cuando contesta:

—Solo soy una víctima más de la cordillera Valterra.

La confesión me acelera el corazón.

—Ah, lo siento. No tenía ni idea.

Seth se toca el cuello, pasándose los dedos por la piel desigual. La rabia le tensa las facciones.

—Me las hice tratando de proteger a Lu de las bombas que caían y lo incendiaban todo. Logré sacarla de allí, pero ahora tengo cicatrices de guerra.

Mientras desvía la mirada con brusquedad hacia la chimenea, el estofado de conejo que acabo de tomar amenaza con hacer su aparición de nuevo. Contengo las náuseas y trato de centrarme en no devolver la comida.

—Nos hablaron del bombardeo en la escuela —digo.

Suelta una carcajada desdeñosa.

—Y supongo que la Compañía lo narró como una victoria, ¿no?

Asiento. Los Primarios del Continente estaban extasiados por el resultado que había dado la operación de la cordillera Valterra. Cientos de Modos ardieron vivos por las bombas que llovieron sobre su pueblo. Antes de que se filtrara su ubicación, la existencia de la comunidad no había sido más que una leyenda urbana. El general y

su gente sospechaban que había un asentamiento secreto de Aberrantes en algún lugar de los distritos, pero no eran capaces de encontrar en qué parte porque la cordillera Valterra se hallaba sobre una peligrosa falla y se creía que nadie podía sobrevivir a algo así. Pero resulta que sí: muchas personas lo hicieron.

—Me alegra que salieras de allí —dice Seth—. Del Comando, quiero decir. Te lavan el cerebro, te cuentan gilipolleces hasta que vendes a los tuyos.

—¿Como los traidores de la sección Estaño? —suelto.

Resopla.

—Sí, como ellos. Cabronazos… Espero que ardan en el infierno.

El nudo de culpa que se me asienta en la garganta apenas me deja respirar. Quiero disculparme por parte de mis padres, el impulso más estúpido que he tenido nunca, algo que, además, jamás podré hacer. Contar la verdad destruiría todo lo que estoy intentando construir aquí.

Aun así, siento que le debo algo a este hombre, como si necesitara expiar sus pecados. Mis padres causaron más muertes y destrucción de lo que podría haberme imaginado nunca. Estar aquí sentada con un hombre que lo sufrió de primera mano hace que quiera arrastrarme hasta un agujero y no volver a salir.

El estómago se me revuelve con el conocido torbellino de vergüenza. No soy yo quien debe cargar con este error, lo sé, pero también entiendo que todos me mirarían de forma distinta si descubrieran que mis padres traicionaron a la Revolución.

—Nos vendieron, pero recibieron su recompensa al final —dice Seth, encogiéndose de hombros—. Dios siempre castiga a sus hijos.

Es raro que alguien hable de Dios así. Las antiguas religiones están prohibidas en el Continente porque al general Redden no le interesaban. Nunca he conocido a ningún practicante, pero es evidente que Seth es piadoso. Quizá se ha ganado el derecho a serlo después de lo que le hicieron mis padres.

De repente, me pregunto cuántas personas del valle serán supervivientes de la cordillera Valterra y me empiezan a temblar las manos. Cross tiene razón: necesito tener mucho cuidado de ahora en adelante.

—Wren —dice Gray desde la cocina con brusquedad—. Tenemos que volver.

Su seriedad me empuja a fruncir el ceño.

—¿Va todo bien?

—Tenemos una visita.

CAPÍTULO 21



Gray espera a que estemos en el aire para revelarme la identidad de nuestro misterioso invitado.

—¿Jasper Reed? —repito, arqueando las cejas—. ¿En serio?

Reed es el traficante más conocido del Continente y la última persona que esperaría encontrar en la Daga. En la primera reunión de la Élite Plateada, Reed y su red criminal fueron el tema principal de conversación. El Comando lleva años tratando de desmantelar sus operaciones. Recuerdo que Cross dijo que casi todos los negocios de Reed consistían en traer contrabando de Tierra Fe al Continente, pero que también colaboraba con los Fieles, traficando e intercambiando recursos de Santuario.

Tras leer el archivo entero, lo único que recuerdo es que constaté que Jasper Reed era de las personas más peligrosas que existen, pues su lealtad pertenece a quien más créditos le ofrezca en cada momento.

Contemplo a Gray, incrédula.

—¿Dejáis entrar al criminal más buscado de la ciudad en la Daga?

—No por su cuenta. Evlynne ha ido a buscarlo. —Gray parece molesto—. Quiere renegociar el acuerdo.

—¿Desde cuándo tenéis un acuerdo con él? Me dijeron que la Revolución quería reclutarlo, pero que no estaba interesado.

—No, Jas nunca trabaja para otra persona, pero también es un capullo avaricioso, lo que significa que no se niega a colaborar con nosotros siempre y cuando saque beneficios. Sobre todo, ahora que se ha pasado la moda de los opiáceos y solo puede traficar con alcohol y tabaco.

Cuando volvemos a la Daga, me decepciona descubrir que Reed no nos está esperando en el hangar, aunque supongo que no hay ninguna razón para que así sea.

Gray se toca la oreja al recibir un mensaje por un canal al que no tengo acceso.

—Debo irme.

Cuando entro en mi apartamento cinco minutos más tarde, me encuentro a Xavier tumbado en la cama, malhumorado.

—¿Qué pasa con el campo de tiro? ¡Has estado desaparecida todo el día! Estoy hasta los cojones de estar aquí, Darlington. Mi cuerpo no está hecho para el aburrimiento, sino para la emoción. —Deja escapar un gruñido frustrado—. Me arrepiento de ser amigo de Cross.

—No es verdad. —No puedo evitar sonreírle—. Pero, si lo que deseas es emoción…, adivina quién está en la base.

Xavier entorna los ojos.

—¿Quién?

—Jasper Reed.

—¿Estás de puta coña?

—No. La Revolución y él tienen alguna clase de acuerdo comercial. —Me dejo caer en la cama—. La Élite Plateada lleva mucho tiempo detrás de él, ¿no?

—Vaya que sí. Es un cabrón escurridizo.

—¿Lo has visto alguna vez?

—No. Permanece bien escondido en la ciudad. Y siempre hemos sospechado que cuenta con otro refugio en algún lugar de los distritos, quizá con los Fieles, porque tiene la manía de desaparecer de la faz de la Tierra cada vez que está bajo mucha presión.

Es demasiado tarde para visitar el campo de tiro, por lo que me apiado de Xavier y robo una baraja de cartas de una de las salas comunes. Luego, me paso la siguiente hora dejando que me dé una paliza al póker a pesar de tener casi siempre la mano ganadora. Su ego necesita el subidón más que el mío.

En la cena, nos vemos relegados una vez más a una esquina, ignorados por todos los demás. Cuando me levanto para rellenar el

vaso de agua, me encuentro con Evlynne en la cola y trato de entablar conversación.

—Gray me ha llevado hoy al valle —le digo—. He conocido a tu hijo. Parece muy dulce.

Mi intento por mostrarme civilizada no produce el efecto deseado.

—Aléjate de mi hijo.

—Vino corriendo hacia nosotros…

—He dicho que te alejes de mi hijo, hostia.

Se marcha sin una palabra más. Cuando vuelvo a la mesa y recupero mi asiento, Xavier me dedica una sonrisa.

—No parece que vayas a ganar el concurso de popularidad por aquí, ¿no? —comenta.

—Oye, era mucho más popular, pero me lo has jodido. Ahora debo intentar convencer a todos de que no soy tan mala para volver a caerles bien.

Un susurro cruza la sala, atrayendo mi mirada hacia el umbral, donde Adrienne acaba de entrar con un hombre de pelo oscuro de veintitantos años. Jasper Reed. Lo reconozco enseguida gracias a la fotografía de su archivo. Piel bronceada, ojos marrones y astutos, un hoyuelo encantador en la barbilla. Es difícil olvidar un rostro tan atractivo.

Veo cómo saluda a algunas personas con una actitud altiva que se hace evidente por la manera en la que se mueve: con zancadas perezosas y una pose de confianza en los hombros. Es alto, pero no robusto, más parecido al guepardo esbelto y fibroso que al león descomunal. Se muestra muy seguro de sí mismo cuando toca a Adrienne en el brazo y se inclina hacia ella para susurrarle algo. La mujer pone los ojos en blanco, pero es evidente que le ha hecho gracia.

—Reed está muy a gusto con estas personas —observa Xavier—. Es… interesante.

—Has desertado del Comando —le recuerdo. O quizá sea más una advertencia—. No puedes contarle esta información.

—Estoy recopilando datos para mí. ¿Aún no lo has entendido, Darlington? El único equipo del que formo parte es el mío propio.

Xavier me está volviendo loca. Flotamos en esta confusa tierra de nadie entre la cena y la hora de acostarnos, obligados a entretenernos el uno al otro. No sé cómo he acabado teniendo como misión distraer al mejor amigo de Cross, pero en parte desearía que se lo hubiera comido un puma rojo en las Tierras Oscuras. Xavier se ha pasado la última hora describiéndome su encuentro sexual favorito. En detalle. Ahora sé más de él de lo que me gustaría.

—Pero si de verdad te interesa más el voyerismo…

—No me interesa.

—… había una chica en el instituto que siempre quería que bajara al pilón en el laboratorio de tecnología, aunque sabía que nos estaban grabando todas las cámaras de…

—¡No! —lo interrumpo con un gruñido, moviendo el dedo en el aire—. Si me cuentas una aventura sexual más, te juro que te mataré mientras duermes.

—Vale, entonces cuéntame tú una —me suplica Xavier.

Se está estirando en la cama, con el pecho al descubierto, descalzo, mientras el aburrimiento le impregna cada arista del rostro.

—Por supuesto que no —replico.

Frunce el ceño.

—Este sitio es un coñazo. No me dejan follar. No me dejan beber. No me dejan hablar de follar y beber…

Un pitido de mi intercomunicador lo interrumpe y lo cojo, entusiasmada, antes de encontrarme un mensaje de Gray.

«Vístete. Fiesta en la cueva».

Utilizo el índice para garabatear una respuesta en la pantalla.

«¿Qué es la cueva?».

«Ya lo verás. Te paso a buscar en treinta minutos».

Ah, gracias, joder. Espero que con esto se calle por fin Xavier.

«¿Puede venir Ford?».

«Claro, pero no voy a disolver ninguna pelea esta noche. Si dice o hace algo para que le pateen el culo, no intervendré».

«Me parece perfecto».

Me bajo de la cama y arqueo una ceja, mirando a mi compañero de habitación.

—Me vas a amar.

—No creo que eso vaya a pasar nunca, cariño.

—Esta noche hay una fiesta. Y debes saber que aquí hay licor del valle a rebosar.

Se queda boquiabierto.

—Te estás quedando conmigo.

—No. El otro día, mientras aún estabas en la celda, me dieron a probar.

Xavier se pone en pie tan rápido que no me da tiempo ni a pestañear.

—¿Crees que tendrán seráficos?

Me echo a reír.

—Siento informarte, cariño, de que no hay ni una sola persona en toda esta montaña que quiera acostarse contigo, con o sin afrodisíacos.

—Que va, me ganaré a esa gente. En realidad, me basta con ganarme a una sola persona.

La cueva no está en el exterior, como esperaba, sino que bajamos hasta la planta de Operaciones y cogemos un ascensor en el rincón más alejado de la Daga. Como el que ofrece acceso al Templo, este también tiene un botón que lleva a un nivel inferior. Karra, que ha aparecido con Gray para recogernos, le dedica miradas fulminantes a Xavier durante todo el camino hasta la cueva.

—Deberías deshacerte de él —me aconseja—. Afecta a tu imagen.

—Sabes que estoy aquí, ¿no? —pregunta Xavier, cortés.

Karra arquea una ceja.

—¿Y?

A pesar de que acaba de insultar a mi amigo, no logro contener una carcajada, con lo que me gano una sonrisa de Karra. No diría que somos amigas, pero la animosidad que había entre ambas ha desaparecido desde que me advirtió que me alejara de Gray. De

hecho, me cae bien. Sobre todo, por la confianza que tiene; sabe exactamente quién es y le da igual si eso le supone un problema a alguien.

La puerta del ascensor se abre a una nueva caverna. No está cubierta de la daguita, las imágenes religiosas ni el suelo es de mármol como el del Templo, pero mantiene su atmósfera etérea. Unos apliques de metal proporcionan una ligera luz que salpica el espacio de sombras y las paredes crean una cámara acústica donde las ondas de música electrónica rebotan y reverberan, mezclándose con las voces y las risas. Hay tanto ruido que apenas puedo oír mis propios pensamientos.

A nuestro alrededor, los cuerpos se apiñan bajo el bajo techo. Algunos charlan, otros bailan y un último grupo hace mucho más que bailar. El aire está cargado de calor humano y sudor y, aunque solo llevo un *top*, cuando llegamos a la barra ya estoy empapada.

La imagen me sorprende. Han logrado encastrar una barra en las paredes irregulares de piedra usando un grueso saliente natural como mostrador y tallando estanterías en la roca tras él. En estas hay una increíble selección de botellas de cristal. Las de licor del valle son las más llamativas.

Gray coge un par de ellas y le tiende una a Xavier, quien da un sorbo y gime como si estuviera en pleno orgasmo.

—Está de puta madre —le dice a Gray. Luego, como si recordara con quién está hablando, lo fulmina con la mirada—. Pero sigo pensando que eres un capullo.

—Ya, me da igual —responde Gray con una carcajada.

Coge otra botella para su novia, quien no puedo negar que está preciosa esta noche. Sus vaqueros oscuros y ajustados y su corsé de cuero, que deja al descubierto la clavícula, le resaltan la figura. Además, el pelo negro le cae en cascada por la espalda con suaves ondas.

—¿Esta fiesta es en honor a Reed? —Alzo la voz para que Gray pueda escucharme sobre la música.

—No en honor, pero sin duda es gracias a él. Cada vez que está aquí, de alguna manera su visita acaba en locura y desenfreno, todo

ello regado con alcohol. Lleva la mentalidad de los Fieles allá donde va.

—Mierda —comenta Xavier—, ya veo que he estado intentando hacerme amigo de las personas equivocadas.

—No has intentado hacerte amigo de nadie —observo.

—Hablando de desenfreno —dice Karra, y arrastra a Gray hasta la marabunta de bailarines.

Xavier y yo nos alejamos de la barra para colocarnos junto a la pared mientras la melodía del bajo retumba bajo nuestros pies. Observo la multitud y advierto que Mako, Saint y Neema se están riendo por algo que ha dicho el primero. Cerca, Henley baila con una morena, cuyo cuerpo se está fundiendo con el suyo. Gray y Karra también están abrazados, unidos por los labios, mientras se mueven al ritmo de la música.

Xavier me toca el brazo.

—Me parece que debería sacarte a bailar, pero no quiero.

Suelto una carcajada.

—Entonces, no lo hagas.

—Pero debería. —Me dedica una mirada llena de amargura antes de darle un trago al licor del valle—. Siempre soy el alma de la fiesta, Darlington. Me niego a quedarme al margen como un infec… —Se interrumpe.

—¿Infecto? —le propongo, dedicándole una sonrisa inocente.

—No iba a decir eso —farfulla, pero adopta una expresión cohibida—. Joder, lo siento. Lo añadiré a mi lista de malos hábitos, detrás de la adicción al sexo y la sed de sangre.

—Darlington —dice alguien.

Al girarme, me encuentro a Adrienne abriéndose paso entre la multitud. Su cabellera roja es difícil de pasar por alto, incluso en la oscuridad. Sin embargo, me cuesta percatarme de que la acompaña un hombre, ya que va todo de negro y se funde con las sombras.

La tensión se palpa en el ambiente cuando llegan hasta nosotros. Jasper me contempla, intrigado, y una sonrisa perversa le curva las comisuras de los labios. Le devuelvo la mirada, curiosa. El famoso traficante al que el Comando no ha conseguido atrapar.

—Jasper Reed, Wren Darlington —nos presenta Adrienne—. Wren es nueva en la Daga. Estuvo de incógnito en la Élite Plateada antes de venir aquí.

Jasper parece impresionado mientras sigue examinándome.

—¿Llegaste hasta la Élite? Esos cabrones son duros.

—Ya te digo —musita Xavier, captando la atención del contrabandista.

—Y este —dice Adrienne, molesta— es el teniente Ford. De la Élite Plateada.

—Soy el prisionero —le explica Xavier antes de darle un sorbo al licor del valle.

Jasper esboza una sonrisa aún más perversa.

—Hermano, si tu prisión consiste en alcohol del bueno y mujeres atractivas, lo más probable es que debas considerarla una bendición.

Estoy deseando saber más sobre Reed. Por ejemplo, ¿cómo diablos ha conseguido tanto poder como para que le garanticen transporte aéreo y acceso directo a la base secreta de la Revolución?

Pero Adrienne y él no tardan en marcharse. La decepción se me aovilla en el pecho cuando los observo alejarse. Xavier también los mira, con los labios apretados, antes de girarse hacia mí con el ceño fruncido.

—Me los tiraría a los dos.

Resoplo.

—¿Por qué parece molestarte? —me pregunta.

—Porque ella es una estirada y él, un capullo arrogante.

—¿Y? Me parece que así solo conseguirías que el polvo fuera aún mejor.

—Bien visto.

Le da otro trago al licor del valle antes de pasarme la botella. La acepto, le doy un largo sorbo y se la devuelvo. Repetimos el proceso durante un tiempo, vaciándola poco a poco, hasta que los dos estamos borrachos. Advierto que no somos los únicos porque los demás cada vez parecen desinhibirse más.

Capto, entre las sombras, en una esquina alejada, a Adrienne y a Jasper. Este, con las manos en su culo, le está explorando el cuello con los labios.

Cuando Gray vuelve, le doy un codazo en las costillas.

—¿Están juntos? —le pregunto al oído.

Sigue mi mirada y los dientes blancos le relampaguean en la oscuridad.

—No. Jas no es de relaciones monógamas. Ni Ade. Creo que, simplemente, se disfrutan el uno al otro cada vez que viene.

Está claro que se disfrutan el uno al otro. Jasper presiona a Adrienne contra la pared. Ella le rodea la cintura con una de las piernas mientras él le besa la curva del cuello. Sigo con los ojos el movimiento de la mano de Jasper, cómo delinea la mandíbula de la mujer, mientras la coge del pelo con la otra y le echa la cabeza hacia atrás hasta que sus labios se encuentran.

Me apresuro a apartar la mirada, sintiendo que estoy presenciando una escena íntima. Antes de que pueda evitarlo, intento contactar con Cross, desesperada por oír su voz. Cuando acepta, me responde distraído.

Oye, ahora no puedo hablar, palomita.

¿Va todo bien?

Estoy intentando convencer a mi hermano de que aliarnos con los capitalistas del Continente es una idea de mierda. Mañana te pongo al día.

¿Y hoy no me pones?

Siento que se ríe de mí.

Si estás intentando flirtear, seguro que se te ocurre algo mejor.

Echo de menos tu polla. ¿Mejor?

Suelta un gemido ahogado.

Vas a pagar por eso.

Desaparece antes de que pueda responder, por lo que me dedico a contemplar a los demás de nuevo y a decidir si debo marcharme o no. Si Tana estuviera aquí, no nos quedaríamos al margen, observando cómo los demás se lo pasan bien. Tiraría de mí hacia la marabunta, hacia el sudor, el calor y la electricidad estática.

En lugar de eso, permanezco ahí de pie, presenciándolo todo, deleitándome con estos momentos intensos y espontáneos en la Daga. Vuelvo a deslizar los ojos hacia la esquina de la cueva y se me corta la respiración. Jasper está empujando a Adrienne hacia la

penumbra, fundiendo su cuerpo contra el suyo. Vuelve a sujetarla del pelo y esta vez la guía hacia abajo, aunque sin forzarla. La mujer se deja caer de rodillas y trago saliva con dificultad antes de obligarme a apartar la mirada.

Xavier y yo estamos borrachos cuando volvemos a duras penas a nuestro apartamento. Por alguna razón, va sin camiseta, aunque no logramos entender qué ha pasado con ella. Asegura que se la ha robado Gray, pero esa versión no termina de encajar.

Cuando llegamos a la puerta, me coge del brazo con la mirada inundada de pena.

—No, no me hagas volver ahí dentro. Me he pasado todo el tiempo encerrado. Aún queda licor. Vamos a otro sitio.

Miro la botella medio vacía que tengo en la mano.

—Tienes razón. Necesitamos acabárnosla antes de meternos en la cama.

—Por eso somos mejores amigos.

—No somos mejores amigos. —Avanzo por el pasillo—. Vamos, te voy a enseñar algo muy guay.

Lo cojo de la mano y lo arrastro por el pasillo hacia la cámara de descompresión que lleva a la cornisa.

—¡Mola! —exclama Xavier, admirando la vista.

Las estrellas brillan con fuerza esta noche, proporcionándonos mucha luz mientras caminamos por la amplia cornisa hasta encontrar un hueco en el que instalarnos. Cuando se tropieza, lo cojo del brazo para estabilizarlo y lo obligo a sentarse antes de que caiga por el acantilado.

Cuando por fin estamos cómodos, la cámara de descompresión se abre con un silbido y aparece, nada más y nada menos, que Jasper Reed con un cigarrillo recién liado entre los labios. Lleva el pecho al descubierto y el pelo despeinado, y no paso por alto la manera en la que los ojos de Xavier se centran durante un segundo en la bragueta abierta.

Jasper se sobresalta al vernos.

—La fiesta aún no se ha acabado, ¿sabéis?

—La hemos traído aquí. —Xavier inclina la botella y le da un nuevo sorbo al licor del valle.

Un mechero sisea antes de que una llama naranja se refleje en los ojos de Jasper. Un momento después, el aroma mentolado de la euca flota hasta nosotros. Huele más fuerte de lo normal.

Xavier también se da cuenta.

—¿Es sintética?

—Pura. —Jasper le da una larga calada y se acerca a él, tendiéndole el porro.

Tras un ligero titubeo, Xavier lo acepta y se lo lleva a los labios. Exhala y le da un ataque de tos. Jasper se echa a reír.

—Pega fuerte, ¿eh?

Cuando Xavier me ofrece el porro, niego con la cabeza. Nunca he tomado drogas, ni naturales ni químicas.

—¿Cómo has conseguido esta mierda pura? —le pregunta Xavier al otro hombre.

—Soy Jasper Reed.

—Soy consciente. Teníamos una carpeta entera sobre ti.

—Soy consciente —lo imita Jasper—. De hecho, acabo de pasarme toda la noche preguntándole a Adrienne por qué no debería rebanarte el pescuezo. Tu Comando y tú lleváis años metiéndoos en mis asuntos.

Xavier alza la cabeza con una sonrisa de superioridad.

—No parecía que Adrienne y tú estuvierais hablando mucho.

—Bueno, primero hicimos otras cosas, muchas veces, y luego le pregunté por qué no debería rebanarte el pescuezo. Cree que quizá seas de utilidad, pero dice que aún debe decidirlo el Tribunal. —Jasper desvía los ojos rebosantes de curiosidad en mi dirección—. ¿Y tú, Wren? ¿Cuál es tu historia?

Algo en la manera en la que dice mi nombre me hace sentir incómoda.

—No tengo historia.

—Ah, lo dudo. Todos tenemos alguna. Y siento que la tuya es movidita. —Le da una calada al porro antes de pasárselo a Xavier—. ¿Qué os está pareciendo la Daga?

—Genial —digo, a la vez que Xavier gime:

—Un coñazo.

Le dedico una sonrisa a Jasper.

—El teniente está acostumbrado a las emociones fuertes. Echa de menos la acción.

—¿Y quién no? —pregunta el contrabandista, arrastrando las palabras—. La acción pone la sangre en movimiento. Eso, y el sexo.

—También lo echa de menos —bromeo.

Xavier me da un codazo en las costillas.

—Ya te lo he dicho. Me basta con ganarme a una persona, alguien que me coja cariño. Te lo aseguro.

—Eres del Comando. Aquí nadie va a querer tocarte la polla.

Jasper suelta un fuerte bufido.

Noto cómo el aroma mentolado a eucalipto comienza a nublarme el cerebro, por lo que obligo a mis piernas temblorosas a levantarse.

—Muy bien —le digo a Xavier—. Ahora sí que se ha acabado la fiesta.

No se mueve, lo que me sorprende. Apoyado sobre los codos, deja caer las largas piernas por la cornisa.

—No tardaré mucho.

—No sé si la cámara de descompresión se abrirá con tu huella —le recuerdo.

Jasper se encoge de hombros, indiferente.

—No pasa nada. Lo llevaré de vuelta a tu apartamento.

Entorno los ojos.

—¿Qué? —pregunta.

—No lo mates, por favor.

Me responde con un nuevo bufido.

—Lo digo en serio —insisto—. Acabas de hablar sobre rebanarle el pescuezo. No quiero despertarme mañana y descubrir que se ha ido cornisa abajo.

—Te lo prometo, Wren Darlington. El teniente seguirá vivo cuando te despiertes mañana.

Xavier me dedica una sonrisa.

—Oye, si este cabrón intenta tirarme por el acantilado, lo arrastro conmigo.

Lo que él diga. Estoy demasiado cansada para discutir. Además, no parece que Jasper quiera molestar a Xavier, por lo que los dejo con sus asuntos y vuelvo al interior de la base.

Al girar la esquina, oigo unas risitas. Karra. Ella y Gray están en la puerta del apartamento de este último. La chica está pegada a él como una lapa, explorándole el cuello con los labios mientras trata de desabrocharle los pantalones.

—No —lo oigo murmurar—. Voy muy pedo… Ni de coña se me va a levantar esta noche.

No deja de besarlo, pero, incluso a pesar de estar sumido en una neblina alcohólica, logra apartarle la mano.

—Buenas noches, KC.

—Vale, nos vemos por la mañana.

Karra se pone de puntillas y le da un último beso antes de alejarse hacia su propia habitación, contoneándose.

Permanezco de pie en el extremo del pasillo, observando cómo Gray se pasa un minuto entero intentando escanearse el pulgar para abrir la puerta.

—¿Va todo bien? —le pregunto al final.

—Vaquera —gime al verme—. No puedo entrar.

—Claro que sí.

Con una sonrisa, me acerco a él. Cuando lo cojo de la mano, trata de entrelazar sus dedos con los míos.

—Para —le riño.

Le separo el pulgar del resto del puño y lo presiono con firmeza en el escáner. La puerta zumba al abrirse y se le iluminan los ojos verdes.

—Ah, te quiero. Gracias. —Entra a trompicones en la habitación y se sobresalta cuando se da cuenta de que lo he seguido dentro—. ¿Qué haces?

—Asegurarme de que encuentras la cama. ¿Cuánto licor del valle has bebido?

—Me parece que demasiado.

Da un paso hacia la habitación y se tropieza con sus propios pies.

—Estás hecho polvo —digo, apresurándome a rodearle la cintura con el brazo para que se apoye en mí. Tiro de él hacia delante.

—Tú estás hecha polvo —replica.

—Bueno, eso sí, pero al menos puedo caminar derecha.

Me dedica una sonrisa torcida.

—Lo *drecho* está sobrevalorado. Lo *drecho*, quiero decir. Lo derecho. De-re-cho.

Grayson borracho es gracioso. Lo guío hasta su habitación, inclinando el cuerpo hacia la izquierda cuando se deja caer sobre mí.

—Pesas más de lo que parece —le informo.

—¿Me estás llamando gordo?

—No, solo pesado. Los pilotos no deberíais tener tantos músculos.

—Los pilotos deberían ser solo músculo.

Entre risas, lo arrastro hasta la cama. Vuelve a tambalearse y, con suavidad, lo empujo para que caiga sobre el colchón. Pestañea, con los ojos vidriosos. Mantiene su mirada fija en mí, como si tratara de memorizar algún rasgo de mi cara.

—Joder, eres preciosa.

Se me corta la respiración.

—Eh…, gracias —musito—. Deberías dormir.

Me siento en el borde de la cama y le desato los cordones antes de quitarle las botas. No me atrevo a deshacerme de sus pantalones. En lugar de eso, lo obligo a levantar el culo para poder taparlo con la manta. Lo envuelvo con ella y me inclino hacia delante para quitarle el pelo de la frente.

—Duérmete. Por la mañana estarás hecho una mierda.

Me estoy incorporando cuando extiende las manos y me acaricia la mejilla. Centra los ojos en los míos, totalmente presentes, aunque sigue sumido en una neblina alcohólica.

—Preciosa —musita—. Pero no es por eso.

—¿No es por eso qué? —Maldita sea, ¿por qué le estoy siguiendo el rollo? Está demasiado borracho y se arrepentirá de todas sus palabras por la mañana.

Se inclina hacia mí como si fuera a hacerme partícipe de un ápice de profunda sabiduría.

—No es por eso por lo que te deseo. —Vuelve a arrastrar las palabras—. Te deseo porque eres tú.

La confesión flota en el aire. Trato de ignorar el revoloteo en el pecho, que viene acompañado de una punzada de incomodidad y un corazón acelerado; sé que debería poner fin a la conversación.

—Tienes novia, as. Y te aseguro que no le gustará lo que me estás diciendo ahora mismo. Así que… —Le ciño la manta alrededor—. Finjamos que no lo he oído.

Deja caer la mano mientras se remueve sobre la almohada.

—Vale —musita—. Yo también puedo fingir.

CORDILLERA DE VALTERRA

(extracto de *Una historia viva: el pueblo Modificado*)

El bombardeo de la cordillera Valterra sigue siendo el ataque con más víctimas Modificadas desde la Purga de los Sangre Plateada sucedida en el 2050 E. A., durante el golpe de Estado contra el presidente Tack Severn conducido por el general Merrick Redden.

Ubicado al oeste de la falla de Valterra, un asalto aéreo que se produjo sin previo aviso diezmó el pequeño pueblo, dejando a su paso mil cuatrocientos Modos muertos y más de quinientos heridos. Antes del ataque, la población de la cordillera superaba los dos mil miembros, en su mayoría civiles sin ningún vínculo con la Revolución de Modificados (aunque algunos residentes sí tenían relación con la red).

En el primer ataque, que se llevó a cabo poco después del amanecer y duró menos de treinta minutos, dos escuadrones de la sección Plata lanzaron bombas incendiarias y explosivas sobre la cordillera Valterra, con lo que redujeron las casas a escombros y provocaron incendios que arrasaron con todo el asentamiento. El segundo ataque tenía como objetivo el perímetro del pueblo. Utilizaron dispositivos incendiarios sobre blancos estratégicos para crear desprendimientos de tierra que enterraron granjas enteras bajo polvo y desechos. De los quinientos supervivientes del bombardeo, se consiguió evacuar a menos de cien. Además, el terremoto provocado por los ataques se llevó por delante las vidas de muchos de los que superaron los bombardeos iniciales.

Marina Serrano, una coronel del Comando que en ese momento se creía que trabajaba de incógnito para la Revolución, fue la coordinadora del ataque sobre la cordillera Valterra. Serrano, que espiaba para el general Redden y su Compañía, reveló la ubicación secreta del pueblo y ayudó al Comando con la planificación y la ejecución del ataque aéreo.

La cordillera Valterra y su devastador número de víctimas sirve de recordatorio de cómo los Modificados seguirán arriesgándose a perder la vida mientras vivan bajo un régimen que practique tácticas

de guerra inhumanas e indiscriminadas contra civiles inocentes. El desprecio de la Compañía a la vida humana reafirma el objetivo de los Modificados de escapar de la ley Primaria y forjar un nuevo estilo de vida en el Continente.

CAPÍTULO 22



La semana siguiente avanza sin incidentes. Empiezo a llevar a Xavier a mi asignación laboral y me alegra descubrir que Zak y él hacen buenas migas. Sin embargo, la primera vez que entramos en el campo de tiro, el desaliñado maestro armero no mostró demasiado entusiasmo. Entornó los ojos al ver a Xavier y dijo:

—Wren, me caes bien, pero no sé si es buena idea darle a un prisionero acceso a armas de fuego.

—Supongo que no —concordó Xavier—. Pero soy el nuevo guardaespaldas de Darlington, así que… me imagino que te toca aguantarme.

—¿Guardaespaldas? —repitió Zak, divertido.

—Sé lo que estás pensando, pero solo soy su guardaespaldas. No me la estoy tirando. No es mi tipo.

—No estaba pensando en nada parecido —contestó Zak, tras lo cual solté un suspiro y me disculpé de parte de Xavier.

Lo divertido es que él es mucho mejor profesor que yo. Mientras que a mí a veces me cuesta conectar con los alumnos, a mi amigo le sale natural. Antes de que se acabe la semana, no solo a impresionado a Zak, sino que se ha ganado a algunos reclutas. Ahora Uma solo quiere trabajar con Xavier.

Por la noche, visito a Kallister en su apartamento antes de cenar para revisar más documentos del archivo de mi madre. Los estoy leyendo sin orden ni concierto. Supongo que no es el método más eficaz, pero me da miedo sumergirme en ciertas secciones, como las transcripciones de los interrogatorios de la Compañía días antes de

su ejecución. No sé lo que voy a sentir al ver sus propias palabras escritas en el papel, al imaginarme su voz diciéndolas en mi cabeza, así que lo estoy retrasando.

Me paso la siguiente hora leyendo sobre la cordillera Valterra mientras Kallister permanece sentado en otra habitación estudiándose la información para una misión. Después, me reúno con Xavier en el comedor para cenar y soporto su habitual monólogo interno mientras avanzamos por la cola.

—Y sí, lo pillo —dice, refiriéndose a alguna conversación misteriosa que debe estar teniendo en su cabeza y que retoma en voz alta de esa manera suya tan molesta, como si yo supiera de qué coño está hablando.

—¿Que pillas qué? —Dejo la taza de café en la bandeja y espero a que coja su bebida.

—Sé que la mayoría de estas personas son infectos…

—Oye. —Le doy un puñetazo y está a punto de dejar caer la jarra de cerveza que se está sirviendo.

—Perdona. Modos. Sé que la mayoría de estas personas son Modos —se corrige tan avergonzado como debe—. Pero no soy de los idiotas que creen que vuestra sangre es venenosa. Lo único que digo es que no hay razones para que alguien de por aquí no se acueste conmigo.

—¿Por qué todas las conversaciones giran en torno al sexo cuando estoy contigo? No eras así en la base del Comando.

—No, no era así contigo. —Pone los ojos en blanco—. Los instructores no hablan sobre su vida sexual con los reclutas.

—Con los amigos tampoco hace falta —digo, esperando que ese argumento le convenza para parar.

—Ya formas parte de esto. No te resistas.

—Está bien. Entonces, para que yo me entere, no crees que nuestra sangre sea venenosa, pero… ¿alguna vez te has liado con un Modo? —lo desafío.

—Estadísticamente hablando, seguro que sí. Ya sabes, dado el número astronómico de amantes que he tenido —dice con solemnidad, haciendo que me parta de risa—. No me importa si la

persona en mi cama es psíquica, Darlington, siempre y cuando se aleje de mi mente y se centre en mi cuerpo. —Me guiña un ojo.

—Muy bien, solo tienes que convencerlos de que no eres un Primario malvado y de que te mereces tener orgasmos igual que cualquier otro hombre.

—Exacto. —Estudia la habitación y asiente, aprobatorio, cuando dos mujeres preciosas se encaminan en nuestra dirección. Rebosando confianza, les dedica una sonrisa—. Señoritas.

Siguen caminando.

—Impresionante —comento—. Las tendrás en el bote en cero coma.

No quedan muchas mesas vacías, así que pienso: «¡A la mierda!» y me dirijo hacia Gray y su pandilla. No suelo juntarme con ellos cuando me acompaña Xavier, pero no me importaría sonsacarle información a Gray sobre por qué la Autoridad lleva encerrada en la sala de guerra toda la semana. Cuando le he preguntado a Kallister, me ha dicho que había disturbios en los distritos, pero no estaba por la labor de entrar en detalles.

Recibimos varias miradas de desconfianza cuando nos sentamos, sobre todo de Evlynne y Neema. Los demás parecen demasiado distraídos por la conversación que acabamos de interrumpir.

—No entiendo por qué no podemos entrar y sacarlos de ahí —está diciendo Henley. Por una vez, la malicia no le tiñe la mirada. Es más, su expresión desprende frialdad.

—¿Entrar dónde? —pregunto.

Gray me mira.

—La situación en los campos de trabajos forzados se ha salido de madre después del discurso de Travis Redden sobre que los Primarios deberían tener miedo de nosotros, de que les corrompamos la mente. Las últimas noticias de los Modos en el Cañón Helado son preocupantes.

Se me tensan los hombros. El Cañón Helado es la mina de sal del distrito A. Ahí es donde tienen retenida a Tana.

—Ah, y esto te va a encantar —me dice Gray—. El pequeño general ha ascendido y ahora dirige su propia unidad en la sección Plata.

—¿Roe? —pregunto, fingiendo sorpresa. Cross ya me había hablado del ascenso de su hermano, pero nunca traicionaría su confianza.

—Estuvo anoche en la mina de sal. Mató a un Modo de una paliza y estuvo a punto de matar a otro porque tuvo los huevos de defenderse cuando un grupo de Primarios se enfrentó a él.

Saint suelta un gruñido de inquietud que refleja una rabia poco común en él.

—¿Por qué no asaltamos esos campos y liberamos a los nuestros?

—Es lo que llevo diciéndote semanas —le recuerdo a Gray—. Tana está en el Cañón Helado. ¿No podemos al menos plantearnos una misión de rescate? —Cada vez que he sacado el tema con Kallister o con Gray, me han respondido con la misma cantinela: «No es tan fácil».

—No es tan fácil —repite ahora Gray, y debo apretar la mandíbula. Sin embargo, esta vez nos da más explicaciones—: La mina de carbón en Spearhead está rodeada de campos de fuerza. Los campamentos al sur están demasiado apartados y muy vigilados, por lo que es difícil penetrar en ellos. Y al este del Cañón Helado están los acantilados, así que tampoco podemos acceder por mar. Por no mencionar que el espacio aéreo está vigilado, así que tendríamos que aterrizar lejos de la mina y acercarnos a
pie.

—Entonces, ¿vamos a dejar que maten a los nuestros y les hagan papilla? —suelta Evlynne.

—Estamos llevando a cabo una evaluación de riesgos. —Gray se lleva el café a los labios y le da un sorbo, pensativo—. Lo más probable es que hagamos pronto una votación.

—Votadlo ya —insiste la chica—. ¿De qué vale poner su base patas arriba si no vamos a atacar justo después?

Por una vez, estoy de acuerdo con Evlynne. No entiendo por qué no han organizado otro ataque.

—Nos estamos enfrentando a todo el ejército —le informa Gray—. Son demasiados. Un ataque aéreo rápido es una cosa, pero ejecutar una extracción satisfactoria sin que todos acabemos muertos es mucho más complicado.

—Pero ¿os lo estáis planteando? —pregunto.

—Claro, no podemos dejar que los nuestros mueran en esos campos. Necesitamos sacarlos de ahí. La Autoridad es consciente de eso. Llevaremos a cabo algunas misiones de reconocimiento esta semana para ver a qué nos enfrentamos.

Le dedico una mirada llena de esperanza.

—¿Cómo puedo conseguir que me asignen una misión de reconocimiento?

—No puedes. —Evlynne me dedica un bufido desdeñoso mientras Neema suelta una risita tras su taza—. Nadie va a confiarte sus datos de reconocimiento, Darlington.

Espero a que los demás se marchen antes de apartar a Gray a un lado.

—¿Qué ha querido decir con eso? —le pregunto.

No se anda con rodeos.

—Que ninguno de los líderes de misión te quiere en su equipo.

El estómago me da un vuelco doloroso. Vaya, eso escuece. Sé disparar un arma mejor que cualquiera de estas personas, pero ¿nadie quiere que le cubra la espalda?

—Todavía —añade cuando advierte mi expresión.

—¿No es porque pueda incitarles?

—Quizá sea así en el caso de un par de ellos, pero sobre todo se debe a que no tienes experiencia sobre el terreno. Nunca has llevado a cabo operaciones en los distritos y la mayoría de los líderes no se arriesgan con un novato hasta que no demuestran su valor.

—¿Cómo voy a probar lo que valgo si nadie me da una oportunidad? —Me muerdo el labio, intentando no revelar lo mucho que me molesta—. ¿Y tú? ¿Tú también estás en contra de trabajar conmigo?

—Claro que no. —Se le suaviza la expresión—. Te aceptaría sin pensarlo. Pero no depende de mí. Si fuera una misión solo para dos y fuera el líder, lo haría encantado. Pero los demás líderes han expresado sus reticencias y la Autoridad respalda lo que quiere la mayoría.

Su respuesta me produce una oleada de descontento. Más tarde, cuando estoy en la cama tratando de quedarme dormida, no puedo

dejar de darle vueltas. Maldita sea, me ha dolido. Me siento como si hubiera hecho algo mal, como si necesitara disculparme una y otra vez por poder incitar.

Me siento como si tuviera que… redimirme, cuando no tengo razón alguna para hacerlo. No soy una traidora. No soy mi madre. Ni mi padre. No hice que mataran a esos Modos en la cordillera Valterra.

Aun así, he heredado este legado de vergüenza del que no logro desprenderme, no hasta que cree uno mejor. Pero ¿cómo voy a conseguir que eso ocurra si nadie desea darme una oportunidad?

A la mañana siguiente, sigo de bajón, y dado que no tenemos nada que hacer en el campo de tiro, Xavier me arrastra fuera de la habitación y me convence para que demos un paseo por la montaña. Solo llevamos diez minutos de trayecto cuando Cross me sorprende intentando vincularse. No suele estar muy presente últimamente, lo que me ha estado carcomiendo.

¿Todo bien, palomita?

En realidad, no. Me has estado ignorando.

Lo siento. Oigo el arrepentimiento en su voz. *No lo hago a propósito. Estoy en casa con mi madre*.

¿Qué tal está? Mientras Xavier sigue avanzando, me quedo atrás y me siento en una roca cercana para disfrutar de un poco de privacidad.

Igual. Se produce una pausa en la que noto cómo aumenta la tensión*. Mi padre también está aquí. Anoche tuvimos que atarlo*. En el siguiente silencio capto un ápice de tristeza. *Es una puta locura, Margarita. Me he quedado sin padres. Siguen vivos, pero es como si hubieran muerto. A veces me gustaría coger a mi madre y desaparecer en el bosque. O subirme a un avión o a un barco e ir a Tierra Fe. Volar hasta Carora y ver qué demonios hay ahí. Sacarla de esta ciudad. Pero luego lo pienso y digo: «¿Para qué?». Ella ni siquiera está aquí. Su cuerpo sí, pero su mente está perdida. Y la de mi padre, aún peor.*

Y la culpable de la corrupción de ambas mentes es Adrienne. Estoy a punto de soltárselo, de contarle que ella también es la responsable del estado de su madre, pero reprimo el impulso. Ahora mismo ya está sufriendo bastante. No quiero empeorar la situación.

Huir no servirá de nada, digo. *La Compañía no puede seguir al mando. Los Modos nunca estarán a salvo mientras tenga el control.*

¿Y si fuera la Revolución la que tuviera el poder? ¿Estarían a salvo los Primarios? Porque hay más de un millón en esta ciudad y en los distritos. Los Modos solo son una pequeña parte de la población del Continente.

¿De quién es la culpa?, contraataco. *Fue tu padre quien orquestó el golpe de Estado y la Purga de los Sangre Plateada. Al menos cuando Severn tenía el poder, ambos bandos vivían juntos.*

¿De verdad estás defendiendo el severenismo?

No, contesto mientras la frustración borbotea en mi interior. No quiero discutir sobre política, sobre qué régimen opresor es menos opresor. *La vida es una mierda, ¿vale? Pero no me gusta oír que tu hermano pequeño le ha dado una paliza hasta la muerte a un Modo en un campo de trabajos forzados.*

La brusca maldición que escupe Cross reverbera en mi cabeza.

¿Cuándo?

Anoche. Mató a uno de ellos en la mina de sal. No logro reprimir el tono acusatorio que se cuela en mi voz. *Dijiste que controlarías a Roe.*

No puedo hacer una puta mierda porque me mantienen al margen. No sabía nada de eso. Vuelve a maldecir. *Hablaré con Travis*.

Mi rabia desaparece.

Lo siento. Pensaba que lo sabías.

Pues no. No paso por alto el toque de brusquedad en sus palabras. *Veré qué puedo hacer para controlar a Roe*.

Luego, desaparece. Con los dientes apretados, me levanto y me dispongo a buscar a Xavier, quien se echa a reír al ver mi expresión furibunda.

—Supongo que te has detenido para hablar con Cross, ¿no?

—Sí, y no lo entiendo, joder. ¿Por qué no se une a la Revolución y se aleja de su familia de psicópatas?

El rostro de Xavier se suaviza.

—Mira, Cross es despiadado. Mataría a cualquiera para defender a las personas a las que quiere, sin dudarlo. Pero también tiene un fuerte sentido del bien y del mal. Del honor hasta en tiempos de guerra. Si considera que la Revolución no es de fiar, yo confiaría en su intuición.

—El problema es que tampoco podemos confiar en los Primarios de la ciudad.

—Entonces, supongo que habrá que decantarse por el mal menor. —Me dedica una sonrisa—. ¿Cuál de los dos bandos es menos malo?

—¡Cómo me jode no saberlo! —Levanto los ojos al cielo—. Deberíamos volver antes de que se ponga el sol…

Me interrumpe un chillido agudo que hace pedazos la tranquilidad del bosque.

CAPÍTULO 23



Otro grito corta el aire, esta vez más cercano. Desgarrador y cargado de terror. Xavier ya se ha puesto en marcha.

—Por aquí —me indica.

Me apresuro tras él y nuestros pasos retumban a toda velocidad sobre el terreno mientras tiro de la correa del fusil y levanto el arma. Los árboles se vuelven más delgados hasta que llegamos a un claro, el mismo en el que encontré a Poppy cogiendo flores cuando quise crear una conexión con ella y Fiona la borró de un plumazo. La adolescente y yo apenas hemos hablado desde entonces. En la base, mantiene la cabeza baja y no me mira cuando pasa a mi lado en el comedor.

Nos encontramos con una escena aterradora: Poppy está apoyada en una roca, con los brazos estirados y las palmas contra la piedra mientras intenta ahuyentar a la enorme bestia ante ella.

O estoy alucinando o se trata de un aullador.

Solo he visto uno en toda mi vida. Los aulladores son lobos gigantescos que viven cerca de las cimas de las montañas y rara vez se aventuran a alturas más bajas a menos que se queden sin comida. Sin embargo, nunca cazan solos. Únicamente cuando están muertos de hambre y desesperados.

Este es gris, con aspecto desaliñado. Hembra, al parecer. Las hembras son siempre más grandes. Un gruñido grave se le escapa de la garganta mientras rodea a la adolescente asustada.

—Dispara —me ordena Xavier.

No lo dudo. Sitúo al animal en mi punto de mira, apuntándole a la cabeza, pero, en el último segundo, vuelve a girarse y la bala le

alcanza la pata. Un aullido agudo reverbera por el aire, ese gemido inquietante que le da nombre a la bestia. Pero en esta ocasión está entrelazado con dolor. Con un gruñido, la loba retrocede a trompicones durante un segundo cuando las patas delanteras ceden por el impacto de la bala, pero, aunque la sangre le mancha el pelaje, el disparo desviado solo ha conseguido enfadarla. La aulladora se dirige de nuevo hacia la presa.

Poppy grita, pero Xavier ya ha llegado a su lado. Se coloca entre la chica y la loba cuando esta está a punto de alcanzarla. La aulladora aterriza ante él, batiendo la mandíbula, y le clava los dientes en el antebrazo. Xavier, para tratar de alejarla, le da una patada en el pecho. Pero advierto un fogonazo de dolor en los ojos oscuros de Xavier cuando la bestia echa la cabeza hacia atrás de forma violenta, todavía con el brazo de Xavier atrapado entre sus fauces.

—¡¡¡Darlington!!! —grita.

Con el pulso acelerado, levanto de nuevo el fusil. Veo la sangre que recorre el brazo de mi amigo, los dientes de la bestia hundidos en su piel. Esta vez, opto por un objetivo más grande: el pecho. Necesito tres balas para que el aullador suelte a Xavier.

Cuando la loba colapsa en la hierba, me abalanzo hacia delante. Observo cómo su cuerpo se contorsiona ligeramente en el suelo antes de quedarse totalmente inmóvil. Tiene el pelaje empapado de sangre, igual que el brazo de Xavier.

Poppy está agazapada contra la roca, con el rostro pálido. Se encuentra paralizada, como si el miedo la hubiera congelado. Dejo que el fusil me cuelgue del hombro mientras me apresuro al lado de Xavier.

—¿Te encuentras bien?

Logra esbozar una sonrisa apagada.

—Sí.

—Tu brazo no lo parece —comento, sintiendo náuseas al examinarlo.

Me quito la camisa de manga larga que llevo sobre el top y me apresuro a cubrirle el antebrazo con ella para crear un vendaje

improvisado. Aprieto el nudo con fuerza para detener el sangrado y Xavier suelta una maldición de dolor.

—Necesitas ir a la enfermería.

—No pasa nada —insiste, como haría cualquier soldado, desestimando la idea de que quizá sí que pasa algo.

Doy una zancada hacia Poppy y le tiendo la mano.

—No te preocupes. La aulladora está muerta. Estás a salvo.

Abre la boca y la cierra, demasiado conmocionada para hablar. Por fin, me da la mano y la ayudo a levantarse.

Pasea la mirada de preocupación hasta Xavier.

—Tu brazo… —Le tiembla la voz.

—Sigue pegado al cuerpo —la tranquiliza.

Poppy suelta una carcajada trémula.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunto, mirándola de arriba abajo para asegurarme de que no ha sufrido daño alguno durante el ataque a Xavier—. ¿De dónde diablos ha salido esa aulladora?

—No lo sé. Apareció de repente entre los arbustos. —Señala la tupida maleza cerca de nosotros, donde hay un puñado de acianos esparcidos por el suelo. Poppy debe de haberlos dejado caer cuando la ha sorprendido la aulladora.

—Venga, vamos —le digo a Xavier—. Necesitamos curarte el brazo.

—Mi madre puede sanarlo. —Poppy mantiene los ojos fijos en la camisa empapada de sangre que sirve de venda—. Le diré que estamos en camino.

Cuando se queda callada, asumo que las venas le brillan bajo las mangas mientras le cuenta a Fiona lo que ha ocurrido. Comenzamos a alejarnos de la aulladora muerta cuando de repente oímos un suave gruñido.

Durante un segundo, creo que es el animal que acabo de matar, pero entonces advierto que procede de los arbustos. Utilizo el fusil para apartar las hojas y los matorrales y me sobresalto cuando me topo con un par de ojos dorados que me devuelven la mirada.

—¿Qué pasa? —pregunta Xavier a mis espaldas.

—Un cachorro de aullador —contesto sin mirarlo. Sigo con los ojos fijos en los del animal. No creo que se esté preparando para

lanzarse contra mí, pero eso no significa que me sienta cómoda dándole la espalda—. Supongo que por eso te ha atacado, Poppy. Probablemente te has acercado demasiado a su cría.

El lobo se aleja de mí, siseando y gruñendo. Es blanco casi por completo, a excepción de una mancha roja que le enmarca el ojo izquierdo.

—¿Es un bebé? —Poppy se acerca a mí y trata de pasar a mi lado.

—No exactamente —digo, frenándola con el brazo—. A juzgar por su tamaño, diría que tiene un año, más o menos.

—Entonces, ¿por qué seguía con su madre?

—Muchos cachorros se quedan cerca de la manada hasta que se hacen independientes del todo, en especial en zonas en las que apenas hay comida.

Le echo un vistazo a la madre muerta antes de volver a centrarme en el aullador huérfano. Toda la montaña está repleta de peligrosos depredadores. Lo más probable es que otro animal más grande y cruel haga pedazos al joven lobo en cuanto nos marchemos.

Noto un cosquilleo en las manos por el deseo de hacerle una seña al aullador para que se acerque, para intentar ganarme su confianza. Pero ¿y luego qué? De ninguna manera puedo aparecer en la Daga con una bestia.

—Tenemos que ayudarlo. —Poppy parece a punto de echarse a llorar.

Xavier ve nuestra expresión y escupe una maldición.

—No, dejadlo en paz.

—Pero se morirá si lo dejamos aquí.

—Es el ciclo de la vida. Vámonos —insiste Xavier.

Le dedico a Poppy una mirada reconfortante poco entusiasta.

—Quizá sobreviva por su cuenta. Fíjate, tiene dientes grandes. Y ya no depende de la leche materna. Seguro que le va bien.

—Pero…

Xavier la interrumpe:

—Mira, niña, es un puto animal salvaje. No sería justo tratar de domesticarlo.

—Tiene razón —digo con suavidad—. Si hiciéramos eso, le arrebataríamos el instinto de supervivencia. Pertenece al mundo

salvaje.

Poppy me mira como si quisiera rebatirme, pero por fin deja escapar un suspiro de derrota. La alejo de los matorrales, abandonando a su suerte al lobo paralizado, que no para de gruñir. No sé si nos observa mientras nos marchamos, pero me obligo a no mirar atrás al mismo tiempo que nos apresuramos fuera del claro, dejando a nuestro paso a la aulladora muerta y su huérfano.

Aún no había pisado la enfermería desde que llegué a la Daga y no esperaba que la primera vez se fuera a deber al brazo destrozado de Xavier, cortesía de una aulladora.

La clínica es más pequeña de lo que esperaba. Consiste tan solo en un puñado de habitaciones y un único espacio abierto que, según dice Fiona, apenas se usa. Con una sanadora en la sede, no suele haber necesidad de llevar a cabo ninguna intervención y, con el fin de no malgastar su tiempo, para las afecciones leves mantienen suministros de bálsamos regeneradores y pomadas.

—¿De dónde lo sacáis? —pregunto cuando la sigo a una sala llena de camas de hospital. Hay tres en cada lado, con cortinas grises de separación entre ellas—. El regenerador, quiero decir.

—Jasper —musita como respuesta. Apenas ha mirado a Xavier desde que se ha reunido con nosotros en la enfermería. Me sorprende incluso que haya contestado a la llamada de auxilio de Poppy al descubrir que Xavier Ford era el paciente en cuestión.

—Nuestro contrabandista preferido —bromea Xavier.

—Tu contrabandista preferido —lo corrijo—. Eres tú el que se quedó toda la noche de fiesta con él.

—Es divertido. —Xavier observa el rostro impasible de la sanadora—. Mucho más que cualquier otra persona de por aquí.

Fiona se dirige a una cama y, tensa, le hace un gesto a Xavier para que se siente. Tiene la camiseta destrozada allí donde la aulladora le clavó los dientes, por lo que del antebrazo le cuelgan jirones de tela. Sin mediar palabra, coge un par de tijeras y le corta la manga hasta el hombro.

Me estremezco cuando advierto los pedazos desgarrados de piel. La herida sigue supurando sangre, pero no demasiada. No es lo bastante profunda como para ser mortal, pero la infección podría complicarse si no se la trata.

—¿Cómo es posible que no dejes de bromear cuando tienes el brazo así? —le pregunto.

Me dedica una sonrisa.

—A decir verdad, me han pasado cosas peores.

Fiona se frota las manos y se sienta al lado de Xavier.

—Poppy dice que colocaste el brazo frente a las mandíbulas de la aulladora.

Xavier se encoge de hombros.

—Estaba a punto de hundir los dientes en tu hija.

Es evidente que Fiona preferiría estar en cualquier otra parte que aquí, pero parece que es el sentido del honor lo que mueve sus acciones. Votó en contra de liberar a Xavier de la celda. Me lo contó Gray. Ahora le debe al prisionero la vida de su hija. El dilema moral interno debe de estar carcomiéndola por dentro.

—Tardaremos poco en curarte —dice.

Impávida ante la sangre, posiciona las dos manos con firmeza sobre la herida.

La primera vez que un Modo me sanó estaba en la base del Comando. Ellis, quien trabajaba allí de incógnito, me curó la muñeca rota. Fue una experiencia surrealista notar cómo me conectaba los huesos.

Observar cómo se lo hacen a otra persona es igual de fascinante. Fiona respira hondo, como si quisiera centrarse, y extrae energía de su propio cuerpo. Comienza a mover los dedos cuando acerca las manos al musculoso antebrazo de Xavier.

Como va en manga corta, tiene los brazos al descubierto y veo cómo le comienzan a brillar las venas. Sin embargo, la plata se limita a sus brazos, no como a Hawkins, que se le extendió por todo el cuerpo cuando me mostró cómo aprovechar la frecuencia dorada.

Xavier inspira hondo de forma brusca, con la mandíbula apretada. Esboza una mueca cuando Fiona le presiona la piel con un poco más de fuerza, pero esta no se disculpa.

Observo, sorprendida, cómo las heridas comienzan a sanar, cerrándose, fusionando la piel desgarrada, pero no veo el efecto total hasta después de que Fiona le limpie el brazo con un trapo empapado en gel hidroalcohólico. Tras deshacerse de la sangre, solo queda el antebrazo de Xavier, como nuevo. Joder, es imposible saber que ahí tenía una herida. Su brazo es una expansión impecable de piel dorada.

Cuando Fiona se pone en pie, Xavier se examina el brazo. Luego, lo flexiona.

—¿Te duele? —le pregunto.

—Qué va. Está como nuevo.

Mira a Fiona y abre la boca para agradecérselo, pero ella pone una mano en alto para silenciarlo.

—No voy a fingir que confío en ti —dice con voz monótona—. Porque no es así.

La diversión ilumina los ojos de Xavier.

—Vale.

—Pero hoy le has salvado la vida a mi hija, y te lo agradezco. —Tensa la mandíbula mientras se esfuerza por escupir las siguientes palabras—: Gracias, teniente.

CAPÍTULO 24



Los rumores sobre la hazaña heroica de Xavier no tardan en extenderse por la Daga. Por desgracia, solo ha conseguido ganar puntos con Poppy. Pero por algún lugar hay que empezar, ¿no?

Cuando entramos en el comedor para desayunar al día siguiente, advierto que algunas de las miradas gélidas que solían dedicarle se han derretido un poco. No mucho después de sentarnos, Poppy se acerca a nosotros con timidez para preguntarle por el brazo.

—Como si no hubiera ocurrido nada —le asegura, mostrándole el antebrazo.

Es obvio que la adolescente quiere añadir alguna otra cosa, pero duda, jugueteando con la manga.

—¿Algo más? —Xavier curva los labios, divertido.

—¿Te gusta jugar? —suelta Poppy, y me muerdo el interior de la mejilla para evitar echarme a reír.

—No solo me gusta —dice Xavier con seriedad—, sino que me dan rabietas si pierdo.

Poppy esboza una sonrisa.

—Acabo de aprender a jugar al póker. Deberíamos probar.

—Dalo por hecho. —Le da un rápido sorbo al café mientras la contempla por encima del borde de la taza antes de dejarla en la mesa con un grave suspiro—. Mierda, ¿cuántos años dijiste que tenías? Me da la impresión de que te estás enamorando de mí porque te he salvado la vida. ¿Es eso?

Poppy se queda boquiabierta.

—¿Qué? ¡No!

Suelto una carcajada que atrae varias miradas de curiosidad de las mesas vecinas.

—Solo estaba siendo maja —farfulla la chica con las mejillas sonrosadas.

—Ah, en ese caso, me encantaría jugar a las cartas contigo —contesta Xavier.

Cuando Poppy se ha ido, le doy un codazo al soldado.

—¿Por qué la has avergonzado de esa manera?

Xavier se pone a la defensiva.

—Solo necesitaba asegurarme de que no se había pillado. Tiene… ¿cuántos, dieciséis años? No quiero que la bruja de su madre me persiga, acusándome de estar intentando algo con su hija adolescente.

Se me ha olvidado el intercomunicador en el apartamento, así que después de desayunar me dirijo hacia allí para recuperarlo. Al cruzar la puerta, Cross intenta vincularse conmigo. No me pregunta si me encuentro bien, sino que va directo al grano.

Travis está sacando a todos los prisioneros Modificados del Cañón Helado.

Frunzo el ceño.

¿Por qué?

Un caos de la hostia. Los Primarios de la mina se niegan a trabajar con los Modos, así que Travis ha decidido dejarlo como sede solo para Primarios. Ha ordenado que se transporte a todos los Modos a la mina de carbón del distrito K.

Me pongo en guardia. K es un distrito al sur. En el programa aprendimos todos los detalles sobre las instalaciones del sur. Son diminutas. La mina de sal en el Cañón Helado es, de lejos, la más grande del Continente, ya que alberga a doscientos cincuenta prisioneros, cincuenta de los cuales son Modificados. La mayoría de las minas del sur solo tienen espacio para cincuenta cada una.

En la mina de K no hay sitio suficiente para cincuenta Modos, comento, alerta.

No irán todos.

La ira me borbotea en las venas.

¿Van a matar a algunos?

A aquellos que Travis no considere útiles, sí.

No podemos permitir que ocurra algo así, Cross.

Me ocuparé del tema.

¿Cómo?, pregunto. *Has perdido todos los permisos.*

Aún tengo algunos ases que puedo jugar. Me las apañaré.

Interrumpe la conexión y una oleada de rabia me sobrepasa. ¿En serio? ¿Va a dejarme así, con la palabra en la boca?

¡Joder!

Me apresuro hacia la sala de Operaciones para buscar a Gray. Lo encuentro en el hangar, por supuesto, tumbado bajo uno de sus esbeltos cazas grises, jugueteando con una llave inglesa.

—Sal de ahí, as —le digo a la parte inferior de su cuerpo—. Tenemos que hablar.

Con una carcajada, se aleja de las entrañas del avión. Lleva un traje de cuerpo entero de piloto verde oliva con la parte superior atada a la cintura, dejándole el pecho al descubierto.

—Estás cubierto de grasa —digo.

Gray se pasa una mano por los pectorales y esboza una sonrisa al ver la palma manchada de negro.

—¿Qué pasa?

Dudo. Cross no me ha pedido que no cuente la información que me ha dado, solo ha dicho que se las apañará. Y tal vez encuentre una manera de arreglarlo, a pesar de no tener a su alcance los amplios recursos de la sección Plata. Pero lo más probable es que no sea capaz y de ninguna manera voy a permitir que maten a nadie en la mina de sal, sobre todo a mi mejor amiga.

—Tengo algunos datos —admito— que quizá interesarían a la Autoridad.

—¿Qué clase de datos?

—Están relacionados con la instalación del Cañón Helado. Van a reubicar a todos los prisioneros Modificados de la mina de carbón a K.

Se le tensan las facciones.

—¿A la mina de agua? Ahí no entran tantas personas.

—Lo sé. No todos saldrán del Cañón Helado con vida.

—Mierda. —Introduce los brazos en las mangas y se sube la cremallera del traje de vuelo—. ¿De dónde has sacado esa información?

Ya tengo la mentira preparada.

—De la Modo que conozco, la que está saliendo con alguien del Comando. No trabaja para la red ni tiene interés en unirse, por lo que es lo único que puedo contarte.

Aunque me estudia durante un segundo, no insiste ni trata de rellenar las lagunas de mi historia.

—Muy bien. Se lo diré a los demás. Pero no llevarán a cabo ninguna acción hasta que no recibamos confirmación de una de nuestras fuentes.

No soy una fuente fiable. Mensaje recibido.

Unas horas después, estoy en el campo de tiro cuando noto una presión en la mente. Adrienne va directa al grano:

Nuestra fuente corrobora la tuya. Van a mover a los prisioneros mañana por la mañana.

¿Qué vamos a hacer?

Abandona mi mente sin contestar. Buena charla, sí.

Ceno con Xavier, aunque donde realmente me gustaría estar ahora mismo es en la sala de guerra. Gray y Teriq no están en el comedor y, aunque la ausencia de Adrienne y Kallister no activa ninguna alarma porque rara vez se les ve por aquí, que ninguno de los líderes de misión haya aparecido, incluidos Saint y Evlynne, lo dice todo. Tampoco está Raven Persimmons, quien, según acabo de descubrir, también es una líder. Me imagino que eso debe poner de los nervios a Mako.

Estamos jugando a las cartas con Poppy en la sala común después de la cena cuando la megafonía de la Daga emite una voz crepitante.

—Todos los agentes de campo al comedor.

Xavier levanta la mirada de las cartas.

—¿Tú incluida? —me pregunta.

—Creo que sí.

Jugué un papel esencial en la misión de Adrienne cuando le corrompió la mente al general, por lo que me imagino que me gané el puesto de agente de campo. En cualquier caso, prefiero que me echen si lo desean. La curiosidad impide que me lo pierda.

Sombrío, Xavier baja la barbilla.

—A mí nunca me invitan a fiestas.

—Ni a mí —dice Poppy como muestra de apoyo mientras dejo las cartas en la mesa y salgo de la habitación.

Me dirijo al comedor con muchos otros y, cuando logro acceder al interior, no hay ningún sitio libre. Permanezco de pie al lado de Hawkins, quien me saluda con un gruñido. Me sorprende verlo, ya que me dijeron que nadie quiere trabajar con él. Aunque, a decir verdad, nadie quiere trabajar conmigo tampoco y aquí estoy.

Espero encontrarme con toda la Autoridad, pero solo entran Gray y Teriq. La sala se sume en el silencio cuando este último comienza a hablar:

—La Autoridad ha votado para permitir la extracción.

El corazón me da un vuelco por la emoción. ¡Por fin! Van a rescatarlos. No soy la única entusiasmada. Ante el anuncio, una corriente de expectación cruza la estancia.

—Es una misión prioritaria y de alto riesgo —dice Gray con los brazos cruzados sobre el pecho—. El objetivo es extraer a los Modos de la mina de sal del Cañón Helado.

Le dedica una seña con la cabeza a Saint, quien se aleja de la pared y se acerca a ellos.

—Vamos a formar dos equipos —dice Teriq—. Saint y yo seremos los líderes de misión sobre el terreno. Gray será el líder del aire. Luisa y él se encargarán del transporte.

El pulso se me acelera. Me muero por que me cojan para esta misión.

Teriq da un paso al frente y pregunta:

—¿Quién se apunta?

Gray dijo que todos los agentes se involucran de manera voluntaria y es fascinante observar cómo se lleva a cabo el proceso.

No me sorprende cuando todas las personas del comedor levantan la mano. Incluida yo.

—Necesito a cuatro personas en mi equipo. —Teriq estudia la multitud antes de enunciar un puñado de nombres. El mío no está entre ellos.

Saint es el siguiente. Pasea los ojos verdes como el bosque por el grupo.

—Yo necesito a cinco. Me llevaré a Henley, Neema…

Cada nombre que no corresponde con el mío me provoca un nudo de decepción cada vez más tenso en el estómago. Intento recordarme que todos tienen más experiencia que yo, que llevan años formando parte de la red, algunos incluso décadas, mientras que el tío Jim me mantuvo todo lo lejos posible de la Revolución. Todas las personas aquí presentes han trabajado juntas en numerosas misiones y se han ganado una confianza que yo todavía no he conseguido.

—Orin…

Pero tampoco soy una novata. Tengo buena puntería. Puedo procurar coartadas o apoyo. Quizá no haya llevado a cabo aún mi propia misión, pero sin duda puedo ayudar en cualquiera.

—Cilian. —El cuarto puesto se lo lleva un hombre del que nunca he oído hablar.

No recuerdo la última vez que me sentí tan desesperada por demostrar lo que valgo. Lo único que necesito es que una persona me dé una puta oportunidad…

—Y Darlington.

Me quedo paralizada, buscando con los ojos los de Saint. Me preocupa haberlo entendido mal, pero, cuando me sostiene la mirada, arquea una ceja.

—¿Te parece bien, Darlington?

—S… Sí —tartamudeo como una loca. Me aclaro la garganta—. Sí, señor.

La habitación se queda en silencio.

—Saint —le advierte Evlynne.

Incluso Teriq, quien siempre se suele mostrar neutral en lo que respecta a mí, se gira hacia él.

—¿De verdad quieres elegirla a ella? Está muy verde.

—Necesito un francotirador —dice Saint—. Y Darlington es una de las mejores.

Una oleada de placer me inunda el pecho. Al menos alguien se ha dado cuenta de que puedo ser un buen activo.

Teriq se encoge de hombros y se dirige a los agentes seleccionados.

—Equipo de extracción: en la sala de guerra dentro de una hora. Os daremos los detalles ahí.

Mientras el grupo se dispersa, las charlas inundan de nuevo el comedor. Permanezco ahí de pie, aún sorprendida porque Saint me haya dado una oportunidad. Por primera vez desde que llegué a la Daga, alguien que no es ni Gray ni Xavier me ha puesto el sello de aprobación, de reconocimiento.

Sin poder evitarlo, intercepto a Saint en la puerta. Pero pierdo los nervios y me quedo ahí plantada como un pasmarote, mordiéndome el labio.

—¿Sí? —Espera.

—Ah, joder.

No sonríe, pero juraría que se le curvan las comisuras de los labios.

—Vale…

—Perdón, quería darte las gracias. Te agradezco que me des esta oportunidad.

Saint asiente y cruza la puerta. Cuando Gray se coloca ante mí y me guiña un ojo, le siseo al oído:

—¿Has sido tú?

—No. —Se encoge de hombros—. Saint elige a sus propios equipos.

El zumbido de voces en la sala de guerra se atenúa cuando Teriq y Saint comienzan la reunión. Estoy sentada al lado de Neema, cuyo lenguaje corporal rezuma una acritud apenas velada. No cree que deba formar parte de la misión. Eso está claro.

—Según nuestras fuentes, el general Redden ha aprobado el traslado de prisioneros Modificados que están cumpliendo una sentencia de trabajos forzados en la mina de sal del Cañón Helado. En dos días, reubicarán a algunos en la mina del distrito K, pero creemos que los que se queden atrás tendrán que enfrentarse al pelotón de fusilamiento. —La voz de Teriq se torna lúgubre—. Ahora mismo hay cuarenta y dos Modos en el Cañón Helado. Vamos a sacarlos esta noche.

¿Esta noche? Advierto la conmoción en algunas expresiones y me alegra ver que no soy la única sorprendida. No vamos a tener tiempo suficiente para planear un rescate a prueba de fallos.

Teriq se gira hacia la pantalla holográfica que ocupa una pared entera a sus espaldas, donde se proyecta un mapa del Cañón Helado y las instalaciones mineras. Nos guía por él. Los puntos rojos indican las torres de los guardias. Las líneas del mismo color, el camino de aquellos que vigilan el perímetro. Señala una sección amarilla cerca de un túnel en el extremo oriental de las instalaciones y nos explica que representa un campo de fuerza.

—Según los datos que tenemos, lleva un tiempo sin estar operativo —dice—. Se necesita demasiada energía para mantenerlo activo. Por este túnel pasan los camiones con los suministros. El resto del tiempo, permanece vacío.

Saint da un paso al frente.

—Nos vamos a dividir en dos equipos: extracción y distracción. De la primera se encargará el equipo de Teriq. Pronto os darán toda la información. De la segunda, los que estáis conmigo. —Mira hacia el extremo de la mesa que ocupamos los cinco a los que ha elegido—. El equipo de distracción se infiltrará en el cañón a través de los acantilados orientales. Vamos a dejarnos caer en ellos con paracaídas. Luisa nos llevará al área de aterrizaje, donde nos reuniremos con Declan, de la base de la Zarzamora, quien tendrá preparado un medio de transporte.

Declan fue mi primer contacto de la red cuando llegué a Santuario e intenté salvar al tío Jim de la ejecución. Me cayó bien. Parecía competente.

—El equipo de distracción se dividirá en dos: ataque y señuelo. —Saint centra los ojos en Neema y en mí—. Darlington, Sharma, estaréis en esta última sección con Declan. Los demás os quedaréis conmigo.

Genial, me toca con Neema. Por su ceño fruncido, entiendo que está tan poco entusiasmada con que formemos parte del mismo equipo como lo estoy yo.

Saint pasa un dedo por la pantalla holográfica y las partículas de color blanco verdoso parecen bailar por el aire.

—El objetivo del equipo encargado de la trampa es colocar cargas en la boca del túnel aquí. —Dibuja una X en el mapa—. Darlington, cubrirás a Declan y Neema mientras sitúan los explosivos.

Asiento con un «sí, señor» silencioso.

—El equipo de ataque creará una distracción mayor —continúa Saint—. En la zona de aterrizaje nos esperará un camión, camuflado para parecer que transporta suministros. Necesitamos acercarnos lo suficiente al perímetro de seguridad y, allí, hacer ruido, desatar movimiento. El objetivo es crear una laguna en la seguridad de los barracones atrayendo a los guardias a la propia mina; necesitan creer que nuestra intención es volarla por los aires.

Orin interviene con las espesas cejas arqueadas.

—¿Y por qué no lo hacemos?

—Porque es una de las dos minas de sal operativas en el Continente —contesta Teriq—. Es decir, es un recurso que no nos podemos permitir perder.

—¿A qué clase de seguridad nos estamos enfrentando? —pregunta Henley, quien está reclinado en la silla, perezoso e impasible, como si estuviera jugando a las cartas con unos amigos.

—Hay un equipo de asalto formado por seis soldados que se pasean por el perímetro a lo largo de su turno de tres horas. Entraremos justo después del cambio de turno. Así ganaremos algo de tiempo. —Saint dibuja una línea en el mapa, cerca del túnel—. Y esto va para el equipo señuelo: según nuestras fuentes, no suele haber más de dos guardias situados en la entrada del túnel de suministros y ninguno en la salida porque siempre han dependido del campo de fuerza, así que no se han molestado en aumentar la

seguridad después de desactivarlo. Los guardias del túnel rotan cada hora, pero, por lo que nos han contado, no suelen estar demasiado alerta.

—¿Qué intensidad tendrá el ataque? —pregunta Henley.

—La que se necesite —contesta Saint—. Queremos que los guardias se centren en nosotros. Cuanto más ruido hagamos, más tiempo le conseguiremos al equipo de extracción. Luisa nos proporcionará apoyo aéreo.

—Mientras el equipo de Saint crea las distracciones —interviene Teriq—, el de extracción se pondrá en movimiento. Llevamos años recibiendo información de los prisioneros del campo, por lo que sabemos cómo se organiza la Compañía en él. La seguridad la lleva a cabo la sección Cobre, lo que nos beneficia. Nuestra formación es superior en todos los sentidos. Su ventaja está en esa rutina de turnos constantes.

No se equivoca. Al Comando se le da bien mantener la concentración de sus guardias. Lo vi de primera mano en la sección Plata.

—Mientras el equipo de distracción lleve a cabo su misión, el de extracción se colará en los barracones del oeste. —Pasa una mano por la pantalla y el mapa se disuelve antes de que en su lugar aparezca una imagen de las dependencias de los prisioneros—. Los de las mujeres están aquí. Y los de los hombres, aquí. —Dibuja una X sobre cada punto antes de trazar una línea hacia otra zona del mapa—. Están a quinientos metros del lugar por el que entraremos y a tres kilómetros y medio del área de recogida.

—¿No hay plataforma? —pregunta alguien con el ceño fruncido.

—Me llevaré el avión de transporte —dice Gray—. Aguantará esa carga y no necesita plataforma de aterrizaje.

—Tenemos contactos ahí dentro que harán que los prisioneros estén en sus puestos cuando lleguemos —continúa Teriq—. Los barracones se cierran de noche, por lo que necesitaremos acceder a los cerrojos y abrirlos. Ryker puede hacerlo en remoto.

—No del todo —le corrige el encargado de tecnología que Teriq ha elegido para su equipo—. Necesitaré estar a doscientos metros.

El líder de misión asiente.

—Hablaremos a través de intercomunicadores encriptados. Ryker los configurará todos. Me coordinaré a través de la telepatía con nuestros contactos entre los prisioneros, Bowe y Morlee.

Levanto la mano.

—¿Morlee Hadley?

Teriq me mira.

—¿La conoces?

—Es de mi distrito. Su hijo era uno de los instructores en el programa. —Desvío los ojos hacia Gray—. Matt Hadley.

—Menudo traidor —musita alguien. Todo el mundo sabe que denunció a su propia madre ante el Comando cuando descubrió que era una Modificada.

—Morlee y Bowe prepararán a todos para que se pongan en movimiento en cuanto se lo indiquemos —dice Teriq.

—Una vez que la distracción cause efecto, los soldados de Bronce entrarán en pánico. Según su respuesta, tendremos más o menos tiempo, de ahí que el primer paso sea crucial —comenta Saint—. Ryker bloqueará sus canales para que no sean capaces de pedir refuerzos, pero no podemos depender solo de eso. Antes de retirarse, el equipo de ataque debe utilizar fuego de supresión para que parezca un atentado real. El equipo señuelo colocará las cargas en el túnel y saldrá de allí cagando
leches.

Repaso la secuencia en mi mente. Atacarlos con fuerza, distraerlos, retirarse y salir de allí. Parece fácil.

—¿Cuál es el plan B si la situación se tuerce? —quiere saber Neema.

Gray se ocupa de la pregunta.

—Si la distracción falla, abortamos misión. Retrocedemos y retirada.

—¿Y los prisioneros? —pregunto con el ceño fruncido.

Su respuesta es más brusca de lo que esperaba.

—No podemos salvarlos a todos, Darlington.

—Equipo de extracción —prosigue Teriq—, voy a mandaros la rutina de patrullaje de los guardias a los intercomunicadores. Estudiadla.

—También al de distracción —dice Saint—. El equipo señuelo debe asegurarse de memorizar el mapa del túnel para saber dónde se sitúan las cargas.

Levanto la mano, un poco avergonzada.

—No tengo permisos para acceder a todas las secciones en el intercomunicador.

Saint me dedica un rápido vistazo.

—Te daré acceso. Necesitáis conocer ese túnel como la palma de vuestra mano. Toda la operación depende de la velocidad y eficacia de las distracciones. Quiero que el equipo encargado de la trampa vuelva a la zona de extracción en cuanto coloque las cargas.

Teriq da una palmada que marca el final de la reunión.

—Nos pondremos en marcha a medianoche.

Noto la emoción en el aire cuando nos dan permiso para retirarnos. Me paso las horas siguientes leyendo la información que me ha enviado Saint al intercomunicador. Estoy en la sala común porque Xavier me acosará a preguntas si me quedo en nuestro apartamento. Aunque me parece que la Revolución está perdiendo oportunidades al no utilizarlo; sería un activo muy útil en una misión de este estilo. Sin embargo, no puede siquiera abandonar la planta de Personal a no ser que yo lo acompañe.

Cuando se acerca el momento de partir, me dirijo a la sala de equipación para colocarme el chaleco antibalas sobre el conjunto totalmente negro que me he enfundado un rato antes. Al lado está la armería, donde me hago con varias fundas para cuchillos y una cartuchera para el brazo. También saco un elegante fusil con visión nocturna y me estremezco al pasar los dedos por el cañón.

Saint arquea una ceja cuando casi ronroneo de placer.

—Ya te lo dije —comenta Gray—. Le ponen las armas.

—Es el fusil más sexi que he visto nunca —musito, acercando el ojo a la mira.

Tras armarnos y repasar los detalles de la misión varias veces, nos reunimos en el hangar. Estamos a unos minutos de elevarnos, como dice Gray. Me ha asegurado que es un término militar de la era pasada que se usaba en las fuerzas aéreas.

Una diminuta descarga de adrenalina me inunda las venas cuando me subo al pequeño avión de carga. Luisa está en la cabina de mando, presionando botones y ajustando controles con seguridad. Me encantaría estar en la misma aeronave que Gray y Teriq, pero es la primera vez que un líder de misión me elige para una operación, así que no me puedo quejar.

Me coloco en el asiento junto al de Henley, quien me dedica un guiño cuando se inclina sobre mi arnés.

—Necesitas apretártelo más —me asegura y tira de las correas con destreza.

—Gracias —musito.

Segundos más tarde, salimos de la Daga. El estómago se me convierte en un nudo cuando intento conectarme con Tana para avisarle de lo que está ocurriendo. Ya lo he intentado varias veces, pero no lo ha aceptado. Igual que ahora, lo que me provoca una oleada de frustración. Estoy segura de que sabe que vamos hacia allí porque lo más seguro es que Morlee se haya encargado de preparar a los prisioneros, así que ¿por qué no me deja contactar con ella?

Llevamos unos minutos de vuelo cuando la voz de Teriq surge de nuestros auriculares.

—Hay un nuevo giro en los acontecimientos. Según los informes, Cross Redden está en la zona.

CAPÍTULO 25



Cross está en la mina de sal. Repaso las palabras de Teriq en mi mente una y otra vez. Durante todo el vuelo, me planteo contactar con él. Pretendo avisarlo de nuestro ataque inminente (no me lo perdonaría si le ocurriera algo), pero toda la misión depende del elemento sorpresa.

«Y no confías en él».

Trato de deshacerme de la acusación en mi cabeza, pero es demasiado tarde. Se ha asentado. Sin embargo, no es cierto. Sí que confío en él. Claro que sí.

«Entonces, ¿vas a hablarle ahora mismo?».

La ansiedad se aferra a mí hasta asfixiarme y me da vueltas la cabeza. Nunca he estado en una situación así. El hombre al que quiero quizá esté en peligro, pero no puedo alertarlo; debo permanecer en silencio.

—Estamos a dos pasos de la zona de aterrizaje —anuncia Luisa por los auriculares.

Los demás nos desatamos los arneses y nos ajustamos los paracaídas, comprobando que todo esté en su sitio. Saint se levanta y se dirige a trompicones a la puerta del avión. Al abrirla, el aire fresco sisea al cruzar la pequeña aeronave. Me ajusto con nerviosismo las correas del paracaídas, rezando para que el cordón de apertura funcione cuando tire de él.

La primera vez que salté de un avión estaba en un ejercicio de entrenamiento con el Comando. Nunca me había sentido tan eufórica, y desde entonces la sensación no se ha atenuado ni un poquito. En cuanto estoy en el aire, un cosquilleo me inunda el

cuerpo. Esto es lo más cerca que está un ser humano de volar, lo que es aterrador y liberador al mismo tiempo. Durante un segundo, se te para el corazón porque no perteneces ni al cielo ni a la tierra. Solo… existes, sin más, suspendido en el aire.

Esta noche, la cúpula celeste es más morada que negra, del color de una berenjena magullada. No sé por qué me viene a la mente esa imagen, pero es lo único en lo que puedo pensar mientras me lanzo del avión y el viento helado me corta la cara. La zona de aterrizaje se intuye lejos, muy lejos de nosotros. Espero hasta que veo que el paracaídas de Saint se hincha para tirar de mi propia cuerda y el mío se abre también con brusquedad.

Me centro en el suelo, en el que caigo con suavidad un momento después. Unos metros más allá, Neema aterriza, rueda sobre el costado y se levanta con un único movimiento fluido y ensayado. Me molesta su elegancia.

En cuanto mis pies entran en contacto con la tierra, me sobreviene una nueva descarga de ansiedad. Lleva agitándose como un remolino en mi estómago desde que he descubierto que Cross está por aquí. Debo avisarle. Pronto. Pero primero debemos eliminar a los guardias del perímetro.

—Por aquí —dice Saint, dirigiéndose a la hilera de árboles. Se ha puesto una camiseta negra ajustada que se amolda a su impresionante pecho, y todas las armas que lleva le cubren cada centímetro del cuerpo; parece tan letal como una bomba.

Entre los matorrales encontramos varios vehículos en un garaje abierto y oculto, similar al que me mostró Gray en la periferia de la ciudad. Saint, Henley y los demás del equipo de ataque se dirigen al camión de suministros mientras Neema y yo nos quedamos atrás, a la espera de nuevas directrices. No tardan en llegar en forma de figura desgarbada que emerge de las sombras.

Es Declan. La última vez que vi a aquel hombre, me llevó a un refugio en Santuario, del que escapé para tratar de salvar al tío Jim.

Sé que me reconoce porque entorna los ojos marrones oscuro cuando los desvía en mi dirección. Sin embargo, no dice nada al respecto, solo se gira para hablar con Saint por telepatía. Ambos llevan manga larga, pero las de Saint dejan al descubierto una

sección de piel lo bastante extensa para que vea el brillo en las venas de sus muñecas. Lo suficiente para delatarlo. La conversación no dura demasiado antes de que Declan se centre en Neema y en mí.

—Venid conmigo. Vamos a por las motos.

El pulso se me acelera cuando observo cómo Declan se dirige a una de las motos bala en una esquina del garaje. Al pasar a mi lado, Neema me sisea entre dientes:

—No la cagues.

Pongo los ojos en blanco.

El equipo de ataque está apiñado en el oscuro camión de suministros, con Henley al volante. Lleva el pelo rubio peinado hacia atrás, atado en la nuca, lo que enfatiza sus facciones cinceladas. El motor apenas emite un ronroneo cuando lo enciende. Con los faros apagados, sale del garaje. Las ramas y la vegetación crujen bajo los neumáticos mientras el vehículo se funde con la oscuridad.

Declan se coloca la mochila sobre los hombros, igual que Neema. Se encargarán de las cargas. Yo me paso la correa del fusil por un hombro para situarlo a mi espalda.

—No os alejéis demasiado. —Declan pasa una pierna sobre una de las motos.

Neema y yo lo imitamos y un segundo después el suave rugido de los motores interrumpe el silencio. Mantengo la cabeza baja y los dedos crispados sobre el manillar mientras aceleramos por el camino a oscuras en dirección a la mina.

La silueta de las extensas instalaciones no tarda en aparecer ante nosotros. Se erige a lo lejos y su sombra se extiende por un terreno estéril. Por lo que he leído en los informes, la mina de sal del Cañón Helado ocupa casi trece kilómetros bajo tierra. Coincide con el enorme depósito de sal que va desde el distrito B hasta Nuevo Ontario, el antiguo nombre del distrito A, ubicado al norte.

De los intercomunicadores surgen susurros mientras los demás equipos ocupan su posición. Luisa ya está en el aire, preparada para el ataque, protegida por nuestros inhibidores de señal que impiden que el radar de la Compañía la detecte. Esta noche no lanzará ninguna bomba de azúcar porque el objetivo no es volar las

instalaciones por completo, pero le han pedido que cause todo el daño posible en la torre de vigilancia de la zona noreste.

Reducimos la velocidad de las motos cuando estamos llegando al perímetro, donde tenemos una buena perspectiva de la abertura del túnel de suministros. La noche desprende una oscuridad casi total, solo interrumpida por los faros antiniebla de las torres de vigilancia que peinan el paisaje. Sin embargo, estamos escondidos entre la maleza, desde donde intuyo a dos guardias, como era de esperar. Uno está fijo en un extremo del túnel y el otro pasea por el perímetro, a unos cien metros de distancia.

Declan me habla telepáticamente:

Espera mi señal.

Sigo el movimiento del soldado que está caminando a través de la mira del fusil. Con la respiración constante y las manos firmes, mantengo mi posición. Pasan algunos segundos antes de que vuelva a oír a Declan:

Acaba con ellos.

Su instinto es impecable. El guardia del perímetro está casi encima de nosotros. Disparo sin dudar y cae con un golpe seco. El soldado del túnel solo logra girar la cabeza unos milímetros antes de que una bala se le incruste entre los ojos.

—Bien hecho —dice Neema, reticente.

Los tres permanecemos cerca de las motos, observando el túnel para comprobar que nadie se apresura a ayudar a sus compañeros caídos. Sin embargo, la entrada en sombras permanece en silencio, con una calma total.

«Tienes que avisar a Cross».

La voz apremiante en mi cabeza se está volviendo cada vez más ruidosa, convirtiéndose casi en un grito, pero no es el momento. Todavía no. Acertar con los putos tiempos lo es todo.

El murmullo de Saint surge de repente de nuestros intercomunicadores:

—Adelante, Lu.

El rugido distante de una explosión reverbera en la distancia y el cielo se ilumina con una descarga anaranjada durante una fracción de segundo antes de que todo se vuelva a sumir en la oscuridad. El

leve olor a humo que transporta el viento me inunda las fosas nasales antes de que oiga una nueva explosión brusca e intuya un retazo de la cortina de humo.

—Moveos —ordena Saint, y sé que su camión de suministros se está ahora acercando al perímetro. Un segundo después, ladra una nueva orden—: Equipo señuelo, adelante.

Mientras los tres aceleramos con las motos, por fin me permito conectarme con Cross. No me sorprende cuando un gruñido enfadado me inunda la cabeza de inmediato.

¿Habéis sido vosotros?

Sí, le confirmo mientras acelero aún más. *Vamos a extraer a los esclavos.*

Maldita sea, palomita.

No vamos a dejar que mueran.

Te dije que me encargaría yo.

Bueno, ya lo hacemos nosotros, pero no nos vendrá mal cualquier ayuda que nos puedas ofrecer.

Una pausa. Luego: *Estoy contigo. Siempre. Ya lo sabes.*

Joder, ¡cuánto lo quiero!

Mientras se oyen disparos a lo lejos, nos dirigimos al túnel de suministros. Los planos que he estudiado hace unas horas mostraban una red compleja de pasadizos y recovecos, pero no vamos a entrar en la mina. El pasillo subterráneo al que estamos accediendo llega hasta un nivel por encima de la galería de la mina.

El débil brillo de los fluorescentes guía nuestros pasos a través del amplio pasadizo, inundado del olor a tierra mojada y cemento.

—Por aquí —dice Declan.

Llegamos a la primera sección que, según el mapa que he memorizado, es un punto estructural clave del túnel. Declan y Neema se bajan de las motos y no tardan en vaciar las mochilas. Permanezco en guardia, paseando el fusil por las sombras para asegurarme de que no recibimos ninguna visita inesperada.

Los dos trabajan con rapidez, colocando las cargas en el cemento de manera experta. Estas emiten una luz verde una vez se activan. Luego, mis compañeros vuelven a las motos y juntos nos dirigimos a la siguiente sección designada.

—Cargas en su sitio —le anuncia Declan a Saint apenas unos segundos después de que Neema ponga la última en una columna de piedra—. Diez minutos para la detonación.

—Dirigíos a la zona de recogida —responde Saint. Parece distraído y no puedo ni imaginarme el caos al que debe estar enfrentándose ahora mismo el equipo de ataque.

—Vámonos —dice Declan.

Neema ya se está alejando a toda velocidad. Estoy a punto de seguirla cuando advierto que la última carga que ha colocado la chica no desprende una luz verde.

Declan, le digo de manera telepática, *Neema no ha activado bien la carga*.

El hombre se baja de la moto y trota hasta allí para ocuparse del problema. La luz verde no tarda en aparecer y unos segundos más tarde ambos seguimos los pasos de Neema, quien ya va unos metros por delante.

La emoción bulle en mi interior mientras aceleramos por el túnel. Nuestra misión ha durado menos de diez minutos, pero tengo la adrenalina por las nubes y el latido del corazón me marca un ritmo rápido en el pecho. Lo único que debemos hacer es salir por el extremo occidental del túnel y llegar a la zona secundaria de recogida. Luisa y el grupo de ataque deberían estar ya en marcha. Rezo para que nuestro equipo distraiga a los guardias de Cobre el tiempo suficiente para que el de Teriq evacúe a todos, pero todavía no ha dicho nada.

—Extracción completada.

He hablado demasiado pronto. El alivio irrumpe en mi interior ante su confirmación.

—El pajarillo está en el aire. Carga asegurada —dice ahora Gray con una satisfacción inconfundible en la voz.

—Equipo señuelo —dice Saint en mi oído—. ¿Cuánto tiempo os falta para llegar al punto de recogida?

—Dos minutos —responde Declan.

Dos minutos y se acabará. Lo habremos conseguido. Habremos ejecutado la misión de manera impecable.

Agarro el manillar con más fuerza, soltando un nuevo suspiro de alivio. Ya casi estamos fuera. Según los mapas, el túnel termina en un claro al otro lado del perímetro sur de las instalaciones, por lo que no deberíamos toparnos con ningún guardia extraviado. El túnel se curva ante nosotros, y solo cuando nos estamos acercando a ese punto entiendo que algo va mal.

Se me eriza el vello de la nuca cuando lo oigo. El zumbido de un campo de fuerza que vibra por el limitado espacio. Se vuelve más fuerte a medida que rebota entre las paredes y, al girar la esquina, lo veo de repente. Se trata de una pared azul brillante que desprende una luz intensa y artificial. El campo de fuerza que debería estar desactivado… no lo está.

El miedo fluye por mis venas a medida que nos acercamos a la abertura y veo cómo Neema se dirige hacia ella a una velocidad vertiginosa.

—¡Neema! —grito—. ¡Para!

Demasiado tarde. Choca con el campo de fuerza y varias chispas flotan por el aire cuando sale despedida de la moto. Las llantas metálicas de los neumáticos crean otra ráfaga de chispazos, al mismo tiempo que el vehículo se contorsiona y azota el aire al rebotar hacia nosotros, a punto de decapitar a Declan.

Los reflejos toman el control de mi cuerpo. Sé que presionar los frenos no servirá de nada, ya que solo conseguiré derrapar y empotrarme contra el campo de fuerza. Por eso, me bajo del asiento y me lanzo por el aire. El mundo da vueltas a mi alrededor mientras ruedo lejos del vehículo antes de aterrizar con fuerza sobre el cemento.

—¡Declan! —grito.

Pero sigue avanzando. ¿Por qué sigue avanzando?

—¡Declan!

Mientras el pánico me constriñe la garganta, actúo una vez más guiada por el instinto. Ocurre de manera tan natural que no me lo cuestiono siquiera. Abro una vía y aprovecho el oro, utilizando cada mota de energía para apropiarme de la mente de Declan.

—¡Salta! —le ordeno.

Una oleada de alivio me sobreviene al verlo saltar de la moto en el último segundo. El campo de fuerza desprende una lluvia de electricidad cuando el vehículo choca con él y Declan se desliza junto a las chispas resultantes, evitando por los pelos perder el brazo. Su moto se convulsiona y agita bajo la corriente y oigo un chillido poco natural, el sonido de la electricidad al penetrar en la máquina. Un fogonazo de color azul blanquecino ilumina el túnel cuando el campo de fuerza vuelve a chisporrotear de nuevo.

—¡Declan!

Corro hacia él. Se pone de rodillas a duras penas, con todo el cuerpo tembloroso.

—¿Te encuentras bien? —Me apresuro a ayudarle.

Ignora la pregunta y pasea la mirada, llena de pavor, por las sombras.

—Neema —escupe.

—Está ahí.

Nos acercamos a la silueta lánguida de la chica. El humo surge de su cuerpo y el olor acre a pelo y piel quemados me inunda las fosas nasales. Me da miedo tocarla por si la electricidad sigue recorriéndole el cuerpo, pero no tengo razones para hacerlo. Tiene los ojos abiertos. Sin vida.

Los brazos de Declan emiten un brillo plateado. Por un segundo, creo que también se está electrocutando hasta que entiendo lo que está haciendo.

—Ha muerto —dice con voz monótona—. No percibo su firma energética. —Se toca el auricular—. Saint, el campo de fuerza está activado. Hemos perdido a Neema y no podemos salir por aquí.

—Mierda. Vale, volved por donde habéis entrado e id al punto original de recogida. Hablaré con Lu.

—Entendido. —La respiración de Declan se ha tornado superficial cuando interrumpe la comunicación.

Ambos miramos de nuevo a Neema. Allí tumbada en el suelo, muerta por un chispazo. Qué final tan cruel. No me caía demasiado bien, pero nunca quise que muriera.

—Vamos —dice Declan al final.

Mi moto es el único vehículo que ha sobrevivido. Declan llega hasta ella primero, pero, cuando intenta enderezar la esbelta máquina, se dobla por la cintura de repente, respirando con dificultad.

—¿Qué pasa? —Desestima mi preocupación con un movimiento de la mano, pero esta vez no se lo permito—. ¿Has tocado el campo con alguna parte del cuerpo?

—Solo con la manga —musita—. No me ha rozado la piel.

No estoy segura. Jadea como si a sus pulmones les estuviera costando funcionar y me inquieta que también le haya afectado al corazón. Sé que incluso la mínima corriente de electricidad de un campo de fuerza puede alterar el ritmo natural del cuerpo. Lo intercepto antes de que se suba a la moto.

—No estás en condiciones de conducir —digo con firmeza. Luego, paso una pierna sobre el sillín—. Móntate.

Sin mediar palabra, se coloca detrás de mí y me rodea la cintura con los brazos. Noto cómo le tiemblan las manos y se le agita el pecho. Sí, algo no va bien. Piso el acelerador y vuelvo por donde habíamos venido. Por suerte, no nos topamos con una emboscada del Comando y me siento aún mejor cuando veo el cielo una vez emergemos por fin del túnel. Pero mi felicidad no dura mucho.

—Un pequeño contratiempo —anuncia Teriq por el intercomunicador—. Hemos dejado atrás a una persona, a una Modo que estaba encerrada en la prisión del campo desde esta mañana por haber atacado a un guardia.

—¿Quién es? —pregunto, incapaz de ignorar la sensación de inquietud en las entrañas.

—Da igual. Ya estamos en el aire. —El tono de Teriq desprende resignación y firmeza a la vez—. Hemos sacado a cuarenta y una personas de cuarenta y dos. Lo consideraría una victoria.

—¿Quién coño es? —repito y, aunque percibo la hostilidad en mi propia voz, no logro reprimirla.

Se produce una pausa, pero sé lo que va a responder antes incluso de que lo haga:

—Tana Archer.

CAPÍTULO 26



—Equipo señuelo, tenéis que marcharos. Vuestro transporte está a punto de llegar.

Oigo a Saint en mi oído, pero no puedo centrarme en lo que está diciendo. Detengo la moto de forma abrupta, con lo que me gano una maldición de Declan, enfadado.

—¿Qué cojones haces? Conduce —me ordena.

Respiro hondo, temblorosa. Noto las manos débiles, trémulas sobre el manillar. Con una exhalación brusca, ignoro a Declan y me dirijo a Saint.

—No me voy a marchar sin Tana —le digo a nuestro líder de misión—. Voy a por ella.

—No. Avanza hasta la zona de recogida.

—No voy a marcharme sin ella.

—Darlington, ve hasta la zona de recogida.

—No —contesto, terca, aunque incluso yo veo cómo las oportunidades de que me asignen una nueva misión desaparecen ante mis ojos—. No voy a dejar atrás a Tana. Van a matarla. Sobre todo, después de esta noche. Pensarán que ayudó a la Revolución con el rescate. Joder, la van a matar.

—Wren. —Esta vez es Gray—. El segundo pájaro sale en cinco minutos. No hay tiempo.

—No estoy pidiéndole a nadie que me espere —digo. Ya me estoy bajando de la moto, ante lo que Declan deja escapar una protesta ahogada—. Si queréis dejar atrás a uno de los nuestros, es cosa vuestra. Pero yo no voy a condenarla a muerte. Si consigo sacarla de

aquí, encontraremos un lugar seguro. Luisa, Declan se está dirigiendo a la zona de recogida él solo. No tardará en llegar.

El silencio inunda el canal. Me sorprende que la siguiente persona en hablar sea Luisa.

—Gray, si Wren logra liberar a la prisionera, daré la vuelta para recogerlas. —Luego, añade de forma apresurada—: Si lo autorizan los líderes de misión.

Su oferta me llena de gratitud.

—Gracias, Lu.

—Diez minutos —prosigue con brusquedad—. No puedo darte más tiempo. Te enviaré las coordenadas del punto secundario de recogida al intercomunicador de muñeca. ¿Saint?

—Diez minutos —responde el aludido, molesto, tras una breve pausa—. Ni uno más. Si no estás en el lugar acordado para entonces, Luisa se irá sin ti.

—Preparaos —digo antes de cortar la comunicación. Miro a Declan, cuyo rostro se está tornando cada vez más pálido—. Ve al punto de recogida primario.

Niega con la cabeza.

—Necesitas un apoyo.

—No te encuentras lo bastante bien como para apoyar a nadie. Y no voy a permitir que arriesgues tu vida en una misión secundaria a la que no te habías apuntado. Vete.

—No, sube a la moto —me ordena Declan con voz ahogada.

—¡No estás en condiciones de hacer nada de esto! —Lo cojo de la muñeca para medirle el pulso. Lo tiene débil. Muy débil—. Necesitas a un sanador. No quiero ponerte en peligro.

—¿Crees que eres la única persona que siente que no está bien dejar atrás a una Modo? —suelta.

Pestañeo, conmocionada.

—Yo tampoco voy a dejar atrás a ninguno de los nuestros. Súbete a la puta moto. —Se le tensa la mandíbula. Al parecer, he encontrado a alguien tan obstinado como yo.

No merece la pena discutir con él, por lo que me subo a la moto y conduzco. Hace unas horas, he memorizado todos los mapas que

nos han dado, así que sé con exactitud dónde se encuentra la prisión dentro de la mina.

Me alegra que Declan no pueda verme las venas porque contacto con Cross, quien lleva varios minutos intentando vincularse conmigo.

Tana está aquí, en la prisión. Voy a por ella.

¿Vas sola? Suelta una maldición.

Hay otro agente de la red conmigo, pero no se encuentra bien. ¿Cuántos guardias están vigilando la prisión ahora mismo?

Ignora la pregunta.

Vete, Wren. Ya has tentado suficiente a la suerte esta noche.

Quizá tenga razón, pero me niego a abandonar a Tana. No hay más discusión.

Los barracones se componen de una serie de edificios en el extremo occidental del complejo. El alivio aletea en mi interior al encontrarme con una ausencia total de seguridad. Nuestro plan para distraer a todo el personal y que todos los guardias se dirijan al perímetro este ha funcionado. Además, el equipo de Teriq ha sido bastante eficiente aquí, en el oeste. La torre de vigilancia está vacía y hay un cuerpo tumbado sobre el costado, con el fusil colgando de la correa. Supongo que el segundo guardia debe encontrarse en un estado parecido.

Al aparcar tras las dependencias para los hombres, Declan dice:

—Hostia puta, ¿has oído eso?

Presto atención y… sí, en la distancia se oyen varios cazas. El Comando está enviando refuerzos.

Cross, digo. *¿Habéis pedido apoyo aéreo?*

Sí, llega en cuatro minutos.

—Quédate aquí —le pido a Declan, ya que no está en condiciones para servirme de apoyo, por muchas objeciones que ponga—. Le diré a Tana que salga cuando la libere. Tendrás que guiarla hasta el punto de recogida.

—¿Y tú?

—Encontraré otro camino. En la moto no entramos los tres y ella es mi prioridad.

Me da la impresión de que se le iluminan los ojos con una chispa de respeto.

—Ten cuidado, Darlington.

Con el fusil colgado del hombro, levanto el arma y me arrastro hasta el lateral del edificio de cemento gris. En toda la zona reina un silencio inquietante y una densa oscuridad. El equipo de Teriq ha debido reventar todos los focos para la extracción.

Palomita, dice Cross. *Suele haber un guardia en el interior y otro en el exterior, pero les he pedido que se retiren*.

Gracias, digo mientras la emoción me constriñe la garganta.

A pesar de sus palabras, giro la esquina con precaución. Fuera no hay nadie. Exhalo y me apresuro hacia el interior, donde encuentro una pequeña cabina en la que debería encontrarse el otro guardia, pero está vacía.

La diminuta prisión tiene cuatro celdas, todas con una mirilla que me permite ver su interior. Las dos primeras están vacías. Cuando oteo a través de la tercera, advierto un retazo de piel y pelo oscuros. Alguien pasea cerca de la ventana.

Golpeo la puerta con el puño mientras trato de vincularme con Tana. Lleva ignorándome toda la noche, así que no me sorprende cuando no responde enseguida. Solo al gritar su nombre acepta mi petición.

¿Wren? Parece sorprendida.

Estoy en la puerta de tu celda. Te voy a sacar de aquí.

¿Qué diablos está pasando ahí fuera? He oído disparos.

La red ha rescatado a todos los Modos a los que iban a reubicar mañana.

¿Reubicar?

Te lo contaré más tarde.

Descubro un escáner en la puerta de la celda. Mierda. Disparar no me garantizará que el pestillo vaya a abrirse. Me apresuro a contactar de nuevo con Cross.

Hay un escáner de huella dactilar para acceder a la prisión. ¿Hay algún código con el que pueda desactivarlo antes de que intente disparar a las bisagras?

Sí que lo hay. El apoyo aéreo llegará… en tres minutos.

Cross dice una serie de números que presiono en el teclado y siento una punzada de alivio cuando la puerta suelta un zumbido al

abrirse. Los ojos marrones de Tana se topan con los míos. Está ilesa, cubierta con un mono de lino gris que supongo que será el uniforme de los prisioneros del Cañón Helado.

—Vamos —digo, apremiante—. No tenemos tiempo.

Está saliendo de la celda cuando Cross vuelve a vincularse conmigo.

Estoy en la puerta trasera. No me dispares cuando entre.

El corazón se me acelera. ¿Está aquí?

Espera. Dame un segundo, le contesto. *Deja que Tana salga primero. No quiero que te vea*.

Empujo a mi amiga hacia la cabina de vigilancia.

—Vamos. Declan se ha quedado en la moto, al girar la esquina. Te llevará al punto de recogida.

Tana duda, paseando la mirada entre la salida y yo.

—¿Y tú?

—Ahora voy. Necesito colocar una carga primero —miento.

Por suerte, cruza la puerta sin hacer preguntas. Espero a que salga por ella antes de informar a Cross de que la zona está despejada.

Ni siquiera oigo sus pisadas, una prueba de lo habilidoso que es como agente. Se mueve como una sombra. Pestañeo y, de repente, su alta figura aparece en el umbral opuesto, recortada bajo la luz de una única bombilla sobre su cabeza. Lleva el uniforme negro del Comando, el que se utiliza para las misiones de incógnito.

Fija los ojos azules en mi rostro, escudriñándome. Y no logra ocultar su propia expresión porque lo que sentimos el uno por el otro es demasiado puro como para poder disimularlo. El corazón me golpea con fuerza las costillas. Cada vez que está ante mí, mi mundo empequeñece. Se convierte en un centro de gravedad que me atrae y todo lo demás se vuelve secundario. Corro hacia él y lo abrazo. Me devuelve el gesto con un gruñido:

—Te dije que me encargaría.

—No podía arriesgarme. Tú mismo lo dijiste: últimamente no tienes demasiado poder.

Tensa la mandíbula como si fuera a rechinar los dientes. Me alegra verlo, a pesar de su enfado evidente. Le acaricio la mejilla,

cubierta de una ligera barba de tres días, y se apoya en mis dedos antes de presionar la frente contra la mía.

—Estoy furioso contigo.

—Lo sé.

Parece estar reprimiendo una sonrisa.

—Joder, ¡cuánto te he echado de menos!

—Lo sé.

Me acaricia la mejilla. Posa los ojos en mis labios. No sé cuándo tendré la oportunidad de volver a besarlo, por lo que lo devoro. Fundo mi cuerpo con el suyo y, durante unos instantes largos y maravillosos, el resto del mundo deja de existir. Solo estamos nosotros. Me acaricia la lengua con la suya y gimo. Es ese sonido angustiado y necesitado el que lo aleja de mí. Noto cómo tiembla porque está tan desesperado como yo y, si pudiera, le arrancaría la ropa, lo empujaría al suelo y me lo follaría.

—Ven conmigo —le suplico—. Mostrarán piedad. Me aseguraré de que sea así.

—No lo harán. De todas maneras, nunca me fiaría de ellos. Ya hablaremos después —dice, sombrío—. He descubierto algunas cosas que… —De repente, se toca el auricular—. Han llegado los refuerzos. Tienes que irte.

—Solo puedo ir a pie. ¿No tendrás algún vehículo…?

—He dejado la moto en la parte de atrás. —Deja escapar un suspiro suave y atormentado—. Vete.

No puedo resistir la tentación de robarle un último beso. Rozo los labios con los suyos, tratando de grabar en mi alma su tacto y gusto. Luego, me dirijo a la parte trasera y desaparezco entre las sombras.

—¿Dónde estás? —me pregunta Luisa al oído—. He recogido a Declan y a Archer.

—Treinta segundos —respondo.

Logro llegar al punto secundario de recogida, agradecida de que Luisa haya aceptado volver a por nosotros. Cuando el avión aparece ante mí, acelero hacia la seguridad de la aeronave que me espera.

—Ya estoy —les informo antes de abandonar la moto del Comando, al mismo tiempo que la rampa de carga baja ante mí.

Corro para subirme a bordo y, unos segundos después, la rampa se eleva y la puerta se cierra. Me siento tan aliviada que me encuentro mareada. Tana ya está atada con el arnés a su asiento. Declan también. Está pálido y sudoroso, hiperventilando más incluso que antes. Me siento al lado de mi amiga y me coloco las correas antes de centrar una mirada llena de preocupación en Declan.

—¿Qué le pasa? —pregunta Tana.

—Creo que le está dando un ataque al corazón. Lo ha negado, pero estoy bastante segura de que ha tocado un campo de fuerza con alguna parte del cuerpo. Luisa —digo, dirigiéndome a la cabina—, ¿puedes asegurarte de que Fiona esté lista para atender a Declan en cuanto aterricemos?

—Ya la he informado. Está preparándose.

Cuando me vinculo con Cross para contarle que estoy en el aire, su alivio es palpable.

Aléjate de los distritos durante un tiempo, me recomienda. *Travis querrá un derramamiento de sangre por esto.*

Siento una punzada de preocupación, pero trato de ocultar mi reacción porque noto los ojos de Tana fijos en mí.

No te irá a culpar por esto, ¿verdad?

Ya lo hace, responde, tenso. *Pedí que me asignaran esta misión al enterarme de la reubicación, me ofrecí a facilitar el traslado y a asegurarme de que se llevaba a cabo sin complicaciones. ¿Y horas más tarde una unidad de la Revolución desbarata todo el plan? Travis no cree en las coincidencias*.

Joder. ¡Joder! No se me había ocurrido siquiera que pudiera poner a Cross en peligro al pasarle la información a la Autoridad.

¿Puedo ayudar con algo?

No, palomita. Ponte a salvo. Solo eso.

Los treinta minutos que dura el vuelo son los más largos de mi vida. Estoy con los nervios a flor de piel, esperando en todo momento que aparezca la flota aérea del Comando y nos ataque, pero sobrevolamos las Tierras Oscuras sin problema alguno. Tana

permanece en silencio durante la mayor parte del vuelo. Solo cuando estamos cerca de la montaña noto cómo intenta vincularse conmigo.

¿Con quién estabas hablando?

Su tono desconfiado hace que me dé un vuelco el estómago. Abro la boca para mentir, pero no consigo hacerlo. La he engañado por omisión en alguna ocasión, pero nunca a la cara con una pregunta tan directa.

Advierto que nota mi dilema interno y percibo en sus ojos un ápice de desdén.

Te ha ayudado alguien. Sigue con la mirada fija en mí. *Abriste la puerta de la celda porque te dieron un código. Uno de ellos*.

Por fin, logro reunir el valor para contestar.

Si ha ocurrido como dices, ¿qué más da? Ahora eres libre.

Gira la cabeza y mira al frente, quedándose en silencio de nuevo. Cuando la montaña se abre ante nosotros y descendemos hacia la pista de aterrizaje, la tomo de la mano. Se tensa.

Sé que me odias, le digo en silencio. *Pero me alegra que estés a salvo*.

La expresión de Tana se suaviza y su voz se cuela en mi mente.

No te odio. Hace una pausa y observo cómo la consternación en sus ojos marrones se vuelve a convertir en desaprobación. *Pero si estás trabajando con uno de ellos, si te fías de ellos… Nunca te odiaría, Wren, pero no sé si puedo confiar en ti*.

Un equipo de bienvenida nos espera en el hangar cuando aterrizamos, pero no todos nos acogen con los brazos abiertos. Mientras Fiona y Teriq llevan a Declan a la enfermería a toda prisa, capto movimiento en la periferia de mi visión justo cuando Evlynne se abalanza hacia mí.

Es como si me atropellara un camión. La fuerza hace que me castañeen los dientes y caiga de culo. Su puño está a punto de aterrizar en mi cara, pero lo esquivo justo a tiempo.

—¡¿Qué le has hecho a Neema?! —grita Evlynne, lanzándose contra mí de nuevo.

Alguien la sujeta y la aleja de mí. Es Saint. Le rodea el torso con el brazo, pero la chica ya no se resiste, solo respira con dificultad. En sus ojos grises advierto el brillo de la locura, pero también del dolor. Del duelo.

Levanta los ojos hacia Saint y se le contorsiona la expresión.

—Te dije que no te la llevaras. Por culpa de esta puta inútil, Neema ha muerto.

—Neema chocó con un campo de fuerza. —Le sostengo la mirada al líder de misión, esperando que perciba en ella mi sinceridad—. La información que nos dieron no era correcta. El campo de fuerza estaba activado.

—Lo sé —contesta, sombrío—. Declan nos lo ha contado.

La rabia arde en mi interior cuando me giro hacia Evlynne.

—¿Lo ves? ¿Cómo cojones va a ser culpa mía?

—Quizá lo activaron porque sabían que ibais a estar allí.

Se está aferrando a un clavo ardiendo y, si no fuera por la angustia que se le plasma en la cara, mi indignación sería aún mayor. Sin embargo, contesto con un tono firme y calmado:

—Neema iba en cabeza. No tuvo tiempo de detenerse cuando advertimos que el campo de fuerza estaba activado. Declan podría haber muerto si no hubiera logrado apartarse en el último segundo. No fue culpa de nadie.

No sé si me cree, pero no vuelve a intentar atacarme. Se deshace del brazo de Saint y se dirige con largas zancadas hacia la cámara de descompresión.

A mi lado, Tana observa el hangar, insegura. Han llevado al valle a los demás prisioneros a los que hemos rescatado, pero ella se ha unido a nosotros en el último minuto y dudo que vayan a efectuarse más vuelos fuera de la Daga esta noche.

Le presiono ligeramente el hombro.

—Puedes pasar la noche en mi apartamento y mañana…

—No —me interrumpe Gray. Es la primera palabra que me ha dedicado desde que he bajado del avión—. Pasará la noche en la enfermería. Necesita que le hagamos una revisión médica. —Le dedica un gesto con la cabeza a Saint.

Abro la boca para protestar, pero el otro chico ya está guiando a Tana lejos de mí. Mi amiga mira hacia atrás, pero la tranquilizo diciendo:

—No te preocupes. Te buscaré por la mañana.

Si ella lo desea. Tras la conversación en el avión, no sé en qué punto está nuestra relación. La idea de que mi mejor amiga se esté preguntando si puede confiar en mí o no me carcome por dentro como un ácido corrosivo.

Cuando se han ido, Gray me dedica una mirada severa que no esperaba.

—Vamos.

Su frialdad me hace sentir incómoda.

—¿Adónde?

—A informar a la Autoridad.

—¿Ahora? Estamos en mitad de la noche. ¿No puede esperar?

—No, no puede.

—¿Por qué solo me lo dices a mí?

—Porque eres tú la que ha puesto en riesgo toda la misión y las vidas de sus compañeros de equipo para rescatar a su mejor amiga.

Asiento, tensa, aunque no me arrepiento de ninguna de mis acciones. Ya dejé que el Comando capturara a Tana en una ocasión. No iba a dejar que volviera a ocurrir. Si ninguno de los líderes quiere volver a trabajar conmigo por eso, que así sea.

En la sala de guerra, descubro que nos esperan todos los miembros de la Autoridad excepto Fiona.

Adrienne centra los ojos en Gray.

—Soy la apoderada de Fiona si necesitamos votar.

—¿Votar qué? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Si tus acciones tendrán consecuencias o no —replica Teriq.

Desde su asiento, Kallister me dedica una mirada compasiva, como si supiera la bronca que me espera. Teriq ha adoptado una expresión gélida. Y, por primera vez desde que lo conozco, Gray tiene todos los músculos de la cara tensos por la rabia. Sí, estoy metida en problemas.

—Formabas parte del equipo de distracción —dice Adrienne. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y el pelo rojizo recogido en un

moño muy tenso que le da un aspecto más intimidatorio de lo habitual.

—Sí —respondo con nerviosismo.

—Tu objetivo era situar las cargas que servirían como señuelo en el túnel de suministros de la parte oriental antes de retirarte, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, ¿cómo acabaste llevando a cabo una puta misión secundaria en el cuadrante occidental de la mina?

Su tono condescendiente me provoca una descarga de irritación.

—Ya sabéis la respuesta. Estoy segura de que ya habéis escuchado las grabaciones de los intercomunicadores. Pero, si queréis repasar minuto a minuto lo que ha ocurrido esta noche…

—No necesitamos los detalles —me interrumpe, y un relámpago le cruza la mirada—. Solo nos gustaría saber por qué pensaste que podías arriesgar las vidas de otros Modificados para seguir tus propios planes.

—Eran planes compartidos —contraataco—. Fuimos allí para rescatar a los prisioneros, ¿no? Bueno, Tana era uno de ellos. Más aún, porque estaba en una prisión.

—¿Cómo lograste abrir la celda?

Adrienne hace la pregunta para desestabilizarme, pero gracias a la acusación de Tana durante el vuelo, ya he tenido tiempo de encontrar una excusa, por lo que no dudo siquiera.

—En la Élite Plateada nos dieron todos los códigos de seguridad. Cambian cada semana, pero probé varios y tuve suerte.

—Sí, una suerte de la hostia, Darlington. —Adrienne niega con la cabeza, desaprobatoria—. Nunca volverás a desobedecer una orden, ¿entendido?

—En teoría, pedí permiso. Y tampoco me hubiera molestado que me dejarais atrás.

—Saint le dijo que el avión se iría sin ella si no llegaba a tiempo —interviene Teriq, reticente.

—Y no arriesgué la vida de nadie más —añado.

—La de Declan —dice Kallister.

—Le pedí que se fuera. Podéis preguntárselo. Pero se negó —contesto entre dientes—. Como a mí, no le parecía bien dejar atrás a una Modo.

Adrienne tensa la mandíbula durante un segundo. Luego, dice:

—Márchate.

Espero que el interrogatorio se haya acabado cuando subo hasta la planta de Personal en el ascensor y me dirijo a mi apartamento, pero Gray, con el rostro convertido en piedra, me pisa los talones. Al llegar a mi puerta, no deja que me escanee el pulgar. Hace un gesto con la cabeza hacia la suya y, reticente, lo sigo.

—¿Cómo abriste la celda?

Pestañeo, sorprendida. No creía que fuera a insistir sobre ese tema.

—Ya os lo he dicho. Tuve suerte. —La excusa me parece mucho más pobre cuando la digo por segunda vez.

—No soy gilipollas, Darlington. Yo también me formé para la sección Plata y serví en la Élite. Esos códigos no se repiten nunca. Hay uno nuevo cada semana. Por estadística, es imposible que dieras con el código en cuestión de minutos, así que deja de reírte de mí.

Titubeo mientras la culpa me carcome las entrañas.

—¿Por qué no se lo has dicho a los demás?

—Porque no voy a acusarte de conspiración a menos…

—¿Conspiración? —exclamo—. ¿Qué crees que ha pasado esta noche, Grayson?

—No lo sé. Dímelo tú. Porque, desde mi punto de vista, me da la impresión de que has conspirado con ciertas personas que trataban de desbaratar nuestros planes.

—No me jodas…

—Estaba ahí, ¿verdad?

Me hago la tonta.

—¿Quién?

Los ojos verdes de Gray se tornan incandescentes.

—Sabes perfectamente de quién estoy hablando, Wren. El capitán Cross Redden.

Pocas veces me llama así y no sé por qué, pero no me suena bien. Me parece impersonal.

—Ya sabías que Cross estaba en el Cañón Helado —le recuerdo, esperando que así zanje el tema.

—Me refería a que estaba en la prisión, y lo sabes. Déjate de jueguecitos. —Niega con la cabeza, enfadado—. ¿Por qué te ha ayudado? Volé contigo hasta Santuario porque dijiste que teníais asuntos por resolver. Supuse que habías puesto punto final a lo que fuera que os traíais entre manos, joder.

—Vale. Mira, si me ayudó, y no estoy diciendo que así haya sido, ¿no podemos aceptar la victoria y ya? No todos tienen por qué ser nuestros enemigos. Hemos rescatado a los cuarenta y dos Modos de las instalaciones. ¿Y si nos conformamos con eso?

—¿Estás de puta coña? Es el hijo del antiguo general y el hermano del actual. Cross Redden es el enemigo.

—Sabes que nada es tan sencillo.

Gray se acerca a mí con una mirada intensa, inquebrantable, que fija en la mía. Trago saliva al notar la tensión creciente entre los dos.

—No dejas de disculparlo, aunque no se lo merezca. Sí que es sencillo. No luchó por ti cuando debía.

Se me corta la respiración.

—No… No sabes de lo que estás hablando.

—¿Dónde estaba cuando te sentenciaron a muerte? Su amigo te ayudó, sí, pero ¿dónde demonios estaba él?

No respondo porque no puedo.

No puedo revelar que Cross es un Modo.

No puedo revelar que le pidió a Xavier que me protegiera.

No puedo revelar que se quedó atrás para cuidar de su madre.

—Tenía sus razones. —A mi voz le falta convicción y lo odio.

Gray aprieta aún más la mandíbula y se estremece con una frustración que no logra ocultar. Da otro paso al frente.

—Estás aquí, luchando por un hombre al que no le importas lo suficiente como para devolverte el favor.

Lo contemplo, desafiante.

—Déjalo.

—¿Que deje qué? ¿De decir la verdad?

Acaba con la distancia entre nosotros. Antes de que pueda pestañear, me presiona contra la pared, que golpeo con los hombros de forma brusca. De repente, me coge con fuerza de la barbilla. Su aliento cálido me cosquillea la mejilla. Está lo bastante cerca como para que note el calor que irradia su cuerpo e inhale su aroma a cítricos.

—Te mereces algo mejor —me dice al oído, y me sorprende sentir un ligero cosquilleo entre las piernas. Estoy descubriendo que me gustan los hombres así, autoritarios y dominantes. Fuertes. Que se atrevan a desafiarme.

Pero reconocer que Grayson Blake me está resultando atractivo ahora mismo no significa que vaya a actuar en consonancia. Mi cuerpo y mi corazón le pertenecen a otra persona. Aun así, algo puro y sin filtros sigue chisporroteando entre nosotros mientras nos sostenemos la mirada.

—Gray —le advierto—, deja de soltar mierda sobre temas de los que no sabes nada. Y, por si se te ha olvidado, tienes novia. —Le doy un empujón en el pecho y me escabullo—. Quizá deberías concentrarte en tu relación y dejar de juzgar mi vida amorosa.

—Vuelve a tu habitación —musita.

Lo contemplo, incrédula.

—No entiendo por qué estás tan enfadado conmigo. Estoy de tu parte. He venido a la Daga. No estoy trabajando para el Comando…

—He dicho que vuelvas a tu cuarto.

Nos seguimos desafiando con la mirada. No quiero obedecer y marcharme porque supondría dejarle ganar, pero tampoco quiero continuar aquí, recibiendo una reprimenda en mitad de la noche. Soy la primera en romper el contacto visual. En rendirme.

Me alejo, pero no antes de dedicarle unas frías palabras de despedida.

—Puedes darme todas las lecciones que te dé la puta gana, Gray, pero no me arrepiento de haber salvado a Tana esta noche y volvería a hacerlo una y otra vez, a cualquier precio.

Le dedico una última mirada, firme y severa, antes de salir por la puerta y cerrarla con fuerza a mis espaldas.

CAPÍTULO 27



La tensión protagoniza el desayuno.

Saint y Gray apenas me dirigen la palabra e incluso Mako permanece en silencio, algo inaudito. Evlynne no ha vuelto a atacarme, pero es evidente que sigue afectada por la muerte de Neema. No la culpo; yo estaría igual.

Estoy sentada con Xavier y Tana, una combinación para nada ideal porque la última vez que mi amiga vio al teniente acababa de sufrir el ataque de Anson, un soldado de la Élite Plateada al que identifiqué como psicópata segundos después de conocerlo. Tana siempre se niega a hablar de lo ocurrido, pero no he logrado borrar de mi mente el recuerdo de aquel día.

Xavier y Cross fueron quienes detuvieron a Tana tras conseguir el acuerdo que le permitió enfrentarse a trabajos forzados, en lugar de a la ejecución. Esta mañana, desde que ha descubierto quién era Xavier, mantiene la boca cerrada y la mirada baja mientras remueve la comida por el plato.

Hace unas horas, los líderes de la misión han informado a la Autoridad sobre los detalles del rescate de anoche. Al parecer, que el campo de fuerza estuviera activado cuando se suponía que no iba a ser así ha sido un asunto polémico; oigo cómo Gray y Saint hablan del tema en la mesa vecina.

—Es evidente que la información que nos dieron no era la adecuada, pero ¿crees que fue adrede —pregunta Saint con el ceño fruncido—, que alguien estaba intentando sabotear la operación?

—Los datos sobre la seguridad nos los dieron los prisioneros. No veo por qué intentarían sabotear su propia extracción.

Dado que es tan metomentodo como yo, Xavier interviene en la conversación:

—Relajaos, joder —dice—. La información era correcta, pero activaron el campo de fuerza porque el capitán de la sección Plata estaba en la zona.

Gray entorna los ojos mientras nos mira.

—El antiguo general no solía desperdiciar recursos —continúa Xavier con tono indiferente—. Se necesita una cantidad desmesurada de energía para mantenerlos activos, por lo que, en la mayoría de los campos de trabajos forzados, están ahí para aparentar. Sirven como elemento disuasorio. Pero si un jefazo está en la zona, sobre todo alguien con el apellido Redden, lo más seguro es que los enciendan.

—No colocaron a más guardias en el perímetro —comenta Gray, poco convencido con la explicación de Xavier.

—¿Por qué iban a hacer algo así? Las minas de sal son cruciales para ambos bandos. El Comando está seguro de que los Aberrantes no son lo bastante estúpidos como para acabar con una de las últimas reservas de sal del Continente.

—Llámame Aberrante una vez más y te rebano el pescuezo —le advierte Evlynne.

Gray estudia el rostro de Xavier.

—¿Por qué nunca nos has hablado de los protocolos de seguridad?

—Porque nadie me consultó para la misión.

Escondo una sonrisa tras la taza de café. A mi lado, Tana sigue removiendo los huevos con el tenedor.

—Nos habrías dado información falsa —lo acusa Evlynne.

—Supongo que nunca lo sabrás, ¿no, Elaine?

—Evlynne.

—Me da igual cómo te llames —replica Xavier antes de darle un bocado a la tostada.

Dirijo los ojos hacia Gray con una ceja arqueada que significa: «Ya te dije que Xavier sería de utilidad». Pero gira la cabeza, sin desprenderse de su frialdad. Me ha estado ignorando desde nuestra discusión.

—Pues vale —suelta Evlynne—. Si el campo de fuerza estaba activado para proteger a Redden, él es el responsable de la muerte de Neema, lo que significa que me encantaría matar a ese capullo.

Por encima de mi cadáver.

En la mesa frente a la nuestra, veo que a Teriq le brillan las venas. Cuadra los hombros antes de hablar.

—¡Callaos! —grita—. Están retransmitiendo un comunicado de la Compañía.

Me tenso. No ha habido ningún otro anuncio desde la declaración de guerra de Travis Redden tras el Aniversario de Plata. El silencio invade el comedor cuando la pantalla holográfica cobra vida sobre la pared trasera. Al instante, sé que algo no va bien. Casi todos los comunicados tienen lugar en el interior o el exterior del Capitol. Este, sin embargo, se retransmite desde Plaza Sur. Contemplo el lugar destinado a las ejecuciones y el corazón me da un vuelco en el pecho.

Nuestro nuevo general sube a la plataforma, seguido de varios soldados. Reconozco a Deron Radek, el capitán en funciones de la sección Plata, pero no veo a Cross por ninguna parte. A Radek lo sigue un oficial de su sección, con el uniforme azul marino y sus cuatro estrellas de coronel. Roe aparece a continuación con un agente que no conozco y otra que conozco demasiado bien: Ivy Eversea, la exnovia de Cross.

Las facciones delicadas de la chica desprenden tensión, pero están desprovistas de expresión mientras permanece de pie al lado del hermano pequeño de Cross. Frunzo el ceño, preguntándome qué significa todo esto. Desde mi punto de vista, Ivy nunca fue demasiado fan de Roe.

Una multitud comienza a formarse en el patio polvoriento para escuchar las palabras de su general. No obstante, no se dirige a los civiles, sino a la cámara.

—Anoche —dice sin preámbulos—, un grupo de rebeldes Aberrantes se infiltraron en la mina del Cañón Helado y llevaron a cabo un ataque devastador durante el cual se extrajeron de las instalaciones de manera ilegal a cuarenta y dos Sangre Plateada. Que nadie olvide que todos los prisioneros, Aberrantes o Primarios,

estaban allí para cumplir la sentencia del tribunal por la que debían servir en los campos de trabajos forzados. Por lo tanto, todos los prisioneros son propiedad de la Compañía.

—Ah, vete a la mierda —oigo que dice alguien. La rabia recorre el comedor.

La ausencia de Cross sigue doliéndome. Es como un cartel de luces de neón en el distrito de ocio de Santuario. ¿Dónde estará? Sé que ya no lidera la Élite, pero tampoco lo han despojado de su título, así que debería encontrarse ahí.

La preocupación me revuelve el estómago. Dijo que Travis lo culparía por la extracción de anoche. ¿Y si su hermano ha vuelto a meterlo en una celda? La inquietud se intensifica cuando trato de conectarme con él y me recibe el silencio.

Me descubro estirando la mano hacia la de Tana, quien me sorprende apretándome ligeramente los dedos.

—Como resultado de este ataque despiadado, dieciséis Primarios han perdido la vida, dieciséis almas valientes que servían en la sección Cobre para proteger al Continente de aquellos que quieren destruirlo. Mi padre, antes de que el enemigo le corrompiera la mente, siempre decía que la gravedad del crimen determina la severidad del castigo. —Travis hace una pausa dramática—. Anoche se perdieron dieciséis vidas. —Otra pausa—. Por eso, esta mañana acabaremos con dieciséis más.

El horror se posa sobre mis hombros. Travis da un paso atrás para colocarse junto a los oficiales y, desesperada, vuelvo a intentar contactar con Cross. Esta vez, contesta.

¿Qué diablos está pasando?, pregunto. *¿Te encuentras bien? ¿Estás viendo el comunicado?*

Su respuesta áspera confirma mis miedos.

Me han detenido.

Joder. Bueno, tu hermano está haciendo una retransmisión en directo. Está a punto de ejecutar a dieciséis civiles inocentes, Cross. ¿Cómo lo detenemos?

Entre dientes, escupe dos palabras que me hielan la sangre:

No podemos.

Percibo movimiento en la pantalla holográfica. Desvío la atención para centrarla en ella justo cuando aparece. El pelotón de fusilamiento. El odio me arde en la garganta mientras los soldados uniformados se alinean en la plataforma y los fusiles brillan bajo la luz matutina. Hace meses, me encontraba entre esa multitud, observando cómo esos mismos soldados asesinaban al tío Jim. Ahora veo cómo se preparan para volver a hacerlo.

La puerta negra doble tras la plataforma se desliza para abrirse y se intuye tras ella el túnel que conecta la plaza con la base del Comando. Presiono la mano de Tana con más fuerza cuando dos soldados armados guían a un grupo de personas a través de la boca del túnel. Hombres y mujeres con ropa de calle y las manos esposadas a la espalda.

Tienen el rostro demacrado y pálido, pero en sus ojos se atisba severidad. Resentimiento. Se me constriñe la garganta cuando los soldados empujan a los prisioneros Modos y algunos avanzan a trompicones.

Arrastran al primero a la plataforma de madera. Es joven, de veintitantos años. Mantiene los hombros rectos y la barbilla en alto mientras contempla, no al pelotón de fusilamiento, sino a Travis y a los demás oficiales, como si los retara a doblegarlo. Es un gesto inútil. La Compañía sabe que no puede someterlo, mental y emocionalmente hablando. Por eso está ahí, para, en su lugar, destrozarle el cuerpo.

El coronel da un paso al frente, con la mirada desprovista de emoción y la boca convertida en una fina línea. Se dirige al pelotón de fusilamiento y ordena con tono aburrido:

—Fusiles en alto.

Se levantan los cañones de los ocho fusiles.

—Disparad —grita el coronel.

El ruido de las armas retumba en la plaza y una lluvia de balas alcanza al prisionero, seguido de un silencio horrible y ensordecedor. Mientras el cuerpo del joven cae al suelo, gritos de conmoción y siseos furiosos estallan a mi alrededor. Estoy demasiado entumecida como para emitir sonido alguno. Inhalo con brusquedad, pero el

oxígeno se niega a hincharme los pulmones. La respiración se me vuelve superficial cuando me sobrepasa una fría oleada de terror.

Esto no es la guerra. Es… un asesinato tras otro.

Tiemblo cuando guían al siguiente prisionero hacia la plataforma.

—Disparad —anuncia la voz del coronel.

Otra ronda de disparos, otro cuerpo al suelo.

—Disparad.

Empujan al siguiente prisionero hacia delante.

—Disparad.

Nueva ronda de disparos, nuevo cadáver.

La rabia se me acumula en el estómago, hirviendo con más fuerza y ardiendo con más violencia a medida que los prisioneros se enfrentan al pelotón de fusilamiento. Por mucho que desee apartar la mirada, negar lo que está ocurriendo, no puedo hacerlo. Caen uno a uno hasta que la plataforma es un mar de cuerpos y sangre. La sustancia oscura y viscosa se filtra por los extremos de madera como largos témpanos rojos.

Travis observa cada ejecución con expresión impasible. No obstante, Roe no logra ocultar su deleite. Su satisfacción. Nos detesta. Nunca ha sido un secreto.

Respiro hondo de nuevo, tratando de aferrarme a los últimos retazos de serenidad que consigo reunir antes de que una oleada violenta de ira los drene.

A mi alrededor solo veo rostros impregnados de pena. De rabia. Ojos llenos de odio al observar cómo Travis y sus oficiales supervisan dieciséis asesinatos entre los vítores alocados del público. Estas personas, las que celebran la muerte y la crueldad, son igual de perversas que su líder.

Por fin, el pelotón de fusilamiento baja los fusiles y desaparece, dejando a su paso dieciséis cadáveres.

Cross me mantiene lejos de su mente durante toda la mañana. Cuando llega el mediodía, las náuseas me atenazan el estómago. Ha dicho que lo habían detenido. ¿Significa que lo han encarcelado de

nuevo? ¿Que lo han encerrado en una sala de interrogatorios? Maldita sea, ¿por qué no se conecta conmigo?

Estoy saliendo del campo interior de tiro con Xavier, de camino al comedor para el almuerzo, cuando por fin noto una presión en la mente. Cross. El alivio me recorre el cuerpo cuando acepto su petición.

¿Te han hecho daño?, pregunto, inquieta.

No, me han soltado. Por el momento.

Por fin puedo respirar de nuevo.

Vale. Bien… Espera, ¿qué significa «por el momento»?

Mi hermano me ha convocado para una reunión mañana por la mañana. Los dos solos. Dijo que, al acabar, sabremos en qué punto nos encontramos.

¿Y eso qué quiere decir?

No lo sé, pero no me gusta.

A mí tampoco. Ha asesinado a dieciséis personas en directo. No le importará matar a una más. Una nueva descarga de miedo me constriñe la garganta. *Cross, necesito que salgas…*

No, lo que necesitas es escucharme, me interrumpe. *¿Crees que podríamos vernos esta noche? Tenemos que hablar.*

¿Por qué no ahora?

No, estoy liado con una cosa. ¿Recuerdas el aeródromo que visitamos durante la formación para la sección Plata, la pista de aterrizaje en el distrito E, la que estaba inutilizada? Reúnete conmigo allí. A medianoche.

No sé si podré conseguir que me lleven…

Inténtalo.

Xavier y yo nos acercamos al comedor, donde advierto que Teriq y Gray se están dirigiendo a la puerta. Me apresuro hacia los dos y logro interceptar al segundo antes de que cruce el umbral. Lo cojo del brazo.

—¿Podemos hablar a solas un segundo?

Con el ceño fruncido, deja que lo lleve a un rincón aislado para no bloquear la entrada.

—¿Qué pasa?

—Necesito otro favor.

De inmediato, se le oscurece la expresión.

—Hay que joderse.

—Por favor. —Me muerdo el labio—. Necesito que me lleves al distrito E esta noche.

—¿Esta vez no tienes que ir al burdel? —Gray ha adoptado un tono más hosco, con una crueldad que nunca había utilizado.

—Por favor, ¿puedes llevarme a medianoche? No te lo pediría si no fuera importante. Urgente, incluso.

Se queda callado durante unos instantes. La tensión de su lenguaje corporal me informa de que no quiere hacerlo. Pero entonces me sorprende asintiendo con brusquedad.

—Tienes suerte. Debo llevar a Declan de nuevo a la base de la Zarzamora.

Una chispa de esperanza se enciende en mi interior. Recuerdo que dijo que la base está en el distrito H, al sur de E.

—Íbamos a marcharnos más temprano, pero puedo retrasarlo hasta cerca de la medianoche.

—Gracias. —Complacida, le doy un ligero apretón en el brazo, pero se deshace de mi mano y se aleja.

Por la noche, cogemos el híbrido. Declan se sienta con Gray en la cabina de mando mientras yo ocupo un asiento reclinable tras ellos. No he visto a Declan desde que lo llevaron a la enfermería, débil y jadeante. Ahora parece gozar de una salud perfecta.

—¿Has sufrido algún daño permanente en el corazón? —le pregunto.

—No, Fiona me ha hecho varios TAC y estoy como nuevo.

—Me alegro.

Se gira en el asiento.

—Darlington, sobre lo que ocurrió con Neema… He oído que Evlynne la pagó contigo, pero no fue culpa tuya. Fue un fallo en la información que recibimos.

Se me forma un nudo en la garganta.

—Gracias.

Ni siquiera aterrizamos para dejar a Declan. No puedo evitar sonreír cuando lo veo saltar en paracaídas del avión después de que Gray anuncie que nos estamos acercando a la base de la Zarzamora.

Cuando nos quedamos a solas, siento que Gray me dedica miradas de soslayo. Sé que tiene preguntas sobre mi encuentro clandestino, pero no las dice en voz alta, solo vuelve a centrar los ojos verdes en el parabrisas.

La luna nos guía mientras volamos de nuevo en la oscuridad. Sigue sorprendiéndome su aguda intuición. Nunca se desorienta pese a la falta de horizonte y siempre confía en los aparatos que pilota.

Como la última vez, el aterrizaje es tan suave como la mantequilla. En esta ocasión, estamos en una pista rodeada de árboles por tres de sus lados. No veo señales de vida cuando oteo por la ventana. Cross dijo que me daría instrucciones cuando llegara.

Acabo de aterrizar, le informo. *¿Dónde estás?*

A unos metros al oeste de tu ubicación. Ven a pie.

—¿Cuánto tiempo tengo? —le pregunto a Gray.

—Una hora escasa. Voy a inhibir la señal del avión, pero no me voy a arriesgar más tiempo del necesario.

—Entendido. No tardaré. Mantén el intercomunicador encendido.

Salto del avión y me dejo caer sobre el oscuro asfalto.

Voy en camino. ¿Qué tengo que buscar? Dame algún punto de referencia.

Lo sabrás cuando lo veas.

Vaya, ¡cuánto secretismo! Cerca del poste que indica que llevo recorrido un kilómetro, los árboles se abren a un terreno irregular y descubro ante mí una pequeña cantera rocosa. No está en uso y lleva así un tiempo, a juzgar por las hierbas y las enredaderas que reptan por los restos del material viejo y estropeado.

Me siento expuesta y, por un momento, el miedo me constriñe la garganta mientras me pregunto si habré caído en una trampa. Luego, me deshago del pensamiento porque Cross nunca me traicionaría. No tengo dudas.

¿Dónde estás?

—Aquí —dice una voz grave y ronca.

Me giro y lo veo apareciendo por el lado de una estructura derruida que supongo que, en algún momento, fue un despacho, pero que ahora es un puñado ruinoso de vigas de madera.

A pesar de la incertidumbre en el ambiente y la ira aún presente tras el anuncio de esta mañana, corro hacia él. Me coge, me pasa un brazo musculoso por la cintura y me aprieta contra sí con fuerza mientras me sujeta la nuca con la otra mano. Noto sus labios contra el pelo y lo oigo inhalar con fuerza.

—Joder —es lo único que dice.

Siento exactamente lo mismo.

Cuando se retira, el tormento ha invadido sus ojos azules, que nadan en un mar de infelicidad. Le acaricio las mejillas y le paso el pulgar por los bordes afilados de la mandíbula, donde noto la aspereza de su barba de dos días.

—No puedes seguir aquí, Cross. No cuando tu hermano está matando a Modos a sangre fría.

—Lo sé.

El alivio me recorre el cuerpo. Pensaba que necesitaría mucho más para convencerlo de que desertara.

—Pero primero necesitamos hablar de otra cosa. Después de que nos reuniéramos en Paraíso, comencé a investigar sobre los planes de mi hermano. ¿Contrató a tres personas para que me vigilaran? —Cross suelta un bufido—. Se lo devolví haciendo lo mismo.

Logro esbozar una tenue sonrisa.

—Por supuesto.

—Llevo semanas observando a Travis y hay cosas que están ocurriendo en segundo plano y que deberías saber. Proyectos que nuestro padre había aprobado. Secretos que nos ocultaba.

—¿Qué clase de secretos? —pregunto, alerta.

—Aún estoy intentando descubrirlos todos, pero ahora mismo el asunto más importante es tu Revolución. ¿Recuerdas la sala de hospital que encontraste durante una misión, la que estaba llena de Modos fragmentados?

—¿Te refieres a los Modos con los que experimentaba la Compañía? Porque no se me ocurre otra razón para que esa habitación estuviera llena de congeladores con viales de sangre.

—Quizá. No sé nada sobre los experimentos. Si mi padre les pidió a los empleados de biotecnología que llevaran a cabo algún estudio, es un secreto que aún no he desenterrado. Pero eso no es lo que me preocupa.

Aplaco mi impaciencia.

—¿Por qué estamos hablando entonces de los Modos fragmentados?

—Por nada —musita—. No me estaba refiriendo a ellos, sino a los corrompidos.

CAPÍTULO 28



«Los corrompidos».

Una sensación nauseabunda se me desliza por la garganta.

—He visitado ese hospital —continúa Cross sin desviar los ojos de mi rostro—. Cuando estuviste allí, asumiste que todos los pacientes eran Modos.

—La mayoría estaban marcados —digo, rememorando la noche en el hospital. Debía de haber al menos veinte personas en esa habitación y muchos tenían tatuajes en las dos muñecas, lo que indicaba que eran o habían sido esclavos de la Compañía—. Y vi bastantes venas iluminadas con un brillo plateado. Se encendían y apagaban, como si les fallaran las conexiones neuronales.

El tío Jim me dijo que eso es lo que ocurría en la mente de los Modos cuando se fragmentaban. No eran capaces de aplicar los filtros adecuados, por lo que su mente se inundaba de forma constante de los pensamientos y proyecciones de otras personas. Es una cantidad impactante de estímulos, suficientes para volver loco a cualquiera.

—Al menos la mitad de los individuos en ese distrito son Primarios —dice Cross con voz monótona.

Arqueo las cejas.

—No, es imposible.

—Hice que dos Modos distintos, antes leales a mi padre, lo verificaran al entrar en sus mentes. No sufrieron ninguna descarga eléctrica en la nuca. Son Primarios. Y Catherine lo ha corroborado cuando se lo he preguntado…

—¿Catherine? —lo interrumpo. Ha dicho el nombre como si debiera saber quién es.

—Catherine de Velde —me aclara—, la madre de Lyddie. Es la jefa de biotecnología.

La mención casual de Lyddie, la persona que me denunció por encubrimiento, solo consigue avivar mi ira. He intentado por todos los medios entender la situación desde su perspectiva, considerarla una víctima de la propaganda que los Primarios como ella consumen desde niños. Los instruyen para que nos odien. Pero ya no escondo la cabeza bajo el ala.

Lyddie sabía lo que estaba haciendo al venderme. Sabía que, sobre todo con la marca de sangre, me enviarían al pelotón de fusilamiento. Ya no encuentro razones para justificar sus acciones. Solo una puta maldad sin límites.

—Ha habido casos de corrupción en los distritos —prosigue Cross—. Los Primarios corrompidos llevan años proliferando como hongos por todo el Continente.

—No te creo.

—Catherine me describió los síntomas y coinciden con lo que le ocurrió a mi madre. La corrupción no siempre se produce al instante. Depende de lo mucho que se rebobine. Pero, al final, ese daño acaba pasando factura. Momentos de confusión, desorientación, ira, todos se mezclan con instantes de claridad. Al final, los pensamientos se vuelven incoherentes y en sus recuerdos hay enormes lagunas. A veces, oyen voces, por lo que los diagnostican como esquizofrénicos, pero, en algún punto, su mente se queda totalmente en silencio y el sujeto se vuelve catatónico. Es lo que le ocurrió a mi madre.

—¿Y tu padre?

—Sea lo que sea lo que le hizo Adrienne, fue mucho más eficaz, y los resultados, inmediatos. Pasó de la confusión a la incoherencia y por último a la catatonia en menos de veinticuatro horas. Merrick Redden ya no existe. Solo queda su cuerpo.

—Perdóname, pero no me da ninguna pena —digo con amargura.

—No es lo que esperaba. A mí tampoco me la da. Era un capullo despiadado y una mierda de padre. Pero mi madre era inocente,

igual que los demás Primarios. —Cross tensa la mandíbula—. He encontrado hospitales en otros distritos, Wren. Catherine me ha llevado a varios y me ha mostrado salas enteras llenas de niños.

Inspiro con brusquedad.

—No puede ser.

—Los he visto con mis propios ojos. Niños y adolescentes con la mente corrompida. Críos de cinco, seis o siete años, todos corrompidos.

—No —digo, despacio—. Es imposible. Hablé con Adrienne y me juró que no estaba corrompiendo a la gente a gran escala. Es la única corruptora del Continente y, créeme, la Autoridad nunca aceptaría llevar a cabo una misión que incluyera experimentar con niños o civiles en general, sobre todo después de lo que ocurrió en la cordillera Valterra.

—Bueno, es evidente que se dio el visto bueno y que alguien lo está haciendo, sea o no Adrienne. —Cross se detiene y entorna los ojos. Es demasiado inteligente—. ¿Adrienne corrompió la mente de mi madre?

Titubeo, luchando contra la necesidad de desviar la mirada. No puedo ocultárselo.

—Sí —admito.

En su favor debo decir que no explota como sé que quiere hacerlo. Solo presiona los puños junto al costado y, aunque se le tensan todos los músculos de la cara, utiliza un tono calmado cuando vuelve a hablar:

—¿Lo sabías?

—Lo descubrí cuando llegué a la base. Se lo eché en cara a Adrienne y dijo que la habían autorizado para corromper a objetivos estratégicos. No es un arma que usen a menudo.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Supongo… Supongo que pensé que no serviría de nada hacerlo.

Echa la cabeza hacia atrás y la luna le impregna las hermosas facciones, enfatizando cada uno de sus rasgos perfectos: la nariz recta, la mandíbula fuerte y la curva de los labios. Cuando se gira hacia mí, en los vívidos ojos azules ya no hay rabia, sino resignación.

—No, no me lo contaste porque sabías lo que te diría, que necesitas alejarte cagando leches de esas personas, que no son de fiar.

—No tienes pruebas de que sea la Revolución la que está llevando a cabo esa supuesta corrupción —observo—. Podría ser un corruptor de los distritos que vaya por libre. O tal vez que uno de los tuyos esté experimentando con ellos. Tal vez tu hermano tenga a un corruptor entre su personal.

—Travis es muchas cosas, pero valora la vida de todos los Primarios.

—A menos que te esté engañando para que pienses algo así.

—No lo pillas —dice Cross, frustrándose cada vez más—. No defiendo ninguno de los bandos. Lo que está pasando en el Continente me huele mal. Tienes que irte antes de que sea demasiado tarde. Los dos debemos marcharnos.

—¿Quieres… huir? ¿Es lo que estás diciendo?

—Exacto. Desaparezcamos, Margarita. Escapémonos esta noche y dejemos atrás todo lo demás.

—¿Y qué pasa con tu madre?

—No puedo hacer nada por ella —dice con brusquedad—. Y sobre mis hermanos… Quizá pudiera salvarlos o quizá no, no lo sé, pero ahora mismo solo me interesa salvarte a ti.

Noto una oleada de emoción. Hace un mes, habría aceptado sin pensarlo. Si me lo hubiera pedido esa noche en la linde de las Tierras Oscuras, cuando me rompió el corazón al decirme que no iba a acompañarme, habría dicho que sí sin dudarlo.

«Sí».

La palabra me cosquillea en la lengua, pero se niega a abandonar mi boca. La indecisión me acosa. ¿Cómo voy a huir ahora y a abandonar a las personas de la Daga y el valle? Son importantes para mí.

Algunas, como Evlynne, aún no me han cogido cariño y quizá nunca lo harán, pero otras se han convertido en amigos míos, aliados. No puedo abandonarlos. Por fin estoy encontrando mi sitio, un lugar entre ellos. Y, aunque acabamos de rescatar a cuarenta y dos Modos, lo que es un éxito evidente, el Cañón Helado es solo una

de las muchas instalaciones con esclavos del Continente. Hay demasiado trabajo por hacer.

—Cross… —Trago saliva con dificultad—. No voy a irme y dejar que tus hermanos maten a mi gente.

—Tu gente —repite.

—Sí —digo—. Y podría ser la tuya si lo desearas. Por favor, ven conmigo esta noche. Allí ya tienes a un aliado, a Xavier. —Ante esta mención, se me vuelve a constreñir la garganta—. ¿También vas a dejarlo atrás? Es tu mejor amigo.

—Podemos intentar contactar con él para que nos acompañe.

—¿Cómo? Le han puesto un localizador —contesto, frustrada—. Es un prisionero.

Cross suelta una carcajada, incrédulo.

—¿Y quieres que yo también lo sea? Wren, despierta, no puedo trabajar con la Revolución.

—Y yo no puedo ponerme una venda en los ojos y fingir que la Compañía no está experimentando con Modos, que tus hermanos no los están matando. Sé que crees que Adrienne está corrompiendo mentes, pero te lo prometo, si vienes conmigo, podremos llegar al fondo del asunto. Creo de verdad que nunca haría algo así.

—Lo está haciendo —replica.

La tristeza me atenaza el pecho, colándose por las pequeñas grietas que han comenzado a formarse en mi corazón con cada palabra que ha salido de sus labios. Porque no sé adónde va todo esto y estoy aterrada.

—¿De verdad te irías conmigo esta noche?

Ni siquiera lo duda.

—Sí.

—¿Y qué haríamos después? ¿Adónde propones que vayamos, Cross? ¿Nos uniríamos a un campamento de Fe?

—Da igual lo que hagamos, siempre y cuando estemos juntos. Tú y yo. Lobo y Margarita. —La voz se le torna ronca—. Te quiero. Te llevo queriendo toda mi vida.

Las lágrimas me arden en los ojos.

—Y yo a ti.

Acaba con la distancia entre ambos. Es mucho más alto que yo, por lo que tengo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo. Se inclina sobre mí y apoya la frente en la mía. El corazón me palpita con fuerza. No estaba preparada para algo así, para este amor que me hace sentir invencible y frágil a la vez.

—Entonces, olvídate de todo —me suplica, y su aliento cálido me acaricia la punta de la nariz.

—No tenemos ningún plan, Cross. Ni siquiera sabes adónde iríamos, cómo viviríamos.

—Da igual.

Le sostengo la mirada.

—¿Y si están corrompiendo de verdad la mente de esas personas, de esos niños? ¿De verdad quieres alejarte de todo esto y dejar que siga ocurriendo?

—Sí. Quizá el Continente sea una causa perdida. Tal vez no se pueda salvar a toda esa gente. —Me acaricia la mejilla con el pulgar—. Di que sí y nos iremos. Empezaremos de nuevo. Encontraremos algún lugar solo para nosotros dos.

Me muerdo el labio inferior para mantener a raya las lágrimas. Nos separa menos de medio metro, pero la distancia entre nosotros se me clava en el corazón. Es amplia. Insondable.

—No puedo —susurro.

Se le tensa la mandíbula y el dolor le oscurece los ojos azules.

—Acordé luchar en esta guerra. Necesito hacerlo. Tu hermano ha matado a dieciséis Modos esta mañana. Mis propios padres mataron a cientos de ellos…

—¿De eso se trata? —me interrumpe—. ¿Crees que al comprometerte con la Revolución estás expiando sus pecados, que es una manera de compensar el daño que causaron tus padres? Porque no eres responsable de nada de eso.

—Quizá no, pero, si puedo contrarrestar aunque sea una mínima parte de su traición ayudando a derrocar el régimen Primario, lo haré. No voy a abandonar a mi gente.

Cross aprieta entre los dedos el borde de la chaqueta negra como si tratara de contenerse. Los nudillos se le tornan blancos y tensa los hombros como si se estuviera preparando para recibir un golpe.

—Entonces, ¿prefieres abandonarme por ellos?

—No es lo que he dicho…

—Muy bien. Vete.

Se me corta la respiración de forma brusca y dolorosa y noto cómo se me debilitan las rodillas. Me mezo hacia delante y estiro las manos por instinto, pero me detengo antes de tocarlo. Sé que, si lo hago, me echaré a llorar.

—¿Qué? ¿Lo nuestro se ha acabado? —pregunto con voz ahogada y temblorosa.

Desvía la mirada con la mandíbula tensa y se pasa una mano por el rostro. Que esté dudando me clava un puñal en el corazón.

—No lo sé.

—No lo sabes —repito, y las esquirlas de sus palabras me arañan la garganta.

Siento que el suelo se abre bajo mis pies y que desciendo en caída libre. El silencio, asfixiante, se alarga entre nosotros. El amor que siento por él es irrevocable y desesperado y me está diciendo que no sabe si nuestra relación se ha acabado.

—Lo he intentado —dice con la tensión latente en sus facciones mientras niega despacio con la cabeza, como si ese sencillo gesto lo agotara—. Pensaba que podía arreglar el sistema desde dentro. Derribarlo pieza a pieza, proteger a todos los Modos posibles. Pero lo único que he conseguido es ver cómo destrozan a un montón de personas.

El dolor me contrae el corazón y no logro seguir conteniendo las lágrimas, que escapan, recorriéndome las mejillas. Cross se mira las manos como si no las reconociera.

—Estoy cansado, muy muy cansado, de fingir que podemos salvar este puto mundo. Joder, si permanezco aquí un segundo más, voy a perder lo poco que queda de mí.

—Por favor —le imploro—. Dales una oportunidad.

—Ese no es mi sitio —responde—. Y nunca lo será.

Apenas lo veo a través de la cortina de lágrimas, pero percibo su dolor, su agotamiento.

—Wren… —Le tiembla la voz—. Ven conmigo —me suplica—. Por favor.

La última vez que nos encontramos en esta situación, era yo la que rogaba, la que le pedía que me acompañara. Y él me dio la espalda y me dejó sola.

—No puedo.

Un sollozo se me bloquea en la garganta. De repente, como si el cielo sintiera mi agonía, empieza a llover. No chispea; es un auténtico chubasco que se derrama sobre nosotros a un ritmo constante, que me empapa el pelo y vuelve resbaladizas las rocas bajo nuestros pies.

Su expresión me asusta. Algo se ha… roto dentro de él. Mientras la humedad se aferra a los planos cincelados de su rostro y se le desliza por la garganta, por fin desvía la mirada.

—Entonces, supongo que se ha acabado —musita.

—Sí —susurro, con el corazón convertido en un puñado de fragmentos rotos—. Supongo que sí.

CAPÍTULO 29



No digo ni una palabra durante el vuelo de vuelta. Todo parece inútil, vano. Sentada en la cabina de mando, contemplo el abismo. De vez en cuando, me seco una lágrima que consigue liberarse. Gray no hace ningún comentario al respecto, al menos no hasta que llegamos a la Daga. Antes de que pueda escabullirme por la cámara de descompresión, me coge del brazo para detenerme.

—¿Te encuentras bien?

Abro la boca, pero no logro emitir ningún sonido. Tengo un nudo demasiado grande en la garganta.

—No —grazno antes de estallar en lágrimas.

Es humillante. No me gusta llorar delante de los demás. El tío Jim nunca lo dijo en voz alta, pero sé que consideraba las lágrimas una señal de debilidad, y supongo que nunca quise que me viera así de frágil.

Pero no consigo reprimir estas lágrimas. El dique de las emociones se ha roto, liberando la corriente de sollozos que me convulsionan el cuerpo. Me da la impresión de que me han arrebatado una parte esencial de mi ser. Justo por esto llevaba toda mi vida sin entrar en una relación. Nunca me había permitido querer ni que me quisieran. El amor conlleva vulnerabilidad, desesperación y la terrible conciencia de su quebradizo carácter.

Gray tira de mí para darme un fuerte abrazo. Me recuerda a la mañana en la que maté a Bryce, una de las reclutas del programa. En ese momento hizo lo mismo: estrecharme entre sus brazos, decirme que todo iba a salir bien. E, igual que en esa ocasión, mis lágrimas cesan poco a poco y mis hombros, al final, dejan de

temblar. Como sustituta de la agonía, una sensación de entumecimiento se apodera de mi cuerpo.

—¿Lo vuestro se ha acabado? —pregunta, estudiándome.

Cojo aire, temblorosa, y asiento con brusquedad. Me retira de la mejilla húmeda un mechón de pelo que se me ha soltado de la coleta y me lo coloca tras la oreja.

—Sé cuánto debe dolerte ahora mismo, pero es lo mejor.

No, no es lo mejor, ni de lejos. No hace tanto que he encontrado a Cross, a Lobo, ¿y ahora se supone que debo aceptar nuestra separación? Aun así, ¿cuál es la alternativa? Estamos en un puto callejón sin salida. He tomado una decisión que pienso defender con firmeza y, si no quiere acompañarme…, bueno, como dijo él mismo, supongo que lo nuestro se ha acabado.

—Es tarde —musito cuando salimos de la cámara de descompresión—. Necesito descansar.

En lugar de dirigirme de inmediato a mi apartamento, paso primero por la cocina y abro el economato. En la base no hay nada que cueste créditos, pero eso no significa que sea gratis para cualquiera. Rebusco entre los lujos diarios asignados y saco una pequeña botella de licor del valle. Con los dedos crispados, me la llevo a mi habitación.

Xavier está dormido, así que no enciendo la luz. Me dejo caer en la cama y abro la botella. El fuego me arde en la garganta cuando le doy un sorbo al alcohol.

Como soldado experto que es, Xavier recobra la consciencia y se incorpora en la cama.

—¿Qué pasa?

—Lo mío con Cross se ha terminado —digo con voz apagada.

Se frota los ojos para desprenderse del sueño y me estudia en la penumbra. Aunque parece estar un poco adormilado, su voz no desprende dudas:

—No, Cross te quiere.

—El amor no tiene nada que ver con que estemos o no juntos. —Le doy otro trago a la botella—. Me ha pedido que huyamos. —Otro trago—. Y le he dicho que no.

—¿Por qué coño has hecho algo así?

—Porque nos estamos preparando para la guerra y a veces debemos anteponer las responsabilidades a las emociones.

—¿Te vas a rendir sin más? —pregunta, acusatorio.

—No me toques los ovarios, Xavier. No me estoy rindiendo, estoy decidiendo dedicar mi vida a algo más importante que mi relación con Cross. Lo fácil sería huir con él. Pero no puedo abandonar a todas estas personas.

Me tiembla la mano con tanta fuerza que estoy a punto de derramar la bebida. Me seco con brusquedad el licor del valle que me corre por la barbilla.

Xavier coge el intercomunicador que he dejado en la mesa para ver la hora.

—Son casi las dos de la mañana. ¿Seguro que quieres emborracharte ahora?

—¿Desde cuándo te importa que alguien quiera ponerse hasta el culo?

—Es verdad, me da igual.

Se inclina hacia mí y estira la mano. Le tiendo la botella, a la que le da un buen sorbo.

—¿Cuál es la finalidad de la borrachera? —pregunta—. ¿Dormir mejor o estar fuera de combate un par de días?

—¿Qué tal un mes?

ARCHIVO PERSONAL MILITAR: JAKOB HESS

Año de nacimiento: 2129 E. A.
Fecha de fallecimiento: 9 E. N.
Edad en el momento de la muerte: 29
Sección: Estaño

Rango en el momento del fallecimiento: Capitán
Causa de la muerte: Muerto en combate, bombardeo en el Puesto Soleado
Historial de servicio: Ejemplar

Reconocimiento póstumo:
El capitán Hess fue recompensado tras su muerte con la medalla de valor del Comando por las heridas que sufrió en combate y se le recuerda como un oficial heroico que demostró un valor y un liderazgo notables hasta su muerte.

Historial marital

- Edad al contraer matrimonio: 20
- Esposa: Cecilia Carpenter
- Hijos: Ninguno
- Estado: Desaparición de Carpenter tras dos años de matrimonio
- Circunstancias: Se denunció la desaparición de Carpenter el año 2 E. N. A pesar de la búsqueda exhaustiva llevada a cabo, su paradero sigue siendo desconocido. Debido a su ausencia, se declaró muerta el año 3 E. N.

- Edad al contraer matrimonio: 24
- Esposa: Marina Serrano
- Hijos: Stella

[Página siguiente: expediente militar]

CAPÍTULO 30



Se supone que el tiempo sana todas las heridas.

Bueno, pues el tiempo puede irse a la mierda porque no me está haciendo ningún favor. Cada mañana me despierto deseando que la agonía se haya aplacado ligeramente, pero no tardo en descubrir que no ha sido así. Cuando pienso en él, me siento como si me clavaran un pedazo irregular de cristal en una herida, abriéndola y dejando que supure todas estas emociones dolorosas.

El tiempo no sana una puta mierda. Solo es una mentira reconfortante.

Llevo dos meses sin hablar con Cross. Tras nuestro encuentro en la cantera, ha bloqueado todos los canales de comunicación. Durante las pocas noches en las que sucumbo ante la debilidad y trato de contactar con él, nunca me acepta. Me ha cerrado su mente a cal y canto.

¿Adónde habrá ido? ¿Se habrá subido a un avión para tratar de encontrar Carora? ¿Habrá robado un barco y habrá partido rumbo a Tierra Fe?

Me asusta no saber dónde está o si se encuentra a salvo, pero al menos sé que está vivo. Su firma energética aún flota por mi mente, acosándome. Haciéndome daño.

He intentado mantenerme ocupada, distraerme, esperando a que el tiempo reparara el golpe de haber perdido a Cross. Ahora soy la instructora no oficial de las armas de largo alcance de la base. No es el trabajo de mi vida, puesto que preferiría participar en operaciones, pero la mayoría de los líderes de misión ya se negaban a trabajar conmigo antes del rescate de esclavos, y ahora, tras la

muerte de Neema, tienen aún más motivos. Gray y Saint hace tiempo que no solicitan mi participación.

Sé que están planeando algo. «Poniendo la maquinaria en movimiento», como me dijo Kallister la última vez que le pregunté sobre el tema. Estaría genial saber de qué maquinaria se trata, pero mis permisos están casi al mismo nivel que los de Xavier. Lo que significa que son inexistentes.

Xavier y yo nos mantenemos ocupados, disparando en el campo de tiro o paseando por la montaña. Estoy empezando a disfrutar mucho del bosque. Notar cómo crujen las agujas de pino y la maleza del suelo vegetal bajo mis botas y oír el sonido del viento al mecer los árboles me resulta terapéutico. No me importa siquiera el parloteo excesivo de Xavier ni sus quejas infinitas sobre cómo la falta de emoción le está quitando poco a poco las ganas de vivir.

Estoy segura de que, en secreto, se está arrepintiendo de haberle prometido a Cross que cuidaría de mí, pero no puedo negar que agradezco su compañía. He intentado reconectar con Tana, pero sigue manteniendo las distancias.

No ayuda que dicha distancia sea también física, ya que ahora vive en el valle. Se les ha pedido a los Modos del campo de trabajos forzados que quieran ayudar en la base que se queden allí durante un tiempo y que se sometan a reconocimientos de salud mental antes de que la Autoridad les dé el visto bueno para trabajar como agentes. Gray me ha contado que los esclavos liberados a menudo suelen estar demasiado enfadados o ser impredecibles.

No sé si Tana pretende trabajar para la red, como lo hacía antes junto a su padre. Asumo que sí, pero apenas me ha hablado desde que llegó; y ni de lejos me ha contado sus planes. Aunque entiendo sus reticencias, desearía recuperar la relación que teníamos antes.

Hoy está lloviendo, así que me paso la mañana en el Templo practicando con Hawkins, quien se muestra tan agradable como siempre.

Estamos sentados con las piernas cruzadas en uno de los rincones apartados y la daguita azul nos impregna las facciones de un brillo inquietante. Yo tengo las manos apoyadas sobre las rodillas, boca arriba, porque he descubierto que esta es la mejor manera de evitar que las apriete en un puño.

Hawkins me ha permitido que intente incitarlo, dado que Gray está demasiado ocupado últimamente como para ayudarme con la formación.

—No estás centrada.

Su voz me devuelve al presente con un sobresalto. Tiene razón. Estoy dejando que mi mente divague.

—Lo siento.

Lo intento de nuevo, concentrándome en canalizar el polvo dorado que baila tras mis ojos; ahora ya me resulta fácil aprovecharlo. Puedo acumularlo y dejar que fluya por mi cuerpo sin demasiado esfuerzo, pero, como siempre, la incitación me causa problemas.

—Coge el cuchillo —le digo a Hawkins. Insistió en que dijera la orden en alto. Creo que tiene miedo de que, si la digo en silencio, la cambie sin contar con él y le incite a hacer algo que no hayamos acordado.

Pasan varios minutos sin éxito.

—No entiendo por qué se me da tan mal —musito con la voz impregnada de frustración—. Ahora puedo aprovechar el oro sin problemas. Pero, a menos que sea una situación de emergencia, no logro incitar.

—Como cuando salvaste a Declan.

—Creo que lo salvé —lo corrijo, porque sigo sin estar segura de si lo incité para que saltara de la moto antes de que colisionara con el campo de fuerza o fue su propio instinto de supervivencia el que influyó en la decisión—. Pero quizá no fue así.

La expresión de Hawkins refleja una diversión brutal, como si estuviera viendo a un niño intentar levantar algo pesado.

—El problema es que lo fuerzas. Tratas de usar el oro como si fuera un mazo, pero es un proceso más delicado, como guiar una corriente. Necesitas ser sutil, no forzarlo.

Aprieto los dientes.

—Lo estoy intentando. No es culpa mía que se me dé como el culo.

—Es cien por cien culpa tuya. —No dice las palabras con un tono despreocupado, a modo de broma, sino con brusquedad y rudeza. Así es Hawkins—. Prueba otra vez.

Tras centrarme, aprovecho el oro de nuevo, acumulando esas diminutas hebras de energía hasta que siento que me consumen.

—Coge el cuchillo.

«Con delicadeza», me recuerdo.

—Coge el cuchillo.

«Guía la corriente, no la fuerces».

—Coge el cuchillo. —Lanzo con suavidad la orden hacia la mente de Hawkins.

Se le crispa la mano. Hostia puta, está funcionando.

—Coge el cuchillo.

Una nueva sacudida. Se le contraen los dedos ligeramente.

—Con tanta delicadeza, no —gruñe Hawkins—. Te he pedido que lo digas de manera sutil, no débil. Deja a un lado la puta debilidad.

Me trago el resentimiento. Joder, es un capullo.

—Coge el cuchillo —le ordeno con más aspereza en esta ocasión.

La mano de Hawkins se agita. Me empiezan a palpitar las sienes por el esfuerzo mental, pero no dejo que me desaliente porque eso significa que está funcionando. Estoy superando sus defensas, a punto de quitarle la voluntad.

—Coge el cuchillo.

Se le mueve la mano, apenas un centímetro, por el suelo antes de detenerse de forma abrupta. La cabeza me palpita con más fuerza.

—Estás forzándolo otra vez, Darlington —dice, amonestándome—. Encuentra el equilibrio. No lo domines, impúlsalo.

Dejo escapar un suspiro de frustración y corto la conexión.

—Se acabó. No puedo hacerlo.

—Sí, puedes. Si incitaste a Declan, puedes incitarme a mí.

—No entiendo qué hago mal. La orden penetra en tu mente, pero ¿por qué pierdo el control tan rápido?

Hawkins pone los ojos en blanco.

—¿Qué? —pregunto, a la defensiva.

—La incitación no tiene que ver con la orden, sino con mantener una conexión. Ahora mismo, envías la señal y esperas que responda. Necesitas aprender a mantener la vía abierta, a moverte por la corriente. No me incites y ya, sigue el camino de la orden.

—Vale. —Dejo escapar todo el aire con los ojos cerrados—. Volvamos a intentarlo.

Tras aprovechar el oro, trato de hacer lo que me ha recomendado. Permito que esa orden, «coge el cuchillo», se convierta en un riachuelo al que guío en lugar de enviarla sin más. Tras repetir las palabras, abro los ojos justo a tiempo para ver cómo Hawkins cierra los dedos en torno al mango de marfil. La emoción me chisporrotea en el estómago.

—Cógelo.

Con lentitud, levanta el cuchillo. Esta vez, no sacude la mano ni la retuerce. Sus movimientos son deliberados y su mano es como una marioneta de cuyos hilos invisibles estuviera tirando para que se mantenga en el aire.

—No dejes que lo suelte —me musita, y veo el esfuerzo en su rostro. Su propia mente está intentando resistirse.

—Sigue sujetándolo.

El cuchillo continúa suspendido en el aire, al mismo tiempo que la conexión entre nuestras mentes sigue palpitando. El polvo dorado se arremolina ante mis ojos mientras me esfuerzo por mantener la corriente con vida.

—Sigue sujetándolo —repito cuando empieza a bajar la mano.

Pero es demasiado tarde; he perdido el control sobre su mente y oigo que el cuchillo repiquetea en el suelo después de que se le haya escapado de entre los dedos.

—Bien hecho —me dice Hawkins, y casi resulta patético lo mucho que significa para mí ese halago tan frío.

Como la lluvia no cesa, Xavier y yo reemplazamos nuestro paseo habitual por el gimnasio, otra actividad que he añadido a mi nueva

rutina. Darle una paliza a lo que se ponga por delante me permite desprenderme de la frustración de no poder hablar con Cross.

Mis zapatillas de entrenamiento chirrían sobre el suelo del polideportivo cuando me lanzo contra Xavier, quien me esquiva con una sonrisa arrogante y aburrida. Lleva una hora superándome sobre el tapete, demostrando por qué Cross lo eligió para entrenar a los reclutas de la sección Plata. Xavier sí que sabe luchar.

Sonríe cuando elude mi gancho, alejándose con un par de brincos.

—No recuerdo que fueras tan lenta en el programa. ¿Qué problema hay, Darlington? ¿Se te han olvidado los movimientos?

Me seco el sudor que me recorre la frente y ataco de nuevo, dirigiéndome a su torso, pero da un paso al lado y me coge de la muñeca, provocándome el dolor suficiente como para que escupa una maldición. Logro liberarme.

—Cuidado —se burla—. Te vas a desgarrar el músculo.

—¿Por qué no te enfrentas a alguien de tu tamaño? —pregunta otra voz, arrastrando las palabras.

Dejamos de luchar para centrar los ojos en el otro extremo del gimnasio, donde han aparecido Henley, Saint y Mako.

Xavier contempla a los recién llegados con una sonrisa irónica.

—¿Alguien se ofrece?

Henley lo mira durante un segundo. Luego, se encoge de hombros y dice:

—Claro, ¿por qué no? —Se quita la camiseta, quedándose tan solo con los pantalones negros de chándal.

Mako suelta una carcajada, encantado.

—Ah, no me lo pierdo ni loco.

Xavier me da una palmadita en el brazo.

—Si me perdonas, cariño.

—Que te jodan. —Pero estoy sonriendo cuando salgo del tapete y me dirijo a los bancos donde he dejado la botella de aluminio.

Abro el tapón para dar un largo trago mientras observo cómo Xavier y Henley empiezan a dar vueltas uno alrededor del otro. Los dos son altos y anchos, músculo puro.

Mako se deja caer a mi lado.

—Diez créditos a favor de Henley.

—En la Daga no usamos créditos —le recuerdo. Todo se puede consumir gratuitamente.

Saint se dirige a uno de los sacos de boxeo y empieza a vendarse las manos. Permanece en silencio, como siempre, pero observa a su amigo con interés mientras este se prepara para enfrentarse al presunto enemigo.

Xavier da el primer paso, un golpe rápido. Sus movimientos son calculados, limpios, mientras que los de Henley son más fluidos. Se muestra perezoso, como si no se lo estuviera tomando en serio, pero no tarda en asestarle a Xavier una serie de puñetazos que ponen a su contrincante a la defensiva.

Los músculos de ambos se mueven bajo la piel, rebosantes de poder. Están igualados, tanto en habilidad como en la cantidad de mierda que sale de sus bocas. Henley se echa hacia atrás y levanta los dos brazos, provocándolo de nuevo. Casi como si fuera un baile.

—¿Vas a lanzar algún gancho o te vas a quedar ahí como un mono? —pregunta Xavier con la voz teñida de diversión.

Henley se echa a reír.

—Ya querrías ser tan mono como yo.

Hace un amago antes de lanzarse contra Xavier con un puñetazo izquierdo que le lanza la cabeza hacia atrás.

—Capullo —farfulla Xavier sin aliento, pero es evidente que está reprimiendo una carcajada.

Parece que se están divirtiendo, por lo que, por supuesto, Evlynne elige ese momento exacto para entrar en el gimnasio. Lleva unas mallas negras ajustadas y un sujetador deportivo gris, con el vientre al descubierto, donde se le marcan unos abdominales que me provocan una chispa de envidia.

Titubea al darse cuenta de quién está peleando con quién.

—¿Estás de coña, Hen?

El combate se detiene cuando la cabeza dorada de Henley se gira en su dirección. Nadie pasa por alto la llamarada de ira en los ojos de la chica.

—No creas que es más de lo que es, Ev —dice.

Pasea los ojos de él a Mako y, después, a Saint, quien sigue aporreando el saco de boxeo, impávido ante la tensión creciente.

—Es un Primario. Y está en la sección Plata —gruñe, contemplando a todos, incrédula—. ¿Cómo se os puede olvidar?

—Dejó de estar en la sección Plata cuando desertó —le recuerdo, pero eso solo consigue enfadarla más.

—Que te follen, Darlington. No me hagas hablar sobre si este es o no vuestro sitio. —Su mirada fulminante vuelve a sus amigos—. ¿Por qué no os molesta que le den acceso libre a toda nuestra base a un Primario?

—¿Por qué no te relajas por una vez en tu puta vida? —replica Henley, sorprendiéndome—. No todo tiene que ver con Modos contra Primarios.

Evlynne lo contempla, boquiabierta.

—Sí, todo tiene que ver con eso. No hay nada más importante que garantizar nuestro lugar en este Continente. —Señala a Xavier con el dedo—. Él es la razón por la que se produjo la Purga de los Sangre Plateada.

—Oye, Elaine —dice Xavier—. Ni siquiera había nacido cuando ocurrió lo de la puta purga.

—Estoy hablando de personas como tú y lo sabes. —Luego, se dirige a Henley—: Pues vale, Hen. ¿Quieres participar en un combate con Primarios? ¿Colaborar con ellos? Adelante. Al final eres tú el que acabará jodido.

Tras eso, da media vuelta y se marcha del gimnasio. La rabieta de Evlynne templa la diversión y el combate llega a su fin. Xavier se seca el sudor que le brilla en el pecho con la camiseta. Mako se une a Saint en los sacos de boxeo mientras Henley se pasea hasta unas estanterías colocadas contra la pared para coger una toalla. Mientras se seca los pectorales, se dirige de nuevo a Xavier.

Inclina la cabeza hacia él, pero no me parece que pretenda desafiarlo.

—No te vas a ganar a Evlynne —dice.

Xavier suelta una risita.

—No es lo que intentaba.

—Odia a los Primarios —continúa Henley—. Es maja con los que viven en el valle, pero nadie es lo bastante ingenuo como para pensar que no antepondría la vida de un Modo a las suyas. Ev es una severenista hasta la médula.

Por alguna razón, no se me había pasado por la cabeza que pudiera haber defensores del severenismo en la Daga, pero supongo que es normal. Esa filosofía no murió con el presidente Severn. Estoy segura de que muchos Modos aún siguen defendiéndola, ya que creen que somos una raza superior y que, por lo tanto, merecemos un papel más importante en la sociedad.

—Estoy segura de que no es la única —dice Xavier, dando voz a mis pensamientos. Pone los ojos en blanco—. ¿Vas a fingir que tú no lo harías?

La voz de Henley se desprende de su tono desenfadado cuando le dedica un momento de sinceridad poco habitual.

—No, mis padres eran Primarios. Créeme, ninguno de los dos es inferior a mí. No se merecen que los traten como inferiores por no tener poderes psíquicos. Es absurdo.

Xavier atenúa parte de su bravuconería.

—Ah, muy bien.

—Nuestro problema no es que seas un Primario, sino que serviste al general Redden. Eras leal al Comando. No se suele dejar de ser leal a algo de la noche a la mañana.

—Él sí —intervengo, señalando a Xavier con el pulgar—. Porque solo es leal a sí mismo.

Mi amigo esboza una sonrisa.

—Tiene razón. Soy un orgulloso miembro del equipo «Seguir con vida». —Hace una pausa—. Aunque supongo que ahora mismo me gustaría que Darlington siguiera con vida también.

Le dedico una sonrisa radiante.

—Oh, qué mono.

—Bueno —dice Henley, encogiéndose de hombros—. Gracias por la sesión de entrenamiento, teniente.

Cuando se une a sus amigos al otro lado del gimnasio, entrelazo el brazo con el de Xavier y me pongo de puntillas para susurrarle al oído:

—Ay, madre mía, casi haces un amigo.

—Eres lo peor —gruñe, deshaciéndose de mí.

A la mañana siguiente nos recibe el sol, pero no parece ser la cura para el hastío que inunda la Daga. No ha habido grandes acontecimientos desde la extracción en la mina de sal. Ninguna misión. Ningún comunicado. Ningún plan espectacular. Parece que ambos bandos se han retirado para recapacitar e idear una estrategia.

Los Modos de la montaña están cansados de estar encerrados. Sobre todo yo. Me siento tan inquieta que tengo ganas de arrancarme la piel a tiras.

—Odio el sosiego —anuncia Karra en el desayuno, dando voz a los pensamientos de todos.

—Sssosssiego —repite Mako, enunciando el término de forma exagerada—. Que palabra tan graciosa. Sosiego.

Todos lo miramos.

—¿Qué? —Encoge los enormes hombros—. Es una palabra graciosa. Sosiego.

Henley se reclina en la silla.

—A mí no me importan los momentos de inactividad.

—Normal, te los pasas saltando de cama en cama —lo acusa Karra.

—Claro, porque Gray y tú no folláis cada vez que tenéis una oportunidad.

—Ojalá —musita entre dientes.

No creo que nadie la haya oído, pero está sentada a mi lado, así que yo sí. ¿Problemas en el paraíso? Nunca cotilleo sobre la vida amorosa de Gray, pero no parecía que les fuera mal. Hubo otra fiesta en la cueva hace unos días y mantuvo la lengua en la boca de su novia en todo momento.

Advierto un fogonazo rosa en la periferia de mi visión. Un segundo después, Raven Persimmons pasa junto a nosotros con la bandeja en las manos.

—Raven, espera —dice Mako.

Sus delicados hombros se tornan rígidos cuando se gira con lentitud hacia nuestra mesa.

—¿Qué?

—Creo que es hora de enterrar el hacha de guerra, ¿no?

Su tono tranquilo dibuja un brillo de desconfianza en los ojos de la chica.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Dónde está la trampa?

El chico se rodea el amplio pecho con sus enormes brazos.

—Soy un firme defensor de que todas las amistades empiecen con una pizca de sinceridad. Por eso, si fuiste tú quien me robó el chocolate dorado…

—¡Aaaj! —Con un chillido agudo de frustración, Raven se aleja con largas zancadas mientras el pelo rosa se balancea a sus espaldas.

—Tienes que olvidarte del tema, hermano —comenta Henley.

—Nunca —promete Mako.

Luisa y Evlynne se unen a nuestra mesa, dejando las bandejas con el desayuno. La segunda centra los ojos en mí, pero, por una vez, no desprenden hostilidad. Quizá sea porque Xavier no se ha sentado con nosotros esta mañana, sino con Poppy, con quien está jugando a un nuevo juego de cartas que la chica le enseñó anoche. No veo a Fiona por ninguna parte, y sé que no está en el comedor porque no está arrastrando a la adolescente lejos del terrible teniente, con las consecuentes patadas y gritos de Poppy.

—¿Sabéis lo que deberíamos hacer? —sugiere Karra, pasándose una mano por el largo pelo negro—. Escabullirnos de la base e ir a Fin de la Tierra.

Arqueo una ceja.

—¿Se puede hacer algo así?

Fin de la Tierra es una pequeña isla al suroeste, no lejos del distrito V. La mayoría de los ciudadanos ahorran créditos de lujo durante años y usan sus pases libres para ir allí. Nunca he estado, pero he oído que es un paraíso tropical.

—Lo es si logramos convencer a uno de nuestros pilotos para que nos lleve… —Karra mira a Evlynne, aleteando las pestañas.

—Ni hablar —contesta la otra chica.

—¿Hen? —suplica Karra.

Henley sonríe.

—No, no voy a arriesgarme a sufrir la ira de Adrienne.

—Solo quedas tú, Lu… —Mueve las cejas de forma sugerente.

—Tu novio es piloto —replica Luisa con un bufido—. Ve a molestar a Gray.

—Siempre está metido en reuniones —se queja Karra, lo que vuelve aún más notable su ausencia en el desayuno y hace que me dé cuenta de que tiene razón; últimamente Gray no se deja ver demasiado.

—Me encantaría salir de la base —admito, crispando los dedos sobre la taza—. Me voy a volver loca.

—Creciste en un rancho, ¿no? —dice Luisa—. Me imagino que estabas acostumbrada a estar fuera a todas horas.

—Sí, pasábamos pocas horas en casa. Solo por la noche, para acostarnos. El resto del tiempo estábamos fuera con el rebaño, cabalgando, arreglando verjas o quitando el estiércol de los establos. —Suelto un suspiro—. Lo echo de menos.

Mako me mira, boquiabierto.

—Hostia puta, eras una vaquera de verdad.

Le dedico una sonrisa.

—¿Qué crees que hace la gente en un rancho?

—No lo sé, pero por alguna razón no se me había ocurrido que hicieras todo eso.

Los demás nos reímos, pero mi buen humor se atenúa cuando advierto que Evlynne me sigue observando. Sin animosidad. Me obligo a no crear una fina línea con los labios cuando digo:

—¿Qué pasa?

—Nada. Solo estaba pensando que, si tan loca te estás volviendo, hay lugares muy bonitos en la montaña a los que podrías echarles un vistazo. Existen muchas anomalías naturales que surgieron después de la Última Guerra.

—¿Como las cuevas de daguita?

Asiente.

—Y la albufera.

—Ah, la albufera es una maravilla —interviene Karra—. Deberías ir a verla, sin duda.

—¿Hay una albufera en la montaña? —No logro ocultar mi escepticismo. Quizá no fuera la mejor estudiante en la escuela secundaria, pero sé lo básico de geografía y no se suelen encontrar albuferas en el bosque.

—Sí, y Karra tiene razón… ¡Es increíble! —Evlynne hace una pausa antes de continuar, reticente—: Te puedo llevar si quieres.

Mi desconfianza está ahora mismo por las nubes. ¿Por qué de repente es maja conmigo?

—Podemos ir hoy, después de la comida —me propone.

—Sí, puede. —No quiero comprometerme.

Noto una presión en el subconsciente. Evlynne está tratando de establecer un vínculo. Nunca nos habíamos comunicado por telepatía, pero sé que es ella porque le brillan las venas. A regañadientes, se lo permito.

Ven a verme al hangar después si quieres ir.

La verdad es que no debería. Pero he estado muy aburrida estos últimos días y la curiosidad siempre ha sido uno de mis defectos. A pesar de lo que me dice la lógica, contacto con Evlynne después de comer.

Acepto tu oferta.

Genial. Estoy terminando con mis tareas.

Cierro el almacén con las armas en el campo de tiro y me dirijo al hangar principal, donde Evlynne me espera junto a uno de los helicópteros.

—¿Preparada?

—Sí, gracias por llevarme —contesto, rezando para no arrepentirme.

Diez minutos después, estamos en el aire, sobrevolando la montaña. Cuanto más ascendemos, más bonita es la panorámica. Los picos irregulares de la cordillera montañosa se extienden hasta donde alcanza la vista y el cielo es de un azul perfecto, despejado, sin una nube.

Nos ladeamos hacia la derecha, volando casi sobre el lateral durante un momento, y el estómago me da un vuelco. No estoy acostumbrada a estar tanto tiempo en el aire. Gray dice que no le gustaría estar en ninguna otra parte, pero yo me mareo cada vez que el avión da uno de sus bruscos giros.

Evlynne sonríe.

—Confía en mí, merece la pena cada vuelco del estómago.

La contemplo.

—¿De qué va esto?

—No va de nada. Ayer me porté fatal contigo y esta es mi manera de disculparme.

—Claro. —No puedo evitar sonar sarcástica.

—Sí.

—¿De repente te parece bien que Xavier esté en la Daga?

Niega.

—No, no me jodas. —Su perfil se torna severo y desaprobatorio cuando me dedica una mirada de soslayo—. No deberías haberlo traído. Es una amenaza para nuestra causa.

—Me salvó la vida —musito—. No hay forma de restarle importancia a eso. Y, si sirve de algo, de verdad creo que ya no es leal al Comando.

Suelta un bufido, lo que confirma que no la he convencido.

—No vamos a ponernos de acuerdo. Nunca confiaré en Ford.

—¿Y en mí? —No puedo evitar preguntárselo.

Evlynne lo piensa durante tanto tiempo que se vuelve incómodo.

—No lo sé —dice al final—. Pero le caes bien a Gray y confío en su juicio.

Está diciendo todo lo que deseo oír, pero no dejo de sentir que es una trampa. No entiendo cuál es el objetivo de todo esto. De momento no me ha lanzado desde el helicóptero. Oh, mierda, quizá vaya a hacerlo. Tal vez asesinarme no le quite el sueño. Me apoyo en el reposacabezas, esforzándome por deshacerme de la sensación de estar yendo directa al desastre.

—Vamos a descender allí.

Superamos otra colina y oteo la amplia explanada de rocas irregulares y valles verdes. No es la zona de aterrizaje lo que capta

mi atención.

Suelto un grito ahogado.

—¿Qué cojones?

Evlynne me dedica una mirada, engreída.

—Te lo dije.

La albufera se encuentra a la sombra de acantilados rocosos que forman un semicírculo a su alrededor. El agua brilla con tonos violáceos y casi parece cobrar vida cuando los colores cambian y ondulan bajo la brisa. Es una imagen incongruente, totalmente antinatural, pero, a la vez, rodeada de naturaleza. El reflejo del sol en el agua purpúrea le da un efecto aún más sobrenatural.

—¿Cómo es posible?

—Ni idea. Es un fenómeno natural. La hemos analizado y tiene la misma consistencia que el resto del agua fresca de la montaña. Algunos científicos sugieren que se debe a los minerales, pero nunca se ha encontrado un nivel excesivo de nada en las pruebas que hemos hecho. —Se encoge de hombros—. Supongo que es magia.

—No creo en la magia.

—Un milagro, entonces. Un milagro de la naturaleza.

—Tampoco creo en esas cosas. Debe de haber alguna razón científica.

Mi respuesta parece intrigarla.

—Entonces, ¿crees que nuestras habilidades tienen también una explicación?

—Claro que sí, son una mutación genética.

—Pero no se ha logrado encontrar el gen afectado —comenta, y no tengo ningún contraargumento.

Unos minutos después, descendemos con el helicóptero y aterrizamos sobre una zona llana de hierba. El paisaje me resulta extraño, ya que está vestido de verde, incluso a esta altura.

Permanezco en la cima un segundo. El risco está en silencio y el aire parece más ligero cuando me llena los pulmones. Estudio los acantilados rocosos y los picos marrones, donde no hay nieve, aunque sí niebla a su alrededor. Advierto que Evlynne ha cogido una mochila del helicóptero y se la ha colgado al hombro.

—¿Estamos muy lejos? —pregunto, escéptica.

—No mucho, pero siempre voy preparada. —Pasa a mi lado—. Por aquí.

Subimos por una cuesta escarpada y emergemos en la parte superior, donde nos recibe una imagen perfecta de la albufera. De nuevo, me quedo anonadada al contemplar el agua violeta. Es más púrpura en ciertas partes y de un suave lila en los puntos en los que inciden los rayos del sol. Es el mismo sol que me calienta la cara mientras la observo. Parece una escena de un cuento de la era pasada.

—Venga, vamos —dice—. El agua está a la temperatura de una sauna. Tienes que pasar una mano por ella.

Dudo porque al menos un sesenta por ciento de mi cuerpo sigue sin confiar en su bondad.

—Siempre lleno un vial para llevárselo a mi hijo —me explica—. Cree que es mágica. —Me hace un gesto para que vaya en cabeza—. Detrás de ti. No hay suficiente espacio para las dos en este sendero.

No se equivoca. Apenas entro yo sola. Me queda poco para llegar al agua cuando advierto que solo oigo mis propias pisadas. Evlynne no está detrás de mí. Me giro y contemplo la senda vacía.

—¿Evlynne? —grito.

No responde. ¡Joder! Comienzo a correr, levantando guijarros mientras vuelvo a lo alto de la colina. Entonces, oigo el zumbido de la hélice del helicóptero y alzo la mirada al cielo justo a tiempo para ver cómo Evlynne se aleja por el aire. La hélice desprende nubes de polvo y hierba mientras asciende.

Me ha dejado sola entre las montañas.

—¡Evlynne! —le grito al cielo, temblando de rabia.

Esa zorra me ha dejado tirada. Me ha engañado.

CAPÍTULO 31



—¡Evlynne! Grito su nombre de nuevo, pero el motor acalla mi voz. Cuando opto por la telepatía, casi me sorprende que acepte mi petición.

¿Qué cojones? Vuelve, le grito.

Perdona, me han llamado de la base.

Vuelve aquí, pedazo de zorra.

No hace falta que te pongas así, se burla.

¿De qué va esto? ¿Es la venganza porque tus amigos nos hayan cogido cariño a Xavier y a mí? Es una actitud muy infantil.

No te preocupes, la ruta hasta la base no está mal. Lo más probable es que puedas hacerla en medio día y hayas vuelto antes de que caiga la noche. Ah, y te he dejado un pequeño regalo que te ayudará durante el trayecto. De nada.

Su felicidad me da arcadas. Quiero rebanarle el pescuezo con las manos.

Vuelve. Ya. Estoy enfadada, tanto que apenas logro escupir las palabras.

A lo lejos, el helicóptero se hace cada vez más pequeño y, por un segundo, me gustaría tener el fusil para tratar derribarlo del puto cielo… No, advierto, no puedo dispararle, pero sí tengo otra solución.

En un intento mental desesperado, aprovecho el oro todo lo rápido que puedo. Ahora me resulta natural. El problema es el siguiente paso, sobre todo en este momento, con todas las emociones a flor de piel, abrasándome la sangre como el combustible de un avión. No estoy guiando la corriente, solo estoy

usándola como si fuera un mazo, algo sobre lo que me advirtió Hawkins.

—Da media vuelta —ordeno entre dientes, pero, justo cuando me estoy colando en la mente de Evlynne, la correa que intento crear entre nosotras se rompe como una goma.

Me siento frustrada mientras observo cómo la nave desaparece de mi vista, fundiéndose con las nubes. Hawkins dijo que es imposible incitar de forma remota y no puedo reestablecer el vínculo a no ser que compartamos el mismo espacio. Es demasiado tarde. Evlynne se ha ido con el helicóptero.

Con el corazón acelerado, camino hasta la zona de aterrizaje. Ha mencionado un regalo y lo que encuentro sobre la hierba es la mochila, que cojo para comprobar si contiene suministros o solo un puñado de rocas. Viniendo de esa gilipollas, no me extrañaría.

Una rápida inspección revela alimentos deshidratados, una cantimplora, una pistola y una radio. También tengo el intercomunicador y la telepatía, pero no consigo convencerme de contactar con nadie para contarle lo ocurrido.

Por el momento, me guardo el aparato en el bolsillo y dejo la radio en la mochila mientras evito vincularme con nadie. No quiero admitir que Evlynne me la ha jugado. Sería demasiado humillante. Con suerte, llegaré a la base antes de que alguien se dé cuenta de mi ausencia.

Maldita sea, debería haber confiado en mi instinto. Ahora me he quedado tirada en una estúpida montaña y quién sabe cuánto tardaré en volver. Al menos, el resto del día. Por suerte, tengo un buen sentido de la orientación y mi intercomunicador cuenta con un sistema de navegación que me indica hacia dónde ir. Evlynne no estaba intentando matarme, solo arruinarme el día, al parecer, pero sé por experiencia lo peligrosa que puede ser la vida salvaje.

La ira en mi interior es afilada e implacable. Ni siquiera me molesto en intentar reprimirla. Da vigor a cada uno de mis pasos mientras comienzo el descenso de la colina. Me reajusto la mochila, pasando el brazo por la segunda correa para colocármela a la espalda, y bajo fatigosamente el empinado risco, con cuidado de no apresurarme. Un paso en falso y rodaría montaña abajo.

Permanezco centrada, obligándome a seguir. Un pie tras otro. Una y otra vez. Me imagino la muerte macabra de Evlynne para entretenerme. Las horas pasan. ¡Horas!

Me doy cuenta tarde de que mi ritmo es demasiado lento y cauteloso. Voy con mucho retraso cuando compruebo en el intercomunicador dónde estoy. No ayuda que el camino en el que me encuentro no sea llano, sino precario y rocoso. Me resbalo en varias ocasiones, pero consigo recuperar el equilibrio agarrándome a cualquier rama torcida que encuentro. Entonces, el camino se convierte, de forma inesperada, en una cuesta que debo ascender, en lugar de descender. Me detengo y compruebo de nuevo la pantalla para asegurarme de no haberme confundido. Pero no, este paisaje es tan cabrón como Evlynne. Decide subir durante medio kilómetro antes de descender colina abajo sin razón aparente.

Atravieso una senda zigzagueante a través del denso follaje. Al girar otra curva, algo capta mi atención bajo la tenue luz del atardecer. Al principio, creo que son los pétalos rojos de las flores de la cazuta hasta que advierto que la planta tiene las raíces al descubierto. Las de la cazuta son marrones y la que se retuerce y surge del suelo, roja oscura, contrastando con el barro de color claro.

Hostia puta. ¿Es raíz de corazón?

Me agacho para examinarla y paso los dedos por la suave rugosidad. Al instante, percibo ese peculiar olor empalagoso exclusivo de la raíz de corazón y un recuerdo me cruza la mente. Estoy en nuestra pequeña cabaña en las Tierras Oscuras, observando cómo el tío Jim clasifica distintas plantas y raíces que ha desenterrado durante su paseo diario por la oscuridad.

—¡Qué bonita! —exclamo, cogiendo un pedazo de raíz del color de la sangre—. Y huele a caramelo.

—Cuidado con esa, pajarito. —Incluso ahora, casi puedo oír su voz áspera, lo que me aguijonea el pecho—. Es raíz de corazón.

—¿Qué hace? —pregunto, curiosa.

—En este estado, nada. Pero, si la ingieres, la situación no será agradable. —Me dedica una mirada severa—. Te detendrá el corazón.

Suelto un grito ahogado.

—¿Y moriré?

—Y morirás.

Y ahora está aquí, creciendo en mitad de la nada, cruzándose en mi camino.

Me vibra el intercomunicador en el bolsillo, alejándome la atención de la raíz. Es un mensaje de Gray.

«¿Dónde demonios estás, vaquera?». Lo ignoro y sigo andando. Solo unos minutos después, noto cómo alguien trata de vincularse conmigo. Es la energía de Adrienne. La ignoro también, tambaleándome sobre matorrales y arbustos.

El sol baja cada vez más por el cielo y pronto empiezo a ver las sombras que se forman por el paisaje. Me duele todo. En especial, los pies. Y las piernas debido a las cuestas interminables. Pero necesito llegar antes del crepúsculo. Lo último que deseo es pasarme la noche en esta montaña de mierda.

Por fin, el camino se vuelve llano, algo que mi cuerpo magullado agradece. Ninguna cuesta ni colina. Todo llano. Estoy empezando a relajarme cuando oigo un crujido a mis espaldas. Es leve, fácil de confundir con el roce de las hojas al mecerse bajo la brisa. Sin embargo, estoy segura de que se detiene cada vez que paro. Decido comprobar mi teoría, acelerando el paso.

Ris, ris.

Dejo de caminar.

Silencio.

Reanudo la marcha.

Ris, ris.

Me detengo. Silencio. Maravilloso. Algo me está persiguiendo.

Aquí la maleza es densa y no veo nada, pero sea lo que sea lo que me está rastreando, está haciendo mucho ruido. O es un depredador abismal o está tan seguro de que me va a comer viva que no intenta siquiera ser sutil.

Ris, ris.

Se me eriza el vello de la nuca y me cosquillea la columna vertebral. Soy muy consciente de todo lo que me rodea. De todos los sonidos, rocas y hojas. Debe de ser el remanente del instinto

primitivo de nuestra época como tribu, cuando nosotros mismos éramos presas.

Avanzo varios pasos más antes de llevarme la mano al cuchillo de la cadera. Prefiero el fusil, pero tendré que apañármelas con el cuchillo. También tengo la pistola, pero no quiero detenerme y abrir la mochila. Me preocupa que mi perseguidor ataque cuando estoy distraída.

Estudio la zona, pero solo veo árboles, hojas y rocas. Me estremezco al pensar que pueda ser un oso con cuernos.

Pero no, un oso haría mucho más ruido. El que vivía en las Tierras Oscuras cuando era pequeña montaba tanto escándalo como una manada de elefantes cada vez que cargaba por el bosque.

Oigo de nuevo el crujido y me giro en busca de alguna señal de movimiento. Nada.

Ahora todo está aún más oscuro, ya que el sol apenas se filtra entre los árboles. Entonces, veo algo que se mueve entre los arbustos. Sea lo que sea, no es sigiloso. Se oye un suave gruñido, el roce de garras contra la piedra. Entonces, atraviesa el matorral.

Es un aullador. Me quedo paralizada cuando mis ojos se encuentran con los del lobo. Esperaba la mirada fría de un depredador, pero en la suya veo una mezcla de cautela e interés. No obstante, sigue gruñendo, avanzando con lentitud.

Lo reconozco de inmediato. Al menos, eso creo. Podría haber otros aulladores jóvenes deambulando por la montaña, pero este se parece mucho al que abandonamos tras matar a su madre, de pelaje blanco puro a excepción de la mancha roja del ojo. No creo que haya dos con la misma marca.

—Hola —digo, prudente.

Levanta las orejas y baja el rabo. Ahora su expresión desprende más miedo que curiosidad.

—No voy a hacerte daño, lo prometo.

Me arrodillo para moverme con lentitud, de forma deliberada.

—Ven a saludar —lo animo. Cualquiera pensaría que estoy loca, pero se me dan bien los animales. Siento cuándo son una amenaza, y este no lo es. Está demasiado asustado.

Tiendo la mano con los ojos fijos en los suyos. La curiosidad vuelve a hacer su aparición mientras observa mis dedos estirados.

—Vamos, olfatéame.

Cada vez que hablo, alza las orejas. Gruñe de nuevo, pero esta vez no parece convencido. Se remueve sobre las patas y reprimo una sonrisa cuando, por fin, da un paso titubeante en mi dirección.

—Ya está.

Con un par de zancadas cautelosas más, se coloca delante de mí. Volvemos a mirarnos y parece que la montaña entera se queda en silencio, como si todas las criaturas y plantas contuvieran el aliento mientras el lobo decide si prefiere matarme o saludarme. Olfatea el aire cerca de mi mano antes de soltar un suave gemido y juraría que mueve ligeramente el rabo. Se acerca unos centímetros más para olerme la mano antes de retroceder. Es suficiente.

—¿Ves? No soy tan mala. —Me quito el polvo de las rodillas y me pongo en pie—. Muy bien. Tengo que irme, amiguito. Si no, me quedaré atrapada en esta montaña durante el resto de la noche.

Espero que el lobo se apresure a esconderse entre los arbustos, pero me sorprende notar que, cuando me pongo a andar vuelve a seguirme. Se acerca más de lo que haría cualquier otro animal salvaje, tanto que a punto está de rozarme el tobillo con el pelaje.

—Oye, siento mucho lo de tu madre —le digo—. No fue nada personal. Estaba intentando matar a una humana.

Sigue caminando a mi lado y, en cierto sentido, su compañía me resulta reconfortante. Si algo más grande y aterrador surgiera de los árboles y tratara de arrancarme la garganta, este pequeño ser no me defendería lo más mínimo, pero al menos no moriría sola.

—Me recuerdas a la vieja perra pastora de Jim. Se llamaba Princesa. Siempre iba detrás de él, fuera adonde fuese.

El lobo inclina la cabeza, observándome. Juraría que entiende todas y cada una de mis palabras.

—Ah, no te gustaría saber lo que ocurrió con ella —continúo, sombría—. Créeme.

Tuerce una de las orejas.

—Muy bien, tú lo has querido. Se la cargó un coyote blanco. Fue un día triste. —Supero una raíz retorcida de árbol—. Debería

llamarte igual que ella. ¿Qué te parece Príncipe? ¿Te gusta?

Me quedo boquiabierta cuando deja escapar un pequeño ladrido.

—Ay, madre, me entiendes, ¿verdad?

No deja de mover el rabo. Ojalá el tío Jim estuviera aquí. Siempre dijo que yo tenía facilidad para tratar a los animales, como él. Creo que le gustaban más que las personas. Mi buen humor no dura mucho, dado que apenas veo lo que hay a tres metros de distancia.

—Estamos quedándonos sin luz —comento, mordiéndome el labio.

Me detengo para comprobar el mapa. Aún faltan unas horas para llegar a la Daga. Mierda.

El lobo trota a mi lado cuando acelero el paso, pero, una hora después, ya no hay nada de luz. Enciendo la linterna del intercomunicador, pero solo es lo bastante potente como para emitir un tenue brillo. Si sigo caminando en la oscuridad, tropezaré y me torceré el tobillo. O me caeré y me reventaré la cabeza contra una roca. No puedo abrirme paso por la montaña a ciegas.

Diez minutos más, decido que caminaré diez minutos más y daré el día por terminado.

De repente, se me engancha el pie en una raíz escondida bajo la maleza y salgo volando. Estoy a punto de recuperar el equilibrio cuando tropiezo con otra y ruedo colina abajo. Me preparo para aterrizar sobre las manos, que se me llenan de rasguños por la aspereza de las rocas antes de destrozarme también las rodilleras de los vaqueros.

Suelto un grito de frustración cuando las manos se me llenan de sangre; tengo la piel desgarrada por la caída. También tengo las rodillas ensangrentadas. Me pongo en pie con el corazón acelerado. Jadeando, miro a Príncipe, quien me contempla con desaprobación.

—Sí —le gruño—. Me he caído. No me jodas, Príncipe, la gente se cae.

Un segundo después, se dirige hacia mí y me presiona el hocico contra el dorso de la mano. No sé si me está animando a seguir adelante o quedarme quieta, pero continuar no es una opción.

—Lo siento, compi. Creo que es hora de dar el día por terminado.

Odio aceptar la derrota. Lo odio. Pero, tras horas rechazando a Adrienne, al final soy yo quien contacta con ella.

¿Dónde estás?, me riñe. *Ford está amenazando con prender fuego a la Daga porque cree que te hemos hecho algo malo. Y Gray está a punto de enviar a un equipo de búsqueda.*

Eh… He decidido acampar esta noche.

Es una mentira endeble, pero es mejor que admitir que Evlynne me ha abandonado en la montaña. No me dejaría en muy buen lugar y quiero demostrar mi valor ante Adrienne y los demás.

¿Qué quieres decir con acampar?

Necesitaba despejarme, así que decidí hacer una ruta, pero se ha hecho de noche demasiado rápido. No quiero arriesgarme a volver cuando no veo ni mis propios pies. Supongo que tendré que acampar y volver a primera hora de la mañana.

Vas a pasarte la noche en la montaña. Tú sola. Adrienne parece atónita.

No me pasará nada. En el rancho acampaba casi todas las noches. Además, voy armada.

La desconfianza se cuela en su tono.

¿Qué ha pasado en la albufera? Evlynne nos ha dicho que te llevó a primera hora de la tarde, pero que no ha vuelto a verte desde que regresasteis.

Nada. Decidí dar un paseo tras volver a la Daga. Finjo despreocupación. *Tengo cerillas, comida y agua. Sabré arreglármelas. Podéis olvidaros del equipo de búsqueda y decirle a Xavier que lo veo por la mañana.*

No le doy opción a protestar. Interrumpo el vínculo y me dirijo a mi nuevo amigo.

—Muy bien, Príncipe. Necesitamos encontrar refugio si vamos a dormir aquí fuera. Y juro por lo que más quieras que si uno de tus amigos trata de asesinarme durante la noche y no me despiertas para alertarme, te despellejaré vivo y me pondré tu piel como sombrero.

Me fulmina con la mirada. O eso creo. Quizá solo sea su cara.

Encuentro un matorral apartado que me protege desde atrás para no tener que preocuparme de que alguna criatura aparezca a mis

espaldas. Abro la mochila, pero no hay ningún kit de primeros auxilios. Supongo que Evlynne no anticipó que fuera a hacerme un rasguño en las manos y las rodillas como una puta cría. Vierto un poco de agua de la cantimplora sobre las heridas para limpiarlas, pero poco más puedo hacer.

Saco una pequeña caja que contiene todo lo necesario para hacer un fuego: cerillas, un mechero e incluso un poco de fajina. Solo necesito juntar algunos troncos. Con suerte, el fuego mantendrá alejados a todos los depredadores curiosos y seguiré con vida cuando despunte el alba.

Diez minutos después, he encendido una hoguera y estoy comiéndome las tiras de cerdo deshidratadas mientras le doy sorbos a la cantimplora. Le lanzó al aullador el resto de la carne, y este la engulle. Solo abandono mi diminuto refugio para hacer pis en unos arbustos cercanos.

Echo la cabeza hacia atrás para observar el cielo repleto de estrellas y me recorre una punzada de dolor. Me pregunto dónde estará Cross ahora mismo. ¿Habrá desertado del Comando como dijo que haría la noche en la cantera? ¿O volvió, con el corazón roto, sintiéndose tan entumecido como yo al saber que no había un futuro para nosotros?

La tentación de contactar es demasiado fuerte. Al principio, me resisto, pero al final me dejo llevar por la debilidad.

Abro una vía y sigo la firma energética de Cross. Ejerzo una suave presión, invitándolo a hablar. Espero. Y espero.

Las lágrimas me arden en los ojos.

—Capullo —musito entre dientes.

Príncipe inclina la cabeza como si dijera: «¿Quién?».

—Mi otro Lobo —respondo—. Rompimos porque no quería huir con él y ahora no quiere hablar conmigo.

Príncipe sigue mirándome.

—Vale, tienes razón. Quizá le resulte demasiado doloroso volver a contactar. Joder, tienes razón, ¿vale? Ahora, vete a dormir.

No sé siquiera con quién estoy enfadada. Con un suspiro, me aovillo en nuestro rincón, convirtiéndome en un capullo. Me

sorprende cuando Príncipe se arrastra cerca de mí antes de enroscarse a mi lado, presionado contra mi costado.

Me mantiene caliente toda la noche, lo que es de agradecer porque el fuego se apaga en cuanto comienzo a adormilarme. Por sorprendente que parezca, duermo como un tronco.

Me levanto con la luz cosquilleándome los párpados. El aullador se remueve a mi lado, aproximándose aún más, como si fuéramos viejos amigos. Cuando me muevo, levanta la cabeza y descubro su inquietante mirada amarilla fija en mí.

—Buenos días —musito, frotándome la cara para alejar el sueño.

Ante el sonido de mi voz, mueve las orejas. Luego, se levanta y se echa hacia delante para estirar las patas traseras. Es adorable y me provoca una sonrisa.

Yo también me levanto y recojo las cosas.

—Bueno, lo hemos logrado.

Como respuesta, Príncipe se dirige a un arbusto y hace pis.

—Genial —le digo—. Muy elegante.

Estiro las extremidades, que noto rígidas, antes de colgarme la mochila a la espalda, meterme el cuchillo en la cadera y empezar a andar. Dos horas más tarde, irrumpo en un claro que reconozco. Ya casi hemos llegado.

El joven lobo me sigue hasta el borde del camino, donde se detiene de repente. Lo observo con el ceño fruncido. Por un momento, creo que está notando la presencia de un depredador, pero entonces lo veo olfatear el aire y entiendo que debe estar percibiendo el olor a humano. Estamos demasiado cerca de la Daga y deja de ser mi pequeño compañero de aventuras cuando empieza a retroceder.

Asiento, compasiva.

—No te preocupes, lo pillo. Tienes que irte. Gracias por acompañarme.

Me contempla durante un segundo antes de dar media vuelta y colarse por un arbusto.

Cuando llego a la cámara de aire, cuadro los hombros como si me preparara para una batalla. Estoy cubierta de barro, con los vaqueros destrozados por la caída y tengo cortes en las manos, pero no regreso de inmediato a mi apartamento. En lugar de eso, me dirijo al comedor. Es demasiado pronto para que esté despierta la mayoría de la Daga, pero los pilotos siempre se levantan al amanecer para practicar las maniobras, por lo que sé que Evlynne estará ahí.

Ignorando los músculos doloridos, irrumpo en la sala como si acabara de volver de un retiro en Fin de la Tierra. Escondo mi ira y esbozo una sonrisa inocente cuando me acerco a su mesa.

Gray, Evlynne, Luisa y Henley giran la cabeza en mi dirección, sorprendidos.

—Buenos días, chicos —canturreo, lo que hace que Gray frunza el ceño porque no suelo canturrear.

—¿Una noche dura? —pregunta Evlynne, quien me observa por encima del borde de su taza de café.

—Ah, al contrario, era justo lo que necesitaba. A veces es agradable estar a solas con tus pensamientos.

Me quito la mochila y la dejo sin demasiadas ceremonias sobre su bandeja de desayuno. Agita la mesa entera, haciendo que el café se derrame por toda la superficie. Luisa no tarda en secarlo para que no le manche el regazo.

—Gracias por prestarme la mochila —le digo a Evlynne—. Me ha venido genial.

Gray curva las comisuras de la boca.

—Bueno —digo con una enorme sonrisa falsa—, voy a por un café y a darme una ducha. Disfrutad del resto del desayuno.

THETA-3

(extracto de *Una historia viva: el pueblo Modificado*)

Liberada en los primeros meses de la Última Guerra, los Continentes Perdidos diseñaron la biotoxina Theta-3 (nombre científico: MNT-ΔG, véase: Alianza paneruasiática, xii) para disuadir al Continente de lanzar posibles ataques nucleares. La solución no dio resultados, dado que este último contraatacó, provocando un holocausto nuclear que diezmó gran parte del mundo conocido. En el momento de su propagación, nadie se imaginó la escala o la naturaleza de las consecuencias de la Theta-3.

Más allá del desgarrador número de muertos, los efectos inmediatos fueron insignificantes. Los supervivientes del ataque biológico no exhibieron síntomas o cambios evidentes tras la exposición. Tuvieron que pasar varios años antes de que se manifestara la mutación.

Estos «Aberrantes», como son conocidos, fueron el producto de un fenómeno genético que sorprendería a las comunidades científicas y médicas durante los siguientes siglos: las mutaciones no pasaban de padres a hijos a través del linaje, sino que parecían activarse por exposición a dicha biotoxina.

Uno de cada tres individuos mostró habilidades psíquicas nunca vistas en dichas personas. Los gobiernos que sobrevivieron respondieron aislando a los afectados en centros de formación, que, a decir verdad, poco se diferenciaban de prisiones equipadas con laboratorios neurocognitivos. Por cada telépata o lector de mentes que consiguió aprender a controlar sus poderes, hubo decenas que no lo lograron.

A pesar de los extensos análisis genómicos, el llamado gen Modo sigue siendo desconocido. Los científicos no han sido capaces de encontrar ningún patrón, indicador o anomalía cromosómica. Theta-3, dicho en pocas palabras, no deja rastro alguno. Es el enigma más importante de la biología de la posguerra, un mutágeno sin mecanismo.

CAPÍTULO 32



Los Modos que fueron rescatados del Cañón Helado fueron llevados al valle, donde comparten casa entre ellos o con otros residentes ya asentados. Me sentí aliviada cuando descubrí que Tana se alojaría con Seth y Beatriz. Los dos se portaron muy bien conmigo.

Cuando, por la mañana, Luisa ha mencionado que iba a volar al valle, me he autoinvitado porque deseo ver a Tana. De ahí que ahora esté en el asiento del copiloto, admirando las vistas.

—Tus padres son encantadores —le digo a Luisa—. Cada vez que hablo con Tana, solo tiene cosas buenas que decir sobre ellos.

—Sí, no están nada mal. —No paso por alto el profundo cariño que encierran sus palabras.

—Me alegra que se quede con ellos. —Dudo—. Tana ha pasado por mucho. No sé si se lo habrá contado a nadie del valle, pero sufrió una experiencia traumática antes de que la enviaran a la mina. Aparte de eso, no me corresponde a mí decir nada al respecto, pero supongo que tus padres deberían estar al tanto por si alguna vez parece deprimida o se muestra retraída.

—Mis padres saben mucho sobre experiencias traumáticas —comenta Luisa, triste—. Sobrevivieron al bombardeo de la cordillera.

—Lo sé, me lo contó tu padre.

Estira la mano para ejercer una ligera presión en mi hombro.

—No necesitas preocuparte por Tana. Cuidarán de ella.

Veinte minutos después, Tana y yo dejamos a Luisa y a sus padres a solas en la cabaña para que se pongan al día mientras

damos un paseo por el valle. Esperaba encontrarla mejor, más saludable, pero está tan apagada como la última vez que nos vimos, con la piel seca y llena de manchas y los rizos negros recogidos en una coleta despeinada.

No dice mucho mientras paseamos, pero no trato de llenar el silencio. Tana y yo nunca hemos sido de esa clase de amigas que se acobardan ante la quietud.

Al acercarnos a la casa de la tía de Gray, vislumbro a Jenni sentada en el pequeño porche con una tableta en el regazo y el pelo rubio suelto sobre los hombros. Cuando nos ve, levanta la mano para saludarnos, incómoda, sensación que yo también siento cuando le devuelvo el saludo.

—¿Conoces a Jenni? —pregunta Tana.

—En realidad, no. Nos vimos una vez durante cinco minutos. Es la tía de Gray. —Espero hasta estar segura de que no nos puede oír para añadir—: Entre los dos hay mucha tensión. Creo que no se llevan bien.

Tana se encoge de hombros.

—Pues ella habla de él a todas horas.

La contemplo, sorprendida.

—¿La conoces?

—No mucho, pero alguna vez nos hemos juntado en el cuadrado. No deja de alardear de lo buen piloto que es y lo orgullosa que está de él.

Alcanzamos el prado, donde nos detenemos para saludar a los caballos.

—¿Has montado alguno? —le pregunto.

—Sí, varias veces. Suelo ir con Bea. Es muy buena jinete.

Paseo la mirada por la exuberante hierba verde y los fardos de heno que salpican el prado.

—Cuando te rescatamos de la mina —digo, manteniendo la mirada fija al frente—, tenías razón, recibí ayuda.

—Fue él, ¿verdad?, el capitán de la sección Plata.

Me giro hacia ella, pero permanece impasible, con una expresión ilegible.

—Sí —admito—. Cross.

Asiente, despacio.

—Vi la forma en la que lo mirabas cuando apareciste esa noche en la posada, la manera en la que hablabais. —Un brillo oscuro y lleno de resentimiento le cruza la mirada—. ¿Cómo has podido empezar algo con uno de ellos?

Se me contrae el corazón.

—Ocurrió… sin más. Pero ya se ha acabado.

—¿Sí?

Su frialdad me escuece.

—Se acabó hace meses. No puedo vivir en su mundo ni él en el mío. —Me trago el nudo de la garganta—. Tuvimos que dejarlo.

—Sí —dice Tana, y parte del hielo se derrite—. Hicisteis bien.

Desvío la mirada y vuelvo a centrarla en el prado, observando cómo una de las yeguas inclina la grácil cabeza para masticar un largo tallo de hierba.

—Echo de menos a Kelley —comento, refiriéndome a mi caballo en Z.

—Era muy buen animal —concuerda Tana, quitándose la coleta del hombro. Al hacerlo, se le levanta la manga de la sudadera, revelando su muñeca.

—Los tatuajes —suelto.

—¿Eh? Ah, sí. —Se sube la otra manga para mostrarme las dos muñecas—. Brion, el sanador que tienen aquí, en el valle, me los ha borrado. —El sarcasmo le inunda la voz—. Se ha deshecho de todas las pruebas de que alguna vez fui esclava de la Compañía.

—De… De verdad pensaba que lo correcto era convencer a Cross de que os enviara a Griff y a ti al campo de trabajos forzados. Si no, la sentencia que os esperaba era la muerte, Tana.

Se encoge de hombros.

—Te agradezco que evitaras que mi padre se enfrentara al pelotón de fusilamiento.

Hago una pausa.

—¿Solo tu padre?

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que deberías haber dejado que me mataran? Porque… sí, deberías haberlo hecho.

—No te pongas así.

Se aparta de mí, encaminándose de nuevo por el sendero. Me apresuro tras ella, pero acelera el paso hasta que las dos estamos corriendo.

—Para, Tana, por favor, para.

Se detiene y, reticente, se gira hacia mí.

—¿Qué?

Me muerdo el interior de la mejilla, insegura sobre cómo proceder.

—No quieres morir, ¿verdad?

—No lo pillas. Ya estoy muerta. —Niega con la cabeza y se toca el pecho izquierdo, justo encima del corazón—. Estoy muerta por dentro, Wren. No siento nada. Ni una puta emoción. No he sentido nada desde aquella noche.

Quiero indagar, pero me da miedo preguntar y oír su respuesta. Sin embargo, Tana y yo nos conocemos desde que éramos niñas. Puede leerme la mente sin necesidad siquiera de usar sus poderes.

—Sí —me dice. Apagada. Insensible—. La respuesta es sí.

La bilis me arde en la garganta. Ojalá Anson siguiera vivo para poder pegarle un tiro entre los ojos.

—¿Sabes lo mucho que se rio cuando descubrió que nunca había estado con un hombre? —continúa, y su voz adopta un tono distante—. Le pareció divertido. Se alegró de ser el primero.

Estiro la mano hacia ella, pero se deshace de mí como si le quemara.

—Tana… —No logro decir nada más. Siento que la tráquea se me ha llenado de piedras. Trago saliva para tratar de recuperar la voz—. Sé que te hizo daño, pero estoy aquí. Habla conmigo, por favor.

—No hay nada de lo que hablar. No soy la persona a la que conocías. Ni de lejos.

—No tienes que ser quien eras —susurro—. Solo tú, la que sigue viva, la que siempre puede contar conmigo.

Suelta una áspera carcajada.

—No sé si quiero ser esta yo. Odio saber lo débil que soy.

—No eres débil.

—Solía pensar que no. Entonces, esa noche… fui demasiado débil para enfrentarme a él.

—Lo mataste —le recuerdo.

—No lo bastante rápido —musita—. Tuve que esperar a que se distrajera, a que…

Me da un vuelco el estómago.

—Lo siento mucho.

—Ya no sé… cómo sentir algo.

Su expresión está impregnada de pena, de agotamiento, de dolor. Me da la impresión de que estoy viendo cómo mi mejor amiga se ahoga. La están arrastrando bajo el agua y yo estoy aquí, de pie, en la orilla, incapaz de ayudarla.

—Sé que no puedo arreglarlo —digo—, pero te prometo que no voy a ir a ninguna parte. Nos conocemos desde que teníamos ocho años. Eres mi mejor amiga en este mundo, en este maldito Continente de mierda. Puedes rendirte si quieres, pero yo no lo haré.

Le tiembla el labio inferior y veo la humedad que se le aferra a las pestañas.

—¿Y si estoy demasiado rota para poder repararme?

—No es verdad. Quizá tengas algunas grietas, pero no estás rota. Sigues de una pieza. Le pegaste un tiro en la cabeza a ese psicópata. Eres una guerrera, Tana.

Vuelve a centrar los ojos en los míos y una tenue sonrisa le cosquillea las comisuras de la boca.

—Es así —le digo—. Puedes sonreír porque es verdad. Eres mucho más fuerte de lo que crees y nunca me voy a rendir contigo. Jamás.

Tras la cena, me paso por el apartamento de Kallister para leer más documentos del archivo de mi madre. Dejé de acudir cuando Cross y yo cortamos porque me resultaba demasiado difícil concentrarme con el corazón destrozado, pero, aunque mi corazón está lejos de estar curado, estos días estoy obligándome a… seguir con mi vida. La charla con Tana, aunque haya dolido, me ha rejuvenecido. Estoy decidida a seguir mi propio consejo. Quizá ya no cuente con Cross,

pero tampoco estoy rota. Me encuentro en la Daga por una razón y es hora de recordarla.

Aun así, comienzo con calma. El archivo contiene el expediente académico de mi madre, incluidas las notas, los ensayos personales y un trabajo entero de Historia sobre los Continentes Perdidos. Los ojeo, en lugar de adentrarme en el material más jugoso.

—Dijiste que fuiste a clase con mi madre, ¿no? —le pregunto a Kallister.

Nos hemos sentado juntos en la sala de estar, así que él está a mi lado leyendo un libro en la tableta.

—Así es, sí.

—¿Cómo era en clase?

Se reclina en el asiento mientras lo piensa.

—Terca. Con opiniones muy firmes. Le gustaba debatir sobre cualquier tema.

—¿Sí?

—Ay, sí. Marina se volvía apasionada cuando creía en algo. En retrospectiva, tiene sentido que acabara trabajando para la Compañía.

—¿Por qué?

—Era muy crítica con el presidente Severn.

—¿Alguna vez conociste a su padre, a mi abuelo? Según su biografía, sirvió a Severn.

—No, a decir verdad, mi hermano tenía más relación con Marina y Jake que yo. Me pasaba todo el tiempo libre con mi novia.

Ante la mención de mi padre, me entran una serie de dudas. El archivo de Serrano no contiene demasiada información sobre Jake Hess, pero lo que han incluido no deja de inundarme la mente de preguntas.

—Los registros militares de Jake incluían una sección sobre su historia marital —comento al final—. Decía algo sobre una primera esposa.

Kallister asiente.

—Cecilia. Y, antes de que preguntes, no tengo ni idea de dónde está o qué le ocurrió.

—¿Cómo es posible? Vivimos en un estado vigilado. Nadie puede… desaparecer sin más.

—Pues Cecilia Carpenter lo hizo. —Suelta una suave carcajada—. Era otra mujer con fuertes opiniones. Parece que tu padre tenía un tipo muy definido.

—¿La conociste?

—No demasiado. Iba un par de cursos por detrás de nosotros. Pero, por lo que vi, era peleona.

Reanudo la lectura, pero me cuesta concentrarme en estos trabajos escolares que no sirven de nada. He estado evitando leer los interrogatorios, pero, si quiero entender de verdad a mi madre y por qué actuó como lo hizo, quizá sea hora de pasar a los documentos más importantes.

Me siento tentada a empezar, pero el interrogatorio tiene unas doscientas páginas y no creo que a Kallister le haga gracia que me quede aquí toda la noche.

Dejo a un lado la tableta y me humedezco los labios secos.

—No logro entenderlo.

—¿Qué?

—Si yo le importaba o no a mi madre.

Una línea tensa le mancilla los labios.

—¿Qué te hace cuestionarte algo así?

—Sé que hizo todo lo posible para protegerme. Joder, lo más probable es que robara los huesos de otro niño y les prendiera fuego para ocultarme. Pero ¿quería protegerme de verdad o solo trataba de salvarse el culo?

—¿Por qué no ambas opciones?

—Puede ser. No recuerdo el incidente sobre el que me habló Jim, la razón por la que le pidió que me llevara lejos. Debió asustarse cuando la incité. Sigo tratando de ponerme en su piel. Su hija de cinco años manifestó un poder por el que nos matarían a las dos. Podría haberme entregado a la Compañía, pero no lo hizo, lo que significa que una parte de su ser debía quererme, ¿no?

—Claro que tu madre te quería.

La emoción me inunda el pecho.

—¿De verdad lo crees?

—No me parece que Marina fuera despiadada —continúa—. Creo que era capaz de querer. A tu padre lo amaba con locura. Y a Julian. No creo que puedas fingir algo así. Pero, como te he dicho, tenía una opinión muy firme. Todos tenemos nuestros propios códigos morales y el de tu madre la llevó a servir a Merrick Redden.

Niego con la cabeza.

—No entiendo cómo podía Jim seguir queriéndola después de eso.

—No puedes controlar tus sentimientos.

—No, supongo que no.

Se produce una breve pausa. Observo cómo Kallister se inclina sobre la mesa para dejar la tableta. Se incorpora y cruza una pierna sobre otra, observándome con interés.

—¿Qué puedes contarme sobre Lydia?

Pestañeo ante el repentino cambio de tema.

—¿Te refieres a Lyddie? ¿De Velde?

—¿Así se hace llamar? —Cuando asiento, dice—: Muy bien. ¿Qué puedes contarme sobre Lyddie?

—Que me traicionó —contesto, sombría.

Kallister se muestra impasible.

—Sí, suele ocurrir en este mundo. ¿Qué más?

—Estaba trabajando para Travis cuando hui de la ciudad. Creo que mencionó que su padre formaba parte del servicio de inteligencia del Comando.

—Alexander de Velde. Es coronel. Y su madre, Catherine de Velde, es la jefa de biotecnología. ¿Te habló Lyddie de ella?

—No mucho. Y nunca conocí a sus padres. Se suponía que iba a hacerlo la noche del Aniversario. Se encontraban los dos allí. Pero estaba ocupada colocando las cargas para Adrienne y ayudándola a escapar después de que le corrompiera la mente al general…

Me interrumpo al recordar las acusaciones de Cross sobre que Adrienne estaba corrompiendo a los habitantes de los distritos. Solo se lo he contado a Xavier, pero esa idea tan inquietante me pesa sobre los hombros.

—¿Lo hace a gran escala? —me descubro preguntando.

Una arruga le cruza la frente.

—¿Adrienne?

—Sí. Lo pensé el otro día —miento—. Me da la impresión de que en el hospital del distrito que mencioné cuando llegué no solo había Modos fragmentados. Quizá algunos tenían la mente corrompida.

Su expresión se torna tensa.

—Se lo pregunté a Adrienne, pero dijo que solo usaba la corrupción cuando era una absoluta necesidad, como en el caso del general. Insistió en que nunca lo había hecho a gran escala. ¿Es cierto?

—La Autoridad votó la corrupción del general. Por unanimidad. Y puedo asegurarte que, si la corrupción en masa de inocentes se hubiera llevado a votación, no habría sido una decisión unánime, ni de lejos. Yo nunca permitiría algo así y confío en que los demás tampoco.

Una oleada de alivio me recorre el cuerpo.

—Entonces, no estáis haciendo nada de eso, ¿no?

—La Autoridad nunca ha aprobado una misión así, no. —Hace una pausa durante un segundo, con aspecto inquieto—. No creo que Adrienne hiciera algo así sin nuestro consentimiento, pero… —Se detiene de nuevo antes de negar con firmeza—. No, no lo haría.

Suelo estar de acuerdo con él. No creo que Adrienne sea capaz de algo así, pero… la duda sigue presente.

—Bueno, perdona, nos estamos desviando del tema. ¿Por qué me has preguntado por los de Velde?

Kallister se encoge de hombros.

—No estoy seguro. Quizá no sea nada, pero hemos oído rumores.

Rumores. La Autoridad siempre oye rumores y nunca está dispuesta a compartirlos. De hecho, por mucho que diga que comparte la información con total libertad, parece reservarse la mayoría de los datos.

Estoy a punto de insistir cuando una voz desconocida se filtra en mi mente.

No son inocentes, hermano.

Me sobresalto, sorprendida. ¿Ese era… Travis Redden?

—¿Va todo bien?

Pestañeo.

—Perdona, estaba en mi mundo. Debe de ser el cansancio.

—¿Quieres tomar un café? —me ofrece Kallister.

—Sí, gracias.

Apenas ha salido de la habitación cuando vuelvo a oírlo. Esta vez, sé que no es una alucinación.

Incluso nuestro padre sabía que podrían sernos de utilidad.

Es Cross. El corazón se me instala en la garganta. Está a salvo. Y con su hermano. No se marchó, al fin y al cabo.

Al darme cuenta de eso, me quedo conmocionada. Más de lo que debería. Pero no logro olvidar la expresión devastada de su rostro cuando me dijo que estaba cansado, que el mundo no tenía salvación y que se iba a rendir, que no iba a seguir intentando arreglar el sistema desde el interior. Si lo sentía de verdad, ¿por qué volvió?

No dejes que el bombardeo de la base o el ataque en el Cañón Helado te nublen el juicio, dice Cross.

No se parece a la telepatía, sino… a lo que ocurre cuando alguien proyecta una imagen en tu mente. Noto la misma sensación incómoda tras los ojos. Pero en mi cabeza no aparece visión alguna y, por lo que sé, Cross no puede proyectar.

¿Habrá sido otra conexión espontánea, como cuando nos vinculamos telepáticamente de niños?

El pulso se me acelera mientras una conversación entera se reproduce en mi cabeza. Cross está furioso. Percibo cómo su ira vibra por todo mi cuerpo. Travis está molesto.

Ya no es la Compañía de nuestro padre. El general era demasiado tolerante. Quería usarlos como mano de obra, sí, pero en mi opinión no sirven ni para eso. Son un puto peligro. Quizás te haya devuelto la sección Plata, pero solo tengo que chasquear los dedos para arrebatártela de nuevo. Si dices en serio lo de volver al redil, necesito que te aclares las ideas.

¿Volver al redil? La conmoción me sobrepasa. ¿Qué cojones estás haciendo, Cross?

No solo ha vuelto, sino que se ha metido de lleno en la boca del lobo.

Lo estoy intentando, hermano, pero no me voy a quedar de brazos cruzados mientras matáis a esa gente. Lo que está haciendo Roe es asesinato. Y punto. Esas personas no hicieron nada malo.

Tal vez no, pero el resto necesitaba aprender una lección. A veces, la única manera de enseñarla es mostrar lo que les pasará si vuelven a crear el caos en los distritos. Necesitan servir de ejemplo.

Entonces, ¿ese es tu plan, ejecutar a todos los Aberrantes que encuentres?

Sí, hermanito. Porque solo son útiles si están controlados y, ahora mismo, están causándonos demasiados problemas. Por eso, si vas a formar parte de este nuevo régimen, entonces…

Silencio. Las voces se detienen sin previo aviso, dejándome desesperada, preguntándome cómo volver a oírlas.

—¿Seguro que estás bien? —Kallister reaparece con dos tazas de estaño humeantes.

Dudo. La Autoridad dejó claro durante mi revelación que tenía que contarles cada nuevo poder que tuviera, pero de ninguna manera voy a hablarles de esto a no ser que sepa qué demonios es.

—Sí —digo, aceptando el café—. Gracias.

Trato de volver a centrarme en el archivo de mi madre, pero la mente me va a mil kilómetros por hora. Estoy deseando vincularme con Cross y conseguir respuestas, pero no es una conversación que pueda tener delante de Kallister, así que me obligo a esperar hasta más tarde. No obstante, cuando llega el momento, no consigo respuesta alguna. Cross sigue rechazando vincularse conmigo.

CAPÍTULO 33



Gray aparece en mi puerta a la mañana siguiente. Se supone que vamos a ir al Templo para practicar la incitación, por lo que arqueo una ceja, inquisitiva, cuando me entrega una tableta.

—¿Qué pasa?

—Hemos tenido una reunión sobre los padres de Lyddie esta mañana —contesta.

—Sí, Kallister me preguntó por ellos anoche. ¿Está ocurriendo algo?

—Travis ha estado acudiendo a un montón de encuentros con el departamento de biotecnología últimamente, lo que nos tiene preocupados.

—¿Crees que tiene algo que ver con los Modos?

—Me imagino que sí. La cuestión es que hemos recopilado algunos datos sobre los de Velde. Queremos que los revises.

—¿Por qué yo?

—Eras amiga de Lyddie durante el programa. Quizá te contó algo que no pareciera importante en ese momento, pero que ahora sea valioso. Si conoces el contexto, a lo mejor se te ocurre algo.

—Vale, sí, lo leeré esta noche.

Dejo la tableta en la mesa y nos dirigimos al Templo. Con la primera persona con la que nos encontramos es con Hawkins, que se encuentra solo en uno de los recovecos, meditando. Noto una punzada de compasión cuando pasamos en silencio a su lado. Sé que pasa aquí la mayor parte del tiempo, aunque no puedo culparlo, pues no es que tenga demasiados amigos o aliados en el resto de la

base. Estoy bastante segura de que la única persona que habla con Hawkins es Kallister.

—¿Por qué no podemos hacerlo en alguna de nuestras habitaciones? —pregunta Gray.

—Porque la daguita refuerza la frecuencia dorada. Quiero mostrarte todo el progreso que he hecho esta semana.

—No me digas que lograste incitar a Hawkins.

—¡Sí! —No consigo reprimir la sonrisa enorme y bobalicona—. El otro día.

—Impresionante.

—A ver, solo mantuve el control durante unos segundos, pero algo es algo.

Nos dirigimos a un rincón y nos sentamos uno frente a otro, bajo la radiante luz azul.

—¿Qué quieres que te ordene? —pregunto, motivada.

Se mete una mano en el bolsillo y saca una navaja que abre con un movimiento brusco.

—Haz que me corte.

Una sensación de familiaridad me recorre el cuerpo. Es justo lo que me pidió que hiciera el tío Jim cuando era una niña. La primera vez que lo incité, movida por la rabia y la frustración más puras, debía ordenarle que se hiciera un corte en la piel.

Trago saliva y cierro los ojos.

—Muy bien.

Despacio, comienzo a reunir el polvo dorado en la mente, motita a motita, hasta que tengo tanto entre los dedos que casi rebosa. Lo convierto en una bola de poder, pero no la comprimo; dejo que la energía me fluya de las manos a los brazos, al cuello, al pecho. Me inunda el cuerpo como si unas finas hebras de hilo me rodearan.

Abro los ojos y me encuentro a Gray con la mirada fija en mí. He descubierto que decir las órdenes en voz alta es más eficaz, lo que hace que me pregunte si la incitación estará ligada a la mente del objetivo a través del oído, igual que la proyección se basa en el nervio óptico. Sí que parece que las ondas de sonido ayudan en el proceso, pero no puedo demostrarlo porque hay veces en las que articular las órdenes no sirve de nada.

—As —digo.

Esboza una sonrisa.

—¿Mmm?

—Coge el cuchillo y hazte un corte en la mano.

No se mueve. Sigue con los ojos centrados en los míos.

—Coge el cuchillo y hazte un corte en la mano —digo con firmeza.

Su mano, que mantiene apoyada sobre el muslo, comienza a tensarse.

—Hostia puta —musita, y esbozo una sonrisa.

Me esfuerzo por mantener el control sobre el oro, decidida a no dejar escapar ni una sola mota. Cuando noto que las hebras se desprenden, cojo aire y me concentro aún más.

—Coge el cuchillo y hazte un corte en la mano.

Su mano se acerca al cuchillo.

—Cógelo.

Los largos dedos de Gray se convulsionan con más fuerza. También se le marca un músculo en la mandíbula. No parece estar disfrutando, y no le culpo. Al fin y al cabo, no puede controlar su propio cuerpo. No quiero ni imaginarme la sensación tan terrible que debe de sentir. El nivel de confianza que me está demostrando al permitirme hacerle esto es asombroso. Yo no podría confiar tanto en alguien.

—Cógelo.

Rodea el mango con los dedos.

—Gira la otra mano. —Observo cómo sus dedos también sufren espasmos antes de mostrarme la palma—. Hazte un corte en esa mano. No demasiado profundo.

Sus facciones se tensan, rígidas. Ha perdido totalmente el control.

—Córtate. Vamos.

Yo también noto el esfuerzo y reconozco la sensación. Me ocurrió cuando el pelotón de fusilamiento se resistió, cuando nos enzarzamos en una pelea entre su voluntad y la mía. Advierto que eso es lo que agota la energía dorada, la resistencia de la otra persona. Ahí es cuando las sienes se me perlan de sudor. Ahí es cuando empiezo a sentir debilidad.

Hawkins me ha estado enseñando a respirar en todo momento. Antes intentaba alejar el oro, pero ahora lo atraigo hasta que forma parte de mí.

Con la punta del cuchillo, Gray se dibuja una línea en la palma.

Es suave, apenas le roza la piel, pero no tengo energía para seguir. Libero su mente y el cuchillo cae con un repiqueteo en el suelo.

Gray sufre un escalofrío que le recorre todo el cuerpo, con los ojos verdes apagados.

—¿Qué cojones…?

Trago saliva.

—Lo siento. Era…

—No, no. —Se frota la frente antes de agitar las manos—. Ha sido… Ni siquiera sé cómo describirlo. Parecía que cada parte de mi ser se estaba resistiendo. No quieres hacerlo, pero ves cómo actúas sin poder evitarlo y…

Se estremece de nuevo y, en ese momento, sé que entiende por qué la gente teme tanto a los incitadores. Aun así, cuando me sostiene la mirada, no parece tenerme miedo.

—Lo siento —digo de nuevo.

—No te preocupes. Necesitas poder controlarlo y acepté ayudarte. —Se encoge de hombros—. No te sientas culpable por tener este poder. No elegimos nuestras habilidades.

—Tienes razón. No elegí la incitación. Igual que tú no elegiste la… premonición.

Suelta una carcajada.

—Ya te lo he dicho, no soy un premonitorio.

—También me prometiste que me contarías cuál era tu habilidad si la averiguaba —digo, acusatoria.

—Todavía no la has adivinado.

—¡Pero si he probado con todo! No me quedan más habilidades.

—No sé qué decirte, vaquera. —Me guiña un ojo—. Esfuérzate más.

—Te odio.

No hay nada en el archivo de los de Velde que haga que salten las alarmas en mi cabeza, pero eso no lo hace menos fascinante. Me paso toda la tarde devorándolo. Al parecer, la madre de Lyddie es una especie de supergenio y su padre, un estratega de la leche, responsable de planear el ataque aéreo contra la cordillera Valterra.

Ahora entiendo mucho mejor por qué la primera vez que le leí la mente a Lyddie, esta estaba pensando en bucle: «No eres lo bastante buena».

Debe de ser aterrador ser la hija de dos personas excepcionales y brillantes. A Lyddie no le falta astucia, pero no la consideraría «brillante». Aun así, le pega formar parte del servicio de inteligencia. Por mucho que desee estrangularla hasta la muerte, eso debo concedérselo.

Unos días después, la Autoridad se reúne de nuevo, pero no convocan a todos los agentes de campo en el comedor hasta media tarde. Xavier y yo abandonamos el campo de tiro y nos dirigimos a la planta de Personal. En teoría, no es un agente de campo, pero nadie lo detiene cuando entramos en el espacio cavernoso. Estamos progresando, supongo.

Arrastramos los pies hacia el interior y nos encontramos con Tana, quien ha pasado hace poco todas las pruebas de acceso y por fin vive en la Daga.

Teriq nos estudia, paseando los ojos oscuros y severos por la estancia. No lo he visto mucho últimamente porque, según me ha contado Gray, se ha pasado un tiempo en la base de la Zarzamora, llevando a cabo misiones de reclutamiento en los distritos.

—Cuando bombardeamos la base del Comando el invierno pasado, no fue solo un aviso para la Compañía, sino también un llamamiento para los reclutas —anuncia—. Dio resultado, sin duda. Declan y los demás Modos de la Zarzamora han estado formando a un montón de nuevas incorporaciones. Aquí hemos estado haciendo lo mismo y la mayoría de los que trabajaban en la mina de sal se han unido a nuestras filas.

—¿Pero? —pregunta Henley, despreocupado, apoyado en un saliente al otro lado de la estancia.

—Pero necesitamos más aliados —interviene Adrienne—. No hay suficientes Modos en el Continente para tener alguna posibilidad de ganar la guerra contra la Compañía. Hemos votado esta mañana y todos estamos de acuerdo en que ha llegado el momento de reanudar las comunicaciones.

—¿Con quién? —dice Evlynne con brusquedad.

—Con los Fieles, por ejemplo.

Un murmullo de descontento cruza la sala. Según lo que he descubierto desde que llegué, la Revolución y los Fieles tienen ideas muy diferentes sobre la manera en la que debería dirigirse la sociedad, lo que provoca mucha reticencia a la hora de trabajar juntos. Los Fieles quieren lo que se hacía en la era pasada. La Revolución, no tanto.

—Eso significa que debemos renegociar el acuerdo con Jasper —prosigue Adrienne—. Es una de las pocas personas del Continente que sabe dónde se encuentran sus campamentos.

Arqueo una ceja. Eso le dará a Jasper Reed un gran poder. Pero supongo que tiene sentido. Es el que saca los suministros de la ciudad para intercambiarlos con los Fieles y, para ello, tiene que saber dónde se ubican sus campamentos.

—Esperamos llegar a un acuerdo con él —dice Kallister—. Quizá pueda organizar una audiencia con algunos de los líderes de los Fieles.

—¿A cambio de qué? —pregunta alguien.

—No lo sabemos. Veremos cuáles son sus condiciones.

Evlynne vuelve a hablar.

—Has dicho los Fieles, «por ejemplo». ¿Con quién más planeáis negociar?

Se produce una pausa. Kallister desvía la mirada hacia Adrienne. Es evidente que se muestra reticente a contestar; su respuesta no va a ser muy popular. Tras encogerse de hombros, Adrienne
dice:

—Tierra Fe.

La propuesta se recibe con un puñado de protestas en voz alta y maldiciones llenas de rabia.

—Esa gente está fatal de la puta cabeza —comenta alguien—. No se van a unir a nuestra causa. Piensan que somos demonios procedentes del infierno. Literalmente.

—Aun así, comercian con nosotros —indica Adrienne—. Si crees que alguien es un demonio, ¿de verdad intercambiarías licor del valle y suministros médicos con dicha persona?

Tiene sentido.

—Esta es la cuestión con los devotos —dice, poniendo los ojos en blanco—. Si habéis estudiado la historia, sabréis que un tema que siempre surge en relación con la religión es la hipocresía.

Se oyen algunas carcajadas.

—No estamos preparados para hablar con ellos aún —asegura—. Solo lo mencionamos porque creemos que en el futuro será necesario llevar a cabo una misión en Tierra Fe. Pero dejemos ese problema para más adelante. Ahora mismo vamos a organizar un encuentro con Jasper en la ciudad.

Gray da un paso al frente.

—Yo seré líder de misión en esta ocasión. Jas ha aceptado que nos reunamos dentro de dos días. Ha insistido en que nos veamos en Santuario.

—¿Por qué no viene él? —farfulla Evlynne.

—Porque es un tocapelotas. Dice que está cerrando un negocio delicado y que no puede marcharse ahora mismo; tenemos que ir nosotros. Voy a crear un equipo de seguridad de cuatro personas. Necesito francotiradores.

El corazón me da un vuelco.

—¿Quién se apunta?

Esta vez, al contrario de lo que ocurrió para la misión del Cañón Helado, no todos levantan la mano. Me imagino que algunos no están dispuestos a arriesgar su vida por Jasper Reed.

Yo, por supuesto, sí me presento voluntaria. Gray pasea los ojos por la multitud y selecciona a Mako y Orin, así como a una mujer de veintitantos llamada Shonee. La he visto disparar y es buena.

—Y Darlington —concluye, provocándome una descarga de felicidad.

—Y yo —anuncia Xavier con aspereza.

Las risas sobrevuelan la multitud.

—Y una mierda —le dice Evlynne—. No vas a formar parte de una misión.

—Iré donde ella vaya. —Xavier mueve la cabeza en mi dirección. Cuando le dedico una mirada de advertencia, niega. Su tono no acepta discusión al añadir—: No dije nada cuando participaste en la operación en la mina de sal, pero esto es en Santuario. No vas a ir a la ciudad sin mí, Wren. Es demasiado peligroso.

Me sostiene la mirada y oigo aquello que no está diciendo: «Cross me dijo que no debía dejar que te pasara nada malo».

Ahora ya da igual lo que quiera Cross. Dudo que se molestara con Xavier por no cumplir esa promesa. Ni siquiera me habla.

Pero lo pillo. La misión en Santuario será arriesgada. La ciudad está a rebosar de drones de vigilancia y ahora hay puntos de control en cada zona.

—No puede ir —replica Evlynne, hecha una furia. Mira a su alrededor—. ¿Por qué nadie se está oponiendo?

—Conozco la ciudad —dice Xavier, con los ojos fijos en Gray—. Conozco los puntos ciegos. Puedo hacer que entréis y salgáis sin que os detecten. Soy una buena baza, Blake. Lo sabes.

—Eres un Primario —contesta Evlynne antes de que pueda hacerlo Gray—, un teniente del Comando. Nadie confía en ti ni debería.

—Ev —dice Gray—. Puedes cambiarte por Shonee si eso te hace sentir mejor.

Sus ojos grises arden de ira.

—Nada me va a hacer sentir mejor, pero sí, lo haré.

Aunque no nos han dado la orden de marcharnos, se dirige a la puerta con largas zancadas. Gray la intercepta, tocándole el brazo.

Su voz es apenas audible, por lo que no sé lo que le dice, pero advierto la forma en la que le acaricia la piel antes de ejercer una suave presión. Evlynne se desprende de él.

—No, que te follen. No intentes calmarme.

Pasa a su lado, hecha una furia, y sale por la puerta.

—¿Todas las reuniones son así de emocionantes? En el Comando nunca había tantas rabietas —me susurra Xavier al oído, y tengo que

tragarme una carcajada.

Más tarde, me encuentro en la sala común con Xavier y Poppy. Están jugando a las cartas mientras leo la información sobre el encuentro con Jasper. Estoy ansiosa por llevar a cabo la misión, no quiero esperar dos días.

A mi lado, Xavier se queja de la racha ganadora de Poppy mientras la adolescente reúne todas las cartas, engreída, y anota otra victoria en la tableta donde están registrando la puntuación.

Reprimo una sonrisa al verlos debatir. Al final, Xavier ha conseguido lo que quería: convencer a una única persona de la base para que le coja cariño. Por desgracia para él, nunca se la llevará a la cama, pero…, bueno, ya ha tenido bastantes conquistas para toda su vida, tanto hombres como mujeres. Una amistad platónica con una adolescente no le vendrá mal.

—Haces trampas —la acusa.

—¡No es verdad! —protesta Poppy antes de repartir otra mano ganadora.

—Eres una puta mentirosa.

—Solo tengo suerte. Con las cartas.

Mientras Xavier le hace una peineta, los ojos de la chica se centran en su muñeca, donde aún tiene el localizador. Nadie ha propuesto aún que se lo retiren.

—¿Te lo van a quitar? —pregunta Poppy con curiosidad.

El teniente suelta un bufido.

—No lo sé, pregúntaselo a tu mami.

—Mi madre pasa de mí.

Una sombra se yergue sobre la mesa. Saint.

—¿Puede apuntarse uno más?

De inmediato, la cara de Poppy enrojece cinco tonos, lo que me recuerda al día que negó con vehemencia estar enamorada de él. No la culparía si lo estuviera. Con esos ojos de color verde oscuro y la cara cincelada, Saint está muy bueno. No al nivel de Cross, pero…

¿Qué estás haciendo aquí?

Pestañeo. Durante un segundo, pensaba que había escuchado la voz de Cross. Supongo que siempre lo tengo en la cabeza.

Es tarde.

No, está pasando otra vez. La nueva y perpleja habilidad de la que me había olvidado hasta este momento. Porque sí que es Cross.

Espero que no te importe. Solo quería ver qué tal estabas.

El cuerpo se me queda frío. Porque esa… es Lyddie.

CAPÍTULO 34



No sé qué es lo que me está pasando, pero no me gusta. Me siento de nuevo como una niña, insegura y temerosa, incapaz de entender los poderes que está manifestando de repente. Si el tío Jim no hubiera estado ahí para guiarme y entrenarme en su momento, yo no habría sido capaz de protegerme de las personas que leían mis pensamientos ni habría podido abrir una vía hacia la mente de los demás para leérsela, ni filtrar para ser capaz de escuchar solo los pensamientos importantes, en lugar de todo el barullo.

Pero este poder es diferente. No necesita filtros. No parece involucrar la abertura de una vía y, sin duda, mi escudo no está impidiendo que ocurra. ¿Qué es? Me siento como si escuchara una transmisión de radio.

No hemos hablado desde el Aniversario.

La voz de Lyddie me traspasa la columna vertebral como esquirlas de vidrio. Pensaba que éramos amigas. Fue culpa mía. No puedes llevarte bien con alguien a quien odias.

Fui ingenua.

Estúpida.

Imprudente.

Pero ahora estoy intentando aprender de mis errores. Cambiar, ser más lista. No puedo dejar que las emociones me empañen la mente y, aunque la voz de Lyddie hace que quiera rebanarle el pescuezo con mis propias manos, me obligo a respirar hondo y escuchar.

Sobre ella, quiero decir. Lyddie hace una pausa. *Si te hace sentir mejor, a mí también me engañó.*

No sé si la transmisión se ha interrumpido o si Cross no está respondiendo, pero pasan unos segundos antes de que Lyddie vuelva a hablar.

Mira, no tienes que contarme si estuvisteis juntos. Roe cree que sí. Pero, independientemente de eso, sé que te gustaba. La elegiste para la Élite. Debiste de considerarla prometedora, al menos como soldado. No deberías sentirte tonto por eso.

¿Tú lo haces?

La voz de Cross, con su tono grave y profundo de siempre, se me clava en el corazón como un cuchillo. Aún lo oigo suplicándome que huya con él. Cada día me pregunto si cometí un error al negarme.

¿Hacer qué?, pregunta Lyddie.

¿Te sientes tonta porque te engañara?

Antes sí, pero ya no. Me he dado cuenta de lo despiadados y manipuladores que son. Travis tiene razón…

¿Travis? ¿Ahora llama por su nombre al nuevo general?

Tenemos que hacerlos desaparecer de la sociedad.

«Vete a la mierda, pedazo de estirada».

Vuelvo a respirar hondo para calmarme y me obligo a prestar atención.

Me tienes aquí si alguna vez necesitas hablar, capitán. Es lo único que he venido a decir.

Me pregunto dónde estarán. ¿En el despacho de Cross? ¿En su apartamento? Una llamarada de ira incandescente me abrasa. Será mejor que no esté en su apartamento.

Te lo agradezco, Lyddie.

Ah, ¿sí?

Travis quería que te dijera que el señor Jones ha pedido otra…

Su voz se interrumpe. Silencio. «¡Sigue hablando!».

Fuerzo la mente, trato de escuchar con más atención, pero no sé cómo recuperar el hilo. No sé qué está pasando, cómo controlarlo.

—¿Todo bien, Darlington?

Salgo de repente de mis pensamientos y me encuentro a Xavier estudiándome. En sus ojos oscuros ha aparecido un brillo astuto.

Sabe que algo va mal.

—Sí, creo que voy a volver al apartamento. Así me leo el resto de la información para la misión antes de que apaguen las luces.

—No tardaré —dice.

Echo la silla hacia atrás, desviando la mirada hacia Saint. Me sentiría bien dejando a solas a Xavier con Poppy, pero es raro que Saint y él interaccionen y no confío del todo en esta nueva dinámica.

—No vas a intentar matarlo, ¿verdad? —le pregunto al líder de misión.

—Trataré de no hacerlo. —Saint me guiña un ojo. Desde que llegué, nunca lo he visto tan juguetón.

Una vez que estoy a solas, me permito repasar la conversación de Lyddie con Cross. ¿Por qué está hablando con él? ¿Y él con ella? Sobre mí, ni más ni menos. ¿Y qué diablos es esta habilidad?

Ni siquiera sé en quién puedo confiar lo suficiente para contárselo. ¿En Kallister? ¿En Hawkins? No, en Hawkins no. Me pone demasiado nerviosa. Y no estoy preparada para contárselo a Kallister porque se lo diría al resto de la Autoridad.

A decir verdad, solo hay una persona con la que me gustaría hablar ahora mismo y la tentación de contactar con él me carcome hasta que, al final, sucumbo. Trato de vincularme con Cross y… nada. Como siempre, no pasa nada.

No logro reprimir las lágrimas que me inundan los ojos. La vergüenza. Me siento patética por haberlo intentado de nuevo y haber sufrido otro rechazo. «Quizá está demasiado ocupado con Lyddie».

Tragándome la amargura, me doy una ducha antes de irme a la cama, pero incluso mientras el agua caliente me cae sobre la cabeza, no dejo de darle vueltas al tema. Una vez me he lavado los dientes y me he puesto el pijama, sigo sin tener la más mínima idea de lo que ha ocurrido esta noche.

Cuando salgo del baño, Xavier está en su cama, esperándome.

—¿Ha contactado contigo?

—¿Quién? —pregunto mientras me paso el cepillo por el pelo.

—Cross. He visto la cara que has puesto en la sala común. Tenías esa mirada, como si tuvieras a alguien en la cabeza.

—Así ha sido.

—Entonces, habéis hablado.

—No, no he sabido nada de él desde que rompimos.

—Eso fue hace meses.

—Lo sé.

Xavier suelta un gruñido de frustración.

—¿Qué demonios significa eso? ¿Por qué todo el mundo en esta puta montaña no habla a las claras? ¡Lo odio!

Suelto una carcajada.

—Bueno, estás de suerte. Los has convencido con palabras para que te den un pase libre dentro de dos días.

—Sí, qué libertad —escupe—. A riesgo de que Reed y sus compinches me vuelen la cabeza.

—Prefieres eso a que te vuelen la cabeza aquí, ¿no?

—Es verdad. Pero, a ver, estás desviándote. ¿Qué pasa con Cross?

Me siento en la cama.

—Creo que tengo una nueva habilidad.

—Vale.

—Ha ocurrido algo esta noche. En realidad, es la segunda vez. —Exhalo con lentitud—. Puedo *oírlo*.

—¿Qué quieres decir con «oírlo»?

—La primera vez, Cross estaba con Travis, discutiendo. Y esta noche, en la sala común, le he oído hablar con Lyddie.

—¿De Velde?

—Sí, no sé cómo ni por qué está ocurriendo. No creo que sea telepatía porque no he abierto una vía y tampoco una proyección porque no veo lo que tiene ante sus ojos. Es como si… oyera lo mismo que él. —Me detengo, perpleja—. Pero esa habilidad no existe. O, al menos, no he oído que nadie la tenga.

—¿Por qué no le preguntas a uno de tus amiguitos de por aquí?

Dudo.

—¡Exacto! —exclama, triunfal—. Porque no puedes confiar en ellos, como no dejo de decirte.

—No es por eso por lo que me lo estoy guardando. Se supone que debes contarle a la Autoridad tus habilidades, pero no quiero decir nada hasta que no sepa qué es. Tal vez vaya mañana a la

biblioteca digital para investigar, para ver si hay algún registro de alguien con este poder.

Me quedo callada durante un momento mientras reproduzco en mi mente la conversación de Cross y Lyddie. Aprieto los dientes al imaginármela en su despacho, consolándolo porque «lo engañé».

—No me gusta que hable con ella —digo entre dientes.

Xavier me dedica una sonrisa.

—¿Estás celosa?

—No —miento.

—Si te hace sentir mejor, por nada del mundo Cross se pillaría de alguien como Lyddie de Velde.

Sí que me hace sentir mejor.

—No le gustan las mujeres dóciles —añade.

—Según Roe, Ivy era dócil —comento, refiriéndome a la ex de Cross.

—No, Ivy tenía agallas. De Velde, no tantas. No me impresionó durante el programa. Tenía los puntos suficientes para entrar en el departamento de inteligencia, pero no me gustaría que me acompañara en una misión de campo.

—Pasó todas las secciones prácticas —le recuerdo.

—Por los pelos. —Se encoge de hombros—. Estuvimos hablando de ella. Los instructores, quiero decir. Hablamos de todos vosotros, en realidad. Sobre quién nos gustaría que nos cubriera la espalda en una operación de alto riesgo. Hubo algunos reclutas que sabíamos desde el primer día que irían a inteligencia. Lyddie era uno de ellos. Era demasiado tímida para el trabajo de campo.

Sí, Lyddie era tímida. Sin embargo, sospecho que se debe a su inseguridad. Ahora que conozco cuánto poder tienen sus padres, la entiendo mucho mejor. Pero eso no significa que siga empatizando con ella.

Cross me dijo una vez que la compasión era una debilidad. Contraargumenté, insistiendo en que la fuerza y la compasión podían ser compatibles. Pero Cross tenía razón y yo no.

Y, de nuevo, estoy cometiendo el mismo error al tener compasión por mi enemigo.

CAPÍTULO 35



Reconozco esta parte de la ciudad. Es el sector industrial donde llevamos a cabo varias misiones de prueba durante el programa de la sección Plata, repleto de fábricas imponentes, extensos almacenes y altas chimeneas que desprenden volutas de vapor por el aire nocturno. Por lo general, suele ser una zona ajetreada, pero ahora es casi medianoche y está desierta.

Hay mucha niebla, y el aire primaveral está cargado de humedad. Me parece divertido que todos finjan que tenemos cuatro estaciones cuando hace décadas que el otoño y el invierno no hacen su aparición en el Continente. Nuestro clima pasa de temperaturas suaves y primaverales a veranos tórridos.

Vamos a llevar dos vehículos para nuestro encuentro con Jasper Reed. Por el intercomunicador, Gray nos pide que vayamos a la izquierda con el coche hasta situarnos entre dos almacenes. El departamento de inteligencia de la Revolución envió un dron hace unas horas para identificar los mejores puestos, en los que nos colocaremos los francotiradores. Es decir, Mako, Orin y yo. La guardaespaldas personal de Gray será Evlynne.

El mío es Xavier, quien ha insistido en pegarse a mí como una lapa, pero de esas pesadas que no te puedes quitar ni con agua caliente.

Mientras Gray y Evlynne se desvían en el otro vehículo, Mako detiene el nuestro para que salgamos Xavier y yo.

—Esta es tu parada, Wrenny.

Le dedico una sonrisa mientras me cuelgo del hombro la funda del fusil. Xavier y yo nos bajamos del coche y subimos por una

escalera de metal oxidada hasta la parte superior del almacén de dos plantas que nos han asignado. Aunque estamos en mitad de la noche, sé que las máquinas siguen operando porque oigo sonidos chirriantes que hacen eco desde edificios distantes. Cuando respiro hondo, el aire huele a aceite y óxido.

Nos subimos al tejado y ocupamos nuestras posiciones. Cerca hay una tubería agrietada de la que surge vapor que, por un segundo, me nubla la visión, por lo que debo cambiarme de sitio para no tenerla delante. Estoy a punto de sacar el fusil cuando escuchamos la voz de Gray en el auricular.

—Cambio de planes. Darlington, Ford, venid conmigo. Vais a ocupar el puesto de Ev.

La protesta enrabietada de Evlynne no tarda en seguir a sus palabras.

—¿Qué cojones, Gray?

—Lo ha pedido Reed.

—¿Por qué? —Me uno a la conversación, aturdida de verdad. ¿Por qué iba a pedir algo así? Ni siquiera lo conozco.

—Quiere saludar al teniente. —dice Gray entre dientes.

Giro la cabeza hacia Xavier, quien activa su propio auricular.

—¿Qué puedo decir? —comenta, arrogante—. Todo el mundo me quiere.

—Cállate —musitan tres voces distintas.

—Bajad —nos ordena Gray—. Ya.

Evlynne no está contenta porque la hayan relegado al puesto de francotiradora. Cuando descendemos por la escalera, la encontramos a los pies con una expresión asesina.

—Si le ocurre algo a Gray… —nos advierte.

—No le pasará nada —le prometo.

Sube por la escalera con el fusil mientras nosotros nos dirigimos al vehículo que nos espera. Cuando llegamos al otro almacén, dejo en el asiento trasero mi fusil de largo alcance para coger el de asalto que me pasa Gray.

Xavier pasea la mirada entre los dos con el ceño fruncido.

—Si esperáis que entre en la guarida del traficante sin llevar armas, estáis como una puta cabra.

Gray saca la pistola de la cintura y se la tiende a Xavier.

—¿Contento?

—Eufórico.

Una vez estamos fuera, Gray guía el camino. Al colarnos por un callejón entre dos almacenes, el terreno bajo nuestros pies pasa de ser cemento húmedo y embarrado a gravilla. La mayoría de las puertas que veo están cerradas y oxidadas. Las ignoramos hasta detenernos ante una que no tiene ningún indicador. Es de grueso acero, de color gris pizarra. A pesar del óxido, las bisagras parecen nuevas.

Gray acerca los nudillos a la puerta para dar un golpe lento seguido de dos rápidos. Los segundos pasan antes de que la puerta se abra con un grave gruñido y aparezca un hombre. Es bajo y recio, con una expresión severa devorada por una barba oscura y mucho pelo. Tiene esa clase de ojos llenos de desconfianza que necesitas para sobrevivir en los bajos fondos de Santuario y estoy bastante segura de que no ha sonreído ni un día en su vida.

Gray lo saluda con la cabeza.

—Shamus.

—Blake.

Nos deja pasar y la puerta se cierra con otro chirrido. El olor mentolado de la euca y el tabaco se aferra a su abrigo oscuro. Es lo único que huelo mientras lo seguimos hacia las profundidades del almacén, que está iluminado por pálidas bombillas que titilan sobre nuestras cabezas. Las sombras bailan sobre las cajas de madera que están apiladas contra una pared hasta el techo.

—El paraíso del contrabandista —le susurro a Xavier.

Suspira.

—Llevábamos años buscando su escondite, pero Reed tiene un buen sistema. Mueve el producto tan rápido que la Élite Plateada siempre aparecía demasiado tarde.

—Jas está ahí atrás. —Shamus tiene una voz profunda de barítono, áspera.

Caminamos entre las filas de cajas hasta una zona polvorienta en la parte trasera del almacén. Veo un escritorio con una pantalla holográfica y una tableta, además de una enorme silla de cuero en

la que se sienta Jasper, quien parece sentirse demasiado cómodo en la sombra.

Sonríe al advertir nuestra presencia y se reclina en el asiento.

—Me alegra verte, teniente.

—Lo mismo digo. —Xavier mira a su alrededor con los ojos chispeantes—. ¿Tienes algo de contrabando que pueda probar? A poder ser, un buen vaso de licor del valle.

—No, nada interesante. Es todo comida enlatada, pero te lo haré saber cuando nos llegue el siguiente envío.

—¿En serio? —Gray pasea los ojos de uno a otro—. ¿Para esto has pedido ver a Ford, para hablar de contrabando? Entiendes que es tu enemigo, ¿no?

—Todo el mundo es mi enemigo, así que… —responde, encogiéndose de hombros—. ¿Qué haces tú aquí, Gray?

El aludido va directo al grano.

—Necesitamos un favor.

—No hago favores, solo tratos. Y solo llego a acuerdos cuando soy el que sale mejor parado.

—Créeme, este te va a beneficiar. Queremos una audiencia con los líderes de los campamentos de Fe y sabemos que puedes hacer las presentaciones.

—¿Por qué iba a hacer algo así? Son mis mejores clientes. —Jasper pone los ojos en blanco—. ¿Qué puedo ganar a cambio de poner sus vidas en peligro y destapar su ubicación?

—Para empezar, estarías ayudando a acabar con la Compañía. Y, si lo lográramos, la Autoridad te ofrecería un puesto en el consejo.

—No, sabes que no quiero formar parte de vuestra causa. Estoy ocupado.

Xavier suelta un bufido entre dientes, con lo que se gana un oscuro ceño fruncido de Gray.

—Estamos hablando de una posición de mucho poder, Jas, una oportunidad de estar en las altas esferas, no solo en Santuario, sino en todo el Continente. Cuando derroquemos a la Compañía, necesitaremos crear un mundo nuevo. ¿No quieres formar parte de eso?

—Querría si la victoria estuviera garantizada. Prefiero esperar y ver hacia dónde se inclina la balanza.

—¿No estás cansado de ser un capullo autocomplaciente?

—¿Insultar a la otra parte es una táctica de negociación? —Con una carcajada, Jasper alarga la mano hasta una caja de latón y saca un cigarrillo que se coloca en la comisura de los labios. Lo balancea en su boca mientras busca un mechero—. Dime, ¿cómo planeáis llegar a este nuevo mundo, Gray? ¿Cómo vais a «derrocar» a la Compañía?

—Uniendo a todas las personas posibles. La red se extiende por todos los distritos y todos los niveles de la Compañía, pero no somos suficientes. Necesitamos aliados. A los Fieles. Hay decenas de miles de ellos viviendo en las sombras. Si quisieras, podrías defender nuestra causa ante ellos.

Jasper le da una larga y lenta calada al cigarrillo, estudiándonos.

—¿Sabéis? —dice—. Cuando era un crío, mis padres solían contarme cuentos. Al menos, mi madre. Mi padre no creía en esas gilipolleces. —Suelta una nube de humo que flota hacia nosotros—. Adivinad a quién me parezco.

Gray deja escapar un suspiro de irritación, lo que le provoca una carcajada a Jasper.

—Mira, no voy a poner en peligro todo mi imperio por un puñado de Modos con aires de grandeza. Y no creo ni por un segundo que vaya a tener un puesto en ese nuevo régimen. Adrienne es una zorra fría como una piedra. Quizá me coma la polla cada vez que estoy en su base, pero no soy lo bastante tonto como para pensar que no me la cortaría en un abrir y cerrar de ojos.

Reprimo una sonrisa mientras Xavier suelta una risita.

—Ha acordado conseguirte la inmunidad total —le asegura Gray—. No te enfrentarás a ninguna consecuencia por lo que has hecho en Santuario o por lo que hagas bajo ese nuevo liderazgo. Imagínatelo, Jas… Protección, un puesto en nuestra mesa. No tendrás que seguir arrastrándote por las sombras.

—¿Y si me gusta ser un criminal?

—Entonces, conseguirías el control del mercado negro en el momento en el que cayera la Compañía —intervengo. Cuando Gray

se gira hacia mí con el ceño fruncido, encojo un hombro—. ¿Qué? Yo tampoco soy tonta. Da igual quién gobierne, el mercado negro siempre existirá. Armas, suministros. Siempre habrá gente que desee obtener material de contrabando. —Jasper tiene sus ojos fijos en mí, y yo le sostengo la mirada llena de diversión—. Sigue haciendo lo que quieras y miraremos hacia otro lado.

—Sabía que me caías bien —dice con una sonrisa radiante.

—Entonces, ¿nos ayudarás a reunirnos con los Fieles? —pregunto.

Jasper se echa a reír.

—No.

Gray suspira. El suelo cruje bajo las botas del contrabandista cuando se pone de pie para dirigirse a nosotros.

—Aún no me habéis dado ningún argumento convincente. ¿Por qué iba a unirme a vuestra pequeña revolución cuando puedo esperar y ya?

—¿Esperar a qué? —contraataca Gray—. Se va a producir una guerra sea como sea. Pronto no podrás seguir escondiéndote. Al menos con nosotros tendrás un futuro.

—Yo decido cuál es mi propio futuro —dice, encogiéndose de hombros—. ¿Eso es todo?

Antes de que nadie pueda responder, la voz de Evlynne se filtra en nuestros auriculares.

—Gray, tienes que salir ya. Se acerca un convoy del Comando.

Xavier y yo nos ponemos en tensión mientras Gray habla con los demás francotiradores.

—Mako, Orin, ¿los tenéis en vuestros puntos de mira?

Los dos hombres no tardan en responder:

—No, señor.

—Están a cinco minutos —prosigue Evlynne—. Mi contacto del departamento de inteligencia del Comando, Nichole, se acaba de vincular conmigo. Ha dicho que son dos camiones. Sección Oro.

Nuestro líder de equipo duda.

—Gray —insiste con tono firme—, la información es correcta. Salid de ahí.

Veo que toma la decisión en una milésima de segundo. Nos mira a los demás.

—Tenemos que irnos. La sección Oro está a punto de llegar al almacén.

—¿Qué cojones? —gruñe Jasper y un relámpago le cruza los ojos—. ¿Quién ha revelado esta ubicación?

—Por nuestra parte, nadie. No sabíamos siquiera que existía este almacén hasta que nos hemos subido al avión, ¿recuerdas?

Veo que el malhumor de Jasper se agita como un huracán a punto de volverse violento. Coge la tableta y la guarda en una bolsa negra antes de girarse hacia un armario y escanearse el pulgar. Un segundo después, empieza a meter artículos en la bolsa. Intercomunicadores, armas, tarjetas de crédito… Cuando se dirige al escritorio, saca una tarjeta de memoria de la base de la pantalla holográfica y la tira al suelo. Cae cerca de nuestros pies, donde el brillo verdoso chisporrotea antes de desvanecerse por completo.

—Los estoy viendo —anuncia Orin—. Ev tiene razón.

—Abortad —les dice Gray a los francotiradores—. Subíos al coche y dirigíos a la base de la Zarzamora.

—¿Y tú? —le pregunta Evlynne.

—Iremos detrás de vosotros.

—No, quedaos conmigo —nos ordena Jasper—. Tenemos planes de contingencia para este tipo de situaciones. Vamos.

Desaparece antes de que podamos responder. Un instante después, Gray asiente y partimos tras él, corriendo entre las filas de contrabando hacia otra puerta sin distintivo. Jasper la abre y nos lanzamos hacia un callejón estrecho, frío y húmedo.

—Ev, ¿habéis salido? —pregunta Gray.

—De camino a la Zarzamora.

—Estamos con Reed. Avisad cuando os pongáis a salvo.

Ahora lo oigo, el rugido distante de los motores. Levanto el fusil, al mismo tiempo que Xavier coge la pistola. Nos movemos en sincronía, estudiando las sombras en busca de cualquier peligro.

—Por aquí —dice Jasper, mirando hacia atrás.

Recorremos un lateral del almacén hacia un pequeño aparcamiento en la parte trasera, donde encontramos una furgoneta negra blindada. Jasper toca una vez el aparato que lleva en la mano y la puerta lateral de la furgoneta se abre. A su lado hay una

motocicleta a la que se suben Shamus y su enorme y frondosa barba sin perder el tiempo.

Jasper se dirige al hombre.

—Espera hasta que estén dentro para encenderla. —A nosotros, nos ladra—: ¡Subíos a la furgoneta!

No dudamos. Xavier y yo nos colamos en los asientos traseros. Gray se sube en el lado del acompañante. Mientras Jasper se sitúa tras el volante, entorna los ojos al mirar a Xavier.

—Quítale el localizador —le dice de repente a Gray.

—Tiene una señal encriptada.

—Quítaselo —repite Jasper con un tono que no acepta discusión—. No me voy a arriesgar a que sepan adónde vamos.

Aunque lo hace a regañadientes, Gray se gira en su asiento y presiona el pulgar contra el dispositivo. La cuerda negra se desprende con un golpe seco y Xavier suelta un suspiro de alivio mientras flexiona la muñeca y el antebrazo.

—Dáselo a Shamus —dice, mientras presiona un botón para bajar la ventanilla—, junto con el resto del material tecnológico. Él lo destruirá.

Una vez que Jasper está satisfecho porque considera que ya no nos pueden rastrear, el motor cobra vida y la furgoneta sale disparada hacia delante. Un segundo después, avanzamos por el callejón a una velocidad vertiginosa. Los neumáticos chirrían y el olor de la goma quemada me inunda las fosas nasales. Cuando Jasper toma una curva cerrada hacia un estrecho camino industrial, el vehículo prácticamente se sostiene sobre dos ruedas, y no sé si me lo estoy imaginando, pero me parece que vamos a salir por donde hemos entrado.

—¿El convoy no viene por aquí? —pregunto.

—Es probable que nos crucemos —responde con frivolidad.

«¿Es probable que nos crucemos?». ¿Cómo puede estar tan calmado? Recorremos la carretera a toda velocidad y giramos una nueva esquina, justo a tiempo para ver los faros del convoy aparecer a la izquierda.

—Agarraos —dice Jasper. Parece que lo está disfrutando.

No hay asideros en la parte trasera, así que solo puedo sujetarme a la pared lateral y a un pedazo de metal mientras la furgoneta gira a la izquierda, tomando el camino por el que viene el convoy. Si no fuera tan obvio que estamos escapando, quizá pasáramos a su lado sin que se dieran cuenta. Y, por un momento, creo que lo hemos conseguido. Hasta que, de repente, veo que uno de los camiones se desvía y da media vuelta. Lo siguiente que sé es que nos pisa los talones.

Jasper nos dedica una sonrisa, un conjunto de perfectos dientes blancos.

—Muy bien, ahora agarraos de verdad.

El giro que efectúa a continuación es una locura y hace que las ruedas traseras derrapen. Entonces, presiona el acelerador y la furgoneta se impulsa hacia delante como si fuera una bala saliendo de una pistola, lanzándome directamente al regazo de Xavier. Me atrapa antes de que pueda golpearme con la puerta, inmovilizándome.

—¿Estás bien?

—Genial —farfullo.

—Os he dicho que os agarréis —dice Jasper entre carcajadas.

El aroma a goma vuelve a penetrarme en la nariz cuando volvemos a derrapar y volamos por otro callejón. La risa de Jasper adopta un toque maníaco.

—Deja de tomar las curvas así, puto psicópata —le gruñe Gray.

—¿Por qué? Es divertido.

Oigo de nuevo el chirrido de neumáticos, pero no son los nuestros. La furgoneta del Comando nos está persiguiendo. Miro más allá del hombro de Gray hacia el parabrisas y se me detiene el corazón al advertir el estrecho hueco entre dos fábricas en la distancia. No creo que esté reservado para vehículos, pero Jasper está conduciendo directo hacia allí.

—No vamos a entrar —dice Gray.

—Entraremos.

Me sujeto a la parte trasera del asiento de Jasper y Xavier me imita. Ambos esperamos chocar con la pared o, si logramos cruzar el hueco, quedarnos atrapados como corderos en el matadero.

Jasper acelera aún más. Los neumáticos derrapan durante un segundo sobre el asfalto, pero mantenemos el rumbo. En el retrovisor veo los faros de la furgoneta del Comando y, de repente, oigo el potente estallido de las balas sobre mi latido atronador. Nos están disparando con la artillería pesada.

—Abajo —nos ordena Jasper.

Xavier y yo nos tumbamos en el suelo de la furgoneta.

—¡¡¡No vamos a pasar por ahí!!! —grita Gray.

—¿Puedes dejar de ser tan cagón? —dice Jasper, ululando, feliz, mientras se dirige al hueco.

Contengo el aliento, a la espera de oír un crujido o sentir un sobresalto o explosión al incendiarse el tanque de gasolina, pero lo único que percibo es el chirrido desgarrador del metal contra los laterales de la furgoneta al rozarse con las paredes del callejón. ¡Hemos conseguido cruzarlo!

Se oye un estrépito a lo lejos.

—Shamus acaba de detonar el almacén —nos informa Jasper a la vez que asiente con la cabeza—. El Comando debe haber irrumpido en él.

—¿Y el vehículo detrás de nosotros? —pregunto.

—Se desviarán e intentarán cogernos por otro sitio, pero es demasiado tarde —dice mientras nos adentramos a toda prisa en la oscuridad de la noche.

Llevamos conduciendo unos treinta minutos cuando Jasper gira de forma abrupta por una carretera pavimentada en el distrito E y se incorpora a un estrecho camino de gravilla que lleva al bosque. Casi de inmediato, la luna desaparece. Con los faros apagados, esa luna era nuestra única guía. Ahora estamos sumidos en una oscuridad total y me recuerda a los momentos con Gray en los que volamos por el vacío y aterrizamos con una plegaria. La espesura de árboles es tal que parece que el bosque se está cerrando sobre nosotros. La única luz procede del brillo del salpicadero y solo se oye el zumbido del motor y el crujir del suelo bajo las ruedas.

—¿Adónde vamos? —le pregunto a Jasper.

Mantiene los ojos fijos en el parabrisas. No está estudiando el terreno, tratando de entender dónde se encuentra, lo que me indica que ha recorrido este camino muchas veces.

—A un lugar seguro —responde—. No te preocupes, nos esperan.

Se me eriza el vello del cuerpo. ¿Quiénes y cómo nos esperan?

Nos adentramos aún más en la espesura. Como yo, Xavier entorna los ojos, mirando por la ventana, en un intento por atisbar algo en la oscuridad. Lo único que distingo son las siluetas de los árboles que se extienden hasta el infinito en mitad de la noche.

Gray se gira en el asiento del acompañante.

—¿Estás bien?

Me está mirando a mí, pero Xavier responde antes de que pueda hacerlo yo:

—Sí, gracias por preguntar.

De repente, un fogonazo de luz ilumina el coche. Jasper enciende los faros. Al principio, solo veo árboles y sombras, pero una silueta se recorta sobre los haces de luz y contengo el aliento. Una enorme formación rocosa se yergue ante nosotros, una especie de pared de piedra en medio del bosque.

De nuevo, capto solo un hueco diminuto. Y, de nuevo, Jasper no duda antes de dirigirse directamente hacia allí. Me preparo, temiendo de verdad estar a punto de chocar con esa pequeña montaña, pero la abertura se ensancha y advierto que estamos entrando en un túnel escondido.

—Hostia puta, ¿es el campamento de Kitty? —pregunta Gray.

Jasper no contesta.

Miro por la ventana.

—¿Quién es Kitty?

—Es la jefa de uno de los campamentos de Fe —dice Gray—. Oímos rumores de un sistema de túneles que te llevaba hasta él, pero es la primera vez que lo veo.

Los faros iluminan la pared, que parece una combinación de piedra y metal oxidado. Este túnel debió construirse hace mucho tiempo. No sé cuál era el propósito original de esta infraestructura, pero es evidente que ahora tiene una finalidad totalmente distinta. Y

es largo, ya que continuamos durante varios minutos antes de llegar al final.

Por fin, emergemos en un espacio repleto de más árboles y oscuridad. Vislumbro la forma de los gruesos troncos y unas ramas largas y retorcidas.

La furgoneta se detiene. Entonces, Jasper apaga el motor y abre la puerta.

—Vamos.

Espero notar bajo los pies tierra y maleza, pero es gravilla. Adoptando el ritmo ligero de Jasper, lo seguimos por otro camino. Cuando giramos una esquina al pasar otra pequeña formación rocosa, abro mucho los ojos por la sorpresa.

Ante nosotros, escondida bajo las copas de los árboles, parece haber una comunidad entera.

Al final del camino se erige una inmensa cabaña de madera, cuyas ventanas refulgen por la tenue luz de su interior y de cuya chimenea de ladrillo surge una nube de humo. Más allá de la cabaña hay otras más pequeñas, repartidas entre los árboles. La mayoría son de madera o de piedra, con pequeños porches iluminados por un farolillo. En la distancia oigo voces, risas… y música. Alguien está tocando un instrumento. Entorno los ojos en esa dirección y capto un retazo de la hoguera. Cuando inhalo, el aroma del humo y los pinos me inunda las fosas nasales.

—¿Qué es esto? —pregunta Xavier, al parecer tan conmocionado como yo—. En el Comando no teníamos información de que hubiera un asentamiento permanente tan cerca de la ciudad. En las tierras sin ley, quizá, pero no en los distritos. ¿Qué cojones es este sitio?

Jasper nos dedica una sonrisa.

—Bienvenidos a la Hondonada.

CAPÍTULO 36



Antes de que nadie pueda acosarlo a preguntas, una voz ronca flota hasta nosotros desde el porche destartalado de la cabaña principal.

—Mueve el culo y ven, Jas.

Sus pisadas retumban cuando baja las escaleras del porche. Veo a unas seis personas dirigirse hacia nosotros, encabezadas por una mujer alta.

—Esperad aquí —musita Jasper antes de ir al encuentro del grupo.

Observo cómo la mujer y él intercambian un rápido abrazo. Tiene el pelo negro recogido en un montón de diminutas trenzas que revolotean en torno a su nuca desde un moño despeinado. En sus ojos se intuye la desconfianza, aunque se inclina para darle a Jasper un beso en la mejilla.

—¿Estos son los Fieles? —le pregunto a Gray.

—Eso parece.

Sin duda, actúan como si lo fueran, ya que desprenden oleadas de desconfianza mientras la mujer habla entre susurros con Jasper. Sus compañeros nos dedican varias miradas fulminantes antes de que ella se encamine hacia nosotros.

—¿Eres el piloto? —suelta, dirigiéndose a Gray—. ¿Blake?

—Así es.

Lo estudia con ojos perspicaces.

—Acabaste con un hangar entero del Comando.

—Vaya que sí.

A la mujer se le curvan los labios con un amago de sonrisa.

—Bienvenidos a la Hondonada. No suelen gustarnos las visitas, sobre todo de extraños, pero Jas dice que sois de fiar. —Hace un gesto con la cabeza hacia nosotros—. ¿Con quién vienes?

—Wren Darlington y Xavier Ford. Son mis guardaespaldas.

Omite que Xavier es un antiguo soldado del Comando, lo que quizá sea lo más recomendable. Dejemos que el teniente les toque un poco las narices antes de que descubran su identidad. Para entonces, se habrán dado cuenta de que no es una amenaza, sino un capullo obsesionado con el sexo que no se calla ni debajo del agua.

—Venid —nos dice Kitty—. Os mostraré la zona.

Sigo haciéndome a la idea de que haya una comunidad secreta a menos de una hora de la capital. ¿Cómo han logrado pasar desapercibidos?

La oscuridad es demasiado densa como para que Kitty pueda enseñarnos todo el asentamiento, pero señala los puntos más importantes. La Hondonada se abastece a sí misma y alberga a un número sorprendente de personas. Kitty dice que el último censo ascendía a más de cuatrocientas. Tienen una docena de cabañas, un pozo excavado en la tierra, energía solar, un generador e incluso una fosa séptica.

Cuando pregunto cuánto tiempo llevan allí, me sorprende de nuevo respondiendo que casi dos años. No es habitual que los Fieles se establezcan en campamentos permanentes. Son nómadas, a veces por elección, pero en la mayoría de los casos porque intentan ir dos pasos por delante del Comando, abandonando el campamento a toda prisa si es necesario con tal de que no les pillen.

Advierto que Jasper tiene mucho que ver con que nadie sepa de la existencia de este sitio. Es el único que ha estado aquí. Aparte de nosotros ahora.

Las voces en la distancia se vuelven más ruidosas cuando nos acercamos y el olor del humo de la hoguera flota por el aire.

—Habéis venido en una buena noche —admite Kitty con una sonrisa tensa—. Estamos de celebración.

Jasper le pasa un brazo por los hombros.

—¿Y qué celebráis?

—Acabamos de tener un bebé —contesta, a lo que recibe un guiño por parte de Jasper.

—Vaya, joder, ¿nosotros? ¿Cómo ha podido pasar?

—Es de Piper y Omar, pero, si quieres repetir lo de la última vez que estuviste aquí, Jas, solo tienes que pedirlo. —Kitty pone los ojos en blanco y sigue andando, por lo que nos apresuramos a adoptar su ritmo enérgico—. Este es nuestro lugar de reunión —dice cuando emergemos de una senda y nos topamos con una fiesta en su máximo apogeo.

Hay una enorme hoguera rodeada de paredes bajas de piedra, con personas pululando a su alrededor mientras las demás pasean por el enorme claro llano que parece más artificial que natural. Han talado los árboles para despejarlo y los tocones ahora sirven de asientos improvisados. Las sillas rodean el fuego y hay mantas dispersas por todo el suelo. Unas carcajadas escandalosas y voces agudas se alzan sobre la música en directo, cortesía de una pequeña banda compuesta por un guitarrista, un chico con dos tambores y un joven que toca la armónica.

Es raro oír música en directo en los distritos. A veces venía una banda a Hamlett, pero siempre interpretaba canciones que hubiera aprobado la Compañía y las mismas melodías acababan volviéndose repetitivas tras un tiempo. No obstante, nunca había oído esta canción.

No llevan uniformes. Ni siguen una estructura militar. Estas personas solo viven el momento, se emborrachan, ríen y… eh… hacen otras cosas. Es difícil pasar por alto las escenas íntimas que protagonizan algunos en la penumbra.

—Quiero saludar a Aurora —dice Jasper antes de alejarse.

Parece sentirse como en casa entre esta gente, que lo saluda al pasar, dándole palmaditas en los hombros o el brazo. Se detiene a charlar con un pequeño grupo y una mujer con un oscuro pelo rizado le rodea con los brazos. No me pierdo la manera en la que Xavier le mira el culo, enfundado en unos vaqueros ajustados.

Los tres seguimos hablando con Kitty, que estudia a Gray con desconfianza.

—¿Y cuáles son los planes de la Revolución ahora mismo?

El chico le sonríe.

—Bueno, tiene gracia que lo preguntes… porque nos encantaría incluiros en nuestros planes.

La mujer suelta un bufido.

—Te lo digo sin acritud, pero pasamos.

—Vamos, Kitty, escúchanos primero.

—Necesito una copa. Te daré cinco minutos para que me sueltes el discursito antes de buscar algún cuerpo que me dé calor esta noche.

—Me presento voluntario para ser ese cuerpo —anuncia Xavier mientras se alejan.

—Me lo pensaré —replica Kitty, sensual.

No voy a mentir, este ambiente es embriagador. Casi no hay reglas. Ni expectativas. A mi alrededor solo se ven cuerpos, presionados entre sí, con las extremidades unidas y los rostros sonrojados. El aire parece estar cargado, lleno de delirios y despreocupación.

Xavier se inclina hacia mí.

—Creo que esa mujer de ahí le está chupando la…

—Sí, soy consciente —lo interrumpo antes de cogerlo por la barbilla y obligarlo a girar la cara para que deje de mirarlos.

La pareja está rodeada de sombras, tumbada en una manta de cuadros, y el hombre tiene las manos sobre el pelo de ella.

—¿Me puedo mudar aquí? —suplica—. ¡Porfa!

Jasper vuelve a aparecer, haciendo malabares con tres tazas de estaño entre los dedos. Cuando se detiene para saludar a un par de jóvenes, rezuma carisma por todas partes. Parece que es capaz de atraer a todos hacia su órbita.

—Ahí tienes a tu mejor amigo —digo.

Xavier sonríe.

—¿Celosa?

—No, pero no lo pillo. Actuáis como si fuerais viejos amigos y os conocéis desde hace, en plan, cinco segundos.

—Se llama ser encantador, Darlington. Es una habilidad útil. Deberías probarla de vez en cuando.

—Soy encantadora.

—No, no lo eres. Eres una zorra sarcástica.

—¿Quién es una zorra sarcástica? —pregunta Jasper, quien llega a nosotros justo a tiempo para escuchar esas palabras.

Xavier me señala con el pulgar.

—Esta chica de aquí. Está celosa porque nos hayamos hecho mejores amigos.

Con una carcajada, Jasper nos tiende una copa a cada uno. Contemplo el líquido rosado que huele a *grange*, aunque este suele tener un color ambarino, muy lejos de este tono parecido a un albaricoque magullado.

—¿Qué es? —pregunto con cautela.

—*Grange* —me confirma Jasper—. Pero lo hacemos nosotros.

—Nosotros, ¿eh? —Xavier le da un trago a la bebida—. En los archivos que recopilamos sobre ti nunca se decía que te consideraras uno de los Fieles.

—No me considero nada —responde el hombre. Luego, le guiña un ojo—. Bueno, sí, irresistible y guapo.

Tras darle un sorbo a la copa, dejo de escuchar su charla y sus bromas, o quizá su flirteo (nunca se sabe con las personas que tontean por naturaleza), pero vuelvo a conectar cuando oigo un nombre familiar.

—Travis Redden está jugando al gato y al ratón con su círculo más íntimo —está diciendo Jasper—. He oído que pasa mucho tiempo con los capitalistas.

Recuerdo que Cross me habló de que estaba preocupado sobre ese tema. Me contó que Travis se llevaba bien con uno de los capitalistas más ricos de la ciudad, Wexton Jones. Su hijo, Noah Jones, entró en la Élite Plateada con nosotros, pero murió en el bombardeo que ayudó a organizar Gray cuando estaba de incógnito bajo el nombre de Kaine Sutler.

—Lo vi una vez —comenta Jasper—. Es ambicioso y lleva años besándole el culo a Jones. Redden siempre ha sabido entender lo útiles que podían ser las altas esferas.

—¿En qué sentido? —pregunto.

—La gente de las altas esferas como Wexton Jones tiene mucha influencia. Lo valioso es situarlos en puestos de poder, sobre todo si

Redden pretende expandirse por Tierra Fe, por ejemplo. Necesitará enviar allí a ciertas personas, como a Jones. «General Jones» suena bien, ¿no?

—Dejemos de hablar de política —se queja Xavier—. Es un coñazo. Y llevo meses rodeado de muermos. ¡Necesito emoción!

Jasper suelta una carcajada.

—Entonces, ven. Sé cómo ayudarte.

Lo seguimos por un sendero que se bifurca al final. Opta por la vía de la izquierda y no tardamos en llegar a una cabaña escondida en el bosque.

—Esta es la mía —anuncia.

Arqueo una ceja.

—¿Tienes tu propia cabaña?

—Paso aquí casi todo el tiempo.

—Pensaba que vivías en Santuario —comenta Xavier.

—A veces, pero la Hondonada es mucho más divertida. Estas personas no tienen un palo metido por el culo como las de los distritos. Todos están demasiado ocupados siguiendo las rutinas impuestas por su pequeña Compañía. No hay noches de juerga ni intercambio de anécdotas, bailes o folleteo. Nadie tiene tiempo para nada de eso en Santuario.

Xavier le dedica una sonrisa.

—Yo tenía mucho tiempo para el folleteo en el Comando.

Jasper le devuelve la sonrisa.

—Créeme, teniente, no sabrás lo que es un buen polvo hasta que pases una noche en un campamento de Fe.

Enciende un interruptor y un brillo cálido inunda la cabaña, revelando un dormitorio individual con una puerta al otro lado, que debe llevar al baño. Una vieja alacena de madera de cerezo descansa contra un muro, supongo que bloqueada, porque Jasper saca una llave de una pequeña grieta en la pared de madera. Una llave de verdad que introduce en la cerradura y gira para abrirla. No recuerdo la última vez que vi un candado para el que se necesitara una llave, en lugar de un escáner.

—Aquí —dice— es donde guardo mierda de la buena.

La alacena contiene un puñado de viales, botellas y varias filas de largos cajones estrechos. Abre uno y saca un conjunto de trapos grises unidos por una cuerda marrón. Mientras lo desenvuelve, un aroma acre y amargo me inunda al instante las fosas nasales.

A Xavier se le ilumina el rostro.

—¿Son seráficos?

El otro hombre sonríe.

—Sabía que te gustaría.

—Vaya que sí. —Xavier gira la cabeza en mi dirección con la súplica en los ojos—. ¿Podemos?

—Tú puedes. Yo odio ese tipo de sustancias.

Jasper esboza una suave sonrisa.

—Una pena porque acabas de ingerir una copa entera.

—¿Qué? ¿Quieres decir…? —Entrando en pánico, observo el vaso casi vacío.

—¿Por qué crees que es de color rosa? —pregunta, divertido.

—¿Por qué no me has avisado? —lo acuso—. ¿Quién droga a la gente sin su permiso?

—¿Quién se queja por haber tomado seráficos? —responde. Parece de verdad perplejo porque no quiera pasearme por ahí cachonda perdida.

Ay, mi madre, acabo de tomarme un afrodisíaco. Sin embargo, no noto los efectos. Quizá no me…

—Empezaréis a notarlo dentro de unos treinta minutos —dice Jasper, apagando la chispa de esperanza—. Tarda un tiempo en entrar en el sistema cuando se toma diluido. Sin embargo, si lo masticas, sube rápido.

Corta un trozo pequeño de una raíz seca y de un intenso color fucsia y se lo mete en la boca. Xavier lo contempla, atónito.

—Eso es mucho, hermano.

—¿Qué? He tenido una noche de mierda. Planeo no salir de la cama hasta mañana al mediodía. —Jasper le guiña un ojo—. Con esto creo que podré seguir despierto un rato más.

Arranca otro trozo y se lo tiende a Xavier, quien se gira hacia mí con expresión esperanzada.

—¿Puedo?

—Ay, madre. Haz lo que te salga del pie —farfullo—. Yo me vuelvo a la fiesta.

A los treinta minutos justo, lo noto. Empieza como un suave deseo. Como el deseo que siento cuando estoy besando a Cross, cuando me acaricia la boca con la lengua y me recorre el cuerpo con las manos. Un deseo que se convierte en un latido persistente cuando por fin me toca donde más lo necesito, entre las piernas, acariciándome y provocándome.

«Ignóralo», me ordeno.

La fiesta sigue su curso, aunque ahora más tranquila. Los tambores han dejado de sonar y la melodía de la armónica se ha acallado. Alguien ha cogido la guitarra y está tocando algo más suave, seductor.

Estoy sentada con Gray en una manta. Está apoyado sobre los codos, riéndose de las payasadas de unos adolescentes al otro lado del fuego.

Cerca, Xavier y Jasper son el centro de atención. Es imposible negar que son magnéticos y atraen miradas sin intentarlo siquiera. Jasper desprende más *sex appeal*. Cada vez que se inclina para hablar con alguien, da la impresión de estar compartiendo un secreto solo con esa persona. Por otro lado, Xavier posee una especie de encanto sarcástico que enfatiza la intensidad con la que te mira a los ojos.

La mujer con la que está flirteando ahora parece estar cayendo en la trampa. Le toca el brazo, paseando las uñas por su bíceps. El gesto evoca un recuerdo familiar y cosquilleante de… la reunión del otro día, cuando Gray le acarició el brazo a Evlynne.

—Déjame adivinar —suelto de repente.

Gray frunce el ceño.

—¿Qué?

—Tu habilidad psíquica.

—Muy bien. Adelante, vaquera.

—Eres un empático —digo, triunfal.

—Ya probaste con eso y te contesté que no.

Suelto un gruñido de frustración. ¡Meses! Llevo meses tratando de averiguar su poder.

—Le hiciste algo a Evlynne en el comedor —insisto—. Sé que saltó contra ti por eso. Dijo que no se iba a calmar. ¿Es lo que haces? ¿Serenar a los demás?

Una sonrisa enigmática se le dibuja en la cara.

—Vamos —me quejo—. Casi lo he adivinado.

Con una carcajada, decide apiadarse de mí.

—Vale, no has acertado por poco. Soy un tranquilizador.

Pestañeo.

—¿Qué diablos es un tranquilizador?

—Siento las emociones de los demás, como los empáticos, pero, además, yo puedo cambiarlas.

—¿Cómo?

—Aplacándolas. Sosegándolas. Si son muy intensas, quizá no logre hacerlas desaparecer, pero sí atenuarlas.

Mientras trato de procesar sus palabras, mi mente vuelve a todas esas veces en las que Gray me vio venirme abajo. Como la noche en la que rompí con Cross. Al abrazarme, sentí que se me entumecía todo el cuerpo y el dolor se aplacaba lo suficiente para dar media vuelta y ahogarlo en licor del valle.

—¿Fue lo que hiciste cuando rompí con Cross?

—Sí.

—¿Y alguna otra vez?

Tras la pregunta, me dedica un asentimiento y un amago de sonrisa.

—A menudo.

Lo fulmino con la mirada.

—¿A menudo?

—Siempre tienes las emociones a flor de piel. Me sorprende que sigas con vida.

—Que te follen —gruño, dándole un puñetazo en el brazo—. No es cierto. —Hago una pausa—. ¿Verdad?

—Un poco sí —musita.

—No sé cómo sentirme al respecto. No sé si debería darte las gracias o perder los nervios. ¿Se lo haces a los demás sin pedir permiso?

—A veces. Si me parece que es buen momento para aplacar su ansiedad, lo hago. No le arrebato los sentimientos a nadie, pero ayudo si puedo.

Pienso en lo fácil que es estar con Gray y de repente me doy cuenta de que quizá su habilidad sea en parte responsable de esa sensación. Es fácil porque hace que sea así. Como el día en que descubrí que Fiona le había contado a toda la base que podía incitar, la ansiedad que sentí cuando todos me estaban mirando en el comedor. Gray me apretó la mano y recuerdo que sentí como la presión me desaparecía del pecho.

Por un momento, me distraigo al advertir que Kitty está abandonando la fiesta con un hombre alto de pelo oscuro.

Desvío la mirada hacia Gray.

—¿De verdad no has sido capaz de que Kitty cambie de opinión? —Me ha contado que el discurso que le ha hecho a la líder de los Fieles sobre unir fuerzas no ha dado buenos resultados.

—No, es cabezota. Cuando le he pedido que se lo pregunte a los demás líderes de los Fieles, me ha dicho que no va a perder el tiempo. Los Fieles no tienen interés en luchar contra la Compañía. Les da igual quién gobierne, solo quieren vivir su vida.

—¿Huyendo a todas horas? —señalo—. ¿En las sombras? ¿No preferirían formar parte de una sociedad que les diera la bienvenida y los aceptara?

—No, porque no quieren formar parte de una sociedad en la nueva era. Quieren esto. —Hace un gesto hacia el desenfreno a nuestro alrededor. Las ascuas titilantes de la hoguera se le reflejan en los ojos verdes, haciendo que en ellos baile un brillo travieso—. Supongo que no puedo culparlos. Joder, se lo pasan de muerte.

—Con énfasis en el «joder».

Suelta un suave bufido.

Advierto que se remueve sobre la manta. Está inquieto. Nervioso. En cierto momento, de manera discreta se coloca la bragueta, pero sé lo que está haciendo en realidad.

—Sabes lo que lleva tu copa, ¿verdad? —pregunto, divertida.

Arruga la frente.

—*Grange*.

—No, *grange* mezclado con seráficos.

Se queda boquiabierto.

—No me jodas.

—Sí. —Suspiro—. Nos lo ha dicho Jasper.

—Bueno, eso lo explica todo —comenta Gray, soltando todo el aire.

No puedo evitar echar un vistazo a su ingle. Sin duda, parece más abultada de lo habitual. Cuando levanto los ojos, nuestras miradas se encuentran. La suya sigue fija en la mía más tiempo del necesario antes de bajar con lentitud hacia mi pecho.

—Mis ojos están aquí arriba —digo.

Esboza una sonrisa de superioridad. Luego, me sorprende dando otro trago. Suelto una carcajada.

—¿Vas a seguir bebiendo?

—Ya estoy metido hasta el fondo en el problema.

Me tiende la copa. Se me detiene el corazón. Y no sé en qué estoy pensando, pero yo también le doy otro sorbo.

Se vuelve a oír música. Esta vez no procede de ningún instrumento, sino de un altavoz exterior que emite una melodía lenta y sensual que me palpita en las venas. Gray me dedica otra mirada de soslayo. El calor me incendia las mejillas y trato de ignorar el revoloteo en el pecho. Cuando le devuelvo la copa, nuestros dedos se rozan y la electricidad me recorre la piel.

«Es la raíz», me digo. «Estás cachonda por el afrodisíaco».

—Seguro que desearías que Karra estuviera aquí. —Mantengo los ojos fijos al frente, pero noto que Gray me está observando.

—No —dice con voz ronca—, claro que no.

Intento no leer entre líneas, pero ¿cómo no voy a hacerlo?

—Poppy me contó que Karra te ha engañado muchas veces.

Mierda. No sé de dónde ha salido eso. No parece molestarlo. Vuelve a mirarme y esta vez giro la cabeza hacia él.

—En el pasado, sí.

—¿Y no te importa?

—No, no mucho.

—¿No debería molestarte que la persona con la que tienes una relación se acueste con otro?

—Supongo —dice.

Con sus largos dedos, delinea el borde de la taza. Me gustan sus manos. Son fuertes. Firmes. Me las imagino pilotando una aeronave, maniobrando con la columna de control con confianza. La escena es sexi, muy sexi.

El silencio se alarga entre nosotros. Parece infinito. Igual que esta noche. El momento entero lo parece. Me vibra el cuerpo mientras la excitación me recorre por dentro y debo presionar un muslo contra otro. De ninguna manera puede saber que estoy haciendo algo así, pero veo que él baja la mirada hasta mis piernas antes de pasearla por mi cuerpo, deteniéndose en mi pecho.

—Wren —dice.

—¿Mmm?

El corazón me da un vuelco cuando, de repente, se inclina hacia mí. Más cerca, cada vez más, hasta que su rostro está a un suspiro del mío. Me coloca un mechón de pelo tras la oreja, un movimiento calculado que me provoca un estremecimiento. No sé si son los seráficos o su roce, pero el pulso se me acelera de manera peligrosa.

No logro apartar la mirada de él. El mismo deseo que se arremolina en mi cuerpo le nubla los ojos. Entonces, su boca comienza a moverse con lentitud hacia la mía.

CAPÍTULO 37



Cada fibra de mi ser quiere que nuestros labios se rocen. Sería tan fácil dejar que ocurriera. Pero ahora no tengo la mente despejada, por lo que me obligo a colocarle una mano en el pecho, deteniéndolo.

—Tienes novia —le recuerdo.

Durante un segundo, en la expresión de Gray se filtra algo que no logro descifrar. Arrepentimiento, quizá. O confusión. Lo que no hay es ni un ápice de culpa. Deja escapar una carcajada áspera.

—Sí —dice—, tengo novia.

—Sé que soy una persona impulsiva, pero hay algunas líneas que no quiero cruzar.

Incluso mientras digo esas palabras, la atracción magnética entre nosotros sigue presente y nuestros ojos se encuentran de nuevo.

De repente, el terreno bajo nuestros cuerpos tiembla de forma violenta. Un estruendo cruza el bosque y me sobresalto cuando la vibración me recorre las piernas.

—¿Qué cojones? —suelto, aferrándome por instinto al brazo de Gray.

Con un gruñido inquietante y estrepitoso, el terreno vuelve a agitarse. Lo siguen diminutos temblores hasta que por fin se detienen.

—¡¿Ha sido un terremoto?! —exclamo.

Gray suelta una carcajada.

—Sí.

Hostia puta. Parecía una señal del universo. He estado a dos segundos de permitir que un afrodisíaco me empujara a besar a un

hombre que tiene pareja y la Tierra me ha detenido. Literalmente.

Jasper, quien está cerca de nosotros, dice:

—No os preocupéis, niños. Ha sido un miniterremoto.

—¿Mini? —le pregunto a Gray—. Parecía que el terreno iba a abrirse y tragarnos vivos.

—No, tiene razón. No ha sido tan malo. Hay una falla residual bajo el distrito E. En esta zona hay temblores todo el tiempo.

En cualquier caso, agradezco la interrupción. Salvada por los temblores de tomar una decisión estúpida e irresponsable. Por suerte, la tensión sexual se ha disipado, aunque los vestigios del deseo siguen revoloteándome bajo el vientre. Culparé a los seráficos.

—Voy a por otra copa —dice Gray, poniéndose en pie—. A poder ser, una que no me produzca una erección.

Lo contemplo mientras se marcha, aún pensando en lo cerca que hemos estado de ese beso.

Una sombra me oscurece la visión periférica. Al mirar, veo que Xavier se está acercando, por lo que me levanto para saludarlo.

—Te he visto —comenta, acusatorio.

—No sé de qué estás hablando —replico con tono despreocupado antes de cambiar de tema y fingir que no he estado a punto de besar a un hombre que no es Cross.

Me paso la noche en la cabaña principal que, según descubro, pertenece a Kitty. Ha dejado que me instale en la habitación de invitados, donde duermo como un tronco hasta mucho después de que amanezca. Gray, quien ha ocupado el sofá de la sala de estar, sigue fuera de combate cuando me dirijo a la cocina sin zapatos. Kitty me dijo anoche que la suya es la única cocina privada de la Hondonada. Todos los demás utilizan los fuegos comunes del comedor, donde cocinan por turnos para todo el campamento.

La encuentro en la estrecha isla de madera en el centro de la sala, sirviéndose una taza de café.

—¿Quieres una? —me ofrece.

Asiento, agradecida.

—Tu teniente se lo pasó genial.

No logro reprimir una sonrisa. Creo que Xavier descubrió anoche qué quiere ser de mayor: un Fiel. Desapareció de la fiesta con dos mujeres que Jasper y él habían encandilado mientras el contrabandista atraía a una tercera. Al parecer, el campamento es un campo de juegos enorme en el que todos están dispuestos a participar sin reglas ni límites. Ahora entiendo por qué Jasper encaja tan bien. No le gustan las reglas, sino el caos. Y Xavier, a pesar de la disciplina estructurada del Comando, está hecho para la acción.

—Jasper pone la mano en el fuego por él —anuncia Kitty.

—¿Qué quieres decir?

—Que si el teniente quisiera quedarse, se lo permitiría.

La contemplo, conmocionada.

—¿Cuándo has hablado con Jasper sobre ese tema?

—Nos hemos conectado esta mañana.

Tardo un segundo en entender que se refiere a telepáticamente. ¿Jasper Reed es un Modo? Y, si usa la telepatía con Kitty, ella, la líder de este campamento de Fe, también lo es.

Kitty parece divertida cuando me sirve el café.

—¿Qué pasa?

—¿Jasper y tú sois Modificados?

Se encoge de hombros, como si dijera: «¿Y?».

—No tenía ni idea —admito.

—No lo escondemos —dice, dedicándome una mirada divertida—. No hay diferencias entre nosotros y cualquiera que no sea Modificado. Aquí todos somos iguales.

—¿En el campamento hay Modos y Primarios? —Por alguna razón, no se me había ocurrido. Pensaba que todos eran Primarios.

—En nuestra opinión, la existencia no es una especie de lucha de sangre, Darlington. Al general y su Compañía les da miedo nuestra sangre, lo que los lleva a intentar masacrarnos. En cuanto a Kallister y su Revolución, bueno… Les gusta decir que luchan por la igualdad, pero no te confundas, se sienten superiores a esos «venas de pis». Eso no es lo que nos une. A los Fieles no nos importan esas

tonterías. Rechazamos la era nueva. No la queremos. Solo deseamos libertad.

—¿Y es un estilo de vida que podréis sostener en el tiempo? —pregunto.

Por muy atractivo que me resulte y por muy embriagador que sea, también me parece una idea ingenua. La libertad es tan fugaz como el viento que sopla entre los árboles y no deja huellas cuando desaparece. El concepto está bien, pero no estoy segura de que todos se sientan libres de verdad.

—Entiendo por qué piensas algo así —dice Kitty—. Pero confundes la libertad con anarquía. La nuestra no es una vida sin reglas. Incluso en la era pasada había normas. No nos robamos entre nosotros. Ni nos matamos. Pero somos iguales, con independencia de si nos brillan o no las venas o si puedo usar la mente para hablar con Jasper, pero no con tu teniente. Da igual. Aquí no.

Asimilo sus palabras. Tengo muchas más preguntas, pero la conversación llega a su fin cuando oímos que Gray arrastra los pies por la otra habitación. Se reúne con nosotras un momento después, pasándose la mano por el pelo rubio que tiene revuelto por la noche de descanso.

—Buenos días —dice, y asiente, agradecido, cuando le tiendo un café. Mira a Kitty—. No has cambiado de opinión sobre ayudarnos a reunir a todos los Fieles de los distritos, ¿verdad?

Su sonrisa se torna condescendiente.

—Creo que os dejo la guerra a vosotros, Blake.

Ante eso, se marcha de la cocina con largas zancadas, por lo que nos quedamos a solas. Gray y yo nos contemplamos mientras el recuerdo de anoche flota entre los dos. Ahora todas las sensaciones se han atenuado, como la calidez que me inundaba el cuerpo, el zumbido en mis venas, la manera en la que me cosquilleaban los labios por el deseo de saborearlo o me palpitaba la entrepierna. La raíz de seráfico es de otro mundo, sin
duda.

—Siento lo de anoche —dice.

—No pasa nada —contesto.

Y se acabó. Cambia de tema tan rápido que casi me deja estupefacta.

—¿Puedes contactar con la Daga? —pregunta, lo que me recuerda que nos deshicimos de los intercomunicadores en la ciudad y no tiene telepatía.

Me vinculo con Adrienne, quien dice que no pueden arriesgarse a recogernos hasta que caiga la noche y nos pide que nos quedemos en la Hondonada hasta entonces. Por suerte, Kitty acepta acogernos, así que estallo de emoción por poder estudiar la zona bajo la luz del sol.

—Voy a buscar a Xavier y a asegurarme de que nadie lo matara anoche —digo, depositando el café en la encimera.

Pero es Xavier quien viene en nuestro encuentro. Nada más salir al desvencijado porche delantero, lo localizo caminando por el sendero, envuelto en las telas negras que llevaba para la misión de reconocimiento.

—Hola —me saluda, y en cuanto le veo la cara sé lo que va a decir a continuación—. Acabo de hablar con Kitty.

—Te quedas —digo, triste.

Gray aparece en el umbral.

—Y una mierda —dice.

Xavier le dedica una mirada desdeñosa.

—No voy a volver a vuestra montaña.

—No eres tú quien lo tiene que decidir.

—En realidad, sí, hermano.

Tras cuadrar los hombros, Gray da un paso al frente.

—Intenta detenerme —se burla Xavier con los ojos brillantes—. Quizá sepas pilotar un avión mejor que yo, pero no eres un soldado y estoy seguro de que luchar se te da como el culo. Podría romperte el cuello sin despeinarme.

No se equivoca. He visto pelear a Xavier.

—No necesito pedirte permiso —continúa—, pero como cortesía a nuestra amiga en común, es decir, tú, Darlington, me gustaría que me dieras permiso para quedarme.

Se me constriñe el pecho. Es una de las pocas personas de la Daga en quien confío de verdad. Más que eso, se ha convertido en

un buen amigo.

—Ese no es mi sitio —me dice, leyéndome la mente como siempre—. Ya lo sabes. —Levanta la muñeca, ahora desnuda—. No me merezco llevar siempre un localizador. Ni un acceso restringido a todo. Ni estar rodeado de personas que me miran como si no pudieran fiarse de mí.

—Me pregunto por qué no pueden hacerlo —comenta Gray.

—Grayson —le advierto.

Me dedica un ceño fruncido.

—¿Cómo sabes que no volverá al Comando en el momento en el que nos marchemos a la Daga?

—Porque ese tampoco es mi sitio —dice Xavier—. Deserté; allí estoy condenado a muerte.

—Cross Redden es amigo tuyo desde la infancia. No va a dejar que mueras.

—¿De verdad crees que Cross tiene ahora mismo algún poder? ¿Con su hermano dirigiendo el cotarro? No me voy a arriesgar. El Comando ya no es mi gente. Y tu Revolución y tú tampoco lo seréis nunca.

—Pero ¿los Fieles sí?

—Quizá. Y si descubro que este tampoco es mi sitio, supongo que me adentraré en el bosque y me volaré los putos sesos.

—Ni se te ocurra —intervengo.

Me sonríe antes de volver a centrarse en Gray.

—Sea como sea, no voy a volver con vosotros. Si quieres pegarme un tiro, hazlo.

Xavier estira los brazos como si dijera: «Adelante».

—Nadie va a disparar a nadie —anuncia una voz conocida. Jasper aparece en el camino con una camisa blanca abierta que deja al descubierto su pecho bronceado y musculoso. Esboza una sonrisa cuando me ve—. Buenos días, Wren.

—Buenos días, Jasper.

Luego, se dirige a Gray.

—Del teniente me encargo yo. Será responsabilidad mía.

—Qué dulce por tu parte, hermano —contesta Xavier, dándole un pequeño puñetazo amistoso en el brazo antes de entornar los ojos

para mirar a Gray—. ¿Y? ¿Qué vamos a hacer, Blake? ¿Debo prepararme por si la Autoridad lanza una emboscada contra el campamento para llevarme de vuelta a la montaña?

Gray parece planteárselo. Supongo que ahora mismo desearía ser telépata. O, al menos, tener un auricular con el que poder hablar con la Autoridad. Pero nos desprendimos de todos los aparatos para poder entrar en la Hondonada.

—Podría convencer a Kitty por vosotros —propone Xavier para mejorar la oferta—. Veré si puedo disuadirla para que este campamento se una a tu causa.

Sospecho que nadie logrará que Kitty participe en algo si no lo desea. Pero la oferta de Xavier puede ser la excusa que utilice Gray ante la Autoridad si lo regañan por esta decisión.

—Vale —acepta al final—. Me encargaré de hablar con los demás. Pero si descubro que has vuelto al Comando, te mataré con mis propias manos.

Pasamos el resto del día conociendo todos los entresijos de la Hondonada. Aún nos quedan unas horas antes de que debamos partir. Kitty no autoriza que nadie aterrice en ningún punto cercano al campamento, así que debemos ir hasta el aeródromo a las afueras del distrito E.

Para cenar, nos unimos a los Fieles en un comedor rústico que zumba por el ruido de voces, que inundan el aire junto al olor de la carne a la parrilla y el pan recién horneado. Algunos niños, con demasiada energía como para permanecer sentados, corren de aquí para allá, zigzagueando entre las largas mesas de madera mientras las madres los regañan, pidiéndoles que paren. Y, aunque las luces sobre nuestras cabezas titilan de vez en cuando, no atenúan la sensación de calidez y acogimiento que desprende la Hondonada.

Cuando llega el momento, me cuesta mucho despedirme del lugar.

Xavier, Kitty y Jasper nos acompañan a la puerta de transporte, donde nos espera una moto bala. Mientras Jasper le pasa un

intercomunicador plateado y delgado a Gray, Xavier me aparta del grupo.

—Tengo que hablar con Darlington —les informa a los demás.

Me arrastra hasta que está seguro de que no pueden oírnos. Sus facciones, por lo general contorsionadas en una mueca sarcástica, se suavizan. Casi como si se arrepintiera.

—Tú también podrías quedarte —comenta, esperanzado.

—¿Por qué? ¿Para poder ver cómo disfrutas de una vida de desenfreno y te acuestas con todo el campamento? Gracias por la oferta, pero paso.

—Oye, daría un buen espectáculo.

Dejo escapar un suspiro largo y dramático.

—Vale, mira. Lo diré solo una vez y no quiero que me lo recuerdes nunca, pero… te voy a echar de menos.

Me sorprende dándome un fuerte abrazo.

Cuando nos separamos, le digo:

—Ten cuidado, ¿vale? No causes muchos problemas. Y no dejes que te coma un oso con cuernos ni nada parecido.

Una sonrisa de superioridad le curva los labios como hace siempre cuando está a punto de soltar un comentario sarcástico, lo que, en el caso de Xavier, es a todas horas.

—No te preocupes, sé adaptarme. Sobreviviré en la selva. Sobre todo, en esta selva, donde tomaré seráficos que me la pongan dura y me dejaré querer por personas maravillosas.

—No sé si necesitaba tanta información.

—Seguro que sí. ¿Cómo si no ibas a vivir de manera indirecta mi vida?

Aprieto los labios para reprimir la oleada repentina de emoción.

—¿Seguro que estarás bien?

—No me jodas, Darlington, ¿se te ha quebrado la voz? No pierdas la dignidad.

—Lo siento. Tienes razón. No quería arruinar el momento con sentimientos de verdad.

Me dedica una sonrisa.

—Sé que será difícil sin tenerme ahí, pero te las arreglarás. La mayor parte del tiempo.

—¿La mayor parte del tiempo? —repito con un bufido.

—Bueno, no puedo prometerte que no te duermas entre lágrimas las primeras noches.

—Por supuesto.

Tras eso, me dedica un vago gesto.

—Adelante. Ve a luchar en esa pequeña guerra tuya, cielo. Yo estaré aquí, peleándome con osos y echando polvos. —Inclina la cabeza y me susurra al oído—: Yo también te echaré de menos.

CAPÍTULO 38



Son casi las dos de la mañana cuando me meto en la cama en la Daga, cuando asimilo por fin el caos de las últimas veinticuatro horas y soy capaz de respirar de nuevo. Ver la cama vacía frente a la mía es más deprimente de lo que esperaba. En algún momento, he empezado a cogerle cariño a Xavier Ford hasta que ha conseguido que lo adore, con su adicción al sexo y todo.

Me doy media vuelta y me coloco una mano bajo la mejilla mientras trato de dormirme. Pero la mente me va a mil por hora y el corazón me da un vuelco al recordar los labios de Gray tan cerca de los míos.

Sé lo que parece, pero no es por eso por lo que estoy aquí.

La suave voz en mi cabeza me recorre el cuerpo como una corriente eléctrica. No duele, nunca lo hace cuando recibo estas extrañas transmisiones de la nada, pero es una sensación tan desconocida que me provoca ansiedad.

Creo que esa era… ¿Ivy? No dice nada más, por lo que no estoy segura. Pero sí oigo a Cross, alto y claro.

Son las dos de la mañana y has aparecido en mi puerta. ¿Qué iba a pensar si no?

¿Está en su apartamento? ¿A esta hora de la noche?

Solo con imaginármelo, una ira incandescente me nubla la visión, y me doy cuenta de que estoy temblando. Los celos me oprimen el pecho como una boa constrictor.

«Para. Se acabó por tu culpa. Ya no es tuyo».

Es verdad. Cross y yo ya no estamos juntos. No me ha dicho ni mu desde hace meses, lo que es culpa mía, lo acepto. Me pidió que

huyéramos y me negué. No es justo que me moleste que le hable quien sea o que tenga una cita en plena noche con su exnovia.

Por favor, Cross. Es Ivy, sin duda. *¿Puedo pasar?*

De repente, mi mente se queda en silencio. ¿Por qué no hablan?

«¡Seguid hablando!».

Odio esta nueva habilidad, sea lo que coño sea. Quiero poder controlarla, pero el silencio se alarga hasta que casi estoy gritando de frustración. Justo cuando voy a rendirme y tratar de dormir, las voces me inundan la mente de nuevo.

Lo sé. Créeme, lo sé. Cross parece tan cansado como me siento yo.

¿Qué sabe? Aprieto los dientes, frustrada.

No quería estar en esa plataforma, dice Ivy con un toque de tristeza en la voz. *Lo que les hizo a esos Sangre Plateada…*

Roe. Se refiere a Roe. Deben estar hablando de las ejecuciones tras el rescate de la mina de sal. Sus voces se desvanecen antes de regresar.

… me da miedo.

Te reasignaré. Si no te sientes segura en su unidad, te cambiaré al equipo de Hadley.

Gracias. Te lo agradezco.

Se produce una pausa larga, muy larga, y por un momento creo que he perdido la conexión. Hasta que Ivy pronuncia las palabras que me provocan otra descarga caliente de celos en el pecho.

¿Alguna vez piensas en nosotros, Cross?

Esta vez, cuando vuelve el silencio y se hace permanente, le doy la bienvenida.

Me despierto por la mañana sintiéndome decaída, así que en el desayuno convenzo a Tana para que venga al valle conmigo y montemos a caballo. Al principio se resiste, pero, al ver mi expresión, algo en ella la empuja a aceptar. Nos lleva Luisa, quien va a visitar a sus padres mientras Tana y yo nos dirigimos al establo.

Hoy no vemos a la tía de Gray, Jenni, en el porche, por suerte. Por alguna razón, esa mujer me pone de los nervios.

Tana y yo hemos reconectado poco a poco en los meses posteriores al rescate, pero esta tarde tenemos la oportunidad de volver a nuestra infancia. Me sobrepasa una oleada de nostalgia cuando ensillamos a los caballos y partimos por el sendero al galope.

—Echo de menos el rancho —comento—. Y todos esos espacios abiertos.

—Y yo a mi padre.

El estómago me da un vuelco al recordar a Griff. El enorme y agradable Griff, con su espesa barba salpicada de gris.

—Has estado estudiando la mina de carbón, ¿verdad? —le pregunto. A Tana le han asignado el servicio de inteligencia, por lo que se pasa la mayor parte del tiempo en la planta II de la Daga, coordinando a nuestros agentes en los distritos—. ¿Hay alguna posibilidad de que la red rescate a los Modos de allí?

—Lo dudo. Spearhead tiene demasiada seguridad —contesta, sombría—. Pero hemos estado monitorizando las comunicaciones. No he podido hablar con él directamente, pero me he vinculado con uno de los Modos que hay allí y le ha pasado algunos mensajes. Mi padre dice que está bien y que no debo preocuparme.

Por supuesto que sí. Griff nunca querría que su hija se inquietara.

El caballo que estoy montando es una yegua con mucha energía llamada Moteada. No conoce el significado de la paciencia y lleva intentando echar a correr todo el tiempo, obligándome a tirar de las riendas. Mientras tanto, la montura de Tana, un dulce potro llamado Corredor, no hace honor a su nombre. Mientras que su madre está preparada para la velocidad, las pezuñas de la cría repiquetean con lentitud sobre la vía rocosa, marcando un ritmo lento y calmado.

—¿Por qué me ha tocado el perezoso? —suspira Tana cuando de repente el potro se detiene para mordisquear un pedazo de hierba.

La yegua suelta un relincho, infeliz.

—La mía es de Z —musito—. Se muere por empezar a galopar.

Tana azuza a Corredor, ejerciendo presión con los talones de las botas y él acelera el paso, aunque no demasiado. El camino se vuelve más ancho, por lo que ahora podemos cabalgar una al lado

de la otra. No hablamos durante un tiempo, aunque es un silencio cómodo. Tana y yo nunca necesitamos llenar el espacio entre las dos con palabras banales, pero me conoce demasiado bien. De reojo, percibo que me observa hasta que suelta una carcajada cómplice.

—Vamos, escúpelo. Hablemos del tema.

—¿De qué?

—De lo que tengas en la cabeza. —Hace una pausa—. ¿Es sobre él, sobre el capitán?

—Ya te lo dije. Se acabó. —Solo Gray, Xavier y ella saben que tuve una relación con Cross.

—Solo porque no estéis juntos no significa que no sigas pillada.

—La otra noche hice una tontería —admito.

—No me digas. —Curva las comisuras de la boca mientras reprime otra carcajada.

—Casi beso a Gray. Me gustaría poner como excusa que iba puesta de seráficos…

—Perdona, ¿qué?

—Los Fieles se los echan al *grange* —respondo, irónica—, pero no fue del todo culpa de la raíz. Una parte de mí quería besarlo de verdad.

—¿Y por qué es un problema?

—Porque tiene novia. Y yo tengo… No sé lo que tengo. Supongo que un corazón roto que me he autoinfligido.

Tana suelta un suave silbido, que hace que mi yegua lo considere una señal para avanzar al galope. Lo siguiente que sé es que intenta recorrer el sendero a toda velocidad.

—¡Oye! —exclamo, tirando de las riendas para que Moteada se detenga y ella relincha, desaprobatoria—. Mira, no es culpa mía que a tu hijo le pese el culo.

Espero a que Tana nos alcance, trotando con su potrillo.

—¿Sabes cuál es la mejor cura para un corazón roto? —pregunta, retomando el tema donde lo hemos dejado—. Pasar página.

—No sé si puedo.

—Seguro que sí. No hay pocos hombres atractivos en la Daga —señala—. Incluido el piloto…

—Gray tiene novia —repito.

—Y a él le importa una mierda.

—Sí que le importa Karra —protesto.

—Pero tú le importas más.

Eso hace que me detenga.

—¿Estás sugiriendo que use a Gray o a cualquier persona de la base para olvidarme de Cross? No me parece bien utilizar así a la gente.

—No estarías usando a nadie. Como he dicho, se llama pasar página. Eso no significa que debas apresurarte a empezar una relación. Bastaría con que estuvieras dispuesta a que pasara algo con otra persona. —Duda—. Sé que lo querías, pero no puedes tener una relación con un Primario. Al final, llegaría el día en el que tendría que elegir entre su gente y tú. Y nunca te elegiría a ti.

Reajusto las riendas, tratando de ignorar lo mucho que me arden los ojos.

—Lo pensaré. Deberíamos volver.

Chasquea la lengua para llamar la atención de su caballo y damos media vuelta hacia el valle.

—¿Y qué pasa contigo? ¿Alguna posible pareja en la base? —No quiero agobiarla, pero no puedo evitar añadir—: Pasas muchas comidas con Luisa…

Tana se encoge de hombros.

—¿Qué ha sido eso? —la provoco.

Al final, me mira, cohibida.

—Anoche la besé.

No logro ocultar mi emoción.

—¿En serio? ¿Y qué tal?

—Bastante bien —admite—. No suelo salir con mujeres como ella. Es callada y odia ser el centro de atención. No es de las típicas que se emborrachan en las fiestas y bailan toda la noche.

—No, pero es buena chica.

—Me da esa impresión, sí. Es más reservada que yo, eso es todo. Su familia ha pasado por mucho. Por favor, no le des demasiada importancia. Me gusta, pero… estas cosas nunca duran.

—¿Habéis hecho algo más que besaros?

Al instante, Tana se tensa.

—Perdona —digo a toda prisa—. No tienes que contármelo.

—No, no es eso. Es solo que… no he estado con nadie desde lo que ocurrió con el soldado.

Anson. Nunca lo llama por su nombre, aunque sepa cuál es. No puedo culparla por intentar mantener las distancias con él en su mente.

—Es difícil intimar después de algo así —susurro.

Tana asiente.

—Lu es paciente.

—Bien, me alegro. Si ocurre, ocurre. Y, si no, no pasa nada.

Volvemos al pequeño establo, donde pasamos la siguiente hora desensillando y peinando a los caballos antes de dejarlos salir al prado.

Las venas de Tana se tiñen de plata cuando se vincula con Luisa.

—He quedado con Lu a las diez en la plataforma de aterrizaje.

Nos estamos encaminando en esa dirección cuando poso los ojos en una imagen sorprendente en el pequeño patio delantero de una cabaña cercana.

Una mujer de pelo oscuro está agachada al lado de un niño y le ayuda a colocarse en la espalda lo que parecen un par de alas de madera. Al acercarnos, me sorprende ver que son Evlynne y Fisher.

El crío ha esbozado una sonrisa radiante y estira los brazos larguiruchos como si fuera a despegar. Evlynne, con una mirada de ternura que nunca había visto en su expresión amarga, endereza las alas antes de acariciarle las mejillas a su hijo. Su tono profesional vuela hasta nosotras.

—¿Preparado para la comprobación, as?

—¡Alas listas! —grita el niño.

—¿Gafas? —pregunta Evlynne.

El crío se coloca unas gafas imaginarias sobre el puente de la nariz.

—¡Gafas puestas!

—¿Altitud?

—Seis mil metros.

Evlynne asiente con brusquedad.

—Despegue autorizado.

Mientras se pone en pie, Fisher corre por la hierba cortada de forma pulcra, agitando los brazos como si fueran hélices. Es probable que sea lo más adorable que haya visto en mi puta vida. Evlynne parece estar de acuerdo porque le brillan los ojos mientras observa cómo su hijo «vuela» por el patio.

El crío se detiene a mitad de camino cuando nos ve a Tana y a mí.

—¡Tana! —grita Fisher.

Se acerca corriendo y mi amiga se inclina para darle un abrazo. Me comentó que hizo varios amigos en el valle durante las semanas que vivió con Beatriz y Seth. Supongo que Fisher entra dentro de ese grupo.

Me sorprende cuando el pequeño me reconoce también.

—¿Ha venido Gray contigo? —gime.

Niego con la cabeza.

—No, está en la base.

Cuando Evlynne se acerca, me preparo. Apenas hablamos en la Daga, aunque tampoco lo estoy deseando, dado que me dejó tirada en la montaña. A pesar de la tensión en el aire, nos saluda con una sonrisa reticente.

—Hola, Tana —dice—. Darlington.

—¿Sabéis qué? —nos interrumpe Fisher, dando saltitos que hacen que se le muevan las alas—. Mamá y yo vimos ayer a un aullador.

Me tenso.

—¿Aquí en el pueblo?

—No, estaba bastante lejos —dice Evlynne.

—¡Pero lo vimos! —continúa Fisher—. Estaba en lo alto de una colina mirándonos. Igual que nosotros a él. Lo saludé, pero echó a correr. —Se le ilumina el rostro—. ¿Sabes por qué lo llaman aulladores? Mamá, díselo.

Evlynne le revuelve el pelo. Es evidente que siente pasión por el crío y se le suaviza la mirada cada vez que la centra en él.

—Porque, al vivir en lo alto de las montañas, deben aullar para poder llamarse, ya que están a kilómetros de distancia.

—¿Lo sabíais? —insiste Fisher, paseando los ojos de Tana a mí.

—Lo sabía, sí —contesto—. Y el sonido cruza las rocas de las montañas. Así marcan su territorio.

Evlynne me sostiene la mirada y me dedica una expresión tímida que dice «síguele el rollo», así que le respondo con una sonrisa tranquilizadora. Cuando de repente le empiezan a brillar los brazos, vuelve a centrar la atención en el niño.

—Debo entrar corriendo un segundo, cariño. Tu tía Bea va a venir a recoger el molde que nos prestó.

—¡Mamá nos ha hecho una tarta! —exclama Fisher.

¿Evlynne cocina? Mientras la mujer que me resulta totalmente una extraña se apresura hacia la cabaña, Fisher sigue balbuceando acerca de la tarta, los aulladores y los aviones hasta que a Tana le vuelven a brillar las venas de nuevo.

—Luisa nos está esperando —me recuerda.

Le dedico una nueva sonrisa a Fisher.

—Tenemos que irnos, pero seguro que nos veremos pronto.

—¡Esperad! ¿Podéis darle a Grayson una cosa de mi parte?

—Claro.

Antes de que tenga tiempo de pestañear, me estrecha la cintura con los brazos.

—Un abrazo —explica con una sonrisa radiante—. Dale un abrazo de mi parte.

Vale, ha sido muy dulce. Los niños y yo no solemos llevarnos bien. Sin embargo, a Gray se le dan genial.

¿A Cross le gustarán los críos? Nunca lo he visto interaccionar con ninguno. Como Lobo, muchas veces me dijo que no quería tener hijos, pero me da la impresión de que sería un buen padre.

Una descarga de electricidad me cruza la nuca y solo logro ocultar el dolor porque mi tío Jim se pasó años formándome. Ocurre muy rápido. Apenas un segundo de presión en la mente. Luego, desaparece.

El hijo de Evlynne me dedica una mirada llena de curiosidad.

—¿Quién es Cross?

Retrocedo, conmocionada. Este crío acaba de leerme la mente.

CAPÍTULO 39



Cuando era niña, no sabía lo impresionante que era que pudiera leerle la mente al tío Jim. No ocurría a menudo porque tenía uno de los escudos más fuertes con los que me he encontrado y, la mayoría de las veces en las que conseguía traspasarlo, era porque él estaba distraído y no mantenía protegida la mente con tanto ahínco. Pero nunca entendí por qué se sentía incómodo; al menos, no hasta que me hice mayor.

Ahora sé que se trataba de una capacidad extraordinaria. La mente de un adulto formado, sobre todo uno con años de experiencia fortaleciendo sus barreras, es un objetivo complicado para cualquiera. Pero ¿para un niño? Sería un prodigio poco común poseer tanto poder.

Como el de Jim, mi escudo es casi impenetrable. Nadie ha sido capaz de leerme la mente sin que una alarma interna me avisara para que reforzara el escudo.

Hasta Fisher.

Durante el viaje de vuelta a la montaña, me pregunto si debería hablar con Evlynne sobre el tema. ¿Sabe que Fisher puede leer mentes? Solo tiene seis años. Los Modos suelen empezar a manifestar las habilidades a los doce, alrededor de la pubertad. Si Fisher ya las puede usar, es un indicativo de que será poderoso. Muy poderoso.

Decido consultarlo con la almohada y le envío un mensaje a Gray para averiguar dónde está, pero no recibo respuesta, por lo que me dirijo a la sala de recreativos, donde lo encuentro, sentado en una mesa con Saint, Mako y Karra. Bueno, Karra no está sentada a la

mesa, sino sobre él. Rodea a Gray como si fuera una tela, con un brazo sobre los hombros y la cara escondida en su cuello.

Los cuatro están jugando al póker. Levantan la mirada cuando me ven acercarme.

—Wrenny —me saluda Mako.

Me he rendido pidiéndole que no me llame así. Hace lo que quiere. La única razón por la que no recibe un puñetazo diario en la cara es porque es adorable y no tiene ni un ápice de malicia en ese enorme y dulce cuerpo. Es la persona más pura que he conocido.

Saint me saluda con la cabeza y yo le devuelvo el gesto.

Karra no me dice nada, tan solo me mira, y luego le susurra algo a Gray al oído. Su novio sonríe y, por alguna razón, eso me saca de quicio. Quizá porque Tana ha plantado la semilla de que puedo usar al piloto como distracción de mi dolor por la ruptura con Cross y ahora esa idea no deja de rondarme la mente.

Sé que tenemos química. Cuando nos besamos en la base del Comando sin duda saltaron chispas. Pero tiene una novia que, ahora mismo, prácticamente lo está devorando, de forma que aparto los pensamientos inapropiados de la mente.

—¿Quieres participar? —ofrece Mako.

—Claro. —Entonces, advierto que no hay ninguna moneda en la mesa—. ¿Qué apostáis?

—Favores.

Arqueo una ceja.

—¿Cómo funciona?

Mako esboza una sonrisa.

—No hay rondas de apuestas. La inicial es un favor. Si quieres retirarte, *fold*. Si pierdes, le debes al ganador un favor.

—¿Cualquiera?

—A ver, nadie lo va a cumplir si no se lo impones —dice Saint con una carcajada.

—Entonces, en resumen, el juego entero no sirve para nada, ¿no? —replico.

—Básicamente. —Saint retira una silla vacía con el pie y me hace un gesto para que me siente.

Me dejo caer, uniéndome al juego.

—¿Qué tal el paseo a caballo? —me pregunta al final Gray.

Karra despega los labios de su cuello.

—¿Has ido a cabalgar? Estás haciendo honor a tu mote, vaquera.

Me obligo a dedicarle una sonrisa.

—Tana y yo solíamos montar a caballo por mi rancho a todas horas, así que ha sido un momento bastante nostálgico. Pero muy agradable.

Mako baraja las cartas y reparte cuatro a cada jugador. Cojo las mías con los dedos crispados al oír cómo Karra se ríe por algo que le ha dicho a Gray al oído. Recoge sus cartas, pero no se molesta en mirarlas. Está demasiado ocupada recorriéndole los músculos del brazo desnudo a su novio, lo que hace que Mako suelte un bufido de impaciencia, ya que se supone que le toca empezar.

—¿Puedes dejar de susurrarle cosas al oído a Gray y jugar? —le dice.

—Tengo que susurrárselas porque no puedo contárselas mentalmente —se queja.

—Claro. Pedazo de infecto —se burla Mako—. No sé cómo puede vivir la gente sin telepatía.

—Con mucha paz —comenta Gray, alegre—. En realidad, lo prefiero.

Intento centrarme en las cartas. Tengo un diez, dos nueves y un cuatro.

Saint coloca tres cartas en la mesa. Dos, seis y diez. Quiero el diez, por lo que coloco la que me quiero descartar, el cuatro, a la vez que Gray se deshace de una sota parar robarme la carta.

—Que te jodan —gruño.

—Qué mala perdedora —dice, chasqueando la lengua.

Cojo una nueva carta de la baraja. Un tercer nueve. ¡Chúpate esa, Grayson! En realidad, me ha hecho un favor al llevarse ese diez.

Mientras la ronda progresa, cada vez me molestan más las payasadas de Karra y Gray. Saint me dedica una mirada de cautela, como si notara la tensión creciente en mi interior. No dejo de desviar la mirada hacia ellos. Ahora le toca a Gray, pero está ocupado escuchando lo que sea que le esté susurrando la chica.

—¿Vamos a acabar esta ronda en algún momento? —suelto, más alto de lo que pretendía.

Durante un segundo, se produce un silencio incómodo. Saint arquea una ceja.

—No sabía que tuviéramos tanta prisa —dice Gray.

—Es solo… —Mi frustración sigue creciendo—. Estamos jugando, así que juguemos.

—Vaya, niños, no hagáis esperar a Darlington —bromea Gray antes de lanzar una reina para robarme otro diez. Capullo.

Sitúo en la mesa la siguiente carta con demasiada violencia.

—¿Estás bien? —pregunta Karra, divertida. Mientras tanto, no deja de dibujarle pequeños círculos en el pecho a Gray.

—Maldita sea, ¿nunca paráis? Sois como una de esas parejas que está deseosa de conseguir validación. Necesitáis demostrar cada segundo que pasa lo cachondos que os ponéis el uno al otro.

A mi rabieta le sigue un silencio lleno de perplejidad. Ay, joder. Parece que estoy loca.

Cuando Karra se sonroja, me siento como una gilipollas por lo que he dicho.

—Lo siento —musito, al mismo tiempo que las mejillas también se me inundan de calor—. Al parecer, no estoy de humor para jugar esta noche. —A toda prisa, dejo las cartas en la mesa y echo la silla hacia atrás—. Os dejo, chicos.

«De camino a tu apartamento. Tenemos que hablar».

No me sorprende cuando recibo un mensaje de Gray en el intercomunicador no mucho después de que me dirija a mi cuarto. Estoy tan tensa que me parece que me voy a romper en cualquier momento. Odio sentirme tan fuera de control porque, cuando estoy así, hago muchas estupideces. Cross ya me lo avisó en una ocasión. Me acusó de ser una tormenta de fuego y dijo que arrasaría con todo lo que se interpusiera en mi camino si no aprendía a reprimir mis emociones.

Estas borbotean a un peligroso pelo de distancia de la superficie cuando Gray llama a mi puerta. Dejo que entre, trayendo consigo a la habitación su propia oleada de tensión.

—¿Qué cojones ha sido eso? —pregunta, molesto.

No me hago la tonta.

—Lo siento. Hoy estoy de los nervios.

Una línea fina le tensa las comisuras de la boca.

—De los nervios —repite.

—Sí.

—Mira, me importa una mierda si saltas conmigo, pero no le hables mal a Karra.

—Tienes razón. Lo siento. —Dejo escapar un suspiro, cansada—. No pretendía ofenderla. Me disculparé con ella. Pero… —Me detengo, a punto de meter la pata de nuevo.

—¿Qué? —Entorna los ojos.

—Nada.

—Dilo.

Me encojo de hombros.

—Solo digo que, cuando alguien se pega como una lapa de esa manera, suele querer sobrecompensar algo que ha hecho.

—Sí, bueno, cuando alguien reacciona como tú, suele significar que está celoso. —Advierto la burla en su voz—. ¿Estás celosa, vaquera?

Se me acelera el pulso.

—¡Qué va! —¿Parezco a la defensiva? Me preocupa parecerlo—. Me da igual con quién te líes.

—¿Seguro? Porque, desde mi punto de vista, tengo la impresión de que te ha molestado que te cagas.

—No.

No le estoy mintiendo, ¿verdad? No, no puede ser. No me importa. Es mi amigo y aún no he superado a Cross. Admitir lo contrario sería un desastre demasiado complicado.

—Te equivocas —me obligo a decir.

Se acerca a mí con los ojos verdes fijos en mi rostro. Buscando algo. Estudiándome.

—Mientes —dice con la voz áspera—. No sé si a mí o a ti misma.

No respondo. Me libera de su mirada, negando con la cabeza.

—Buenas noches, Darlington.

Se dirige hacia la puerta, que se cierra con un zumbido, y me quedo a solas, acompañada de todo lo que queda sin resolver entre nosotros. Respiro hondo, tratando de calmar el latido de mi corazón. ¡Joder, joder, joder!

TRANSCRIPCIÓN DEL INTERROGATORIO

Fecha: 12/05/11 E. N.
Hora: 19:55
Dirigido por: Capitana Jerrika Quinn, Élite Plateada
Sospechosa: Coronel Marina Serrano, sección Estaño

[continuación]

QUINN: ¿Y tus padres?

SERRANO: No, ya se lo he dicho, no me llevo bien con ellos.

QUINN: ¿Por qué? Te has negado a decirlo.

SERRANO: Mi padre trabajó para Tack Severn y siguió sus órdenes sin cuestionárselas. ¿Cómo íbamos a llevarnos bien?

QUINN: Sus ideas políticas estropearon vuestra relación.

SERRANO: Claro. Es difícil conectar con personas con las que no estás de acuerdo en lo fundamental. Mis padres formaron parte de algo que, por principios, yo no podía aceptar. Fueron leales a un régimen horrible y a un líder corrupto.

QUINN: ¿Tu madre también era severenista?

SERRANO: ¿Y qué coño voy a saber yo, capitana? Mi madre era débil. Nunca se enfrentaba a mi padre. Dejaba que él dictaminara cada aspecto de su vida. Si no estaba de acuerdo con el presidente Severn, nunca lo dijo. Le interesaba

más no perder a su marido que hacer lo correcto.

QUINN: ¿Y tu padre? ¿Creía que estaba haciendo lo correcto?

SERRANO: Sí, es lo que decía, al menos. Pero ¿sabe lo que creo? Que era una máscara para ocultar su propia ambición. Le daba igual si algo era bueno para el Continente o los Aberrantes por los que decía que luchaba. Solo le importaba el poder.

QUINN: ¿Te dolió que el general Redden ejecutara a tus padres?

SERRANO: No, eran traidores. Merecían morir.

QUINN: ¿Traidores para quién?

SERRANO: Para la Compañía y nuestro nuevo modo de vida. Formaban parte de un sistema que nos falló y nunca habrían sido leales al general. Hizo lo correcto al sentenciarlos a muerte.

QUINN: Ya veo. ¿Estás insinuando que eres leal al general?

SERRANO: No es una insinuación. Soy totalmente leal al general Merrick Redden y creo que he hecho más que suficiente para demostrarlo. Ayudé al general en el golpe. Y...

QUINN: Si eras leal al general, ¿por qué nos ocultaste tu condición de Aberrante?

CAPÍTULO 40



—Siento interrumpirte —dice Kallister, asomando la cabeza por la puerta del despacho—, pero me acaban de convocar en la sala de guerra. —Hace un gesto hacia la tableta en mis manos—. Tendrás que volver otro día.

La decepción se me aovilla en el pecho. Mierda. Estaba llegando a la mejor parte. Por fin he empezado a leer el interrogatorio de mi madre y me arrepiento de no haberlo hecho antes. Es, de lejos, el documento más fascinante de su archivo.

De alguna manera, mis encuentros semanales con Kallister han pasado desapercibidos. Gray una vez hizo mención del tema y le dije que a Kallister y a mí nos gustaba hablar de Jim. No es del todo mentira. Sí que hablamos del tío Jim, pero me paso la mayor parte del tiempo leyendo el archivo de mi madre.

Al salir al pasillo, recibo un mensaje de Mako que me provoca una sonrisa.

«¿Te apetece golpear algunos sacos, Wrenny?».

Voy directa al gimnasio, pero, cuando entro, me encuentro a Gray y Saint entrenando juntos. No esperaba que Gray estuviera aquí; llevo evitándole varios días y ahora… se me acelera el pulso de repente. No es mi intención, pero centro los ojos en ambos. Ninguno lleva guantes y los dos van descalzos. Sus torsos están relucientes de sudor. Gray también tiene el pelo mojado y, al apartárselo de la frente, veo enmarcadas sus preciosas facciones.

—Demasiado lento —se burla mientras esquiva uno de los puñetazos de Saint.

Como siempre, por su rostro baila la travesura. No creo que sea posible que se ponga triste por nada. Cuando le he visto enfadado, siempre le ha durado poco. Su malhumor es como una lluvia torrencial que desaparece antes incluso de mojar el suelo.

Se mece sobre los talones antes de soltar un gancho que Saint logra evitar en el último segundo.

—¿A quién llamas lento? —replica Saint antes de lanzarse hacia delante y darle un puñetazo que hace que Gray suelte un gruñido.

—Bien hecho —dice el piloto mientras se seca la sangre que comienza a caerle por la comisura de los labios.

Ambos se mueven con ligereza. Los observo, admirando su agilidad. Es mucho más cordial que cuando Cross peleaba con Xavier en el cuadrilátero, en la base del Comando, cuando estaban a punto de darse una paliza de muerte antes de echarse a reír como si fuera lo más normal entre amigos.

—Wrenny. —Mako aparece a mi lado.

En ese momento, Saint y Gray terminan de entrenar y se acercan a nosotros. Fijo los ojos en Gray, quien me devuelve la mirada con una mezcla de burla y diversión. Luego, abre el tapón de su botella metálica y le da un largo sorbo.

Mako y yo entrenamos un rato golpeando los sacos de boxeo. Me propone luchar entre nosotros, pero no me interesa acabar aplastada por una montaña humana, por lo que le aseguro que me parece bien que nos centremos en los sacos. No se calla en ningún momento; casi siempre dice tonterías, pero también menciona que hay una fiesta en la cueva esta noche. En la Daga se organizan fiestas a menudo, supongo que porque no tenemos mucho que hacer la mayor parte del tiempo. Es su manera de desahogarse, como las noches en el cuadrilátero del Comando.

Esa noche, voy con Mako a la fiesta. Cuando nos encontramos, retoma la conversación como si nunca se hubiera acabado. Esta vez, mientras suelta un riachuelo incesante de palabras, apenas lo oigo sobre la música estrepitosa. Mejor. La mayoría de lo que dice no tiene mucho sentido.

Mientras la melodía machacona de un bajo eléctrico retumba entre las paredes de la cueva, me recoloco la parte frontal de mi top

escotado y estudio la sala en penumbra. Estoy aquí esta noche para demostrar que me dan igual las acusaciones que me soltó Gray a la cara el otro día. No estoy celosa de Karra. Puede enrollarse con quien quiera.

Advertir a Tana bailando entre la multitud me levanta el ánimo. Estoy a dos segundos de acercarme cuando me doy cuenta de que no está sola. Luisa y ella están perdidas en su propio mundo mientras bailan, con los cuerpos fusionados, sosteniéndose la mirada.

Le estoy dando un sorbo a una botella de licor del valle cuando Adrienne me sorprende colocándose a mi lado. En lugar de intentar gritar sobre la música como Mako, utiliza la telepatía.

¿Qué tal va todo, Darlington? Llevamos un tiempo sin hablar.

Me encojo de hombros y doy otro trago.

Todo bien.

¿Te sientes más cómoda en la Daga? Sé que Ford se ha ido, pero pareces haber encontrado tu lugar entre nosotros, ¿no?

Creo que sí. Evlynne ya no me fulmina con la mirada tanto como antes.

¿Ya no te deja tirada en la montaña?

Eso nunca ha pasado.

Adrienne me dedica una mirada. Sabe que le estoy mintiendo. Y Mako sabe que nos estamos comunicando porque a ella sí se le iluminan las venas y ambas lo estamos ignorando.

—¿Por qué las mujeres siempre se olvidan de que estoy aquí? —gime, dramático.

Mientras se aleja con largas zancadas, contemplo a Adrienne.

¿Alguna novedad sobre la búsqueda de aliados? ¿En Tierra Fe?

No he venido aquí a hablar de negocios, responde, desestimando la pregunta, antes de alejarse y perderse entre la marabunta. Mako también ha desaparecido, supongo que a lamerse las heridas porque lo hayamos dejado de lado en la conversación.

Busco a Tana de nuevo y reprimo una sonrisa cuando la localizo con Luisa en las sombras, besándose. Me alegro mucho por ella. Verla tan destrozada ese día en el valle me resultó desgarrador. Solo quiero que sea feliz.

Advierto movimiento en mi visión periférica antes de que Saint se deslice hacia el espacio que hay a mi lado.

Siento sus ojos fijos en mi sien y, cuando me giro, lo saludo con un movimiento de cabeza que me devuelve. No esperaba mucho más de él. No habla demasiado, lo que forma parte de su encanto. Las mujeres se mueren por conocerlo en profundidad, pero Saint no quiere que eso pase, así que se muestra esquivo.

No sé qué me empuja a cogerle de la mano; juro que no estoy intentando flirtear. A pesar del gesto de sorpresa que le cruza la expresión, me permite que nos vinculemos telepáticamente cuando ejerzo presión en su mente.

Baila conmigo.

No protesta. Baja las manos a mi cintura, no con demasiado fervor, y acerca su cuerpo al mío. Me muevo a su ritmo, tratando de perderme en la música. Huele a fuego y especias. Nos acercamos cada vez más hasta que casi estoy pegada a él.

Sigue sin hablar. Ni en alto ni a través de la conexión mental. Su aliento me cosquillea el cuello cuando entierra la cara en él y entiendo entonces por qué todas las mujeres de la Daga caen a sus pies. Consigue distraerte con su mera presencia.

El ritmo cambia, volviéndose más lento. Saint cuela un muslo entre mis piernas antes de guiarme hasta la pared de la cueva. Ya no estamos bailando. Ahora estamos aquí de pie, fusionados el uno con el otro. Inhalo con fuerza, temblando cuando noto sus labios rozándome el cuello. No es un beso. Más bien, una caricia. Una provocación.

Desliza las manos hasta mi culo. Una nueva provocación. Levanta la mirada y nuestros ojos se encuentran. Fijo los ojos en sus labios mientras me debato entre si debo besarlo o no. Sin embargo, una idea me sobreviene, una verdad a la que no puedo resistirme.

«No es a él a quien quiero besar».

Me tiemblan las manos en torno al cuello de Saint. Necesito encontrar a Gray.

—Lo siento —digo, dejando caer los brazos—. Tengo que irme.

No protesta. Solo da un paso atrás y me dedica un fantasma de sonrisa de superioridad, como si supiera con exactitud hacia dónde

me dirijo.

Cinco minutos después, estoy en la puerta del apartamento de Gray, paralizada por la indecisión. Levanto la mano; quiero llamar, pero a la vez no. Me siento demasiado expuesta bajo los fluorescentes del pasillo. ¿Qué diablos estoy haciendo?

Se me despeja la mente como si la cruzara un rayo. ¿Qué coño me pasa? Tiene novia. Da igual si no es algo serio o si a Karra le gusta tontear por ahí. Siguen juntos y no tengo derecho a estar aquí.

Será mejor que no lo complique. Me ceñiré a la amistad, que es lo más fácil.

Negando con la cabeza a modo de reprimenda, me giro para marcharme. En ese momento, la puerta se abre de golpe.

Gray abre mucho los ojos al verme.

—Hola.

—Hola —farfullo—. Perdona. No sé por qué…

—Iba a buscarte —me interrumpe con voz ronca.

Titubeo.

—¿En serio?

Sin mediar palabra, retrocede y me sostiene la puerta para que pase. Dudo solo un momento antes de entrar. La cierra a mis espaldas y de repente el aire se vuelve más denso, haciendo que sea difícil respirar.

Asimilo la imagen que tengo delante. Lleva un pantalón ancho, una camiseta blanca y el pelo despeinado, como si se hubiera pasado las manos por él.

—¿Empiezo yo? —pregunto, incómoda.

Asiente.

—Quería pedirte perdón por la manera en la que le hablé a Karra. Estuvo fuera de lugar. Me he disculpado con ella de nuevo esta mañana.

—Sí, me lo ha contado.

—Pero también te debo una disculpa a ti —digo, mirando a cualquier parte excepto a él. A mis pies. A la pared. A un punto sobre su cabeza—. Me pareciste un engreído al acusarme de celos. —Por fin, le sostengo la mirada—. Pero no te equivocabas. Estaba celosa.

Me mira como si tratara de reprimir una carcajada.

—Sé que no tengo derecho a estarlo. Ha ocurrido sin querer, pero quizá… —Me callo.

—¿Quizá qué?

—Quizá… eh… siento algo por ti.

No dice nada. Y tampoco puedo interpretar su expresión, lo que me pone de los nervios.

—¡No te preocupes! —añado a toda prisa—. Haré lo que pueda para superarlo.

Arquea una ceja.

—Nunca le robaría el novio a otra —continúo—. No planeo hacerlo contigo.

Está intentando con todas sus fuerzas no echarse a reír.

—Me alegro —me responde por fin.

—Te lo prometo. No soy la clase de persona que hace ese tipo de cosas. De hecho, no debería haber dicho nada, pero no quiero que pienses que fui una gilipollas con tu novia sin razón algu…

—No es mi novia.

Dejo de hablar.

—¿Qué?

—He roto con Karra esta noche.

CAPÍTULO 41



La habitación se inclina sobre su eje.

—¿En serio? —pregunto mientras el corazón me da un vuelco en el pecho. Me contemplo los pies, temerosa de ver su expresión—. ¿Por qué?

—Llevábamos mal un tiempo. Siempre volvemos a los brazos del otro cuando estamos aburridos y, después, se acaba. Estoy cansado de ese bucle. Es hora de pasar página.

—Tiene sentido.

—Eso, y que yo también siento algo por ti.

Me quedo paralizada. Cuando levanto la cabeza, me dedica una sonrisa. Se acerca a mí y el aire parece volverse denso. Lleno de vida. Me coge la cara con una mano y me acaricia la mandíbula con el pulgar, provocándome un escalofrío. Entonces, se inclina hacia mí apenas unos centímetros y noto cómo su aliento me cosquillea los labios, haciendo que una oleada de calor me recorra el cuerpo.

La tensión se aovilla en mi interior, mezclándose con el deseo y quizá una chispa de inquietud. Inspiro hondo y Gray desvía los ojos hacia mi pecho, que se hincha bajo la camiseta.

Se le curvan los labios en una sonrisa casi imperceptible. Sabe el efecto que está teniendo en mí. Él también siente esta corriente de electricidad que nos envuelve, a punto de estallar de forma peligrosa.

—Llevo queriendo besarte desde aquella noche en la base del Comando. —Su voz se torna ronca, anhelante.

Deja que la confesión flote entre los dos. Me humedezco los labios y baja los ojos hasta mi boca. Un relámpago los cruza.

—¿Qué piensas? ¿Debería besarte de nuevo?

No es un desafío, sino una súplica. El corazón se me desboca contra las costillas.

—Creo que deberías hacerlo.

Con una sonrisa, me delinea la mejilla con las yemas antes de deslizarlas hasta mi cuello. Pero no me besa. Sigue observándome. Yo respiro más rápido; me muero de impaciencia.

Lo está disfrutando. La tensión. La provocación. Pasan algunos segundos más. Me muerdo el labio a medida que crece mi frustración.

—Gray, no me jodas. ¡Por favor!

Con una suave carcajada, me rodea la nuca con los dedos y acerca su boca a la mía. El beso es apasionado, urgente, pero, a la vez, desprende ternura, como si ambos estuviéramos saboreando el momento. Me recorre la espalda con las manos y respondo atrayéndolo hacia mí hasta que mi ardor está al nivel del suyo.

Aprieto la tela de su camisa entre los puños. Con un sonido ahogado, me pasa los dedos por el pelo e intensifica el beso, deslizando la lengua por mi boca para probar la mía. Se me acelera el corazón. Hacía mucho tiempo que nadie me besaba así. Desde…

Aparto el recuerdo. No quiero pensar en ello. Deseo perderme en este instante, en la calidez de sus labios y la manera en la que baja por mi espalda, posa los dedos en mi cintura y estrecha mi cuerpo contra el suyo. Reprimo un gemido al notar la dureza de su excitación contra el estómago.

—Nunca he deseado tanto a nadie como a ti —musita.

Ambos estamos sin aliento, pero parece que no podemos dejar de besarnos. Gray me empuja hacia atrás hasta que choco con los hombros contra la pared. El calor se me acumula bajo el vientre y me provoca una punzada de anhelo entre las piernas. La camiseta se me ajusta al pecho, marcándome los pezones. Quiero quitarme la ropa. Y quitarle la suya. Lo quiero a él.

Debo hacer uso de toda mi fuerza de voluntad antes de retirarme. Últimamente me estoy esforzando por pensar antes de actuar, por deshacerme de la costumbre de seguir mis impulsos y, excepto

cuando me rebelé durante el rescate en el Cañón Helado, he logrado controlarme. A mí, a mis habilidades, a mis emociones.

Por eso, jadeante, con el corazón aún martilleándome en el pecho, la tela de su camiseta entre los puños y las rodillas temblorosas por el deseo, me obligo a alejarme un poco de él.

—Quiero que sigamos —le digo con la voz ronca, impregnada de lujuria—. Te lo prometo.

—¿Pero?

—Pero, si vamos a… hacerlo… —trago saliva—, necesito que vayamos despacio. Muy despacio.

Curva de nuevo los labios.

—Vale.

—Me da miedo que, si vamos demasiado rápido, te… —Me interrumpo, mordiéndome el labio.

—¿Qué? —farfulla.

—Te haga daño.

En sus ojos aparece un brillo sarcástico.

—Es gracioso, porque a mí me preocupa lo mismo.

—¿Sí?

Acaba con la distancia que he intentado crear entre nosotros y entrelaza sus largos dedos con los míos.

—No se me dan bien las relaciones. Puedes preguntárselo a Karra.

—Creo que a mí también se me dan mal —confieso—. Y me parece que, si me meto en la cama contigo, una parte de mí va a sentir que te estoy usando, que eres el clavo que saca otro clavo, y no es lo que quiero.

—No, puedes usarme. Por favor, úsame.

Reprimo una carcajada.

—No.

Me dibuja un círculo con el pulgar en el centro de la palma.

—¿Estás intentando calmarme? —le pregunto.

—No, solo te estoy cogiendo de la mano. —No deja de acariciarme—. Y no tienes que estresarte. Ir despacio me parece perfecto.

Nos sostenemos la mirada y el deseo no tarda en recorrerme, inundándome las entrañas y obligándome a respirar hondo de nuevo. Una vez más, lo alejo de mí. No me da miedo solo usarlo, sino arrasar con una amistad que significa mucho para mí solo porque mi corazón aún no esté preparado para entrar en otra relación.

—Lo estoy intentando con todas mis fuerzas —admito, odiando el ápice de vulnerabilidad que se cuela en mis palabras—. Lo de ser menos impulsiva.

—Me he dado cuenta.

—Me da la impresión de que estar al cuidado de Jim creó este monstruo en mi interior, esta necesidad de demostrar mi valor y dejar claro que no necesito protección, que puedo meterme de cabeza en los líos y salir victoriosa. Pero debo empezar a reflexionar sobre mis acciones antes de ponerlas en práctica. Y no quiero que te conviertas en una distracción ni llenes el hueco que antes ocupaba… otra persona.

Se le tensa ligeramente un músculo en la mandíbula. Sabe de quién estoy hablando. Luego, se relaja y me acaricia la curva de la muñeca.

—No necesitas seguir dándome explicaciones. Lo pillo. Si quieres que nos liemos con la ropa puesta hasta el año que viene, me apunto…

—¿Un año? Yo no me voy a apuntar a algo así —grazno, provocándole una carcajada.

—Lo único que digo es que no estás ofendiéndome ni haciéndome daño por tomarte tu tiempo. Queremos lo mismo. ¿Entendido?

La emoción me crea un nudo en la garganta. No sabía lo mucho que necesitaba oírle decir algo así.

—Entendido.

Me levanto a la mañana siguiente y espero a que la oleada de culpa haga su aparición. Anoche besé a Grayson Blake. Con lengua. Con mucha lengua.

Debería parecerme una traición a Cross, pero… no es así. Al mismo tiempo, el beso tampoco ha acabado con lo que siento por él. Sé que sigo enamorada. Pero entiendo que es el momento de olvidarlo.

Hace meses que me pidió que nos escapáramos juntos y dije que no. Tomé una decisión. Estoy pasando página. Igual que él. Con Ivy, ni más ni menos.

Bueno, en realidad no tengo ninguna prueba de que sea así, excepto una vaga transmisión de Ivy pidiéndole que hablaran sobre su relación. Me gustaría pensar que no estaba dispuesto a olvidarme tan rápido, pero ayer besé a otra persona, así que…

En el comedor, tanto Gray como yo nos sentamos con el grupo de siempre. Él me guiña un ojo cuando me dejo caer en la silla a su lado. Le dedico una mirada que significa «para» y me centro en el desayuno: huevos revueltos con beicon de verdad. Se inclina sobre mí y me roba un poco. Le doy un puñetazo en el brazo.

—Cómete lo que tienes en el plato.

No creo que nuestro comportamiento delate que nos metimos la lengua hasta la campanilla anoche, pero no paso por alto la sonrisa de superioridad que le curva los labios a Henley cuando nos mira. Entonces, Mako también la esboza, girando la cabeza de Gray a mí.

—Os habéis enrollado —nos acusa.

—No, claro que no —miento.

Suelta un grito ahogado como si, en lugar de negarlo, lo acabara de confirmar.

—¿Lo sabe Karra?

De inmediato, pasea los ojos por la estancia. Ni Evlynne ni ella han llegado todavía y, en cierto sentido, espero que ninguna aparezca en el desayuno.

Se cumplen mis deseos. El resto de la comida sigue su curso sin incidentes y me marcho al campo de tiro para trabajar con los recién llegados del campo de trabajos forzados. Después, me reúno con Hawkins en el Templo. Kallister me regañó anoche porque he estado descuidando mi formación.

En lo relacionado con la incitación, Hawkins es una de las pocas personas con las que puedo ser sincera del todo. Lo que es un poco

deprimente porque, bueno…, Hawkins da un poco de yuyu.

Hoy me explica las mejores técnicas para mantener activa la correa de energía en distancias más largas. Hasta el momento, solo he intentado incitar a lo lejos en una ocasión, cuando Evlynne se marchó en el helicóptero, y fue un fracaso total.

—¿Hasta dónde has podido mantenerla? —le pregunto a Hawkins.

Reflexiona antes de responder:

—Durante mi formación, incité a Kallister para que se dirigiera al aviario.

¡Vaya! Me quedo boquiabierta.

—Eso está a casi un kilómetro y medio de distancia.

Ahora veo por qué todos lo temen. Es mucho más fuerte que yo.

—¿Sigues practicando con Blake? —pregunta.

—¿Con quién iba a practicar si no? Gray es el único que me lo permite.

—Ya, ojalá tuviéramos más ratas.

—Quizá, si dejaras de llamarlos «ratas», estarían más dispuestos a ayudarte.

Suelta un bufido.

—Nadie quiere un incitador en su cabeza, Darlington. Da igual cómo los llames.

Cuando estoy saliendo del Templo unos minutos después, recibo un mensaje de Gray en el intercomunicador.

«¿Estás ocupada esta noche?».

La pregunta me hace sonreír porque ¿qué planes iba a tener? Tampoco se puede hacer mucho en la Daga. Respondo con:

«Para nada. Soy toda tuya».

Advierto en el último segundo lo insinuante que ha sonado. Por supuesto, me sigue el juego.

«¿Cada parte de tu ser?».

«Bueno, quizá solo mi puño para darte un buen guantazo en la cara».

«Deja de decir guarradas, vaquera. Estoy intentando pilotar un avión».

Me echo a reír antes de escribir otra pregunta:

«¿Y bien? ¿Qué vamos a hacer esta noche?».

CAPÍTULO 42



Resulta que tenemos una cita. Y no una cualquiera. Cuando llego al hangar, Gray me ayuda a subirme a un aerodeslizador, uno de los modelos más pequeños, apto solo para dos personas.

—¿Para qué lo necesitamos? —pregunto, curiosa.

—Ya lo verás.

La nave se enciende con un grave zumbido y, al elevarse del suelo con lentitud, noto la suave vibración en las plantas de los pies. Monté en algunos aerodeslizadores cuando estuve en la Élite Plateada, pero esa sensación liviana mientras flotas por el aire como una pluma nunca pasa de moda.

La noche nos envuelve, sumiéndonos en una oscuridad total, pero nuestro destino no debe de estar lejos porque Gray mantiene los focos encendidos para guiarnos, ayudados también por la luna casi llena.

Oteo las siluetas en penumbra de los picos de las montañas.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás —vuelve a provocarme. Con una mano sujeta la columna de control y tiene la otra posada en mi muslo.

Paseo la mirada de sus dedos a su cara antes de entornar los ojos cuando me dedica su característico guiño.

—¿Qué? —pregunta, inocente.

El aerodeslizador es mucho más sutil que un helicóptero o un caza. Emite un zumbido constante que se vuelve más fuerte cuando presiona el acelerador y el motor ruge, haciéndonos sobrevolar la zona con una ligera descarga de energía. Los ventiladores de la

parte inferior vibran, creando una alfombra de aire que nos ayuda a deslizarnos por el cielo.

No voy a decir que no esté disfrutando de la calidez de su mano en mi muslo, de la manera en la que la mueve para dedicarme pequeñas caricias. Se me acelera la respiración y me doy cuenta de que me estoy poniendo cachonda.

No he estado con nadie desde la noche en la que me reuní con Cross en Paraíso y ese anhelo se aletargó en el momento en el que lo nuestro se acabó en la cantera. No esperaba sentir deseo sexual de nuevo durante mucho mucho tiempo, pero es como si mi cuerpo estuviera volviendo a la vida. Mi mente evoca la sensación embriagadora de otro cuerpo presionado contra el mío mientras el corazón se me desboca al recordar los besos apasionados que Gray y yo nos dimos.

Al superar un nuevo risco, un relámpago de radiante luz púrpura se filtra en el aerodeslizador. Estamos sobre la albufera.

—¿Por qué brilla? —exclamo.

—Magia —contesta, un eco de lo que dijo Evlynne el día en que me dejó aquí tirada—. Una noche estaba haciendo prácticas por aquí y vi la albufera brillar en la oscuridad. No podía creerlo. Pero eso no es lo mejor.

—¿Hay algo mejor que esto? —No logro despegar los ojos de esa titilante agua purpúrea.

—Créeme. Esto no es nada.

Tira de una palanca y presiona un par de interruptores en el salpicadero. Con un tenue ruido mecánico, el aerodeslizador… se para. Justo en mitad del cielo, flotando sobre un punto de la albufera.

Se quita el arnés y me hace un gesto para que lo siga. Mientras abro las correas del mío, ya se está dirigiendo a la parte trasera, sorprendiéndome cuando abre una puerta. Una brisa fría se cuela en el aerodeslizador.

—Vamos, vaquera. —Me hace un gesto para que lo siga.

Apenas puedo caminar erguida por la cabina, pero Gray debe agacharse cuando se acerca a la abertura y se deja caer,

balanceando las piernas sobre el borde. Me siento a su lado y estira la mano para entrelazar los dedos.

La luna se yergue sobre nosotros, pero las estrellas… parecen estar tan cerca que casi podría tocarlas. Son motas enormes y brillantes de luz repartidas por el cielo oscuro.

Mientras flotamos sobre la albufera reluciente, no puedo negar que la escena es romántica. Mucho.

—Muy buena cita, as.

Se le curvan los labios en una suave sonrisa.

—Me gusta.

—¿Qué?

—Que me llames «as».

—¿Te estás ruborizando?

—No me estoy ruborizando. Vete a la mierda.

—Ay, madre, sí que te estás ruborizando. ¡Qué mono!

Estiro la mano y le toco la mejilla, incapaz de dejar de sonreír. Tiene el rostro caliente. Sin duda, se ha sonrojado.

Nos quedamos en silencio durante mucho tiempo. Advierto que de vez en cuando me echa un vistazo, pero, cada vez que dirijo los ojos hacia él, desvía los suyos.

—Estás raro —comento.

Gray suelta un suspiro.

—Me gustas.

—¿Sí?

Ahora me toca a mí ruborizarme. Me parece muy dulce y puro, como mi primer amor en el distrito Z. Una pizca de vergüenza se cuela en su voz ronca cuando dice:

—Sí, me gustas mucho.

—Para —digo, inclinando la cabeza—. Vas a hacer que me sonroje yo también. Somos demasiado mayores para esto.

Suelta una risita, pero en sus ojos advierto inquietud.

—No me gusta.

—¿Qué?

—Estar pillándome. —Suelta una maldición entre dientes—. Es patético. Soy Grayson Blake. No me enamoro de ninguna mujer. Me las follo a todas. Y hago que se corran.

—Ay, pobre criaturita.

Con una carcajada, me acerco aún más a él y apoyo la cabeza en su hombro. Unas volutas de calidez se liberan por mi interior cuando la idea de que se está pillando de mí me revolotea en el pecho.

Levanto la cabeza para hacerle otra pregunta, pero suelta un gruñido.

—No me mires así.

—¿Así cómo?

—Como si quisieras que te besara.

—Quiero que me beses.

Se le escapa un nuevo gemido ahogado.

—Pronto. No quiero perdérmelo.

—¿El qué?

Señala con suavidad la albufera con la cabeza.

—Tú mira ahí. Hazme caso.

Me inclino un poco hacia delante para conseguir una perspectiva mejor del agua. Es estremecedor estar aquí colgando, en el cielo, como si nos mantuviera en nuestro sitio un ancla invisible. El zumbido del aerodeslizador es tan suave que apenas parece que los motores estén encendidos.

Entonces, lo veo. En un primer momento es casi imperceptible. Comienza siendo un fogonazo, un brillo sutil bajo la superficie del agua. Creo que es un juego de luces, pero entonces lo veo de nuevo. Y otra vez.

De repente, el agua cobra vida. Ante mis ojos, abiertos como platos, miles de orbes blancos emergen de la albufera. Al principio, creo que están volando, como si fueran una especie alienígena que surgiera de las profundidades de la Tierra, pero entonces me doy cuenta de que están saltando, brincando como diminutos fuegos artificiales que explotaran al salir del agua, revoloteando a metro o metro y medio por el aire, creando un efecto en cascada.

Cuando me giro hacia Gray, boquiabierta, sonríe y dice:

—Peces luna. Salen todas las noches. Es su manera de alimentarse.

—¿De qué?

—De insectos. De mosquitos. De lo que sea que haya ahí abajo. Una de nuestras científicas me habló del tema en una ocasión. Me dijo…

—¿Una de vuestras científicas? —lo interrumpo.

—Sí, es una mujer de sesenta y seis años que investiga a las especies animales de la montaña. Está buenísima. —Me guiña un ojo y le doy un puñetazo en el brazo—. Me alegra que sigas con tu racha de celos.

Centro de nuevo la atención en el agua para admirar la deslumbrante demostración de… Bueno, lo llamaré por su nombre: magia. Este puto espectáculo es pura magia.

—La cuestión es que dijo que los peces luna se pasan todo el día en las profundidades. Escondidos entre las rocas o enterrados en la tierra. Esperan a que se ponga el sol y, luego, cuando se están alimentando… —hace un gesto hacia la albufera—, bailan.

Estoy totalmente fascinada por el remolino de luces que cubre el agua. Los pequeños peces dibujan arcos por el aire, dejando a su paso una estela blanca antes de sumergir sus cuerpos bioluminiscentes y volver a saltar de nuevo unos segundos más tarde.

Gray me contempla.

—Increíble, ¿verdad?

Mientras los peces luna siguen brincando, no logro apartar los ojos de ellos.

—A veces…, cuando veo este tipo de cosas…, pienso que tal vez este mundo no es una causa perdida. Que debe haber una razón para que todos estemos aquí. —Cojo aire, inmersa en la escena, en este momento perfecto, suspendida en el tiempo y el espacio.

Me acaricia la palma de la mano.

—Pensé que te gustaría.

Hacía mucho tiempo que no notaba el corazón tan rebosante. Poso los labios en su mejilla.

—Gracias por traerme aquí.

Gira la cara hasta que nuestros labios están a punto de rozarse.

—De nada.

Con nuestras bocas a un pelo de distancia, intento reprimir una sonrisa.

—¿Quieres saber un secreto? —susurro.

—Claro.

—Hoy es mi cumpleaños.

—¿Estás de coña? ¿Por qué no has dicho nada?

Me encojo de hombros.

—Jim y yo no éramos de la clase de personas que celebran los cumpleaños.

Me contempla durante un segundo. Luego, se echa a reír.

—Solo tú, Wren Darlington.

—¿Solo yo qué?

—Puedes hacerme reír y dejarme sin aliento a la vez. Deberías habérmelo dicho. Habría…

—¿Qué? ¿Hecho algo especial? —Señalo el precioso espectáculo a nuestros pies—. Misión cumplida, as.

—Joder —se maravilla—, soy el hombre perfecto hasta cuando no lo intento.

—No adelantes acontecimientos. Es una bonita manera de cumplir veintiuno, pero tampoco es que hayas inventado los peces luna.

—No lo sabes —me provoca antes de tirar de mí para darme un beso.

Me da la impresión de que estoy flotando cuando volvemos a la base. Ante mi puerta, me da un tierno beso en los labios, solo un roce, no va más allá. Respeta mi decisión de ir despacio. Me alegra que lo haga porque cinco segundos más y habría tirado de él hacia mi habitación para ceder a esa urgencia imprudente que lleva guiándome toda la vida. Saltar antes de pensar.

Cuando Gray me da las buenas noches, agradezco que al menos uno de los dos mantenga la cabeza despejada. Sigo aún en pleno subidón cuando me cuelo bajo las mantas y me apoyo sobre el costado. Entonces, un zumbido agudo me inunda los oídos, haciendo que me cague viva.

Biiiiiiissssss. Biiiiiissssss. Biiiiissss.

Me incorporo para frotarme las sienes. ¿Qué cojones es eso?

¿Seguro que no quieres el gel anestesiante?

La voz de un hombre que no conozco es aún más inquietante que el zumbido incesante que, por suerte, se detiene.

No pasa nada. *Haz que duela*.

Se me escapa el oxígeno de los pulmones.

Cross.

Está ocurriendo de nuevo. Está en mi cabeza.

Solo estamos nosotros dos, capitán, dice la primera voz con una carcajada. *No tienes que ponerte machito. Sé por experiencia que los tatuajes en la columna duelen una puta barbaridad. Es una zona con muchos huesos y demasiadas terminaciones nerviosas…*

He dicho que quiero que me duela, joder.

Si es lo que…

Las voces se acallan, inundándome la mente de un silencio agonizante. Cross se está haciendo otro tatuaje. Al menos, eso es lo que he intuido a raíz de la conversación. El zumbido debía de ser la aguja.

«Haz que duela».

Me aovillo de nuevo bajo las mantas, deseando poder fingir que no lo he oído, volver a sentir la euforia que me había producido la cita con Gray. ¿Por qué se está haciendo Cross un tatuaje precisamente esta noche? ¿Sabe que es…?

Claro que lo sabe. Lobo me deseaba feliz cumpleaños cada año desde que cumplí los seis.

Con un gruñido, cierro los ojos y ahuyento a Cross de mis pensamientos, pero da igual lo mucho que lo intente, aún oigo esa voz grave y letal en mi cabeza: «Haz que duela».

Durante los días siguientes, advierto que la Autoridad se pasa mucho tiempo en la sala de guerra, debatiendo sobre vete tú a saber qué. Siento una curiosidad de la hostia, pero cada vez que le pregunto a Gray sobre el tema, no entra en detalles. Tras el tercer día de reuniones, mi curiosidad se ha convertido en una bestia que no puedo domar. Tengo tantas preguntas que siento que me va a explotar la mente.

Esa noche, mientras Gray me lleva a su cuarto, le tiendo una emboscada.

—¿Qué está pasando? Sé que estáis planeando algo.

Durante un momento, creo que no me va a contestar. Se pasa una mano por el pelo, atrayendo mi atención a la manera exquisita en la que flexiona el bíceps. Me obligo a centrarme, esbozando un mohín ante su silencio.

Con una tenue sonrisa, cede.

—Acabamos de autorizar a través de una votación una misión a Tierra Fe para entregar el mensaje.

Suelto un grito ahogado.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—Dentro de tres días. Se lo contaremos a todos por la mañana y formaremos al equipo. Contactamos anoche con su comandante y esta mañana nos han enviado sus condiciones de negociación. —Frunce el ceño—. No me entusiasman.

—¿Por qué?

—Os las contaremos a todos mañana —repite.

—O… —le dedico una sonrisa radiante— puedes contármelas ahora. Mañana me haré la sorprendida.

Con una carcajada, Gray se dirige al sofá y se deja caer en él.

Me siento a su lado y acerco las rodillas al pecho.

—¿Cuáles son las condiciones?

—Solo hablarán con alguien que forme parte de la Autoridad. Es decir, con Adrienne o con Kallister.

—¿Y qué pasa contigo? ¿O con Fiona y Teriq?

—No es nuestro fuerte. Ade está más acostumbrada al trabajo de campo que Kal, por lo que lo más probable es que vaya ella… —Se frota la frente—. No me gusta esta misión. Solo puede llevar consigo a un piloto y un guardia, y los Terrarios le quitarán todos los aparatos tecnológicos al llegar, así que no contará con ningún intercomunicador.

Entorno los ojos.

—¿Y qué términos les habéis impuesto vosotros?

—Ninguno. Pueden traer a un ejército de guardias y hacer lo que les dé la puta gana.

—Entonces, ¿Adrienne y un único guardia tendrían que enfrentarse al ejército entero de Terrarios?

—Sí. Por eso, enviaremos a un segundo equipo de seguridad.

—¿Cuántos?

—Un francotirador y un oteador.

—Asígname la misión —le pido enseguida.

—No te voy a enviar allí.

—¿Por qué no? —Inclino la cabeza, desafiante—. Mira, he trabajado con Evlynne, Mako y Orin. Todos se consideran tus mejores francotiradores. Pero tanto tú como yo sabemos que les doy mil vueltas. Soy la mejor de toda la Daga.

—Y la más humilde.

—Obvio. —Esbozo una sonrisa antes de ponerme seria de nuevo—. No hay nadie que pueda cubrir a Adrienne mejor que yo, sobre todo con un fusil de largo alcance. ¿Sabes cuáles serán las coordenadas?

—A aproximadamente dos kilómetros de distancia. —La reticencia le crispa las facciones.

—Me necesitas allí. Sabes que soy la mejor opción.

En lugar de responder, tira de mí para sentarme en su regazo. Me coloco sobre él con una rodilla a cada lado de sus firmes muslos.

—¿Qué estoy haciendo sobre tus piernas, as?

Gray pestañea, convirtiéndose en la inocencia en persona.

—Uy, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Siento que siempre buscas alguna excusa para besarme.

Se inclina apenas unos milímetros e intuyo la sonrisa en su cara cuando susurra:

—Puede.

El corazón me da un vuelco inesperado.

—Eres una causa perdida.

—Te encanta. —Me pasa los dedos por el pelo y acerca mi boca a la suya.

Besarlo es distinto a cuando lo hacía con Cross. No es mejor ni peor, solo… diferente. A Gray le gusta provocarme. Sus besos empiezan con lentitud, con ternura, demorándose y arrastrándose. Con cada presión de sus labios, percibo esa sonrisa traviesa, la

picardía, hasta que el deseo se vuelve demasiado intenso para jugar con él y gruñe contra mis labios, robándome el aliento con un puñado de besos apasionados y embriagadores que diluyen el mundo que nos rodea.

Cuando el beso se acaba, ambos estamos jadeantes.

—Deberías irte. —Su voz se ha tornado áspera—. Íbamos a ir despacio, ¿no te acuerdas?

—Me parece que deberíamos reconsiderarlo.

Suelta una carcajada.

—No.

—¿Por favor?

—Wren… —Acerca los labios a mi oído, provocándome un estremecimiento—. Te follaré. —El estremecimiento se convierte en un gemido que se me escapa, involuntario, de la garganta—. Y, cuando lo haga, te quedarás conmigo en la cama durante al menos cuarenta y ocho horas. Pero…

—Sin peros —le suplico.

—Pero esta noche no toca —concluye. Me da una palmadita en el culo antes de echarme de su regazo—. Hora de irse, vaquera. Eres demasiado tentadora.

—¿Beso de buenas noches? —pregunto, inocente.

Entorna los ojos.

—Uno.

Le rodeo el cuello con los brazos y me pongo de puntillas para besarlo. No puedo evitar colar la lengua en su boca, haciéndole gruñir.

—Buenas noches, Wren —dice, severo.

—Buenas noches, Grayson —farfullo.

CAPÍTULO 43



Me parece extraño participar en una misión a plena luz del día. Cada vez que he estado en un avión con Gray, ha sido a altas horas de la noche, rodeados de oscuridad. Hoy es primera hora de la mañana y vamos en el híbrido. En la cabina lo acompaña Evlynne. Yo voy en el asiento trasero, dando golpecitos con el pie en el suelo con nerviosismo, aunque Gray me ha asegurado que nadie nos disparará mientras estemos en el aire. Supongo que somos invisibles, pero me siento demasiado expuesta debido a la luz que se filtra por la ventana. Aun así, no me voy a quejar porque me hayan elegido para la misión. Es lo que le supliqué.

—¿Cómo sabes que está funcionando? —le pregunto—. El inhibidor de radares, digo.

—Porque el mío tampoco está activado —contesta sin girarse.

Genial. Incluso aunque sea de día, volamos a ciegas.

Evlynne comprueba sus aparatos, recitando números que imagino que se corresponden con la velocidad del aire y la altitud. Están usando una especie de herramienta manual que no se ve afectada por el inhibidor, por lo que solo permanece inactivo el radar.

—Volveremos a encenderlo cuando estemos cerca de la zona de aterrizaje —añade—. El inhibidor nos mantiene a salvo del sistema de detección de la isla, pero necesitamos el radar para que se cargue el navegador. No podemos aterrizar en el lugar incorrecto porque nos tendríamos que enfrentar a un pelotón Terrario.

Comienzo a tamborilear con los dedos sobre la rodilla, a un ritmo rápido.

—Pero si activas el radar, ¿no nos verán?

—No de inmediato —dice Evlynne, aburrida. Nunca muestra demasiado entusiasmo cuando habla conmigo, aunque desde que la vi con Fisher en el valle no se dirige a mí con tanta hostilidad—. Tardará cinco minutos en aparecer en su sistema de radares. Mientras lleguemos al suelo en ese periodo de cinco minutos y luego apaguemos el transpondedor del avión, no deberían poder detectarnos.

Me remuevo en el asiento, golpeando de forma rítmica el zapato contra la funda del fusil a mis pies. Evlynne será mi oteadora, lo que no me entusiasma, pero Adrienne es la líder de misión de hoy y fue ella quien nos asignó cada tarea.

—Muy bien, la zona de aterrizaje debería estar tras el siguiente risco —comenta Gray, estudiando el horizonte.

Estamos en la provincia de Dey, en el extremo norte del continente. Según la investigación que llevé a cabo anoche, este pedazo de tierra es prácticamente selva y montaña. En esta época del año, el clima es seco, pero al parecer lo lleva siendo mucho tiempo. Han sufrido un largo periodo de sequía que no se ha acabado hasta hace poco, cuando cayeron las primeras lluvias.

Gray se gira para mirarme.

—¿Estás bien?

—Siempre lo estoy.

Esboza una media sonrisa y se rasca un lado de la mandíbula, atrayendo mi atención hacia el vello que empieza a crecerle.

—¿Te estás dejando barba? —pregunto.

—¿Por qué? ¿Te parece sexi?

—Te da un toque masculino —le digo.

La verdad es que le queda bien, le define la forma de la cara. También me gusta el traje de vuelo. El gris oscuro le acentúa la figura alta y musculosa.

—¿Podéis dejarlo? —nos pide Evlynne, cortés.

—¿El qué? —pregunta Gray mientras admiro la manera en la que manipula los controles con los dedos fuertes. Está en su salsa, exudando confianza.

—El flirteo delante de mí —musita.

—Ha sido una cantidad mínima. No seas mojigata, Ev. —Ajusta el acelerador—. Muy bien. Apágalo.

Se oye un clic y Evlynne dice:

—Inhibidor… fuera. La cuenta atrás para los cinco minutos empieza ya.

Odio las putas cuentas atrás.

Gray comienza el descenso. Es un proceso lento y controlado. Los motores apenas emiten sonido mientras el híbrido baja cada vez más hacia una cúpula de distintos tonos de verde. Sujeto con fuerza las correas del arnés.

—Dos minutos —nos avisa Evlynne—. Date prisa, Gray.

—Ya casi estamos —musita, pendiente de los controles.

Compruebo que llevo el auricular en su sitio. Evlynne y yo podemos hablar de manera telepática, pero Gray necesita el intercomunicador. Antes, Adrienne dijo que nuestro dispositivo de seguridad era una «formalidad», pero a mí me parece bastante serio.

—¿Estáis listas para poneros en marcha? —nos dice.

El avión se inclina de repente y el estómago me da un vuelco. Crispo aún más los dedos sobre los laterales del asiento, preparándome. El terreno, una zona llena de hierba seca, se acerca a nosotros a toda velocidad. La parte inferior del avión roza las copas de los árboles, que arañan el metal como si fueran uñas. Entonces, Gray nivela el híbrido y, segundos más tarde, lo aterriza con un suave brinco. Apaga varios interruptores sin perder el tiempo.

—Transpondedor desactivado. Creo que no tendremos problemas.

Evlynne abre la puerta trasera mientras coge la mochila.

—Vamos —me ladra.

Me cuelgo la funda del fusil al hombro y compruebo que llevo bien atados la pistola y los dos cuchillos. Luego, salto del avión y estudio el entorno. El aire aquí huele distinto. Un aroma a sal, flores tropicales y tierra me inunda las fosas nasales. Además, hay mucha humedad. Estoy sudando y no hemos dado ni un paso. Estudio la pequeña extensión de árboles, que se vuelven más robustos un poco más lejos. Todo es verde. La escena es preciosa.

Gray me detiene antes de irme y me acaricia la mejilla con las yemas.

—Avisad ante la primera señal de problemas —musita.

—Lo haré.

Me siento tentada a besarlo, pero no puedo, dado que Evlynne tiene su mirada asesina fija en nosotros. Noto la firma energética de Adrienne en la cabeza. Es nuestro contacto silencioso, ya que no puede usar un auricular.

Darlington, informa.

Estamos aquí. Nos vamos a poner en posición ahora. ¿Cuánto tiempo os queda para llegar?

Unos veinte minutos.

—Adrienne y su equipo llegarán en veinte minutos —les informo en voz alta.

Gray asiente.

—Mantened los intercomunicadores encendidos.

—¿Vais a seguir comiéndoos con los putos ojos o nos podemos ir ya? —pregunta Evlynne, sarcástica.

La sigo entre las hileras de árboles. Va en cabeza con el fusil en alto, estudiando la zona. Yo llevo la pistola preparada; el fusil de francotirador es demasiado voluminoso para caminar con él por la selva.

Avanzamos entre los árboles. Según los mapas, la selva se acaba en menos de kilómetro y medio con una pared escarpada hacia un terreno más alto. Esa zona nos procurará el lugar perfecto para vigilar el aeródromo. Está justo después del puesto fronterizo y, por lo que he oído, pocas veces aceptan visitas. Recuerdo que Betima nos contó que, a su padre, que era pescador, lo había pillado una tormenta. Cuando la marina Terraria lo descubrió, ni siquiera les dejaron a él y a sus hombres poner un pie en su territorio. Se vieron obligados a quedarse en el puerto hasta que la Revolución pudo ir a por ellos.

En la selva hay incluso más humedad y estoy empapada en sudor cuando llegamos al final de la arboleda. Esta humedad opresiva es agobiante. Me siento como si estuviera cubierta por una manta mojada, con la coleta pegada al cuello y la frente cubierta de sudor.

En lugar de Adrienne, ahora es Saint quien se pone en contacto conmigo.

Aterrizaje en cinco minutos.

Tenemos todo el tiempo del mundo para prepararnos. Saco el fusil y sitúo la mira en su lugar. Su precisión es una maravilla. El aeródromo está a kilómetro y medio de distancia. Fácil. Con un arma así, podría alcanzar a un objetivo incluso si este estuviera a una distancia dos veces mayor.

Mi única preocupación es que aquí no tenemos dónde escondernos. La pared escarpada nos oculta de cualquiera que mire en nuestra dirección desde ahí abajo, pero si alguien decide dar un paseo entre los árboles a nuestras espaldas, se topará con nosotras nada más salir de la selva. Esperemos que la negociación termine rápido.

La tensión me constriñe el pecho mientras aguardamos a que aparezca la aeronave de la Revolución. Por fin, la veo cruzar el cielo despejado. Es el helicóptero gris y esbelto que nos recogió a Xavier y a mí cuando emergimos de las Tierras Oscuras. Lo pilota Henley. Saint se encargará de cubrir a Adrienne. El comandante de Tierra Fe dejó claro que no le permitiría entrar si traía más de un guardaespaldas, de ahí el dispositivo de seguridad de incógnito en esta colina.

—Estamos en nuestros puestos —le dice Evlynne a Gray.

—Cuando aterrice nuestro pájaro, activaré de nuevo el inhibidor, por si tenemos que huir a toda prisa.

Oteo la zona, las sombras de la espesa selva y las olas que acarician los pilares de madera del puerto. El océano me fascina, supongo que porque crecí en un rancho con hectáreas de tierra, en lugar de agua salada a la vista. El tío Jim me llevó una vez a ver el océano y me cautivó. Verlo ahora me roba el aliento igual que la primera vez. El agua es de un vívido color turquesa en las zonas menos hondas y de un azul grisáceo oscuro en las más profundas. La costa es impresionante, con acantilados irregulares que se yerguen sobre el mar y con orillas donde terminan las olas con un vaivén eterno casi hipnótico.

Inhalo el aroma a sal y salmuera. Ahora huele a tierra, una mezcla de la brisa salada del océano y el toque terroso de la montaña.

—¿Por qué la isla es tan tranquila? —musito—. Es inquietante.

—No es una isla —responde Evlynne, poniendo los ojos en blanco.

—Lo que sea. Ya sabes a qué me refiero. Hay mucha calma.

El silencio incómodo se dilata. Me pongo alerta en cuanto aterriza el helicóptero. Acerco el ojo al visor. Evlynne pasea los binoculares por el paisaje.

—Tienen compañía.

Una camioneta verde oliva sin techo avanza a toda velocidad por una carretera pavimentada antes de cruzar una barrera y seguir en dirección al puerto.

—¿A quién crees que habrán enviado para recibirla? —le pregunto—. No creo que sea al presidente Ramos, ¿no?

—Lo dudo. Los Terrarios son las personas más desconfiadas que vas a conocer. No van a mandar a su líder a la boca del lobo.

—¿Has estado aquí alguna vez?

—En una ocasión. Por una misión, poco después de que llegara a la Daga. —Se muestra reticente, como si odiara contarme confidencias nada más y nada menos que a mí—. Era mi segunda vez como líder del aire. Traje a Kallister. Me aterraba que nos dispararan mientras estábamos en el cielo, pero nos dejaron aterrizar y oyeron la presentación comercial de Kallister. Estaba tratando de negociar un acuerdo para venderles licor del valle sintético, pero no creen en nada que no sea natural. Como en la era pasada. La cuestión es que nos enviaron por donde habíamos venido y no había vuelto desde entonces.

La camioneta se detiene. Hago *zoom* con la mira y veo a un hombre uniformado con una camisa abotonada metida por dentro del pantalón, ambos de color verde. Tiene el pelo denso y negro y las facciones finas. Lo acompañan cuatro soldados armados.

Adrienne y Saint se acercan al grupo, manteniendo entre ellos al menos dos metros y medio de distancia.

—Ese es el comandante Vásquez —me informa Evlynne—. Está al mando de la provincia.

Acerco el dedo al gatillo cuando los grupos se aproximan entre sí. Adrienne y Saint no llevan auriculares, pero, aun así, dos de los soldados avanzan hasta ellos y palpan sus ropas en busca de otros aparatos tecnológicos. Sin embargo, sí que les permiten quedarse con las pistolas.

Cuando los soldados retroceden un paso, el comandante da una zancada al frente y empieza a hablar. Las negociaciones duran siete minutos y medio. Literalmente.

La incredulidad me inunda como la marea cuando la voz de Adrienne se cuela de repente en mi mente.

Se acabó la reunión. Volved a la base.

Le cuento la orden a Evlynne, quien se encoge de hombros y dice:

—Sí, no me sorprende.

¿Cómo es posible? La reunión no ha llegado siquiera a los diez minutos.

No les ha dado tiempo de escucharte, le digo a Adrienne.

No quieren entrar en guerra, contesta, indiferente. *El mensaje procedía del propio presidente Ramos y no me apetece azuzar a ese oso con cuernos. Discutir con estos capullos es inútil. Pero había que intentarlo*.

Me asombra lo bien que se lo ha tomado. Sí, no teníamos muchas posibilidades y venir aquí era arriesgado, pero ni siquiera han escuchado todo lo que tenía que decir. Se han cerrado en banda sin debatirlo ni hacer una contraoferta. Me parece apresurado.

Estoy a punto de recoger cuando capto un movimiento en la mira. El comandante Vásquez se está acercando a Adrienne de nuevo.

—Espera —le musito a Evlynne.

La expresión del hombre me pone de los nervios. Sonríe como un coyote blanco con una presa reciente. Se enciende un cigarrillo mientras camina y expulsa una nube de humo. Le comenta algo a Adrienne y juraría que le guiña incluso un ojo antes de darle una palmadita en el brazo y volver con sus hombres.

No sé qué le ha dicho, pero la expresión de Adrienne se ha convertido en piedra. Advierto un fogonazo de ira, seguido de una chispa de preocupación. Luego, oigo de nuevo su voz:

Os han pillado. Volved al avión ¡ya!

Se me paraliza el corazón en el pecho. Joder. ¡Joder!

—Saben que estamos aquí —informo a Evlynne—. Vamos.

Se pone en marcha y agarra la mochila mientras yo meto el fusil en la funda y me lo cuelgo al hombro. Ya no tenemos tiempo para ir con sigilo. Corremos entre los árboles, pisando con fuerza la maleza y abriéndonos paso entre los arbustos.

—Gray —dice Evlynne mientras corremos—, prepárate para despegar. Según Adrienne, nos han visto.

Cuando responde, su voz desprende urgencia:

—Sí, un camión se está dirigiendo a mi posición. Está a unos tres kilómetros. Tenéis que volver ya. ¡Corred!

La adrenalina me invade las venas y tomo la delantera, abriéndome paso por la selva, propulsada por un estado de pura tensión. No oigo ningún camión ni disparos, pero eso no significa que no estemos a punto de caer en una emboscada. Permanezco agachada mientras corro todo lo rápido que me permiten las piernas. El peso del fusil a mis espaldas dificulta cada una de mis zancadas, pero me niego a ralentizar el paso.

Ha dicho que estaba a unos tres kilómetros. Ahora a menos. Tenemos, como máximo, cinco minutos antes de que nos alcancen. Por suerte, nos quedan menos de quinientos metros. Lo único que tenemos que hacer es mantener esta velocidad y… El terreno bajo mis pies desaparece.

Durante un segundo, estoy sobre tierra firme y, al siguiente, me siento liviana por esa caída repentina. Es una trampa y no tengo tiempo de reaccionar o de prepararme. Golpeo el suelo con la fuerza suficiente para que todo el aire se me escape de los pulmones. Jadeo, al mismo tiempo que lo asimilo. El dolor. No, una puta agonía.

Miro hacia abajo y veo que la parte inferior de la pierna se me tuerce en un ángulo poco natural. Duele una barbaridad y se me nubla la visión. Permanezco ahí tumbada, jadeando, intentando no gemir.

—¡Wren! —La voz de Evlynne parece provenir de metro y medio de altura.

Aprieto los dientes, tratando de ignorar las punzadas abrasadoras y ardientes que me recorren la pierna.

—¡Wren! —grita de nuevo, cruzando la neblina agonizante.

Cuando trato de incorporarme, sufro una oleada de náuseas. El cuerpo se me convulsiona por una nueva descarga de dolor incandescente y punzante.

—No puedo levantarme —digo con un hilo de voz—. Me he hecho daño en la pierna.

—No me jodas. —Con el corazón acelerado, percibo sus palabras amortiguadas cuando habla con Gray por el auricular—. Darlington está herida. Intenta ganar algo de tiempo.

—¿Cómo que herida? —responde él con brusquedad.

Evlynne lo ignora y se acerca al borde de la zanja.

—Cógeme de la mano —me ordena.

Levanto el brazo hacia ella, pero está demasiado lejos. Cuando intento arrastrarme, me duele tanto que el mundo se torna negro en la periferia de mi visión durante unos segundos y me trago la bilis que me recorre la garganta.

—No puedo —digo, reprimiendo gritos de dolor—. No puedo caminar. Mucho menos correr. Vete sin mí.

La conmoción le cruza la expresión.

—¿Qué?

—Vete —repito mientras se me nubla la visión. Apenas puedo respirar sin sentir que estoy a punto de desmayarme—. Déjame aquí.

Duda, como si se lo estuviera planteando, pero niega con la cabeza y vuelve a tratar de sacarme del agujero. Sin embargo, todos los intentos me hacen sentir como si me clavaran una daga irregular que me arañara los huesos rotos.

—¡Wren! —Otra llamarada de pánico me recorre el cuerpo cuando Gray aparece. Al verme en el hoyo, la preocupación le oscurece la mirada—. Joder, vaquera.

Un segundo después, salta a la zanja y trata de auparme.

—Estoy oyendo el camión —dice Evlynne, angustiada—. Gray.

Me rebelo contra el chico, resistiéndome.

—Para —jadeo—. Tenéis que iros. Si me coges en brazos, no podrás volver a saltar ahí arriba.

—No te voy a dejar aquí.

—Los dos —digo con un hilo de voz, paseando la mirada entre ambos—. Tenéis que iros. ¡Ya! Si os quedáis, nos capturarán a los tres. Si os vais, solo me atraparán a mí. ¡Marchaos cagando leches de aquí!

—Te matarán —suelta Gray.

—Aunque consiguieras subirme ahí arriba, no llegaremos a tiempo al avión. Deberíais estar ya en el aire.

—Gray —dice Evlynne, quien por fin parece aceptar mi punto de vista—. Tiene razón. Vámonos.

Gray le dedica una mirada fulminante.

—No la voy a dejar aquí. La sacaré de este hoyo y llegaremos a tiempo.

La desesperación y el miedo batallan en mi interior y, en ese momento, lo veo en sus ojos: no va a abandonarme. Sacrificará a Evlynne, nuestro avión y todo lo que hay en este mundo, incluso a él mismo, por sacarme de esta maldita zanja.

—Grayson —digo, centrando los ojos en los suyos.

—No —replica. No se va a mover.

Un peso me presiona la caja torácica porque estoy atrapada aquí, poniendo en peligro sus vidas, pero no se va a ir y abandonarme sin ninguna posibilidad de sobrevivir.

Inspiro hondo, dolorida, para intentar centrarme. La formación da sus frutos porque, casi de inmediato, soy capaz de acceder a esas motas doradas. Cierro los ojos durante un segundo para recopilar toda esa energía. Comienzo a temblar, de dolor y de culpa por lo que estoy a punto de hacer. Las sensaciones familiares empiezan a recorrerme el cuerpo y la presión me crece dentro del cráneo.

Me va a odiar por esto. Pero no tengo otra opción. Tienen que dejarme atrás.

Ignorando el dolor palpitante en la pierna y la culpa que me carcome el estómago, obligo a su mente a que me obedezca, al mismo tiempo que articulo la orden en voz alta:

—Vuelve al avión. Ya.

La expresión se le tiñe de conmoción.

—No.

—Vuelve al avión.

Dirijo la orden hacia su cabeza como me ha enseñado Hawkins, diciendo con un hilo de voz las palabras en voz alta. Veo el momento en el que se asienta. Gray se resiste con tanta fuerza que empieza a temblar. La traición, abrasadora, incandescente, le brilla en los ojos.

—Joder, lo prometiste —gruñe.

—Vuelve al avión. —Desvío los ojos a Evlynne durante un segundo—. Puedo llevarlo hasta allí, pero tendrás que pilotarlo tú. No puedo mantener la incitación a tanta distancia.

Asiente, un poco sorprendida. Entonces, echa a correr, dejándonos a Gray y a mí a solas sumidos en esta batalla de voluntades.

—Tienes que dejarme aquí —le ordeno—. Vuelve al avión. Ahora. Déjame aquí.

—No.

—Déjame aquí.

El libre albedrío me parece importante. Igual que a todos. Y ahora mismo se lo estoy arrebatando a Gray. Me siento como un monstruo. Pero, mientras siga con vida, no me importa.

A pesar de la barrera de resistencia que ha levantado, la incitación está funcionando. Lo sé porque poco a poco empieza a retroceder. Me está drenando cada pizca de fuerza que me queda. No obstante, me concentro, aprovechando el oro.

—Para —ruge—. No hagas que…

—Vuelve al avión. Ya.

Me mantengo firme, filtrando en su mente toda mi fuerza de voluntad. La presión en mis sienes aumenta y se me nubla la visión. Su ira se arremolina en mi cerebro, insoportable. Pero está funcionando. Se está alejando.

—Más rápido —le ordeno, y sus zancadas se vuelven más largas.

Desaparece de mi vista.

—Vuelve al avión —digo entre dientes.

Noto que Evlynne intenta vincularse conmigo y me arriesgo, apenas un segundo.

Ya casi ha llegado, me dice por telepatía.

El alivio me invade. Ya no veo a Gray por ninguna parte, pero sé por mi formación con Hawkins que, mientras siga intacta la correa de energía, puedo seguir incitándolo.

—Sube al avión —musito—. Lo siento.

No sé si ha oído lo último. Lo dudo, pero sé que ha llegado al avión porque Evlynne vuelve a ejercer presión en mi mente.

Estamos en el aire. Hace una pausa. *Gracias*.

No tengo energía para responder. Dejo escapar un resuello irregular mientras la cabeza empieza a darme vueltas. Corto de forma abrupta la conexión con Gray. Me derrumbo en el suelo mientras noto cómo la oscuridad se cierne sobre mí. Me esfuerzo por permanecer consciente, pero estoy demasiado cansada y el dolor es brutal. Cada vez que inhalo, algo parecido al fuego me inunda los pulmones y me produce una oleada tras otra de náuseas.

Presiono la mejilla contra el barro y permanezco ahí, angustiada. El esfuerzo mental de incitar a Gray me está pasando factura. Estoy demasiado cansada para reaccionar cuando oigo el sonido de puertas al cerrarse y el eco inconfundible de pisadas que se mueven por el frondoso suelo de la selva.

Abro un ojo y miro hacia arriba. Se me acelera el pulso cuando una sombra aparece ante mí, seguida del cañón de un fusil, pero pierdo la consciencia antes de poder ver quién lo sostiene.

CAPÍTULO 44



—Estás despierta.

La voz es grave, de barítono, y algo áspera. Pertenece al hombre que me está dando la espalda, con los ojos fijos en una pequeña ventana con barrotes de hierro.

Pestañeando, giro la cabeza para examinar lo que me rodea. Estoy en una celda con las paredes de piedra y el suelo de gravilla. No sé cómo he llegado hasta aquí. Lo último que recuerdo es desmayarme de dolor. La pierna sigue palpitándome, pero ahora es un dolor sordo. Duele tanto que básicamente se me ha entumecido la zona.

Por fin, el hombre se gira hacia mí. Es el comandante Vásquez. Lo reconozco porque lo vi al otro lado de la mira del fusil.

De cerca, es más viejo de lo que pensaba; debe de rondar los cuarenta y muchos años. Tiene la piel bronceada y curtida, como si se pasara mucho tiempo al sol. Lleva un uniforme verde oliva, con una camiseta ajustada sobre el torso musculoso y los hombros anchos y, aunque no es alto, sin duda impone.

Trago saliva. Noto la boca muy seca.

No va a armado, pero eso no lo vuelve menos peligroso. Tiene unos brazos enormes, igual que las manos. Podría fracturarme el cuello sin romper a sudar siquiera.

En los ojos del comandante se intuye el ingenio y, cuando los pasea por mi cuerpo, advirtiendo mis nervios destrozados y la pierna rota, se vuelven calculadores. Entonces, me sorprende con una carcajada.

—Nadie va a matarte, niña. No me interesa empezar una guerra con el Continente por una miserable francotiradora. Solo quiero mandar un mensaje.

—¿Qué mensaje? —grazno a causa de la sequedad de la garganta.

—Que no se puede tomar a Tierra Fe a la ligera ni subestimarla. Que podría matar a Adrienne y a todos los suyos si quisiera. Pero, si lo hiciera, gastaría mucha energía que puedo utilizar en otra cosa. —Se encoge de hombros—. Organizaremos la recogida tras hacer sudar a tu líder.

No me relajo, pero me da menos miedo la posibilidad de que me parta el pescuezo.

—Adrienne rompió las reglas. —Parece molesto—. Cuando establecimos las condiciones, esperábamos que la otra parte las cumpliera. Trajo a francotiradores sin autorización a nuestro territorio. No podemos tolerarlo.

—No esperarías que no se protegiera —comento, y rezo para que no me arranque la cabeza.

—Esperaba que siguiera las reglas. Es nuestro territorio y Adrienne y su Revolución no son nada más que una molestia. Si cree que puede manipularnos para que cooperemos…

Vuelvo a defender a Adrienne.

—No os estaba manipulando. Solo quería una oportunidad para exponer su caso.

—No tiene caso.

Estudio la expresión severa en su rostro con una curiosidad genuina.

—¿Lo crees de verdad? ¿Que no hay ninguna manera de que las dos partes puedan trabajar juntas?

El comandante curva los labios con desdén.

—Niña —comienza a decir.

—Me llamo Wren.

—Muy bien, Wren. Las personas del Continente… están todas corrompidas —dice con firmeza, y sé que no se refiere a la clase de corrupción que ejerce Adrienne—. Os corrompéis en cuanto negáis la existencia de lo que os hace humanos.

Arrugo la frente.

—¿A qué te refieres?

Me contempla, casi decepcionado.

—A Dios.

—Ah, ya veo.

—Ya ves, ¿no? ¿Ves que habéis abandonado a Dios, que habéis abandonado los fundamentos de la humanidad, nuestros principios morales, nuestro propósito? ¿Lo ves y, aun así, quieres que hagamos lo mismo que vosotros? Nunca. Nunca nos inclinaremos ante vuestros dioses falsos.

Vaya, la gente de la Daga no se equivocaba. Por ahora solo he conocido a un Terrario y es… intenso.

—Lo pillo —digo con cautela—. De verdad. Pero si no colaboramos, al final el general Redden y la Compañía vendrán a Tierra Fe en busca de vuestros recursos.

—Que lo hagan. Tenemos a Dios de nuestro lado. Y ellos, solo a su avaricia.

—Y bombas.

El comandante Vásquez suelta una carcajada.

—No nos dan miedo sus bombas. Nosotros tenemos las nuestras.

Un golpe brusco retumba desde la puerta de la celda.

—¿Comandante? —dice una voz femenina.

—Pasa —ladra el hombre.

Una mujer joven y delgada, no mucho mayor que yo, entra en la celda. Tiene el pelo color caramelo recogido en una trenza a un lado y me estudia con cautela a través de sus ojos oscuros. En la mano lleva una cantimplora. Desvía la mirada hacia el comandante y este asiente, así que la chica me la tiende.

La observo, agradecida.

—Gracias. —El agua fría parece un paraíso cuando me aplaca la sequedad de la garganta.

Impávido ante la presencia de la mujer, Vásquez sigue hablando:

—Las personas del Continente se han deshecho de su humanidad…

—¿Por qué? —lo interrumpo—. ¿Porque no creemos en Dios o porque son Modificados?

—No hablo de los demonios.

La ofensa me molesta.

—No creerás de verdad que los Modificados son demonios, ¿no? —Incapaz de reprimirla, suelto una áspera carcajada.

—Lo son. Los viejos demonios, aquellos que engendraba el propio diablo, estuvieron condenados al infierno en el momento en el que el ángel caído los creó. Pero los que llamáis Modificados nacieron de un nuevo diablo. Creemos que pueden salvarse, pero no nos corresponde a nosotros esa responsabilidad.

—No lo entiendo. —Me remuevo y enseguida me arrepiento porque el dolor en la pierna me acerca de forma peligrosa a perder la consciencia. Pestañeo, tratando de concentrarme en su voz.

—No vamos a abrir nuestras mentes a vuestro caos. Así es como se destruyó el mundo en un primer momento, porque no había orden. Porque los seres humanos abandonaron la única fuente verdadera de fuerza. —La voz de Vásquez adopta un tono letal—. Aquí hay orden y no vamos a arriesgar lo que hemos construido. Si Adrienne quiere unidad, sabe lo que debe hacer.

Mientras habla, la mujer de pelo oscuro permanece de pie cerca de la ventana, haciendo su mejor imitación de una estatua, al mismo tiempo que observa nuestra interacción. La asimila. Hay algo en ella que me pone de los nervios.

Aprovechando mis habilidades, abro una vía hasta su mente y, quizá sea una coincidencia total, pero de repente se da una palmada en la nuca con una maldición ahogada. El comandante Vásquez le dedica una mirada fulminante.

—Mosquito —dice con una mueca, y se limpia la mano en el uniforme.

La contemplo durante un segundo y luego me alejo de su mente. Vásquez vuelve a centrar los ojos en mí.

—Ha sido un placer hablar contigo, Wren, pero me temo que debo marcharme. Puedes pasar aquí algún tiempo hasta que decidamos contactar con tu líder —dice con una sonrisa que no desprende humor.

Le dedica un gesto con la cabeza a la mujer, quien lo sigue hasta la puerta pero, antes de salir, mira un momento hacia atrás. La

puerta metálica se cierra de golpe y oigo cómo deslizan un cerrojo. Al parecer, no tienen sistemas electrónicos. Sé que muchas instalaciones de este continente son viejas, de hace siglos, y me pregunto si el lugar en el que estoy será una antigua mazmorra, algo que se usaba antes incluso de la era pasada.

Pero, aunque el mecanismo de bloqueo es primitivo, la cámara de seguridad en una esquina de la celda sin duda no lo es. Soy muy consciente de esa luz roja parpadeante.

Rodeada por una humedad asfixiante, me siento e intento ignorar el dolor punzante de la pierna. Le doy pequeños sorbos a la cantimplora que me han dejado, tratando de racionar el agua porque no tengo ni idea de cuánto tiempo me dejarán aquí. Luego, poso la cantimplora sobre la gravilla y contacto con Adrienne.

Darlington, ¿estás bien?

Más o menos. En una celda. Pero el comandante me ha dicho que no va a matarme.

Qué caballeroso por su parte. Parece divertida.

Dice que quiere hacerte sudar, pero que acabarán soltándome. ¿Puedes tener preparado algún transporte? No sé cuándo se aburrirá este cabrón de jugar con nosotros.

Evlynne estará lista. Enviaría a Gray, pero no creo que tenga la mente despejada ahora mismo.

La culpa me traspasa.

¿Está enfadado?

Creo que llamarlo así sería un eufemismo.

Mierda.

Espero. Y espero. Y espero un poco más.

A juzgar por la posición del sol al otro lado de la ventana, ha pasado una hora desde que el comandante se ha marchado. El dolor me impide concentrarme y hace un calor de muerte. ¿Cómo pueden vivir con tanta humedad?

Apoyo la espalda en la pared de piedra y dejo escapar un suspiro de cansancio cuando paseo los ojos por la celda por centésima vez.

Y, por primera vez, advierto que la luz roja de la cámara de la celda ya no parpadea.

Se me tensan todos los músculos. Alguien ha apagado la cámara.

El pánico me invade cuando oigo pisadas al otro lado de la puerta. Me parece demasiado pronto para que se hayan acabado los juegos mentales del comandante, por lo que respiro hondo, esperando que aparezca ese capullo aterrador.

En lugar de eso, veo a la mujer de pelo oscuro. En las manos lleva una pequeña bandeja de metal con un sándwich y un atado de tela bajo el brazo.

—He pensado que quizá tenías hambre —dice.

Entorno los ojos.

—No sabía que el trabajo de carcelera incluía el servicio de cáterin.

La mujer deja la tela cerca de la puerta, se agacha ante mí y me tiende la bandeja. Capto el aroma de la carne asada y el estómago me da un vuelco violento.

—No, lo siento —digo con una mueca—. No puedo comer. El dolor de la pierna me hace sentir náuseas.

Con un asentimiento, se levanta y deja la bandeja en el poyete de la ventana. Allí no me servirá de nada. Incluso aunque tuviera hambre, no podría levantarme sobre la pierna rota. Apenas puedo sentarme. Hace una hora que he dejado de intentar encontrar una postura cómoda.

Está a punto de salir por la puerta cuando digo:

—Lo has sentido.

Gira la cabeza unos milímetros.

—Lo has sentido cuando he intentado leerte la mente —le aclaro.

Es una conjetura. A decir verdad, podría haberle picado un mosquito en el cuello justo en el momento en el que he penetrado en su mente. Pero la mirada en sus ojos me dice lo contrario.

—No sé de qué estás hablando —farfulla.

Miente.

—¿Lo sabe? —insisto—. El comandante, quiero decir.

No contesta.

—La cámara está apagada. —Hago un gesto hacia el techo—. ¿Has sido tú?

Un segundo después, asiente con brusquedad.

—Eso significa que no lo sabe —digo despacio—. Has apagado la cámara porque te daba miedo que te lo preguntara y no querías que lo oyera.

No responde.

—¿Hay más Modos en Tierra Fe? —pregunto, al mismo tiempo que mi mente repasa todas las posibilidades—. ¿O eres la única?

Una tenue sonrisa le curva los labios.

—Ambas sabemos que no voy a contestar a esa pregunta.

Con un suave suspiro, se aleja de la puerta y camina hacia mí. Se deja caer de rodillas y se sitúa a mis pies, donde pasea los ojos por la pierna herida.

—Es una fractura grave —dice.

—Lo sé. Ni siquiera entiendo cómo sigo consciente —admito—. El dolor es una locura.

Me estudia como si fuera un rompecabezas. O como si estuviera tratando de tomar una decisión. Me imagino que lo segundo porque, de repente, asiente con brusquedad de nuevo y extiende las manos sobre mi pierna.

—¿Qué…?

La protesta muere en mis labios cuando coloca las palmas sobre los huesos rotos. La pierna se queja por la agonía e intento apartarme, pero ella me hace parar con un «sshhh».

—Se acabará pronto —musita.

Las implicaciones de sus palabras inundan el aire de la celda y contengo el aliento cuando advierto lo que está pasando. La calidez se me filtra en el tobillo y se extiende hacia arriba, una sensación inquietante y familiar. Me está curando.

La contemplo, conmocionada, pero no me mira. Está demasiado absorta por la tarea.

Cuando noto cómo comienzan a palpitarme los huesos, no siento dolor. El calor de su roce me rodea la pierna como un capullo mientras su energía se asienta en mis huesos y los fusiona. El dolor

mengua. Los huesos se mueven. Los músculos se estiran y se entrelazan.

Tarda más que cuando Ellis me sanó la muñeca, quizá por lo grave que es la fractura. Estamos ahí sentadas en un silencio total. Trabaja con el ceño fruncido y las sienes cubiertas de gotas de sudor, aunque no sé si esto último se debe al esfuerzo o a la humedad que nos obstruye los poros. No mueve ni un músculo, solo sigue presionando los dedos contra mi pierna hasta que, por fin, el dolor desaparece por completo.

Aparta la mano.

—¿Qué tal?

—Como nueva —digo, agradecida.

—Sobre tu pregunta… —Ladea la cabeza y se encoge de hombros—. No, mi padre no lo sabe.

Esta mujer parece decidida a dejarme sin palabras.

—¿Tu padre? —pregunto por fin—. ¿El comandante Vásquez es tu padre?

—Soy Valeria Vásquez. —Extiende la mano a modo de saludo.

—Y yo, Wren Darlington. —Estoy a punto de agarrarla por la muñeca, pero me sujeta la mano, dándome un apretón firme.

Cuando advierte mi expresión, se echa a reír y dice:

—Mi provincia, mis costumbres. —Y yo también suelto una carcajada.

Abro una vía de nuevo hacia su mente, pero ahora que sé que es una Modo, no intento cruzar su escudo como una mala persona, sino que la invito a usar el vínculo telepático. Me sorprende cuando lo acepta.

Nunca había conocido a una sanadora sin marca de sangre, le digo mentalmente. *¿Cómo se la ocultas a tu padre?*

Le brillan los ojos marrones. Entonces, abre la boca. Durante un segundo, creo que me está sacando la lengua, pero después la levanta y suelto un grito ahogado. Tiene la marca de sangre debajo.

—Vaya, qué suerte —comento, sorprendida. No eliges dónde te sale la marca. Tengo la mía en el muslo y Jayde Valence, en la mejilla. Pero ¿bajo la lengua? ¡Qué envidia!

—No existe la suerte. Es la voluntad de Dios.

Arqueo una ceja.

—¿Sigues creyendo en Dios después de todo lo que ha dicho tu padre, después de que nos haya llamado demonios crueles?

—Sí —contesta Valeria—. Porque sé que no soy ni cruel ni un demonio.

Sonrío.

—Me parece justo.

—Y sé algo más. Algo que mi padre no quiere aceptar porque es demasiado terco. —Baja la voz, tornándose seria—. Pronto llegará el momento de elegir un bando, porque tu gente no es la única con algo que perder. La Compañía nos tiene en su punto de mira desde hace mucho tiempo. Estuvimos a punto de entrar en guerra con el Continente en una ocasión. Lo evitamos, pero ahora que no está el general Redden y su hijo ha ocupado su puesto, me temo que esta tregua no durará mucho.

—Creo que tienes razón —comento, sombría—. ¿Hablarías con tu padre? ¿Lo convencerías para que trabajara con nosotros?

—Nadie puede convencerlo de algo si no está por la labor. Así que no, no podré persuadirlo para que elija un bando. Pero…

—Pero ¿qué?

—Quizá pueda conseguir que mire a otro lado.

—¿Qué quieres decir?

—Mi padre no es tonto, solo cabezota. Se negará a unirse a vuestra causa, eso sin duda, pero creo que puedo empujarlo a… quizá… no mostrarse tan protector con nuestro espacio aéreo y nuestras rutas marítimas. A lo mejor a veces no es tan malo dejar pasar uno o dos aviones. —Aprieta los labios como si estuviera reprimiendo una sonrisa—. Pequeñas cosas de ese estilo.

Le devuelvo el gesto.

—Nos sería muy útil.

En lugar de responder, Valeria se pone en pie y se limpia el polvo de los pantalones. Camina hasta el montón de tela que ha dejado junto a la puerta y advierto que no son prendas, sino una venda, que utiliza para cubrirme la pierna. Cuando termina, se levanta y va hacia la puerta.

—Pronto te liberarán. Finge que te sigue doliendo —me pide con la voz firme mientras permanece de pie en el umbral—. Nadie puede enterarse de que te he sanado.

—No diré ni una palabra —le prometo. Antes de que se marche de la celda, digo su nombre—: Valeria.

Me mira y siento que entre las dos se forma una alianza frágil e inesperada.

—¿Puedes hacerme un favor?

CAPÍTULO 45



Cuando llego a la base, Gray no me espera en el hangar. Debe de estar incluso más enfadado de lo que me imaginaba. La ansiedad me constriñe las entrañas y me tiemblan los dedos cuando cojo el ascensor hacia el tercer piso. Lo bueno es que la pierna no me da ningún problema. La noto incluso mejor que antes. Ahora me duele más la otra de tanto caminar por la selva esta mañana.

Gray me deja entrar en su apartamento sin mediar palabra y nos colocamos en el centro del salón. Tiene los músculos de la mandíbula flexionados con fuerza, como si estuviera rechinando los dientes. Los hombros desprenden tanta tensión que parecen a punto de romperse por la mitad.

—Me incitaste.

Escupe las palabras con un tono grave y acusatorio. Sus ojos encierran tantas emociones que no sé siquiera en cuál centrarme. Traición. Incredulidad. Resentimiento. Pero es el dolor el que se me clava a mayor profundidad.

—Lo siento —musito.

—Me lo prometiste. —Señala el sofá con brusquedad—. Estábamos ahí sentados y me prometiste que nunca me incitarías sin mi consentimiento.

—No tenía otra opción. —Me tiembla la voz—. No sabía que me dejarían ir con tanta facilidad. Pensaba que iban a matarnos.

—¡Me incitaste, joder!

—Lo sé. Lo siento.

Con un gruñido, se pasa las dos manos por el pelo y se gira, dándome la espalda. Está tan cabreado que no puede mirarme siquiera.

—Lo siento —repito. Quiero acercarme y rodearlo con los brazos, pero me da miedo que me aparte.

Por fin se gira y lo que veo en su expresión supera a la rabia y el dolor. Es miedo. Un miedo tan profundo y genuino que me atenaza el estómago.

—Te sacrificaste por mí. No vuelvas a hacer eso en la puta vida.

—Gray…

—No, no me contradigas. Necesito que me mires a los ojos y me digas que nunca antepondrás mi vida a la tuya.

—Tú lo harías conmigo —observo.

—Porque significas más que yo —replica, y noto la fuerza de sus emociones en el sube y baja de su pecho—. Me importa una mierda lo que me pase. Pero a ti… —Se queda callado.

Trago saliva. El silencio se instala entre los dos. Ambos estamos aquí de pie, jadeando. Cuando abro la boca para hablar, da un paso al frente y me coge de la muñeca para tirar de mí. Me rodea con los brazos, estrechándome. Apoya la barbilla sobre mi cabeza y siento cómo tiembla cuando suelta un suspiro irregular.

—Prométeme que nunca harás una locura así. Prométemelo. Y hazlo en serio, joder.

Advierto la seriedad en su voz. Entierro la cara en su pecho, donde inhalo el conocido aroma cítrico.

—Lo prometo.

Inclino la cabeza hacia atrás para ver la vulnerabilidad que flota en sus ojos y le acaricio la cara con las manos. Ojalá tuviera la capacidad de tranquilizarlo como hace él con todos los demás. Quiero aplacar sus emociones. Nunca deja que nadie lo vea así.

—Lo prometo —repito antes de ponerme de puntillas y presionar los labios con los suyos. Es un beso delicado. Una promesa que puede sentir—. Nunca volveré a hacerlo.

La tensión estalla y de repente atrapa mi boca con la suya. Mi cuerpo cobra vida y las terminaciones nerviosas se prenden con cada chispa de deseo que noto bajo la piel. Pero estoy cubierta de

polvo y suciedad y, cuando cuela los dedos bajo mi camiseta, interrumpo el beso y me echo hacia atrás.

—Necesito una ducha —digo, tímida.

Hace un gesto hacia su baño privado.

—Usa la mía.

Dudo.

—Aquí no tengo ropa.

—Ponte la mía.

Una sonrisa me curva los labios.

—Ya veo que no me ofreces compañía.

—No podría apartar las manos de tu cuerpo. —La intensidad de su mirada me roba el aliento.

Reticente, desvío los ojos y me dirijo al baño, donde paso demasiado tiempo bajo el chorro de la ducha. Sigo tan acalorada por todas las horas que he pasado en esa celda en Tierra Fe que ni siquiera pruebo con el agua tibia; la fría me parece el paraíso.

Al salir de la ducha, me envuelvo con una toalla y saco la cabeza por la puerta de la habitación principal.

—¿Me pasas esa camiseta?

Gray me la lanza y me vuelvo a meter en el baño para secarme y ponérmela. Me hace gracia que el final de la camiseta me llegue a las rodillas. El pelo me huele a su champú. Me gusta.

Cuando vuelvo, Gray pasea los ojos por mí, provocándome lenta y deliberadamente. Comienza por mis pies descalzos antes de deslizarlos por las piernas y centrarse en la marca de mis pezones contra la tela de su camiseta hasta que por fin me sostiene la mirada.

—¿Qué tal la pierna? —farfulla—. Evlynne estaba convencida de que te la habías roto, pero parece que la tienes bien.

—No fue nada. Quizá un esguince —miento, aunque solo por el momento. Tengo intención de hablarle de Valeria y lo que ocurrió en la celda, pero la historia requiere muchas más palabras de las que me gustaría pronunciar ahora mismo. Por eso, solo digo tres—: Lo siento mucho.

—Lo sé.

—Intentaba protegerte.

—Lo sé. —Se acerca a mí—. No necesito tu protección.

Se quita la camiseta y doy la bienvenida a sus músculos, tendones y abdominales. Su pecho desnudo es un deleite para la vista.

—No quiero seguir hablando —balbuceo.

Advierto un fantasma de sonrisa.

—¿Y qué te gustaría hacer entonces?

Lo cojo de la mano y lo arrastro al cuarto. En un abrir y cerrar de ojos, tiene los labios presionados contra los míos. Me levanta en sus brazos y le rodeo la cintura con las piernas mientras camina hacia la cama.

—Se suponía que íbamos a ir despacio —me recuerda, aunque sigue besándome el cuello.

—No pasaremos de los besos —le prometo, aunque nunca he dicho una mentira tan grande.

Quiero hacer mucho más que besarlo. Mi cuerpo entero reacciona a su presencia. Noto el anhelo implacable y abrasador en partes que no sabía que lo deseaban tanto.

Me deja sobre la cama y se apoya en un codo, paseando los labios por los míos mientras me toquetea el dobladillo de la camiseta para levantármela sobre los muslos. No llevo ropa interior y entorna los ojos al darse cuenta.

—Joder —musita.

—¿Qué pasa? —pregunto, inocente.

Mordiéndose el labio, sube aún más la tela hasta revelar el estómago y el pecho.

—Solo lo voy a probar —dice, y me rodea el pezón con la boca, provocándome un jadeo. Cuando lo acaricia con la lengua, me arqueo contra él, necesitada. Pero me suelta con un suave gruñido—. Hemos dicho que solo íbamos a besarnos.

—Ay, venga, as. Hoy me han hecho presa los Terrarios —digo con un mohín exagerado—. Creo que me lo he ganado.

Con una carcajada, ejerce una ligera presión sobre el otro pecho antes de bajar la mano por mi cuerpo hasta situarla entre mis piernas. Una descarga de deseo hace que me estremezca. Me estoy mojando. Me acaricia con círculos lentos y deliberados, observando mi rostro mientras balanceo las caderas bajo su roce.

—Eres preciosa —dice con voz ronca.

Es difícil pensar cuando me está tocando así. Mezo las caderas a mayor velocidad, arqueándome ante los movimientos de sus dedos. Me introduce uno, seguido de un segundo, y me penetra con ellos mientras me roza con el pulgar el punto anhelante que más atención necesita. Cada vez me está costando más respirar.

—Qué estrecha —susurra, crispando los dedos en mi interior. Me lame la oreja con la lengua—. Y cuánta humedad. —Se adentra aún más en mi interior y gimo.

No quiero ser la única que disfruta. Cuando se inclina para besarme, estiro las manos entre los dos, pero me aparta con suavidad.

—No —dice antes de recorrerme los tendones del cuello con los labios—. Ya estoy rompiendo demasiadas reglas esta noche.

La respiración se me vuelve superficial cuando cuela la lengua en mi boca y adopta un ritmo lento e insoportable con los dedos.

—No pares —musito.

Me estoy frotando contra su mano, al mismo tiempo que me presiona con la palma en el punto exacto. Jadeo cuando el clímax me sobrepasa sin previo aviso, una oleada de euforia pura y deliciosa que me inunda el cuerpo. Noto su cosquilleo ente las piernas, en las yemas de los dedos, en la columna vertebral y en la punta de los pies. Gimo mientras continúa, decidido a extraer cada pizca de placer de mi interior.

Me sonríe satisfecho consigo mismo cuando me aparto porque siento todo demasiado sensible ahí abajo. Saciada, me acerco a él y apoyo la cabeza en su pecho.

Mientras me acaricia, ausente, el hombro, estudio su cuerpo y esbozo una sonrisa al ver la erección obvia que se le presiona contra los pantalones.

—¿Todo bien, as?

—No, claro que no. Por si no lo has notado, estoy duro como una piedra.

Me convulsiono por la risa y entierro la cara en sus pectorales. Entonces, me incorporo sobre el codo.

—¿Permiso para ocuparme de ese tema? —le pregunto, esperanzada.

Me dedica una mirada severa.

—No nos vamos a acostar. Eras tú la que quería ir lento.

—Y ahora te estoy pidiendo que vayamos rápido. —Presiono los labios ante la idea—. ¿Qué tal si llegamos a un acuerdo?

—Te escucho.

Me trago otra carcajada.

—Nada de sexo. Solo… esto.

Antes de que pueda negarse, le recorro el pecho beso a beso, notando bajo los labios cómo le tiemblan los músculos. Estiro los dedos hasta la cinturilla del pantalón, los cuelo por ella y los hago bailar sobre su piel.

Cuando se estremece, lo miro.

—¿Permiso para continuar?

Me satisface ver el deseo tan puro que chisporrotea en sus ojos.

—Sí.

Le bajo los pantalones y su polla se libera, dura y lista para mí. Con cuidado, paso los dedos por ella antes de rozarle la punta con el pulgar. Encantada con cada gruñido ronco y cada respiración jadeante que deja escapar, uso la lengua y las manos para acariciársela hasta que me la meto en la boca, a la mayor profundidad posible.

—Joder —dice con voz ahogada. Cuela los dedos en mi pelo para formar una coleta y guiarme la cabeza—. Sigue así. Sí. Despacio y profundo, así.

Noto cómo palpita contra mi lengua. Se le tensa el cuerpo y los músculos se le convulsionan como si tratara de contenerse. Me deja al mando a pesar de que siento cómo, para conseguirlo, está haciendo uso de cada pizca de control dentro de su ser.

Cuando llego de nuevo a la punta, le dibujo un círculo con la lengua y lo miro, provocándole una maldición ahogada.

—No tienes ni idea de lo mucho que me gustas en esta posición.

Noto una oleada de excitación, que ignoro para centrarme en su placer. No tarda en soltar un gruñido ahogado a modo de advertencia. Lo acaricio hasta que se libera, al mismo tiempo que

disfruto de su expresión con los párpados semicerrados y los dientes hundidos en el labio inferior. Se deja caer hacia atrás sin aliento y tira de mí.

—Ha sido increíble —musita.

Tiene los pantalones medio bajados y los abdominales pegajosos. Igual que mi mano. Pero no me importa. Me acurruco a su lado, donde me deleito con el latido de su corazón contra mi oído y observo el sube y baja de su pecho mientras recupera el aliento.

—Siento lo que he hecho esta mañana.

Las palabras se me escapan antes de que pueda reprimirlas y me arrepiento al instante cuando noto cómo se tensa. Pero sigo adelante, deseando sacármelas de dentro.

—Mientras venía en el avión, no paraba de darle vueltas, angustiada, y creo que he conseguido encontrarle sentido. Cada vez que he usado la incitación en el pasado, ha sido por accidente y siempre había pensado que nunca lo haría a propósito. Robarle la voluntad a alguien es… —Me muerdo el labio—. Pero, cuando estuve en peligro en el Aniversario de Plata, ni siquiera dudé. Incité a Jayde para salvarme y me llevo sintiendo como un monstruo desde entonces.

—Wren…

—No, déjame terminar. Me di asco después de usar la incitación con Jayde. Pero hoy no. He sentido culpa, sí, y mucho remordimiento por haber incumplido la promesa que te hice, pero… —Me trago el nudo de la garganta—. No me siento como un monstruo porque estaba intentando salvarte la vida. En mi cabeza, no había otra opción. Siento habértelo hecho, pero a la vez no. Al menos, una parte de mí no lo lamenta porque me parece que ha sido la primera vez que he usado la incitación para algo bueno, para ayudar a alguien.

Gray se queda callado un segundo. Luego, deja escapar un suspiro.

—Joder, sigo cabreado por lo que me has hecho, pero también odio que hayas creído en algún momento que eres un monstruo, porque no es así. Has actuado como lo has hecho porque querías

que Evlynne y yo estuviéramos a salvo. Lo entiendo. Yo habría hecho lo mismo.

—Entonces, ¿no me odias? —susurro contra su hombro.

—No podría.

Me roza la coronilla con los labios. Un beso reconfortante.

—Quédate a pasar la noche —me pide, y respondo aovillándome contra él.

Me despierto a la mañana siguiente en la cama de Gray. Está estirado boca abajo, con el culo al aire, lo que me provoca una sonrisa. En algún momento de la noche, ha tirado la manta al suelo, así que me estiro en la oscuridad para recogerla y me hago un ovillo con ella mientras él permanece ahí, tumbado y desnudo, a mi lado.

Con cuidado de no despertarlo, salgo de la cama. Odio tener que ponerme la ropa sucia y aún mojada por la humedad de la selva, pero no me sentiría cómoda saliendo del apartamento de Gray solo con su camiseta. Me visto en silencio antes de enfundarme las botas y dirigirme al salón. Él ni se inmuta.

Salgo al pasillo y cierro con suavidad la puerta. Estoy tan centrada en permanecer en silencio y no despertarlo que no me doy cuenta de que tengo compañía hasta que oigo sus pisadas a mi espalda. Me giro y me quedo paralizada.

Karra está a unos metros de distancia, con los ojos fijos en la puerta de Gray. Entonces, los desvía en mi dirección y su expresión se ensombrece durante una milésima de segundo antes de esbozar una sonrisa sarcástica.

—¿Por qué no me sorprende?

—Karra —empiezo a decir. Luego, me detengo porque no tengo ningún argumento con el que apaciguarla.

Hace un par de semanas que rompieron y ayer fue la primera vez que Gray y yo hicimos algo más que besarnos. Pero sí que nos enrollamos la noche en la que cortó con ella y me siento culpable por eso.

—No pasa nada —dice, desestimando mi preocupación con un gesto de la mano—. No me importa si te lo tiras. Pásalo bien.

No parece ni inquieta ni enfadada, lo que me sorprende.

—Mira, no quiero que haya tensión entre nosotras —digo—. Sé que los dos lleváis mucho tiempo rompiendo y volviendo.

Se encoge de hombros.

—Sí, y lo más probable es que vuelva a ocurrir en algún punto.

Capto el mensaje, alto y claro. «No es tuyo. Lo recuperaré».

—Si quieres calentarle la cama mientras tanto —concluye—, adelante.

—¿Hasta que se harte de mí? —pregunto, irónica.

—No, hasta que te hartes tú de él.

Me quedo perpleja.

—Porque ocurrirá —continúa Karra. Sonríe como si tuviera un secreto que solo supiera ella—. Soy la única que está dispuesta a aceptarlo.

—¿A aceptar el qué?

—A Grayson Blake. Siempre se queda en la superficie. No es capaz de sentir nada genuino, amor ni ninguna gilipollez de esas.

Frunzo el ceño.

—Ya lo descubrirás por ti misma. Lo único que desea es que la relación sea fácil, física. Nunca va más allá. Y si lo hace, aplacará tus emociones para que te sientas tan despreocupada y feliz como antes.

Una arruga se me marca en la frente.

—¿Y tú te conformas con eso? —pregunto.

Se encoge de hombros de nuevo.

—No necesito más.

A decir verdad, no sé si lo dice en serio o no.

—Sin embargo, la mayoría de las mujeres quieren más. —Mientras habla, Karra me sostiene la mirada—. Y me da la impresión de que eres de ese tipo.

—¿Sí? —Me gusta pensar que parezco una tía dura, que no necesito tonterías como emociones o sentimientos empalagosos, pero en el fondo creo que sí. Me pregunto cómo lo sabrá Karra.

—Eres intensa —dice, soltando una carcajada—. Lo escondes, pero tienes sentimientos. Y querrás que él los comparta contigo, pero no lo hará. No muchos pueden gestionar algo así. Por eso, si lo deseas, adelante. Es todo tuyo.

Tras eso, Karra se aleja por el pasillo. Observo cómo se marcha, al mismo tiempo que intento que sus palabras no me afecten.

Tras trabajar a primera hora de la tarde en el campo de tiro, salgo de la Daga y camino hasta el aviario para buscar a Poppy. Llevo intentando vincularme con ella todo el día, pero me mantiene bloqueada telepáticamente, por lo que decido buscarla en persona. Pensaba que se pasaba la mayoría de los días aquí, pero, cuando llego, la mujer que lo dirige, Scarlett, me informa de que Poppy no ha vuelto allí desde hace semanas.

—Desde que Didi murió —dice Scarlett.

Se refiere a la urraca autoritaria que Poppy me presentó hace unos meses. Era una de sus favoritas.

—¿Qué pasó? —pregunto, preocupada.

—No estamos seguras. Poppy encontró su cuerpo. Quizá fuera un ataque al corazón. O cualquier otra cosa.

Angustiada, trato de vincularme de nuevo con la adolescente y, esta vez, me lo permite.

¿Dónde estás?, pregunto.

Cogiendo flores en el claro.

¿Quieres compañía?

Si te apetece…

No es una invitación entusiasta, pero me tiene preocupada, así que sigo el sendero zigzagueante hasta el claro donde le gusta coger flores. Por suerte, las letales campanillas violetas ya se han marchitado, pero la cazuta sigue creciendo con fuerza.

Encuentro a Poppy cerca de la hierba alta y señalo el cúmulo de flores silvestres amarillas y rosadas que lleva en la mano.

—¿Son para tu madre?

—Sí.

Sonrío.

—Espero que Fiona aprecie tener una hija como tú. Nunca se me habría ocurrido llevarle flores a mi tío. Se habría reído en mi cara.

—¿Tu tío? ¿El hermano de Kallister?

—Sí. ¿Conociste alguna vez a Julian?

Niega con la cabeza.

—¿Era tan majo como Kallister?

Las palabras «majo» y «Jim» no encajan en la misma frase, así que no puedo evitar soltar una risita.

—No, era un poco capullo. Si no le caías bien, te lo dejaba claro.

—Como mi madre. —Poppy pone los ojos en blanco.

—También era tan sobreprotector como ella. Cada vez que quería hacer algo que conllevara el mínimo riesgo, echaba por tierra mi idea. No me dejaba trabajar para la Revolución. Si pensaba que un chico y yo nos empezábamos a entender, aparecía con el coche y me arrastraba a casa. Hizo todo lo posible para mantenerme a salvo en el rancho. Pero ya sabes lo que suele pasar: cuantas más restricciones te ponen, más deseas ser libre.

Poppy adopta una expresión ausente.

—¿Tú también te sentías así? ¿Atrapada?

—Sí, y lo odiaba. Pero… también me enseñó una buena lección.

Me contempla con curiosidad.

—Que es mejor pedir perdón que pedir permiso —digo, guiñándole un ojo.

Una sonrisa le cruza la cara.

—¿Le desobedecías?

—A veces. —Hago una pausa—. A menudo —me corrijo—. Nunca con nada que nos pusiera de verdad en peligro, pero sí, me escapaba con la bici, iba al pueblo y me emborrachaba con mi amiga Tana.

Tana y yo solíamos robar whisky sintético del bar en el que trabajaba su padre. Cuando volvía al rancho, le hacía ojitos al tío Jim y decía: «Por favor, no te enfades». Nunca picó el anzuelo. Era imposible manipular a Jim Darlington. A menos que fueras Marina Serrano, al parecer. No logro entender cómo mi madre consiguió

ganarse su lealtad. La única explicación que se me ocurre es… que el amor te empuja a hacer tonterías.

Poppy se tensa de repente y no necesito verle las venas para saber que está hablando con su madre.

—Debo volver —dice, sombría—. Mi madre quiere que vaya al Templo a reforzar mi escudo.

Fiona siempre machaca a Poppy para que no deje de lado la formación. Me siento mal por la adolescente, pero no puedo negar que practicar funciona. Cuando he abierto alguna vía hasta su mente, he notado lo fuerte que es su escudo, tanto que nunca he intentado penetrarlo; me parece que sería complicado.

Volvemos a la Daga, pero hace tan buen día que no estoy preparada para encerrarme dentro todavía, por lo que me dirijo a la cornisa con la tableta. Hace poco he descubierto que la biblioteca digital tiene libros de ficción sobre los que no había oído hablar, incluida una saga fantástica sobre criaturas místicas y monarquías crueles. Nunca pensé que me interesarían los cuentos, pero estoy totalmente enganchada a esta historia y quiero ver qué ocurre a continuación.

Sin embargo, no tengo oportunidad de leer ni una palabra porque Evlynne se encuentra fuera cuando salgo. Está llorando. En cuanto advierte mi presencia, se seca a toda prisa la cara con la manga para intentar ocultar las lágrimas. Demasiado tarde. Ya las he visto.

—¿Todo bien? —le pregunto.

—Sí —musita.

—¿Seguro? Porque no lo parece. —Titubeante, doy un paso hacia ella—. ¿Es por tu hijo?

Al instante, la expresión se le torna furibunda.

—Lo siento —me disculpo, poniendo las manos en alto a modo de derrota—. Sé que me dijiste que no sacara el tema, pero… —Me encojo de hombros, incómoda—. No lo he mencionado porque quisiera entrometerme, pero el día que os vimos en el valle ocurrió algo con Fisher.

La preocupación le contorsiona las facciones enseguida.

—¿Qué pasó? ¿Qué hizo?

«¿Qué hizo?».

La pregunta habla por sí sola.

—Me leyó la mente. Y puedo asegurarte que nadie lo había conseguido hasta ese momento a menos que yo se lo hubiera permitido. Me formó Julian Ash, así que mi escudo es casi impenetrable. —Hago una pausa—. Fisher solo tiene seis años, ¿no?

Evlynne asiente con los ojos impregnados de tristeza.

—¿Y es ya un lector de mentes tan poderoso?

Al principio pienso que no va a darme ninguna explicación ni a referirse al tema de ninguna manera, pero al final deja escapar un suspiro de inquietud antes de que las palabras salgan disparadas de su boca.

—No creía que tuviera que preocuparme cuando empezó a manifestar sus habilidades. No parecía un gran problema. Sé que, cuando los dones aparecen con tan corta edad, suele significar que los niños serán fuertes…, pero no siempre es así.

Me contempla, como si tratara de convencerme. No se equivoca. Cross tenía la capacidad de usar la telepatía con ocho años, pero sus habilidades no han ido más allá. Por otra parte, yo ya tenía cuatro dones con cinco años, por lo que…

—Supongo que esperaba que no ocurriera —dice—, pero anoche lo estaba bañando y se la vi. En la planta del pie.

Frunzo el ceño, confusa.

—¿Qué le viste?

—La marca de sangre.

CAPÍTULO 46



Recuerdo el momento en el que me apareció la marca de sangre, lo mucho que aterrorizó al tío Jim. Lo rápido que se puso en acción al darse cuenta de que la única manera de protegerme era deshacerse de ella por todos los medios posibles. Porque supo, de inmediato, que significaba peligro. Para mí. Para otros.

Evlynne también lo sabe. Advierto un ápice de pura desesperación flotando en sus ojos y el corazón se me constriñe por ella. Me siento a su lado, meciendo los pies sobre la cornisa.

—Cuando el Comando me interrogó, Jayde Valence solo logró penetrar en mi escudo porque yo se lo permití. Pero Fisher lo hizo sin que me diera cuenta. Tu hijo tiene mucho poder.

—Lo sé.

—Imagino que tiene otras habilidades.

—Telepatía y proyección. Espero que solo sean tres y no tengamos que enfrentarnos a un poder manipulativo. —Pestañea más rápido, como si intentara no llorar de nuevo—. Solo quiero protegerlo, ¿sabes? —Las lágrimas se aferran a sus pestañas y, cuando parpadea una vez más, un par de ellas se liberan—. No quiero revelarlo.

Eso es lo que teme. La revelación ante la Autoridad. Y la marca de sangre de Fisher. El informe no sería tan sencillo como: «Oye, mi hijo es telépata. Añadidlo a su archivo», sino: «Oye, mi hijo quizá sea peligroso».

—Empezarán a formarlo enseguida y, si presenta alguna habilidad manipulativa o de sanación, querrán usarlo. —Niega, enfadada, con

la cabeza—. No puedo permitir que lo usen, Darlington. Me he pasado los últimos seis años haciendo todo lo posible para darle una vida normal. Kallister y Adrienne quieren que vivamos los dos en la base porque soy piloto y debería estar más disponible, pero por nada del mundo permitiría que mi hijo acabara encerrado en este fuerte. Necesita estar rodeado de otros críos de su edad. Luché por conseguir la cabaña del valle. Me da igual si tengo que volar hasta aquí cada vez que despunta el alba. Me importa una mierda, siempre y cuando él esté a salvo y feliz.

—¿Y si no lo revelas?

Titubea un segundo, contemplándome con desconfianza.

—No me digas que no se te ha pasado por la cabeza. No tienes que contarlo todo si no quieres.

No menciono mi propia omisión, que no le he dicho a nadie que puedo oír a Cross hablando con otras personas. Sí, hace tiempo que no ocurre, pero sin duda es algo que la Autoridad querría saber.

—Será difícil de esconder —contesta con lentitud—. Beatriz o Jenni lo ayudan a prepararse para irse a la cama algunas noches si formo parte de una misión. ¿Y si se va a nadar al riachuelo con los demás niños? No puede llevar zapatos y calcetines durante el resto de su vida. Alguien acabará viéndole la marca. No puedo escondérsela para siempre.

—Yo fui capaz de ocultar la mía. Hasta el año pasado, al menos. Mi marca de sangre apareció cuando tenía siete años. Jim, Julian Ash, me la quemó.

Frunce el ceño.

—¿Cómo?

—Me vertió encima una olla de agua hirviendo. A veces aún huelo la piel quemada. Como un aroma fantasma.

Evlynne esboza una mueca.

—Vaya, ¡qué cruel!

—A él le pareció que merecía la pena para mantenerme a salvo.

Tras esto, suelta una carcajada seca.

—¿Estás sugiriendo que le queme el pie a mi hijo?

—No, pero creo que, dado el lugar en el que está la marca de sangre, será difícil ocultarla. Solo digo que sé hasta dónde llegaría

un padre para proteger a su hijo, sobre todo si tiene una marca así.

Aunque no sé si eso incluye a mis verdaderos padres. Aún elijo creer que mi madre me estaba protegiendo al entregarme a Jim, pero, después de leer casi todo el archivo, no me acerco lo más mínimo a saber quién era en realidad Marina Serrano.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto a Evlynne—. Si no puedes esconder la marca de sangre, ¿podrías…? —reflexiono—, ¿podrías esconderlo a él?

—¿Qué quieres decir?

—No intento fisgonear, pero… ¿el otro progenitor está en la ecuación? ¿Puedes mandarlo a vivir con su padre?

—Ni siquiera sabe que Fisher existe. Nunca le conté que estaba embarazada.

—¿Por qué?

Su voz se tiñe de amargura.

—Porque era un puto Primario y no tenía ni idea de que yo era una Modo. Ya bastante malo es que me acostara con uno de esos venas de pis, no iba a criar también un niño con uno. Si él hubiera querido, claro, y si la Compañía me hubiera dejado quedarme con el bebé. Demasiadas condiciones.

—¿Cómo te quedaste embarazada? ¿Qué hay de las inyecciones? —A todas las ciudadanas del Continente nos ponen una cada año. Nadie puede tener familia a menos que la Compañía apruebe la solicitud.

Evlynne suelta una carcajada áspera.

—Esas inyecciones tienen un 99,99 % de eficacia y yo soy la excepción que confirma la regla gracias a una sola noche de borrachera y sexo. Una puta fantasía.

La empatía me contrae el pecho.

—Quizá no estaría mal contactar con el padre y decirle que tiene un hijo. A veces la perspectiva de la otra persona cambia cuando ve a su hijo, ¿no? O, al menos, eso espero.

No es muy buen discurso, pero aparte de animarla a quemarle la marca, no sé cómo va a ocultarle todo esto a la Autoridad.

—No sé… Por suerte, no ha manifestado nada peligroso de momento. —Duda, tratando de sostenerme la mirada—. Mira,

Darlington, sé que no somos amigas, pero, si pudiera pedirte que me guardaras el secreto…

—Claro —digo enseguida—. No diré nada.

—Ni siquiera a Gray. Sé que te lo estás tirando.

—Eso no significa que se lo cuente todo. —Mantengo un tono desenfadado, pero la miro con firmeza—. No diré ni una palabra. Con esto no estaría poniéndome en peligro, sino que estaría arriesgando la vida de un niño, y nunca os haría algo así a Fisher y a ti. Lo prometo.

El alivio le titila en los ojos.

—Gracias. —Hace una pausa—. Perdona por dejarte tirada en la montaña ese día.

—Da igual, fue un ejercicio muy instructivo. Además, me hice amiga de un aullador. No pasa nada.

Evlynne suelta una risita.

—Si me lo hubieras hecho tú a mí, te habría rebanado el pescuezo mientras dormías.

—La vieja Wren quizá lo hubiera hecho también —confieso.

—¿En serio?

—Reconozco mis propios errores —admito—. No siempre pienso antes de actuar. Me dejo llevar por las emociones. Pero estoy intentando controlarme. —Me encojo de hombros, avergonzada—. Estaré madurando, supongo.

—Lo de madurar está bien —dice y, por primera vez desde que nos conocemos, me dedica una sonrisa genuina.

Una semana después sigo sin tener noticias sobre lo que ha decidido hacer Evlynne con Fisher. No interactuamos mucho después de la conversación en la cornisa, y asumo que es porque ella no tiene ninguna intención de repetirla. No tiene pinta de ser del tipo de personas a las que les guste mostrar su vulnerabilidad.

Esta noche es el cumpleaños de Mako, que, por casualidad, coincide con una noche de luna roja, así que intuyo que habrá una

hoguera en la montaña. Pero dejamos que Mako crea que el entusiasmo que inunda el aire se debe a él; se lo merece.

La última vez que vi una luna roja estaba con el tío Jim. No le gustaban las tradiciones, pero todos los años nos sentábamos en el porche frontal para verla mientras él le daba sorbos a un whisky y no decía ni una palabra. Cuando cumplí once años, le pregunté si pensaba que la luna roja era símbolo de buena suerte y, dado que a Jim nunca se le pasó por la cabeza la idea de mentir a los niños para hacerles felices, solo dijo: «No creo en la suerte, pajarito. En la vida hay cosas buenas y malas. La suerte no tiene nada que ver».

Gray y yo nos acercamos a la hoguera después del anochecer. Llevo el fusil colgado al hombro, aunque espero no tener que usarlo, sobre todo contra mi amigo el aullador. No he visto a Príncipe desde la noche que pasamos juntos, pero me gusta imaginarme que sigue vivo, deambulando por los altos riscos y aullando con sus amigos.

Mientras atravesamos el estrecho sendero, no paro de reprimir las ganas de mirar al cielo. La luna es una esfera carmesí reluciente que desprende su brillo rojizo por la montaña. Esta noche parece enorme, como si se encontrara justo sobre nuestras cabezas. Como si pudiera estirar los dedos y tocarla si quisiera.

A mi lado, Gray se está quejando sobre una pieza que le falta para el avión que está arreglando, una reliquia de la era pasada que no logra que vuele por mucho que lo intente.

—¿No podría buscarla Jasper? —digo, sonriendo ante su tristeza.

—No —gruñe, molesto—. Porque todas las fábricas de los Continentes Perdidos están bajo el agua y ahí es donde se producía.

—Lo siento, as.

Llegamos a la fiesta, donde ya han avivado el fuego y la música retumba desde los altavoces. Mako, quien es evidente que ya está hasta el culo de *grange*, se viene arriba al vernos, por lo que me estrecha contra sí y a punto está de tirarme con la fuerza de su abrazo; no es consciente de lo grande que es.

Me reúno con Tana y Luisa cerca del fuego. Están hablando con Evlynne y Karra y me alegra percibir, aunque no suela ocurrir, que ninguna de las dos me guarda rencor, ni siquiera la ex de Gray.

Teriq y Fiona también están aquí esta noche, pero no veo a Adrienne ni a Kallister. Teriq me recibe con una sonrisa cuando pasan a nuestro lado, pero Fiona solo me dedica un gesto con la cabeza. Tan estirada como siempre.

La asistente más sorprendente es Poppy, quien está preciosa con un vestido suelto de lino y sandalias, y está hablando cerca de nosotros con Raven Persimmons, mientras su madre no deja de lanzarles miradas de preocupación con el ceño fruncido. Me asombra que Fiona le haya permitido dejar su cuarto y experimentar auténticas interacciones humanas.

Dado que no me gustan las escenas sentimentales, espero a que Mako se quede solo de nuevo, mientras se rellena la botella en el barril de *grange*, para acercarme a él.

—Oye, te he traído algo. —Le dedico un guiño cómplice, dado que sé que lo que más le gusta en esta vida es el melodrama y las sorpresas.

De inmediato, se olvida del alcohol y deja la botella sobre el barril.

—¿Un regalo de cumpleaños?

—Cierra los ojos —le pido.

Obedece. Pero luego abre uno.

—Cierra los ojos —repito.

Con un bufido de impaciencia, aprieta los párpados. Meto la mano en la bolsa de tela y saco un paquete envuelto con papel de plata. Es grande, casi tanto como una tableta.

—Mantén los ojos cerrados y extiende la mano.

—¿Me vas a poner una serpiente en ella? Porque gritaré como una niña y no quiero hacer algo así el día de mi cumpleaños.

—Te prometo que no es una serpiente.

Estira el brazo con la palma hacia arriba, donde poso el regalo antes de decir:

—Feliz cumpleaños. Ya puedes mirar.

Mako se mira la mano, al principio con el ceño fruncido. Cuando abre el papel de plata y ve lo que contiene, sí que chilla como una niña, atrayendo varias miradas de extrañeza.

—¿Es lo que creo que es? —Me contempla, perplejo.

—Sí.

—¿Cómo? —pregunta—. ¿Te lo ha conseguido Reed?

—No, he sido yo. Solita. Mientras me mantenían presa, ni más ni menos. —Esbozo una sonrisa—. A veces me sorprendo a mí misma.

Mako sigue contemplando la tableta de chocolate dorado que tiene en la mano. Por una vez, está sin palabras.

—Me hice amiga de una de mis carceleras en Tierra Fe la semana pasada —le explico—. Le pedí que irrumpiera por mí en su almacén de granos de sol.

—Te quiero —declara Mako—. Estoy enamorado de ti. Quiero casarme y llevar dentro a tus hijos. O que tú lleves a los míos. Solo creo que deberíamos tener hijos y casarnos.

Lo contemplo.

—No —digo—, pero feliz cumpleaños.

Con un grito de éxtasis, me levanta entre sus enormes brazos y me hace girar. Mientras lucho por mi vida, Gray se acerca a nosotros, sonriendo por el espectáculo.

—Entiendo que se la has dado.

—Sí —confirmo cuando Mako por fin me deja en el suelo—. Y ha gritado como una niña.

—Lo suele hacer —concuerda Gray.

—Me da igual que os riais de mí. —Mako parte una onza del chocolate, se la mete en la boca y gime como si estuviera experimentando el mejor orgasmo de su vida. Con lentitud, deja que la sustancia dorada se le derrita en la lengua antes de pasear los ojos de Gray a mí. Entonces, la firmeza le endurece la expresión—. Esto no absuelve a la persona que me privó de esta maravilla el año pasado.

—Claro que no —dice Gray.

—No descansaré hasta llevar a Raven Persimmons ante la justicia.

—No esperaba menos, hermano.

Me paso el resto de la noche con Gray, robándole besos y caricias y riéndome por sus chistes tontos. Tira de mí para invitarme a bailar, aunque creo que en realidad lo que quiere es tenerme cerca. Pero

no me importa lo más mínimo. Le paso la botella de *grange* a Luisa y dejo que Gray me envuelva en sus brazos.

—Esta noche eres pura gasolina —musita antes de enterrar la cara en mi cuello. Me estremezco cuando noto su boca sobre la piel, mordisqueándomela y provocándome.

—No empieces algo que no puedas terminar ahora mismo —le aviso, aunque ninguno parece tener prisa de terminar nada cuando nos quedamos a solas.

Aún no nos hemos acostado, y esperar tanto no es habitual para ninguno de los dos. Ambos solemos meternos en los líos de cabeza y lidiar con las consecuencias después.

Cuando volvemos con el grupo, alguien me devuelve la botella de *grange*. Estoy ardiendo por culpa del baile y la hoguera, así que me bebo lo que queda. Enseguida esbozo una mueca por el extraño regusto que me deja. Quien haya hecho este lote, le ha echado demasiada azúcar. Es tan dulce que me duelen los dientes.

Lanzo la botella vacía al fuego y las llamas crepitan, rugiendo bajo el cielo, mientras el cristal se desintegra.

—¿Quieres volver a mi habitación? —me pregunta Gray al oído.

Lo contemplo, sin aliento.

—Me encantaría.

Nos despedimos y nos encaminamos por el sendero, pero, tras dar unos pasos, me doy cuenta de que mi falta de aliento no tiene que ver con el deseo. Me cuesta respirar. El corazón comienza a latirme rápido. Cada vez más. El estómago me da un vuelco y el pánico me inunda las venas.

—Algo va mal —grazno, tambaleándome hacia delante.

Gray trata de estabilizarme.

—¿Qué pasa?

—Voy a… —Ahora estoy mareada. Me empieza a doler el pecho, constriñéndoseme con fuerza. Y aún noto el regusto dulce del *grange* en la lengua, provocándome náuseas…

La mente vuelve a ese día con el tío Jim en el claro. Ese olor empalagoso. «Te detendrá el corazón y morirás».

—Raíz de corazón —resuello antes de que la oscuridad me envuelva.

CAPÍTULO 47



Me despierto con un brusco jadeo. La cabeza me estalla de dolor cuando una deslumbrante luz blanca se me clava en la pupila y el pánico me acelera el pulso. Tardo un momento en darme cuenta de que estoy en una cama de hospital. ¿Cómo he llegado aquí?

Lo último que recuerdo es estar celebrando el cumpleaños de Mako. Bailar con Gray. Y luego…, nada.

Trato de sentarme, pero noto el cuerpo demasiado pesado y el cerebro aún desorientado.

—Hola —dice una voz conocida—. No te muevas. Deja que te ayude.

La mente sigue dándome vueltas en busca de respuestas hasta que, con lentitud, la maraña de su interior empieza a desenrollarse y aparecen recuerdos más claros. La presión en el pecho. El latido acelerado a una velocidad imposible y aterradora. La oleada de vértigo y…

—Se te paró el corazón.

Mi visión comienza a volverse nítida y veo los ojos verdes, llenos de preocupación, de Gray, que me observa mientras me coge del brazo para evitar que me incorpore.

—Se te paró el puto corazón, Wren. —La angustia le agrava la voz. Nunca lo he visto tan pálido.

—¿Cómo…? —Trato de desprenderme de la neblina—. ¿Cómo he llegado aquí?

—Te llevé en brazos después de que Fiona te reanimara. Tuvimos suerte de que siguiera allí. Por lo general, se va pronto de las fiestas.

—Me coge de la mano—. Te hemos hecho varias pruebas y un electro. Deberías tener el corazón como nuevo.

—Pero ¿se detuvo?

—Durante cuatro minutos —responde Gray, y se le quiebra la voz. Noto las emociones que surgen de él—. Estuviste muerta durante cuatro minutos, en plan… se acabó. No estábamos seguros de que Fiona fuera a poder arreglarlo.

Mierda. Pestañeo varias veces, tratando de entenderlo.

—Me sentía mareada, me dolía el pecho y… es lo único que recuerdo.

—Antes de perder la consciencia, dijiste «raíz de corazón». Pensaba que quizá estabas delirando, pero… —Me dedica una mirada lúgubre—. ¿Crees que te envenenaron?

El corazón se me acelera de nuevo. No me puedo creer que el corazón se me haya parado. Que haya muerto de verdad.

—¿Me habéis hecho un análisis toxicológico?

—No, solo cardiovascular.

—¿Podemos hacer uno ahora? Sin que nadie lo sepa.

Una llamarada de rabia le cruza los ojos.

—¿De verdad crees que alguien ha intentado matarte?

—No lo sé, pero deberíamos tratar de descubrirlo.

—Ahora vuelvo.

Desaparece durante unos minutos antes de regresar con una pequeña caja negra y una tableta. Abre el maletín y extrae una prueba desechable.

—Dame la mano —farfulla.

Se la tiendo y me la limpia con una toallita desinfectante. Luego, me pincha la yema del dedo índice con la aguja del kit y deja que varias gotas de sangre llenen el portaobjetos de plástico. Un momento después, lo desliza en la ranura correspondiente. Oigo el suave zumbido de la máquina mientras estudia la muestra y veo cómo, al mismo tiempo, Gray desbloquea la tableta y comienza a introducir algunos números.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—Todas las pruebas se registran en el sistema, pero voy a invalidar esta para que nadie sepa que hemos llevado a cabo un

análisis.

—¿Nadie puede ver que lo has hecho?

—Solo la Autoridad si se molestan en comprobarlo, pero no sabrán por qué.

El aparato emite otro sonido. La luz azul en la pantalla se torna verde y titila a mayor velocidad, indicando que se están transmitiendo los resultados. No tardan mucho tiempo en aparecer en la pantalla de Gray. Se dirige directamente a la sección de toxicología.

Su expresión confirma lo que ya sabía.

—Raíz de corazón. Sin embargo, un rastro menor del que imaginaba.

Niego con la cabeza.

—No se necesita mucha para hacer daño. La mínima cantidad puede afectarte al corazón, aunque solo te produzca palpitaciones. Basta un poco para detenerlo por completo.

—Sí, lo sé. Tenemos viales de raíz de corazón en la enfermería.

Entorno los ojos.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Es un método de ejecución —admite—. Los peores crímenes se castigan con la muerte, pero permitimos que el prisionero elija la técnica. Algunos prefieren una copa de raíz de corazón a una bala en la cabeza.

—Entonces, podría proceder de aquí, ¿no? —Paseo la mirada por la sala, como si esperara que alguien fuera a aparecer de la nada en cualquier momento.

—Sí, pero no es muy probable. Todas las medicinas se registran y se guardan de forma segura. Sería difícil que alguien lo sacara sin que lo detectáramos. —Hace una pausa y veo cómo la rabia se le filtra en los ojos—. ¿Quién te habrá hecho algo así?

Inhalo despacio.

—No lo sé, pero tengo algunos enemigos.

—Decir «enemigos» es pasarse.

—Karra…

—¿Crees que ha podido ser KC? —pregunta, incrédulo.

—No, lo he dicho por decir. Has preguntado quién lo habrá hecho y Karra es una posibilidad. Igual que Evlynne.

—Ev nunca haría nada parecido. Ni Karra.

—Bueno, alguien ha tenido que ser.

Pasa el dedo por la pantalla mientras una arruga le cruza la frente.

—¿Qué haces?

—Borrar los resultados y cancelar las pruebas.

Cuando ha terminado, se sienta a mi lado, se inclina hacia delante y presiona los labios contra los míos para darme un beso firme. Apoyo la frente en la suya durante unos segundos, repasando todas las implicaciones. Alguien me ha envenenado esta noche. Alguien ha hecho que se me parara el corazón.

—Noté que el *grange* sabía raro —musito—. Estaba demasiado dulce. Pero no le di más vueltas.

Entorna los ojos.

—¿Quién te lo sirvió?

—Nadie, me llené la botella yo misma, pero se la di a Luisa cuando nos pusimos a bailar.

—Lu nunca haría algo así. ¿Fue ella la que te la devolvió?

—No me acuerdo. —Me devano los sesos, tratando de recordar quién me tendió la botella cuando Gray y yo volvimos al grupo. De repente, se me ocurre una idea—: ¿Y si bebí de la botella de otra persona?

Contiene el aliento.

—Bien visto. No sabemos siquiera si tú eras el objetivo.

—¿Deberíamos contárselo al resto de la Autoridad?

—No, creo que debería quedar entre nosotros.

—Estoy de acuerdo. Propongo que nos mantengamos atentos. Quizá podamos usar esta información contra el culpable. Dejar una o dos pistas. Ver si lo intenta de nuevo.

Suspira.

—¿Estás proponiéndote como cebo?

—Si es necesario, sí. —Me encojo de hombros—. Por el momento, no aceptaré ninguna bebida a menos que me la haya servido yo misma.

Gray me delinea el contorno de la mandíbula con los dedos.

—No va a volver a ocurrir —dice con un tono tan letal como su expresión—. Si algún cabrón vuelve a intentarlo, tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

Antes de que pueda responder, la voz de Fiona flota hasta nosotros desde el umbral.

—Wren —dice—. Bien. Estás despierta.

Me sorprende descubrir una preocupación genuina en su rostro cuando se acerca con zancadas rápidas.

—¿Cómo te sientes? —pregunta.

—Muy bien. He oído que me has resucitado. Gracias.

Pasea la mirada hasta el kit de pruebas antes de fruncir el ceño.

—¿Habéis hecho un análisis toxicológico?

—Así es, sí —responde Gray, despreocupado—. Solo queríamos asegurarnos de que no era un intento de asesinato, ya que Wren no tenía factores de riesgo para sufrir un infarto. Sin embargo, los análisis han salido limpios. Sea lo que sea lo que le ha ocurrido esta noche, ya no lo tiene en el flujo sanguíneo. He borrado los resultados por si alguien estaba intentando hacerle daño. No quiero que sepan que estamos haciéndonos preguntas.

—En la sangre no se ha visto nada… —Fiona parece inquieta. Cuando Gray y yo asentimos, centra los ojos en mí—. ¿No sufrías ningún trastorno cardiovascular previo?

—No, pero eso no significa que no me haya fallado el corazón esta noche por alguna razón. Quizá me he cansado mucho bailando o he tomado demasiados estimulantes. —La mentira se me escapa de forma natural y advierto el rápido brillo en los ojos de Gray. Le está gustando.

—¿Tomaste estimulantes? —pregunta Fiona con aspereza.

—Sí —insisto, porque ya ha habido casos de personas que han muerto por una sobredosis—. No suelo consumir, así que quizá mi cuerpo no ha podido tolerarlos.

—Es una posibilidad —dice—. Sí, quizá sea eso. —Chasquea la lengua—. Os digo lo que le digo a todo el mundo: no os acerquéis a esas sustancias venenosas.

Reprimo una carcajada.

Sí, sin duda debo alejarme de todas las sustancias venenosas.

TRANSCRIPCIÓN DEL INTERROGATORIO

Fecha: 12/05/11 E. N.
Hora: 19:55
Dirigido por: Capitana Jerrika Quinn, Élite Plateada
Sospechosa: Coronel Marina Serrano, sección Estaño

[continuación]

SERRANO: Por supuesto que no fue fácil. Perdí a Jake y a mi hija con un año de diferencia.

QUINN: Y, aun así, no te diste de baja.

SERRANO: No soy de las que se regodea en su pena, capitana. La combato con distracciones. Con trabajo. Mirando al frente.

QUINN: Preferiste no organizar un funeral por la niña, pero sí por tu marido.

SERRANO: A Jake se lo hicieron desde el Comando. Es un requisito para todos los soldados de su rango.

QUINN: Interesante.

SERRANO: ¿Qué?

QUINN: Dices su nombre. A menudo. El de tu hija, no. Stella, ¿verdad?

SERRANO: Sí.

QUINN: ¿Querías a tu hija, coronel?

SERRANO: ¿Qué clase de pregunta es esa? Claro que quería a mi hija.

QUINN: ¿Era Aberrante?

SERRANO: Hasta donde yo sé, no. Pero solo tenía cinco años. Quizá habría manifestado habilidades al crecer.

QUINN: ¿Cómo era?

SERRANO: Preciosa. Tenía unos ojos increíbles. Jake decía que se parecían a los míos, pero los suyos brillaban mucho más, rebosantes de ingenio. Era tan solo una niña y, sin embargo, a veces, cuando la miraba a los ojos, sentía que sabía mucho más sobre este mundo, sobre la vida, que yo. Y era valiente. Nada la aterraba. Nunca. Ni siquiera se estremecía con aquello que hacía que los demás niños lloraran o gritaran de terror. Mi hija se obligaba a soportarlo. Estaba destinada a hacer cosas maravillosas.

QUINN: ¿Por qué no dices su nombre, coronel?

CAPÍTULO 48



El tiempo sigue avanzando y, antes de que me dé cuenta, estamos a mediados de verano. Me sorprende que haga ya ocho meses desde que llegué a la Daga. Cuando Gray me preguntó si estaba preparada para la guerra antes de subirme a ese helicóptero, esperaba entrar en la batalla de inmediato, bombardear Santuario, irrumpir en el Capitol y derrocar a Travis y a toda la Compañía.

Pero resulta que nuestra guerra va lenta. Muy lenta. Todas las piezas deben estar en su sitio. Los pequeños peones deben situarse mientras los reyes, reinas y caballos idean estrategias de mayor alcance. ¿He mencionado ya cuánto odio el ajedrez?

Han pasado tres meses desde que alguien le echó raíz de corazón a mi bebida, pero sigo sin tener ni idea de quién fue. El otro día le pregunté a Hawkins si es posible incitar a otra persona para que te diga la verdad. Pensé que quizá podía pasearme por la Daga, aprovechando el oro e incitando a gente al azar para que me contaran si habían intentado matarme o no, pero dijo que, hasta donde él sabía, no era posible.

—¿Lo has intentado? —lo reté, y puso los ojos en blanco antes de contestar:

—Claro. —Procedió a explicarme que, aunque «funcionara», no había forma de comprobarlo. Se puede incitar a alguien a que hable, pero eso no significa que vaya a decir la verdad.

Esta mañana, estoy de camino al campo de tiro cuando Adrienne me convoca de forma telepática para que vaya a la sala de guerra. Espero encontrarme allí al resto de la Autoridad, pero está sola, con

la cadera apoyada en la mesa y el pelo rojizo suelto sobre los hombros.

—Te necesito para el dispositivo de seguridad de esta noche —dice.

—¿Para una misión?

Asiente.

—Tengo una reunión en los distritos.

—¿Con quién?

—No tienes permiso para saberlo. Lo único que necesito son tus ojos y tu fusil.

—¿Quién se encarga del transporte?

—Henley.

No me sorprende que no sea Gray. Me he dado cuenta de que es extraño que haya más de un miembro de la Autoridad sobre el terreno al mismo tiempo.

—Primero vamos a ver a Jasper —dice, arqueando una ceja—. He pensado que quizá te gustaría ver al teniente.

Eso me levanta el ánimo. No he vuelto a ver ni hablar con Xavier desde que lo dejamos en la Hondonada. He recibido alguna noticia ocasional sobre él a través de Kitty, pero no es lo mismo sin ver su sonrisa burlona y oír su sarcasmo en persona.

—Nos iremos a las once de la noche —continúa Adrienne.

Después de cenar, estoy sentada con Gray en su apartamento, pero, cuando le pregunto por la reunión de Adrienne, mantiene el pico cerrado.

—Formas parte de una misión confidencial de la Autoridad —me recuerda—. Solo estás ahí como apoyo.

—¿De verdad no me vas a contar de qué va la reunión? —gimo.

—De verdad. —Entonces, tira de mí y me distrae besándome hasta que pierdo la razón.

Seguimos sin acostarnos. No sé por qué. No dejamos de provocarnos, pero parece que nos estamos conteniendo antes de llevar lo nuestro al siguiente nivel. A menudo pienso en lo que me contó Karra sobre la necesidad de Gray de no ir más allá de lo superficial y me pregunto si también se extenderá a su vida sexual. Nos besamos, nos hacemos reír y nos calentamos, pero ¿profundizar

en el plano íntimo? Parece encantado de retrasarlo. Y a mí tampoco me importa.

Porque da igual lo mucho que me resista, siempre hay una parte, diminuta, insignificante, que siente que estoy traicionando a Cross.

Nos reunimos en un bar subterráneo en el distrito C, no lejos del hospital donde me topé con una habitación llena de mentes fragmentadas. Ojalá Cross y yo siguiéramos en contacto para que pudiera informarme sobre los casos de corrupción que me aseguró que vio de primera mano, pero hace tiempo que he dejado de intentar vincularme con él.

Lo he perdido. Igual que a Lobo. Me angustia admitirlo, mucho más aceptarlo, pero no creo que tenga otra opción. No ha intentado hablar conmigo en ningún momento, así que no voy a seguir suplicando su amistad. Tomó una decisión.

Xavier me estrecha en un cálido abrazo y me aferro a él, no solo porque sea mi amigo, sino porque siento que es mi último vínculo con Cross.

—¿Qué tal te tratan los Fieles? —pregunto. Tiene un aspecto impecable, con el pelo más largo y la cara cubierta de una barba desaliñada y sexi. En sus ojos hay una viveza que pocas veces vi en la Daga.

—Ah, ni te lo imaginas, Darlington.

Procede a hablar por los codos sobre lo mucho que le gusta la Hondonada, sobre todos los polvos que echa, por supuesto, y sobre cuánto cuenta Jasper con él para el negocio de los suministros, lo que me sorprende.

—Entonces, ¿has pasado de ser un teniente de la sección Plata a un contrabandista? —pregunto con una sonrisa.

—Oye, es un campo de trabajo fascinante.

—Y te encanta el peligro.

—Eso también.

Jasper se acerca a saludar. No nos abrazamos, pero parece contento de verme. No me molesto en preguntarle si ha pedido que

despejen el bar solo para nosotros, sé que tiene contactos y agradezco la privacidad.

Mientras Jasper y Adrienne se sirven una copa, Xavier me estudia antes de bajar la voz:

—¿Has sabido algo de Cross?

—No, ya no me habla.

Veo un relámpago de… algo en sus ojos, pero no logro entender qué es.

—¿Sigues con el piloto?

—Más o menos. ¿Por qué? ¿Te molesta?

—No, siempre y cuando te haga feliz. —Se encoge de hombros—. Quizá estés mejor así.

—¿Qué significa eso?

—Nada. Tú misma lo has dicho. No se ha puesto en contacto contigo.

—Sí, pero ¿por qué? ¿Tú has hablado con él? —insisto.

—Desde que cruzamos juntos las Tierras Oscuras, no. —Suelta una suave maldición—. Mierda, ha pasado casi un año.

Percibo un toque de tristeza en su voz. Cross y él llevaban toda la vida siendo mejores amigos y ahora… ni hablan. Duele, claro que sí.

Mientras veo cómo interacciona con Jasper, no puedo evitar preguntarme si está intentando buscar un sustituto de Cross. Son uña y carne. Bueno, supongo que es lo normal ahora que los dos son ladrones y Xavier se ha unido al negocio. Aun así, advierto una familiaridad entre ellos que no estaba ahí antes. No quiero decir que sean íntimos, pero sin duda su amistad es ahora más profunda que cuando Xavier se mudó a la Hondonada.

Mientras Adrienne va al baño, Jasper vuelve a nuestro lado. Por un momento, contempla a Xavier, expectante.

—¿Se lo has dicho?

Xavier lo fulmina con la mirada y su expresión transmite una pregunta muy obvia: «¿Por qué cojones sacas el tema?».

Me pongo en guardia de inmediato.

—¿Decirme qué? —pregunto.

—Lo de vuestro amigo mutuo. —Jasper me dedica una mirada cómplice y una oleada de rabia me recorre el cuerpo.

Rezo para que Xavier no le haya contado que Cross es un Modificado, pero no tardo en fijarme en el brillo tranquilizador en los ojos del teniente.

—Jas sabe que tuviste una relación con un capitán en la base. Ya sabes, una aventura prohibida entre una Aberrante y un Primario, la típica historia sórdida.

Es su manera de decirme que el secreto de Cross está a salvo y espero estar ocultando mi alivio como se debe.

Jasper se encoge de hombros.

—Pasa a menudo, Wren. Pero es mejor que te alejes de esos cabrones del Comando…

—¡Oye! —se queja Xavier, divertido.

—Y, a decir verdad, quizá sea bueno que tu capitán haya pasado página —concluye Jasper.

Giro la cabeza hacia Xavier, quien suelta una maldición entre dientes.

—¿En qué sentido?

Las dudas le crispan la expresión.

—Mira, no quería contártelo… Bueno, iba a contártelo, pero, cuando nos hemos visto y hemos empezado a hablar, he pensado que no hacía falta. —Le dedica un ceño fruncido a Jasper a modo de reprimenda—. Tiene que venir este y estropearlo todo.

—¿Qué estás queriendo decir? —pregunto, inquieta.

—Cross se ha visto con otras mujeres.

Cada célula del cuerpo se me convierte en hielo.

—¿Mujeres? ¿En plural?

Xavier se remueve, incómodo.

—A ver, no sabemos si más de una, pero ha pasado por Paraíso en varias ocasiones.

Entorno los ojos.

—Y una mierda. Si va a Paraíso, solo se toma una copa. No suele subir a las habitaciones.

Los dos hombres se quedan callados.

—De verdad —insisto.

Jasper suelta un suspiro.

—Lo siento, cielo, pero sí que lo hace.

—¿Cómo estás tan seguro? —pregunto, desafiante.

—Lo he visto —contesta.

—¿En serio? —La duda se filtra en mi voz—. ¿Viste a Cross Redden con otra mujer en Paraíso?

—Sí.

—No te creo.

—Es verdad. Me topé con él por casualidad. En el fondo, fue gracioso. O, al menos, yo pensaba que lo era. Pero entonces se lo conté al teniente y no se echó a reír.

Aún no me lo creo. La mente me va a mil por hora mientras las preguntas se atropellan entre sí. Sí, yo también he pasado página. Y sí, yo también me he enrollado con Gray. Pero pensar que Cross ha ido más allá con alguien me rompe el corazón en un millón de pedazos.

—No —replico, terca.

Jasper me dedica una mirada cargada de pena. Entonces, antes de que pueda pestañear, estira el brazo y me rodea la nuca con la mano.

—¿Qué estás…? —comienzo a decir.

—Jas… —se queja Xavier.

Demasiado tarde. Noto su presencia en mi mente, su energía aferrándose a mi frecuencia telepática. Entonces, la proyección estalla tras mis ojos. Pero no es normal, no son imágenes estáticas, sino… ¿un recuerdo?

Arrasa conmigo como una ola, inundándome los sentidos y colándose en mi mente. Es una sensación extraña. Como si fuera una observadora externa. No siento lo mismo que Jasper, pero sí veo y oigo lo que él vio y oyó, que se reproduce en mi cabeza como un vídeo.

Se está acercando a una puerta. Pesada, de roble, astillada por su antigüedad. Gruñe cuando la abre y se tensa al presenciar una imagen inesperada que le inunda el campo de visión. Es Cross. Se está poniendo la camiseta. Tiene el pelo revuelto.

Una mujer está tumbada en la cama. Joven y preciosa, con el pelo largo y las mejillas ruborizadas. Las sábanas le cubren la mitad

del cuerpo, dejándole al descubierto el pecho. Cross se levanta, con la bragueta abierta.

La mujer tira de él antes de que se vaya y le da un beso en los labios. La carcajada de sorpresa de Jasper reverbera en mi mente.

—Ups —dice su voz en mi oído—. Lo siento, hermano.

Cross centra los ojos en la puerta y la irritación le inunda los ojos azules. Sé que está mirando a Jasper, pero me da la impresión de que me ve a mí.

Suelto un gruñido y aparto la mano de Jasper de mi cuello. La imagen de la cara de Cross se disuelve como una voluta de humo.

—¡Para! —escupo. Me horroriza sentir cómo me arden los ojos—. ¿Por qué coño has hecho eso? ¡¿Qué era eso?!

Durante la revelación, recuerdo que Adrienne me preguntó si podía proyectar lo que había visto en el pasado, pero hasta ahora creía que no era posible. Y, de todas las personas que me hubiera imaginado con ese tipo de proyección, Jasper Reed sería el último en el que habría pensado.

—Capullo —le musita Xavier a Jasper.

El contrabandista solo se encoge de hombros.

—Es mejor que lo sepa. No tiene sentido quedarse pillada de un tío que le está metiendo la polla a otra persona.

El dolor relampaguea por mi cuerpo, pero no tengo tiempo de asimilar lo que acaba de ocurrir porque Adrienne vuelve y se dirige a mí con brusquedad:

—Despídete, Darlington. Es hora de irnos.

Si Adrienne siente que algo va mal, no hace ningún comentario al respecto. Mientras nos dirigimos a nuestro destino, miro por la ventana, pero solo veo a Cross, subiéndose la bragueta tras acostarse con otra chica.

Estoy hecha polvo y, a la vez, enfadada conmigo misma por sentirme así, porque ha pasado mucho tiempo y no debería importarme. Me obligo a concentrarme en la misión, a apartar los pensamientos sobre Cross de mi mente. La reunión de Adrienne

tendrá lugar en una vieja estación de ferrocarril a las afueras del distrito. Me deja a kilómetro y medio de distancia y recorro a pie el resto del trayecto.

Mi posición me ofrece una visión perfecta del enorme edificio en ruinas y, como la distancia no es grande, no necesito a un oteador. El aire aquí huele a óxido y descomposición. Supongo que solía ser un centro de transporte, pero ahora la estación se está desmoronando. Las vías están oxidadas y los durmientes, carcomidos por las termitas o el clima.

Despejo la zona y estudio cada centímetro visible desde la mira. Por fin, me pongo en contacto con Adrienne, quien se mantendrá a unos metros hasta que le dé mi visto bueno.

Ya hay aquí un vehículo, le informo. *Con armamento. Un guardia en la puerta. Según la señal térmica, hay dos cuerpos calientes en el interior.*

Recibido.

Finalizo la investigación de la zona, asegurándome de que los alrededores son seguros, antes de decir:

Todo despejado.

Menos de un minuto después, aparece nuestro coche por la oscura carretera, con los faros encendidos en mitad de la noche. Sigo centrada en la estación. La mayoría de las ventanas están tapiadas y las demás están cubiertas de gruesas capas de polvo, por lo que es casi imposible ver lo que hay dentro. Solo hay una que ofrece una visión parcial del interior.

Me vuelvo a poner en contacto con Adrienne.

Mantente a la izquierda de la puerta principal. Solo tengo una ventana con línea de visión.

Entendido.

Mientras el coche se detiene, la adrenalina comienza a zumbarme en las venas. Me he pasado años mirando a través de la mira del fusil en el rancho. A veces, el tío Jim y yo estábamos horas en silencio, cazando en las montañas. Estoy acostumbrada a la espera, a la calma, a la hiperconcentración en todo lo que me rodea. El sonido del viento, una sombra que se mueve en la distancia…

Adrienne baja del vehículo y no sé por qué, pero el instinto me mantiene alerta. Hay algo sobre esta misión que no me gusta, pero Adrienne no parece preocupada.

Sigue mi orden, quedándose cerca de esa ventana. Advierto un retazo de pelo rojo, pero no veo con quién se está reuniendo. La señal térmica revela tres siluetas que desprenden calor, dos cerca de la ventana y una al lado de la puerta. Un guardia, supongo.

Me quedo inmóvil, con el objetivo fijo en la ventana. Pasan casi diez minutos. Me alegra tener algo con lo que ocupar mi mente porque sé que, en cuanto la seguridad de Adrienne no dependa de mí, empezaré a pensar en lo que me ha mostrado Jasper y no puedo desmoronarme ahora mismo.

Ahora no.

Pasan cinco minutos más antes de que oiga la voz de Adrienne en mi cabeza.

Estamos terminando. No te muevas.

¿Terminando qué? ¿De qué va esto, maldita sea?

Mantengo mi posición. Pasa otro medio minuto. Entonces, percibo movimiento cerca de la ventana.

Voy a salir.

Recibido.

Estoy a punto de centrar la mira en la puerta cuando algo capta mi atención, algo que está en movimiento. Otra figura pasa ante el panel de la ventana. Tenso los dedos entorno al gatillo y lo sobrevuelo con el índice.

Aunque quisiera disparar, la figura se mueve demasiado rápido para que pueda acertar. Pero no lo bastante para que no capte un retazo de su rostro. Está envuelto en sombras, pero es inconfundible. Reconocería esas facciones atractivas y los ojos azules, un tono más oscuro que los de su hermano, en cualquier parte.

Es Travis Redden.

CAPÍTULO 49



La conmoción me acompaña hasta la Daga. Adrienne advierte que estoy distraída, pero espero que crea que se debe a mi reencuentro con Xavier. Sea como sea, no me presiona para que hable.

Un millón de preguntas me cruza la mente. ¿Por qué se ha reunido con Travis Redden? ¿Está colaborando con el enemigo o viceversa? ¿Quién más lo sabe? ¿Qué cojones está pasando?

No sé a quién preguntárselo. ¿Lo sabrá Gray? ¿La Autoridad? ¿Soy la única que no está al tanto? Por si Gray no lo sabe, no quiero soltárselo de repente. Es una información demasiado delicada para revelarla sin pensarlo primero.

Justo en ese momento, me envía un mensaje, pero no estoy preparada para hablar con él, por lo que no respondo. Tampoco me apetece irme directamente a mi apartamento y, aunque estamos en mitad de la noche, me encamino hacia la cornisa, desde donde contemplo las copas oscuras de los árboles y el cielo estrellado.

No sé cuánto tiempo paso aquí sentada antes de oír el sonido de succión de la puerta de la cámara de descompresión al abrirse.

—¿Wren? —Es Gray, por supuesto.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —Espero que no perciba el tono apagado de mi voz.

—Como no mirabas el intercomunicador, he comprobado las cámaras. —Se dirige hacia mí—. ¿Qué pasa?

—Nada.

—Gilipolleces. —Permanece de pie a mi lado, contemplándome—. ¿Qué haces aquí fuera? Adrienne dice que la operación ha salido de

maravilla.

—Sí, creo que así es.

Si la reunión con el general del Continente puede considerarse una maravilla.

—Entonces, ¿qué ha ocurrido?

—Nada —insisto—. Es una tontería personal.

Ante estas palabras, suelta una carcajada de incredulidad.

—Más razones aún para contármela. Lo que hay entre nosotros no podría ser más personal.

No se equivoca, pero…

—Wren —dice, frustrado.

—Créeme, no quieres que te hable sobre este tema.

—¿Y si eso lo decido yo? Estás disgustada. Quiero saber por qué.

Inclino la cabeza para sostenerle la mirada.

—Cross se ha tirado a otra chica.

Se queda paralizado. Algo le cruza la expresión. Oscuro y triste.

—¿Ves? —Suelto un suspiro, girando la cara hacia los árboles de nuevo—. Te lo he dicho. No eres quien para oírme hablar de esto.

Gray se queda en silencio durante un tiempo, pero no se mueve. Cuando habla, lo hace con voz ahogada:

—Lo querías.

Tardo mucho tiempo en contestar:

—Sí.

—Pensaba que solo era sexo. Como entraba y salía de tu cuarto mientras estábamos en la Élite Plateada… Un polvo ocasional.

Niego despacio con la cabeza.

—No, era más profundo.

Suelta un bufido.

—Claro, Cross Redden es muy profundo.

—No siempre es un capullo despiadado. —No quiero hablar de Cross, pero especialmente Gray debería saber que la personalidad de alguien no tiene por qué coincidir con lo que se ve a simple vista—. Llegué a conocerlo bien. —«Llevo conociéndolo desde siempre», pienso—. Incluso me presentó a su madre.

Gray entorna los ojos.

—¿Conociste a Vinessa Redden?

—Sí. —Trago saliva—. Era más que una relación física.

Otro breve silencio nos envuelve.

—Tienes razón —dice al final—. No soy la persona adecuada para hablar de este tema.

Asiento ligeramente.

—No, es verdad.

—Nos vemos por la mañana.

Una parte de mí sabe que debería seguirlo, asegurarle que ahora estoy con él y que Cross no significa nada para mí. Pero no voy a mentirle. De todas maneras, tampoco podría explicarle lo que siento porque pensaba que había pasado página. Me encanta estar con Gray. En serio. Creo que me viene bien. Pero la imagen de Cross con esa mujer se me ha grabado en el cerebro y cada vez que lo pienso siento que el corazón se me desgarra en jirones irregulares. Las lágrimas se me escapan antes de que pueda alejarlas.

—¿Cariño?

Me sobresalto cuando Tana cruza la cámara de descompresión. Abre mucho los ojos al ver mi expresión. De forma discreta, me seco las lágrimas.

—¿Qué haces aquí fuera?

—Gray acaba de llamar a mi puerta. Me ha dicho que me necesitabas.

Esas palabras solo hacen que llore con más fuerza. Joder. Incluso mientras lucha contra sus propios celos y con las inseguridades que sea que le ha provocado verme disgustada por otro hombre, sigo importándole lo suficiente como para enviarme a una amiga que me consuele.

—Guau —dice Tana—. Estás llorando.

La miro a través de la cortina de lágrimas.

—¿Y?

—Nunca te había visto llorar, ni siquiera cuando éramos niñas.

Tiene razón. Siempre se me ha dado bien ocultar mis sentimientos. Pero estos duelen demasiado como para reprimirlos.

Tana se sienta a mi lado y me rodea los hombros con el brazo. Me acerco a ella y apoyo la cabeza en su pecho.

—He visto a Jasper Reed y a Xavier antes de la misión de esta noche. Me han dicho que Cross ha pasado página. —Me trago el dolor—. Ha estado con otras mujeres.

—¿Cómo lo saben?

—Jasper puede proyectar el pasado.

Contiene el aliento.

—¿Eso se puede hacer?

—Al parecer, sí. Me ha mostrado un recuerdo. Me lo ha reproducido en la cabeza como si fuera la escena de una película. Se encontraba en un burdel en Santuario y entró en una habitación donde Cross estaba en la cama con otra mujer. Lo he visto.

—Ay, cariño, lo siento.

El pecho se me contrae cuando otra oleada de emoción amenaza con elevarse sobre mí y derramarse.

—He pasado página. No debería importarme que él también lo haya hecho.

—Claro que sí. Solo porque se haya acabado no quiere decir que ahora te dé igual.

—No es justo para Gray que me encuentre tan mal.

—Supongo que no —concuerda.

—Gracias.

Tana suelta una carcajada.

—El nuevo novio nunca quiere hablar del anterior, pero tienes derecho a sentirte dolida y a pasar el luto.

Joder, sí que parece que esté de luto. Le di a Cross una gran parte de mi ser. Le mostré la marca de sangre que llevaba ocultando toda la vida. Me abrí ante él y, después, rechacé su propuesta de huir juntos. No puede molestarme. Tengo que olvidarme de lo nuestro de una vez por todas.

Inspiro hondo, temblorosa, y me seco las lágrimas.

—Gracias, Tan.

—Lo que necesites.

Creo que nuestra amistad vuelve a ser la de antes. Ya no noto el resentimiento y la rabia que solían emanar de su alma. Me parece

que ella también se encuentra mejor y, como resultado, estamos unidas de nuevo.

Me alegra que esté aquí. Ahora que el tío Jim se ha ido y he perdido a Lobo, es mi amiga más antigua. El único vínculo con mi vida pasada y un ancla que me impide ir a la deriva por completo en este maldito mundo.

Gray se salta el desayuno. Tampoco lo veo en la comida. Les pregunto al respecto a Saint y Henley, quienes me cuentan que la Autoridad lleva en la sala de guerra todo el día. ¿Será por la reunión secreta de Adrienne?

Se vio con Travis Redden.

La Autoridad debe saberlo.

¿No?

Me resulta casi imposible concentrarme en la clase que imparto por la tarde, y me planteo que quizá no debería manejar un arma. Al final, le digo a Zak que no me encuentro bien y me manda a mi apartamento, pidiéndome que descanse. Vuelvo a mi habitación y hago todo lo posible para no seguir dándole vueltas a lo que me mostró Jasper anoche.

Esta mañana he estado a punto de contactar con Cross. La necesidad era tan fuerte que podía saborearla. Pero me he resistido. Si se está acostando con otra persona, es evidente que ya no le intereso, lo que significa que no puedo seguir detrás de él.

Solo hay un hombre al que tengo ganas de ver ahora mismo y ese es Gray. Necesito mirarlo a los ojos y asegurarme de que todo va bien, de que no está enfadado ni me guarda resentimiento tras haberse enterado de que lo mío con Cross era más serio de lo que pensaba.

Pero no encuentro a Gray por ninguna parte.

Mis niveles de impaciencia están por las nubes cuando recibo un mensaje suyo.

«Quiero llevarte a un sitio esta noche. ¿Puedes estar lista antes del crepúsculo?».

Contemplo la pantalla. ¿Es lo único que va a decir? Me pilló anoche llorando por otro hombre y ¿hoy quiere llevarme a algún sitio? Aun así, respondo a toda prisa.

«Por supuesto».

«Reúnete conmigo en el hangar».

Acabamos viéndonos antes del anochecer porque se junta con nosotros en el comedor a la hora de cenar. Se pasa una mano por el pelo y se deja caer en una silla, agotado. Al acercarse a mí, nuestras manos se rozan sobre la mesa, apenas una caricia, pero su tacto me provoca una descarga eléctrica. Agradezco el contacto al darme cuenta de lo preocupada que estaba ante la idea de haberlo molestado. No quiero hacerle daño. Nunca. Deseo que sea feliz.

—¿Va todo bien? —pregunta Henley, divertido.

Gray suelta un gruñido.

—La sala de guerra está haciendo honor a su nombre.

Evlynne deja escapar una carcajada.

—¿Y eso?

—Adrienne y Kallister no paran de debatir.

—¿Sobre qué? —pregunto antes de fruncir los labios.

—Adrienne nos ha propuesto una misión. Una arriesgada —admite Gray.

Me tenso. No puede ser una coincidencia. Se reunió anoche con Travis, el líder del Continente, y ¿ahora sugiere una misión de alto riesgo que hace que Kallister, la persona más sensata que conozco, no deje de negarse?

—¿Qué misión? —insisto.

—Ya sabes que no puedo contar nada. Pero Kallister no está de acuerdo y necesitamos un voto unánime en ciertas situaciones. Creo que esta es una de ellas.

Ahora me siento aún más intrigada, pero Gray no profundiza en el tema. Come algo rápido y se marcha con Henley y Evlynne a una reunión solo para pilotos.

Me quedo en el comedor, tomándome un café y preguntándome qué hacer a continuación. Al final, abro una vía y contacto con Kallister.

¿Podemos hablar?

Claro. ¿En mi apartamento?

No. Hago una pausa. *En la cueva de daguita blanca, en el risco*.

Ya veo. De inmediato, capta las implicaciones. La daguita blanca nos garantiza un encuentro confidencial. *Llegaré en quince minutos*.

Me despido de los demás y salgo de la Daga por la cámara de descompresión. Troto hasta el peñasco mientras me pregunto cómo abordar el tema, hasta dónde compartir. No quiero que Adrienne se enfade conmigo por hablar de más, sobre todo si el resto de la Autoridad está al tanto de su reunión secreta con el general. Pero no logro olvidarme de lo que vi en la estación de ferrocarril y no creo que se vaya a mostrar del todo sincera conmigo si me dirijo a ella directamente.

Estoy llegando a la cueva cuando, de repente, oigo un crujido a mis espaldas. Me doy media vuelta, no sé si esperando ver a Kallister o a mi viejo amigo, el aullador, pero no encuentro a ninguno. El bosque permanece en silencio y el camino, vacío.

—Si estás ahí fuera, Príncipe, espero que te vaya bien —les musito a los árboles y juro que noto unos ojos fijos en mí.

Sin embargo, no veo nada entre la maleza. Si está ahí, ha mejorado sus habilidades de rastreo. Y no sé si me está siguiendo o protegiendo, pero sea lo que sea permanece bien escondido esta vez, lo que me provoca una sonrisa.

Cruzo el extraño agujero en la pared hasta que me encuentro rodeada por las relucientes paredes blancas. La daguita titila como una explosión de estrellas a mi alrededor. Supongo que el hijo de Evlynne también consideraría que esto es mágico.

Al pensar en Fisher, el estómago se me constriñe por la frustración porque, cada vez que le pregunto a su madre por él, esta me da largas. Supongo que aún no ha revelado las habilidades del niño, porque no he oído ningún rumor sobre el tema en la base.

Por otro lado, es cierto que a la Autoridad le gusta guardárselo todo. Quizá sí que sepan lo de la marca de sangre de Fisher. Que el chico aún siga en el valle al menos me informa de que, si Evlynne sí que les ha hablado de sus habilidades, no planean formarlo de inmediato. Con suerte, le darán algún tiempo hasta que crezca.

Oigo el eco de pisadas. Una sombra se extiende por el suelo y se proyecta en la pared de la cueva antes de que aparezca Kallister.

—¿Ha pasado algo? —dice a modo de saludo.

—Puede. No sé si debería siquiera estar aquí, pero no tengo claro con quién hablar de esto. Todos tienen secretos, y la Autoridad sabe algunas cosas, pero no todas, y el personal sabe detalles, pero no todos… —Me doy cuenta de que estoy balbuceando, por lo que me obligo a detenerme—. Quiero preguntárselo a Adrienne, pero me preocupa que no me diga la verdad.

Entorna los ojos.

—¿Sobre qué, Wren?

—Anoche… La misión. Yo era la francotiradora.

Dudo, apenas un segundo, antes de decidir que no merece la pena. Ya le he pedido que venga. Será mejor que llegue hasta el final.

—¿Sabías que se estaba reuniendo con Travis Redden?

—Sí. —La respuesta de Kallister es inmediata. Indiferente.

Soy incapaz de ocultar ni mi incredulidad ni mi aversión.

—¿La Revolución está trabajando con la Compañía?

—No exactamente. Solo hemos trabajado con él en una ocasión, en el pasado.

—¿Para hacer qué? —pregunto, pero sé la respuesta antes de que Kallister pronuncie en voz alta una verdad alarmante:

—Travis colaboró con nosotros para acabar con su padre.

CAPÍTULO 50



—¿Travis os ayudó a acabar con su padre? —repito. La mente me da vueltas. Por un momento, creo que no lo he entendido bien.

—Sí —responde Kallister.

—¿Por qué? ¿Por qué quería Travis hacerle algo así a su padre?

Suelta una carcajada irónica.

—Supongo que porque Merrick no estaba actuando como él quería.

—¿Cómo es posible? —Sigo luchando contra la conmoción—. ¿Quién contactó con quién?

—Travis pidió hablar con nosotros.

Pestañeo, sorprendida. ¿Travis puso toda la maquinaria en marcha? ¿Lo sabe Cross?

Quiero preguntárselo a Kallister, pero no puedo revelarle lo íntima que es (o era, al menos) mi relación con el capitán de la sección Plata.

Sin embargo, no creo que Cross estuviera al tanto de todo esto. Nunca habría permitido que su hermano le friera el cerebro a su padre. Quizá tuviera una relación complicada con el antiguo general, quizá incluso lo odiara en cierto sentido, pero destruir el cerebro de un hombre es… una monstruosidad. Y Cross no es un monstruo.

—Nos envió un mensaje a través de uno de los Modos leales al régimen —continúa Kallister—. Dijo que teníamos intereses comunes. Que ambos queríamos a su padre fuera de combate. Y, bueno, ya sabes, el enemigo de tu enemigo es tu amigo.

—Imagino que la Autoridad lo voto. Algo de esta magnitud debió ser unánime, ¿no?

—Lo fue. Los cinco aprobamos el plan de eliminar a Merrik a través de los poderes de corrupción de Adrienne. Travis nos lo facilitó al proveernos acceso a la base del Comando.

Una sensación nauseabunda me sube por la garganta.

—Y se quedó ahí, viendo cómo destruía la mente de su padre. Está enfermo. —Sabía que Travis era calculador y ambicioso, pero tienes que ser un psicópata para hacerle algo así a tu propio padre. Aunque no lo quieras.

—Aprobó el bombardeo del hangar también. Fue una de nuestras condiciones. Debía sacrificar una parte de su flota para que el acuerdo nos resultara beneficioso.

—Entonces, eliminasteis a su padre… ¿Y ahora qué? ¿Seguís trabajando juntos como viejos amigos mientras continúa matando a los Modos de los distritos?

—Claro que no. —Kallister se muestra tranquilo, como si hablara con un niño. Me saca de quicio—. El Aniversario fue solo un paso. El primero para alcanzar un posible acuerdo de paz.

Me sorprende su optimismo.

—¿De verdad creíais que la Compañía se sentaría a la mesa para hablar de paz?

—Creíamos que Travis estaría más dispuesto a hacerlo que su padre, quien nunca habría dicho siquiera la palabra «paz» en voz alta. Bajo el mandato de Merrick Redden, los Modos se pasaban la vida siendo esclavos o ciudadanos de segunda clase, o se les asesinaba.

—Travis está haciendo lo mismo —señalo.

—Lo que se evitaría con un acuerdo de paz.

Niego con la cabeza.

—Creo que se está riendo de vosotros.

Kallister me sorprende cuando concuerda conmigo.

—Yo también. Pero Adrienne piensa que puede convencerlo. Ya han trabajado juntos en una ocasión y espera llegar a un acuerdo con él.

—Pero tú no crees que vaya a pasar, ¿no?

—Me parece que soy más realista que Adrienne.

Me muerdo el labio y paseo los ojos por las gemas que emiten un brillo blanco tras su cabeza.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Porque mi hermano confiaba en ti y me gustaría hacer lo mismo. —Inclina la cabeza—. Espero haberme ganado también tu confianza.

Asiento, ausente, aún asimilando todo lo que ha dicho. No veo nada positivo en trabajar con Travis. Mi instinto me dice que se quitó de en medio a su padre para poder estar al mando, no para firmar un acuerdo de paz con los Modos. Persigue sus propios objetivos.

—Solo la Autoridad lo sabe —comenta Kallister con la advertencia latente en la voz—. Por el momento, necesito que mantengas en secreto esta información.

—No diré nada.

—Gracias.

No obstante, más tarde, cuando me reúno con Gray en el hangar como habíamos planeado, es el primer tema que saco. No considero que esté rompiendo la promesa que le he hecho a Kallister, ya que ha dicho que la Autoridad lo sabe.

—Adrienne está colaborando con Travis Redden —digo al subir al helicóptero.

Tras soltar una maldición en voz baja, Gray desactiva un interruptor para apagar los intercomunicadores.

—¿Qué te hace pensar eso? —Me dedica una mirada de inquietud.

No pretendo traicionar a Kallister, por lo que le cuento solo una parte de la verdad.

—Lo vi anoche en la estación de ferrocarril con Adrienne. Estaba intentando ocultarse, pero pasó junto a la ventana.

—¿Se lo has contado a alguien?

—No, y no lo voy a hacer. —Dudo—. ¿Es lo que habéis estado debatiendo todo el día? ¿La misión que ha propuesto Adrienne tiene relación con eso? Porque, sea lo que sea, no sé si confiaría en Travis.

—Estoy de acuerdo —farfulla—, pero cumplió su parte del acuerdo en el Aniversario. Nos dio acceso a su padre y sacrificó una

parte de la base.

—No lo hizo por nosotros, sino por él mismo.

—Sí, pero solo porque tuviera motivos personales no significa que no pueda beneficiarnos.

—Quizá.

—Pospongamos el tema —dice, volviendo a activar el canal de radio—. Necesito el intercomunicador.

Mensaje recibido. Se acabó lo de hablar de Travis.

Como siempre, volamos a ciegas por la oscuridad, fiándonos de sus herramientas para llegar allí. Sea donde sea «allí». Cuando aterrizamos, no estoy del todo segura de dónde nos encontramos. Hasta que abre la puerta del helicóptero y lo oigo. El océano. Advierto entonces que estamos en un acantilado.

Lo único que veo es un terreno oscuro y montañoso. Con cuidado, supero las rocas hasta llegar al borde del precipicio. Las olas chocan contra los peñascos irregulares, regando el aire con un rocío de agua salada. Cuando un brillo azul a mis pies capta mi atención, me agacho y descubro estalagmitas retorcidas de color azul oscuro que sobresalen del lateral del acantilado. Daguita. La daguita azul recorre todas las rocas.

Me incorporo y contemplo de nuevo el agua. Es distinta a la de Tierra Fe. Ese mar estaba en calma, mientras que este parece picado, como una masa rugiente de agua negra que se agita con violencia. Es difícil ver nada más, pero me sobresalto al percibir una silueta en la superficie gracias a los haces de la luna que se reflejan en las rocas. Se asemeja a un trozo de pared de piedra y la esquina de un… ¿techo de metal? Ojalá fuera de día para entender con exactitud lo que sobresale del oleaje espumoso.

—¿Dónde estamos? —le pregunto a Gray.

Se acerca a mí y la brisa que surge del agua le despeina el pelo rubio.

—¿Ves eso? —Se mete las manos en los bolsillos antes de inclinar la cabeza hacia los acantilados, hacia el agua revuelta—. Era la cordillera Valterra.

CAPÍTULO 51



Es lo último que esperaba que dijera. Lo último que esperaba ver porque la imagen ante nosotros no se parece en nada a las fotografías digitales de la cordillera Valterra con las que me he topado.

Arrugo la frente.

—Pensaba que sería un cráter.

—En algún punto de ahí abajo hay un cráter. Un terremoto acabó con otra gran parte del acantilado hace años.

Claro. Recuerdo leer sobre el tema en los extractos del archivo de mi madre. Los bombardeos provocaron un terremoto que destruyó lo que quedaba de la cordillera. Una comunidad entera arrasada. El mar se tragó todo el pueblo. Bueno, casi todo. Observo el agua oscura, los restos dispersos que oculta debajo.

—Supongo que lo mejor es que ese cráter esté bajo el agua ahora —musita—. Cuando era más joven y pasaba con el avión sobre esta zona, aún se veían todos los huesos.

Me estremezco.

—¿Ya habías estado aquí?

—Este era mi hogar.

Se me escapa un grito ahogado.

—¿Eres de la cordillera Valterra?

Gray asiente.

—Nací y crecí aquí.

—Sobreviviste al ataque —digo, despacio—. ¿Como Luisa y su familia?

—Sus padres fueron quienes me sacaron de allí —admite Gray. Ahora tiene mucho más sentido lo bien que se lleva con Beatriz y Seth, por qué lo tratan como un hijo.

—¿Toda tu familia estaba aquí? —Al pensarlo, se me contrae el corazón.

—Mi madre y mi padre. Y mis dos hermanas mayores. —El dolor le traspasa la expresión—. Mi padre murió en el primer ataque aéreo. Mi madre y mis hermanas en el terrestre.

De repente, siento náuseas. Todo esto es culpa de mi madre. Es la razón por la que se llevó a cabo el bombardeo. Por la que una comunidad entera está bajo el agua y por la que estoy aquí de pie con el hombre con cuya familia acabaron.

La destrucción que causó Marina Serrano es incalculable. Siento ganas de llorar. Estoy a punto de abrir la boca y confesar la verdad, pero me la trago en el último segundo porque me aterroriza que Gray me pueda mirar diferente. Kallister me aseguró que yo no debía expiar los pecados de mis padres, pero siento que así es.

—Lo lamento mucho, Gray. —Se me quiebra la voz. Espero que lo atribuya a la conmoción, no a la culpa abrasadora que me retuerce las entrañas y me abrasa la garganta—. ¿Por qué nunca me lo habías contado?

—Porque forma parte del pasado. No me gusta pensar en eso.

No, ya me he dado cuenta de que no le gusta pensar en nada que le haga daño. Seguro que se aplacaría sus propias emociones si pudiera.

—Entonces, ¿por qué me lo estás contando ahora?

Deja escapar un ruido ahogado.

—¿Qué?

—No quiero nombrar a ese cabrón ahora mismo.

Arrugo la frente.

—¿De quién…? —Me interrumpo y frunzo aún más el ceño—. ¿Te refieres a Cross?

—Durante todo este tiempo —empieza a decir Gray—, he estado ahí, muriéndome de celos porque el capitán te estuviera poniendo las manos encima. He deseado matarlo por haberte robado parte del corazón.

Reprimo una sonrisa cuando advierto el gruñido áspero que se le filtra en la voz.

—La cuestión es que no puedo esperar que me regales un ápice de tu ser si no te doy algo a cambio. Por eso, he decidido rectificar —continúa—. Te he traído aquí para mostrarte una parte de mí que no he permitido que vea ninguna otra persona.

Estoy a punto de detenerlo porque me aterra que, si se entera de quiénes son mis padres, se arrepienta de haberlo compartido conmigo. Pero, al mismo tiempo, deseo apoyarle. Lleva reprimiendo sus emociones durante demasiado tiempo. Se merece liberarlas.

—Me preguntaste por qué no me hablo con ella, con mi tía. —Se le tensan los hombros.

—¿Qué te hizo? —susurro.

—No tiene que ver con lo que hizo, sino más bien con lo que no hizo. Durante el tiempo que viví con ellos se quedó ahí, sin actuar, permitiendo que mi tío me diera palizas. Casi a diario.

—Joder.

Niega con la cabeza y la traición le ilumina los ojos. Parece tan herido, tan incrédulo, porque alguien pueda hacer algo así. Lo pillo. Grayson Blake es la clase de persona que se colocaría entre un abusador y su víctima. No sería un espectador silencioso.

—Después de que mataran a mis padres y mis hermanas —hace un gesto hacia el cementerio bajo el agua—, solo me quedaban mis tíos. La red nos envió al valle, donde nos asentamos. No los conocía demasiado bien. —Suelta un bufido—. Ahora desearía no haberlos conocido nunca. Mi tío, Taylor, era un borracho. Nunca lo vi sin una botella de lo que fuera en la mano. Por lo general, *grange*. Le daba igual que fuera un crío. Creo que lo prefería, así no podía enfrentarme a él.

El corazón me da un vuelco.

—¿Pegaba también a Jenni?

—Antes de que llegara yo, ella era su saco de boxeo. Pero me convertí en su nuevo juguete favorito. Me daba tales palizas que perdía la consciencia. —La voz de Gray se ha tornado desprovista de emoción.

Lo cojo de la mano y se la aprieto con fuerza.

—¿Por qué no intervino nadie más?

Deja escapar una carcajada grave y amarga.

—Porque después me curaba.

—¿Era un sanador?

—Sí, Taylor trabajaba en la base con Fiona. Me dejaba al borde de la muerte y, después, me curaba para que nadie supiera lo que hacía.

Trago saliva. Saber que alguien puede ser tan cruel me revuelve el estómago.

—¿No intentaste contarlo?

—Solo una vez. Me rompió el brazo, pero estaba demasiado borracho como para curármelo como debía, por lo que fui a la escuela al día siguiente y la profesora notó que me dolía. Me envió a la clínica del valle, pero Taylor, ese alma caritativa —dice Gray, sarcástico—, estaba en los distritos, sanando a la gente. Fiona vino desde la Daga y me curó el brazo. —Le tiembla la voz—. Cuando me preguntó qué había pasado, mentí y dije que me había caído.

—¿Por qué?

—Me daba vergüenza. No quería que supieran lo débil que era. —Pestañea rápido, con los ojos llenos de lágrimas—. Ese hombre era un capullo sádico. Siempre se aseguraba de que entendiese quién estaba al mando. Si lo desobedecía o le respondía, me mostraba con los puños quién era el jefe.

No quiero atosigarlo, pero no puedo contenerme. Le rodeo el cuello con los brazos y lo estrecho con fuerza.

—Lo siento, as.

Gray respira hondo y noto el estremecimiento que le recorre el pecho.

—Jenni se quedaba ahí, no hacía nada. Solo miraba. —Le tiembla la voz por la ira, un incendio descontrolado tras el dolor—. Yo lloraba y le suplicaba que me ayudara, pero no hacía nada. A veces, si lloraba demasiado fuerte, salía de la habitación. Nunca decía nada. Nunca vino en mi defensa. Nunca lo apartó de mí. Limpiaba la sangre y fingía que no había ocurrido. Era un crío sin padres y ella se dedicaba a mirar. No me jodas.

Las palabras, amortiguadas contra mi pelo, hacen que se convulsione, por lo que lo abrazo con más fuerza.

—Luego, cuando el capullo murió, de repente ella trató de convertirse en una especie de figura materna. Quería hacerme la cena y me preguntaba por mi vida. Esa imbécil no se merece un lugar en mi mundo. —Se aparta y veo el contorno rojizo que ahora le rodea los ojos, el pulso que se le ha instalado en la base de la garganta—. Es demasiado tarde.

—Eso parece —concuerdo con un susurro.

Aprieta la mandíbula.

—¿No vas a intentar convencerme de que la perdone?

—No, solo deberías hacerlo si te apetece. Pero se suponía que debía quererte y protegerte, y no hizo ninguna de las dos cosas. Por eso, quizá el castigo que se merezca sea no seguir teniéndote en su vida.

—¿Lo piensas de verdad?

—Me parece que el perdón está sobrevalorado y solo deberías hacerlo por ti, no por la otra persona.

—No creo que pueda —admite—. Algunas cosas son imperdonables.

Siento náuseas pensando en las palizas que le daban hasta hacerlo puré cada noche antes de que su abusador lo sanara y volviera a hacerlo al día siguiente. En ese ciclo de abuso y sanación. Mi corazón llora por el crío que fue y el hombre en el que se ha transformado.

—No puedo ni imaginarme lo que debe ser pasar por algo así. Pero no tienes que llevar este peso tú solo. —Le rozo la parte inferior de los ojos con las yemas y noto la humedad que se acumula allí—. Estoy aquí para lo que necesites.

—No me gusta dar pena —dice con brusquedad.

—Esto no es pena, sino empatía. Y una ira que te cagas. Ojalá pudiera asesinar a tu tío y, a decir verdad, a tu tía también.

—No puedo perdonarla —repite, y no sé si está hablando conmigo o consigo mismo.

—No tienes que hacerlo. O quizá algún día decidas lo contrario. Sea como sea, es decisión tuya. Te falló, pero eso es culpa suya.

Debes elegir qué camino tomar por tu cuenta y no tienes por qué llevar sobre los hombros la carga de su fracaso. Eso es culpa suya —insisto.

Permanecemos allí unos instantes, en silencio. Gray se ha quitado su coraza traviesa y engreída de siempre, la que, según estoy viendo, encierra una vida entera de dolor. Perdió a su familia cuando era un niño. A toda su familia. Perdí a mis padres con cinco años, pero al menos contaba con el tío Jim, quien murió protegiéndome. Los tutores de Gray hicieron lo contrario. Su tío era un monstruo al que su tía defendía.

—Bueno, quería mostrarte… cómo soy, supongo. —Se encoge de hombros—. Todo mi ser.

Parece incómodo y triste, aunque nunca me he sentido tan atraída por él. Me gustan la fuerza y la resistencia, y no creo que haya conocido a un hombre más fuerte y resistente en mi vida.

—Me alegra que lo hayas hecho —susurro. Me encantaría poder hacer lo mismo a cambio.

No hablamos demasiado en el camino de vuelta a la Daga.

—¿A tu apartamento? —es lo único que digo porque sigo teniendo una cama individual y la suya es más grande y cómoda. De ninguna manera voy a permitir que duerma solo esta noche.

—Necesito una ducha —dice.

—Y yo. —Arqueo una ceja.

Capta la indirecta. Esta vez no se resiste. Bajo el rocío cálido, le enjabono el pecho, disfrutando de la sensación de sus músculos definidos bajo las yemas de los dedos. La espuma se le desliza entre los pectorales, sobre los abdominales y la parte inferior. Cuando interrumpo el camino del agua con la mano, descubro que está duro, preparado.

Lo acaricio con suavidad antes de sonreírle y empezar a enjabonarme.

—Calientapollas —me acusa.

Nos lavamos, provocando con las manos el cuerpo del otro. Cuando me acaricia el pecho y me pellizca el pezón, suelto un gemido amortiguado por el sonido del agua al caer. Intercambiamos posiciones para que pueda enjabonarme el pelo. No deja de mirarme. Con ojos tiernos. Y todo lo demás, duro.

—Eres preciosa —dice.

—Tú más —respondo.

—Ambos somos muy atractivos, sí —concuerda, y suelto una carcajada porque siempre me hace reír.

Cierro los párpados para aclararme el jabón y, cuando los abro, sigue ante mí. Pero ahora sosteniéndose la erección con la mano. Me guiña un ojo antes de acariciarse una vez más, dar un paso al frente y atrapar mis labios con los suyos. Permanecemos ahí de pie un rato, besándonos, mientras la mampara de la ducha se cubre de vapor. Baja las manos para cogerme de los glúteos y presionarme la dureza contra el vientre.

Le dejo un reguero de besos por el pecho antes de ponerme de rodillas. Gime cuando lo envuelvo con los labios y le humedezco la punta con la lengua. El calor de la ducha tiene un efecto embriagador y neblinoso que me empuja a gemir, lujuriosa, en torno a su polla.

Me decepciona cuando se aparta de mí y suelta:

—Necesitamos una cama.

Me coge en brazos, desnudo y salpicando gotas de agua, hasta el dormitorio y me echo a reír cuando me lanza al colchón. Me explora el cuerpo con la boca, cosquilleándome la piel mientras baja por mi estómago con los labios hasta colarse entre mis muslos.

—Ábrete, cariño —susurra.

Obedezco y noto su boca entre las piernas, provocadora, guiando mi placer. Me devora como si tuviera todo el tiempo del mundo. Con lentitud, seductor, acercándome al abismo con cada caricia de la lengua. Es aún más emocionante porque sé que no se va a acabar aquí. Solo me está preparando para aquello que llevamos retrasando demasiado tiempo, pero ya no hay ningún obstáculo autoimpuesto. Ya no se contiene. Ni yo tampoco.

Cuando empiezo a mecer las caderas contra su cara, suelta una carcajada y aparta la boca, provocándome un grito de frustración.

—Estoy muy cerca —me quejo.

—Bien —responde. Entonces, dibuja un sendero con la lengua hasta mi vientre y me besa el pezón antes de esconder la cara en mi cuello.

Jadeante, se cuela dentro de mí y suelto un grito ahogado cuando noto su presión. Lo hace con una lentitud insoportable. Centímetro a centímetro. Alargando la anticipación hasta que, por fin, con un movimiento brusco de las caderas, me penetra hasta el fondo.

—Hostia puta —gruñe.

Sonrío al ver la tensión en sus facciones.

—¿Todo bien, as?

—¿Por qué hemos esperado tanto?

—Eso me gustaría saber a mí. Yo estaba dispuesta desde hace una eternidad.

—Es verdad. He sido un idiota. Ha sido un error terrible por mi parte. Debería haberme colado dentro de ti desde el momento en el que llegaste.

Mis carcajadas se apagan cuando vuelve a mover las caderas para penetrarme de nuevo. La sensación es tan buena que pierdo la cabeza. Solo puedo centrarme en el lugar por el que estamos unidos. Le araño la espalda con las uñas mientras me folla, moviendo las caderas cada vez más rápido.

Justo cuando el placer se está remolinando una vez más en mis entrañas, deja escapar una maldición y tira de mí, colocándose boca arriba, para que me siente a horcajadas sobre él.

—Voy a correrme si continuamos así —musita—. No tengo control. Necesito que sigas provocándome un tiempo.

Lo miro, disfrutando de la agonía en su expresión.

—¿Qué te hace pensar que yo sí tengo control? ¿Acaso no me conoces?

Suelta una carcajada ahogada. Aun así, me esfuerzo al máximo. Si quiere que esto dure, estoy decidida a cumplir sus deseos. Le paso las manos por el pecho, rodeándole los pezones con las yemas mientras muevo las caderas una vez con lentitud, provocándole.

—¿Bien?

—Perfecto —musita.

Nunca lo he visto tan atractivo. Con esos párpados caídos entre los que me mira. Con el labio inferior atrapado entre los dientes. Con la lujuria que le chisporrotea en la expresión y, detrás de ella, algo más profundo, algo que suele asustarme, pero que esta noche aumenta mi placer.

Me doy cuenta de que no lo estoy usando. No es que creyera que así era, pero una diminuta parte de mi ser temía que solo estuviera con él para demostrarme algo. Pero nunca he anhelado a nadie de la manera en la que lo deseo ahora mismo.

Sigo moviendo las caderas, inclinándome hacia delante para presionar los labios contra los suyos. Cuando saca la lengua para probar la mía, ambos soltamos un gemido desesperado y necesitado.

Levanto la cabeza, abriendo la boca para hablar, pero las palabras se me quedan atrapadas en el interior, perdidas tras la descarga repentina de emoción.

—Me alegra que estés vivo —susurro al final.

—¿Mmm?

—Me alegra que no murieras en esa explosión. —Trago saliva con dificultad—. Me alegra que estés aquí.

—Yo también me alegro de estar aquí. —Me sonríe—. Ahora, sigue montándome.

—Has perdido una gran oportunidad.

—¿De qué?

—Me has pedido que te monte, pero no me has llamado «vaquera».

—Perdóname, estoy demasiado centrado en la sensación de mi polla en tu estrecho…

Se interrumpe de golpe cuando bajo por él con brusquedad y empiezo a moverme. Posa las manos en mi cadera, mirándome sin apartar los ojos, y no tarda en arquearse contra mí para salir al encuentro de mi ritmo ahora errático. Cambio de posición para rozar el nudo hinchado de nervios entre mis piernas contra su pelvis y, de inmediato, un cosquilleo liberador me recorre todo el cuerpo.

—No creo que pueda seguir provocándote. —Se me escapa un gemido que le provoca una sonrisa.

—No pasa nada. Déjate llevar. Yo me encargo.

Crispa los dedos contra mi piel y nos estamos besando cuando el orgasmo me atraviesa. Con un gruñido contra mi boca, el suyo no tarda en seguirlo, al mismo tiempo que levanta las caderas.

El corazón me late a toda prisa y trato de recuperar el aliento al colapsar contra su pecho. Me acaricia la espalda, a la vez que oigo el latido de su corazón. Y advierto que me alegro de no haberlo hecho antes.

La espera ha merecido la pena.

CAPÍTULO 52



Durante el mes siguiente, establecemos una rutina en la que pasamos mucho tiempo en la cama. Pero también mucho fuera de ella. Hacemos viajes con el avión. Visitamos a nuestros amigos en el valle. Hacemos competiciones de tiro con Mako y combates de boxeo con Saint y Henley. Por primera vez, mi vida parece… normal.

No debo esconderme en el rancho. Ni preocuparme porque una unidad del Comando aparezca para hacer una inspección y descubra que soy una Modo. Ya no me aterra acabar dirigiéndome a la plataforma de ejecución.

No he olvidado que estuvieron a punto de acabar con mi vida, pero cuanto más tiempo pasa, menos paranoica me siento. No sé quién echó raíz de corazón en mi bebida, pero, fuera quien fuese, parece haberse retirado a las sombras. Mientras no intenten volver a matarme, supongo que puedo relajarme. Más o menos. Sin duda, nunca aceptaré una copa de otra persona que no sea mi novio.

La vida en la Daga se ha vuelto más tranquila de lo normal. Tana y Luisa son pareja oficialmente y estoy bastante segura de que Karra se está acostando con Henley. Evlynne ahora es más maja conmigo, supongo que porque le preocupa que, si se comporta como una hija de puta, quizá le cuente a todos lo de la marca de sangre de su hijo. La última vez que le pregunté sobre el tema, admitió que había decidido no revelarlo.

Quizá lo más prometedor haya sido que Fiona ha aflojado un poco su puño de acero, de ahí que Poppy y yo ahora pasemos más tiempo juntas, paseando por los senderos y recogiendo flores. Sin embargo,

ya nunca quiere visitar el aviario. Estoy descubriendo que tiene un alma sensible, quizá una personalidad no muy adecuada para un refugio con pájaros heridos que mueren a menudo. Aun así, disfruto de su compañía. Estoy convencida de que, durante el paseo de ayer, vimos a mi lobo en la distancia, pero Poppy no me cree. Mujer de poca fe…

Esta noche, es tarde y estoy en la cama con Gray, admirando lo guapo que está; sin camiseta, con unos calzoncillos negros que se le ajustan a los muslos firmes y marcan su impresionante polla, con la luz de la lámpara en la mesilla de noche dibujándole un halo dorado alrededor de la cara que le enfatiza las facciones cinceladas.

Llevo el pelo recogido en una coleta y no deja de toquetearla, haciéndola girar como si fuera un gato jugando con un ratón. Sonrío, pero, cuando levanto la cabeza para bromear con él, advierto que está distraído, con la mirada perdida.

—¿Estás bien? —musito.

Gray sale de repente de su burbuja. Se frota la cara con aspecto cansado.

—Sí, perdona, la reunión de esta noche ha sido un coñazo.

Asiento. La Autoridad se ha pasado más de dos horas en la sala de guerra y sé que la batalla constante entre Kallister y Adrienne está pasándoles factura a los demás.

—Hoy Kallister la ha llamado ingenua. No dejan de lanzarse pullas.

—¿Estás de acuerdo con él? ¿Crees que es una ingenua?

—Y yo qué coño sé, cielo.

El corazón me da un vuelco al oír el apodo. Me suele llamar «cielo» o «vaquera», dos motes que consiguen que me derrita.

—Ade siempre ha sido una idealista, pero últimamente no deja de insistir con lo de la paz. Cree que podemos compartir el Continente, que hay una manera de que ambos bandos vivan juntos.

Pienso en Lyddie y Roe, en lo mucho que odian a las personas como yo, en su idea de que somos defectuosos, un error, y no estoy segura de cuántas posibilidades hay de que la visión de Adrienne llegue a buen término.

—Mientras tanto, Kallister insiste en que no podemos confiar en la Compañía, en que, con independencia de lo que prometa, en cuanto bajemos la guardia, se volverá contra nosotros.

Arqueo las cejas.

—Espera, ¿nos están haciendo promesas?

—Sí y no. No han contactado con nosotros desde hace bastante, pero la última vez que Adrienne se reunió con Travis dijo que estaba dispuesto a negociar los términos de la paz.

—¿Qué piensan Teriq y Fiona de todo esto?

—Teriq está de parte de Kallister. Y Fiona no ha asistido a la reunión. Se ha ido a la Zarzamora a ayudar a su sanador con las revisiones médicas.

Cierto. Recuerdo que Poppy mencionó que su madre se iba de la base. La adolescente se estaba quejando porque quería acompañarla y, por supuesto, Fiona se había negado.

—¿Sigues creyendo que es mala idea? —insisto.

—¿Y tú?

Ausente, le recorro el pecho desnudo con los dedos.

—No conozco a Travis demasiado bien, pero sí…, mi instinto me dice que no confíe en él. Que nos ayudara a acabar con su padre no me convence para regalarle mi confianza. Más bien lo contrario. Si estás dispuesto a traicionar a los de tu propia sangre, traicionarás a cualquiera. —Dudo—. Pero…

—Pero ¿qué?

—¿Cuál es la alternativa? ¿Seguir luchando contra la Compañía? ¿Por qué no intentar al menos llegar a un acuerdo, encontrar una manera de dejar de matarnos?

—Claro, como si fuera tan fácil —dice con una carcajada—. Ambos bandos deben querer la paz para que las muertes cesen.

—Pero ¿no es eso lo que está intentando hacer Adrienne, convencer al otro bando para que lo desee también? —Me muerdo el labio inferior—. Una parte de mí espera que tenga razón, que haya una manera de colaborar.

Gray no parece convencido.

—No sé si será posible, vaquera. Y me preocupa lo que ocurrirá si seguimos haciendo pactos con el enemigo, sobre todo sin consultar

a los nuestros. Hay algunos en la Revolución a los que no les entusiasmará trabajar con Travis Redden. Por eso la misión de corrupción fue extraoficial. Si se enteraran todos los residentes de la Daga, me parece que el enfado sería generalizado. Algunos creerían que fue una traición aliarnos con Travis. Y tal vez tomarían medidas drásticas para asegurarse de que no vuelve a ocurrir.

Me tenso.

—¿En plan, un golpe de Estado contra la Autoridad? ¿Una guerra civil?

—Puede.

—¿Y si muchos están de acuerdo? ¿No optaríais por lo que desea la mayoría?

—Sí, pero eso supondría confiar en que Travis actúa de buena fe y no lo tengo tan claro. El problema es que no sé cuál es su objetivo —dice Gray, con el ceño fruncido—. Y la primera regla de la guerra es conocer a tu enemigo. Merrick Redden era fácil de entender. Quería orden. Estaba dispuesto a trabajar con Modos leales, siempre y cuando siguieran las reglas y supieran cuál era su lugar. Travis aún no nos ha revelado sus motivos. Se deshizo de su padre. ¿por qué? ¿Porque quiere aflojar las riendas de la ley marcial? ¿O porque quiere crear algo aún peor?

—No lo sé.

—Exacto.

Me muerdo el labio con más fuerza.

—Pero, incluso aunque sus motivos no sean del todo los correctos ahora mismo, tal vez pueda cambiar de opinión.

—Las personas no cambian solo porque tú desees que lo hagan.

—Si les hacemos entrar en razón…

—Lo que quizá sea lógico para ti puede parecerle ilógico a otra persona.

Le dedico una sonrisa.

—Deja de contradecirme.

—Deja de simplificarlo todo en exceso.

—No digo que sea sencillo, pero al menos deberíamos intentarlo, ¿no? Si no, ¿por qué nos molestamos siquiera?

Arquea una ceja.

—Entonces, ¿apoyas a Adrienne?

—No… No lo sé.

—¿Y qué pasa con los Modos que no quieran hacer las paces con la Compañía? —me desafía—. ¿Qué hacemos con ellos? ¿Los obligamos a aceptar la tregua en contra de su voluntad? ¿Los encerramos? ¿Los exiliamos?

—Si les damos opciones, creo que elegirán la correcta.

—A veces no hay ninguna buena. A veces todas son una mierda.

—Esta es la peor charla que he tenido después de un polvo —le informo, lo que le provoca una carcajada.

Un segundo más tarde, se gira hacia mí y comienza a besarme el cuello, rozándome la caja torácica con los dedos.

—Tienes razón. Hablemos de algo más interesante.

—¿Como qué?

Me acaricia el pecho y un estremecimiento me recorre el cuerpo cuando me roza el pezón con la yema del pulgar. Al instante noto una oleada de deseo entre las piernas.

—Como lo bien que sabes —dice, y me rodea el pezón con los labios. Tira de él con suavidad antes de humedecérmelo con un ligero beso que me provoca un gemido—. No tienes ni idea de lo guapa que estás ahora mismo.

—Estoy igual que siempre.

—Exacto.

Cuando su lengua persigue la mía dentro de mi boca, el cuerpo entero me vibra. Una oleada ardiente de necesidad me tensa el bajo vientre. Pronto, me estoy quitando la camiseta y él se está encargando de mi ropa interior, bajándomela por las piernas. Sin preliminares. Me tumba boca arriba y se quita el calzoncillo, revelando su culo desnudo, que tiene más prieto que nunca.

Se coge la polla y la guía hasta mi abertura. Estoy preparada para él, por lo que le doy la bienvenida. Me penetra con fuerza y me hace sentir tan bien que gimo lo bastante alto como para dibujarle una sonrisa en los labios.

—Calla —dice, burlón—. Vas a despertar a todo el mundo.

—Estas paredes son de acero. Puedo hacer todo el ruido que quiera.

—Mmm, bien visto. —Con lentitud, sale de mí antes de volver a penetrarme, llenándome por completo—. Grita para mí, cariño.

Salgo al encuentro de cada embestida. Me encanta. El sexo. Él. Escondo los dedos en su pelo para acercar su boca a la mía y me besa mientras mueve las caderas, avivando el fuego que arde entre los dos.

—Necesito que te corras ya —me susurra al oído.

—¿Estás cerca? —musito.

—Ni te imaginas. —Suelta una maldición antes de ralentizar el ritmo. De hecho, se queda quieto por completo.

—Si quieres que termine, vas a tener que seguir moviéndote —lo provoco.

—Si no quieres que termine, voy a tener que quedarme tranquilito un segundo.

La risa me borbotea en la garganta.

—Tócate —dice con brusquedad—. Hasta que casi estés.

Me acerco dos dedos al clítoris. Me acaricio con delicadeza, disfrutando de la manera en la que se hincha el pecho de Gray con cada aliento contenido. Permanece quieto, devorándome con la mirada.

—¿Te gusta?

—Mmm. —Se me escapa un suave gemido.

Sigue dentro de mí, sin moverse, y se me acelera la respiración al sentir su grosor, su latido contra las entrañas. Se me contraen los músculos internos a su alrededor y un brillo aprobatorio le cruza los ojos.

—Vamos —musita, animándome—. Ya está. Joder, cómo aprietas. Con qué fuerza.

Maldita sea, así solo consigue que vuelva a contraerme, así que deja escapar un gruñido.

—Para —me regaña.

—No puedo. Es involuntario.

Sigo acariciándome, dibujándome pequeños círculos, hasta que el placer me sobreviene y suelto un grito ronco que Gray atrapa con un beso. Entonces, empieza a moverse de nuevo, saltando al abismo conmigo.

Gray ha vuelto a la sala de guerra antes de que haya abierto siquiera los ojos a la mañana siguiente. Lo más probable es que esté escuchando de nuevo cómo se pelean Adrienne y Kallister. No sé de qué lado estaría yo si formara parte de ese consejo. Entiendo el deseo de Adrienne de crear una vía hacia la paz, pero Kallister también tiene razón. Travis ha demostrado que está dispuesto a sacrificar a cualquiera por sus ansias de poder, incluido a su propio padre. ¿Por qué deberíamos creer ni una palabra de lo que diga?

No obstante, algo se está gestando. Mantengo los sentidos alerta cuando convocan a todos los agentes en el comedor antes de que se sirva el desayuno, pero la Autoridad tarda treinta minutos en llegar. Al menos, tres de ellos. Sé que Fiona está en la base de la Zarzamora, pero la ausencia de Kallister me informa de todo lo que tengo que saber.

Como era de esperar, Adrienne da un paso al frente para empezar a hablar:

—Acabamos de votar. Vamos a empezar a negociar la paz con la Compañía —le anuncia a la sala.

Murmullos de asombro y voces enfadadas sobrevuelan la multitud.

—Y una mierda —dice alguien, y otros concuerdan.

—Ya hemos tomado la decisión —comenta Adrienne con un tono que no admite discusión—. Y, antes de adelantar acontecimientos, debéis saber que todavía no hay ningún acuerdo. Ni lo habrá sin una votación en la que participe toda la Daga, lo prometemos. Solo estamos abiertos a abrir los canales de comunicación necesarios para debatir la posibilidad de pactar.

Hace una pausa y siento que se está preparando para la respuesta a sus siguientes palabras.

—Hemos autorizado una pequeña misión de negociación. —Hace un gesto hacia el hombre con el rostro impasible que hay a su lado—. Teriq será el líder. Los dos nos reuniremos con Travis Redden esta noche.

Con eso se gana otra ronda de gritos ahogados y rumores.

—¿El general Redden está de acuerdo? —pregunta Evlynne con las facciones crispadas en un ceño fruncido.

Adrienne asiente.

—Así es, sí. Pero aún debemos determinar las condiciones para la reunión.

—Necesitamos transporte. —Teriq mira a Evlynne—. Yo te elegiría a ti, pero, si prefieres quedarte fuera en esta ocasión, lo entenderé.

—No, lo haré —replica, tensa.

Teriq asiente con brusquedad.

—Bien. Declan se unirá a nosotros en la Zarzamora. Y necesitamos a cuatro más.

Me sorprende que Karra se presente voluntaria hasta que recuerdo que Gray me contó que se le daban bien las operaciones de reconocimiento.

—Me gustaría contar con nuestros mejores francotiradores. ¿Orin? —dice Teriq. Tras el asentimiento del hombre fornido, nuestro líder de misión pasea la mirada hacia Mako y hacia mí, uno al lado del otro—. ¿Os apuntáis los dos?

Cuando ambos asentimos, no paso por alto el ceño fruncido que me dedica Gray. Dado que dos miembros de la Autoridad van a estar sobre el terreno, no tiene otra opción que permanecer en la Daga. Es evidente por la tensión en su rostro que no le hace gracia que me haya presentado voluntaria.

Pero de ninguna manera me voy a quedar al margen en esta ocasión.

CAPÍTULO 53



Gray pasa a verme cuando estamos metiendo el material en el avión. Se me acerca desde atrás, me rodea la cintura con los brazos y me da un beso en la coronilla.

—Ten cuidado esta noche, ¿vale?

Sonrío.

—Estás muy cariñoso, a pesar de lo mucho que deseas atarme a un poste para evitar que vaya.

—Quiero atarte por otras razones —me susurra al oído antes de mordisquearme la oreja—, pero nunca para evitar que participes en una operación. Eres demasiado valiosa sobre el terreno como para relegar tus habilidades a la Daga.

Me giro para mirarle. Me calienta el corazón que reconozca que tengo talento, que esté dispuesto a dejarme marchar, aunque su instinto le esté gritando que me proteja.

—Esta noche va a hacer el tiempo perfecto —dice—. El cielo se está cubriendo con nubes de tormenta. Así os será más fácil permanecer ocultos.

Asiento, metiendo la pistola en la funda de la cadera. Cerca, Karra comprueba su equipo. Nunca hemos trabajado juntas en una misión, pero si Gray y los demás confían en ella, supongo que yo también.

Los iris de Gray siguen fijos en mí con esa mirada traviesa y verde que siempre me hace sentir más ligera. Ni siquiera necesita utilizar su don para tranquilizarme. Sus ojos lo hacen por él.

Estiro la mano y delineo esa mandíbula tan afilada con las yemas de los dedos, así que curva los labios. Con las manos en mi cintura, tira de mí para estrecharme.

—Lo digo en serio. Ve con cuidado —dice con voz ronca.

—Lo haré —le prometo, echando la cabeza hacia atrás mientras baja la boca hasta la mía.

Es un beso fugaz, rápido y suave, pero noto las emociones que emanan de él. Sobre todo, la preocupación. Lo pillo: no hay que dar nada por sentado en esta vida. Puedo pasarme el día prometiéndole que tendré cuidado, pero eso no significa que vaya a estar a salvo.

Lo vuelvo a besar, con mayor intensidad esta vez. Únicamente cuando nuestras lenguas se rozan oigo que alguien se aclara la garganta y recuerdo que no estamos solos. Mierda. Karra se acerca con la mochila y la lanza a la bodega de carga. Nos recorre con la mirada antes de sujetarla con las correas. Mantiene una expresión ilegible, pero no la culparía si estuviera enfadada. Nadie quiere ver a un ex alardeando de una nueva relación en su cara.

Gray se despide de nosotras y se marcha. Cuando ha desaparecido, me giro hacia Karra, arrepentida.

—Lo siento. No lo había pensado.

Se encoge de hombros. Cuando se da media vuelta para alejarse, la agarro de la manga.

—Lo digo en serio. Ha sido muy insensible por mi parte. Perdóname.

—Me da igual que lo beses. —El dolor le nubla la mirada—. Lo que me jode es no haber acertado.

—¿Con qué?

—Te dije que era incapaz de desarrollar sentimientos profundos. —Oigo la amargura en su voz—. Incapaz de querer de verdad a alguien. Supongo que me equivoqué.

Se me constriñe el corazón.

—Karra…

—No, no pasa nada. Da igual. Vámonos.

Se sube a la parte trasera del híbrido y la sigo justo cuando Evlynne cruza el hangar con un petate negro.

—Ven, deja que te ayude —digo, estirándome hacia ella, pero me rechaza.

—Puedo sola.

Deja la enorme bolsa en la bodega de carga y la ata al suelo, asegurándose de que no va a moverse. Parece inquieta.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto.

Niega con la cabeza.

—No me gusta. Me parece una trampa.

Aun así, a pesar de esas palabras, diez minutos más tarde guía el avión lejos de la montaña.

La base de la Zarzamora está en el distrito H, ubicada en una zona industrial en ruinas, rodeada de bosques. Según Adrienne, el búnker nuclear se construyó en la era pasada y se reforzó en algún momento de los últimos cincuenta años. Estaba diseñado para soportar una guerra nuclear, literalmente, y así lo hizo. Enterrado en el suelo, el búnker tiene capacidad para quinientas personas, pero me cuenta que solo unas doscientas viven ahora mismo allí.

Entramos en las instalaciones por la trampilla principal. Al bajar las escaleras, nos encontramos una enorme puerta doble de hierro al final de un largo pasillo. El túnel está sumido en el silencio y nuestras pisadas retumban sobre el cemento cuando nos acercamos a la entrada. Adrienne introduce un código y la puerta se abre.

Lo primero que vemos al otro lado es a Declan.

—Bienvenida a la Zarzamora —dice cuando me ve entre el grupo—. Primera vez, ¿no?

Asiento.

Adrienne le cuenta a toda prisa los detalles.

—La reunión es a medianoche, pero no tenemos aún las coordenadas.

Declan pone los ojos en blanco.

—Alguien está paranoico.

—Así es. Parece que el general no confía en nosotros —dice con una sonrisa irónica—. La ubicación se enviará a través de un canal encriptado dos horas antes de la reunión.

Ya hemos hablado de este tema y no me gusta oírlo por segunda ver. Entiendo el razonamiento de Travis para no enviar todavía las

coordenadas, ya que no podemos tenderle una trampa si no sabemos dónde nos reuniremos con él, pero eso significa que quizá seamos nosotros los que acabemos atrapados.

Desvío los ojos hacia Adrienne.

—¿Tengo tiempo para dar una vuelta por aquí? Me muero por ver cómo es la base.

—Claro, pero ten encendido el intercomunicador.

—Yo te guío —se ofrece Declan.

Mientras los demás se dirigen a lo que parecen zonas comunes con mesas y máquinas de café, sigo a Declan por un pasillo protagonizado por el zumbido de los fluorescentes sobre nuestras cabezas.

La primera parada es en los barracones, que son más funcionales que cómodos, aprovechando el espacio con literas en lugar de con camas individuales. Declan me cuenta que hay un ala con dormitorios privados para los líderes de la base, incluido él. Tienen suficiente comida almacenada para sobrevivir años, así como tanques de agua y circuitos de purificación, además de un pequeño sistema hidropónico que les permite cultivar productos frescos en el propio búnker.

Me muestra varias salas de ocio y un pequeño gimnasio. En realidad, no hay ninguna razón real para que nadie abandone la base a no ser que les guste el sol. Aun así, la falta de luz natural también se solventa, según me explica Declan, a través de las vitaminas y los suplementos que toman todos los de la Zarzamora.

Me siento como si hubiéramos recorrido un kilómetro y medio cuando digo:

—¿Deberíamos volver a la sala de reuniones?

—No hay nada sobre lo que hablar. No tenemos muchas opciones hasta que no nos manden la ubicación.

—Cierto.

—¿Quieres ver el ala de enfermería? —Hace un gesto hacia el final del pasillo—. Fiona está ahí, con su hija.

—¿Poppy? —exclamo, sorprendida—. ¿Qué está haciendo aquí?

Me pregunto cómo diablos habrá convencido a su madre de que la deje venir. Según lo último que me dijo, Fiona prefería

encadenarla a la montaña antes que permitirle salir de la Daga.

—No lo sé, pero han llegado juntas.

Abre una puerta y al instante me rodea el fuerte olor a antiséptico. El ala clínica es una sala enorme llena de catres individuales separados por cortinas de color azul claro y las paredes están cubiertas de equipos médicos. Solo están ocupadas algunas camas, aunque ninguno de los pacientes parece tener una lesión grave. Fiona está de pie cerca de un catre en la parte trasera de la estancia, hablando con un hombre mayor de unos ochenta años que está tumbado boca abajo.

—¡Wren!

Miro hacia atrás y me encuentro con Poppy. Su trenza rubia se balancea sobre sus hombros mientras se acerca.

Arqueo una ceja.

—¿Has conseguido un pase libre?

Se muerde el labio, cohibida.

—Puede que, ya sabes, haya sufrido una rabieta.

Reprimo una carcajada.

—¿En serio?

—Sí. Estoy harta de estar encerrada en la montaña a todas horas.

—No te culpo. Hay un número limitado de rondas de póker a las que puedes jugar antes de pegarte un tiro.

—Exacto.

Siento que nos están observando y, al girarme, Fiona tiene los ojos fijos en Poppy y en mí. En ellos advierto cautela. Le dedico una suave sonrisa y la saludo con la mano, pero, aunque me devuelve el gesto con un movimiento de cabeza, mantiene los labios tensos, con una expresión que solo desprende una desaprobación tácita.

—No le caigo nada bien, ¿eh? —comento, intentando no sonreír.

Poppy se encoge de hombros.

—Cree que eres una mala influencia.

Suelto una risita. ¿Por qué soy una mala influencia? Lo único que he hecho ha sido salvar a su hija de una parálisis a causa de las campanillas violetas y de que se la comiera una aulladora. No me malinterpretes, entiendo que Fiona esté a la defensiva; Poppy es su única hija y los distritos no son seguros para los Modos. Tampoco

culpo a Poppy por estar desesperada de salir de los cuatro muros que Fiona ha erigido en torno a ella.

—¿Preparada para volver? —me dice Declan.

Advierto la decepción de Poppy.

—¿No puedes quedarte? —pregunta.

Por mucho que desee liberarla de las sombras de una sobreprotectora Fiona, estoy en una misión y no puedo socializar.

—Lo siento —respondo—. Estamos aquí por un asunto oficial.

—Muy bien. Bueno, si puedes, ven a buscarme más tarde.

—Lo haré —le prometo.

Declan y yo volvemos sobre nuestros pasos por los pasillos laberínticos que componen la base de la Zarzamora. Unos minutos después, entramos en una de las salas de reunión, donde todos están sentados con aspecto aburrido.

—¿Tenemos las coordenadas ya? —le pregunto a Adrienne.

—No —dice, tensa.

—Está jugando con nosotros. —En los ojos de Teriq relampaguea la irritación—. Kallister tenía razón.

La pose de Adrienne se torna rígida.

—Aún es pronto. Tiene tiempo suficiente. —Pero debe estar preocupada porque comprueba su intercomunicador—. Evlynne, ¿me recibes?

—Estoy aquí —responde la chica.

—¿Algo raro por tu zona?

—Negativo. El radar sigue despejado. No hay actividad. Hasta donde yo sé, tampoco hay movimiento alguno.

—Quizá sea una trampa —dice Teriq, negando con la cabeza.

Declan pasea los ojos hasta Adrienne.

—¿Deberíamos abortar misión?

—No, sigamos preparados por el momento. —Hace una pausa—. Pero, si no sabemos nada de ellos durante los próximos treinta minutos, cancel…

Apenas ha terminado la frase cuando una explosión sacude el búnker.

CAPÍTULO 54



Un ruido ensordecedor retumba por el búnker. Las luces sobre nuestras cabezas titilan, sumiendo la sala en la oscuridad durante unos segundos antes de volver a encenderse.

—¿Qué coño ha sido eso? —pregunta Mako, y todos se ponen en acción, cogiendo las armas.

Las paredes crujen y el polvo flota desde el techo como si fuera a colapsar en cualquier momento.

—No ha sido desde el interior —anuncia Declan con aspereza.

—Voy a comprobar el sistema de vigilancia.

Teriq y Adrienne salen a toda prisa de la habitación. Me apresuro tras ellos hasta la estación principal de control donde está ubicada la sala de vigilancia. Los demás ya están ahí, estudiando las pantallas parpadeantes que monitorizan todo lo que ocurre en la superficie.

—Hay demasiado humo —dice el hombre en la mesa de trabajo.

Examino las pantallas. Tiene razón. La imagen es demasiado borrosa. Pero se intuye movimiento. Unas figuras oscuras deambulan por el terreno. No se ve una mierda.

—Tenemos compañía —comenta Declan, sombrío.

Teriq comprueba las cámaras. Presiona varios botones y un mapa cobra vida en la pantalla holográfica.

—Esta es la zona civil —dice el líder de misión—. No podemos salir por donde hemos entrado, pero sí por aquí, por la otra trampilla que hay tras el ala clínica.

El estómago me da un vuelco al recordar que Poppy está aquí.

Mierda.

—Yo iré a la enfermería —propongo—. Ayudaré a Fiona con los civiles.

Teriq asiente y empieza a ladrar órdenes.

—Mako, acompaña a Darlington. Declan, Orin y Karra, quedaos con Ade y conmigo.

Oímos otra explosión y siento que la onda expansiva se extiende por debajo de nuestros pies.

—Han volado la trampilla principal —dice alguien.

—¡Joder! —ruge Adrienne.

—Vamos —ordena Teriq, y todos se ponen en marcha.

Mako y yo avanzamos por los pasillos del búnker mientras el sonido distante de las explosiones retumba a nuestras espaldas.

—¿Por qué van solo a por la trampilla principal? —pregunta.

—Quizá no sepan dónde está la ubicación de las demás —respondo, aunque yo también estoy confundida.

Si es la sección Plata, suelen tener todos los datos. Nunca empezarían una misión sin haberla meditado bien y jamás cubrirían una única entrada. Pero da igual si es un error o es intencionado, voy a fingir que es lo primero y voy a intentar aprovecharlo.

Las sirenas de emergencia cobran vida de repente. No sé si alguien las ha encendido o si se activan de manera automática, pero ese sonido ensordecedor es suficiente para disparar la ansiedad de todos. El agudo quejido me empuja a apretar los dientes y me pone de punta cada terminación nerviosa. Joder, ¡qué molesto!

Las luces titilan sobre nuestras cabezas mientras corremos. Avanzo con el fusil en la mano. Mako se adapta a mi ritmo. Estoy en bastante buena forma, pero el humo comienza a envolvernos y se me cuela en los pulmones al esprintar hasta el otro extremo del búnker. Estamos a punto de llegar cuando las luces se apagan de nuevo, sumiendo el pasillo en la oscuridad. Vuelven a activarse, pero los fluorescentes emiten tal zumbido y silbido que parece que van a explotar en cualquier momento.

Oigo gritos que se filtran a través de las paredes. Chillidos. Espero que estén evacuando los barracones y que todos vayan al área civil.

Inhalo humo y polvo, y me sobresalto al oír otra explosión, que me inquieta por su cercanía. Cuando llegamos a la enfermería, las

sirenas se funden con las voces de los civiles y el ruido seco de las pisadas de los que corren de aquí para allá. Nos topamos con otro agente de campo, que levanta el fusil cuando nos acercamos corriendo hacia él.

—Estamos aquí para ayudar con los civiles —le digo al hombre.

El alivio le inunda la expresión.

—La trampilla de emergencia está por ahí —dice antes de gritarle a un grupo de jóvenes—. Vamos, moveos —ordena antes de centrar los ojos en mí—. Hay un garaje en la periferia del bosque. Con al menos tres furgonetas.

Asiento.

—Ayudaré a Fiona con la evacuación.

En la sala no hay electricidad, excepto por las luces de emergencia, por lo que lo único que veo es un brillo verdoso que le cruza la cara a la sanadora en medio de la oscuridad. Mantiene a todos tranquilos, a pesar del caos, dirigiendo con firmeza a los civiles para que salgan de la enfermería. Está intentando ayudar al anciano a levantarse de la cama, ordenándole entre gritos a Poppy que traiga una silla de ruedas.

—¡¡¡Wren!!! —grita Fiona y, por una vez, parece alegrarse de verme.

El humo ha invadido la habitación. Deben de haber hecho estallar algo del interior del búnker. La neblina ahora se está filtrando por los pasillos, llevando consigo el hedor acre del fuego.

Oigo disparos. Están lejos de mí, pero son lo bastante preocupantes como para que contacte con Adrienne.

Adrienne, ¿os están atacando?

No contesta y temo que esa pueda ser la respuesta a la pregunta.

—Tienes que sacar a Poppy de aquí —dice Fiona, apremiante.

Capto un retazo de su hija entre el humo que satura el aire.

—Declan dijo que había otra trampilla por ahí, ¿no?

Fiona asiente.

—Guía a todos hasta allí. Necesito ayudar a Noel.

—Mako y yo nos ocupamos —le aseguro, haciendo un gesto con la cabeza hacia el gigante que está guiando a los civiles fuera de la sala.

—Poppy no puede seguir aquí. Llévatela antes de que sea demasiado tarde.

—No voy a dejarte sola —protesta su hija, que llega a tiempo para oír esas palabras, empujando la silla de ruedas.

—Yo me encargo de él —dice Fiona, rodeando a Noel con los brazos—. Id hacia la trampilla. ¡Ya! Si han entrado en el búnker, no queda mucho tiempo.

—Mamá —le suplica Poppy con los ojos muy abiertos por el terror.

—Darlington. —Una voz crepitante surge de mi intercomunicador—. El Comando ha venido con toda la artillería pesada. Hay una unidad de la sección Plata bajando por la trampilla principal.

Los disparos me estallan en los oídos y, durante un segundo, creo que nos están atacando hasta que entiendo que procede del intercomunicador de Teriq.

—¡Abajo! —le oigo gritar mientras trato de recuperar la lógica entre tanto caos. Por fin, vuelve a dedicarme su atención con brusquedad—. Mako, Darlington, sacad de aquí a los civiles y llevadlos a las furgonetas. Esperamos un tiroteo intenso.

—¿Cómo nos han encontrado? —pregunta Fiona mientras ayuda al anciano a sentarse en la silla de ruedas.

—No tengo ni idea —contesto—, pero ya están aquí y necesitamos ponernos en marcha.

—Mamá… —empieza a decir Poppy, pero Fiona la interrumpe.

—Wren —interviene la sanadora—. Por favor. Llévatela. Os seguiré.

Dudo. Luego, niego con la cabeza.

—No, ven con nosotras. No voy a dejar a nadie atrás.

Fiona pasea la mirada entre el humo.

—Quizá haya más personas que necesiten ayuda.

—Poppy te necesita.

Ahora le toca a ella titubear. Mira a su hija y la frustración se convierte en resignación.

—Muy bien, adelante.

El alivio me inunda el cuerpo cuando salimos juntas de la enfermería, con Fiona empujando la silla de ruedas. Al final del

pasillo encuentro a Mako, que está ayudando a varias personas a subir por la escalera de la trampilla. Espero que se abra directamente a ese garaje con los vehículos de emergencia. Si no, tendremos problemas.

—Vamos —le grita Mako a la siguiente persona. Le alivia verme—. No parece que conozcan esta salida —me informa—. Teriq está controlando las cámaras y toda la sección oeste, que está sobre nosotros, permanece despejada. Intentarán disparar cuando la gente empiece a salir, pero aún tenemos tiempo. Teriq dice que saquemos a todos los que podamos.

—¿Y qué pasa con los que están en la trampilla principal?

Mako me dedica una mirada lúgubre.

—Están sufriendo un ataque a gran escala. No podemos ayudarlos.

Uno a uno, animamos a los civiles a subir por la trampilla. Fiona ayuda a Noel a levantarse de la silla de ruedas y el anciano se tambalea sobre los pies. Está muy débil. No sé por qué estaba en el ala clínica, pero sea cual sea la enfermedad lo hace resollar en busca de aliento.

El hombre estudia la escalera.

—No puedo subir hasta ahí arriba.

—Yo me encargo, hermano —dice Mako, estirando los brazos hacia el anciano—. Súbase a mi espalda.

—No quiero que me lleves —protesta Noel.

Mako no admite discusión. Se apresura escalera arriba con el hombre aferrado a sus anchos hombros. Debe de haberle pedido a alguien que se ocupe de Noel porque, un momento después, baja por los escalones antes de que sus botas aterricen con pesadez en el suelo.

Todo el búnker parece temblar. Casi veo cómo vibran las paredes. El polvo inunda el aire y el sonido de los disparos se vuelve más estrepitoso, reverberando entre los muros. Hemos ayudado a los últimos civiles a ascender por la escalera cuando Teriq vuelve a contactar con nosotros.

—El enemigo se está acercando a vosotros. Salid de ahí ¡ya!

Las pisadas retumban en la distancia, provocándome una descarga de miedo. Mientras el denso humo me empaña la visión, tenso los dedos en torno a la pistola.

—Vamos, Poppy —le ordeno.

La adolescente apenas ha puesto un pie en el primer peldaño cuando las balas nos llueven desde el extremo del pasillo. Por puro instinto, me inclino hacia un lado, cojo a Poppy del brazo y tiro de ella para colocarme de escudo. Fiona se desvía hacia el lado contrario del pasillo y desaparece de nuestra vista.

Ha llegado el Comando. Mierda.

—¡¡¡Agáchate!!! —le grito a Poppy cuando las balas silban sobre nuestras cabezas.

Levanto el fusil y empiezo a disparar tan cerca que me pitan los oídos. Cuando una sombra se abalanza sobre nosotros, la adrenalina me zumba en las venas y estoy a punto de reventarle la cabeza, pero por suerte reconozco los hombros enormes de Mako en el último momento.

—Cúbreme —le pido—. Necesito sacar a Poppy de aquí.

—Yo me encargo —responde.

Entonces, dispara un cartucho entero de balas contra los soldados que intentan avanzar por el extremo alejado del pasillo. Empiezo a verlos con mayor claridad. Uniformes de color azul medianoche. Y el acero negro brillante de sus armas.

Mientras Mako nos cubre, tiro de Poppy para ponerla en pie y la lanzo hacia las escaleras.

—Vete.

—No voy a abandonar a mi madre —dice, cabezota.

—Me ocuparé de ella. Tú vete, Poppy.

Cuando está a medio camino, me apresuro a ayudar a Mako, quien sigue disparando a las figuras del final del pasillo. Ha logrado contenerlos, pero se han puesto de nuevo en marcha, moviéndose en formación. Disparo y uno de los soldados de la sección Plata colapsa. Igual que mi corazón durante un segundo en el que se me ocurre una idea.

«¿Y si Cross está aquí?».

No, no puede ser. Cross es el capitán de la sección Plata. Nunca estaría en este pasillo ni pondría una bota en el terreno. Como mucho, estará moviendo los hilos desde algún lugar de la superficie.

Los demás soldados siguen adelante y Mako derriba a uno, luego a otro.

—¡¡¡Fiona!!! —grito hacia el pasillo en el que la he visto esconderse, pero, si contesta, no la oigo a causa de las balas.

Se están acercando, pero nuestra precisión es perfecta. Mako y yo nos cubrimos el uno al otro y los soldados caen como moscas. La determinación me inunda el cuerpo mientras disparo al enemigo. Necesito llegar hasta Fiona, maldita sea. Parece que pasa una eternidad antes de que Mako se deshaga del último hombre y el pasillo se quede en silencio. Un silencio mortal, inquietante.

El humo y la pólvora me inundan las fosas nasales. Respiro con dificultad. Mantengo el fusil en alto mientras me dirijo hacia el lugar por el que he visto desaparecer a Fiona. Al girar la esquina, el corazón se me sube a la garganta. Está medio sentada, medio tumbada contra la pared, aovillada sobre el costado. Es difícil saberlo entre el humo del pasillo, pero me parece que ha perdido el color de la cara. Veo la mancha roja que se le extiende por la parte izquierda del cuerpo y me lanzo hacia ella.

—Fiona —digo, nerviosa—. ¿Dónde te han alcanzado?

Le presiono el costado, tratando de frenar la hemorragia, pero no tengo ni idea de dónde procede y pronto tengo los dedos resbaladizos por la sangre. Apenas respira cuando dice con un hilo de voz:

—Demasiado… tarde…

—Para. Nunca es demasiado tarde. Vamos a salir de aquí.

Mientras la sangre se me filtra entre los dedos, comienzan a volvérsele vidriosos los ojos.

—Un disparo… en el estómago —resopla—. Y… en el pulmón…

El pánico me bloquea la garganta. Mierda.

—El pulmón… lleno de sangre.

Me trago el miedo.

—¿Puedes intentar sanarte?

Niega con la cabeza, pero está tan débil que es casi imperceptible.

—No funciona así.

Mako gira la esquina a trompicones y se detiene cuando ve a Fiona.

—Ay, mierda.

Lo miro.

—Tienes que irte. Lleva a todos al aeródromo.

—Pero…

—Por favor, Mako, hay personas asustadas ahí arriba. Llévatelas y pon a Poppy a salvo. Yo me ocuparé de Fiona.

Un segundo después, asiente y se apresura a salir. Me giro hacia la sanadora, intentando contener la sangre que se le filtra por el abdomen. Pero, aunque pudiera controlar la hemorragia del estómago, no puedo hacer nada con el pulmón.

Se está ahogando con su propia sangre.

—Wren —grazna. Débil, irregular—. Necesito decirlo…

—Para de hablar. Solo aguanta. Deja que frene la hemorragia.

—… decir lo… siento.

—No tienes nada sobre lo que disculparte —le digo—. Por favor, deja de hablar. Lo estás empeorando.

Fiona abre los labios y levanta la mano, que se le convulsiona con violencia, mientras trata de cogerme de los dedos cubiertos de sangre.

—No quería… que te juntaras con Poppy… —Se le debilita la respiración cada vez más—. Que te hicieras amiga de ella.

Aplico presión sobre el costado, pero la sangre sigue brotando como el agua de un grifo.

—Necesito que dejes de hablar —suelto, incapaz de procesar lo que me está diciendo—. Por favor.

—Intentaba protegerla —gruñe Fiona.

Una nueva oleada de disparos se produce a lo lejos. Parecen estar a cierta distancia, como si procedieran de la trampilla principal, pero eso no significa que tengamos todo el tiempo del mundo.

Como era de esperar, la voz de Mako surge de mi auricular un segundo después.

—Darlington, tienes que salir de ahí.

Lo ignoro y me centro en Fiona, que sigue esforzándose por hablar.

—Haría… lo que fuera… para protegerla. —Ahora tiene la mirada totalmente vidriosa y, aunque intenta centrarla en mí, sé que está perdiendo la batalla—. ¿La protegerás… por mí?

Un nudo se me forma en la garganta.

—Darlington —dice Mako de nuevo—. Tengo toda una furgoneta llena de civiles que necesito poner a salvo.

Me toco el auricular.

—Id sin mí.

—Wrenny…

—Vete. Encontraré la manera de llegar hasta vosotros.

—Hay dos motos en el garaje —me informa—. Te veo en la base.

—Ten cuidado —le pido.

Interrumpo la señal y advierto que Fiona sigue esforzándose por hablar.

—Prométemelo —me suplica—. Prométeme que… protegerás a Poppy. No… dejes… que se la lleven.

—No lo haré —le aseguro—. Te prometo que cuidaré de Poppy.

Oigo disparos en la distancia y estudio el pasillo en busca de movimiento.

—Tienes que… irte —me dice Fiona. Parpadea como si tratara con desesperación de mantener los ojos abiertos.

Cuando por fin los cierra, sé que ha muerto. Durante un segundo, me quedo ahí, aún aferrada a su abdomen sanguinolento. Luego, con lentitud, reduzco la presión y dejo caer las manos. Me levanto sobre las piernas temblorosas.

Subo a toda prisa por la escalera y emerjo a través de la trampilla un segundo después, tomando grandes bocanadas de aire fresco. Es agradable no respirar el humo, pero aún sigo en peligro. Advierto los vehículos del Comando en la distancia. Cuando contacto con Mako, me dice que aún no los sigue nadie. Teriq había ordenado que las furgonetas se dirigieran al aeródromo del distrito E, pero no tengo ni idea de cuál es el plan más allá de eso. Solo rezo para que puedan salir de este distrito antes de que alguien los vea en la carretera.

Corro hacia el pequeño garaje que está escondido en las sombras. Parece un cobertizo abandonado, no hay nada excepto madera podrida y basura, pero Mako ha dicho que ahí encontraría dos motos. Estoy casi encima de una de ellas cuando una figura emerge desde detrás de un conjunto abandonado de cajas de suministros.

Pongo el fusil en alto.

—Soy yo —anuncia Poppy.

Bajo el arma.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, incapaz de contener la ira. Se suponía que debía subirse a la furgoneta con Mako, maldita sea.

—Te dije que no me iría sin mi madre. —Centra los ojos en algún punto sobre mi hombro—. ¿Dónde está?

—Poppy —digo mientras el arrepentimiento me inunda el pecho.

—¿Dónde está?

—Ha recibido un disparo mortal en el tiroteo. No ha sobrevivido.

Se le desmorona la expresión.

—¿La has dejado ahí?

—Ha muerto antes de que saliera.

—Necesito llegar hasta ella.

Poppy trata de pasar a mi lado, pero la intercepto, cogiéndola del brazo.

—Tenemos que irnos. Ya.

—No, debo llegar hasta ella.

—Si vuelves, morirás. ¿Es lo que quieres? Porque tengo claro que no es lo que desearía tu madre. Me ha pedido que te saque de aquí y es lo que pretendo hacer. Por favor, no me obligues a dejarte inconsciente y lanzarte a la parte trasera de la moto.

Le tiembla el cuerpo con fuerza y las lágrimas le caen por las mejillas, pero después respira hondo y me sigue. Estoy levantando una de las motos cuando los oigo. Varios motores.

—Viene alguien —dice, nerviosa.

—Lo sé, tenemos que ponernos en marcha.

Pero los vehículos que se acercan son motos bala. Apenas he arrancado la mía cuando el Comando nos alcanza. Al instante, empujo a Poppy tras las cajas de suministro y disparo a los soldados. Una de las figuras cae de la moto, que derrapa sobre el

suelo y se desploma de lado. El otro soldado salta de la segunda moto antes de que la bala le alcance en el pecho y esta golpea en el manillar.

Otra silba cerca de mi oído cuando el soldado dispara mientras rueda por el suelo. Este tipo no tiene miedo y el estómago se me constriñe de repente, porque ese movimiento era muy típico de Cross. ¿Y si…? No, este hombre es más bajo que Cross, advierto aliviada. Se pone en pie, apuntándome con el arma.

Yo también dirijo la mía hacia él mientras calculo qué posibilidades tengo de disparar varias veces.

—No te muevas.

Identifico la voz. No es Cross, pero sé de quién se trata.

Cuando se quita el casco, de inmediato lo reconozco. Un soldado de la Élite Plateada. Theo. Estaba ahí durante el programa, actuando como uno de los falsos captores durante el ejercicio llamado «Resistencia a un interrogatorio».

Y ahora estamos aquí, dando vueltas el uno en torno al otro en la oscuridad, apuntándonos con el arma.

—¿Darlington?

—Hola, Theo.

No trabajamos juntos en ninguna operación, pero me caía bien. Cross dijo que era un buen tipo. No quiero matarlo. Pero en el Comando no hay buenos tipos. ¿No he aprendido ya la lección? Roe y Travis están asesinando a civiles y quién sabe cuántos Modos habrán muerto en la emboscada de esta noche.

Tenso el dedo sobre el gatillo.

—Voy a matarte, Theo, así que, por favor, súbete a la moto y lárgate.

Da un pequeño paso.

—Lo digo en serio. Muévete y te disparo.

Desvío la mirada hacia donde Poppy está escondida tras las cajas de suministros. Ella me la devuelve, con los ojos como platos.

—Hay una alerta roja con tu nombre —dice—. La orden es que te dispare en el acto.

—Ambos sabemos que tengo mejor puntería que tú.

Los segundos avanzan. Uno. Dos. Tres.

Justo cuando me he resignado ante el hecho de que estoy a punto de matar a un hombre a sangre fría, Theo se abalanza contra mí. Disparo sin mirar y la bala aterriza en la gravilla, haciendo volar guijarros por todas partes. Él también dispara, pero falla y suelta un gruñido de frustración cuando logro quitarle de la mano la pistola de una patada antes de que pueda volver a usarla. Derrapa por el suelo, pero, en lugar de lanzarse a por ella, Theo carga contra mí.

Es más grande que yo y mucho más musculoso, por lo que me roba el aire de los pulmones al arrastrarme al suelo. Forcejeamos sobre el polvo, pero no soy rival para él. Está sobre mí, presionándome el pecho con el peso de su cuerpo. Me cuesta respirar.

Theo me rodea la garganta con las manos.

—No me jodas, Darlington —musita como si no quisiera hacerlo, pero no tuviera otra opción.

Siento que me está aplastando la tráquea. Jadeo, desesperada por recuperar el aliento. Se me nubla la visión y noto que estoy perdiendo la fuerza cuando una nueva sensación me traspasa. Dolor.

Una sensación penetrante. Como si alguien me clavara agujas bajo la piel.

Theo destensa un poco los dedos y toso. El dolor se me extiende desde el cuello al pecho y los brazos. De repente, me suelta por completo. Se incorpora con los ojos llenos de terror. Un segundo después, todo el cuerpo se le convulsiona. Observo, incrédula, cómo se le contorsiona la cara por la agonía. Le tiemblan los brazos. Se le contrae el pecho, cada vez con mayor violencia, como si una corriente eléctrica le cruzara el cuerpo.

¿Qué diablos está pasando?

Permanezco ahí tumbada, jadeando y tosiendo. Ahora es Theo el que gruñe. Un sonido gutural de dolor.

Entonces, la veo. Poppy está de pie a un lado. No tiene los brazos al descubierto, pero sí las muñecas, que le brillan debido a la plata que le fluye por las venas. Tiene los ojos fijos en Theo y el ceño fruncido por la concentración.

—¿Qué…? —pregunta Theo con voz ahogada mientras se lleva una mano al pecho y deja escapar un grito áspero.

—Poppy —digo con un hilo de voz—, ¿qué estás haciendo?

Pero no responde. Sigue con los ojos fijos en él. Tiene una mano extendida y Theo comienza a contorsionarse sobre el suelo tras caer de espaldas.

La chica da un paso más y me tenso. Le ha desaparecido el brillo de los ojos. Crispa un poco los dedos, como si estuviera sosteniendo una roca invisible, y entonces a Theo se le convulsiona el pecho, igual que si estuviera sufriendo las descargas de un desfibrilador. Poppy aprieta aún más la roca invisible con los dedos y Theo se convulsiona una última vez antes de quedarse inmóvil. Muerto.

La adolescente baja la mano. Respira con dificultad, igual que yo. Parece que se me va a escapar el corazón del pecho. No logro ordenar ni las palabras ni los pensamientos. Solo puedo estudiarla. Nunca había visto nada igual.

—¿Qué has hecho? —susurro.

Tiene el rostro desprovisto de color y unas perlas de sudor le inundan la frente.

—Te iba a matar.

Sigo contemplándola. No logro encajar a la adolescente que está temblando ante mí con la persona que alberga todo ese poder. Ha matado a Theo sin siquiera tocarlo.

—Tenemos… que irnos —digo al final. Noto las rodillas débiles cuando me pongo en pie—. Súbete a la moto, Poppy.

Centra los ojos en el cuerpo sin vida de Theo antes de fijarlos en mí. No dice nada. No necesita hacerlo. Ambas somos conscientes de la gravedad de lo que ha ocurrido.

Paso una pierna sobre el sillín y Poppy se sienta detrás de mí. Me coge de la cintura y esconde el rostro entre mis omóplatos. El viento nos golpea en la cara cuando acelero, aumentando la velocidad todo lo posible.

Intento hablar con Teriq a través del intercomunicador. No responde. Pruebo a contactar con Adrienne por telepatía y esta vez sí hay contestación.

Todos los intercomunicadores están muertos, me informa. *Han activado un inhibidor de señal en algún sitio. ¿Dónde os encontráis?*

Estoy sola con Poppy. No tengo ni idea de hacia dónde ir.

Al aeródromo. Ev debería estar cerca.

¿Dónde estás?

Hemos conseguido salir. Salvar a los que hemos podido. Parece cansada. *También vamos de camino al aeródromo. Deberíamos encontrarnos en breve.*

¿Con quién estás?

Con Karra.

¿Ya está? ¿Y los demás?

Han cogido a Teriq. Declan ha muerto.

Joder. *¿Cuántas víctimas?*

No lo sé. Muchas. Han acabado con la sección oriental del búnker. Hemos salido de milagro. Y Evlynne no responde. Intentaré contactar con ella de nuevo.

Interrumpe la conexión. Inspiro hondo y trato de vincularme con Evlynne también, pero tampoco da resultado. Su silencio me inquieta, pero no tanto como el que nos recibe cuando llegamos al aeródromo diez minutos después.

Estudio el asfalto vacío y el estómago se me convierte en un nudo al intentar entender lo que estoy viendo. O, mejor dicho, lo que no estoy viendo. La nave no está por ninguna parte. Ni Evlynne. Solo hay oscuridad.

Poppy sigue mi mirada y el pánico le ilumina los ojos.

—¿Dónde está el avión?

—Quédate en la moto —digo, tensa.

Me bajo y camino por el asfalto. No espero que una aeronave se materialice de forma milagrosa de la nada, pero me gustaría estudiar la zona para asegurarme de que estamos solas. Si es una trampa, ¿dónde está el Comando?

¿Y dónde cojones está Evlynne?

Ejerzo presión en su mente de nuevo. Una y otra vez. Justo cuando creo que va a seguir ignorándome, permite que nos vinculemos.

Lo siento.

El arrepentimiento pesa sobre esas dos sencillas palabras.

¿Qué quieres decir con «lo siento»? ¿Dónde coño estás?

No tenía otra opción.

Le tiembla la voz y, en ese momento, entiendo lo que ha hecho. El horror me traspasa.

Has sido tú. Has revelado la ubicación de la Zarzamora, ¿no?

Debía hacerlo.

No debías hacer una mierda, Evlynne. Le doy la espalda a la moto para que Poppy no pueda ver cómo la rabia me contorsiona la expresión. *Nos has vendido.*

Hice todo lo posible para ayudaros, dice con un hilo de voz. *No le conté que había una trampilla secundaria.*

¿A quién? Un escalofrío me recorre la columna vertebral. *¿Te refieres a Travis Redden?*

Hace una pausa.

Sí.

¿Trabajas para Travis? ¿Por qué cojones has hecho algo así?

Fue idea tuya.

Me quedo boquiabierta. De entre todas las personas posibles, nunca esperaba que fuera Evlynne quien nos traicionara. La Modo más leal a la Revolución que he conocido. Una severenista. ¿Y ahora dice que fui yo quien la empujó a hacerlo?

Que la follen. Me niego a sentirme culpable por esto.

No fue idea mía que traicionaras a tu propio pueblo. Fiona ha muerto…

Joder.

Dime, ¿cómo es posible que haya inspirado esta puta traición, Evlynne?

Me recomendaste que contactara con el padre de Fisher.

CAPÍTULO 55



Yo que pensaba que ya había sufrido bastantes sorpresas por esta noche.

¿Q…? ¿Qué?, tartamudeo. Durante un momento, todo mi mundo parece deshilacharse. Nada tiene sentido en mi propia mente. *¿Travis Redden es el padre de tu hijo?*

Sí.

—¿Wren? —pregunta Poppy, insegura.

—Dame un segundo —contesto con más brusquedad de la que pretendía.

Me sigue dando vueltas la cabeza. ¿Travis era el «venas de pis» del que me habló Evlynne en la cornisa aquel día?

¿Cómo pudo pasar algo así?, pregunto.

Después de que la red me reclutara en la escuela secundaria, dice con un tono apagado, *se suponía que debía infiltrarme en el Comando y formarme como piloto. Travis era uno de mis instructores. Ya te dije lo que ocurrió: me emborraché una noche y nos acostamos. Cuando descubrí que estaba embarazada, la Revolución me sacó de la ciudad y me reubicó en la Daga*.

¿Estás loca? ¿Mantuviste a Fisher en secreto por una razón lógica y ahora vas corriendo a contárselo a Travis? ¿Confías en él?

Sé que no lo entenderás, dice Evlynne con calma. *No puedes hacerlo, no hasta que tengas un hijo por el que harías todo lo que esté en tu poder para protegerlo. La Autoridad lo matará si descubre lo que puede hacer.*

¿Qué puede hacer? Noto una punzada de pavor al darme cuenta de que me ha ocultado más de lo que pensaba.

No responde.

¿Qué puede hacer Fisher, Evlynne?, insisto. Ante su silencio prolongado, me trago la frustración. *Sea lo que sea, nadie en la Autoridad votaría para matar a un niño. Gray nunca lo permitiría. Pero ¿Travis? Ya sabemos de lo que es capaz.*

Me prometió que lo protegería.

¿De verdad crees que Travis Redden, el general, no va a utilizar a Fisher, quizá incluso matarlo, igual que haría la Autoridad? Porque se te va la cabeza si piensas algo así.

No estuviste ahí, Wren. Vi su cara cuando le enseñé un holograma digital de su hijo. Debo confiar en que cumplirá su palabra.

Inspiro hondo, sorprendida porque alguien tan sensato y capaz como Evlynne pueda ser tan ingenuo.

¿Qué pasa con la causa?, digo en un último esfuerzo desesperado por hacerle entrar en razón. *Lo único que has hecho desde que te he conocido ha sido hablar de que los Modos debemos recuperar el lugar que nos corresponde en la sociedad. Llamas a los Primarios «venas de pis». ¿Y ahora vas a trabajar con ellos? Nada es más importante, ¿no es lo que decías siempre?*

Me equivoqué, replica. *Hay algo más importante: mi hijo.*

¿Dónde está Fisher ahora? Por favor, no me digas que vas a volver a la Daga a por él. El miedo me constriñe la garganta. *¿Vas a guiar al Comando hasta la montaña?*

No, ya lo tengo conmigo. Lo subí al avión con nosotros cuando nos marchamos de la Daga.

El petate negro. Por eso lo trataba con tanto cuidado. Fisher debía estar ahí dentro en todo momento.

Nunca pondría en peligro la Daga, insiste Evlynne. *Eso se lo he dejado claro. Le dije que este era el único trato en el que estaba dispuesta a participar.*

¿Y debo creerte después de lo que les has hecho a los civiles de la Zarzamora?

Lo hice por mi hijo y lo volvería a hacer. Pero nunca destruiría todo aquello por lo que hemos trabajado con tanto ahínco. La Daga estará a salvo, lo prometo.

Suelto el aire con un jadeo. No logro asimilar lo que estoy escuchando.

Por favor, no sigas por ese camino, le suplico. *Aún estás a tiempo de hacer lo correcto.*

Demasiado tarde, Darlington. Mi hijo es lo primero. Cuídate. Y cuida a Gray.

Después desaparece. Me siento… atónita. Miro a mi alrededor, a la pasarela vacía, mientras la promesa de una vía de escape se me cuela entre los dedos, igual que ha ocurrido con todo lo demás esta noche.

Fiona. Declan. Evlynne.

Es un desastre total.

Me froto las sienes antes de ponerme en contacto con Adrienne.

Evlynne se ha ido, le informo. *Necesitamos pedir otro transporte.*

Empieza a hacer preguntas, pero corto el vínculo porque mi cerebro ahora mismo no soporta más actividad. Inspiro hondo y vuelvo junto a Poppy, la chica que acaba de matar a un hombre sin ni siquiera tocarle.

Es demasiado. Una puta locura.

Necesito que salgamos de aquí.

Lo demás puede esperar.

Un ambiente lúgubre reina en el viaje de vuelta a la Daga. Gray nos recibe en el hangar e informa a Adrienne de que Kallister la espera en la sala de guerra. Asiente, resignada, y se dirige a la cámara de descompresión.

Gray me estrecha entre sus brazos con fuerza, apremiante. Luego, me suelta para abrazar también a Karra.

—¿Estás bien, KC?

—Sí, gracias. —Sin mediar palabra, Karra sale del hangar. Creo que está en *shock*. No ha pronunciado ni una sola palabra desde que Henley ha venido a buscarnos al aeródromo.

—¿Tú estás bien? —pregunta Gray, acariciándome el pelo antes de colocármelo detrás de las orejas.

—Todo lo posible, teniendo en cuenta lo ocurrido. —Le rozo la mejilla y le doy un rápido beso en los labios antes de hacerle un gesto a una conmocionada Poppy—. Esta noche dormiré en mi apartamento. Se quedará conmigo.

Asiente, desviando los ojos hacia la adolescente.

—Mi madre ha muerto —dice con voz monótona.

A Gray se le suaviza la expresión.

—Lo sé. Echaremos de menos a Fiona.

Cuando a la joven empieza a temblarle el labio inferior, Gray la estrecha entre sus brazos. Le acaricia la espalda y advierto que Poppy se relaja ligeramente. Como el chico lleva manga corta, veo que la plata le recorre las venas, lo que me informa de que la está calmando. Me alegro. Necesitará sentirse entumecida durante un tiempo. Si no, el dolor y la pena la consumirán.

Gray me dedica una mirada lúgubre.

—Lo más probable es que me pase toda la noche en la sala de guerra, gestionando la contienda.

—¿Kallister está enfadado?

—Más que eso. No va a dejar que Ade salga impune.

Quiero defender a Adrienne. No tenía ni idea de que Evlynne decidiría traicionarnos, pero, si no hubiera insistido en empezar las negociaciones de paz con la Compañía, ni siquiera habríamos ido a la base de la Zarzamora.

Me llevo a Poppy a mi apartamento. Ambas apestamos a humo, pero dice que no quiere darse una ducha. Se deja caer en el pequeño sofá que traje de vuelta cuando Xavier se marchó.

—Puedes hacer las preguntas que quieras —comenta sin mirarme. Tiene los ojos apagados fijos en la pared.

Me dejo caer a su lado.

—¿Qué has hecho esta noche? —digo con dulzura—. No lo estabas corrompiendo, sino…

—Provocándolo —susurra.

Ya ni siquiera me sorprende. Cada vez que creo que conozco todas las habilidades, me topo con una nueva.

—¿Qué es eso?

—La provocación es… —Deja escapar un gruñido de amargura entre dientes—. Es lo que parece: provocar dolor y a veces la muerte. —Suelta una carcajada sin rastro de humor.

—¿Alguien más sabe que cuentas con esa habilidad? —le pregunto con cautela.

—No, solo lo sabía mi madre.

Estoy molesta, pero espero que Poppy no se dé cuenta. Fiona sabía que su hija poseía un poder peligroso y no se lo contó a su propio consejo, ¿pero le pareció adecuado informar a toda la base de que yo podía incitar?

—Y, antes de que me lo preguntes —dice Poppy, frenando mi indignación—, tengo la marca de sangre en el interior de la mejilla.

De nuevo, debo reconocer que es una suerte de la hostia. Como Valeria, Poppy no podría desear un lugar mejor para que le apareciera la marca de sangre.

Entonces, algo me pasa por la mente, las palabras de Fiona y la manera en la que me miraba cada vez que me atrevía a hablar con su hija. No estaba intentando alejar a Poppy de mí porque fuese una incitadora, sino que trataba de alejarme a mí de Poppy porque es una provocadora.

—¿Por eso tu madre te mandaba siempre a practicar en el Templo? Decía que quería que fortalecieras tu escudo, pero era para controlar la provocación, ¿no?

—No, quería que la suprimiera.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Ya puedo controlarla. Al menos, la mayor parte del tiempo. Si las emociones se vuelven demasiado intensas, a veces ocurre de manera espontánea.

—No sé nada sobre la provocación —admito—. A Theo el cuerpo se le… Parecía que le dolía.

—Puedo manipular las terminaciones nerviosas —dice Poppy—. Y, cuando empieza a sufrir convulsiones, paso al corazón. Lo… detengo. No sé cómo lo hago en realidad. ¿Cómo incitas? ¿Cómo nos anestesia Grayson las emociones? No puedo explicarlo.

Tiene razón. No siempre sabemos cómo funcionan nuestras habilidades.

—¿Alguna vez tu madre te dejó practicar con ella? —No me imagino a Fiona permitiendo que Poppy provocara a cualquier incauto.

—Sí, pero no necesité demasiada práctica. Si estoy tranquila, puedo activarlo y desactivarlo con facilidad.

—¿Cuánto tardas en aprovechar el oro?

Con una ceja arqueada, me mira. Un segundo después, noto dolor en el pecho. Me llevo una mano a la clavícula, frotándome ahí donde me escuece.

—¿Has sido tú?

Asiente.

Hostia puta. Ahora sé por qué Fiona se esforzaba tanto en alejar a Poppy de la gente.

—No te preocupes. No te voy a parar el corazón por accidente —dice la chica—. No suele ocurrir con humanos. Tenemos el corazón demasiado grande.

«Con humanos».

Las implicaciones flotan por el aire.

—¿Y con animales? —susurro.

Ante esto, Poppy se muestra alicaída.

—La mínima descarga puede matarlos. Cuando te dije que Scarlett no me dejaba tocar los pájaros, mentí; nunca ha puesto una regla así. No los toco porque no quiero hacerles daño, como me pasó con Didi.

La tristeza me oprime el corazón. Por eso ya no va al aviario. Debió de matar por accidente a la urraca. Joder. Me froto la frente. Estoy muy cansada, pero sé que no pegaré ojo en toda la noche.

—¿Ha ocurrido con algún otro animal? —pregunto.

Asiente.

—Teníamos un perro… —se interrumpe.

Es lo único que necesita decir y la lástima que me inspira es aún mayor. Sé lo que se siente al tener habilidades que se activan de forma espontánea, pero no puedo ni imaginarme lo que es matar a alguien con un roce.

Se le inundan los ojos de lágrimas.

—Pero esta noche lo he hecho con una persona. Le he parado el corazón.

—Me has salvado la vida —le recuerdo—. Si te sientes culpable por haber matado a ese hombre…

—No te he salvado la vida —me interrumpe Poppy—, estuve a punto de matarte.

—¿De qué estás hablando? ¿Esta noche?

—No, eh… —Se le desmorona la expresión—. La noche de la luna roja, fui yo quien te envenenó la bebida.

Me sobreviene una oleada de conmoción.

—¿Qué?

—Fue un accidente —gime—. Usé la planta de la que me hablaste. Cazuta. Molí la raíz, la herví y se la eché a mi madre en la bebida. —Ladea la cabeza con una expresión de auténtica inquietud—. ¡Me dijiste que causaba dolor de estómago!

Se me corta la respiración.

—Ay, mierda. ¿Intentaste que se pusiera enferma?

Poppy palidece.

—Solo quería que se marchara pronto de la fiesta para poder pasarlo bien y respirar durante cinco malditos minutos.

—Poppy…

—Fingí que le rellenaba la botella y se la devolví, pero Teriq la llamó y la dejó en algún sitio. Traté de recuperarla. Sin embargo, Lu me la quitó de las manos. Dijo que era demasiado joven para tomar *grange*. —Poppy jadea con tanta fuerza que apenas puede hablar—. No sé cómo llegó hasta ti, pero, en cuanto te desmayaste, supe que había sido culpa mía.

Asiento, dejando escapar un gran suspiro. No consigo enfadarme ante su confesión. Fue un accidente y es evidente que ya se está torturando bastante por él.

—Dijiste que solo le dolería el estómago —repite Poppy con un velo de lágrimas reprimidas perlándole las pestañas.

—Así es —susurro—. La cazuta, sí. Pero utilizaste la planta equivocada, Poppy. Es un error normal. Ambas flores parecen casi

iguales, pero la raíz de corazón tiene una raíz roja mientras que la cazuta, marrón.

Pestañea rápido, intentando alejar las lágrimas.

—Me quedé ahí, viendo cómo mi madre trataba de sanarte. Pensé que ibas a morir y que era culpa mía. Perdóname. Me siento fatal.

—Poppy, no pasa nada.

—No es cierto. Estuve a punto de matarte.

—Pero no lo hiciste. Además, no actuaste con malicia. —Lo que, a decir verdad, me alivia. Ahora ya no necesito mostrarme recelosa cada vez que tomo un líquido.

—He querido decírtelo muchas veces, pero no dejaba de acobardarme porque sabía que me odiarías.

—No te odio —le prometo.

Deja escapar un suave gemido, una mezcla de sollozo y suspiro de alivio. La agarro de la mano de nuevo y se la sujeto con firmeza, pero solo me lo permite durante unos segundos antes de apartarla.

—¿Puedo darme una ducha? —musita. Parece agotada.

—Claro. Si no te importa, esta noche compartiremos la cama. El sofá no es muy cómodo.

Cuando la puerta del baño se cierra a sus espaldas, me quito la ropa sucia. Me he enfundado ropa interior limpia y una camiseta de manga larga cuando me aparece una notificación en el intercomunicador.

«PRESÉNTATE EN LA SALA DE GUERRA».

—Siéntate, Wren —dice Kallister.

Miro a mi alrededor, inquieta al ver a tan pocas personas sentadas a la mesa. Kallister ocupa su puesto en la cabecera, lo más lejos posible de Adrienne. Aparte de ellos dos, están presentes Karra y Gray.

Me siento al lado de este último, quien me coge de la mano bajo la mesa y me la aprieta. Ojalá tuviera telepatía para poder preguntarle a qué me voy a enfrentar.

—Háblanos sobre lo que ha ocurrido esta noche —continúa Kallister, pero no se dirige a mí, sino a Adrienne.

Con voz acartonada, relata todo lo que ha sucedido en la base de la Zarzamora, desde la explosión al ataque, pasando por la captura de Teriq y la traición de Evlynne.

Cuando me toca, me aclaro la garganta y explico que Teriq nos ordenó a Mako y a mí que ayudáramos a Fiona a despejar la enfermería y evacuáramos a los civiles por la trampilla de emergencia. Cuando describo el tiroteo en el que hirieron a Fiona, Kallister centra su mirada mordaz en Adrienne, quien se la devuelve, inexpresiva.

Me siento mal por ella. La ira de Kallister es palpable y dirige cada una de sus ondas hacia la mujer pelirroja al otro lado de la mesa.

—¿Y en la trampilla principal? —pregunta con voz tensa.

Adrienne empieza a hablar, pero levanta una mano para acallarla.

—Colfer —dice, dirigiéndose a Karra. Después de que describa cómo irrumpieron las tropas de la sección Plata en el búnker, pregunta—: ¿Estuvo allí la Élite?

Se me corta la respiración. Cuando Gray se endereza a mi lado, sé que nota la tensión de mi cuerpo, pero no cambia de expresión, manteniéndola ilegible.

—No lo sé —contesta Karra—. Estaba demasiado ocupada intentando que no me mataran.

—No creo que la Élite entrara en el búnker —intervengo—, pero estaban cerca, eso está claro. Acabé con uno antes de que Poppy y yo lográramos huir.

Noto los ojos de Gray fijos en mi sien, pero no me giro para mirarlo.

—Suelen reservar a la Élite para las operaciones de incógnito —dice Gray—. A mí me parece que esto ha sido un ataque a gran escala.

—Lo ha sido —concuerda Karra con voz monótona—. Sin embargo, no creo que la orden fuera matarnos, sino capturarnos.

Adrienne asiente.

—Reconocieron a Teriq. Supongo que tienen archivos de todos nosotros.

Le sostengo la mirada a Kallister.

—¿Qué ocurrió con los civiles de la Zarzamora? Nadie me ha dicho si Mako está bien.

—Lo está —farfulla Kallister, y el alivio revolotea por mi interior—. Llegamos a un acuerdo con Jasper, quien ha convencido a la líder de la Hondonada para que acoja a los civiles.

—¿Kitty está de acuerdo? ¿Cuántos han conseguido salir del búnker?

—Sesenta y dos personas.

Se me revuelve el estómago. Recuerdo que Adrienne me dijo que había doscientos civiles viviendo en esa base. Eso significa que han capturado o matado a más de la mitad.

—No estamos seguros de a cuánto asciende el número de víctimas —musita Adrienne, como si me leyera la mente—. Conté unas veinte.

Kallister tensa los labios.

—Espero que se lleven al resto como prisioneros, que no los pongan contra una pared y los fusilen. Supongo que todo depende de lo que decida tu buen amigo Travis Redden, ¿no?

El veneno puro que le impregna la expresión me pilla desprevenida. No obstante, Adrienne no se estremece.

—Veo que no dejas de ignorar que una de las nuestras es la culpable de que se produjera la emboscada —comenta con frialdad.

Gray crispa los dedos sobre los míos. Tiene la otra mano convertida en un puño, presionada contra la rodilla. Evlynne era amiga suya.

Al otro lado de la mesa, Karra no trata de ocultar lo mucho que le angustia lo que ha pasado.

—Evlynne nunca haría algo así.

—Pues lo ha hecho —replico—. Se vinculó conmigo antes de desaparecer.

Todos giran la cabeza en mi dirección, con los ojos entornados.

—¿En serio? —pregunta Kallister—. ¿Qué te dijo?

—Que lo sentía.

Estoy a punto de confesar el resto de la conversación, que Fisher es hijo de Travis Redden, pero reprimo el impulso en el último

segundo.

En otras circunstancias, quizá diría algo, pero la tensión entre Kallister y Adrienne lo opaca todo ahora mismo. Esta información es demasiado sensible. Me parece que por el momento debería guardármela.

—Que lo sentía —repite Gray—. ¿Y ya está?

Asiento, y la sala se queda en silencio unos segundos.

—Lo que haya hecho Evlynne es irrelevante ahora mismo —replica al final Kallister, y niega con la cabeza al mirar a Adrienne—. Te dije que esperáramos para llevar a cabo esta misión. Que era una estrategia estúpida colaborar con el enemigo. Esta noche había tres miembros de la Autoridad en la Zarzamora. Ahora uno de ellos está muerto y otro, convertido en prisionero. Has puesto en riesgo a nuestros líderes, Adrienne. Has puesto en riesgo a todas las personas de ese búnker.

A Adrienne se le contrae un músculo de la mandíbula ante la reprimenda.

—He estado mordiéndome la lengua —continúa diciendo Kallister, recordándome mucho al tío Jim por su tono implacable y la frialdad de sus ojos—. Voté a favor de trabajar con Redden para derrocar a su padre, pero te avisé de que no tenía intenciones de cooperar con nosotros a largo plazo. Estaba usándote por tu poder para poder corromper al antiguo general. Te utilizó y te engañó, actuando como si fuera posible llegar a un acuerdo de paz. He leído entre líneas desde el principio y me decepciona, Adrienne, que te hayas tragado sus gilipolleces.

A la mujer se le hunden las mejillas como si estuviera rechinando los dientes.

—No me hables como si fuera una niña, Kallister.

Él la ignora y sigue hablando:

—Ahora, gracias a ti, tenemos un consejo compuesto por tres personas. Tu falta de liderazgo y tus prisas nos han puesto en esta posición. Por mucho que lo odie…

—Sí, se nota que odias cada segundo de esta escenita —lo interrumpe, con la voz rebosante de sarcasmo.

—Voy a invocar la orden cinco.

Gray tensa los hombros mientras Karra adopta una expresión de sorpresa. Por mi parte, solo siento confusión.

—¿Qué significa eso? —pregunto antes de poder contenerme—. ¿Qué es la orden cinco?

Adrienne suelta una carcajada sin rastro de diversión.

—Significa que va a convocar una votación para disolver la Autoridad.

CAPÍTULO 56



Poppy se pasa toda la noche dando vueltas y, como resultado, no pego ojo. Pero, aunque se hubiera quedado inmóvil como una piedra, no creo que la situación hubiera cambiado. Estoy demasiado tensa para dormir.

Por la mañana, me conecto a la tableta e intento entender qué es la orden cinco, pero no hay ningún archivo en línea en la red de la Revolución llamado *Reglas y regulaciones*. Aun así, debe haber normas, dado que Kallister invocó una anoche.

En el comedor a la hora de desayunar, le pregunto a Gray quién participa en la votación que mencionó Adrienne. Se lleva el café a los labios antes de responder:

—Solo los miembros de la Autoridad y los líderes de misión.

Paseo los ojos hasta Saint, el otro líder de misión de nuestra mesa.

—Entonces, ¿tú también votarás?

Saint asiente.

—Y, si todos votan a favor de que el consejo se disuelva, luego, ¿qué pasa? —Miro a mi alrededor—. ¿Hay elecciones? ¿La gente anuncia su candidatura para dirigir la base?

Karra me dedica una expresión de fastidio.

—No lo pillas. La orden cinco no tiene que ver con las elecciones. Si se acepta, Kallister se convertirá en el nuevo líder. Conseguirá el control total.

Una arruga me cruza la frente.

—¿Por qué Kallister?

—Porque ha sido él el que ha convocado la orden —me explica Gray—. Es su manera de asegurarles a todos que cree que es la persona más adecuada para liderarnos.

—¿Alguien puede desafiarlo?

—No.

—¿Y si la orden no se acepta?

—En ese caso, se votaría la creación de un nuevo consejo.

—Este sistema es un puto lío —digo—. ¿Ha ocurrido algo así alguna vez?

Henley se une a la conversación.

—Antes de la Autoridad actual, hubo un tiempo en el que solo teníamos un líder. Pero creo que eso fue hace… ¿diez?, ¿quince años?

Gray asiente.

—Desde que estoy aquí, jamás se ha invocado la orden cinco. Pero nunca una misión se ha ido tanto a la mierda. La Zarzamora es una gran pérdida. Al menos KC y Declan destruyeron las salas de inteligencia antes de que la sección Plata irrumpiera en ellas.

—Lo volamos todo por los putos aires —confirma Karra.

—Así que, sí, tenemos protocolos por si hay una brecha en la seguridad. Pero la Zarzamora era una sede valiosa.

Saint me dedica una expresión reticente.

—Kallister tiene razón al estar tan enfadado. Ha sido un golpe duro.

—¿Qué vais a votar? —Paseo los ojos entre los dos líderes de misión.

Ninguno de los hombres responde, lo que hace que frunza el ceño.

—No estaréis pensando de verdad en disolver la Autoridad y darle todo el poder a Kallister, ¿no?

—¿Qué Autoridad? —musita Karra—. Fiona está muerta. Y pronto Teriq lo estará también.

Gray no está de acuerdo con esa afirmación lúgubre.

—Debe de haber algún motivo para que lo hayan cogido prisionero. Deben de considerarlo útil.

—¿Cuándo es la votación? —pregunto.

—Esta noche —responde.

—¿Y qué le pasará a Adrienne?

—¿Por una cagada tan grande? Se la echará del puesto de liderazgo, con independencia del resultado de la votación. Quizá incluso pase un tiempo en una celda.

—No se lo merece —protesto.

Nadie contesta y, por un segundo, me pregunto si pensarán de verdad que es la culpable. Y ¿por qué? ¿Porque la idea de paz que tiene ella es diferente a la que tienen ellos?

Después del desayuno, hablo a solas con Gray.

—No puedes votar para que Kallister tome el mando —digo, incapaz de aplacar mi inquietud.

—Aún no sé lo que voy a hacer.

—Sabes que tengo razón. La Revolución necesita el equilibrio que le procura la Autoridad. Podemos tratar de recuperar a Teriq. Reemplazar a Fiona. Pero un liderazgo grupal es esencial. No podemos dejar que una sola persona tome todas las decisiones. Ni siquiera Kallister.

—Tal vez. —Veo que está cediendo un poco.

—¿Por qué no hablamos con él? ¿Y si tratamos de convencerle de que no fue culpa de Adrienne que todo se fuera a la mierda? Evlynne fue la que reveló la ubicación del búnker.

Cuando Gray duda, lo cojo de la mano.

—Por favor, hablemos con Kallister. Quizá haya cambiado de idea después de consultarlo con la almohada.

Aunque no parece convencido, Gray se encoge de hombros.

—Muy bien —dice, pero creo que es solo para que me quede tranquila—. Supongo que no perdemos nada por intentarlo.

Cuando me vinculo con Kallister, dice que está en el Templo, así que Gray y yo bajamos hasta allí. Está hablando con Hawkins, pero el incitador desaparece con el ceño fruncido en cuanto nos ve. Debo decir que no echo de menos practicar con él. Siempre se comporta como un capullo arisco.

Dado el brillo azul de la daguita y los símbolos religiosos antiguos que nos rodean, casi parece apropiado que nos reunamos aquí. Es como si estuviéramos ofreciendo una especie de sacrificio a cambio de salvar el puesto de Adrienne en la Autoridad.

—Mira, Adrienne la cagó —comienzo a decir, directa al grano.

—Hizo mucho más que eso —replica Kallister—. Puso en peligro a cientos de personas y hemos perdido una instalación militar muy valiosa. Fiona está muerta por su culpa. Y han convertido a Teriq en prisionero.

—Sí, pero ella no participó en la ofensiva que provocó todo eso. Nadie podría haber predicho que Evlynne le revelaría la ubicación del búnker a la Compañía.

—Si es lo que ocurrió en realidad… —replica Kallister, arqueando una ceja, dubitativo.

—Lo es. —Dudo, pero, tras retrasar la noticia toda la noche, decido que ha llegado el momento de revelar el secreto de Evlynne—. Cuando nos vinculamos, Evlynne no solo se disculpó. Me contó que Fisher es hijo de Travis Redden.

Nos envuelve un silencio sepulcral.

—Hay que joderse —dice Gray, incrédulo—. ¿Por qué no nos lo contaste anoche?

—Aún seguía asimilándolo. Y, antes de que preguntéis, no me dio más detalles —miento, guardándome lo de la marca de sangre del niño. Por el momento, al menos—. Pero Evlynne nos traicionó, Kallister. ¿Por qué si no iba a abandonarnos y robar ese avión? ¿Por qué si no iba a desaparecer Fisher del valle? ¿Por qué iba a estar vacía su casa? Sé que quieres culpar de todo a Adrienne, pero ninguno esperaba que Evlynne actuara así. En cuanto a Adrienne, tiene ciertas ideas sobre cómo debe ser el mundo y, sí, quizá sean más idealistas que las tuyas…

—Creo que las palabras correctas son «ingenuas» e «imposibles» —me interrumpe—. En el Continente nunca habrá paz. Ni siquiera la había antes de la Última Guerra. Los humanos no están hechos para la paz.

Gray frunce los labios.

—Entonces, ¿qué? ¿El mundo está condenado? ¿Deberíamos asesinar a todos los del otro bando y acabar con esta situación?

Kallister parece molesto.

—Claro que no. Solo digo que lo de trabajar con el enemigo no va a pasar. Debemos derrotarlo y colaborar con las personas que queden.

—¿Y si no quieren colaborar contigo?

—Cuando lleguemos a ese río, cruzaremos ese puente.

Se produce una larga pausa antes de que hable Gray con un tono calmado y persuasivo.

—Aún tienes tiempo para revocar la orden cinco.

Kallister ladea la cabeza.

—¿Es lo que quieres que haga? ¿O es cosa de esta?

—Esta tiene un nombre —suelto, tensa—. Y sí, creo que acabar con toda la estructura de liderazgo ahora mismo no es buena idea. La gente está enfadada y asustada.

—Por eso necesitan que un único líder fuerte tome el control. Pero no puede ser Adrienne. Después de lo que ha hecho, no es una opción adecuada para que siga al frente.

—Estoy de acuerdo con Wren. Creo que deberíamos mostrar piedad con Adrienne —protesta Gray—. ¿Qué tal si esperamos un tiempo antes de convocar una votación que reorganizará todo nuestro modo de vida?

—¿Estás seguro? —El tono de Kallister me pone alerta porque desprende un toque de cortesía que roza la condescendencia—. ¿De verdad quieres aceptar consejos de la mujer cuyos padres mataron a tu familia?

CAPÍTULO 57



La pregunta de Kallister flota por el aire como una bomba de relojería. Tic, tic, tic.

¿Por qué ha dicho eso? ¿Por qué cojones ha dicho eso?

Mientras se me constriñe el pecho, centro la mirada en la de Kallister, notando cómo se me revuelve el estómago. Lleva manteniéndolo en secreto meses, ¿y ahora lo está usando contra mí para salirse con la suya?

Se encoge de hombros, cansado.

—Por mucho que me duela, he pensado que era hora de que lo supiera, ¿no?

«Que te follen», estoy a punto de escupir. Esto no le «duele». Ahora lo entiendo. Ha estado esperando este momento. Ha guardado el secreto para poder usarlo cuando le resultara más beneficioso.

—Wren… —Gray me está contemplando con la mente funcionando a toda velocidad—. ¿De qué está hablando?

—Es… —respondo con un hilo de voz apenas audible en la cueva. Me froto la mejilla, deseando enterrar la cara entre las manos.

Cuanto más tiempo permanezco en silencio, más frustrado se siente Gray. Al final, se gira hacia Kallister, quien está encantado de darle todos los detalles.

—Los padres de Wren fueron los traidores de la sección Estaño.

Primero veo la confusión en la expresión de Gray. Luego, el cambio lento y agonizante, la manera en la que la ira se filtra en su rostro, seguido de una descarga de traición.

—¿Cómo es posible? —pregunta.

—Seguro que Wren te puede dar el contexto, pero no nació llamándose Wren, ¿verdad? —Kallister me dedica una mirada expectante y siento ganas de llorar—. ¿No era Stella?

Gray tensa la mandíbula.

—¿Te llamas Stella?

—Stella Hess —digo. La vergüenza me contorsiona el estómago como el veneno—. Pero no lo supe hasta hace poco.

Su silencio me resulta asfixiante. Quiero que diga algo, pero desvía la mirada de mí para centrarla en Kallister.

—Los traidores de la sección Estaño —repite Gray.

—Jakob Hess y Marina Serrano —confirma Kallister—. Mi hermano, Julian, el estúpido y patético de mi hermano… —Me estremezco ante el asco que rezuma su voz—. Se dejó guiar por lo que le dictaba la polla. —Niega con la cabeza, desaprobatorio—. Le dije que Marina nos iba a vender, pero Julian no me creyó. Era un puto arrogante. Pensaba que sabía más que nadie. La eligió a ella. Por encima de su propia sangre. Lo arriesgó todo, no solo su vida y la mía, sino también las de todos los Modos del Continente.

—Votaste para rescatarlo —protesto con un hilo de voz.

Kallister suelta una áspera carcajada y casi siento el odio que emana de él.

—Nadie iba a autorizar un rescate así. Sabía que no se llevaría a cabo.

—Entonces, ¿por qué votaste a favor?

—Por si acaso sobrevivía. Nunca se sabe cuándo vas a necesitar a un Ash a tu lado. —Se gira hacia Gray—. Marina Serrano planeó el bombardeo de la cordillera Valterra. Jake y ella, los dos. Julian también participó porque ignoró mis advertencias. Porque pensaba que era mucho más listo que yo. Porque la quería.

Me da un vuelco el corazón.

—Miles de personas —enfatiza, dirigiéndose a Gray—. Tus padres. Tus hermanas. Muertos. Sin vida. Quemados hasta convertirse en cenizas. Con los huesos bajo el agua.

—No soy como mis padres —digo entre dientes.

Capto un ápice de la tormenta que se está gestando en las pupilas de Gray. Sabía que este momento llegaría, pero esperaba

que no fuera así. Le imploro con los ojos antes de hablar:

—Siento no habértelo dicho. No quería que me miraras de manera distinta. No soy responsable de los pecados de mis padres. Pero te robaron la vida y no quería que supieras que procedo de personas que harían algo así.

Las palabras se me escapan, frenéticas, en un intento desesperado por explicar algo que nunca tendrá sentido en realidad. Porque sigo sin encontrárselo. Aún no sé por qué mi madre traicionó a los suyos. Lo de mi padre, vale, puedo llegar a entenderlo. No era un Modo. No sabía lo que eso significaba. Pero ella sí lo sabía. Y aun así lo hizo.

Estiro la mano para tocarle el brazo a Gray, pero da un paso atrás, un gesto que siento como una bofetada en la cara.

Mientras tanto, Kallister sigue contemplándome con esos ojos llenos de falsa ternura.

—No lo hago para ser cruel, Wren —comienza a decir.

Y una mierda. Hasta ahora, no me había fijado en lo mucho que disfruta haciendo sufrir a los demás. Porque es evidente que es mentira. Se está deleitando.

—Pero Gray necesita tener todos los detalles para tomar una decisión informada en la votación.

—¡Esto no tiene nada que ver con que Adrienne se quede o no en la Autoridad! —le reprocho—. Se lo has contado porque estaba a punto de hacer lo correcto y ahora estás haciéndole dudar sobre mi motivación. —Me tiembla la voz al girarme hacia Gray—. Pero no hay ningún motivo velado. Creo de verdad que no debemos culpar a Adrienne por lo ocurrido en el búnker.

Me contempla y se le mueve la nuez cuando traga saliva.

—Cuando te llevé a la cordillera, cuando te lo conté todo sobre mi familia… sobre mi pasado… —«sobre mi tío»—, ¿sabías que tu madre era la razón por la que mis padres murieron?

El corazón se me torna frío y pesado como una roca que se hundiera hasta el fondo del océano.

—Sí.

—Y no abriste el puto pico.

—Lo siento.

Deja escapar una carcajada áspera sin rastro de humor.

—¿Nos dejas solos?

—¿Q…? ¿Qué? —tartamudeo.

—He dicho que te vayas.

La última vez que vi a Gray tan enfadado, lo acababa de incitar sin su permiso. Apenas podía mirarme, pero, incluso entonces, sabía que era una rabia propulsada por el miedo y la preocupación al haber estado a punto de perder la vida. ¿Ahora mismo? No me mira porque no quiere tener nada que ver conmigo.

—Vete —repite con la voz convertida en hielo y todas las células de su cuerpo transmiten el mismo mensaje: «Sal cagando leches de aquí»—. Tengo que hablar con Kallister sobre la votación.

Mientras un sollozo se me bloquea en la garganta, me doy media vuelta y salgo del Templo.

Por la tarde, busco a Saint en la sala común. Hace horas que me fui del Templo y no tengo ni idea de dónde está Gray. Empiezo a preocuparme.

—¿Has visto a Gray? —pregunto sin preámbulos.

—Sí. Me ha dado una paliza de la hostia en el gimnasio hace una hora. —Me enseña las manos para mostrarme los nudillos, que tiene rojos y llenos de cortes.

Me muerdo el labio. Dubitativa.

—¿Te lo ha contado?

De repente, lo siento. Saint está ejerciendo presión en mi subconsciente. Es la primera vez que trata de que nos vinculemos por telepatía.

¿Lo de que todos los Modificados del mundo odian a tus padres?, dice, y veo el brillo en las venas a través de sus brazos desnudos. *¿A eso te refieres?*

Sí, eso. Le sostengo la mirada. *¿Ahora tú también piensas que soy mala persona?*

Es una pregunta estúpida, Darlington. Si fuéramos responsables por las gilipolleces que han hecho nuestros padres, la mitad no

estaríamos aquí, yo incluido.

Arqueo una ceja, pero no da más explicaciones.

—¿Qué vas a votar? —digo en voz alta—. ¿Pedirás que se disuelva la Autoridad y Kallister tome el control?

Ladea la cabeza, pensativo.

—No lo sé. Supongo que no.

El alivio me revolotea en el estómago.

—¿Puedes convencer a Gray para que haga lo mismo?

—No creo que pueda convencerlo de nada si no está por la labor.

Antes de que pueda añadir nada más, Saint recibe una notificación en el intercomunicador y comprueba la pantalla.

—Hora de votar —dice con brusquedad.

Mierda. ¿Ya?

Cuando nota que lo sigo hasta la puerta, mira hacia atrás, centrando sus ojos verdes en mí, divertido.

—Tú no eres líder de misión.

—No, pero quiero hablar con Gray antes de que entréis.

—No sé lo receptivo que estará ahora mismo.

—Debo intentarlo —digo, levantando la barbilla.

En la planta de Operaciones, me sobresalto al encontrarme con una figura familiar que gira la esquina en un extremo del pasillo. Mako. El alivio me recorre el cuerpo. Lleva las ropas de la misión, manchadas de barro y hollín, pero parece ileso mientras avanza por la galería.

—Ey —digo, corriendo hacia él—. ¿Cuándo has llegado?

Me rodea con los brazos enormes para estrecharme en un cálido abrazo.

—Ahora mismo. Henley ha ido a buscarme.

—Me alegra que estés a salvo. ¿Qué tal en la Hondonada?

Mako me dedica una sonrisa.

—Bueno, supongo que debería mostrarme sombrío y triste por todas las putadas que nos hicieron anoche, pero… Hostia puta, Wrenny, las mujeres de allí… —Suelta un silbido y no logro reprimir una carcajada.

—¿Qué tal está Xavier? ¿Lo viste?

—Ah, sí. Reed y él habían atrapado entre los dos a una chica preciosa y…

—No quiero saber los detalles —nos interrumpe Saint, poniendo los ojos en blanco. Reanuda la marcha de nuevo.

Toco a Mako en el brazo antes de empezar a retroceder.

—Yo también me tengo que ir, pero nos pondremos al día más tarde, ¿vale?

Me apresuro tras Saint y llego a la sala de guerra justo a tiempo para ver entrar a un grupo, agentes con los que nunca he trabajado o a los que solo he visto en el campo de tiro. La única persona a la que reconozco es a Raven Persimmons, con su pelo rosa, quien le dedica un gesto con la cabeza a Saint antes de desaparecer dentro de la sala.

Todavía no veo a Gray.

—Lo esperaré aquí fuera —le digo a Saint.

El pasillo se vacía, dejándome sola y ansiosa. Estoy a punto de perder los nervios cuando oigo sus pisadas. Me giro y lo encuentro caminando hacia mí con zancadas largas y firmes. El pelo rubio le brilla bajo la luz sobre nuestras cabezas.

Su expresión se dulcifica al verme. Solo un segundo. Luego, se convierte en piedra de nuevo.

—No deberías estar aquí —farfulla.

—Sé que estás enfadado porque lo haya mantenido en secreto —suelto—. Pero, por favor, no dejes que eso te nuble el juicio ahora mismo.

La desazón le relampaguea en los ojos.

—Que me creas incapaz de tomar decisiones…

—No, no es lo que estoy diciendo. Solo creo que… Adrienne la cagó. Eso no significa que Kallister pueda hacer ahora lo que le plazca.

—Ya hablaremos después. —Pasa junto a mí a toda prisa e irrumpe en la sala de guerra, donde la puerta se cierra con un zumbido.

Luchando contra mi frustración, vuelvo al apartamento, deseando ser una maldita líder de misión. Encuentro a Poppy aovillada en la cama, como se ha pasado la mayor parte del día.

—Hola —digo al sentarme en el borde y acariciarle el brazo—. ¿No te sientes mejor?

—No —musita.

—Oye, he hablado con Tana. ¿Qué te parecería pasar un tiempo en el valle con los padres de Luisa?

Poppy ni siquiera me mira.

—Claro —dice, indiferente.

—Creo que te vendrá bien salir de esta montaña. Además, he oído que van a celebrar un funeral por tu madre en un par de días.

—Vale.

No sé cómo llegar hasta ella. Ni siquiera sé si es posible. Ha perdido al único progenitor que había conocido y, aunque Fiona la sobreprotegía, quería a su hija con fervor. Esa mujer hizo todo lo posible para mantenerla a salvo.

Juntas, vamos a su cuarto, donde la ayudo a recoger sus cosas. Luisa aparece no mucho después. Estira los brazos y estrecha a la chica contra sí.

—Siento mucho lo de tu madre. Todos queríamos a Fiona.

—Gracias —musita Poppy.

—Mis padres tienen muchas ganas de acogerte. Mi madre no suele cocinar para invitados tanto como le gustaría. ¿Estás lista?

Me vinculo con Poppy mentalmente antes de que se vayan.

Cuéntame luego qué tal, ¿vale?

Vale, responde.

Estoy atacada, esperando a que termine la reunión en la sala de guerra. Cuando alguien llama a mi puerta más tarde, soy una maraña de nervios. El corazón se me sube a la garganta cuando veo a Gray en la puerta. Solo necesito mirarle una vez a la cara para saber lo que ha ocurrido.

—¿Por qué? —pregunto con voz monótona—. ¿Por qué la votación ha salido a favor?

—Porque causó la muerte de incontables civiles. —Se deja caer en el pequeño sofá y apoya la cabeza entre las manos antes de frotarse las sienes—. Ninguno de los líderes de misión puede confiar en ella después de esto. La mayoría ha admitido que ha votado a favor de

la disolución. —Gray levanta la cabeza para sostenerme la mirada—. Mi voto no habría servido de nada. Ha sido casi unánime.

—Casi —repito.

—Dos personas votaron en contra de la orden cinco.

—¿Sabes quiénes?

—No lo sé, los votos son anónimos.

Con pasos titubeantes, me acerco y me siento a su lado.

—¿Estás preparado para hablar? —susurro.

De nuevo, centra los ojos en los míos.

—No.

Luego, se levanta y se encamina a la puerta.

El corazón se me astilla, pero logro ponerme en pie y mantener, en cierto sentido, la dignidad.

—Estaré aquí cuando te sientas listo para tener esa charla. Si sirve de algo, lo lamento. Debería habértelo contado, pero no quería perderte. —Me estremezco al percibir cómo se me quiebra la voz—. De verdad, no quería.

Durante un segundo, se le curvan los hombros y se le suavizan las facciones. Pero eso no evita que se marche.

Antes de estallar en lágrimas, cojo el intercomunicador, me lo guardo en el bolsillo y me apresuro hasta la planta de Operaciones. Ahora mismo no puedo seguir dentro de la base. Aquí no consigo pensar y tengo las emociones a flor de piel. Me destroza que Gray se haya marchado sin hablar conmigo. Y me decepciona que Kallister vaya a disolver la Autoridad por estar tan ansioso de poder como todos en este estúpido Continente.

Cross tenía razón. Es imposible salvarlo, joder.

Inspiro hondo para tratar de calmarme, pero el ambiente está demasiado cargado. Necesito aire fresco.

Al girar la esquina hacia el ascensor, advierto movimiento. Una cabellera rubia. Una pierna cubierta por un pantalón chino.

Durante un segundo, creo que es Gray, pero llego al final del pasillo justo a tiempo para ver a Kallister desaparecer por la cámara de descompresión.

La desconfianza me recorre el cuerpo. ¿Por qué se está yendo de la base a estas horas?

Camino más rápido y entro en la cámara de descompresión. La puerta sisea al abrirse y da paso a un hangar vacío, por lo que me dirijo hacia el camino que serpentea entre la densa arboleda. Advierto a Kallister a unos veinte metros ante mí, una silueta negra recortada sobre el cielo. El sol se ha puesto hace una hora, de ahí que sea difícil ver el sendero, pero camina con paso rápido y firme. Sin duda, es un hombre con una misión.

Ahora estoy totalmente alerta. Dejo que entre nosotros haya cierta distancia antes de seguirlo, avanzando por la pared irregular del acantilado. Sé adónde se dirige. Es el mismo camino que lleva a la cueva de daguita blanca. Allí donde le gusta llevar a cabo las conversaciones privadas porque en ella nadie puede usar sus habilidades.

Cuando llego a la cima del peñasco unos minutos después, capto el suave murmullo de voces que se filtran por la entrada de la cueva.

Me aplasto contra la pared de piedra y me arrastro hacia la boca de la caverna, fundiéndome con las sombras.

—Ahora que hemos apartado a Adrienne, será más fácil que autorice tus misiones. Ya no habrá votaciones, ni estarán esos gilipollas sin carácter controlándolo todo.

Kallister.

Sus palabras me producen un relámpago de confusión. ¿Misiones? ¿De qué misiones está hablando?

Presiono la espalda contra la pared y contengo el aliento, a la espera de la respuesta.

—A Gray no le gustará. No tiene agallas suficientes para apoyar lo que estamos haciendo.

Hawkins. Ese ha sido Hawkins.

CAPÍTULO 58



La sangre se me congela en las venas. ¿Por qué se han reunido Kallister y Hawkins en secreto en esta cueva? ¿Y qué no le va a gustar a Gray?

—Gray se unirá a nuestras filas en cuanto entienda que esta es el arma más poderosa que tenemos y la manera más rápida de acabar con esta estúpida guerra.

Hawkins suelta una carcajada apagada.

—No digas tonterías, Kal. No va a dejar que corrompa a gran escala.

Me trago el grito ahogado antes de que se me escape. ¿Hawkins es un corruptor?

—De todas maneras, aún no lo podemos hacer a gran escala. Habrá tiempo de convencer a Gray de que nos dé su apoyo mientras perfeccionas el proceso.

—Entonces, encuéntrame mejores objetivos. Necesito mentes más fuertes si queremos tener cierto impacto —responde Hawkins, aburrido—. Los niños son demasiado débiles.

—Sin la Autoridad echándonos el aliento en la nuca, tendrás acceso a todos los Primarios que desees.

Hostia puta. Es real. Están hablando de corromper mentes. Mentes inocentes. Niños.

Cross tenía razón.

Desdeñé su inquietud, creyendo que eran paranoias suyas. Le dije que Adrienne nunca haría algo así. Y yo también tenía razón: Adrienne nunca haría algo así. Pero al parecer, Kallister sí.

De repente, se me revuelve el estómago y debo tragarme la oleada de náuseas. Si Hawkins puede incitar y corromper, es uno de los Modos más poderosos del Continente. Quizá el que más.

Pienso en todas esas veces en las que los vi practicar en el Templo. O hablar en el comedor. Pensaba que Kallister había acogido a Hawkins bajo su ala porque sentía lástima por él. Mientras tanto, han estado conspirando y confabulando juntos todo este tiempo.

—… mantén un perfil bajo hasta que me ocupe de la situación con Adrienne. —La voz de Kallister se cuela en mis pensamientos—. Nada de vuelos en solitario a los distritos hasta que se resuelva.

El suave golpeteo de pisadas se acerca a la entrada y Kallister sale de la cueva. El corazón se me instala en la garganta, pero no me ve. Observo su silueta mientras se aleja. Espero que Hawkins haga lo mismo, pero, cuando emerge, no se dirige al camino, sino que se mueve en dirección contraria, subiendo por el risco.

¿Adónde demonios va?

Con el pulso acelerado, espero unos segundos antes de alejarme de la pared. Mantengo la distancia, moviéndome como un fantasma, mientras asciendo por la estrecha senda que recorre el acantilado.

El camino se vuelve más escarpado y las rocas más dentadas, pero utilizo las irregularidades del terreno para seguir a Hawkins sin que me pille desprevenida. La ira me arde en las entrañas mientras asimilo lo que he oído. Están usando la corrupción contra niños. Planean usarla contra todos los Primarios que encuentren.

Cuando Hawkins se detiene en lo alto para encenderse un cigarro, aprovecho la oportunidad y me acerco a él desde atrás para pillarlo desprevenido. No llevo ningún arma, pero él tampoco, y estoy bastante segura de que puedo darle una buena paliza a un capullo larguirucho como Hawkins.

Y, si todo lo demás falla, incitarlo.

—¿Eres un corruptor? —pregunto.

Se gira con lentitud y la diversión latente en las facciones.

—¿No te enseñaron tus padres que cotillear no es de buena educación?

Mis padres fueron los dos unos traidores. No creo que les preocupara mucho el protocolo.

—¿No vas a negarlo? —replico con frialdad.

Con aspecto relajado, Hawkins se enciende un cigarro y le da una calada.

—¿Por qué? Ya lo has oído todo.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando con Kallister? —Niego con la cabeza en gesto de desaprobación, dejando ver que estoy asqueada por lo que he escuchado hace un momento.

Me siento estúpida por haber creído que a Hawkins le gustaban los aviones para dar una vuelta, salir de la base y «despejarse» cuando, durante todo este tiempo, ha estado yendo a los distritos a experimentar con Primarios.

Y ahí estaba yo, cabreada porque la Compañía estuviera haciendo pruebas con nosotros cuando la Revolución estaba haciendo lo mismo con ellos.

—Kallister se cansó de tener que depender de Adrienne para sus necesidades de corrupción —comenta Hawkins con una carcajada.

No lo imito.

—Adrienne no quiere corromper mentes inocentes.

—¿No? Entonces, ¿qué es la mujer del general? ¿Acaso no era inocente?

Titubeo.

—Vinessa Redden fue un efecto colateral.

Me mira con desprecio.

—Adrienne la corrompió para intentar debilitar al general. No tiene principios morales tras los que ampararse. Lo que yo hago no es distinto. Una o mil mentes, ¿cuál es la diferencia si son inocentes?

—¿Mil? —No puede ser tan poderoso, ¿no?

—Es a lo que aspiro —dice—. Seguiré practicando.

—No puedo creer que Kallister permita algo así.

Suelta otra carcajada.

—Kallister entiende quiénes son esas personas, lo que necesita el nuevo sistema mundial.

—¿Que la mayoría muera?

—Nos quedaremos con algunos —dice con un brillo en los ojos—, con cuerpos que trabajen en las minas y saquen la basura. Kallister es capaz de ver todo el panorama, sabe lo que hay que hacer para

ganar. Adrienne era demasiado débil para liderar y, si además lo es a la hora de usar sus dones, el problema es suyo. Ya te lo he dicho: tenemos estos poderes para usarlos.

La ira me arde en las venas. Tengo cien preguntas más, pero Hawkins no me permite que las diga en voz alta. Levanta la mano, como si fuera a lanzar el cigarrillo, pero se lleva la otra a la cintura del pantalón y saca un arma.

Joder. ¡Joder!

La irritación me tensa las entrañas.

—¿Qué vas a hacer? ¿Dispararme? ¿En serio?

—Creo que Kallister estaría de acuerdo en que deshacernos de ti neutralizaría la amenaza.

—Nunca aprobaría mi muerte —replico—. Baja el arma.

—Bueno —se encoge de hombros—, entonces, me disculparé después.

Me apunta con el arma y me quedo paralizada.

No puedo sacar el intercomunicador del bolsillo para pedir ayuda, pero por suerte tengo otros medios de comunicación. Dado que Gray no es telépata, abro a toda prisa una vía hacia la mente de Saint, pero no responde. Lo intento con Tana, pero no está disponible. No sé con quién más probar. Adrienne está en una celda. Poppy y Luisa, en el valle. Evlynne es una traidora. ¡Mako!

El alivio me inunda el cuerpo cuando acepta la conexión.

Ve ahora mismo a la cueva de daguita blanca, le grito mentalmente.

¿Por qué? ¿Qué pasa?

¡Ya!

Sin embargo, no puedo confiar en que Mako vaya a salvarme. Quién sabe cuándo llegará o si lo hará antes de que Hawkins decida presionar el puto gatillo. Ya estoy aprovechando el oro, permitiendo que me fluya por el cuerpo. Una vez más, me alegro de que mis venas no me traicionen.

Abro una vía hasta la mente de Hawkins, como solía hacer cuando me permitía practicar con él. Sin embargo, esta vez encuentro resistencia. Y no la clase de resistencia que me ofrecía Gray durante las sesiones de incitación.

Es un ataque. La agonía explota tras mis ojos, pero intento dar voz a la orden.

—Baja el arma y guárdala.

Sus carcajadas flotan entre los dos.

—¿Quieres parar? Solo vas a conseguir tener migraña.

—Baja el arma.

Oleadas de dolor me palpitan en la cabeza, haciendo que sea difícil que me concentre. Joder. No se puede incitar a Hawkins a menos que se tenga una formación considerable. En cuanto dejo de intentarlo, una oleada de alivio me inunda y el dolor en la cabeza desaparece.

—Si te hace sentir mejor —dice Hawkins—, no quiero matarte. En cierto sentido, me caes bien, Darlington.

—Entonces, no lo hagas —suelto.

Lo piensa, ladeando la cabeza como un perro que escucha a su dueño. Al final, suelta un suspiro.

—No, no puedo dejar que vayas por ahí diciéndole a la gente que soy un corruptor. Soy una persona muy reservada, por si no te habías dado cuenta.

Inspiro hondo, calculando la distancia entre los dos. Si me lanzo hacia él y lo placo, tendrá oportunidad de disparar al menos una vez. Y me está apuntando al pecho. Es listo. Cuanto más grande sea el objetivo, más posibilidades tendrá de acertar.

Tenso los músculos mientras me preparo para ponerme en acción. No puedo moverme lo bastante rápido, pero no me voy a quedar aquí para que juegue al tiro al blanco. Me sostiene la mirada. Sabe lo que estoy planeando. No es tonto. Acerca el dedo al gatillo. Cojo aire.

Unas pisadas retumban por el camino y los dos nos quedamos paralizados.

—Wrenny, ¿qué pasa…? —Mako se detiene y pasea los ojos, llenos de confusión, de Hawkins a mí.

Está a tres metros de distancia, demasiado lejos para desarmar a Hawkins. Pero, si unimos fuerzas, tal vez podamos acercarnos lo suficiente. Mako da un paso lento, deliberado, pero Hawkins desvía el arma hacia él.

—¡No te muevas, Mako! —grita—. Quédate donde estás.

El aludido pestañea mientras trata de entender el porqué del enfrentamiento entre Hawkins y yo.

—Hawkins, tío. Baja el arma.

—Lo siento, tío, no puedo hacerlo. —Hawkins suelta otra carcajada fría—. Darlington ha metido las narices donde no la llaman y ahora tengo que ocuparme de ella, por desgracia.

Doy un paso al frente y la pistola vuelve a centrarse en mí, permitiendo que Mako acabe con la distancia entre ellos, lanzándose hacia Hawkins. Está a unos dos metros de él cuando el capullo larguirucho se gira con expresión sombría.

—Para.

Mako se detiene. El horror me traspasa cuando advierto lo que está ocurriendo. Hawkins está aprovechando el oro. Incluso bajo la ropa, veo cómo le brilla el cuerpo.

Pero quizá sea bueno. Si está centrado en incitar a Mako, eso me da vía libre para incitarlo yo a él. Es imposible que controle al otro chico y me repela a mí a la vez…

El dolor estalla tras mis ojos cuando vuelve a apartarme. ¿Cómo cojones lo hace? El miedo se arrastra por mi columna vertebral. ¿Cómo puede un Modo ser tan poderoso?

—Te he dicho que pares, Wren. —Hawkins sigue apuntándome con el arma y con la mirada. Le ha dado totalmente la espalda a Mako cuando dice, aburrido—: No muevas ni un músculo.

La desesperación me constriñe la garganta. Contemplo a Mako, quién permanece ahí, boquiabierto. Todo el cuerpo se le ha quedado paralizado en el sitio. Tiene cada músculo de la cara contorsionado por la tensión. Parece una marioneta de cuyos hilos estén tirando, y Hawkins es quien los está controlando.

—Eres… un puto… capullo. —Mako sabe lo que le está ocurriendo, por qué el cuerpo se le ha tornado rígido y por qué tiene las botas pegadas al suelo—. Deja… de… incitarme. —El esfuerzo con el que se resiste a la incitación es evidente. No mueve la cara, pero el pecho le sube y le baja al respirar con dificultad—. Voy a matarte, cabronazo.

Hawkins chasquea la lengua y suelta un suspiro, como si se arrepintiera.

—Sí… Creo que podrías, Mako. Joder. Tú tampoco me caías demasiado mal.

El arrepentimiento en su tono me provoca otro escalofrío.

—Necesito que camines hacia Darlington —le dice Hawkins al chico, que sigue inmóvil.

El cuerpo de Mako se mece mientras intenta desobedecer.

—Vamos —lo anima Hawkins.

En la frente se le ha formado un ceño fruncido. La mente le trabaja a toda velocidad, como demuestra el brillo plateado bajo las mangas que le repta también por el cuello.

—Camina —ordena, y el otro hombre empieza a moverse—. Muy bien, un pie detrás de otro.

A Mako le vibran los tendones del cuello. Está resistiéndose con todas sus fuerzas, pero no es rival para el poder de Hawkins. Mientras la preocupación me traspasa, me preparo para saltar, pero sigue apuntándome con la pistola, sin titubear.

—Déjalo, Darlington. Mako, sigue andando.

El pánico me invade al darme cuenta de que está obligando a Mako a pasar a mi lado, no a acercarse a mí. Intento cogerlo por la manga, pero se me escapa entre los dedos.

—Mako, para —le suplico.

Trato de aprovechar mi propio oro, pero no logro entrar en la cabeza de Mako. Hawkins tiene un control total sobre él. Este se echa a reír.

—No funciona así, Wren. Ya lo sabes. Ahora es mío.

Nunca me he sentido tan indefensa como cuando veo cómo Mako pasa de largo y se aproxima al borde del acantilado.

—¡Para! —exclamo, fulminando con la mirada a Hawkins, quien me ignora.

—Mako —repite—, de verdad, me caías bien, chaval, pero tienes que saltar. Ya.

—¡Mako! —grito—. ¡Ni se te ocurra!

Me da la espalda y veo que el esfuerzo hace que se le convulsionen los hombros. Gira la cabeza hacia mí, con lentitud,

dado que apenas puede moverse, y se me rompe el corazón al ver su expresión ausente.

—Salta —insiste Hawkins.

El pánico me empuja a abrir mucho los ojos cuando Mako arrastra las botas hasta el borde del acantilado.

Ay, joder. ¡Qué puta mierda! Dejaré que Hawkins me dispare.

Me abalanzo hacia Mako con el corazón palpitándome en los oídos.

—¡Salta! —ordena Hawkins.

—¡No! —chillo.

Me lanzo hacia mi amigo, tratando de cogerlo, de tirar de él, de salvarlo. La esperanza explota en mi interior cuando logro rozar la parte posterior de la camiseta. Noto la tela contra las yemas de los dedos, pero no soy lo bastante rápida.

Grito cuando Mako se deja caer por el borde del acantilado.

CAPÍTULO 59



La respiración se me ha convertido en bruscos jadeos. Me contemplo la mano, sorprendida porque no haya conseguido atrapar a Mako. Noto las emociones en la garganta. El horror, el pánico y una sensación de pérdida que no he sentido desde que murió el tío Jim. Un dolor devastador.

Gateo hasta el borde para echar un vistazo, pero solo veo sombras y rocas. Hay un ovillo oscuro más abajo que quizá sea Mako, pero es imposible saberlo en la oscuridad. El recuerdo de su mirada perdida antes de saltar me cruza la mente.

—¡Mako! —grito—. Mako, ¡contéstame!

El silencio es ensordecedor.

Clavo las uñas en el risco rocoso mientras sigo oteando la oscuridad. ¿Dónde está?

—¡Mako!

—Levántate —escupe Hawkins detrás de mí.

Reprimo las lágrimas y absorbo el aire con varias bocanadas irregulares. Me tiemblan tanto las piernas que me cuesta levantarme. Me derrumbo durante un segundo, dado que el peso de la pérdida me impide incorporarme.

Oigo sus pisadas. El instinto de supervivencia se me suele activar en este momento. Debería estar atacándolo, pero la conmoción me mantiene anclada al suelo. Mako… maldita sea… Mako.

¿No podría haberlo salvado? ¿Por qué no me he movido más rápido? ¿Por qué una maldita pistola me ha impedido salvar a mi amigo? La culpa me desgarra como un depredador devorando un cadáver.

—Puto cabronazo —susurro, inclinando la cabeza hacia Hawkins. Está ahora a unos dos metros de distancia.

En sus ojos relampaguea el arrepentimiento.

—Si sirve de algo, no me caía mal. Cuando me deshice de Zoe, al menos sentí que se lo merecía. Esa zorra me puso los cuernos.

La ira sisea en mi interior. Hawkins levanta el arma y me preparo, lista para recibir un disparo. No tengo esperanzas. Se acabó.

Veo cómo baja el dedo hasta el gatillo, a un nanosegundo de apretarlo. Entonces, advierto movimiento, una mancha blanca. Más rápida que la bala en el cañón de Hawkins, irrumpe desde los arbustos a nuestras espaldas con un gruñido que reverbera en la noche.

Hawkins dispara, pero sé que falla porque la bala me silba cerca del oído. A duras penas, me pongo de pie para tratar de entender lo que está ocurriendo, pestañeo mientras la mancha toma forma y asimilo lo que estoy viendo.

Es un aullador. Mi aullador.

El lobo blanco choca con Hawkins y lo hace caer. La pistola se le escapa de las manos y acaba tirada, inútil, en el suelo. Capto un ápice de una penetrante mirada amarilla que brilla por la sed de sangre antes de que Príncipe hunda los colmillos en la garganta de Hawkins.

La marca de pelaje rojo en torno a su ojo parece sangre seca, un tono más oscuro que la que brota del cuello de Hawkins. El cuerpo esbelto del lobo se mueve de un lado a otro mientras ataca al que iba a ser mi asesino.

Me quedo ahí, paralizada. No le pido que pare. Solo observo, con la respiración acelerada, cómo los gritos de Hawkins se convierten en un borboteo. Al final, me obligo a desviar la mirada. Con manos temblorosas, cojo la pistola, aunque ya no la necesito.

En el silencio ensordecedor que se produce a continuación, Príncipe suelta la garganta sangrienta de Hawkins y da un paso atrás. Tiene el hocico manchado de rojo. Cuando me mira, juraría que busca aprobación.

Asiento ligeramente.

—Gracias, chico.

Se acerca a mí para rozarme la mano con la cabeza. Estiro los dedos temblorosos para pasarlos por su suave pelaje. Con un pequeño gemido, empuja el hocico contra mi palma antes de desaparecer entre las sombras.

Aún temblorosa, saco a duras penas el intercomunicador del bolsillo trasero. Quiero contactar con Gray, pero no puedo olvidar su mirada de asco cuando descubrió la verdad sobre mí. Por eso, opto por Saint. «Ven al acantilado. Ahora mismo. Solo».

Aparece más rápido de lo que esperaba, pero frena de golpe al encontrarme de pie sobre el cuerpo de Hawkins.

—¿Qué cojones? —exclama. Sí, yo también me siento así—. ¿Qué ha pasado?

Las palabras se me derraman de entre los labios como un torrente, incontrolables. Le cuento toda la historia, desde que he escuchado la confabulación de Kallister para corromper inocentes hasta que un aullador ha salido de la nada y ha atacado a Hawkins, pasando por cómo he observado, horrorizada, que este incitaba a Mako.

—¿Esto es cosa de un aullador? —Tiene los ojos fijos en las heridas del otro hombre.

—Sí.

—¿Y a ti no te atacó?

Niego con la cabeza.

—No, es una especie de… eh… amigo, supongo.

—¿Te has hecho amiga de un aullador? —No sé si le hace gracia o está perplejo.

—Es una larga historia.

Vuelve a centrar los ojos en el cuerpo inmóvil de Hawkins. El olor a sangre flota por el ambiente, inundándome las fosas nasales. Saint se acerca al borde del acantilado.

—Mierda —lo oigo maldecir. Esas dos sílabas rebosan dolor. Todos queríamos a Mako. Cuando se gira hacia mí, dice con voz baja, entrelazada con preocupación—: ¿Seguro que estás bien?

—Sí. ¿Qué hacemos? —Apenas puedo contener el pánico—. ¿Deberíamos esconder el cuerpo? ¿Deberíamos volver a la Daga y enfrentarnos a Kallister por lo que he oído?

Lo piensa durante un segundo. Luego, contesta:

—No.

—¿No qué?

—A todo. —Saint otea el bosque que nos rodea y se le hunde la mejilla como si se la estuviera mordiendo por dentro—. No podemos enfrentarnos a Kallister hasta que no hablemos con Gray y entendamos cuál es la mejor manera de abordarlo. Y no podemos esconder el cuerpo. Kallister no tardará en saber que Hawkins ha muerto. Si no lo ha hecho ya.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo?

—La energía telepática —me recuerda—. Desaparece cuando mueres. En cuanto intente contactar con Hawkins, comprenderá que ya no está.

Mierda. Es verdad.

—¿Cuál es la solución, entonces?

—No hacer nada. —Asiente varias veces, como si se estuviera convenciendo de que es un buen plan. Hace un gesto hacia Hawkins—. Al fin y al cabo, no solo lo parece, sino que es el ataque de un animal.

—¿Y Mako?

—Mako cayó mientras Hawkins y él trataban de defenderse del aullador. Lo único que tenemos que hacer es irnos de la escena, dejar que otra persona encuentre los cuerpos y saque sus propias conclusiones. Ha sido el ataque trágico de un lobo. Nadie se lo cuestionará.

Me muerdo el labio inferior con tanta fuerza que brota la sangre.

—No podemos dejar ahí abajo a Mako toda la noche.

—Darlington…

—No podemos.

Saint inspira antes de exhalar con lentitud.

—Muy bien, seré yo quien encuentre los cuerpos. Se lo comunicaré a la caseta de seguridad y pediré refuerzos.

Me hinco los dientes aún con más fuerza en el labio.

—Las cámaras habrán grabado cómo salí de la Daga. Me pillarán si las revisan.

—Yo me ocupo de las cámaras.

—¿Y de los guardias de la cabina?

—También.

—¿Cómo? —El pánico crece en mi interior—. Los guardias seguro que me han visto.

—No pasará nada, lo prometo. Plantaré algunas semillas. Les haré entender que no te vieron a ti en las cámaras, solo una sombra.

¿Qué diablos quiere decir con plantar semillas? Esta situación con las cámaras es un puto problema real y actúa como…

Cuando lo comprendo, suelto un grito ahogado.

Hay. Que. Joderse.

—Eres un persuasor —lo acuso.

Me dedica un guiño. Me siento perpleja. Recuerdo que Kallister me contó que algunos Modos tenían el poder de introducir ideas en la mente de otras personas, pero nunca pensé que Saint poseyera una habilidad manipulativa.

—¿Alguna vez la has usado contra mí? —pregunto.

Saint se encoge de hombros.

—¡Y una mierda! —protesto—. Es imposible que hayas sido capaz de hacerme creer que algo no era idea mía.

Suelta una carcajada.

—¿Sueles alejarte sin más de las peleas?

—¿Qué estás…?

Me detengo. ¡Qué cabrón! La noche de la hoguera, cuando «decidí» marcharme mientras cada célula de mi cuerpo me estaba pidiendo que les diera una paliza a Neema y Evlynne, ¿fue Saint quien plantó esa idea en mi mente? ¡Puto capullo! Aun así, este capullo está a punto de salvarme el culo, así que supongo que le perdono la transgresión.

—¿Podemos seguir con lo nuestro? —pregunta, cortés.

Mientras una oleada de gratitud me recorre el cuerpo, doy un paso al frente y lo estrecho contra mí para darle un rápido abrazo, muerta de miedo.

—Gracias.

Con un asentimiento, Saint se aleja de mí y me empuja hacia la Daga.

—Yo me encargo. Ahora vuelve a tu apartamento. Actúa como si no hubiera ocurrido nada.

Miro una última vez el cuerpo de Hawkins. Luego, me giro sobre los talones y me marcho a toda prisa.

La Daga se ha convertido en un caos. O, al menos, imagino que así es. Yo estoy encerrada en mi cuarto como me ha ordenado Saint, rezando para que haya sido capaz de cumplir todo lo que ha dicho que haría: borrar las cámaras, persuadir a los guardias; lo que sea necesario para que no me relacionen con lo que les ha ocurrido a Mako y a Hawkins.

No hasta que averigüe cómo abordar la situación con Kallister.

Sé que la noticia del ataque no ha tardado en extenderse porque me han saltado varias notificaciones en el intercomunicador. Dos mensajes de Tana, contándome lo ocurrido. Y uno de Gray, lo que me sorprende. Suponía que nunca me volvería a hablar.

Tana dice que es un ataque animal. «Quizá de un lobo», según sus palabras.

Cuando me siento en el borde de la cama y repaso mentalmente todo lo que ha ocurrido esta noche, me arden los ojos por las lágrimas contenidas. Debería haber intentado con más ahínco salvar a Mako. ¿Por qué no lo he salvado? ¿Qué más daba si Hawkins me disparaba?

Debería haberme enfrentado a esa bala. Tal vez, si lo hubiera hecho, Mako seguiría con vida.

Al final, a pesar de las órdenes de Saint, no logro permanecer en mi habitación ni un segundo más. Salgo a trompicones de mi apartamento y me dirijo a la sala común más cercana. Necesito una copa. Al parecer, no soy la única.

La estancia está a rebosar de personas reunidas en torno a las mesas o aovilladas en los sofás o los sillones. El ambiente es lúgubre. Melancólico.

—No me puedo creer que Mako haya muerto —musita alguien, y tardo un momento en entender que es Henley. Nunca lo he oído tan

devastado. Ya no rezuma sarcasmo y le ha desaparecido el brillo juguetón en los ojos.

Me acerco y le robo la botella de licor del valle de los dedos porque el armario con las bebidas está demasiado lejos. No protesta, solo observa consternado cómo le doy un largo sorbo.

—¿Te has enterado?

Asiento.

—Qué putada —musita—. Los lobos nunca suelen acercarse tanto a la Daga. ¿Qué cojones hacía uno de ellos ahí fuera?

Un sollozo áspero se alza sobre los murmullos y, al girarnos, vemos a Raven Persimmons, a la que consuelan dos de sus amigos. Las lágrimas le cubren las mejillas mientras llora en sus brazos.

Al advertir nuestra presencia, se pone en pie con dificultad y se acerca a nuestra mesa.

—Henley —dice entre sollozos ahogados—. Fui yo.

Me tenso durante un segundo, pensando que, por alguna razón, se está responsabilizando por lo que ha ocurrido esta noche.

—Le robé la tarta —confiesa con los ojos anegados de lágrimas—. Le mentí. Y seguí mintiendo porque era divertido verlo deambular por ahí, preguntándoles a todos y perdiendo los nervios. Soy una persona horrible…

El sistema de megafonía crepita al cobrar vida, interrumpiendo a Raven en mitad de la frase.

—¡Atención! Un mensaje para todo el personal de la base.

La voz de Kallister me provoca un escalofrío gélido.

—Como muchos de vosotros habréis oído, esta noche hemos sufrido una trágica pérdida. Mako Wilsen ha muerto por lo que parece ser el ataque de un aullador que ha estado a punto de terminar también con la vida de Hawkins Jost. Las circunstancias son…

¿Qué? ¿Que ha estado «a punto» de terminar con la vida de Hawkins Jost?

¿Hawkins sigue vivo?

Ejerzo presión en la mente de Saint a toda prisa. Espero que no esté disponible, pero me sorprende respondiendo.

Antes de que preguntes, lo acabo de descubrir.

¿Ha sobrevivido?, pregunto mientras el pánico se arrastra por mi garganta.

Eso parece. Tenía el pulso muy débil cuando hemos traído el cuerpo. Brion ha intentado sanarlo, pero no es lo bastante fuerte. Brion es uno de los sanadores que vive en el valle. Kallister ha debido traerlo a la Daga tras la muerte de Fiona. *Está en la cámara de regeneración, pero no sabemos si eso funcionará tampoco. Las lesiones en la garganta son graves.*

¿Aún no se ha despertado?

No. Y no lo hará durante bastante tiempo. Según la cámara, necesitará un tratamiento de doce horas.

¿Doce horas? Entonces, Hawkins debe de estar muy grave. Para regenerar un brazo roto se suele tardar menos de una hora. Para el cáncer, menos de una semana. Doce horas es mucho tiempo para una herida.

¿Es horrible que desee que muera?, le pregunto a Saint.

No, todos llevamos años esperando que pase.

¿Kallister se ha creído la historia cuando se la has contado?

Eso parece.

¿Eso parece? ¿No puedes plantar una semilla en su cabeza para que se la crea?

No, la persuasión no funciona con Kallister.

¿Lo has intentado alguna vez?, pregunto, sorprendida.

Varias. No funciona con todos. Proponer ideas es un arte. Puedes plantar la semilla, pero no siempre germina.

Me muero de ganas de saber más sobre esta habilidad suya, pero sé que no es el momento, por lo que no me quejo cuando interrumpe el vínculo. Intento centrarme en el resto del comunicado de Kallister.

—… un funeral mañana por la tarde para honrar la vida de Mako, la de nuestra querida Fiona y todas las que se perdieron durante el ataque en la base de la Zarzamora. Se les echará mucho de menos. Por el momento, pido que respetéis el proceso de duelo de los demás, pero sigáis centrados en vuestras responsabilidades.

El sistema de megafonía se interrumpe con un clic.

Necesito hablar con Gray. Y con Saint. Y quizá también con Tana. Debemos averiguar qué hacer con Kallister, pero nadie me contesta. Ya en mi habitación, mientras me cuelo bajo las mantas, le envío a Gray otro mensaje, pero no recibo respuesta.

Cuando me estoy resignando al hecho de que, oficialmente, no quiere tener nada que ver conmigo, alguien llama a la puerta. Me apresuro a abrirla y las emociones me borbotean en el pecho al ver su rostro. Parece cansado. Triste. Pero sigue tan guapo como siempre. No se acerca a tocarme, de ahí que dé un paso atrás para dejarlo pasar.

—Perdona, ¿te he despertado? —dice con voz ronca, estudiando a mis espaldas las mantas revueltas bajo la luz de la lámpara de la mesilla—. Son casi las diez. No sabía que…

—No, no estaba dormida. Pasa. Quiero volver a cubrirme con la manta.

Me subo a la cama porque se me ha metido el frío en los huesos en el momento en el que he visto que Mako caía, y esa sensación gélida no me ha abandonado. Lo de esta noche ha sido… devastador.

Gray también parece hecho polvo. Se derrumba sobre el borde de la cama e inclina el cuerpo hacia mí.

—No me puedo creer que Mako se haya ido.

—Lo sé. —El nudo en la garganta amenaza con ahogarme—. Tenemos que hablar…

Me interrumpe con un suave gruñido.

—Lo siento —dice, tan bajo que apenas lo oigo.

—¿Por qué?

—Por comportarme contigo como un gilipollas todo el día.

—No, soy yo la que lo siente.

Me arrastro un poco más cerca. Quiero abrazarlo, pero me preocupa que me rechace. Opto por cogerle de la mano. La lámpara le dibuja sombras en la cara, enfatizando las ojeras que le rodean los ojos. La pena se condensa en el ambiente. Necesito contarle lo que ocurrió con Mako y Hawkins, pero tiene que desahogarse primero.

—Deberías haberme hablado de tus padres —contesta con un hilo de voz.

—Lo sé. Tenía miedo. No quería que me odiaras por lo que hicieron.

Me estudia.

—¿De verdad creías que te odiaría, que te miraría diferente al enterarme?

Pestañeo.

—¿No?

—Joder, Wren, claro que no. No eres responsable de los crímenes de tus padres.

—Pero… tal y como actuaste en el Templo, parecías tan… disgustado… enfadado…

—Me molestó que no me lo contaras, pero nunca podré odiarte. —La nuez se le desplaza por la garganta cuando traga saliva—. Te quiero. —La confesión flota entre los dos—. Siento que pensaras que te estaba culpando por lo que hicieron tus padres porque no es así. —Me coge la mejilla y me la acaricia con el pulgar—. Si te soy sincero, nunca le he dado demasiadas vueltas a lo de los traidores de la sección Estaño ni me he obsesionado con ellos como otros supervivientes de la cordillera.

—Como el padre de Luisa.

—Seth necesita culpar a alguien —dice Gray—. Y es fácil canalizar toda tu ira hacia los Modos que nos traicionaron.

—Pero ¿no son los culpables? —pregunto, confusa.

—En parte, sí, pero igual que los pilotos de los cazas y bombarderos o los soldados del Comando. La Compañía es responsable por lo que ocurrió. Tus padres fueron solo engranajes de una máquina de guerra. —Me pasa una mano por el pelo, entrelazando los dedos con los densos mechones—. Nunca podré odiarte —me susurra, apoyando la frente contra la mía.

Inspiro hondo, temblorosa, y, por fin, lo abrazo. Mientras me estrecha, noto el latido firme de su corazón contra el pecho y la calidez de su mano al acariciarme la parte baja de la espalda.

Creo que yo también lo quiero. No; sé que lo quiero. No es igual que con Cross, pero está ahí y es real. Nunca le he dado muchas

vueltas a esa idea, pero, si me lo hubieran preguntado antes de esta noche, habría respondido que era imposible querer a dos personas a la vez. Ahora no lo tengo tan claro. Quizá el corazón tiene espacio para más de un amor. La clase de amor que te ancla y ve más allá de la maraña que conforma tu interior. O de ese que te empuja a crecer y a ser una mejor versión de ti.

Nuestra mente siempre intenta simplificar el mundo a nuestro alrededor para encontrarle sentido, pero quizá el corazón no está hecho para encajar en una única categoría pulcra y ordenada. El corazón no tiene por qué tener puto sentido porque el amor no lo tiene.

—Me aterra —digo contra su pecho.

Se aparta.

—¿Qué?

—Decirlo. —La palabra se me escapa de entre los labios.

—¿Decir que me quieres? —Asiento y las lágrimas me arden en los ojos cuando añade—: Porque una parte de ti siempre pertenecerá a él, ¿no?

Dejo caer las manos.

—Sí.

Ni siquiera pestañea ante la respuesta. Ni se estremece. Solo contesta:

—Lo sé.

Le sostengo la mirada. Espero ver enfado o resentimiento, pero solo advierto aceptación y comprensión.

—No te voy a pedir que lo olvides. Espero que lo hagas en algún momento. Que solo sea un recuerdo distante al que dejes de aferrarte. —La emoción se cuela en su voz—. Y espero que algún día pueda darte cada pedazo de mi ser también. Pero ninguno ha llegado aún a ese punto.

Asimilo sus palabras. Me siento mejor al saber que él también se está guardando algo para sí, que los dos estamos en el mismo lugar en cuanto a nuestras emociones.

Le sostengo la mirada de nuevo.

—Te quiero de verdad. No sé cuándo ha ocurrido, pero en algún momento de este año te he cogido cariño.

Me dedica una suave sonrisa.

—Sé a qué te refieres.

El pasado no es algo que pueda borrar. Cross se quedó con una parte de mi corazón. No puedo dejar de quererlo, no cuando llevaba siendo parte de mi vida desde que tenía seis años. Pero sigo teniendo espacio para Gray en él.

Inclina la cabeza y presiona los labios con los míos. Es un beso dulce. Suave. Me dejo caer contra su pecho, aferrándome a él con fuerza.

—¿As?

—¿Mmm? —susurra contra mi pelo.

—Quizá vaya a estropear la noche, pero… —Trago saliva—. Soy yo la que ha estado a punto de matar a Hawkins.

Se produce una pausa. Luego, me sorprende soltando una carcajada.

—Por supuesto. —Suspira.

Antes de que pueda darle explicaciones, los intercomunicadores nos vibran a la vez. Con el ceño fruncido, coge el suyo y consulta la pantalla. Suelta una maldición áspera un segundo después.

—¿Qué pasa? —pregunto, preocupada.

Sin mediar palabra, me tiende el intercomunicador para mostrar el mensaje que nuestro nuevo líder ha enviado a todos los residentes de la base.

Para: Todo el personal de la base de la Daga Azul
De: Kallister Ash

Como la mayoría de vosotros sabréis, esta tarde se ha invocado y aprobado la orden cinco. La Autoridad se ha disuelto y, tras apartar a Adrienne Knox del liderazgo, se la ha relegado a una celda.

Después de una revisión exhaustiva de los acontecimientos que rodearon la emboscada en la base de la Zarzamora, he concluido que las acciones imprudentes de la prisionera dieron como resultado un daño catastrófico e irreparable. Ante un incumplimiento así de su deber para con las vidas perdidas esa noche, solo se puede imponer la pena máxima.

Por eso, se ha sentenciado a Adrienne Knox por un crimen de alta traición y será ejecutada a medianoche.

CAPÍTULO 60



¿A medianoche? Echo la manta hacia atrás y me pongo en pie a duras penas, perpleja por el mensaje de Kallister.

—¿Tiene autorización para hacer algo así? —le pregunto a Gray, en *shock*—. No puede ejecutar a alguien porque le salga de los huevos, ¿verdad?

—Ahora es el líder supremo de la Revolución —contesta con voz monótona—. Puede hacer lo que le plazca.

Me dirijo a toda prisa al armario para sacar un puñado de prendas. Siento que Gray me observa mientras me enfundo los vaqueros oscuros. Me cierro el botón y me estiro a por una camiseta de manga larga para ponérmela encima del top blanco.

—Aún tenemos tiempo —dice—. Tendrá que escoger el método de ejecución y se le permite elegir a un testigo. Kal no entrará sin más en la celda y le volará los sesos. Para eso están los protocolos.

—¿De verdad crees que Kallister va a seguir el protocolo después de todo lo que ha hecho? Porque yo no. Necesitamos encontrarlo. —Se me tensa tanto la mandíbula que apenas logro escupir las palabras—. No podemos dejar que la mate.

—No lo hará —me asegura.

Nos dirigimos a la puerta, pero lo cojo del brazo antes de que la abra.

—Espera, necesito contarte lo que te estaba diciendo cuando hemos recibido la alerta. He descubierto esta noche que Kallister ha estado usando a Hawkins para corromper mentes en los distritos.

Gray se queda paralizado.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? Hawkins es un incitador.

—Tiene ambas habilidades. Créeme, a mí me sorprende tanto como a ti, pero sospecho que por eso a Kallister no le preocupa ejecutar a Adrienne. No la necesita para corromper. Ya no le es de utilidad.

—Joder.

—No creo que debamos decirle que lo sabemos. Aún hay tiempo antes de que Hawkins salga de la cámara de regeneración. Cuando se despierte, estoy segura de que lo primero que hará será contárselo a Kallister, pero ahora mismo podemos aprovechar la ventaja que tenemos. Finjamos que no sabemos que es un tirano enfermo con ansias de poder y…

Me detengo al notar que Adrienne ejerce presión en mi mente.

—Adrienne se está vinculando conmigo —anuncio.

Wren, me dice por telepatía, *¿puedes venir a la prisión? Kallister ha aprobado mi petición de tener una visita.*

Estoy con Gray. Llegaremos en unos…

Solo tú.

Mordiéndome el labio, miro a Gray.

—Me permiten visitarla. Solo a mí.

Piensa durante un segundo y luego asiente con brusquedad.

—Joder, vale, divide y vencerás. Asegúrate de que Ade se encuentra bien. Buscaré a Kallister y trataré de hacerlo entrar en razón.

Nos separamos en el pasillo para encaminarnos en direcciones opuestas. Me siento tentada a pasar por la armería para coger un arma, pero supongo que las celdas estarán vigiladas y de ninguna manera Kallister me va a dejar pasar con una pistola. Temerá que intente liberar a Adrienne.

De camino a la planta de Operaciones, trato de contactar con él por telepatía, pero me ignora. Supongo que está demasiado ocupado sentenciando a muerte a Modos inocentes.

Cuando llego a la prisión, me sorprende encontrar la zona sin vigilancia. Aunque me da mala espina, avanzo con cautela hasta la primera celda, donde veo a Adrienne, sentada sola. Lleva unas mallas negras, una camiseta de licra y unas botas de combate y, si

no fuera por lo pálidas y demacradas que tiene las facciones, pensaría que es la carcelera, en lugar de la prisionera.

—¿Por qué no hay un guardia ahí fuera? —Me acerco con cuidado a la celda.

Adrienne deja escapar una carcajada apagada.

—A Kal le preocupa que lo corrompa.

Crispo los dedos sobre los barrotes, estudiándola preocupada.

—¿Estás bien? No te habrá hecho daño, ¿no?

—Todo bien. —Se acerca a mí—. Gracias por venir.

—Sin problemas. —Arrugo la frente, inquieta al percibir su calma—. Te ha sentenciado a muerte. Lo sabes, ¿verdad?

Asiente.

—Vale, bien, Gray se ha ido a buscarlo para intentar que entre en razón. —Siento una descarga de rabia—. No vamos a dejar que te mate…

—Sí —me interrumpe—, vais a hacerlo.

Titubeo.

—¿Qué?

—Vais a dejar que me mate.

Encogiéndose de hombros, Adrienne se aleja de los barrotes y se acerca a la pequeña mesa de metal anclada al suelo. Observo perpleja cómo coge una jarra de estaño llena de agua y se sirve un vaso.

—¿Lo dices en serio? —pregunto—. ¿Por qué íbamos a hacer algo así?

—Porque es lo que quiero —replica.

No encuentro las palabras. La contemplo, tratando de entender lo que veo en su rostro. No es derrota, que es lo que se esperaría de alguien que sin duda se ha rendido, sino que… creo que es paz.

—¿Qué…? ¿Qué pasa? ¿Quieres ser una mártir o alguna gilipollez así? ¿Vas a morir por tus ideales para que la gente pueda resurgir de tus cenizas y tomar el mando de la causa?

Ante esto, se echa a reír.

—¡Qué va! ¿Tengo cara de mártir?

La confusión se funde con la desesperanza en mi garganta.

—Entonces, ¿por qué dices eso?

—Porque es lo que siento. Estoy cansada, Darlington. —Se lleva el vaso a los labios y le da un pequeño sorbo—. Estoy agotada, harta de mí misma, joder.

—Adrienne…

—No —me interrumpe—. Sé que crees que estoy intentando que sientas pena por mí, pero no es así. La razón por la que no me voy a resistir a la sentencia de muerte es porque no quiero seguir luchando.

—¿Vas a abandonar a la Revolución? ¿A todo el Continente?

Se bebe el agua sin dejar de observarme desde el otro extremo de la celda. Su lenguaje corporal es imposible de descifrar.

—Cuando rebobiné la mente de mi mentor y le arruiné la vida, también me la destruí a mí misma. —Una nota ausente se filtra en su voz. Ha centrado los ojos en los míos, pero mantiene la mirada perdida. En su mente, está viendo algo que ocurrió hace mucho tiempo.

—Tenías doce años —le recuerdo con un susurro—. No sabías qué le ocurriría a… ¿Cómo se llamaba? ¿Khem?

Asiente, distante, y deja el vaso en la mesa.

—Lo destrocé y, desde ese día, he intentado enmendarlo. Entendí que tendría que corromper a otras mentes en el proceso para alcanzar la paz, pero me dije que podría vivir con esas víctimas a mis espaldas. Ahora ya no estoy tan segura.

Adrienne se gira hacia la puerta de la celda, donde sigo agarrando los barrotes con fuerza. Me cubre las manos con las suyas. Las tiene frías al tacto.

—Llevo décadas luchando, Wren. Es hora de que pare y otra persona ocupe mi puesto.

Niego con la cabeza.

—¿Te refieres a mí? Nadie va a escucharme. Te quieren a ti.

Suelta una carcajada, aunque se torna débil, casi un jadeo.

—Si decides dar un paso al frente y ofrecer una solución que no requiera la muerte de la mitad del Continente, creo que harás un buen trabajo. Pero nadie te está pidiendo que lideres la causa.

Me inclino un poco más hacia ella, implorándole con los ojos.

—No puedes dejar que te mate.

—Ya lo ha hecho.

Jadea de nuevo y ahí es cuando lo huelo, en su aliento. Ese hedor empalagoso. Raíz de corazón.

Desvío la mirada hacia la jarra de agua en la mesa. Hacia la taza medio vacía. No era agua. Joder, no era agua.

—¡¿Qué has hecho?! —pregunto, horrorizada.

Su respiración se vuelve superficial.

—No pasa nada. Es lo que he elegido. Quería que tú estuvieras aquí. Para Gray sería demasiado duro.

La bilis me recorre la garganta y sufro una arcada. Me ha hecho llamar para ser su testigo, ¡joder!

Le aprieto las manos, tratando de calentárselas, mientras me vinculo desesperada a Tana, quien contesta enseguida.

¿Dónde está Brion?, le pregunto, tratando de que el pánico no me asfixie. *Envíale a la prisión. Adrienne necesita sanación.*

Creo que está en el valle haciendo algunas revisiones médicas…

Interrumpo el vínculo. ¡Joder! Ahora que Fiona ha muerto, Brion es el único sanador con el que contamos. Ante mí, Adrienne empieza a mecerse.

—Por favor —le suplico—. Intenta vomitar.

Pero ambas sabemos que no servirá de nada. El mínimo rastro de raíz de corazón causa estragos en el cuerpo.

—No pasa nada —repite antes de dirigirse despacio hacia el estrecho catre.

Cuando tropieza, grito, desesperada por entrar en la celda y ayudarla, pero recupera el equilibrio y se deja caer con cautela en la cama.

Nunca me he sentido más indefensa que ahora, mientras la veo luchar por recuperar el aliento. No obstante, a pesar de los jadeos, la respiración sibilante y la tensión de su cuerpo, sigue con los ojos cerrados. Entonces, oigo su voz en mi mente.

Cuídate, Darlington.

Un segundo después, su firma energética se disuelve y se queda inmóvil. Mi compostura se astilla en mil pedazos. Contemplo el cuerpo de Adrienne, atónita. Se suponía que teníamos hasta

medianoche para encontrar una solución, para salvarla. Kallister ni siquiera nos ha dado esa oportunidad, maldita sea.

Con manos temblorosas, saco el intercomunicador del bolsillo y contacto con Gray.

—¿Lo has encontrado? —pregunto con un graznido cuando oigo su voz.

—No. ¿Sigues con Adrienne?

—Está muerta.

—¿Qué quieres decir con que está muerta?

—Está muerta —repito, y se me quiebran las palabras—. Eligió la raíz de corazón como método y a mí como testigo. —Me tambaleo, luchando contra una nueva oleada de náuseas—. Joder, Gray, está muerta.

Al otro lado de la línea se produce el silencio, seguido de un gemido suave y angustiado.

—Voy a buscarte —digo—. Creo que tenemos que salir de la Daga.

Corto la llamada y le doy la espalda al cuerpo sin vida de Adrienne justo a tiempo para captar movimiento en un extremo del pasillo. Oigo un siseo en el aire una milésima de segundo antes de que una aguja se me clave en el cuello. El líquido me inunda las venas, provocándome una descarga de adrenalina.

—¿Qué…? —La pregunta me muere en los labios mientras unos puntos negros me invaden la visión y la lengua se me entumece en la boca.

Las celdas se balancean y las paredes se ondulan a mi alrededor.

Unas pisadas hacen eco en el extremo del pasillo, un sonido amortiguado, como si estuviera bajo el agua. Sea quien sea quien me ha pinchado el tranquilizante se está acercando de nuevo a mí.

Luego, todo desaparece.

CAPÍTULO 61



Me estalla la cabeza. Pestañeo varias veces para recuperar el sentido y los ojos se me adaptan a la oscuridad de… ¿la bodega? Estoy en la bodega de un… avión. ¿Qué hago en un avión?

Trato de frotarme la cara, pero tengo las manos unidas por las muñecas. Noto el cuerpo pesado y las extremidades débiles. Además, me siento somnolienta.

Lucho contra la sensación de desorientación y dirijo los ojos hacia la cabina de mandos. Veo una nuca. Pelo rubio salpicado de canas. Kallister.

No tengo ni idea de cuánto tiempo he estado inconsciente, pero sigue siendo de noche al otro lado del parabrisas.

Me ha drogado. Sin más preámbulos, abro una vía hasta la mente de Saint y…

No ocurre nada.

No puedo abrir una vía. La telepatía no funciona. ¿Por qué no funciona?

—Sé que estás despierta, Wren. —La diversión en su voz flota desde la cabina de mandos.

Intento incorporarme y una punzada de dolor se me clava en las sienes.

—¿Qué me has hecho? ¿Por qué no puedo usar los poderes?

No responde.

—¿Qué es esto? —Noto la voz ronca, por lo que carraspeo—. ¿Adónde me llevas?

Me dedica una única mirada fría y calculadora. No me puedo creer que alguna vez haya pensado que se parecía a Jim. Mi tío nunca me miraría así.

—¿Qué coño es esto?

Kallister suelta una carcajada.

—Siempre tan exigente. Igual que tu madre.

—No me parezco a mi madre y no estoy de humor para jueguecitos.

—La paciencia es una virtud. No tardaremos en llegar.

A la mierda la paciencia. Si la telepatía no funciona, la incitación seguro que sí. Utiliza una frecuencia diferente. Inspiro hondo y trato de aprovechar el polvo dorado de mi mente…, pero en mi mente no hay polvo dorado. ¿Qué cojones está pasando?

Mientras comienzo a sentirme cada vez más alerta, advierto que Kallister lleva puesto un equipo de combate, con armadura y una pistola en la cadera. Me esfuerzo por pensar más allá de la neblina que me confunde la mente. La droga sigue haciendo efecto, pero la adrenalina en mis venas la está diluyendo poco a poco, reemplazando el aletargamiento por la necesidad inminente y apremiante de salir de aquí.

—Sé que estás enfadada conmigo —empieza a decir.

—No me jodas, Kallister. —Hay que tener huevos—. Olvida lo de que me has drogado y atado… ¡Acabas de asesinar a una mujer!

—No, he cumplido una sentencia. Igual que han hecho muchos ejecutores antes que yo.

—Esas víctimas solían pasar por un juicio.

—Ahora la ley soy yo —dice—. Y, aunque sé que no estás de acuerdo, creo que disolver la Autoridad era lo mejor para todos los Modos que luchan en la Revolución. Se merecen tener un líder que vele por sus intereses. Una visión que los guíe. —Kallister niega con la cabeza, molesto—. Adrienne estaba imponiéndoles una perspectiva que no deseaban. Ojalá lo acabes entendiendo.

—Puede —digo con la voz rezumando veneno—, pero matarla no era la solución, puto pirado.

Suspira.

—Podemos seguir insultándonos, si quieres. Pero no es eso para lo que te he…

—¿Drogado? —le propongo con amargura.

—… traído aquí a hablar a solas —concluye—. Lejos de los ojos fisgones de la Daga. Me gustaría que tratáramos de entendernos.

No logro reprimir una carcajada áspera.

—¿Quieres que te entienda? Bueno, sé que intentaste crear una especie de vínculo entre los dos al fingir que tenías buena relación con Jim. Una relación que nunca existió. He oído la manera en la que has hablado de él en el Templo esta mañana. Lo odiabas.

—¿Odiarlo? No, es una palabra demasiado fuerte. Era mi hermano gemelo. Odiarlo sería como odiarme a mí mismo. Sí me decepcionó. A veces, incluso me dio asco. Pero nunca lo odié. A tu madre, sin embargo… Puedo decir que a Marina sí la odiaba. Le dije a Julian que causaría su desgracia, que destruiría todo lo que la rodeaba. Pero no me escuchó. La eligió antes que a su propia sangre, que a la red, y eso nunca se lo perdoné.

—Tenías celos de Marina —lo acuso—. De la relación que tenían.

Me sorprende cuando no lo niega.

—Sí, a veces me producía celos. —Vuelve a centrar los ojos en el cielo oscuro.

—¿Adónde vamos? —pregunto al notar cómo la frustración me invade.

No responde, lo que solo me provoca una nueva descarga de ira. Kallister se parece más a Travis Redden de lo que cree. Ambos están motivados tan solo por sus propios intereses. No sé por qué no lo he visto hasta ahora. Ha usado a Hawkins para corromper a los Primarios en los distritos, no me jodas. Si ha aceptado destruirles la mente a unos niños, ¿qué más estará dispuesto a hacer?

Lo único que sé es que, incluso dejando de lado que me ha pinchado un puto tranquilizante, no hay forma de que vuelva a confiar en él de nuevo.

Inhalo con lentitud para calmarme.

—Devuélveme a la Daga, Kallister. Por favor.

Se gira, estudiándome con los ojos marrones, esos que se parecen tanto a los del tío Jim y a la vez son tan diferentes. Pienso

en todas esas tardes que pasamos en su apartamento. Yo en el sofá y Kallister en el sillón, compartiendo el mismo espacio en silencio mientras devoraba el archivo de mi madre. Un archivo que me ofreció por voluntad propia, como si me estuviera haciendo un favor. Ahora sospecho que solo trataba de mantenerme cerca.

—Hemos llegado —anuncia.

Con un fuerte zumbido, la aeronave comienza a descender a toda prisa. Aquí no tengo ventanas y no se ve mucho más que oscuridad a través del parabrisas. Paseo la mirada por la bodega en busca de algo que pueda usar como arma, cualquier cosa con la que escapar. Nada.

El avión aterriza con un suave golpe seco. La vibración del motor se acalla y todo se queda en silencio. Kallister se baja de la cabina y se dirige a la puerta de la bodega para abrirla. Tira de mí con fuerza. Me resisto, pero aún me siento torpe debido a la droga. Mi cuerpo tarda un segundo en recordar cómo permanecer en pie. Para entonces, ya me está apuntando con la pistola en el centro del pecho.

Huelo la sal. Las rocas húmedas. Una ráfaga de viento frío me golpea la cara.

—¿Estamos en la cordillera Valterra? —pregunto, confusa.

—Me pareció apropiado.

Sigo sin poder usar la telepatía y la frustración me constriñe la garganta.

—¿Por qué no me funcionan los poderes?

Kallister introduce la mano bajo la armadura y saca una cadena plateada de la que pende un largo colgante blanco, tallado como un témpano. Daguita blanca. ¡Joder!

Mientras siga a mi lado, no podré usar mis habilidades de Modo. En la montaña, no pude usar la telepatía hasta que Hawkins y yo estuvimos bastante lejos de la cueva. Miro a nuestro alrededor e inspiro de forma irregular. Los inhóspitos acantilados se extienden por todas partes, con sus paredes escarpadas cubiertas de daguita azul, pero parece que la blanca es más poderosa porque, aunque se supone que debería reforzar nuestros dones, ahora mismo no me está sirviendo para nada.

Kallister me empuja hacia delante y me tambaleo. Noto las piernas demasiado débiles. Ese tranquilizante me ha afectado a lo grande.

—Sigue andando. —Hace un gesto con el cañón de la pistola—. Para. Con eso es suficiente.

—Sabes que Gray te va a matar por esto, ¿verdad?

—No, no lo hará. Al final siempre entra en razón.

—No, sobre esto no. No si se refiere a mí.

—Por eso es hora de que cada uno se vaya por su lado —dice Kallister con un ápice de arrepentimiento en la voz—. Esperaba que pudiéramos colaborar juntos. Te he dado esa oportunidad esta noche.

—¿Qué oportunidad? Me has drogado.

—Antes. Quería ver qué hacías después de escucharnos en la cueva.

Se me corta la respiración.

—¿Sabías que estaba ahí?

Suelta una carcajada.

—Sabía todo lo que iba a ocurrir, Wren.

—No lo entiendo.

—Lo vi todo. Vi que me seguías a la cueva. Que te enfrentabas a Hawkins. Que presenciabas la muerte de Adrienne. Lo que no sabía es lo que harías a continuación. Si ibas a aceptar el destino de Adrienne y las misiones de corrupción como pasos necesarios en nuestro futuro. O si ibas a convencer a Gray de que se volviera en mi contra. Has elegido lo segundo.

Lo contemplo, esforzándome por asimilar lo que está diciendo hasta que el cerebro, que sigue adormilado por la droga, por fin hace la conexión. Es un premonitorio. Cuando habla sobre ver cosas, se refiere a una visión.

—Tuviste una visión sobre lo de esta noche —digo con lentitud—. Sabías que estaría ahí fuera, escuchándoos a Hawkins y a ti. ¿Sabías lo que ocurriría después? —El corazón se me acelera—. ¿Viste cómo Hawkins incitaba a Mako hasta matarlo?

Kallister permanece impasible, como si la muerte de mi amigo no fuera importante.

—Sí, así es.

—¿Viste cómo un aullador le rebanaba la garganta a Hawkins? ¿Lo viste todo y aun así dejaste que ocurriera?

—También vi que Hawkins sobreviviría. No iba a pasar nada.

—¿No iba a pasar nada? —repito, enfadada—. ¡Mako ha muerto!

Kallister se encoge de hombros y hace un gesto desdeñoso que me provoca una nueva chispa de rabia.

—Aunque hubiera intervenido, nada nos asegura que pudiera haberlo evitado. Las visiones son complejas. A veces, las palabras y los momentos están grabados en piedra. Da igual lo que hagas; esos acontecimientos se desarrollan justo como los has visto.

—Pero a veces puedes alterarlos —digo, porque sé que alguien, al tomar una decisión distinta, ha cambiado la visión de un premonitorio—. Podrías haber intentado cambiarlo.

—La muerte de Mako era otro paso necesario —comenta, aunque ahora parece arrepentido—. Era un chaval majo. Pero se puso en medio.

Aprieto los puños.

—Entonces, ¿qué? ¿Me has traído aquí para matarme?

—Sí, pero, si sirve de algo, no lo voy a disfrutar.

Se me escapa una carcajada de incredulidad.

—Has agitado el avispero demasiado, Wren. Tienes demasiada influencia sobre Gray, incluso sobre Saint. Y, aunque no puedo demostrarlo, mi instinto me dice que tuviste algo que ver con la deserción de Evlynne. —Centra los ojos en los míos—. Tengo planes para el Continente y, por desgracia, creo que vas a ser un estorbo.

El pulso me zumba en los oídos. Miro otra vez a mi alrededor, incapaz de luchar contra el pánico creciente. El paisaje es yermo y árido, compuesto solo del cielo oscuro sobre nuestras cabezas y el agua del mismo tono a nuestros pies. Toda la cordillera alberga la historia sanguinolenta de los Modos a los que mató mi madre.

Moriré aquí, rodeada de los fantasmas del pasado.

Centro los ojos en la pistola antes de desviarlos de nuevo a la cara de Kallister. Veo cómo acerca el dedo al gatillo.

—Lo siento mucho, de verdad —farfulla.

Trago saliva con dificultad.

Asimilo la realidad de la situación justo cuando el sonido distante de la hélice de un helicóptero interrumpe el silencio. Ambos nos quedamos paralizados. Kallister desvía la atención al cielo, pero sigue apuntándome con la pistola. Firme.

El ruido se vuelve más fuerte, reverberando entre los acantilados, y entonces lo veo. El corazón se me acelera.

—Tenemos que irnos —le digo—. Es un avión del Comando.

Duda. Las luces del helicóptero inundan el acantilado, cegándonos durante unos segundos. Pero no necesito más. Corro hacia él y le golpeo en el pecho con el hombro. Se tambalea hacia atrás, pero no suelta el arma. Al contrario: dispara.

La explosión de la bala es ensordecedora y un dolor abrasador me recorre el brazo, haciendo que retroceda por la conmoción. Nunca me habían disparado. Duele. La sangre brota de la herida, recorriéndome el brazo antes de caer en el terreno oscuro. Aprieto los dientes, intentando permanecer en pie, pero el dolor es ensordecedor.

Otro disparo cruza el aire. Durante un segundo aterrador, me preparo para que el mundo entero desaparezca mientras muero por un tiro en la cabeza, pero me doy cuenta de que Kallister está disparando al helicóptero, que cada vez está más cerca. Prueba varias veces. Las balas rebotan contra el metal, provocando un ruido sordo, pero no logran evitar que el helicóptero siga descendiendo.

Con una maldición entre dientes, Kallister se gira hacia mí, pero yo ya me estoy lanzando de nuevo contra él. Chocamos. El aire se me escapa de los pulmones y siento una nueva oleada de agonía en el brazo. Pierdo el equilibrio y Kallister aprovecha su ventaja. Me devuelve el golpe.

Trato de no caerme por el acantilado, pero fracaso.

Grito cuando el terreno desaparece bajo mis pies. Permanezco en el aire, ingrávida durante unos segundos aterradores antes de que la gravedad ejerza su efecto sobre mí. Con el viento aullándome en los oídos, una descarga de adrenalina me pone en marcha. Me aferro con los dedos a la roca, sujetándome al borde del acantilado, y el cuerpo entero se me convulsiona cuando choco con la cornisa. El brazo protesta por el dolor mientras permanezco aquí colgada,

sujeta con todas mis fuerzas a un pedazo sobresaliente de daguita azul.

El pulso me palpita con violencia en los oídos. La sangre me recorre el brazo. Cuando oigo el inquietante zumbido de una aeronave al pasar junto a mí, advierto que Kallister está huyendo. Cobarde.

Giro la cabeza para seguir la trayectoria de la nave por el cielo nocturno antes de que desaparezca en el horizonte neblinoso. Estoy jadeando, esforzándome por aguantar.

«No mires abajo».

Me arden los músculos, suplicándome alivio. Me aferro a la roca con toda mi fuerza de voluntad mientras la mente se me acelera.

Entonces, lo oigo. Pisadas. El terror se cuela en mi interior cuando una sombra se yergue sobre mí. Un momento después, aparecen unos dedos.

—Dame la mano.

Me quedo paralizada. No puede ser.

—Dame la mano, palomita.

El corazón se me sube a la garganta.

Es Cross.

CROSS

CAPÍTULO 62



Por primera vez desde hace meses, el corazón me vuelve a latir. No ha dejado de mirarme desde que tiré de ella y pisó tierra firme de nuevo.

Pero no pasa nada. Porque yo tampoco puedo dejar de mirarla.

Está aquí.

Está viva.

Nunca la he visto tan guapa.

Mientras sigue con los ojos de color miel fijos en los míos, una avalancha de emociones se filtra en cada grieta y recoveco de mi pecho. Basta un segundo para que todo vuelva a sobrepasarme. El amor que me inspira. El dolor de haberla perdido. La agonía de llorar por ella.

—Estás viva —digo, y la incredulidad me quiebra la voz.

Junta las cejas al fruncir el ceño.

—¿Por qué no iba a estarlo?

Una carcajada se me escapa de la garganta. ¿Por qué no iba a estarlo? Me cago en todo. No tiene ni idea.

Su presencia me atrae como un campo gravitatorio. Camino hacia ella antes incluso de percatarme y la rodeo con los brazos. Sin embargo, no hay tiempo de disfrutar del momento, de la sensación de su cuerpo contra el mío.

La cojo por los hombros con delicadeza.

—Tenemos que irnos.

Frunce de nuevo el ceño.

—No lo entiendo. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo…?

—Tenemos que irnos —repito—. He robado este helicóptero de la base. No lo he registrado, así que lo rastrearán en unos minutos.

A favor de Wren, diré que no se opone. Aunque se tambalea suavemente, me permite que la arrastre hasta la nave.

—Cross, ¿qué está pasando? ¿Por qué creías que estaba muerta?

—Luego te lo cuento —digo—. Ahora, súbete.

El viento que surge del agua y de la hélice que sigue girando le azota el pelo marrón mientras la ayudo a entrar en la cabina de mando. Solo cuando me instalo en el asiento del piloto advierto que está herida. Tiene los dedos crispados sobre el brazo cubierto de sangre.

—Un disparo —musita cuando me pilla mirándola, y una rabia pura me hierve en las entrañas.

No tengo tiempo para centrarme en eso. Asesinaré más tarde a quien sea que se lo ha hecho. Acelero con fuerza y el helicóptero sale despedido hacia delante. Segundos más tarde, abandonamos el acantilado y cruzamos el cielo abierto. El alivio me inunda el pecho.

Wren está pálida, con los ojos muy abiertos.

Pero sigue viva.

¡Viva!

—¿Adónde vamos? —pregunta con un hilo de voz difícil de oír sobre el motor y la hélice.

Hago una pausa mientras repaso todas las opciones. No esperaba encontrarme en esta situación cuando me he ido a la cama esta noche, cuando ese impulso me ha sacado del sueño profundo y básicamente me ha empujado a dirigirme al hangar, subirme a este helicóptero, encender el motor y volar a la cordillera Valterra, ni más ni menos. No tenía ningún plan entonces, solo una sensación inquietante y confusa en el pecho, y no tengo ningún plan ahora.

—A Fin de la Tierra —decido al final—. Hay un viejo aeródromo en la parte norte de la isla donde podemos aterrizar.

Mientras ascendemos por el aire, no puedo dejar de desviar los ojos hacia el asiento del copiloto.

—¿Por qué me miras, Lobo?

—Pensaba que estabas muerta —contesto con voz ronca.

—Eso has dicho. —Arruga la frente—. Pero ¿por qué?

—Ya no… podía hablar contigo.

—No lo entiendo.

—Me contaste lo de las firmas energéticas de la telepatía. Que, cuando alguien muere, la energía desaparece. —Se me constriñe el corazón, contrayéndose hasta que duele—. Ya no te sentía en mi cabeza. Llevo meses sin sentirte.

Se le corta la respiración.

—No lo entiendo. Yo sí seguía notando tu energía.

Estiro el brazo para cogerla de la mano. Necesito tocarla. Asegurarme de que es real. Lo es. Joder, es real. Tiene la mano cálida, temblorosa.

Entrelazo los dedos con los suyos y una oleada de emoción me debilita. Tras inhalar con lentitud, dejo que la calidez de su presencia me empape, despejándome la mente en mitad del caos. Me da miedo que, si le suelto la mano, si desvío la mirada, desaparezca de nuevo.

—Margarita… —empiezo a decir.

Se activa una alarma.

Centro los ojos en el salpicadero mientras una sirena aguda y ensordecedora reverbera por la cabina de mando.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—¡¡¡Nos estamos quedando sin combustible!!! —grito, elevando la voz sobre las alarmas, al mismo tiempo que paso las manos por los controles, frenético—. Tiene una fuga por una bala en el depósito. Lo más probable es que llevemos todo este rato perdiendo combustible.

Su cara se torna más pálida aún.

—Joder.

—No llegaremos a Fin de la Tierra. Mierda, ni siquiera podemos volver.

El motor tose y Wren y yo intercambiamos una mirada. Las alarmas parecen volverse más estrepitosas, aunque su volumen no es lo que ha cambiado, sino el nivel de adrenalina en mis venas. El helicóptero empieza a descender como un animal herido desesperado por encontrar alivio. Noto la pérdida de energía, la vibración en el aire a medida que la hélice se ralentiza.

—Agárrate —digo, sombrío, mientras nos ladeamos con brusquedad, inclinándonos de forma peligrosa.

El horizonte adopta una perspectiva imposible y el agua a lo lejos parece acercarse cada vez más rápido. Nos caemos.

El pulso se me acelera, pero esta vez no es por el miedo, sino por la acción. Tras soltar la columna de control, tiro de Wren y la estrecho contra mí mientras el helicóptero sigue cayendo, desplomándose hacia el océano.

—¡Agárrate! —le grito al oído, desgarrándome la garganta.

La hélice se ralentiza incluso más y su zumbido se acalla con un gemido fantasmagórico. La oscura expansión del océano se acerca cada vez más, lista para engullirnos.

Abrazo con más fuerza a Wren y me tenso, preparándome para el impacto. El tiempo parece ralentizarse, el mundo empequeñecerse y el océano atraernos. Entonces, caemos al agua.

De nuevo, se produce el caos. El sonido nauseabundo del impacto, el crujido del metal, la corriente fría e implacable de agua al inundar la cabina de mando… Me presiono contra el asiento y se me tensa el brazo en torno a su cuerpo cuando el helicóptero da vueltas por el agua y la hélice golpea las olas.

En todo momento, me aferro a Wren. No la voy a dejar ir nunca más, ni aunque el mundo a nuestro alrededor se suma en la oscuridad.

AGRADECIMIENTOS

Cuando se publicó *Élite plateada*, nunca me imaginé la increíble acogida que tendría por parte de los lectores. A todos aquellos que le disteis una oportunidad a esta nueva saga, que la compartisteis con otra persona o hablasteis sobre ella en internet, gracias de todo corazón. Vuestro apoyo a *Élite plateada* lo ha convertido en un superventas y no puedo estar más agradecida.

Ha sido todo un privilegio volver a este mundo y pasar más tiempo con Wren, Cross, Kaine y estos personajes a los que tanto cariño les he cogido. Escribir *Paloma caída* ha sido un acto de amor que no podría haber hecho si no hubiera tenido a mi lado a un equipo de personas con tanto talento.

Este libro no habría sido el mismo sin mis meticulosas editoras, Emily Archbold y Sam Bradbury. Gracias por encariñaros con esta historia tanto como yo y ayudarme a darle forma, convirtiéndola en algo mejor incluso de lo que había imaginado. Un agradecimiento enorme al maravilloso equipo editorial de Del Rey US, incluidos Keith Clayton, Maya Fenter, Tori Henson, Marcelle Iten Busto, Alex Larned, Julie Leung, Jordan Pace, Madi Margolis, David Moench y Scott Shannon. Y gracias también al fantástico equipo de Del Rey UK: Isabella Levin, Aoifke McGuire-France, Feranmi Ojutku, Sophie Shaw y Claire Simmonds. Juntos formáis el equipo ideal.

Gracias a Amy Musgrave por la impresionante cubierta. A Jessica Brock, de Leo PR, quien ha estado a mi lado a lo largo de este proceso; le agradezco que defendiera esta colección con tanta pasión y destreza.

Otro agradecimiento inmenso al maravilloso equipo de Park, Fine & Brower Literary Management.

Nicki y Krynn, sois vosotras las que conseguís que todo siga adelante. No podría estar más agradecida.

Y, por último, pero no menos importante, a mi comunidad lectora. Gracias por volver a escogerme y pasar tiempo en este mundo.

Estoy deseando continuar el camino de Wren… ¡Prestad atención a las novedades!

Título original: *Broken Dove*

Imagen de inicio de capítulo: Bappaditya Roy/Adobe Stock

Edición en formato digital: junio de 2025

Copyright © 2026. BROKEN DOVE by Dani Francis
© de la traducción: Cristina Zuil González, 2026
© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21. 28037, Madrid

ISBN ebook: 979-13-88108-15-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Descubre aquí el reino de Faeris:

Índice



cross

PRÓLOGO

WREN

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

CROSS

Capítulo 62

AGRADECIMIENTOS

Créditos